

Santidad

J. C. Ryle (1816-1900)

SANTIDAD

Su naturaleza, sus obstáculos, dificultades y raíces

J. C. Ryle

"Seguid… la santidad,
sin la cual nadie verá al Señor".
Hebreos 12:14

Índice

Prefacio....4

Introducción....5

1. Pecado....18

2. Santificación....33

3. Santidad....52

4. La batalla....69

5. El costo....86

6. Crecimiento....101

7. Seguridad....118

8. Moisés: Un ejemplo....153

9. Lot: Una luz de advertencia....168

10....Una mujer para recordar 183

11....El trofeo más grande de Cristo 201

12....El Señor de las olas 216

13....La Iglesia que Cristo edifica 235

14....Advertencias a las iglesias visibles 248

15. "¿Me amas?"....260

16...."Sin Cristo" 271

17....Sed satisfecha 279

18...."Riquezas inescrutables" 297

19....Necesidades de nuestros tiempos 310

20...."Cristo es el todo" 328

21....Fragmentos de autores antiguos 346

¿Es usted nacido de nuevo?....353

Santidad fue escrito originalmente en inglés por John Charles Ryle en 1879. El texto es ahora de dominio público.

© Copyright 2015 Chapel Library. A menos que se indique de otra manera, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

1) No se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación.
2) Se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

Chapel Library es un ministerio de fe que depende exclusivamente de la fidelidad de Dios. Por lo tanto, no solicitamos donaciones, pero recibimos agradecidos el apoyo financiero de aquellos que libremente desean dar. Chapel Library no coincide necesariamente con todas las posiciones doctrinales de los autores que publica.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este libro u otros materiales Cristo céntricos, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor, contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: www.chapellibrary.org/spanish.

Prefacio

Una de las señales más alentadoras y que más esperanzas da, la cual he observado durante mucho tiempo en los círculos evangélicos, ha sido un interés renovado y cada vez mayor en los escritos del Obispo J. C. Ryle.

En su época fue famoso, renombrado y amado como campeón y exponente de la fe evangélica y reformada. Sin embargo, por alguna razón, su nombre y sus obras no son conocidos por los evangélicos modernos. Creo que ninguno de sus libros está en circulación y los ejemplares usados son muy difíciles de conseguir.

La suerte tan distinta que han corrido en este sentido el Obispo Ryle y su casi contemporáneo, el Obispo Moule, siempre ha sido para mí algo de mucho interés. Pero el Obispo Ryle se está redescubriendo y hay un nuevo llamado para que se vuelvan a publicar sus obras.

Todos los que han leído sus escritos, agradecerán este gran libro sobre *'Santificación'*. Nunca olvidaré la satisfacción, tanto espiritual como mental, que fue leerlo veinte años atrás cuando, casualmente, lo encontré en una librería de libros usados.

En realidad, no necesita ni un prefacio ni una introducción. Lo único que haré es instar a todos los lectores a leer la Introducción del propio Obispo. Es de valor incalculable y provee el entorno en que se sintió impulsado a escribir el libro.

Las características del método y el estilo del Obispo Ryle son obvios. Él es preeminentemente y siempre, bíblico y expositivo. Nunca comienza con una teoría con la cual trata de hacer coincidir pasajes bíblicos. Siempre empieza con la Palabra y la comenta. Es una exposición en su mejor y más excelente expresión. Siempre es clara y lógica e, invariablemente, lleva a una clara enunciación de una doctrina. Es fuerte, viril y totalmente libre del sentimentalismo que a menudo es descrito como "devocional".

El Obispo ha bebido profundamente de las aguas de los grandes escritores puritanos clásicos del siglo XVII. Sí, es totalmente acertado decir que sus libros son una expresión de la teología verdaderamente puritana, presentados en una forma moderna y fácil de leer.

El autor, como sus grandes maestros, no tiene un camino fácil a la santidad para ofrecernos, ni un método "patentado", por medio del cual se puede obtener; pero, invariablemente, produce esa "hambre y sed de justicia", que es la única condición indispensable para ser "saciado". Espero que este libro sea ampliamente leído, a fin de que, cada vez más, el nombre de Dios reciba más honra y gloria.

– D. M. Lloyd-Jones, Westminster Chapel, Londres.

Introducción

Los veinte capítulos que contienen los dos tomos de esta obra, son una humilde contribución a una causa que está generando mucho interés en la actualidad. Me refiero a la causa de la santidad bíblica. Es una causa a la que todo el que ama a Cristo y anhela extender su reino en el mundo, debiera ayudar. Todos pueden hacer algo y yo quiero aportar mi granito de arena.

El lector encontrará poco que sea directamente controversial en estos capítulos. He tenido cuidado de no mencionar maestros modernos ni libros modernos. Me he contentado con dar el resultado de mi propio estudio de la Biblia, mis propias meditaciones personales, mis propias oraciones pidiendo iluminación y mi propia lectura de los escritos de teólogos del pasado. Si en algo estoy equivocado, espero saberlo antes de partir de este mundo. Todos vemos en parte y tenemos un tesoro en vasijas de barro. Confío en que estoy dispuesto a aprender.

La necesidad de una vida santa

Durante muchos años he tenido una profunda convicción de que los cristianos modernos no le dan suficiente importancia a la santidad práctica ni a la consagración total del yo a Dios. La política, o las controversias, o el espíritu partidista [*contenciones antagónicas*], o la mundanalidad, han socavado el centro mismo de la piedad viva en demasiados de nosotros. El tema de una consagración personal ha quedado relegado al olvido. Las normas para vivir la vida son dolorosamente bajas en muchos entornos. La importancia enorme de "que en todo adornen la doctrina de Dios" (Tito 2:10) y de que la hagamos bella y hermosa por nuestros hábitos y temperamentos, ha sido demasiado ignorada. Las gentes del mundo, a veces se quejan con razón, de que las personas supuestamente "cristianas",

no son tan afables, desinteresadas y gentiles como otros que no profesan ninguna religión. No obstante, la santificación, entendida correctamente, y armonizando con la Palabra, es tan importante como la justificación. La sana doctrina protestante y evangélica es inútil si no va acompañada de una vida santa. Es peor que inútil; es sumamente perjudicial. Es despreciada por hombres observadores y sagaces del mundo como algo irreal y vacío, y produce desprecio por la fe cristiana. Estoy firmemente convencido de que queremos un avivamiento total en relación con la santidad bíblica y estoy profundamente agradecido de que se le está dando atención a este tema.

La confusión

Sin embargo, es muy importante que todo el tema se establezca sobre un fundamento correcto y que lo que de él se desprenda, no sea perjudicado por declaraciones burdas, desproporcionadas y unilaterales. No nos sorprendamos de que tales declaraciones abunden. Satanás conoce bien el poder de la verdadera santidad y el daño inmenso que una atención creciente al tema causará a su reino. Es pues su intención, promover contiendas y controversias acerca de esta parte de la verdad de Dios. Justamente como en el pasado ha tenido éxito en mistificar y confundir el pensamiento humano con respecto a la *justificación*, ahora está tratando de dar "consejos oscuros con palabras sin conocimiento" acerca de la *santificación*. ¡Que Dios lo reprenda! No obstante, yo no puedo perder la esperanza de que del mal surja la buena voluntad de discutir lo que revele la verdad y que una variedad de opiniones nos lleven a escudriñar más las Escrituras, a orar más y a ser más diligentes en tratar de encontrar cuál es "el sentir del Espíritu".

Al dar a conocer esta obra, creo mi deber, ofrecer algunas sugerencias introductorias para los que están poniendo especial atención al tema de la santificación en la actualidad. Sé que hago esto a riesgo de parecer presuntuoso y, posiblemente, ofensivo. Pero algo hay que aventurar por el bien de la verdad de Dios. Por lo tanto, pondré mis sugerencias en forma de preguntas y les pido a mis lectores que las tomen como "precauciones para estos tiempos", en relación con el tema de la santidad.

Las preguntas

1. Pregunto, en primer lugar: ***Si es sabio hablar de la fe como lo necesario*** *y como lo único requerido, según muchos parecen afirmar en la actualidad, al abordar la doctrina de la santificación.*

2. ¿Es sabio proclamar de una manera tan directa y no calificada, como muchos lo hacen, que la santidad del convertido es únicamente por fe y sin ningún esfuerzo de su parte? ¿Concuerda esto con la Palabra de Dios? Lo dudo.

Que la fe en Cristo es la raíz de toda santidad…

- Que el primer paso hacia una vida santa es creer en Cristo,
- Que hasta que no creemos no tenemos nada de santidad,
- Que la unión con Cristo, por fe, es el secreto, tanto del comienzo de ser santo y de seguir siendo santo, Que la vida que vivimos en la carne tenemos que vivirla por fe en el Hijo de Dios,
- Que la fe purifica el corazón,
- Que la fe es la victoria que vence al mundo,
- Que por fe los antiguos obtuvieron su recompensa

Todas estas son verdades que ningún cristiano bien fundamentado pensaría en negar. Aparte de esto, lo cierto es que las Escrituras nos enseñan que para seguir la santidad, el verdadero cristiano tiene que poner de su parte y esforzarse, además de tener fe. El mismo apóstol lo dice en una oportunidad "lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios". En otro lugar dice: "Peleo… corro… golpeo mi cuerpo" y en otros lugares: "Limpiémonos nosotros mismos… trabajemos… despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia,…" (Gá. 2:20; 1 Co. 9:26, 27; 2 Co. 7:1; He. 4:11; 12:1). ¡Además, las Escrituras no nos enseñan en ninguna parte que la fe nos *santifica* en el mismo sentido y de la misma manera como la fe nos *justifica*! La fe que justifica es una gracia que "no trabaja", sino que, sencillamente, confía, descansa y se apoya en Cristo (Ro. 4:5). La fe santificadora es una gracia cuya misma vida es acción, "obra por el amor" y, como una vertiente, mueve a todo el hombre interior (Gá. 5:6).

Después de todo, la frase precisa "santificado por fe", se encuentra una sola vez en el Nuevo Testamento. El Señor Jesús le dijo a Saulo que lo enviaba "para que [otros] reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados". No obstante, en esto coincido con Alford que "*por fe*" se refiere a toda la oración y no se debe limitar a calificar la palabra "santificados". El sentido verdadero es que por fe en él: "…tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados". (Compare Hch. 26:18 con 20:32).

3. En cuanto a la frase "santidad por fe", no la encuentro en el Nuevo Testamento. No hay controversia en cuanto a que nuestra justificación ante Dios por fe en Cristo es lo primordial. Todos los que sencillamente creen, son justificados. La justicia es imputada "al que no obra, sino cree" (Ro. 4:5). Es absolutamente bíblico y correcto decir que "solo la fe justifica". Pero no es bíblico ni correcto decir "sólo la fe santifica". La frase requiere mucha calificación. Baste lo siguiente: Pablo nos dice a menudo que el hombre es "justificado sin las obras de la ley". Por el contrario, Santiago nos dice expresamente que la fe que no se justifica *visiblemente y se demuestra* delante del hombre, es una fe que "si no tiene obras, es muerta en sí misma"[1] (Stg. 2:17). Quizá me respondan que por supuesto nadie quiere descartar a las "obras" como una parte esencial de una vida santa. No obstante, creo conveniente aclarar mejor esto, que lo que parece estar haciéndose en esos días. Me pregunto, en segundo lugar, ***si es sabio restarle tanta importancia, como algunos parecen hacer, comparativamente, a las muchas exhortaciones prácticas a la santidad en el diario vivir***

[1] "Hay una justificación doble de parte de Dios; una es autoritativa y, la otra, declarativa y demostrativa. La primera es la que predica San Pablo, cuando habla de justificación por fe sin las

Que se encuentran en el Sermón del Monte y la última parte de la mayoría de las epístolas de San Pablo[2]. ¿Coincide con lo que dice la Palabra de Dios? Lo dudo.

Que todo los que profesamos ser creyentes en Cristo debiéramos vivir avanzando hacia la meta de alcanzar una consagración personal diaria y de tener comunión con Dios todos los días; que debiéramos esforzarnos por ir al Señor Jesucristo con todo lo que nos es una carga, sea grande o pequeña, y entregársela a él. Todo esto, lo repito, es algo que ningún hijo de Dios bien fundamentado soñaría en disputar. Pero el Nuevo Testamento nos enseña, sin lugar a dudas, que queremos algo más que *generalidades* con respecto a un vivir santo, algo que a menudo sacuda la conciencia sin ofender. Los *detalles* e ingredientes, en particular, de los cuales se compone la santidad en el diario vivir, debieran ser presentados plenamente y subrayados por todos los que pretenden manejar el tema. La santidad verdadera no consiste meramente en creer y sentir, sino en hacer y sobrellevar. Nuestra boca, nuestro humor, nuestras pasiones e inclinaciones naturales, nuestra conducta como progenitores e hijos, patrones y siervos, esposos y esposas, gobernantes y gobernados; cómo nos vestimos, cómo empleamos nuestro tiempo, cómo nos comportamos en los negocios, nuestro comportamiento en la enfermedad y en buena salud, en riquezas y en pobreza, todos estos, son temas tratados cabalmente por escritores inspirados.

No se contentan con una declaración generalizada de lo que debemos creer y sentir, y cómo hemos de tener las raíces de la santidad plantadas en nuestro corazón. Profundizan más en el tema. Tratan los pormenores. Especifican en detalle lo que el hombre santo debe hacer y ser en su propia familia y en el seno de su hogar, si permanece en Cristo. Dudo que en la actualidad se enfoque lo suficiente, este tipo de enseñanza.

Cuando la gente habla de haber recibido "tal bendición" o de haber encontrado "la vida superior", después de haber escuchado a algún defensor sincero de la "santidad por fe y auto consagración", mientras que sus familiares y amigos no ven ninguna mejora ni un incremento de santidad en su temperamento y conducta cotidiana, se hace un daño inmenso a la causa de Cristo. La verdadera santidad, tenemos que recordar, no consiste meramente de sensaciones e impresiones interiores. Se trata más que de lágrimas, suspiros y un entusiasmo corporal, un pulso acelerado y una pasión por nuestros predicadores favoritos o nuestro propio grupo religioso. No es solamente una pronta disposición a hacerle frente a cualquiera que no coincide con nosotros. En cambio, es más bien algo de "la imagen de Cristo" que puede ser vista y observada por otros en nuestra vida privada, nuestros hábitos, nuestro carácter y nuestras acciones (Ro. 8:29).

1. Pregunto, en tercer lugar, ***si es sabio usar un lenguaje impreciso acerca de la perfección*** *y de recalcarles a los cristianos que hay un estándar de santidad que se puede obtener en esta vida, pero que no garantizan las Escrituras ni lo muestra la experiencia.* Lo dudo.
2. Ningún lector cuidadoso de su Biblia pensaría negar que los creyentes son exhortados a ir "perfeccionando la santidad en el temor de Dios", a ir "adelante a la perfección" y a perfeccionarse (2 Co. 7:1; He. 6:1; 2 Co. 13:11). Pero todavía no he visto que haya algún pasaje en las Escrituras que enseñe que puede lograrse una perfección literal, una liberación completa y absoluta del pecado, ni en los pensamientos, ni palabras ni hechos,

---

obras de la ley. La segunda es la que predica San Santiago, que habla de justificación por obras". — Thomas Goodwin sobre santidad evangélica; *Works* (Obras), tomo 7. p. 181.

[2] Era práctica común en la Iglesia Anglicana usar el título "San" con los nombres de los apóstoles originales. —*Editor*

ni tampoco que ningún hijo de Adán lo haya logrado en este mundo. Lo que es posible ver, ocasionalmente en algunos creyentes entre pueblo de Dios, es una perfección relativa, una perfección en sus conocimientos, una consistencia general en cada relación en la vida y un acierto total en cada punto doctrinal. Pero en cuanto a una ***perfección absoluta literal***,
¡los últimos en decir que la tienen siempre han sido los santos más insignes de cada generación! Al contrario, siempre han tenido el sentido profundo de su propia falta de mérito y de su imperfección. Cuanta más luz espiritual han disfrutado, mejor han visto sus innumerables defectos y faltas. Más gracia han tenido, más han sido revestidos "de humildad" (1 Pe. 5:5).

¿Qué santo mencionado en la Palabra de Dios, de cuya vida se den detalles, ha sido literal y absolutamente perfecto? ¿Cuál de ellos, al escribir de ellos mismos, alguna vez menciona sentirse libre de toda imperfección? Al contrario, hombres como David, San Pablo y San Juan declaran en términos contundentes que sienten debilidad y pecado en su propio corazón. Los hombres más santos de los tiempos modernos se han destacado siempre por su profunda humildad. ¿Hemos visto alguna vez hombres más santos que el martirizado John Bradford, o Hooker, o Usher, o Baxter (1615-1691), o Rutherford (1600-1661), o M'Cheyne (1813- 1843)? ¡Aun así, nadie puede leer los escritos y cartas de estos hombres sin ver que se sentían "deudores de la misericordia y la gracia" cada día y que lo último que hubieran hecho es pretender que eran perfectos!

En vista de tales realidades como éstas, tengo que protestar contra el lenguaje que se utiliza hoy día en muchos sectores, acerca de la ***perfección***. Tengo que asumir que los que la usan saben muy poco de la naturaleza de pecado, de los atributos de Dios, de sus propios corazones, de la Biblia o del significado de las palabras.

Cuando alguien que profesa ser cristiano me dice tranquilamente que ya ha superado la etapa de himnos como "Tal como soy de pecador" y que estos ya no son parte de su experiencia presente, aunque sí se aplicaban a él cuando al principio se había acercado a la fe cristiana, ¡tengo que pensar que su alma está enferma! Cuando alguien puede hablar tranquilamente de "vivir sin pecado" mientras está en el cuerpo y que puede, de hecho, afirmar que "no ha tenido ni un pensamiento malo en tres meses", ¡sólo puedo decir que, en mi opinión, es un cristiano muy ignorante! Protesto contra enseñanzas como ésta. No sólo no hacen nada de bien, sino que hacen un daño inmenso. Disgustan y enemistan con la fe cristiana a hombres inteligentes de este mundo, que saben qué es incorrecto y qué no es cierto. Deprimen a algunos de los mejores hijos de Dios, que sienten que nunca pueden obtener una "perfección" de este tipo. Causa engreimiento en muchos hermanos débiles, que se creen ser algo cuando no son nada. En suma, es un error peligroso.

3. En cuarto lugar: *¿**Es sabio afirmar tan positiva y violentamente, como muchos lo hacen, que el séptimo capítulo de la*** **Epístola a los Romanos** ***no describe la experiencia del santo consagrado, sino la experiencia del hombre no regenerado*** *o del creyente débil y no firme todavía?* Lo dudo.

Admito plenamente que este punto es uno que ha sido discutido durante dieciocho siglos, de hecho, desde la época de San Pablo. Admito plenamente que cristianos insignes de hace cien años, como John y Charles Wesley, Fletcher y ni mencionar algunos escritores prominentes de nuestra propia época, mantienen firmemente que Pablo no estaba describiendo su propia experiencia de aquel momento, cuando escribió este séptimo capítulo. Admito plenamente que muchos no pueden ver lo que muchos otros y yo vemos: A saber, que Pablo no dice nada en este capítulo que no coincida precisamente con la experiencia registrada de los santos

más renombrados de todas las épocas y que sí dice varias cosas, que

ninguno que no sea creyente ni que sea un creyente débil, jamás pensaría ni podría decir. Por lo menos, esto me parece a mí. Pero no entraré en una discusión detallada sobre el capítulo[3].

Lo que sí quisiera enfatizar es el hecho que los mejores comentaristas en cada período de la Iglesia, casi invariablemente, han aplicado el séptimo capítulo de *Romanos* a creyentes maduros. Los comentaristas que no comparten esta posición han sido, con unas pocas excepciones, los romanistas, lo socinianos y los arminianos. Contra la posición de ellos están casi todos los reformadores, casi todos los puritanos y los mejores teólogos evangélicos modernos. ¡Pueden decirme, por supuesto, que nadie es infalible y que los reformadores, los puritanos y los teólogos modernos a los que me refiero están totalmente equivocados y que los romanistas, socinianos y arminianos tenían razón! Pero, aunque no pido que nadie llame a los reformadores y los puritanos "maestros", les pido que lean lo que dicen sobre este tema y que respondan a sus argumentos, si es que pueden. ¡Hasta ahora, nadie lo ha hecho! Decir, como dicen algunos, que no quieren "dogmas" y "doctrinas" humanas no es una respuesta. La cuestión para determinar es: "¿Cuál es el significado de un pasaje de las Escrituras? ¿Cómo hay que interpretar el séptimo capítulo de la *Epístola a los Romanos*? ¿Cuál es el verdadero sentido de sus palabras?". Sea como sea, recordemos que hay una gran realidad que no podemos ignorar. Por un lado están las opiniones y la interpretación de los reformadores y puritanos y, por el otro, las opiniones e interpretaciones de los romanistas, socinianos y arminianos. Que esto quede muy claro.

---

[3] Aquellos que deseen profundizar en el tema, lo encontrarán presentado extensamente en los comentarios de Willet, Elton, Chalmers, Robert Haldana y Owen sobre *Indwelling Sin* (Pecado que permanece en nosotros) y en la obra de Stafford sobre *Seventh of Romans* (Siete de Romanos).

En vista de una realidad como ésta, tengo que protestar contra el lenguaje burlón, provocador y despectivo que últimamente ha sido usado a menudo por algunos de los defensores de lo que tengo que llamar el punto de vista arminiano del séptimo capítulo de *Romanos*, cuando hablan de las opiniones de sus opositores. Lo menos que podemos decir es que tal lenguaje es impropio y contraproducente para ellos. Una causa que es defendida con tal lenguaje es, con razón, sospechosa. La verdad no necesita esta clase de armas. Si no podemos coincidir con alguien, no tenemos que hablar de sus puntos de vista con descortesía y desprecio. Una opinión que es apoyada por hombres como los mejores reformadores y puritanos, quizá no convenza a todas las mentes en este siglo, pero igualmente se debe hablar de ella con respeto.

4. En quinto lugar, ***¿es sabio usar el lenguaje usado a menudo en la actualidad para referirse a la doctrina de "Cristo en nosotros"?*** Lo dudo. ¿No es esta doctrina exaltada con frecuencia a una posición que no ocupa en las Escrituras? Me temo que sí.

   El hecho de que el verdadero creyente es uno con Cristo y Cristo está en él, es algo que ningún lector cuidadoso del Nuevo Testamento pensaría en negar. Hay sin duda, una unión mística entre Cristo y el creyente. Con él morimos, con él fuimos sepultados, con él resucitamos y con él estamos sentados en lugares celestiales. Tenemos cinco textos claros que nos enseñan específicamente que Cristo está "en nosotros" (Ro. 8:9, 10; Gá. 2:20; 4:19; Ef. 3:17; Col. 3:11). Hemos de tener cuidado de que comprendemos lo que queremos decir con esta expresión. Que "Cristo mora en nuestros corazones por fe" y realiza su obra interior por medio de su Espíritu es precioso y claro. Pero si queremos decir que, además y aparte de esto, hay un vivir misterioso de Cristo en el creyente, tenemos que tener cuidado a qué nos referimos.

Si no tenemos cuidado, nos encontraremos ignorando la obra del Espíritu Santo. Estaremos olvidando que la economía divina de la elección de la salvación del hombre es la obra especial de Dios, el Padre, que la expiación, mediación e intercesión, son la obra especial de Dios, el Hijo y que la santificación es la obra especial de Dios, el Espíritu Santo. Estaremos olvidando lo que dijo nuestro Señor cuando partió a la gloria: Que enviaría a otro Consolador que tomaría su lugar y que estaría con nosotros para siempre (Juan 14:16). En suma, con la idea de que estamos honrando a Cristo, resultará que estaremos deshonrando su don especial y singular: El Espíritu Santo. Cristo, sin duda, siendo Dios, está en todas partes — en nuestros corazones, en el cielo, en el lugar donde dos o tres se reúnen en su nombre—, pero hemos de recordar que Cristo, como nuestra Cabeza y Sumo Sacerdote, está a la diestra de Dios intercediendo *especialmente* por nosotros hasta su segunda venida y que Cristo realiza su obra en el corazón de las personas por medio de la obra especial de su Espíritu, a quien nos prometió enviar cuando partió del mundo (Juan 15:26). Me parece que esto se hace evidente en una comparación entre los versículos nueve y diez del octavo capítulo de Romanos. Me convence que "Cristo en nosotros" significa Cristo en nosotros "por su Espíritu". Ante todo, las palabras de San Juan son muy claras y expresan: "Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado" (1 Juan 3:24). Espero que nadie malentienda todo esto que estoy diciendo. No digo que la expresión "Cristo en nosotros" no sea bíblica. Pero sí digo que veo un grave peligro de que se adjudique una importancia extravagante y no bíblica a la idea contenida en la expresión y sí temo que muchos la usan en la actualidad sin saber lo que quieren decir y, sin darse cuenta, quizá deshonran la obra poderosa del Espíritu Santo. Si algún lector piensa que soy innecesariamente escrupuloso en este punto,

le recomiendo que tome nota de un libro singular por Samuel Rutherford (autor de las bien conocidas cartas), llamado *"The Spiritual Antichrist"* (El anticristo espiritual). Verán allí que, dos siglos atrás, aparecieron las herejías alocadas de una enseñanza extravagante, precisamente acerca de esta doctrina de que "Cristo mora" en los creyentes. Encontrarán que Saltmarsh, Dell, Towne y otros maestros falsos contra quienes contendió el acertado Samuel Rutherford. Aquellos tenían extrañas nociones acerca de "Cristo en nosotros" y luego procedieron a edificar sobre la doctrina antinomiana, sobre un fanatismo de la peor clase y con tendencias de las más viles. Así, ellos mantenían que la vida separada y personal del creyente había desaparecido completamente, ¡que *Cristo viviendo en él* era quien se arrepentía, creía y actuaba!

La raíz de este tremendo error era una interpretación forzada y nada bíblica de textos como "ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí" (Gá. 2:20) y el resultado natural de esto fue que muchos infelices seguidores de este pensamiento llegaron a la cómoda conclusión de que los creyentes no eran responsables de sus acciones,
¡hicieran lo que hicieran! Según esta interpretación, ¡los creyentes estaban muertos y sepultados y sólo Cristo vivía en ellos y se hacía cargo de todo! ¡La consecuencia definitiva fue que algunos creían que podían quedarse tranquilos con una seguridad carnal, que ya no tenían ninguna responsabilidad personal y podían cometer cualquier clase de pecado sin ningún temor! No olvidemos nunca que la verdad distorsionada y exagerada, puede convertirse en el origen de las herejías más peligrosas. Cuando hablamos de que "Cristo está en nosotros", tengamos el cuidado de explicar lo que queremos decir. Me temo que hay quienes descuidan esto en la actualidad.

5. En sexto lugar, ***¿es sabio trazar una línea tan profunda, ancha y marcada de separación entre conversión y consagración****, o la llamada vida superior, como lo hacen algunos en la actualidad?* ¿Coincide esto con lo que afirma la Palabra de Dios? Lo dudo.

   Es indudable que no hay nada nuevo en esta enseñanza. Es bien sabido que los escritores católico romanos, a menudo, afirman que la iglesia se divide en tres clases: Pecadores, penitentes y santos. ¡Me parece a mí que los maestros modernos de esta época que nos dicen que hay tres tipos de los que profesan ser cristianos —los no convertidos, los convertidos y los que viven la "vida superior" de total consagración—, se refieren a prácticamente los mismos niveles! Pero sea la idea antigua o nueva, católica romana o no, me es totalmente imposible ver que tenga una base bíblica. La Palabra de Dios siempre habla de dos grandes divisiones de la humanidad y únicamente dos. Habla de los *vivos* y de los *muertos en pecado*, el creyente y el no creyente, el convertido y el inconverso, los que están en el camino angosto y los que están en el ancho, los sabios y los necios, los hijos de Dios y los hijos del diablo. *Dentro* de cada una de estas dos clases hay, sin duda, distintas medidas de pecado y de gracia, pero es sólo una diferencia entre el extremo más elevado y el más bajo de una misma condición. *Entre* estas dos grandes clases hay un enorme abismo; son tan individuales como la vida y la muerte, la luz y la oscuridad, el cielo y el infierno. ¡Pero sobre una división en tres clases, la Palabra de Dios no dice absolutamente nada! Cuestiono la pretendida sabiduría de hacer divisiones nuevas que la Biblia no ha hecho y me disgusta totalmente la noción de una "segunda conversión". Que hay una gran diferencia entre un grado de gracia y otro —que la vida espiritual se trata de crecimiento y que el creyente debe ser exhortado continuamente a crecer en la gracia en todo sentido—, es algo que acepto totalmente.

Pero no puedo concebir la teoría de una transición súbita y misteriosa, de un solo salto, del creyente a un estado de bendición y *total consagración*. A mí me parece una invención del hombre; no puedo ver ningún texto específico que lo pruebe en las Escrituras. Un crecimiento gradual en la gracia, crecimiento en conocimiento, crecimiento en la fe, crecimiento en el amor, crecimiento en santidad, crecimiento en humildad y crecimiento en mentalidad espiritual; todos estos sí los veo claramente enseñados; contundentemente exigidos en las Escrituras y ejemplificados claramente en la vida de muchos santos de Dios. Pero no veo en la Biblia saltos súbitos e instantáneos de la *conversión* a la *consagración*.

¡Realmente dudo si tenemos derecho a decir que alguien puede *convertirse* sin consagrarse a Dios! Que puede ser más consagrado es indudable y lo será a medida que aumenta su gracia; pero si no se consagró a Dios el día que se convirtió y nació de nuevo, no sé lo que significa conversión. ¿No es cierto que los hombres corren el peligro de no darle el valor y el lugar que merece a la bendición inmensa de la conversión? ¿Acaso no están restándole valor a aquel primer y gran cambio que las Escrituras llaman el nuevo nacimiento, la nueva creación, la resurrección espiritual, cuando les exigen a los creyentes la "vida superior" de una segunda conversión? Puedo estar equivocado. Pero a veces he pensado, al leer el lenguaje fuerte usado por muchos en los últimos años al referirse a "consagración", que deben haber tenido anteriormente un concepto bajo e inadecuado de la "conversión", si es que acaso habrán sabido algo de ella. En suma, ¡hasta casi sospecho que cuando se habían *consagrado*, en realidad, se habían *convertido* por primera vez!

Confieso francamente que prefiero las sendas antiguas. Creo que es más sabio y seguro instar a todos los convertidos a que *crezcan*

continuamente en la gracia y hacer hincapié en la necesidad absoluta de marchar adelante, a desarrollarse más y más, cada año dedicándose y consagrándose más en espíritu, alma y cuerpo a Cristo. Usemos todos los medios para enseñar que hay más gracia para obtener y más cielo para disfrutar en la tierra que la mayoría de los creyentes gozan desde ahora. Pero me niego a decirle a ningún convertido que necesita una *segunda conversión* y que algún día dará un paso enorme a un estado de total *consagración*. Me niego a enseñarlo porque no veo en las Escrituras justificación alguna para hacerlo. Me niego a enseñarlo porque creo que la tendencia de la doctrina es totalmente maliciosa, que deprime al humilde de corazón y llena de orgullo al superficial, al ignorante y al presuntuoso, en un grado sumamente peligroso.

6. En séptimo y último lugar, ***¿es sabio enseñar a los creyentes que no piensen tanto en luchar y esforzarse contra el pecado, sino que más bien se "sometan a Dios"*** *y sean pasivos en las manos de Cristo?* ¿Coincide esto con lo que afirma la Palabra de Dios? Lo dudo.

Es claro que la enseñanza de "someterse a Dios" es algo a lo que Dios insta a los creyentes a hacer. Pero esto no incluye el sentido de "colocarnos pasivamente en las manos de otro". Cualquier estudiante del griego nos puede decir que el sentido es más bien de "presentarnos" activamente para un uso, empleo y servicio (ver Ro. 12:1). La expresión, pues, se sustenta por sí misma. Pero por otra parte, no sería difícil señalar, por lo menos, veinticinco o treinta pasajes en las *Epístolas* que enseñan claramente a los creyentes a ser activos y se los hace responsables de cumplir con energía lo que Cristo quiere. No se les dice que se "sometan" como agentes pasivos y se queden sentados sin hacer nada, sino que se levanten y trabajen. Un ímpetu, un conflicto, una guerra, una lucha santa, la vida de un soldado,

son presentados como las características del verdadero cristiano. La descripción de "la armadura de Dios" en el sexto capítulo de *Efesios* parece resolver la cuestión[4].

Vuelvo a repetir que sería fácil demostrar que la doctrina de santificación sin un esfuerzo personal, sino sencillamente de "someterse a Dios" es, precisamente, la doctrina de los antinomianos fanáticos del siglo XVII (a la cual ya me he referido, descrita en *Spiritual Antichrist* por Rutherford) y que su tendencia es extremadamente mala. Sería fácil demostrar que la doctrina es totalmente contraria a la totalidad de las enseñanzas de libros acreditados como *El Progreso del Peregrino* ¡y si la aceptáramos no nos quedaría más remedio que echar al fuego el viejo libro de Bunyan! Si Cristiano en *El Progreso del Peregrino,* sencillamente, se hubiera *sometido a Dios* y nunca hubiera luchado, esforzado y batallado, yo habría leído el libro en vano. Pero la verdad lisa y llana es que los hombres seguirán confundiendo dos cosas que son diferentes: La justificación y la santificación:

- En cuanto a *justificación* las palabras para decirle al hombre son: "Cree, sólo cree".
- En cuanto a *santificación* las palabras tienen que ser: "Mantente en guardia, ora y lucha".

Lo que Dios ha dividido, no lo mezclemos y confundamos nosotros.

---

[4] El sermón de Sibbe sobre "*Victorious Violence*" (Violencia victoriosa) merece la atención de todos los que tienen sus obras —Tomo 7, p. 30 (Richard Sibbes, 1577-1635).

El error lamentable

Termino aquí mi introducción y me apuro a concluirla. Confieso que dejo de escribir con sentimientos de tristeza y ansiedad. Hay mucho en la actitud de los cristianos en la actualidad que me llena de preocupación y que me hace temer por el futuro.

Existe entre muchos creyentes una ignorancia pasmosa de las Escrituras y, consecuentemente, existe también la necesidad de una fe bien fundamentada, bíblicamente y sólida. No tengo otra manera de explicar la facilidad con que la gente, como si fueran niños, "son llevados por doquiera de todo viento de doctrina" (Ef. 4:14). Existe un amor ateniense por las cosas novedosas y una aversión mórbida por cualquier cosa del pasado y regular, y por el sendero transitado por nuestros mayores. Miles de personas se congregan para escuchar una voz nueva y una doctrina nueva, sin considerar ni por un momento, si lo que están oyendo es cierto. Hay ansias incesantes de escuchar cualquier enseñanza sensacional y emocionante que apele a los sentimientos. Hay un apetito enfermizo por un cristianismo espasmódico e histérico. La vida religiosa de muchos es como beber una pequeña copita espiritual y "el espíritu afable y apacible" que recomienda San Pedro es totalmente olvidado (1 Pe. 3:4). Las multitudes, los llantos, los sitios calurosos, los cantos rimbombantes y una incesante apelación a las emociones, es lo único que a muchos les interesa. La incapacidad para distinguir las diferencias doctrinales cunde por doquier y, mientras el predicador sea "hábil" y "fervoroso", cientos de oyentes parecen creer que tiene que estar predicando la verdad ¡y lo llaman a uno terriblemente "intolerante y duro", si sugiere que no predica la verdad! Moody y Hawis, Dean Stanley y Canon Liddon, Mackonochie y Persall Smith les dan lo mismo a tales personas. Todo esto es triste, muy triste. Pero si, además de esto, los que sinceramente abogan por más santidad, caen por el camino o tienen diferencias entre sí, será más triste todavía. Entonces sí que estaremos peor.

La solución

En cuanto a mí, sé que ya no soy un pastor joven. Mi mente quizá se esté endureciendo y no puedo recibir fácilmente ninguna doctrina nueva. "Lo de antes es mejor". Supongo que pertenezco a la escuela antigua de teología evangélica y, por lo tanto, me contento con enseñar acerca de la santificación según lo que encuentro en *Life of Faith* (Vida de fe) por Sibbes y Manton, y en *The Life, Walk, and Triumph of Faith* (La vida, el camino y el triunfo de la fe) por William Romaine. Pero tengo que expresar mi esperanza de que mis hermanos más jóvenes, que han adoptado conceptos *nuevos* de la santidad, se cuiden de las múltiples e innecesarias divisiones. ¿Creen que se necesitan normas superiores para la vida cristiana en la actualidad? Yo también. ¿Creen que se necesitan enseñanzas más claras, fuertes y completas sobre santidad? Yo también. ¿Creen que Cristo debe ser más exaltado como la raíz y el autor de la santificación, al igual que la justificación? Yo también. ¿Creen que se les debe instar más y más a los creyentes a vivir por fe? Yo también. ¿Creen que se debe insistir más y más en que mantenerse muy cerca de Dios es el secreto de la vida feliz y provechosa para el creyente? Yo también. En todo esto coincidimos. Si quieren saber más, entonces les pido que tengan cuidado por dónde caminan y que expliquen, clara y distintivamente, lo que quieren decir.

Por último, tengo que rechazar, y lo hago con amor, el uso de términos y frases vulgares al enseñar acerca de la santificación. Alego que un movimiento a favor de la santidad no puede ser extendido con una fraseología inventada, ni con afirmaciones desproporcionadas y parciales, ni con enfatizar demasiado y aislar pasajes en particular, ni por exaltar una verdad a expensas de otra, ni alegorizando o acomodando pasajes (exprimiéndolos para sacarles significados que el Espíritu Santo nunca puso en ellos),

ni hablando con desprecio y amargura de los que no ven las cosas exactamente como las ve uno y no trabajan exactamente de las maneras en que lo hace uno. Estas cosas no conducen a la paz; más bien repelen a muchos y los mantienen alejados. Las armas como éstas, no ayudan en nada a la causa de la verdadera santificación, sino que la perjudican. Hay que desconfiar de cualquier movimiento para propagar la santidad que produzca altercados y disputas entre los hijos de Dios. En nombre de Cristo, y en nombre de la verdad y el amor, tratemos de seguir la paz, al igual que la santidad. “Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre” (Mr. 10:9).

Lo que anhelo de corazón y pido a Dios todos los días, es que la santidad personal aumente grandemente entre los que profesan ser cristianos. Y confío en que todos los que procuran promoverla, se adhieran a lo que coincida con las Escrituras, que distingan cuidadosamente las cosas que difieren y que separen “lo precioso de lo vil” (Jer. 15:19).

El conocimiento del pecado es fundamental

La verdad lisa y llana es que el conocimiento correcto del pecado es la raíz de todo el cristianismo salvador. Sin doctrinas como la justificación, conversión y santificación hay "palabras y nombres" que no significan nada, por lo tanto, lo primero que Dios hace cuando convierte a una persona en una nueva criatura en Cristo, es enviar luz a su corazón y mostrarle que es un pecador culpable. La creación material en Génesis comenzó con "luz" y lo mismo sucede con la creación espiritual. Dios "brilla en nuestros corazones" por obra del Espíritu Santo y, entonces, comienza la vida espiritual (2 Co. 4:6). Los conceptos inciertos o inseguros del pecado son el origen de la mayoría de los errores, herejías y doctrinas falsas en la actualidad. Si el hombre no se percata de la naturaleza peligrosa de la enfermedad de su alma, uno no puede preguntarse cómo puede contentarse con remedios falsos o imperfectos. Creo que una de las necesidades principales en el siglo XIX ha sido y es, una enseñanza más clara sobre el pecado.

I. Definición de pecado

Comenzaré el tema dando algunas *definiciones del pecado*. Por supuesto, todos conocemos las palabras "pecado" y "pecadores". Hablamos frecuentemente de que en el mundo hay "pecado" y de que los hombres cometen "pecados". Pero,

¿qué queremos decir al usar estos términos y frases? ¿Lo sabemos realmente? Me temo que hay mucha confusión y vaguedad sobre esto. Trataré, lo más brevemente posible, de dar una respuesta.

Digo, pues, que "pecado" es, hablando en general, como lo declara

el Artículo 9[1] de la Iglesia Anglicana: "La falla y corrupción de la naturaleza de cada hombre engendrado por un hijo de Adán; por la cual el hombre está muy apartado (*quam longissime* en latín) de su justicia original y es, por su propia naturaleza, inclinado hacia el mal, de modo que los deseos de la carne son siempre contra el espíritu y, por lo tanto, cada persona nacida en el mundo merece la ira y la condenación de Dios".

El pecado, en resumen, es *aquella vasta enfermedad moral que afecta a toda la raza humana*, a todo rango, clase, nombre, nación, pueblo y lengua; una enfermedad de la cual nadie, sino Uno nacido de mujer, fue libre.

¿Necesito decir que ese Uno fue Cristo Jesús nuestro Señor?

Digo, además, que "un pecado", hablando más particularmente, consiste en *hacer, decir, pensar o imaginar cualquier cosa que no se conforma perfectamente a la mente y la ley de Dios*. Pecado, en suma, como dicen las Escrituras, es una "infracción de la ley" (1 Juan 3:4). La más leve desviación, ya sea exterior o interior, del paralelismo matemático absoluto con la voluntad y el carácter revelado de Dios, es un pecado, y nos hace, inmediatamente, culpables a los ojos de Dios.

Por supuesto no necesito decirle a nadie, que lee su Biblia con atención, que alguien puede quebrantar la ley de Dios en su corazón y en su mente, aun cuando no haya ningún acto perverso manifiesto y visible. Nuestro Señor declaró este punto más allá de cualquier disputa en el Sermón del Monte (Mt. 5:21-28).Incluso, un poeta ha dicho: "El hombre puede sonreír y sonreír, y ser un villano".

Además, no necesito decirle al estudiante cuidadoso del Nuevo Testamento, que hay pecados de *omisión* al igual que de *comisión*, y que pecamos, como bien nos recuerda nuestro Libro de Oraciones,

"dejando de hacer las cosas que debemos hacer", al igual que "hacer las cosas que no debemos hacer". Las palabras solemnes de nuestro Maestro en el *Evangelio de Mateo* también presentan claramente este punto irrefutable. Dice allí: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber" (Mt. 25:41,42). Fueron palabras profundas y reflexivas dichas por el santo arzobispo Usher, justo antes de morir: "Señor, perdona todos mis pecados y, especialmente, los de omisión".

Pero creo necesario en estos tiempos, recordar a mis lectores que uno puede cometer pecado y no saberlo y creerse inocente cuando en realidad es culpable. No veo ninguna justificación bíblica para la afirmación moderna de que "el pecado no es pecado para nosotros hasta que lo discernimos y tenemos conciencia de él".

Por el contrario, en los capítulos 4 y 5 del injustamente descuidado libro de *Levítico* y en el capítulo 15 de *Números*, encuentro que se enseña claramente a Israel que hay pecados por ignorancia que hacen impuro al pueblo y que necesitan expiación (Lev. 4:1-35; 5:14-19; Núm. 15:25-29). Y encuentro que nuestro Señor enseña expresamente que "el que sin conocerla [la voluntad de su amo] hizo cosas dignas de azotes", no era perdonado por su ignorancia, sino que era "azotado" o castigado (Lc. 12:48). Recordemos que cuando medimos lo pecadores que somos según nuestro propio conocimiento y conciencia, miserablemente imperfectos, pisamos un terreno muy peligroso. Un estudio más profundo de *Levítico* podría hacernos mucho bien.

---

[1] La Confesión de fe de la Iglesia Anglicana se denomina *Los treinta y nueve artículos*. Se origina en 1563 y refleja las enseñanzas de la Reforma Protestante.

II. Origen y raíz del pecado

En cuanto al *origen y la raíz* de esta vasta enfermedad moral llamada "pecado", tengo que decir algo: Me temo que los conceptos de muchos cristianos profesantes son, tristemente, defectuosos y equivocados. No puedo pasarlo por alto. Fijemos, pues, en nuestra mente que lo pecaminoso del hombre no empieza desde afuera, sino desde adentro. No es el resultado de una mala formación durante la niñez.

No es que se aprenda de las malas compañías ni por los malos ejemplos, como les gusta afirmar a algunos cristianos débiles. ¡No! Es una enfermedad congénita, que todos heredamos de nuestros primeros padres Adán y Eva, y con la cual nacimos. "Creados a la imagen y semejanza de Dios", inocentes y justos al principio, nuestros padres cayeron de la justicia original y llegaron a ser pecadores y corruptos. Y desde aquel día hasta hoy, todos los hombres y mujeres han nacido a la imagen de Adán y Eva caídos y heredan un corazón y una naturaleza con inclinación hacia el mal, "por un hombre entró el pecado al mundo". "Lo que es nacido de la carne, carne es". "[Somos] por naturaleza hijos de ira". "La mente carnal es enemistad contra Dios." "Porque de dentro, del corazón de los hombres, [naturalmente como de una fuente] salen los malos pensamientos, las fornicaciones, los homicidios" y cosas similares. (Jn. 3:6; Ef. 2:3; Ro. 5:12; 8:7; Mr. 7:21.)

El infante más hermoso que haya nacido este año y viene a ser el rayito de sol de una familia, no es, como su madre quizá cariñosamente lo llame, un "angelito", ni un bebito "inocente", sino un pequeño "pecador". ¡Ay! ¡Acostado sonriendo y balbuceando en su cuna, esta tierna criaturita tiene en su corazón las semillas de todo tipo de maldades! Basta con observarlo cuidadosamente mientras crece en estatura y su mente se desarrolla, para detectar una incesante tendencia hacia lo egoísta y lo malo, y un alejamiento de aquello que sea bueno.

Verá en él los brotes y gérmenes del engaño, del mal carácter, egoísmo, egocentrismo, obstinación, codicia, envidia, celo, pasión, los cuales si se les deja expresar, crecerán con lamentable rapidez. ¿Quién enseñó al niño estas cosas? ¿Dónde las aprendió? ¡Sólo la Biblia puede contestar estas preguntas!

De todas las cosas necias que los padres suelen decir acerca de sus hijos, no hay otra peor que el dicho común: "En el fondo, mi hijo tiene un buen corazón. No es lo que debiera ser; pero es que ha caído en malas manos. Las escuelas públicas son lugares malos. Los tutores descuidan a los niños. No obstante, en el fondo, él tiene un buen corazón". Desgraciadamente, la verdad es exactamente lo contrario. La primera causa de todo pecado radica en la corrupción natural del corazón del niño, no en la escuela.

III. Amplitud del pecado

En cuanto a la *amplitud* de esta vasta enfermedad moral del hombre llamada pecado, tengamos cuidado de no equivocarnos. La única base segura es la que nos dan las Escrituras. "Todo designio de los pensamientos del corazón" es malo por naturaleza y lo es continuamente (Gén. 6:5). "Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso;…" (Jer. 17:9). El pecado es una enfermedad que satura y compromete cada parte de nuestra constitución moral y cada una de nuestras facultades mentales. La comprensión, los afectos, los poderes para razonar, la voluntad, están todos infectados, en menor o mayor grado. Aun la conciencia está tan ciega que no se puede depender de ella como un guía seguro y puede llevar al hombre a hacer tanto lo malo como lo bueno, a menos que esté iluminado por el Espíritu Santo. En resumen, "Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay… cosa sana,…" en nosotros (Isa. 1:6). La enfermedad puede estar oculta bajo una delgada capa de cortesía,

buenos modales y un decoro exterior; pero se encuentra profundamente arraigada en el ser.

Admito totalmente que el hombre tiene muchas facultades positivas y nobles, y que muestra una inmensa capacidad en las artes, en las ciencias y en la literatura. Pero el hecho sigue en pie: En cuanto a las cosas espirituales, el hombre está completamente "muerto" y no tiene conocimiento, ni amor, ni temor natural de Dios. Sus mejores cualidades están tan entretejidas y mezcladas con corrupción, que el contraste sólo evidencia claramente la verdad y extensión de la caída. Nos muestra que una y la misma criatura es en algunas cosas…

- Tan superior y, en otras, tan baja.
- Tan grande y, no obstante, tan pequeña.
- Tan noble y, sin embargo, tan mala.
- Tan grandiosa en su concepción y ejecución de cosas materiales y, no obstante, tan arrastrada y tan degradada en sus afectos.
- Capaz de planificar y construir edificios como los de Carnac y Luxor en Egipto, y el Partenón en Atenas, y, no obstante, adorar a dioses y diosas viles, a aves, bestias y seres que se arrastran.
- Capaz de producir obras trágicas como las de Sófocles e historias como las de Tucídides y, no obstante, ser esclavo de vicios abominables como los descritos en el primer capítulo de la epístola a los *Romanos*.

Todo esto es un complicado rompecabezas para los que se burlan de la "Palabra escrita de Dios" y de los eruditos bíblicos.

Pero es un nudo que podemos desatar con la Biblia en nuestras manos. Podemos reconocer que el hombre tiene en sí, todas las marcas de un templo majestuoso, un templo en el cual alguna vez moraba Dios, pero que ahora está en ruinas.

Un templo en el que una ventana destrozada aquí, una puerta allá y una columna más allá todavía, dan una idea de la magnificencia de su diseño original, pero un templo que ha caído de su apogeo de un extremo al otro y que ha perdido su gloria. Y por eso decimos que nada soluciona el complicado problema de la condición del hombre, sino la "doctrina del pecado original o de nacimiento" y los devastadores efectos de la caída.

Recordemos, además de esto, que cada parte del mundo da testimonio del hecho que el pecado es la enfermedad universal de toda la humanidad. Busquemos por toda la tierra de este a oeste, de polo a polo, busquemos por toda nación de todo tipo de clima en los cuatro puntos cardinales de la tierra, busquemos en cada rango y clase social en nuestro país, desde el más elevado al más bajo y, en cada circunstancia y condición, la conclusión siempre será la misma. Las islas más remotas en el Océano Pacífico, completamente separadas de Europa, Asia, África y América, más allá del alcance del lujo oriental y las artes y literatura de occidente —islas habitadas por gente que no sabe de libros, dinero, la fuerza del vapor ni de la pólvora—, en estas islas siempre se ha encontrado, al descubrirlas, que había entre sus pobladores, las formas más viles de lujuria, crueldad, engaño y superstición. Si los habitantes no han sabido ninguna otra cosa, ¡siempre han sabido cómo pecar! En todo lugar, "engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso;…" (Jer. 17:9). Por mi parte, no sé de una prueba más contundente de la inspiración de *Génesis* y del registro de Moisés acerca del origen del hombre que el poder, la extensión y la universalidad del pecado. Reconozcamos que la humanidad surgió de una pareja, y que esa pareja cayó (como nos lo dice Génesis 3), y que el estado de la naturaleza humana en todas partes es fácilmente comprensible. Neguémoslo; como lo hacen muchos, y nos encontraremos inmediatamente envueltos en dificultades inexplicables.

En una palabra, la uniformidad y universalidad de la corrupción humana dan respuesta a los ejemplos más difíciles de explicar de las enormes "dificultades de la infidelidad".

El pecado en la vida del creyente

Después de lo dicho, estoy convencido de que la prueba más grande de la extensión y el poder del pecado, es lo pertinaz que es en aferrarse al hombre, aun después de que éste se ha convertido y es el objeto de las operaciones del Espíritu Santo. Según el lenguaje del Noveno Artículo[2], "esta infección de la naturaleza permanece…, aun en los que están regenerados". Tan profundas son las raíces de la corrupción humana, que aún después de que nacemos de nuevo, hemos sido renovados, "limpiados, santificados, justificados" y hechos miembros vivos de Cristo, estas raíces siguen vivas en el fondo de nuestros corazones y, como la lepra en las paredes de la casa, nunca nos libramos de ella hasta que la casa terrenal de este tabernáculo se haya disuelto. Sin lugar a dudas, el pecado en el corazón del cristiano ya no domina. Está controlado, mortificado y crucificado por el poder expulsivo del nuevo principio de gracia.

La vida del creyente es una vida de victoria, no de fracaso. Pero las mismas batallas que hay en su seno, la lucha que ve que tiene que librar diariamente, el celo continuo que tiene que ejercer sobre su hombre interior, el conflicto entre la carne y el espíritu, los "quejidos" que nadie, fuera de los que los han vivido conocen, testifican de la misma gran verdad, todos muestran el enorme poder y vitalidad del pecado. ¡Ciertamente debe ser poderoso ese enemigo que aunque esté crucificado sigue vivo! ¡Feliz es aquel creyente que lo comprende y, mientras se regocija en Cristo Jesús, no confía para nada en la carne y, por lo tanto, dice: "Gracias a Dios que nos da la victoria" (1 Co. 15:57); nunca se olvida de estar en guardia y orando para no caer en tentación!

IV. Lo ofensivo del pecado

En cuanto a la *culpabilidad, vileza y lo ofensivo* del pecado a los ojos de Dios, mis palabras serán pocas. Digo "pocas" con conocimiento de causa. No creo, según la naturaleza de las cosas, que el hombre mortal pueda percibir lo tremendamente ofensivo del pecado a los ojos de Aquel que es santo y perfecto con quien tenemos que tratar. Por otro lado, Dios, como ese Ser eterno que "notó necedad en sus ángeles" y en cuya presencia "los mismos cielos no son limpios", Él es el que lee los pensamientos y los motivos, al igual que las acciones, y requiere "verdad en nuestro interior" (Job 4:18; 15:15; Sal. 51:6).

Por otro lado, nosotros, pobres criaturas ciegas, hoy aquí y mañana no, nacidos en pecado, rodeados de pecados —viviendo en un ambiente constante de debilidad, enfermedad e imperfección—, no podemos dar forma más que a los conceptos más inadecuados de lo aberrante que es el mal. No tenemos ni línea ni unidad de medida con las cuales conocer sus dimensiones. El ciego no puede ver una diferencia entre una obra maestra de Ticiano o Rafael y el rostro de la reina en el mural del pueblo. El sordo no puede distinguir entre el sonido de un silbato y el del órgano de una catedral. Aquellos animales cuyo olor nos resulta tan ofensivo, no tienen idea de que son perjudiciales y no se afectan entre sí. Y yo creo que el hombre, el hombre caído, no puede tener una idea cabal de lo vil que es el pecado a los ojos de aquel Dios cuya obra es absolutamente perfecta —perfecta, aun si la vemos a través de un telescopio o un microscopio—,

[2] Los *Treinta y nueve artículos*, una confesión de fe conservadora.

perfecta en la formación de un gran planeta como Júpiter, con sus satélites sincronizados al segundo, mientras gira alrededor del sol y en la formación del insecto más pequeño que camina a nuestros pies.

Pero de cualquier manera, implantemos firmemente en nuestras mentes…

- Que el pecado es "esta cosa abominable que yo aborrezco".
- Refiriéndose a Dios dice: "Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio".
- Que la transgresión más leve de la ley de Dios nos hace "culpables de todos".
- Que "el alma que pecare, esa morirá".
- Que "la paga del pecado es muerte".
- Que "Dios juzgará… los secretos de los hombres".
- Que "el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga".
- Que "los malos serán trasladados al Seol" e "irán éstos al castigo eterno".
- Que "no entrará en ella [la ciudad celestial] ninguna cosa inmunda".

(Jer. 44:4; Hab. 1:13; Stg. 2:10; Ez. 18:4; Ro. 6:23; Ro. 2:16; Mr. 9:44; Sal. 9:17;
Mt. 25:46; Ap. 21:27.) ¡Por cierto, estas son tremendas palabras cuando consideramos que están escritas en el Libro de un Dios quien es todo misericordia! Después de todo, no hay prueba de lo serio del pecado que sea más sobrecogedora e irrefutable como la cruz y la pasión de nuestro Señor Jesucristo,

y toda la doctrina de su sustitución y expiación. Terriblemente negra ha de ser esa culpa por la cual, sólo la sangre del Hijo de Dios podía satisfacer. Pesada debe ser la carga del pecado humano que hizo gemir a Jesús y sudar gotas de sangre en agonía en Getsemaní y clamar desde el Gólgota:

"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mt. 27:46). Estoy convencido de que nada nos asombrará tanto, cuando despertemos en el día de resurrección, como la vista que tendremos del pecado y del conocimiento retrospectivo que tendremos de nuestras innumerables faltas y defectos. Nunca, hasta la hora cuando Cristo venga por segunda vez, comprenderemos totalmente "lo pecaminoso del pecado". Bien podría decir George Whitefield: "El himno en el cielo será: '¡Lo que Dios ha hecho!'"

V. Lo engañoso del pecado

Queda un punto por considerar sobre el tema del pecado, que no puedo pasar por alto. Ese punto tiene que ver con *lo engañoso* que es. Es un asunto de importancia primordial y me aventuro a pensar que no recibe la atención que merece. Podemos ver este engaño en lo increíblemente propenso que es el hombre a considerar al pecado menos pecaminoso y peligroso de lo que es a los ojos de Dios y su pronta disposición por restarle importancia, excusarse por él y minimizar su culpa. "¡No es más que uno pequeño! ¡Dios es misericordioso! ¡Dios no va al extremo de tomar nota de lo que uno hace mal! ¡Nuestra intención es buena! ¡Uno no puede ser tan quisquilloso! ¿Dónde hace tanto daño? ¡No hacemos más que lo mismo que hacen los demás!". ¿A quién no le resulta familiar este tipo de lenguaje?

Podemos verlo en la larga lista de palabras y frases lindas que han acuñado los hombres a fin de describir cosas que Dios llama lisa y llanamente perversas y una ruina para el alma. ¿Qué significan expresiones como "de vida fácil", "alegre", "alocado", "inseguro", "desconsiderado", "indiscreto"? Muestran que los hombres tratan de engañarse a sí mismos y de creer que el pecado no es tan pecaminoso como Dios dice que lo es y que no son tan malos como realmente son. Podemos verlo en la tendencia, aun de creyentes,

de permitirles a sus hijos conductas cuestionables y de ignorar el resultado inevitable del amor al dinero, de jugar con la tentación y sancionar a los transgresores sin el debido rigor.

Me temo que no comprendemos suficientemente la extrema sutileza de la enfermedad de nuestra alma. Somos demasiado prontos a olvidar que la tentación de pecar raramente se nos presenta en su verdadera realidad, diciendo: "Soy tu enemigo mortal y quiero arruinarte eternamente en el infierno". ¡Oh no! El pecado nos llega, como Judas, con un beso y, como Joab, con una mano extendida y palabras halagadoras. El fruto prohibido le parecía bueno y deseable a Eva; no obstante le echó fuera del Edén. Caminar tranquilamente en la azotea de su palacio le pareció inofensivo a David; pero terminó en adulterio y homicidio. El pecado raramente parece pecado al principio. Estemos en guardia y oremos, no sea que caigamos en tentación. Podemos darle a la impiedad nombres bonitos, pero no podemos alterar su naturaleza y carácter a los ojos de Dios. Recordemos las palabras de San Pablo: "Exhortaos los unos a los otros cada día… para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado" (He. 3:13). Es una oración sabia en nuestra Letanía la que dice: "De los engaños del mundo, la carne, y el diablo, líbranos, buen Señor".

Autodegradación

Y ahora, antes de seguir adelante, quiero mencionar brevemente dos pensamientos que parecen surgir con fuerza irresistible de este tema. Por un lado, les pido a mis lectores que observen las razones profundas que todos tenemos para *humillarnos* y *degradarnos a nosotros mismos*. Sentémonos ante la figura del pecado que nos presenta la Biblia y consideremos qué criaturas tan culpables, viles y corruptas somos todos a los ojos de Dios. ¡Cuánta necesidad tenemos todos del cambio del corazón llamado regeneración, nuevo nacimiento o conversión!

¡Qué masiva es la debilidad e imperfección que se aferra al mejor ser humano en su mejor expresión! ¡Qué solemne es el pensamiento que dice que sin santidad "nadie verá al Señor"! (He. 12:14). ¡Qué razón tenemos de clamar con el publicano, cada noche de nuestra vida, cuando pensamos en nuestros pecados de omisión, al igual que los de comisión: "Dios, sé propicio a mí, pecador" (Lc. 18:13)!

¡Qué admirablemente encajan las confesiones generales y de la comunión en el Libro de Oraciones, con la condición actual de todos los cristianos profesantes!

¡Qué divinamente adecuado es ese lenguaje para los hijos de Dios, que el Libro de Oraciones pone en la boca del cristiano antes de acercarse a la mesa de comunión: "El recuerdo de nuestras malas acciones nos son gravosas; la carga es intolerable: Ten misericordia de nosotros, ten misericordia de nosotros, Padre muy misericordioso; en el nombre de tu Hijo nuestro Señor Jesucristo, perdónanos por todo lo pasado"! ¡Cuán cierto es que, el santo más santo, es en sí un miserable pecador y necesitado de misericordia y gracia hasta el último momento de su existencia!

De todo corazón, apoyo aquel pasaje en el Sermón sobre Justificación de Hooker, que comienza diciendo: "Consideremos las mejores cosas y las más santas que hacemos. Nunca estamos más comprometidos con Dios que cuando oramos; no obstante, muchas veces, cuando oramos, ¡cómo nos distraemos! ¡Qué poca reverencia demostramos hacia la gran majestad de Dios con quien hablamos!

¡Qué poco remordimiento sentimos por nuestras propias maldades! ¡Qué poco gusto sentimos de la influencia de sus tiernas mercedes! ¿No sucede que muchas veces no estamos deseosos de comenzar, como lo estamos de terminar, como si al decir él 'Invócame' (Sal. 50:15), nos hubiera dado una tarea muy difícil? Lo que digo puede parecer algo extremo; por lo tanto, que cada uno juzgue, como le indique su propio corazón, y no de ninguna otra manera;

¡haré sólo una demanda! Si Dios cediera ante nosotros, no como a Abraham (si hubiera podido encontrar cincuenta, cuarenta, treinta, veinte o aun diez buenas personas en la ciudad, por ellas esta ciudad no sería destruida) y, en cambio, nos hiciera una oferta así de grande: 1) Busquen en todas las generaciones de hombres desde la caída de nuestro padre Adán, 2) Encuentren un hombre que haya surgido de él, que haya sido puro, sin mancha alguna y 3) Por la acción de ese único hombre, ningún ser humano ni ángel sufriría los tormentos preparados para ambos. ¿Les parece que este rescate para librar a hombres y ángeles podría encontrarse entre los hijos de los hombres, cuyas mejores cosas tienen algo en ellas que hay que perdonar?"[3]

Ese testimonio es verdadero. Por mi parte, estoy convencido de que cuanta más luz tenemos, más vemos lo pecaminoso que somos y cuanto más nos acercamos al cielo, más estamos revestidos de humildad. En cada era de la Iglesia encontraremos que es cierto, si estudiamos biografías, que los santos más eminentes, hombres como Bradford, Rutherford y M'Cheyne, veremos que, invariablemente, han sido los hombres más humildes.

Seamos agradecidos por la gracia

Por otro lado, pido a mis lectores que observen cuán *profundamente agradecidos* debemos estar por el glorioso evangelio de la gracia de Dios. Existe un remedio revelado para la necesidad del hombre, un remedio tan ancho, amplio y profundo como la enfermedad que padece. No hemos de temer mirar al pecado y estudiar su naturaleza, origen, poder, extensión y vileza, si miramos, al mismo tiempo, el remedio todopoderoso que nos ha sido provisto en la salvación que hay en Jesucristo. Aunque ha abundado el pecado, la gracia ha abundado mucho más. Sí…

- En el pacto eterno de redención y en el Mediador de ese pacto, Jesucristo el justo, y perfecto Hombre en una sola Persona.

- En la obra que hizo al morir por nuestros pecados y resucitar para nuestra justificación, y en los oficios que cumple como nuestro Sacerdote, Sustituto, Médico, Pastor y Abogado.
- En la sangre preciosa que derramó, la cual puede limpiar de todo pecado en la justicia eterna que trajo.
- En la intercesión perpetua que hace por nosotros como nuestro Representante a la diestra de Dios.
- En su poder de salvar para siempre al peor de los pecadores, su disposición de recibir y perdonar a los más viles, su prontitud por cargar a los más débiles.
- En la gracia del Espíritu Santo que planta en los corazones de su pueblo, renovando, santificando y haciendo que las cosas viejas pasen y todas sean hechas nuevas.

—En todo esto y, ¡oh que bosquejo tan breve es!, en todo esto, digo, hay un remedio, pleno, perfecto y completo para la enfermedad aborrecible del pecado. Terrible como es indudablemente el concepto correcto del pecado, nadie debe desmayar ni desesperarse, siempre y cuando tenga, al mismo tiempo, un concepto correcto de Jesucristo. Con razón ese anciano Flavel finaliza muchos de los capítulos de su admirable libro *"Fountain of Life"* (Fuente de vida), con las emocionantes palabras: "Bendito Dios por Jesucristo".

Aplicación práctica

Al llevar este tema poderoso a una conclusión, siento que apenas he tocado la superficie. Es un asunto que no puede ser tratado a fondo en un escrito como éste. El que quiera verlo tratado, completa y exhaustivamente, tiene que recurrir a eruditos de teología experimental, como Owen,

---

[3] Thomas Hooker (1556-1647): "*Learned Discourse of Justification*" (un discurso erudito sobre la justificación).

Burgess, Manton, Charnock y otros gigantes de la escuela puritana. Sobre temas como éste, no hay escritores que puedan compararse con los puritanos. Sólo me resta destacar algunos asuntos prácticos que toda la doctrina sobre el pecado deben ser tratados en la actualidad.

(a) Quiero decir, en primer lugar, que un concepto bíblico del pecado es unos de los ***mejores antídotos contra el tipo de teología vaga, imprecisa, nada clara, borrosa, indefinida,*** que es tan dolorosamente común en la actualidad. Es en vano cerrar los ojos al hecho de que hay una gran cantidad de supuesto cristianismo hoy día que no puede declararse positivamente errado, pero que, a pesar de todo, no es completo, de peso, ni totalmente acertado. Es un cristianismo en el cual no se puede negar que haya "algo de Cristo, algo de la gracia, algo de la fe, algo del arrepentimiento y algo de la santidad"; pero no es lo verdadero, tal como aparece en la Biblia. Las cosas están fuera de lugar y son desproporcionadas.

Como hubiera dicho el anciano Latimer: Es una especie de "mezcla de esto y aquello" y no hace nada de bien. No ejerce influencia sobre la conducta cotidiana, ni consuela en la vida, ni da paz en la muerte. Los que siguen estas aparentes verdades, despiertan a menudo demasiado tarde para encontrarse con que no tienen ningún fundamento. Ahora bien, creo que la mejor manera de curar este tipo defectuoso de religión es darle más prominencia a la antigua verdad bíblica acerca de lo pecaminoso del pecado. La gente nunca se propondrá decididamente ir en dirección al cielo y a vivir como peregrinos hasta que sientan que realmente corren peligro de ir al infierno. Tratemos todos de reavivar la antigua enseñanza acerca del pecado en los jardines de infantes, escuelas, colegios y universidades. No olvidemos que "la ley es buena, si uno la usa legítimamente" y que "por medio de la ley es el conocimiento del pecado" (1 Tim. 1:8; Ro. 3:20; 7:7). Pongamos la ley al frente y enfaticémosla de modo que los hombres le presten atención.

Hablemos de los Diez Mandamientos e insistamos en ellos demostrando lo largo, ancho, profundo y alto de sus requerimientos. Éste fue el método de nuestro Señor en el Sermón del Monte. No hay nada mejor que podemos hacer que seguir su plan. ¡Podemos depender de él; los hombres nunca acudirán a Jesús, ni se quedarán con Jesús, ni vivirán para Jesús, a menos que realmente sepan por qué deben acudir a él y cuál es la necesidad que tienen!

Aquellos que el Espíritu atrae a Jesús son los que el Espíritu ha convencido de pecado. Sin una convicción total de pecado, el hombre puede acudir a Jesús y seguirle por un tiempo, pero pronto se apartará y volverá al mundo.

(b) Tener un concepto bíblico del pecado es una de las ***mejores maneras de evaluar la teología extravagantemente amplia y liberal*** que está en boga en nuestros días. La tendencia del pensamiento moderno es rechazar los credos y toda clase de límites en la religión. Se cree que es muy bueno y sabio no condenar ninguna opinión y declarar que todos los maestros inteligentes y serios, son dignos de confianza, no importa lo heterogéneas y mutuamente destructivas que puedan ser sus opiniones. ¡Todo en verdad es cierto, nada es falso! ¡Todos tienen razón y nadie está equivocado! ¡Es muy probable que todos sean salvos y nadie se perderá! La expiación y sustitución de Cristo, la personalidad del diablo, los elementos milagrosos en las Escrituras, la realidad y eternidad del futuro castigo, todas estas poderosas piedras fundamentales se tiran indiferentemente por la borda como lastre, a fin de alivianar el barco del cristianismo y hacer posible que se mantenga al paso de la ciencia moderna. Si tomamos una postura firme en defensa de estas grandes verdades ¡nos llaman cerrados, anticuados y fósiles teológicos!

Citamos un texto y nos dicen que no toda verdad está confinada a las páginas de un antiguo libro judío y que una búsqueda libre ha descubierto muchas cosas desde que el libro se terminó de escribir.

Un concepto correcto es el ***mejor antídoto contra ese tipo de cristianismo sensual, ceremonial y formal,*** que nos ha arrasado como una inundación durante los últimos veinticinco años, llevándose a muchos a su paso. Comprendo que este sistema de religión tiene mucho de atractivo para cierta mentalidad, siempre y cuando la conciencia no esté totalmente iluminada. Me resulta difícil creer que cuando esa parte maravillosa de nuestro ser llamada conciencia está realmente despierta y viva, un cristianismo ceremonial sensual nos satisfaga plenamente. A un niñito se le puede tranquilizar y entretener fácilmente con juguetitos y sonajeros mientras no tenga hambre; pero en cuanto lo siente, sabemos que *comer* es lo único que lo satisfará. Sucede lo mismo con el alma. Música, flores, velas, incienso, estandartes, procesiones, vestiduras hermosas, confesionarios y ceremonias de carácter similar a las católicas romanas hechas por el hombre, lo satisfarán bajo ciertas condiciones. Pero una vez que "despierta y se levanta de entre los muertos", no se contentará con estas cosas. Le parecerán simples frivolidades y una pérdida de tiempo. Pero en cuanto ve su *pecado*, tiene que ver a su *Salvador*. Se siente atacado por una enfermedad mortal y nada los satisfará, sino el gran Médico. Tiene hambre y sed, y no puede conformarse con menos que el pan de vida. Puedo parecer audaz al decir esto; pero afirmo, sin temor a equivocarme, que cuatro de cada cinco algo de católicos romanos del último cuarto de siglo, no hubieran existido si se les hubiera enseñado más fehacientemente y con más amor, la naturaleza del pecado y lo vil y pecaminoso que es.

(c) Un concepto correcto del pecado es uno de los ***mejores antídotos contra las teorías demasiado forzadas de la Perfección***, de las que oímos tanto en estos tiempos. Diré poco de estas y confío en no ofender a nadie con lo que digo. Si aquellos que nos presionan para que seamos perfectos quieren decir que seamos consecuentes en todo y que prestemos cuidadosa atención a todas las gracias que constituyen el carácter cristiano, tendríamos razón en, no sólo tolerarlos, sino en coincidir enteramente con ellos. Pero si en realidad quieren decirnos que, en este mundo, el creyente puede lograr una libertad total del pecado, vivir por años en una comunión continua e ininterrumpida con Dios y que durante meses no tiene ni siquiera un pensamiento malo, tengo que decir sinceramente que tal opinión me parece muy poco bíblica.

Y voy aún más lejos. Digo que la opinión que comparto es muy peligrosa para el que esto cree y es muy probable que deprima, desaliente e intimide a los que preguntarían acerca de la salvación. No encuentro en la Palabra de Dios la más mínima razón para esperar tal perfección mientras estamos en este cuerpo mortal. Creo que las palabras del Artículo 15 son totalmente ciertas: Que "sólo Cristo es sin pecado; y que todos nosotros, el resto de los mortales, aunque hemos sido bautizados y nacidos de nuevo en Cristo, ofendemos de muchas maneras; y si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros". Usando el lenguaje de nuestra primera homilía: "Existen imperfecciones en nuestras mejores obras: No amamos a Dios tanto como deberíamos, con todo nuestro corazón, mente y fuerzas; no tememos a Dios tanto como deberíamos; no oramos a Dios sin tener muchas y grandes imperfecciones. Damos, perdonamos, creemos y esperamos imperfectamente; hablamos, pensamos y los hacemos imperfectamente; luchamos imperfectamente contra el diablo, el mundo y la carne. Por lo tanto, no nos avergoncemos de confesar sencillamente nuestro estado de imperfección".

Repito una vez más lo que he dicho: La mejor vacuna contra la falsa ilusión efímera sobre la perfección que empaña a algunas mentes —pues tal cosa espero poder llamarla—es una comprensión distintiva, plena y clara de la naturaleza, lo pecaminoso y engañoso del pecado.

(d) En último lugar, un concepto bíblico del pecado es un admirable ***antídoto contra los conceptos pobres de la santidad personal*** que lamentablemente prevalece en estos últimos días de la Iglesia. Éste es un tema muy doloroso y delicado. Lo sé, pero no me atrevo a pasarlo por alto. Desde hace mucho tiempo tengo la triste convicción de que las normas del diario vivir entre los cristianos de gran parte de nuestros países han ido relajándose paulatinamente. Me temo que la caridad, amabilidad, alegría, generosidad, humildad, gentileza, bondad, auto negación, celo por hacer el bien y la separación del mundo a imitación de Cristo, son valores mucho menos apreciados de lo que deberían ser y que fueron importantes en la época de nuestros mayores.

No puedo pretender entrar de lleno en las causas de este estado de cosas y sólo puedo sugerir algunas conjeturas para ser consideradas. Puede ser que cierta profesión de religión esté tan de moda y sea comparativamente fácil en la actualidad, que las corrientes que antes eran angostas y profundas sean ahora anchas y superficiales, que lo que hemos logrado externamente, hemos perdido en calidad. Puede ser que el gran incremento de riquezas en los últimos veinticinco años ha introducido insensiblemente una plaga de mundanalidad, de autosatisfacción y del amor por lo placentero de una vida social basada en lo material. Lo que antes se llamaban lujos, ahora son comodidades y necesidades, y el negarse uno mismo y soportar “una vida dura” son cosas desconocidas. Puede ser que las muchas controversias que caracterizan a esta época han secado sensiblemente nuestra vida espiritual.

Con demasiada frecuencia nos hemos contentado con un celo por la ortodoxia y, por ende, hemos descuidado las serias realidades de una consagración cotidiana práctica. Sean cuales fueren las causas, tengo que declarar mi propia creencia de que el resultado es el mismo. Han habido en los últimos años normas más bajas de santidad personal entre creyentes que lo que había en la época de nuestros mayores. ¡Todo esto trae como resultado que *el Espíritu se contrista*! El asunto requiere humillarse mucho y escudriñar el corazón.

Remedios

Me atrevo a dar una opinión acerca del mejor remedio que he mencionado para la situación. Otras corrientes de pensamientos en las iglesias tienen que formar sus propios criterios. Estoy convencido de que la cura para los evangélicos se encuentra en una comprensión más clara de la *naturaleza y lo pecaminoso del pecado*. No necesitamos volver a Egipto y tomar prestadas prácticas similares a las católicas romanas a fin de revivir nuestra vida espiritual. No necesitamos restaurar el confesionario, ni volver al monacato ni al ascetismo. ¡De ninguna manera! Tenemos, sencillamente, que arrepentirnos y hacer nuestras primeras obras. Tenemos que volvernos a los principios originales de la fe. Tenemos que volver "a las sendas antiguas". Tenemos que sentarnos humildemente ante la presencia de Dios, encarar de frente todo el asunto, examinar claramente lo que el Señor Jesús llama pecado y lo que el Señor llama "hacer su voluntad".

¡Debemos, luego, tratar de entender que es *terriblemente posible* vivir una vida descuidada, fácil, medio mundana y, a la vez, mantener los principios evangélicos y llamarnos evangélicos! Una vez que comprendemos que el pecado es mucho más vil y que está mucho más cerca de nosotros, y que se nos pega más de lo que suponemos, seremos conducidos, confío y creo, a acercarnos más a Cristo.

Una vez que lo estamos, beberemos profundamente de su plenitud y aprenderemos más fehacientemente a "vivir la vida de fe" en él, como lo hizo San Pablo. En cuanto hemos sido enseñados a vivir la vida de fe en Jesús y a permanecer en él, daremos más fruto, seremos más fuertes para cumplir nuestro deber, más pacientes en las pruebas, más cuidadosos de nuestro pobre y débil corazón y más como nuestro Maestro en todos nuestros pequeños quehaceres cotidianos. En la proporción en que comprendamos cuánto ha hecho Cristo por nosotros, trabajaremos para hacer mucho para Cristo. Más somos perdonados, más amaremos. En suma, como dice el Apóstol: "Mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados… en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (2 Co. 3:18).

Sea lo que fuere que algunos optan por pensar o decir, no puede haber ninguna duda de que un aumento de sensibilidad por la santidad es una de las señales de nuestra época. Las conferencias para promover la "vida espiritual" son temas de congresos casi todos los años. El tema ha despertado mucho interés en muchos países, por lo cual debemos estar agradecidos. Cualquier movimiento basado en principios sólidos, que ayuda a profundizar nuestra vida espiritual y a aumentar nuestra santidad personal, será una verdadera bendición para la Iglesia. Hará un gran aporte para unirnos y curar nuestras desafortunadas divisiones. Puede traer una efusión fresca de la gracia del Espíritu y dar vida a los muertos. Aun con la seguridad que tengo, como dije al comienzo de este escrito, tenemos que escarbar profundo para edificar alto. Estoy convencido de que el primer paso hacia el logro de un nivel más elevado de santidad es comprender más plenamente lo asombrosamente pecaminoso que es el pecado.

2. Santificación

"Santifícalos en tu verdad". Juan 17:17
"La voluntad de Dios es vuestra santificación".
1 Tesalonicenses 4:3

Me temo que el tema de la santificación es uno que a muchos les desagrada considerablemente. Algunos hasta lo rechazan con desprecio y desdén. Lo último que quisieran es ser un "santo" o un hombre "santificado". No obstante, el tema no merece ser tratado de este modo. No es un enemigo, sino un amigo.

Es un tema de suma importancia para nuestras almas. Si la Biblia dice la verdad, entonces es cierto que, a menos que seamos "santificados", no seremos salvos. Hay tres cosas que, según la Biblia, son absolutamente necesarias para la salvación de cada hombre y mujer en la cristiandad. Estas tres son: Justificación, regeneración y santificación. Las tres se encuentran en cada hijo de Dios: El que ha aceptado a Cristo como su Señor y Salvador es nacido de nuevo, justificado y santificado. Al que le falte uno de estos tres elementos, no es un verdadero cristiano a los ojos de Dios y, si muere en esa condición, no lo encontraremos en el cielo ni será glorificado en el día final.

Es un tema muy apropiado para esta época porque han aparecido últimamente doctrinas extrañas, sobre todo, respecto al tema de la santificación. Algunas de esas doctrinas parecen confundirla con la justificación. Algunos la rebajan al grado de anularla bajo la excusa de tener un gran celo por la gracia y la descuidan, prácticamente, en su totalidad. Otros tienen tanto temor de que las "obras" sean incluidas como parte de la justificación, que casi ni pueden encontrarle un lugar a las "obras" en su fe.

Otros más, adoptan una norma equivocada con respecto a la santificación, nunca la logran, desperdician su vida en repetidos cambios de iglesia en iglesia, de congregación en congregación y de secta en secta con la esperanza inútil de que encontrarán lo que quieren. En tiempos como éste, un examen sereno del tema, como uno de los temas principales del evangelio, puede ser de mucho provecho para nuestras almas.

I. Primero, consideremos la *verdadera naturaleza* de la santificación.

II. Segundo, consideremos las *señales visibles* de la santificación.

III. Por último, consideremos, en qué coinciden la *justificación y santificación,*
en qué se parecen y cómo difieren.

Si lamentablemente el lector de estas páginas es alguien a quien sólo le interesa el mundo y no profesa una religión, no puedo esperar que se interese mucho en lo que escribo. Probablemente le parezca cuestión de "palabras y nombres" y lindas preguntas que no tienen ninguna relación con lo que cree. Pero si es un cristiano reflexivo, razonable y sensible, me atrevo a decir que encontrará que vale la penar tener algunos conceptos claros acerca de la santificación.

I. Naturaleza de la santificación

En primer lugar, tenemos que considerar *la naturaleza de la santificación*.
¿Qué quiere decir la Biblia cuando habla del hombre "santificado"?

La santificación es la obra espiritual interior que el Señor Jesucristo lleva a cabo en el hombre por medio del Espíritu Santo, cuando lo llama a ser un verdadero creyente. No sólo 1) lo limpia de sus pecados con su propia sangre, sino que también 2) lo separa de su amor natural por el pecado y el mundo, 3) pone un principio nuevo en su corazón y 4) lo hace practicar la piedad en su vida.

El instrumento por el cual el Espíritu hace esto es, generalmente, la Palabra de Dios, aunque a veces usa aflicciones y visitaciones providenciales son "sin palabra" (1 P. 3:1). El sujeto de esta obra de Cristo por su Espíritu es llamado en las Escrituras hombre "santificado"[1].

El que supone que Jesucristo sólo vivió, murió y resucitó a fin de proveer justificación y perdón de pecado a su pueblo, tiene todavía mucho que aprender. Aunque lo sepa o no, está deshonrando a nuestro bendito Señor y convirtiéndolo en apenas un Salvador a medias.

El Señor Jesús se ha hecho cargo de todo lo que las almas de los suyos requieren; no sólo para librarlos de la *culpa* de sus pecados por medio de su muerte expiatoria, sino también del *dominio* de sus pecados, colocando al Espíritu Santo en sus corazones, no únicamente para justificarlos, sino también para santificarlos. Es él, de este modo, no sólo la "justicia" del creyente, sino su "santificación" (1 Co. 1:30). Prestemos atención a lo que dice la Biblia:

---

[1] "Las Escrituras mencionan una doble santificación y, en consecuencia, hay una doble santidad. La primera es común a las personas y cosas, consistiendo de una dedicación, consagración o separación singulares de ellas para el servicio de Dios, por su propio nombramiento, por el cual se hacen santos. Esto se aplica a los sacerdotes y levitas de antaño; el arca, el altar, el tabernáculo y el templo que eran santificados y hechos santos y, ciertamente, en toda santidad hay una dedicación y separación singular para Dios. Pero en el sentido mencionado, la suya era solitaria y, exclusivamente, de él. Nada se relacionaba con esta separación sagrada ni había ningún otro efecto de esta santificación. Pero, en segundo lugar, hay otro tipo de santificación y santidad, este apartarse para Dios no es lo primero realizado ni lo intencionado, sino una consecuencia y efecto de ella. Ésta es real en el interior, por la comunicación de un principio de santidad de nuestra naturaleza, desarrollado con su práctica de actos y deberes de obediencia santa a Dios. Esto es lo que buscamos". —John Owen (1616-1683) acerca del Espíritu Santo, *Works* (Obras). Tomo 3, p. 370, edición de Goold.

"Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados", "Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado", "Jesucristo… se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras", Cristo "llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia", "Os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprensibles delante de él" (Jn. 17:19; Ef. 5:25, 26; Tito 2:14; 1 P. 2:24; Col. 1:21, 22). Consideremos con cuidado el significado de estos cinco textos. Si algo significan esas palabras, es que Cristo lleva a cabo la santificación, tal como lo hace en el caso de la justificación de su pueblo creyente. Se hace provisión para *ambas* igualmente "en ese pacto perpetuo, ordenado en todas las cosas, y… guardado" del cual el Mediador es Cristo. De hecho, Cristo es llamado en otro lugar: "El que santifica" y a su pueblo se le llama: "Los que son santificados" (He. 2:11).

El tema que tenemos ante nosotros es tan profundo y de tanta importancia que requiere protegerlo, vigilarlo, aclararlo y delinearlo por todos sus costados. Una doctrina que es indispensable para la salvación, nunca puede ser desarrollada con demasiada precisión ni ser esclarecida totalmente. Aclarar la confusión entre unas doctrinas y otras, lo cual es lamentablemente común entre los cristianos, y trazar una relación precisa entre unas verdades y otras en la fe, es una manera de arribar a un acierto total en nuestra teología. Por lo tanto, no vacilo en exponer a mis lectores a una serie de proposiciones o declaraciones conectadas, tomadas de las Escrituras, que creo encontrarán útiles para definir la naturaleza exacta de la santificación.

(1) Santificación es, pues, el ***resultado invariable de esa unión con Cristo*** que la fe auténtica da al cristiano. "El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto" (Jn. 15:5). La rama que no lleva fruto no es una rama viva en la vid. La unión con Cristo que no produce ningún efecto en la vida es una mera unión de forma, que no tiene valor ante Dios. La fe que no tiene una influencia santificadora sobre el carácter del creyente, no es mejor que la fe de los demonios. Es una "fe muerta, porque es sola". No es un don de Dios. No es la fe de los escogidos de Dios. En resumen, donde no hay una santificación de la vida, no hay una fe verdadera en Cristo. La fe verdadera obra por el amor. Constriñe al hombre a vivir para el Señor como efecto de un profundo sentido de gratitud por su redención. Le hace sentir que nunca puede hacer demasiado por Aquel que murió por él. Habiendo sido perdonado por mucho, mucho ama. Aquel a quien la sangre de Cristo lo limpia, vive en la luz. El que tiene una auténtica esperanza viva, se purifica a sí mismo tal como el Señor es puro. (Stg. 2:17-20; Tito 1:1; Gá. 5:6; 1 Jn. 1:7; 3:3.)

(2) Además, la santificación es el ***resultado y consecuencia inseparable de la regeneración.*** El que es nacido de nuevo y hecho nueva criatura, recibe una nueva naturaleza y nuevos principios de vida, y vive siempre una vida nueva. Una supuesta regeneración que puede tener el hombre y, no obstante, vivir en el pecado o mundanalidad sin importarle, es una regeneración inventada por teólogos poco inspirados, que las Escrituras no mencionan. Por el contrario, Juan dice expresamente que "todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, ama a su hermano, se guarda a sí mismo y vence al mundo" (1 Jn. 2:29; 3:9-14; 5:4,18). En suma, donde no hay santificación, no hay regeneración y donde no hay una vida santa, no hay un nuevo nacimiento.

Ésta es, sin duda, una afirmación dura para muchos; pero, dura o no, es sencillamente una verdad bíblica. Está escrito claramente que el que es nacido de Dios es uno en quien permanece la simiente de Dios; "y no puede pecar, porque es nacido de Dios" (1 Jn. 3:9).

(3) Santificación también es la única certeza de la ***evidencia de que el Espíritu Santo mora en él***, lo cual es esencial en la salvación. "Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él" (Ro. 8:9). El Espíritu no se mantiene dormido ni inactivo dentro del alma: Siempre da a conocer su presencia por el fruto que causa que nazca en el corazón, en el carácter y en la vida. "El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" y cosas similares (Gá. 5:22, 23). Donde existen estas virtudes, allí está el Espíritu; donde faltan, los hombres están muertos para Dios. El Espíritu es comparado con el viento y, como el viento, no se ve con ojos físicos. Pero así como sabemos que hay viento por el efecto que produce en las olas, en los árboles y en el humo, podemos también saber que el Espíritu está en alguien por los efectos que produce en su conducta. Es necio suponer que tenemos el Espíritu si no andamos en el Espíritu (Gá. 5:25). Podemos depender de esto con gran certeza: Que donde no hay un vivir santo, no hay Espíritu Santo. El sello que el Espíritu estampa en el pueblo de Dios, es santificación. Todos los que de hecho son "guiados por el Espíritu de Dios, éstos", estos únicamente, "son hijos de Dios" (Ro. 8:14).

(4) Santificación también es la ***única señal segura de la elección de Dios***. Los nombres y la cantidad de escogidos son algo secreto, sin duda, que Dios sabiamente se ha guardado para él y no ha revelado al hombre. No nos es dado en este mundo estudiar las páginas del libro de la vida y ver los nombres que contiene. Pero hay una realidad clara y simple de la elección y es ésta: Que los hombres y mujeres escogidos pueden ser conocidos y distinguidos por su vida santa. Está escrito expresamente que son…

- "Elegidos… en santificación",
- "Escogido[s]… para salvación, mediante la santificación",
- "Los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo" y
- "nos escogió en él antes de la fundación del mundo, *para que fuésemos santos*".

Por esto, cuando Pablo vio el obrar de la "fe" y el "amor" en la práctica y la "esperanza paciente" de los creyentes tesalonicenses, dijo: "Conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección" (1 P. 1:2; 2 Ts. 2:13; Ro. 8:29; Ef. 1:4; 1 Ts. 1:3, 4).

El que se vanagloria de ser uno de los escogidos mientras que, intencional y habitualmente, vive en pecado, sólo se engaña a sí mismo y blasfema. Por supuesto que es difícil saber lo que *realmente* es la gente; muchos que parecen bastante buenos externamente, pueden resultar hipócritas con un corazón corrupto. Pero el individuo en el que no hay, al menos, alguna indicación externa de santificación, podemos estar seguros de que tampoco es escogido. El catecismo de la Iglesia Anglicana, sabia y correctamente, enseña que el Espíritu Santo "*santifica* a todo el pueblo escogido de Dios".

(5) Santificación, repito, es ***una realidad que siempre será posible ver***. Al igual que la Gran Cabeza de la Iglesia, de la cual surge, *no puede ser escondida*. "Porque cada árbol se conoce por su fruto" (Lc. 6:44). La persona realmente santificada puede estar tan vestida de humildad, que sólo puede ver en sí misma, sus propias debilidades y defectos. Como Moisés, cuando bajó del Monte Sinaí, quien posiblemente no tenía conciencia de que su rostro resplandecía. Como el justo, en la poderosa parábola de las ovejas y los cabritos, quien no pudo ver que quizá hubiera hecho algo digno de la atención y felicitación de su Maestro:

"¿Cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber?" (Mt. 25:37). Pero no importa si él mismo lo ve o no, otros siempre lo verán en su tono, gustos, carácter y los hábitos de su vida que son diferentes de los demás. La idea misma de que el hombre sea "santificado", mientras no se nota nada de santidad en su vida, es pura necedad y un uso equivocado de palabras. La luz de su santificación puede ser muy tenue; pero si hay apenas un destello en un cuarto oscuro, esa chispa será vista. La vida puede ser débil, pero si el pulso late sólo un poquito, se sentirá. Sucede lo mismo con el hombre santificado: Su santificación es algo que se siente y se ve aunque él mismo no lo entienda. ¡El "santo" en quien nada puede verse, sino mundanalidad o pecado, es un tipo de monstruo que la Biblia no reconoce!

(6) Santificación es ***algo por lo cual cada creyente es responsable***. No me equivoco al decir esto. Creo tan firmemente como cualquiera que todo hombre sobre la tierra es responsable ante Dios y que todos los perdidos no tendrán nada que decir ni excusas que dar en el día final. Cada uno tiene el poder de perder "su alma" (Mt. 16:26). Pero aunque creo esto, afirmo que los creyentes son, principal y particularmente, responsables y tienen una obligación especial de vivir una vida santa. No son como los demás: Muertos, ciegos y carentes de renovación; están vivos para Dios, tienen luz, conocimiento y nuevos principios dentro de ellos.
¿Quién tiene la culpa de que no sean santos, sino ellos mismos? ¿A quién le pueden echar la culpa de que no son santificados, sino a ellos mismos? Dios, quien les ha dado gracia, un corazón nuevo y una naturaleza nueva, los ha dejado sin excusas, si no viven para Su alabanza.

Éste es un punto demasiado olvidado. El hombre que profesa ser un auténtico cristiano y no hace nada, se contenta con un grado muy inferior de santificación (si acaso la tiene) y dice tranquilamente que "no puede hacer nada", es digno de lástima y, además,

muy ignorante. Cuidémonos y estemos en guardia. La Palabra de Dios siempre dirige sus preceptos a los creyentes como seres que rendirán cuentas y a quienes considera responsables. Si el Salvador de pecadores nos otorga una gracia renovadora y nos llama por medio de su Espíritu, podemos estar seguros de que espera que usemos esa gracia y que no nos quedemos dormidos. Olvidar esto es lo que causa que muchos creyentes "constriñan al Espíritu" y los lleva a ser cristianos muy inútiles y desagradables.

(7) Santificación es ***un proceso que admite crecimiento y grados***. El hombre puede subir de un escalón de santidad a otro y ser mucho más santificado en un periodo de su vida que en otro.

- No puede ser más perdonado ni más *justificado* que en el momento que creyó, aunque sienta que va creciendo.

- Sí puede ser más *santificado* porque cada gracia en su nuevo carácter puede ser fortalecida, aumentada y profundizada. Éste es el significado evidente de la última oración de nuestro Señor por sus discípulos cuando dijo: "Santifícalos" y de la oración de Pablo por los tesalonicenses: "El mismo Dios de paz os santifique" (Jn. 17:17; 1 Ts. 5:23). En ambos casos, la expresión implica claramente, la posibilidad de un crecimiento en santidad. Por otro lado, una expresión como "justifícalos" no se usa ni una vez en las Escrituras refiriéndose a un creyente porque no puede ser más justificado de lo que ya es. No encuentro ninguna base en las Escrituras para la doctrina de "santificación imputada". A mi parecer, es una doctrina que confunde conceptos que son distintos y que lleva a consecuencias muy malas. No menos importante, es que se trata de una doctrina rotundamente contradicha por la experiencia de todos los cristianos más eminentes. Y hay un punto en el que coinciden los santos más consagrados de Dios que es éste: Ven más, saben más, sienten más, hacen más y creen más al ir creciendo en su vida espiritual y en proporción a cuán cerca caminan de Dios.

En resumen, "creced en la gracia" como exhortan San Pablo y San Pedro que lo hagan los creyentes y que abunden "más y más" en esa gracia (2 P. 3:18; 1 Ts. 4:1).

(8) La santificación, una vez más, es ***algo que depende mucho del uso diligente de las Escrituras***. Con esto me refiero a leer la Biblia, orar en privado, asistir regularmente al culto público, escuchar regularmente la Palabra de Dios y participar regularmente de la Cena del Señor. El hecho simplemente es que nadie que descuida tales cosas puede pretender progresar significativamente en santificación. No encuentro ningún registro de ningún santo eminente que haya descuidado estos ejercicios espirituales. Son los canales designados por medio de los cuales el Espíritu Santo nos suple gracia fresca al alma y fortalece la obra que comenzó en el hombre interior. Llámenle los hombres doctrina legalista a esto si quieren, pero nunca dejaré de declarar que creo que no hay ganancia espiritual sin dolor. Así como no esperaría que un granjero prosperara en sus negocios, si se contenta con sembrar sus campos y no volver a trabajar en ellos hasta el tiempo de la cosecha, tampoco puedo esperar que el creyente obtenga mucha santidad, si no es diligente en la lectura de su Biblia, sus oraciones y el buen uso de sus domingos. Nuestro Dios es un Dios que obra a través de medios y nunca bendice al alma del que pretende ser superior y muy espiritual prescindiendo de ellos.

(9) La santificación ***no es algo que previene al hombre de tener muchos conflictos espirituales interiores***. Por *conflicto*, quiero decir una lucha dentro del corazón entre la vieja y la nueva naturaleza, la carne y el espíritu que se cohabitan en cada creyente (Gá. 5:17). Un sentido profundo de esa lucha y la gran cantidad de inquietud mental derivada de ella, no prueban que alguien no sea santificado. No, más bien, creo que son síntomas saludables de nuestra condición, que prueban que no estamos muertos, sino vivos.

Un verdadero cristiano es aquel que, no sólo tiene paz en su conciencia, sino también libra una guerra espiritual en su interior. Tal creyente puede ser conocido por sus luchas, al igual que por su paz.

Al decir esto, no olvido que estoy contradiciendo los conceptos de algunos cristianos bien intencionados que creen la doctrina llamada "perfección sin pecado". No lo puedo evitar. Creo que lo que yo digo confirma lo que dice San Pablo en el séptimo capítulo de *Romanos*. Recomiendo a mis lectores, un estudio a fondo de dicho capítulo. Estoy convencido de que no describe la experiencia del inconverso, ni de un cristiano nuevo e inestable, sino la de un santo con años de experiencia en comunión íntima con Dios. Nadie más, que alguien así, podría decir: "Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios" (Ro. 7:22).

Creo, además, que la experiencia de todos los siervos más eminentes de Cristo que jamás han vivido, dan prueba de esto. La prueba completa puede verse en sus diarios, sus biografías, autobiografías y sus vidas.

Porque creo todo esto, nunca vacilaré en decirle a todo el mundo que el conflicto interior no es prueba de que alguien no sea santo y que no deben pensar que no son santificados porque no se sienten enteramente libres de conflictos interiores. Sin duda, estaremos libres de ellos en el cielo, pero nunca en este mundo. El corazón del mejor cristiano, aun en su mejor expresión, es un campo ocupado por dos fuerzas rivales y "la reunión de dos campamentos" (Cnt. 6:13). Dejemos que las palabras de los Artículos Trece y Quince sean consideradas seriamente por todos los hombres de Iglesia: "La infección de la naturaleza permanece en aquellos que están regenerados". "Aunque bautizados y nacidos de nuevo en Cristo, ofendemos en muchas cosas;

y si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros"[2].

(10) La santificación es ***algo que no puede justificar al hombre y no obstante agrada a Dios***. Esto puede parecer increíble, pero es cierto. Las acciones más santas del santo más santo que jamás haya vivido, todas, en menor o mayor grado, tienen defectos e imperfecciones. Sus motivaciones están erradas o defectuosas en su manifestación y, en sí mismas, no son nada más que "pecados espléndidos", merecedores de la ira y condenación de Dios. Suponer que tales acciones pueden aguantar la severidad del juicio de Dios, expiar el pecado y merecer el cielo es sencillamente absurdo. "Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado". "Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley" (Ro. 3:20-28). La única justicia con la cual podemos aparecer ante Dios, es la justicia de un tercero, a saber, la justicia perfecta de nuestro Sustituto y Representante, Jesucristo el Señor. Su obra, y no la nuestra, es nuestro único derecho de entrada al cielo. Ésta es una verdad que debiéramos estar dispuestos a defender hasta la muerte.

A pesar de todo esto, la Biblia nos enseña claramente que las acciones santas del hombre santificado, aunque imperfectas, son agradables a los ojos de Dios. "De tales sacrificios se agrada Dios" (He. 13:16).

"Obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor" (Col. 3:20). "Hacemos las cosas que son agradables delante de él" (1 Jn. 3:22).

---

[2] "La guerra del diablo es mejor que la paz del diablo. Éste sospecha que la santidad es tonta. Cuando al perro lo sacan afuera de la casa aúlla hasta que lo vuelven a dejar entrar". "Los encuentros de contrarios, como el fuego y el agua, tienen conflicto entre sí. Cuando Satanás encuentra un corazón santificado, lo tienta importunándolo en gran medida. Donde hay mucho de Dios y de Cristo, hay muchos ataques por los que muchos fieles han sido tentados a dudar". —Samuel Rutherford (1600- 1661), *Trial of Faith* (Prueba de fe), p. 403.

Nunca olvidemos esto porque es una doctrina muy reconfortante. Como un padre se complace por los esfuerzos de su hijito por complacerlo, aunque no sea más que cortando una flor o caminando hacia él de un extremo al otro de un cuarto, así se complace nuestro Padre celestial con las pobres actuaciones de sus hijos creyentes. Él se fija en las motivaciones, los principios y las intenciones de sus acciones, y no meramente en su cantidad y calidad. Los considera miembros de su propio Hijo amado y, por él, se complacerá dondequiera que haya un solo ojo puesto en él. Los creyentes que quieran discutir esto harían bien en estudiar el Artículo Doce de la Iglesia Anglicana.

(11) La santificación es ***algo que será indispensable como testigo de nuestro carácter en el gran Día del juicio***. Será completamente inútil argumentar que creemos en Cristo, a menos que nuestra fe haya tenido algún efecto santificador y haya sido evidente en nuestra vida. Evidencias, evidencias, evidencias, será lo requerido ante el gran tono blanco cuando se abran los libros, cuando los sepulcros entreguen a sus ocupantes, cuando los muertos comparezcan ante el tribunal de Dios. Sin alguna evidencia de que nuestra fe en Cristo fue real y auténtica, nos volveremos a levantar para ser condenados. No encuentro que vaya a ser admitida evidencia alguna aparte de la santificación. La pregunta no será cómo hablamos o lo que profesamos, sino cómo vivimos y lo que hicimos. Que nadie se engañe en cuanto a este punto. Si existe alguna certeza acerca del futuro, es la certeza de que habrá un juicio; si hay alguna certeza en cuanto a ese juicio, es que las "obras" serán consideradas y examinadas (Jn. 5:29; 2 Co. 5:10; Ap. 20:13). El que supone que las obras no son importantes porque no pueden justificarnos, es un cristiano muy ignorante. A menos que abra los ojos, se encontrará para su pesar que si se presenta ante el tribunal de Dios sin alguna evidencia de gracia, sería mejor que no hubiera nacido.

(12) Por último, la santificación es ***absolutamente necesaria, a fin de capacitarnos y prepararnos para ir al cielo***. La mayoría de las personas espera ir al cielo cuando muera; pero me temo que pocos se toman la molestia de preguntarse si disfrutarán del cielo cuando estén allí. El cielo es esencialmente un lugar santo, todos sus habitantes son santos, sus ocupaciones son todas santas. Para ser realmente felices en el cielo, resulta claro que tenemos que prepararnos para ir al cielo mientras estamos en la tierra. La doctrina de un purgatorio después de la muerte, que convertirá en santos a los pecadores, es una mentira inventada por el hombre, y la Biblia no lo enseña en ninguna parte. Tenemos que ser santos antes de morir, si después vamos a ser santos en gloria.

La idea favorita de muchos es que el moribundo no necesita más que la absolución y el perdón de los pecados a fin de adecuarlos para el gran cambio, es falsa. Necesitamos la obra del Espíritu Santo, al igual que la obra de Cristo; necesitamos la renovación del corazón, al igual que la sangre expiatoria; necesitamos ser santificados, al igual que justificados. Es común oír a alguien en su lecho de muerte, decir: "Solo quiero que el Señor me perdone los pecados y me dé descanso". ¡Pero los que dicen cosas así olvidan que el descanso del cielo será inútil, si no tienen el corazón para disfrutarlo! Si acaso llegara al cielo, ¿qué haría allí el hombre no santificado? Encaremos esa pregunta de frente, al igual que su respuesta. No es posible que alguien sea feliz, si no está en su elemento y donde nada a su alrededor coincide con sus gustos, hábitos y carácter. Cuando un águila sea feliz en una jaula de hierro, cuando una oveja sea feliz en el agua, cuando el búho sea feliz recibiendo los rayos del sol del mediodía, cuando un pez sea feliz en tierra seca, entonces, y sólo entonces, admitiré que el hombre no santificado pudiera ser feliz en el cielo[3].

He presentado estas doce proposiciones acerca de la santificación, estando firmemente convencido de que son ciertas, y pido a todos los que leen estas páginas que las estudien con seriedad. Todas ellas podrían haber sido ampliadas y tratadas más profundamente, y todas merecen una reflexión y consideración personal. Algunas de ellas pueden ser disputadas y contradichas, pero dudo que alguna pueda ser descartada o que pueda probarse que no es cierta. Creo sinceramente que estas proposiciones, posiblemente, puedan ayudar a los hombres a tener conceptos claros sobre la santificación.

---

[3] "No hay ninguna fantasía humana inventada por el hombre, ninguna más necia, ninguna tan perniciosa como ésta: Que las personas no purificadas, no santificadas, no hechas santas en su vida, sean después llevadas a ese estado de bendición que consiste en disfrutar de Dios. Estas personas tampoco pueden regocijarse en Dios y Dios no sería una recompensa para ellas. Es cierto que la santidad se perfecciona en el cielo, pero invariablemente su comienzo se limita a este mundo". — Owen on the Holy Spirit (Owen sobre el Espíritu Santo), p. 575. Edición de Goold.
John Owen (1616-1683): Capellán en el ejército de Oliver Cromwell y vicecanciller de la Universidad de Oxford. La mayor parte de su vida fue pastor de iglesias congregacionales. Sus escritos abarcan un periodo de cuarenta años y llegan a veinticuatro tomos que se consideran entre los mejores recursos para el estudio de la teología en el idioma inglés. Nació de padres puritanos en la aldea de Oxfordshire de Stadham, Inglaterra.

II. La evidencia visible de la santificación

Procedo ahora a abordar el segundo punto que me propuse considerar. Ese punto es la ***evidencia visible de la santificación***. En pocas palabras: ¿Cuáles son las señales visibles del hombre santificado? ¿Qué podemos esperar ver en él? Ésta es una parte muy amplia y difícil de nuestro tema. Es *amplia* porque necesita la mención de muchos detalles que no se pueden encarar totalmente dentro de los límites de un escrito como éste. Es *difícil* porque es imposible tratarla sin ofender. Pero sean cuales fueren los riesgos, la verdad tiene que ser presentada y hay un aspecto de la verdad que requiere, especialmente, que sea enunciada en la actualidad.

(1) La verdadera santificación no consiste en ***hablar acerca de religión***. Éste es un punto que nunca debe olvidarse. El enorme incremento de la educación y predicación en estos últimos días hace absolutamente necesario levantar la voz para dar una advertencia. Las gentes oyen tanto acerca de la verdad del evangelio que se acostumbran a sus palabras, su vocabulario y frases y, a veces, hablan con tanta fluidez sobre sus doctrinas que hacen pensar que son verdaderos cristianos. De hecho, asquea y disgusta escuchar el lenguaje frío y frívolo que muchos usan acerca de "la conversión, el Salvador, el evangelio, de encontrar paz, de la gracia" y cosas así, mientras que es notorio que sirven al pecado o viven para el mundo.

¿Podemos dudar que hablar así es abominable a los ojos de Dios y que no es mejor que maldecir, jurar y tomar el nombre de Dios en vano? La lengua no es el único miembro que Cristo nos pide que demos para servirle. Dios no quiere que su pueblo sea como vasijas vacías, como metal que resuena ni címbalo que retiñe. Tenemos que ser santificados, no sólo "de palabra, ni de lengua, sino de hecho y en verdad" (1 Jn. 3:18).

(2) La verdadera santificación no consiste de ***sentimientos religiosos*** temporales. Éste es también un punto que necesita urgentemente una advertencia. Los servicios misioneros y reuniones de evangelización están recibiendo gran atención por todas partes y causando mucha sensación. La Iglesia Anglicana parece haber revivido y está nuevamente activa; tenemos que dar gracias a Dios por ello. Pero estas cosas tienen sus peligros, al igual que sus ventajas. Dondequiera que se planta trigo, el diablo de seguro sembrará cizaña. Es de temer que muchos parecen conmovidos, sacudidos y emocionados por la predicación del evangelio, cuando en realidad sus corazones no han cambiado en nada. La realidad de esos casos es que sienten una especie de emoción animal al contagiarse por ver a otros llorar, regocijarse o emocionarse. Sus heridas son superficiales y la paz que profesan también lo es. Son como la semilla sembrada en pedregales, "oye la palabra, y al momento la recibe con gozo" (Mt. 13:20); pero al poco tiempo se aparta, vuelve al mundo y es más duro y peor que antes. Como la calabacera de Jonás, crece súbitamente en una noche y en otra noche muere.

No olvidemos estas cosas. Cuidémonos hoy de curar superficialmente las heridas y clamar: "Paz, paz" cuando no hay paz. Instemos a todo el que muestra un nuevo interés en la fe cristiana, que no se contente con nada que no sea la obra profunda, sólida y santificadora del Espíritu Santo. La reacción después de una emoción religiosa falsa, es una enfermedad mortal. Cuando el diablo es echado fuera de un hombre temporalmente en el fervor de un avivamiento, tarde o temprano vuelve a su morada y su estado final resulta peor que el primero. Es mil veces mejor empezar lentamente y después "continuar en la palabra" con constancia, que empezar apurados sin calcular el costo y, al poco tiempo, como la esposa de Lot, mirar hacia atrás y volver al mundo.

Declaro que no conozco un estado del alma más peligroso que imaginar que hemos nacido de nuevo y que hemos sido santificados por el Espíritu Santo porque estamos experimentado unos pocos sentimientos religiosos.

(3) La verdadera santificación no consiste de un ***formalismo externo*** ni de una devoción externa. Ésta es una enorme fantasía, pero lamentablemente muy común. Miles de religiosos se imaginan que la verdadera santidad puede verse en una cantidad excesiva de religiosidad exterior: Asistir constantemente a los cultos de la iglesia, participar en la Cena del Señor, observar días de ayuno y de los santos, hacer múltiples reverencias, giros, gestos y asumir ciertas posturas durante el culto público como señales de austeridad y de supuestos sacrificios, en usar ropa rara, usar estampas y cruces. Admito sin problemas que algunos hacen estas cosas por motivos de conciencia y creen realmente que son de ayuda para sus almas. Pero me temo que, en muchos casos, esta religiosidad exterior se convierte en un sustituto de la santidad interior y estoy seguro de que está lejos de obrar la santificación del corazón. Sobre todo, cuando veo que muchos seguidores de este estilo formal, exterior y sensual, son mundanos y se dejan llevar por sus pompas y vanidades sin tener vergüenza, siento que se necesita hablar muy claramente sobre el tema. Puede haber una cantidad inmensa de "religiosidad exterior", donde no hay ni un ápice de verdadera santificación.

(4) La santificación no consiste en ***retirarnos de nuestro lugar en la vida***, ni en la renunciación de nuestros deberes sociales. En todas las épocas, muchos individuos han caído en esta trampa con la intención de buscar santidad. Cientos de ermitaños se han desterrado a algún desierto y miles de hombres y mujeres se han enclaustrado en monasterios y conventos con la idea fútil de que, al hacerlo, escapan del pecado y se convierten en santos insignes.

Han olvidado que no hay candados ni barras que puedan impedir la entrada al diablo y que, dondequiera que vayan, llevan la raíz de todos los males: Sus propios corazones. Convertirse en monje o en monja, enclaustrarse en una Casa de Misericordia, no es el camino superior a la santificación.

La verdadera santidad no lleva al cristiano a evitar las dificultades, sino a que las encare y venza. Cristo quiere que su pueblo demuestre que su gracia no es meramente planta de invernadero, que sólo puede prosperar si está resguardada, sino algo fuerte y resistente que puede prosperar en cada relación de la vida. Es cumplir nuestro deber en esa condición, a la cual Dios nos ha llamado —como sal en medio de la corrupción y luz en medio de la oscuridad—, el elemento principal de la santificación. No se trata del hombre que se esconde en una cueva, sino del hombre que glorifica a Dios como amo o siervo, padre o hijo, en la familia o en la calle, en los negocios y los oficios, que es el tipo bíblico del hombre santificado. Nuestro Maestro mismo dijo en su última oración por sus discípulos: "No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal" (Jn. 17:15).

(5) La santificación no consiste en el ***cumplimiento ocasional de las acciones correctas.*** Es el obrar constante de un nuevo principio celestial interior, que satura toda la conducta cotidiana del hombre, tanto en las grandes acciones como en las pequeñas. Su sede es el corazón y, al igual que el corazón en el cuerpo, tiene una influencia constante en cada aspecto de su carácter. No es como una bomba de agua, de la cual sólo sale agua cuando se bombea, sino como una fuente perpetua, cuya corriente fluye siempre espontánea y naturalmente. Aun Herodes, "escuchaba de buena gana" a Juan el Bautista, aunque su corazón estaba totalmente apartado de Dios (Mr. 6:20). De la misma manera, hay muchas personas en la actualidad que parecen tener ataques espasmódicos de

"buena voluntad" y hacen muchas cosas correctas bajo la influencia de alguna enfermedad, aflicción, muerte en la familia, calamidad pública o un repentino remordimiento de conciencia. No obstante, cualquier observador inteligente puede ver claramente todo el tiempo que no se han convertido y que no saben nada de "santificación". Un auténtico santo, como Ezequías, será de limpio corazón. Aborrecerá "todo camino de mentira" (2 Cr. 31:21; Sal. 119:104).

(6) La santificación auténtica se muestra por un ***respeto habitual a la ley de Dios***, un esfuerzo habitual de vivir en obediencia a ella como regla de la vida. No hay peor error que suponer que el cristiano nada tiene que ver con la ley y los Diez Mandamientos por el hecho de que no puede ser justificado por cumplirlos. El mismo Espíritu Santo que convence de pecado al creyente por medio de la ley, que lo guía a Cristo para su justificación, lo conducirá a un uso espiritual de la ley, como un guía amigo, en la búsqueda de la santificación.

Nuestro Señor Jesucristo nunca tomó los Diez Mandamientos a la ligera; por el contrario, en su primer discurso público, el Sermón del Monte, habló ampliamente sobre ellos y demostró la naturaleza escudriñadora de sus requerimientos. San Pablo nunca le restó importancia a la ley, por el contrario, dice: "la ley es buena, si uno la usa legítimamente" y "según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios" (1 Ti. 1:8; Ro. 7:22). El que pretende ser un santo mientras que desprecia los Diez Mandamientos y le da lo mismo mentir, ser hipócrita, estafar, tener mal genio, calumniar, emborracharse y romper el séptimo mandamiento, vive engañado y en una condición peligrosa. ¡Encontrará que en el día final, le será imposible probar que es un "santo"!

(7) La santificación auténtica se muestra por un ***esfuerzo habitual*** por hacer la voluntad de Cristo y vivir según sus preceptos prácticos.

(8) Estos preceptos se encuentran por todas partes en los cuatro *Evangelios* y, especialmente, en el Sermón del Monte. La persona que supone que estos mandamientos fueron dichos sin la intención de promover la santidad y que el cristiano no necesita hacerles caso en su vida cotidiana, es peor que un lunático, y de cualquier modo que se le mire, es una persona extremadamente ignorante. ¡Al escuchar hablar a algunos y al leer los escritos de algunos hombres, se podría pensar que cuando estuvo en la tierra, nuestro bendito Señor nunca enseñó más que doctrinas y que dejó que otros enseñaran los deberes prácticos! Aun el conocimiento más leve de los cuatro Evangelios, nos indica que esto es un error absoluto. Lo que sus discípulos deben ser y hacer es algo que nuestro Señor siempre destacó en sus enseñanzas. El hombre verdaderamente santificado no lo olvidará. Sirve a un Maestro que dijo: "Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando" (Jn. 15:14).

(9) La santificación auténtica se demuestra por medio de un ***anhelo habitual de vivir según las normas que Pablo presenta a las iglesias*** en sus escritos. Esas normas se encuentran en los últimos capítulos de casi todas sus *epístolas.* La idea común de muchos es que los escritos de Pablo contienen únicamente declaraciones doctrinales y temas controversiales —justificación, elección, predestinación, profecía y cosas por el estilo—, lo cual es pura fantasía y una triste prueba de la ignorancia de las Escrituras que prevalece en estos días. Desafío al que quiera, que lea con cuidado los escritos de Pablo sin encontrar en ellos una gran cantidad de indicaciones claras y prácticas sobre el deber del cristiano en cada relación de su vida y sobre hábitos diarios, temperamento y conducta de unos hacia otros. Estas indicaciones fueron escritas bajo la inspiración de Dios para guiar perpetuamente al que profesa ser cristiano. El que no les hace caso puede pasar por miembro de una iglesia, pero no por lo que la Biblia llama hombre "santificado".

(10) La santidad auténtica se demuestra en una ***atención habitual a las gracias activas*** de las cuales nuestro Señor fue un ejemplo tan hermoso y, en especial, la gracia de la caridad. "Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros" (Jn. 13:34, 35). El hombre santificado tratará de hacer el bien en el mundo, reducir la tristeza y aumentar la felicidad a su alrededor. Procurará ser como su Maestro, lleno de bondad y amor hacia cada uno; y esto, no sólo de palabra, llamando a todos "queridos", sino por obras y acciones y trabajo de auto-negación, según tenga oportunidad. El erudito cristiano egoísta, que se envuelve en su orgullo por la superioridad de sus conocimientos y a quien no le parece importar si los otros se hunden o se mantienen a flote, si se van al cielo o al infierno por asistir siempre a la iglesia o capilla vistiendo su mejor ropa y ser llamado "miembro activo", es un hombre que nada sabe de santificación. Puede creerse un santo sobre la tierra, pero no será un santo en el cielo. Cristo nunca será el Salvador de los que nada saben de seguir su ejemplo de fe. La verdadera gracia transformadora siempre producirá una conformidad con la imagen de Jesús[4] (Col 3:10).

(11) Por último, la santificación auténtica se demuestra en una ***atención habitual a las gracias pasivas*** del cristianismo.

---

[4] "En el evangelio, Cristo se nos presenta como un modelo y ejemplo de santidad y, tal como es una fantasía maldita creer que éste era todo el propósito de su vida y muerte, o sea, principalmente ejemplificar y confirmar la doctrina de santidad que él enseñó; lo es también olvidar que él es nuestro ejemplo, dejar de considerarlo por fe con ese fin y esforzarnos para conformarnos a él, es inicuo y pernicioso. Por lo tanto, meditemos mucho en lo que él era, lo que él hacía y cómo encaraba todos sus deberes y pruebas, hasta que una imagen o idea de su santidad perfecta se implante en nuestras mentes y, por ello, lleguemos a parecernos a él". —Owen acerca del Espíritu Santo, p. 513; edición de Goold.

Cuando hablo de *gracias pasivas*, me refiero a esas gracias que son sembradas en el sometimiento a la voluntad de Dios y cosechadas en la paciencia unos hacia los otros. Pocos, a menos que hayan examinado este punto, tienen una idea de cuánto habla el Nuevo Testamento de estas gracias y qué importante es el lugar que parecen ocupar. Éste es el punto especial en que reflexiona Pedro al llevar nuestra atención el ejemplo de nuestro Señor Jesucristo: (1 P. 2:21-23). Ésta es la acción específica en el Padrenuestro que Dios nos requiere**:** "Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" y el único punto que el Señor comenta al final de la oración. Éste es el punto que ocupa un tercio de la lista de las manifestaciones del fruto del Espíritu que nos da San Pablo. Menciona nueve y tres de éstas: "Paciencia, benignidad y mansedumbre" son incuestionablemente gracias pasivas (Gá. 5:22-23). Tengo que decir, lisa y llanamente, que no creo que este tema se enfoque lo suficiente entre los cristianos. Las gracias pasivas son sin duda más difíciles de lograr que las activas, pero son, precisamente, las que tienen la mayor influencia sobre el mundo. Y de una cosa estoy muy seguro: No tiene sentido pretender una santificación, a menos que seamos ejemplos de bondad, benignidad, paciencia y perdón, a lo cual la Biblia da tanta importancia. ¡El mundo está demasiado lleno de los que se muestran habitualmente desagradables y antipáticos en la vida cotidiana y son constantemente cortantes con lo que dicen y huraños con todos a su alrededor, gente rencorosa, vengativa y maliciosa! Todos estos, saben poco de lo que debieran saber sobre la santificación.

Tales son las señales visibles del hombre santificado. No digo que todas se notarán en igual proporción en todo el pueblo de Dios. Admito que, aun en los mejores creyentes, no se ven plena y perfectamente. Pero sí digo con seguridad que las cosas a las que me he estado refiriendo son las señales bíblicas de la santificación y que a aquellos que las desconocen, les convendría dudar si tienen alguna gracia o no.

Nunca me retractaré de decir que la santificación auténtica es algo que puede verse y que las señales que he procurado presentar son más o menos las señales del hombre santificado.

III. Diferencia entre justificación y santificación

En último lugar, me propongo considerar la *diferencia entre justificación y santificación*. ¿En qué coinciden y en qué difieren?

Esta rama de nuestro tema es de gran importancia, aunque me temo que no lo consideren así todos mis lectores. La trataré brevemente, pero no me atrevo a pasarla totalmente por alto. Muchos no van más allá de lo superficial de las cosas en la religión y consideran las buenas diferencias teológicas como cuestión de "preguntas y nomenclaturas" que son de poco valor real. Pero advierto a todos los que consideran seriamente las cuestiones del alma, que la gran inquietud que sienten por no "distinguir entre las cosas en que difieren" en la doctrina cristiana, es muy grande y les aconsejo, de manera especial, que si aman la paz, busquen conceptos claros sobre el tema que nos ocupa. Tenemos que recordar siempre que justificación y santificación son dos cosas diferentes. No obstante, hay puntos en los cuales coinciden y puntos en que difieren. Tratemos de encontrar cuáles son.

¿En qué sentido, pues, son iguales la justificación y santificación?

(a) Ambas proceden originalmente de la gracia de Dios. Es únicamente por su gracia que el creyente es justificado o santificado.

(b) Ambas son parte de la gran obra de salvación que Cristo, en el pacto eterno, ha realizado para bien de su pueblo. Cristo es la fuente de vida, de la cual fluyen, tanto el perdón como la santidad. La raíz de cada una es Cristo.

(c) Ambas están en una misma persona. Aquellos que son justificados, siempre son santificados y aquellos que son santificados, son siempre justificados.

Dios ha unido en una sola persona la justificación y la santificación, y no pueden ser separadas.

(d) Ambas comienzan al mismo tiempo. El momento en que una persona comienza a ser una persona justificada, comienza también a ser santificada. Quizá no lo perciba, pero ésta es la realidad.

(e) Ambas son necesarias para la salvación. Nadie ha llegado al cielo sin un corazón renovado, al igual que perdonado; sin la gracia del Espíritu, al igual que la sangre de Cristo; sin idoneidad para la gloria eterna, al igual que un título. Una es tan necesaria como la otra.

Estos son los puntos en que coinciden la justificación y santificación.

Consideremos ahora lo opuesto y veamos en qué sentido difieren.

(a) La justificación, es Dios *declarando* justos a aquellos que reciben a Cristo, basándose en que la justicia de Cristo es imputada a la cuenta de aquellos que lo reciben. La santificación es, de hecho, *hacer* justo al hombre en su interior, aunque sea en un grado muy débil.

(b) La justicia que tenemos para nuestra justificación *no es nuestra*, sino que es la eterna y perfecta justicia de nuestro gran Mediador Cristo, que nos es imputada y de la cual nos apropiamos por fe. La justicia que tenemos por santificación es *nuestra propia* justicia, impartida, inherente y realizada en nosotros por el Espíritu Santo, pero mezclada con debilidades e imperfecciones.

(c) En la justificación, nuestras propias obras no tienen nada que ver y una fe sencilla en Cristo es lo único necesario. En la santificación nuestras propias obras son de suma importancia y, por eso, Dios nos insta a luchar, a velar, orar, esforzarnos, luchar y trabajar.

(d) La justificación es una obra terminada y completa, y el hombre es justificado perfectamente en el instante cuando cree. La santificación, comparativamente, es una obra imperfecta y nunca será perfecta hasta que lleguemos al cielo.

(e) La justificación no incluye crecimiento ni aumento: El hombre es justificado en la hora cuando inicialmente acude a Cristo por fe, tal como lo será por toda la eternidad. La santificación es, principalmente, una obra progresiva e incluye un crecimiento y aumento continuo durante toda la vida.

(f) La justificación se refiere, en especial, a nuestra *persona*, nuestra posición ante los ojos de Dios y nuestra liberación de culpa. La santificación se refiere, en especial, a nuestra *naturaleza* y la renovación moral de nuestro corazón.

(g) La justificación nos da el derecho al cielo y la valentía para entrar en él. La santificación es el proceso que se inicia con la justificación y nos va preparando para ir al cielo, y a disfrutarlo cuando moremos en él.

(h) La justificación es el acto en el que la justicia de Cristo se imputa al creyente y no es fácil que otros la disciernan. La santificación es la obra de Dios *dentro* de nosotros y, porque su manifestación es externa, no puede esconderse de la vista de los demás.

Encomiendo estas diferencias a la atención de mis lectores y les pido que reflexionen bien sobre ellas. Estoy convencido de que una de las grandes razones de la oscuridad y de los sentimientos inquietos de mucha gente bien intencionada en lo que respecta a la fe cristiana, es su costumbre de confundir y no diferenciar la justificación de la santificación. Nunca podremos recalcar demasiado que son dos cosas separadas. Es cierto que no pueden ser divididas y que cualquiera que es partícipe de una de las dos es partícipe de ambas. Pero nunca, nunca, deben ser confundidas y nunca deben olvidarse las diferencias entre ellas.

Aplicación práctica

Sólo me queda concluir este tema con algunas palabras claras de aplicación. Hemos presentado la naturaleza y las señales visibles de la santificación. ¿Qué reflexiones prácticas debiera generar todo este tema?

(1) Despertemos todos a la realidad ***del estado peligroso de muchos cristianos.*** "Seguid… la santidad, sin la cual nadie verá al Señor" (He. 12:14). Entonces, ¡qué cantidad enorme hay de seguidores de una supuesta religión que es totalmente inútil! ¡Qué proporción inmensa de gente que asiste a la iglesia se encuentra en el camino ancho que lleva a la destrucción! ¡Pensarlo es terrible, aplastante y abrumador! ¡Oh, que los predicadores y maestros abrieran sus ojos y tuvieran conciencia de la condición de las almas a su alrededor! ¡Oh, que se pudiera convencer a los hombres que "huyan de la ira que vendrá"! Si las almas no santificadas pueden ser salvas e ir al cielo, la Biblia no dice la verdad. ¡Pero la Biblia es veraz y no puede mentir! ¡Imaginemos cómo será el final!

(2) ***Asegurémonos de nuestra propia condición*** y no descansemos hasta sentir y saber que nosotros mismos estamos siendo "santificados". ¿Cuáles son nuestros gustos, nuestras decisiones, preferencias e inclinaciones? Ésta es la gran pregunta de prueba. Poco importa lo que queremos, lo que esperamos y lo que anhelemos antes de morir ¿Dónde estamos ahora? ¿Qué estamos haciendo?
¿Estamos creciendo en santidad o no? Si no, la culpa es nuestra.

(3) Si queremos ser santificados, nuestro camino es claro y sencillo: Tenemos que ***comenzar con Cristo***. Tenemos que acudir a él como pecadores, sin ninguna discusión, sino sólo con nuestra necesidad y entregarle nuestra alma por fe para obtener paz y reconciliación con Dios. Tenemos que ponernos en sus manos, como en las manos de un buen médico, y clamar a él pidiendo misericordia y gracia.

No necesitamos presentarnos con una recomendación. El primer paso hacia la santificación, como hacia la justificación, es acudir a Cristo con fe. Tenemos que vivir primero y luego obrar.

(4) Si queremos crecer en santidad y ser más santificados, tenemos que ***seguir continuamente tal como empezamos***, y seguir llevando nuevas solicitudes a Cristo sin cesar. Él es la Cabeza de la cual se tiene que suplir cada miembro (Ef. 4:15-16). Vivir la vida de una fe cotidiana en el Hijo de Dios y tomar de su plenitud cada día, la gracia y las fuerzas prometidas que tiene reservadas para su pueblo, es el gran secreto de la santificación progresiva. Los cristianos que parecen siempre iguales, por lo general, están descuidando la comunión íntima con Jesús y, por ende, contristando al Espíritu. Aquel que oró: "Santifícalos", la noche antes de su crucifixión, está infinitamente dispuesto a ayudar a todo aquel que con fe solicita su ayuda y anhela ser santo.

(5) ***No esperemos demasiado*** de nuestros corazones aquí en la tierra. En el mejor de los casos, encontraremos todos los días razones para sentirnos humillados y descubrir cada hora que somos deudores, necesitados de misericordia y gracia. Cuanta más luz tengamos, más veremos nuestra propia imperfección. Éramos pecadores cuando empezamos, pecadores somos a medida que seguimos adelante, renovados, perdonados, justificados, pero aun así, pecadores hasta el último día. Nuestra perfección absoluta está por venir y el sentido de expectativa de obtenerla es una razón por la cual debiéramos ansiar el cielo.

(6) Por último, no nos avergoncemos nunca de ***darle importancia a la santificación*** y aspirar a lograr más y más santificación. Cuando algunos se conforman con lograr un grado lamentablemente inferior y otros no se avergüenzan de vivir sin nada de santidad (contentándose con la mera costumbre de ir a la iglesia, pero sin avanzar nunca, como un caballo en una noria, mantengámonos firmes en las sendas antiguas,

aspiremos nosotros mismos a tener más santidad y recomendémosla valientemente a otros. Ésta es la única manera de ser realmente felices.

Estemos convencidos, no importa lo que otros digan, de que santidad es felicidad, y que el hombre que pasa por la vida con más paz es el hombre *santificado.* Sin duda que hay algunos cristianos de verdad que por enfermedad, problemas familiares u otras causas secretas, disfrutan de poca paz y siguen lamentándose todos los días mientras van rumbo al cielo. Por regla general, en el largo camino de la vida, encontraremos que es verdad que las personas "santificadas" son las más felices sobre la tierra. Tienen consuelos fehacientes que el mundo no puede dar ni quitar. "Sus caminos son caminos deleitosos". "Mucha paz tienen los que aman tu ley". Aquel que no puede mentir dijo: "Mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Pero también está escrito: "No hay paz para los malos" (Pr. 3:17; Sal. 119:165; Mt. 11:30; Is. 48:22).

3. Santidad

"Seguid la… santidad, sin la cual nadie verá al Señor". Hebreos 12:14

¿Somos santos?

El texto bíblico que encabeza esta página abre un tema de suma importancia. El tema es la santidad práctica. Sugiere una pregunta que requiere la atención de todos los que profesan ser cristianos: ¿Somos santos? ¿Veremos al Señor?

Esta pregunta nunca está fuera de lugar. El sabio nos dice que hay: "Tiempo de llorar, y tiempo de reír; tiempo de callar y tiempo de hablar" (Ec. 3:4, 7), pero no existe ni un momento, no, ni un día, cuando el hombre no debiera ser santo.
¿Somos santos?

La pregunta es para todos sin importar rango ni condiciones. Algunos son ricos y algunos son pobres, algunos son eruditos y algunos son ignorantes, algunos son amos y algunos son sirvientes; pero no existe rango ni condición en la vida en la que el hombre no debiera ser santo. ¿Somos santos?

Pido que me presten atención hoy al enfocar esta pregunta. ¿Cómo se encuentra la relación entre nuestras almas y Dios? En este mundo apurado y ajetreado en que vivimos, estemos quietos durante unos minutos y consideremos la cuestión de la santidad. Creo que hubiera podido escoger un tema más popular y agradable. Estoy seguro de haber podido encontrar un asunto más fácil de encarar. Pero siento profundamente que no hubiera podido escoger uno más oportuno y más provechoso para nuestras almas. Es cosa seria oír decir a la Palabra de Dios que sin santidad "nadie verá al Señor" (He. 12:12-15).

Procuraré, con la ayuda de Dios…

I. Examinar *qué es la verdadera santidad*.

II. Explicar *la razón por la cual la santidad es tan importante* y

III. Trataré de destacar *la única manera de obtener la santidad*.

En el capítulo anterior, traté este tema desde un punto de vista doctrinal. Ahora procuraré presentar a mis lectores, un punto de vista más claro y práctico.

I. La definición verdadera y práctica de la santidad

En primer lugar, entonces, trataré de mostrar *qué es la verdadera santidad práctica y a qué tipo de personas llama Dios santas*.

El hombre puede esforzarse mucho y, no obstante, no alcanzar nunca la verdadera santidad. Santidad no es…

- Conocimiento, eso es lo que tenía Balaam.
- Una profesión externa, eso es lo que hacía Judas Iscariote.
- Realizar muchas cosas, eso es lo que hacía Herodes.
- Celo sobre ciertos asuntos religiosos, eso es lo que tenía Jehu.
- Moralidad y respetabilidad de conducta, como las tenía el joven rico.
- Disfrutar de escuchar a predicadores, los judíos de la época de Ezequiel hacían eso.
- Andar en compañía de gente piadosa; Joab, Giezi y Demas hacían esto.

¡No obstante, ninguno de estos personajes era santo! Estas prácticas, por sí solas, no constituyen santidad. El hombre puede exhibir alguna de ellas y, no obstante, nunca ver al Señor.

¿Qué es, entonces, la verdadera santidad práctica? Ésta es una pregunta difícil de contestar. No quiero decir que falten enseñanzas bíblicas sobre el tema. Pero temo dar un concepto defectuoso sobre la santidad y no decir todo lo que habría que decir; o decir lo que no

hay que decir y así causar daño.

No obstante, trataré de presentar una imagen de la santidad para que podamos verla claramente con los ojos de nuestra mente. Pero nunca olviden, cuando haya dicho todo, que en el mejor de los casos, mi explicación es un bosquejo imperfecto.

(a) Santidad es ***el hábito de ser de un mismo sentir con Dios***, según se describe su sentir en las Escrituras. Es el hábito de coincidir con los criterios de Dios —aborreciendo lo que él aborrece, amando lo que él ama— y midiendo todo en este mundo, según las normas de su Palabra. El hombre que más coincide con Dios, es el más santo.

(b) El hombre santo ***se esforzará por rechazar todo pecado conocido y guardar todo mandamiento conocido.*** Tendrá una mente decididamente predispuesta hacia Dios, un fuerte anhelo de cumplir su voluntad y más temor de desagradar a Dios que de desagradar al mundo, y un amor por todos sus caminos. Siente lo que Pablo sentía cuando dijo: "Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios" (Ro. 7:21-23) y lo que sentía David cuando dijo: "Estimé rectos todos tus mandamientos sobre todas las cosas, y aborrecí todo camino de mentira." (Sal. 119:128).

(c) El hombre santo ***luchará para ser como nuestro Señor Jesucristo***. No sólo vivirá una vida de fe en él y tomará de él toda su paz y fortaleza diaria, sino que también trabajará para conformarse a la mente de él y ser hecho "conforme a su imagen" (Ro. 8:29). Su meta será comprender y perdonar a los demás, así como Cristo nos perdonó a nosotros; ser generosos, así como Cristo no vivía para complacerse a sí mismo; andar en amor, así como Cristo nos amó; ser modestos y humildes, así como Cristo se humilló a sí mismo.

El hombre santo recordará…

- que Cristo fue testigo fiel de la verdad,
- que no vino para hacer su propia voluntad,
- que su comida y bebida fue hacer la voluntad de su Padre,
- que se negaba continuamente a sí mismo con el fin de servir a otros,
- que era humilde y paciente ante insultos inmerecidos,
- que tenía mejor opinión de los piadosos pobres que de los reyes,
- que estaba lleno de amor y compasión por los pecadores,
- que era valiente y firme en denunciar el pecado,
- que no buscaba el elogio de los hombres, cuando lo hubiera podido recibir,
- que iba por todas partes haciendo el bien,
- que estaba separado de la gente mundana,
- que se mantenía siempre en oración,
- que no permitía que, ni siquiera sus relaciones más cercanas, le impidieran hacer la obra de Dios que tenía que hacer.

Éstas son cosas que el hombre santo tratará de recordar. Por ellas, se esforzará en dar forma a su curso en la vida. Tomará en serio lo que dijo Juan: "El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo" (1 Jn. 2:6) y lo que dijo Pedro: "Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas" (1 P. 2:21). ¡Feliz es aquel que ha aprendido hacer de Cristo su "todo", tanto de su salvación como de su ejemplo! Se ahorrarían mucho tiempo y se prevendrían muchos pecados si los hombres se preguntaran más seguido: "¿Qué hubiera dicho y hecho Cristo si hubiera estado en mi lugar?".

(d) El hombre santo procurará ***humildad,*** longanimidad, mansedumbre, paciencia, bondad y control de su lengua. Soportará mucho, sobrellevará mucho y será lento en hablar de sus derechos.

Vemos un ejemplo brillante de esto en la conducta de David cuando Simei lo maldijo y en la de Moisés cuando Aarón y Miriam hablaron en su contra (2 S. 16:7; Nm. 12:1).

(e)El hombre santo procurará ***dominio propio*** y ***auto-negación***. Trabajará para mortificar los deseos de su cuerpo, para crucificar su carne con sus afectos y lascivias, dominar sus pasiones, restringir sus inclinaciones carnales, por si alguna vez, una de éstas se desatara. Oh, qué palabras fueron aquellas del Señor Jesús a sus apóstoles cuando les dijo: "Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida" (Lc. 21:34) y las del Apóstol Pablo: "Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado" (1 Co. 9:27).

(f) El hombre santo procurará practicar **la *caridad*** y ***la bondad fraternal***. Se esforzará por observar la regla de oro de hacer a los demás lo que quiere que le hagan y hablar a los otros como quieren que le hablen a él (Mt. 7:12; Jn. 13:34). Estará lleno de cariño por sus hermanos, por sus cuerpos, sus propiedades, sus personalidades, sus sentimientos y sus almas. "El que ama al prójimo", dice Pablo, "ha cumplido la ley" (Ro. 13:8). Aborrecerá toda mentira, calumnia, murmuración, engaño, deshonestidad y trato injusto, aun en su mínima expresión. El shekel y el codo del santuario eran más grandes que los de uso común. Tratará de adornar su fe con todo su aspecto y porte, y de presentarla hermosa y bella a los ojos de todos los que lo rodean. ¡Ay, qué palabras de condenación son las del capítulo 13 de *1 Corintios* y el Sermón del Monte comparadas con la conducta de muchos cristianos profesantes!

(g) El hombre santo procurará practicar un espíritu de ***misericordia y benevolencia hacia los demás***. No permanecerá inactivo todo el día. No se contentará con no hacer daño. Tratará de hacer el bien.

Se esforzará todo lo posible por ser útil en su época y generación, y de aliviar las necesidades espirituales y los sufrimientos a su alrededor. Tal como Dorcas que, "abundaba en buenas obras y en limosnas que hacía". No sólo se proponía hacer algo y hablaba de lo que pensaba hacer, *sino que ponía manos a la obra* (Hch. 9:36). Así también era Pablo. Él decía: "Y yo con el mayor placer gastaré lo mío… aunque amándoos más, sea amado menos." (2 Co. 12:15).

(h) El hombre santo procurará ***pureza del corazón***. Aborrecerá toda suciedad y contaminación de su espíritu, y buscará evitar todas las cosas que puedan llevarlo a ellas. Sabe que su propio corazón es como paja y será diligente en mantenerse lejos de las chispas de la tentación. ¿Quién se atreverá a hablar de fortaleza sabiendo que alguien como David puede caer? Podemos percibir pistas en la ley ceremonial. Bajo ella, el hombre que apenas *tocaba* un hueso, un cadáver, un sepulcro o a un enfermo era impuro a los ojos de Dios. Y estas cosas eran, meramente, símbolos y figuras. Son pocos los cristianos que alguna vez están demasiado en guardia o son demasiado cautelosos en relación con este punto.

(i) El hombre santo procurará tener ***temor a Dios***. No me refiero al temor de un esclavo que sólo trabaja porque teme al castigo y no haría nada, si no temiera que lo descubrieran. Me refiero más bien al temor de un niño que anhela vivir y comportarse como si siempre estuviera ante su padre, porque lo ama. ¡Qué ejemplo tan noble de esto nos da Nehemías! Cuando fue nombrado gobernador de Jerusalén hubiera podido exigir impuestos al pueblo para su mantenimiento. Eso es lo que había hecho el gobernador anterior. Nadie lo hubiera recriminado por ello. Pero dice: "Pero yo no hice así, a causa del temor de Dios" (Neh. 5:15).

(j) El hombre santo procurará la ***humildad***. Anhelará, modestamente, estimar a otros mejores que él. Verá más maldad en su propio corazón, que en el de cualquier otro en el mundo.

Comprenderá algo del sentimiento de Abraham cuando dice: "Soy polvo y cenizas" y entenderá a Jacob cuando dice: "Soy menos que el más pequeño de todas tus misericordias" e interpretará a Job cuando dice: "Yo soy vil" y a Pablo cuando dice: "Yo soy el primero de los pecadores". El santo Bradford, fiel mártir de Cristo, a veces terminaba sus cartas saludando con estas palabras: "El más miserable pecador, John Bradford". Las últimas palabras del buen anciano Grimshaw en su lecho de muerte, fueran estas: "Aquí va un siervo inútil".

(k) El hombre santo procurará ***ser fiel en todas sus obligaciones y relaciones en la vida***. Tratará, no sólo de cumplir con su lugar, al igual que otros que no piensan en sus almas, sino que hará algo mejor, porque tiene motivos superiores y más ayuda que ellos. No hay que olvidar nunca aquellas palabras de Pablo: "Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor…", "… no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor;…" (Col. 3:23; Ro. 12:11). Las personas santas debieran apuntar a hacer todo bien y debieran avergonzarse de permitirse hacer algo mal, si pueden evitarlo. Al igual que Daniel, deben procurar no tener ningún cargo contra ellos, excepto su "relación con la ley de su Dios" (Dn. 6:5). Deben esforzarse por ser buenos cónyuges, buenos padres y buenos hijos, buenos patrones y buenos siervos, buenos vecinos, buenos amigos, buenos en privado y buenos en público, buenos en su lugar de trabajo y buenos en su hogar. Poco vale la santidad, si no lleva este tipo de fruto. El Señor Jesús le hace una pregunta inquietante a su pueblo cuando dice: "¿Qué hacéis de más?" (Mt. 5:47).

(l) En último lugar, el hombre santo procurará una ***mentalidad espiritual***. Se esforzará por consagrar sus afectos enteramente a las cosas de arriba y considerar las cosas de la tierra mucho menos importantes. No descuidará la vida actual, pero el primer lugar en

su mente y pensamientos lo dará a la vida venidera.

Su meta será vivir como aquel cuyo tesoro está en el cielo y pasar por este mundo como un extraño y peregrino rumbo a su hogar. Tener comunión con Dios en oración, en la Biblia y en la reunión de su pueblo, son las cosas que más le agradarán. Le dará valor a todas las cosas, los lugares y las relaciones, en la proporción que lo acerquen más a Dios. Compartirá algo del sentimiento de David, cuando dice: "Está mi alma apegada a ti". "Mi porción es Jehová" (Sal. 63:8; 119:57).

Tal es el bosquejo de la santidad que me aventuro a esbozar. Tal es el carácter que procuran tener los que son llamados "santos". Tales son las principales características del hombre santo.

Pero quiero decir aquí, que espero que nadie me malentienda, tengo cierta aprehensión de que lo que he querido decir sea equivocado y que la descripción que he dado de la santidad pueda desalentar a alguna conciencia sensible. Mi intención no es entristecer a ningún corazón recto, ni poner una piedra de tropiezo en el camino de ningún creyente.

Santidad y pecado

No digo de ninguna manera que la santidad impide la presencia del pecado que ya *mora* en el hombre. No, lejos de esto. El hecho de que la desgracia más grande del hombre santo es que carga un "cuerpo de muerte" que, a menudo, cuando quiere hacer el bien, "el mal está en él", que el viejo hombre está observando todos sus movimientos y, por así decir, tratando de hacerlo retroceder cada vez que da un paso (Ro. 7:21). Pero la excelencia del hombre santo es que no se queda en paz con el pecado que mora en él, como lo hacen algunos. Aborrece el pecado, se lamenta por él y anhela librarse de él. La obra de santificación dentro de él es como el muro de Jerusalén, la obra sigue adelante aun "en tiempos angustiosos." (Dn. 9:25).

Tampoco digo que la santidad alcanza la madurez y es *perfecta instantáneamente*. Las gracias de algunos están en una etapa inicial, otras más adelantadas y algunas han llegado a la madurez. Todos tienen que tener un comienzo. Nunca debemos despreciar "el día de las cosas pequeñas".

La santificación es siempre una *obra progresiva*. La historia de los santos más brillantes que jamás han vivido contiene muchos "peros", "sin embargo" y "no obstante" hasta el final. El oro nunca deja de tener escoria y la luz nunca brilla sin algunas nubes hasta que lleguemos a la Jerusalén celestial. El sol tiene manchas en su superficie. El más santo de los hombres tiene imperfecciones y defectos cuando es pesado en la balanza de la santidad divina. Su vida es una batalla continua contra el pecado, el mundo y el diablo y, a veces, no lo vemos vencedor, sino vencido. La carne está siempre luchando contra el espíritu y el espíritu contra la carne y así sabemos que "todos ofendemos muchas veces" (Gá. 5:17; Stg. 3:2).

Aun así, estoy seguro de que el carácter que he esbozado débilmente, es el anhelo y la oración de todos los cristianos auténticos. Perseveran en lograr tenerlo, si no lo tienen. Quizá no lo logren, pero esa es siempre su meta. Es siempre por lo que se esfuerzan y trabajan, si no tienen ese carácter.

Y esto digo audaz y confiadamente: Que la verdadera santidad es una gran *realidad*. Es algo en el hombre que puede verse, conocerse, señalarse y que es percibido por todos los que lo rodean. Es luz: Si existe, se ve. Es sal: Si existe, su sabor se percibe. Es un óleo preciado: Si existe, no se puede esconder.

Todos tenemos que estar dispuestos a ser indulgentes con las caídas, con la sequedad ocasional de los cristianos. Sé que un camino puede llegar de un punto a otro y, aun así, tener muchas curvas y vueltas; y que las debilidades pueden desviar al hombre

realmente santo.

El oro no es menos oro porque tenga aleaciones, ni la luz es menos luz porque sea débil, ni la gracia es menos gracia porque esté presente en seres inmaduros y débiles. Pero después de admitir todo esto, no puedo entender cómo alguien merezca ser llamado "santo", si peca a sabiendas y no se humilla ni se avergüenza por ello. No se le puede llamar "santo" a alguien que, a sabiendas, descuida habitualmente sus deberes y, conscientemente, hace lo que sabe que Dios le ha ordenado no hacer. Bien dice Owen: "No entiendo cómo alguien pueda ser un verdadero creyente si su carga más pesada no es el pecado, no siente dolor por él y no lo ve como un problema".

Tales son las principales características de la santidad práctica. Examinémonos y comprobemos que las conocemos. Probémonos a nosotros mismos.

II. Por qué la verdadera santidad práctica es tan importante

Ahora intentaré mostrar *algunas razones por las que la santidad práctica es tan importante*.

¿Puede la santidad salvarnos? ¿Puede la santidad quitar el pecado, cubrir las iniquidades, ofrecer satisfacción por las transgresiones, pagar nuestra deuda con Dios? No, de ninguna manera. Quiera Dios que jamás diga esto. La santidad no puede hacer ninguna de estas cosas. Todos los santos más brillantes, no son más que "siervos inútiles". Nuestras obras más puras no son más que trapos de inmundicia comparadas a la luz de la ley santa de Dios (Is. 64:6). El ropaje blanco que Jesús ofrece y que viste la fe, tiene que ser nuestra única justicia, el nombre de Cristo, nuestra única confianza y el libro de la vida del Cordero, nuestro único derecho al cielo. Aun con toda nuestra santidad, no somos más que *pecadores*. Nuestras mejores ropas están manchadas de

imperfecciones. En menor o mayor grado, nuestras acciones son incompletas, tienen errores y defectos. Ningún hijo de Adán será justificado por las obras de la ley.

"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Ef. 2:8, 9).

¿Por qué es entonces, tan importante la santidad? ¿Por qué dice el Apóstol: "Sin santidad nadie verá al Señor"? A continuación daré algunas razones:

(a) Para empezar, tenemos que ser santos porque ***la voz de Dios en las Escrituras claramente lo ordena***. El Señor le dice a su pueblo: "Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (Mt. 5:20). "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mt. 5:48). Pablo le dice a los tesalonicenses: "La voluntad de Dios es vuestra santificación" (1 Ts. 4:3). Y Pedro dice: "Como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo" (1 P. 1:15-16). "En esto", dice Leighton, "la ley y el evangelio coinciden".

(b) Tenemos que ser santos porque es la ***única gran finalidad y propósito por el cual Cristo vino al mundo***. Pablo escribe a los corintios: "Por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos." (2 Co. 5:15). Y a los efesios: "Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado" (Ef. 5:25, 26). Y a Tito: "Se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras" (Tito 2:14). En suma, decir que los hombres son salvados de la culpa de pecado, sin ser salvos del dominio de éste en sus corazones, es contradecir el testimonio de todas las Escrituras. ¿Dice la Biblia que los creyentes son escogidos? Es por medio de "la

santificación del Espíritu".
¿Son predestinados? Es "para que sean santos". ¿Son llamados? Es con un "llamamiento santo". Jesús es un Salvador completo.

No es meramente para quitar la culpa del pecado del creyente; va aún más allá, quita su poder (1 P. 1:2; Ro. 8:29; Ef. 1:4; He. 12:10).

(c) Tenemos que ser santos porque es la ***única evidencia fehaciente de que contamos con una fe salvadora en nuestro Señor Jesucristo***. El Artículo 12 de la Iglesia Anglicana dice apropiadamente que: "Aunque las buenas obras no pueden quitarnos los pecados ni cargar con la severidad del juicio de Dios, son agradables y aceptables a Dios en Cristo, y surgen por la necesidad de una fe verdadera y viva; porque por ellas se hace evidente una fe viva tal como el árbol se conoce por sus frutos". Santiago nos advierte que la fe muerta existe: Es una fe que no va más allá de profesarse con la boca y no tiene influencia alguna sobre el carácter del hombre (Stg. 2:17). La verdadera fe salvadora es distinta. La verdadera fe siempre se verá en sus frutos: Santificará, obrará por amor, vencerá al mundo y purificará el corazón. Sé que a la gente le gusta hablar de evidencias en su lecho de muerte. Confían en palabras dichas en horas de temor, dolor y debilidad, consolándose con ellas por los amigos que pierden. Pero me temo que no se puede confiar en el noventa y nueve por ciento de tales supuestas evidencias. Sospecho que, salvo raras excepciones, los seres humanos como han vivido, así mueren. La única evidencia segura de que somos uno con Cristo y que Cristo está en nosotros, es la vida santa. Los que viven para el Señor, generalmente, son los únicos que mueren en el Señor. Si queremos morir la muerte del justo, no confiemos sólo en anhelos indolentes; procuremos vivir la vida del Maestro. Traill dice bien: "El estado del hombre no es nada y su fe es precaria si su esperanza de gloria no purifica su corazón y su vida".

(d) Tenemos que ser santos porque ésta es la única ***prueba de que amamos sinceramente el Señor Jesucristo***. Éste es un punto del cual él habló con total claridad en los capítulos catorce y quince de

Juan. “Si me amáis, guardad mis mandamientos”. “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama”. “El que me ama, mi palabra guardará”.

“Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando”. (Jn. 14:15, 21, 23; 15:14). Sería difícil encontrar palabras más claras que estas y ¡ay de aquellos que las hacen a un lado! El alma del hombre que puede pensar en todo lo que sufrió Jesús y aun así aferrarse a los pecados por los cuales sufrió, está enferma. Fue el pecado el que entretejió la corona de espinas. Fue el pecado el que traspasó las manos y los pies de nuestro Señor e hirió su costado. Fue el pecado lo que lo llevó a Getsemaní y al Calvario, a la cruz y al sepulcro. ¡Qué fríos deben estar nuestros corazones si no aborrecemos el pecado y nos esforzarnos por librarnos de él, aunque tengamos que amputarnos la mano derecha y arrancarnos el ojo derecho!

(e) Tenemos que ser santos, porque serlo, es la ***única evidencia fidedigna de que somos verdaderos hijos de Dios***. Los hijos de este mundo, generalmente, son como sus padres. Algunos, sin duda, lo son más y otros lo son menos, pero rara vez sucede que no se pueda rastrear algún parecido familiar. Y sucede lo mismo con los hijos de Dios. El Señor Jesucristo dice: “Si fueseis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais”. “Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais” (Jn. 8:39, 42). Si los hombres no se parecen en nada al Padre celestial, es en vano hablar de que son sus “hijos”. Si nada sabemos de santidad, podemos engañarnos todo lo que queramos, pero el Espíritu Santo no mora en nosotros: Estamos muertos y necesitamos que nos vuelvan a la vida. Estamos perdidos y tenemos que ser encontrados. “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios,…” y, sólo ellos, “…son hijos de Dios” (Ro. 8:14). Tenemos que mostrar por nuestra manera de vivir a qué familia pertenecemos. Tenemos que dejar que los hombres se den cuenta por nuestra manera de hablar, que somos

realmente hijos del Santísimo, de otro modo "hijo", no es más que un nombre sin sentido. "No digas", dice Gurnall, "que tienes sangre real en tus venas y que eres nacido de Dios, a menos que puedas probar tu realeza por atreverte a ser santo".

(f) Tenemos que ser santos porque es la ***mejor manera de hacerle el bien a otros***. No podemos vivir sólo para nosotros mismos en este mundo. Nuestra vida estará haciéndole bien o mal a los que la observan. Es un sermón silencioso que todos pueden leer. Es realmente triste cuando son un sermón para la causa del diablo y no para la de Dios. Creo que se logra mucho más para el reino de Dios por medio de un vivir santo por parte de los creyentes de lo que nos imaginamos. Hay en este vivir santo, una realidad que lleva a los hombres a sentir y los obliga a pensar. Lleva un peso e influencia que ninguna otra cosa puede dar. Da hermosura a la fe cristiana y atrae a los hombres para que la tengan en cuenta, como un faro que se ve desde lejos. El Día del juicio probará que muchos, además de los esposos, han sido ganados "*sin palabra*" y gracias, más bien, a una vida santa (1 P. 3:1). Podemos hablarles a las personas sobre las doctrinas de los *Evangelios* y pocos escucharán, y menos las comprenderán. Pero nuestra vida de santidad es un argumento del cual nadie puede escapar. Hay un significado de la santidad que, ni siquiera el más ignorante, puede ignorar. Las personas pueden no comprender la justificación, pero pueden comprender la caridad.

Creo que los cristianos inconstantes e impuros hacen mucho más daño de lo que nos imaginamos. Están entre los mejores aliados de Satanás. Echan por tierra con sus vidas lo que los pastores edifican con sus palabras. Causan que las ruedas del carruaje del evangelio giren con dificultad. Les proveen a los hijos de este mundo, un sin fin de excusas para mantenerse como están. "No veo la necesidad de tanta religión", dijo hace poco un comerciante no creyente. "Noto que muchos de mis clientes hablan siempre del evangelio, la fe, la elección, las promesas divinas y lo demás, pero estas mismas

personas no tienen reparo en estafarme cuando tienen la oportunidad de hacerlo. Entonces, si la gente religiosa hace estas cosas, no veo qué provecho hay en la fe cristiana".

Me lamento de tener que escribir estas cosas, pero me temo que, demasiadas veces, la vida de los cristianos es una blasfemia contra el nombre de Cristo. Tengamos cuidado de que no nos sea imputada la sangre de algún alma. ¡Líbranos, Señor, de matar a las almas por nuestra inconstancia y nuestro andar indiferente! ¡Oh, sea por el bien de otros y no por ninguna otra razón, que nos esforcemos por ser santos!

(g) Tenemos que ser santos porque ***nuestra tranquilidad actual depende mucho de ello***. No podemos darnos el lujo de olvidarlo. Es lamentable que somos propensos a olvidar que hay una conexión fuerte entre el pecado y el dolor, la santidad y felicidad, y entre la santificación y la consolación. Dios ha ordenado, sabiamente, que nuestro bienestar y nuestro bien hacer estén entrelazados. Ha provisto en su misericordia, que aun en este mundo, le *convenga* al hombre ser santo. Nuestra justificación no es por obras —nuestro llamado y elección no son por nuestras obras—, pero en vano es que alguien suponga que puede tener un sentido vivo de su justificación o de una seguridad de su llamado, mientras, por otro lado, descuida las buenas obras o no se esfuerza por vivir una vida santa. "Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos". "Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones" (1 Jn. 2:3; 3:19). Así como el creyente no puede esperar sentir los rayos del sol en un día oscuro y nublado, tampoco puede sentir la fuerte consolación en Cristo, si no lo sigue plenamente. Cuando los discípulos abandonaron al Señor y huyeron, se libraron del peligro, pero se sintieron mal y tristes. Cuando, poco después, lo confesaron valientemente ante los hombres, y fueron encarcelados y flagelados,

nos dice la Palabra que "ellos salieron… gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre" (Hch. 5:41). ¡Oh, por nuestro propio bien, si no hubiera ninguna otra razón, esforcémonos por ser santos! Aquel que sigue a Jesús más de lleno, siempre lo seguirá contento.

(h) En último lugar, tenemos que ser santos porque ***sin santidad sobre la tierra nunca estaremos preparados para disfrutar del cielo***. El cielo es un lugar santo. El Señor del cielo es un Ser santo. Los ángeles son criaturas santas. La santidad está estampada en todo lo que hay en el cielo. El libro de Apocalipsis dice expresamente: "No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira" (Ap. 21:27).

Apelo solemnemente a todo el que lee estas páginas: ¿Cómo nos sentiremos en casa y felices en el cielo si morimos sin santidad? La muerte no obra ningún cambio. Cada uno volverá a vivir con el mismo carácter con el que dio su último suspiro. ¿Cuál será nuestro lugar si no conocemos ahora la santidad?

Supongamos por un momento que se le permitiera entrar al cielo sin santidad.

¿Qué haría? ¿De qué podría disfrutar allí? ¿A cuáles de todos los santos se acercaría y al lado de quién se sentaría? Sus placeres no son los placeres de usted, ni sus gustos los gustos de usted, ni su carácter el carácter de usted. ¿Cómo podría ser feliz, si no fue santo en la tierra?

Quizás prefiere *ahora* la compañía de los superficiales y los indiferentes, los mundanos y los avaros, los parranderos y los que van tras los placeres, los impíos y los profanos. No habrá ninguno de ellos en el cielo.

Quizás cree *ahora* que los santos de Dios son demasiado estrictos, exigentes y serios. Prefiere evitarlos. No disfruta de su compañía. No habrá ninguna otra compañía en el cielo.

Quizás piense *ahora* que orar, leer la Biblia y cantar himnos es

aburrido, triste y tonto, algo para ser tolerado de vez en cuando, pero no disfrutado. Considera al Día del Señor como una carga y cosa pesada; no podría pasar más que una porción pequeña del día adorando a Dios.

Pero recuerde, el cielo es un Día del Señor sin fin. Los que allí viven no descansan de decir día y noche: "Santo, santo, santo, Señor Omnipotente" y de cantar alabanzas al Cordero. ¿Cómo podría, alguien que no es santo disfrutar de ocupaciones como éstas?

¿Cree usted que a alguien así le encantaría conocer a David, a Pablo y a Juan después de haber pasado toda una vida haciendo las cosas de las cuales ellos hablaban en contra? ¿Disfrutaría de dulces conversaciones con ellos, comprobando que tiene con ellos mucho en común? Sobre todo, ¿piensa usted que se regocijaría de conocer cara a cara a Jesús, el Crucificado, después de aferrarse a los pecados por los que él murió? Se pondría de pie ante él con confianza y se sumaría a la exclamación: "Éste es Jehová a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación" (Is. 25:9). ¿No le parece que la lengua del hombre impío se le pegaría al paladar de pura vergüenza y que su único deseo sería que lo echaran de allí? Se sentiría como un extraño en una tierra desconocida, una oveja negra en medio del rebaño santo de Cristo. La voz de querubines y serafines, el canto de ángeles y arcángeles, y toda la compañía del cielo, sería un lenguaje que no podría comprender. El aire mismo del entorno le parecería tan diferente que no lo podría respirar.

No sé qué opinarán los demás, pero a mí me resulta claro que el cielo sería un lugar muy desagradable para el que no es santo. Imposible que sea de otra manera. La gente puede decir, de un modo muy incierto, que "espera ir al cielo", pero no piensa en lo que dice. Tiene que haber cierta capacitación "…para participar de la herencia de los santos en luz" (Col. 1:12). Nuestros corazones tienen que

armonizar con lo que es el cielo. Para alcanzar el refrigerio de gloria, tenemos que pasar por la escuela de la gracia que nos prepara para ello. Tenemos que tener pensamientos celestiales, gustos celestiales en la vida ahora, de lo contrario, nunca nos encontraremos en el cielo en la vida venidera.

Aplicaciones prácticas

Ahora quiero dar algunas palabras a manera de aplicación.

(1) Para empezar, quiero preguntarles a cada uno que lee estas páginas: ***¿Es usted santo?*** Escuche, le ruego, la pregunta que ahora le hago. ¿Sabe usted algo de la santidad de la que he estado hablando?

No le pregunto si asiste a su iglesia regularmente, si ha sido bautizado y participado de la Cena del Señor, ni si se denomina cristiano. Le pregunto algo que es mucho más que esto: *¿Es usted santo o no lo es?*

No le pregunto si aprueba usted de la santidad en otros, si le gusta leer acerca de la vida de personas santas, hablar de cosas santas, si tiene libros santos sobre la mesa ni tampoco si piensa ser santo y espera serlo algún día. Lo que le pregunto es más: *¿Es usted santo hoy mismo o no lo es?*

¿Y por qué lo pregunto tan directamente e insisto tanto? Lo hago porque la Biblia dice: "Seguid la paz… y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor". Está escrito, no es una invención mía, no es mi opinión personal; es la Palabra de Dios: "Seguid la paz… y la santidad, *sin la cual nadie verá al Señor*" (He. 12:14).

¡Ay, qué palabras tan escrutadoras e inquietantes son éstas! ¡Qué pensamientos cruzan por mi mente mientras las escribo! Observo el mundo y veo a la mayor parte de sus habitantes en la impiedad. Observo a los que profesan ser cristianos y veo que la gran mayoría no tiene nada de cristiana aparte del nombre. Me vuelvo a la Biblia y oigo decir al Espíritu: "Seguid la paz… y la santidad, sin la cual

nadie verá al Señor”.

Es un texto que debiera obligarnos a considerar nuestros caminos y escudriñar nuestros corazones. Realmente debiera generar en nosotros pensamientos muy serios e impulsarnos a orar.

Respuestas típicas a la pregunta

Puede usted tratar de callarme diciendo: “Siento mucho más y pienso mucho más acerca de estas cosas, sí, mucho más de lo que muchos suponen”. Contesto yo: “Ésta no es la cuestión. Las pobres almas perdidas en el infierno también lo hacen”. La pregunta importante no es lo que usted *piensa*, ni lo que *siente*, sino lo que ***hace***.

Usted puede decir: “Nunca hubo la intención de que todos los cristianos fueran santos. La santidad, como usted la ha descrito, es sólo para los grandes santos y las personas que tienen dones especiales”. Contesto yo: “No veo eso en las Escrituras. Leo que *cada uno* que tiene esperanza en Cristo ‘se purifica a sí mismo’” (1 Jn. 3:3). “Sin santidad *nadie* verá al Señor”.

Usted puede decir: “Es imposible ser santo y, a la misma vez, cumplir con nuestras obligaciones diarias; es imposible”. Contesto yo: “Usted está equivocado. Sí se *puede*. Con Cristo de nuestro lado nada es imposible. Muchos lo han *hecho*. David, Abdías, Daniel y los siervos de la casa de Nerón, son ejemplos de que sí es posible”.

Usted puede decir: “Si yo fuera santo sería diferente de otra gente”. Contesto yo: “Lo sé. Es justamente lo que usted debiera ser. Los siervos auténticos de Cristo siempre son diferentes del mundo que los rodea —una nación distinta, un pueblo singular— ¡y usted debe serlo también si ha de ser salvo!”.

Usted puede decir: “En este caso, serán muy pocos los que habrán de ser salvos”. Contesto yo: “Lo sé. Es precisamente lo que Cristo nos dice en el Sermón del Monte”. El Señor Jesús así lo dijo hace 1.900 años. “Estrecha es la puerta, y angosto el camino que

lleva a la vida, y pocos son los que la hallan." (Mt. 7:14). Pocos serán salvos porque pocos se tomarán el trabajo de buscar la salvación. Los hombres no quieren negarse los placeres del pecado y de su propia voluntad por un poquito de tiempo.

Le dan la espalda a la vida: "No queréis venir a mí para que tengáis vida, dijo Jesús" (Jn. 5:40).

Usted puede decir: "El hecho de que el camino es muy angosto es algo difícil de aceptar". Contesto yo: "Lo sé". Es lo que dice el Sermón del Monte. Es lo que dijo el Señor Jesús hace 1.900 años. Siempre decía que los hombres tenían que tomar su cruz diariamente y que debían estar listos para amputarse una mano o un pie, si querían ser sus discípulos. En la fe cristiana sucede lo mismo que en otras cosas: "Sin dolor no hay ganancias". Lo que nada cuesta, nada vale.

No importa lo que sea que pensemos que es correcto, lo cierto es que *debemos ser santos si queremos ver al Señor*. ¿Dónde está nuestro cristianismo si no lo somos? No sólo hemos de ser cristianos de nombre y tener conocimiento, tenemos que tener también un *carácter* cristiano. Tenemos que ser santos en la tierra, si es que tenemos la intención de ser santos en el cielo. "Sin santidad nadie verá al Señor". "La agenda del Papa", dice Jenkyn, "sólo convierte en santos a los *muertos*, en cambio las Escrituras requieren santidad en los *vivos*". "Que nadie se engañe", dice Owen, "la santificación es una cualidad indispensable para los que están bajo la dirección de Cristo el Señor para salvación. Él no lleva nadie al cielo que no santifica en la tierra. La Cabeza viviente no admitirá miembros muertos".

No nos maravillemos porque las Escrituras digan: "Os es necesario nacer de nuevo" (Jn. 3:7). Es claro como el agua que muchos que profesan ser cristianos necesitan un cambio completo —un nuevo corazón, una nueva naturaleza—, si han de ser salvos. Las cosas

viejas tienen que pasar, tienen que convertirse en criaturas nuevas. “Sin santidad nadie”, sea quien sea, “verá al Señor”.

(2) Quiero ahora hablarles un poco a los creyentes. Les pregunto: ***“¿Creen que sienten la importancia de la santidad tanto como debieran?”***

La actitud que tiene la gente de estos tiempos con respecto a este tema es de temer. Dudo mucho que ocupe el lugar que merece en los pensamientos y la atención de algunos en el pueblo del Señor. Sugiero, humildemente, que somos propensos a pasar por alto la doctrina del crecimiento en la gracia y que no consideramos suficientemente, cuán avanzado puede estar el hombre en la profesión de su religión y, aun así, carecer de gracia y, finalmente, estar muerto a los ojos de Dios. Creo que Judas Iscariote era muy parecido a los demás apóstoles. Cuando el Señor anunció que uno lo traicionaría, nadie dijo: “¿Es Judas?”. Nos conviene pensar más en las iglesias de Sardis y Laodicea de lo que lo hacemos.

No es mi intención hacer un ídolo de la santidad. No quiero destronar a Cristo y poner a la santidad en su lugar. Pero tengo que decir cándidamente que desearía que la santificación ocupara más de los pensamientos de lo que parece hacerlo en la actualidad y, por lo tanto, aprovecho la ocasión para insistirles sobre el tema a aquellos en cuyas manos caen estas páginas. Me temo que, a veces, se olvidan de que Dios ha unido la justificación con la santificación. Sin duda, son cosas distintivamente diferentes, pero la una nunca se encuentra sin la otra. Lo que Dios ha juntado no se atreva nadie a separar. No me cuente de su justificación, a menos que tenga algunas señales de santificación. No se vanaglorie de la obra que Cristo realizó *para usted*, a menos que pueda mostrarme la obra del Espíritu *en usted*. No piense que Cristo y el Espíritu alguna vez puedan ser divididos. Dudo que no haya muchos creyentes que saben estas cosas, pero creo que es bueno que las recordemos. Demos prueba de que las conocemos por nuestra manera de vivir. Tratemos

de tener constantemente en cuenta este texto: “Seguid la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”.

Tengo que decir francamente que me gustaría que no hubiera tanta *sensibilidad* al tema de la santidad como, a veces, percibo entre los creyentes.

¡Se toca con tanta cautela que alguien pudiera pensar que realmente es un tema peligroso de encarar! Por cierto que cuando hemos exaltado a Cristo como “el camino, la verdad y la vida”, no podemos equivocarnos si hablamos con firmeza sobre lo que debiera ser el carácter de su pueblo. Bien dice Rutherford: “El camino que rebaja los deberes y la santificación, no es el camino de la gracia. El creer y el hacer son amigos inseparables”.

Tengo que decirlo, pero lo digo con reverencia. A veces me temo que si Cristo estuviera hoy en la tierra, no faltarían los que pensaran que su predicación es *legalista* y si Pablo estuviera escribiendo sus epístolas, habría aquellos que pensarían que mejor le sería no escribir la última parte de la mayoría de las epístolas, tal como lo hizo. Pero recordemos que el Señor Jesús *sí* predicó el Sermón del monte y que la *Epístola a los Efesios* contiene seis capítulos y no cuatro. Me duele tener que hablar de esta manera, pero hay una razón para hacerlo.

El gran teólogo John Owen, maestro de la Iglesia de Cristo hace más de doscientos años, solía decir que hay gente cuya religión parece consistir en andar quejándose todo el tiempo de sus propias corrupciones y diciéndoles a todos que no pueden hacer nada al respecto. Me temo que ahora, después de dos siglos, lo mismo podría decirse de algunos seguidores de Cristo. Sé que hay pasajes en las Escrituras que ameritan estas quejas. No pongo objeción a ellas cuando proceden de hombres que siguen los pasos del Apóstol Pablo y pelean la buena batalla, como lo hizo él, contra el pecado, el diablo y el mundo. Pero nunca me gustan tales quejas cuando sospecho, como lo hago a menudo, que son sólo un manto para

cubrir la pereza espiritual. Si decimos con Pablo: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?", que podamos decir también con él: "Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús". No citemos sólo un ejemplo de él, cuando no lo seguimos en otro (Ro. 7:24; Fil. 3:14).

No pretendo ser mejor que los demás y si alguno pregunta: "¿Quién es usted, que escribe de esta manera?". Contesto yo: "No soy más que una muy pobre criatura". Pero digo que no puedo leer la Biblia sin anhelar ver que más creyentes sean más espirituales, más santos, más enfocados, que piensen más en el cielo, que estén más consagrados de lo que están ahora. Quiero ver entre los creyentes un espíritu más como el de un peregrino, más apartados del mundo, una conversación más evidentemente celestial, un andar más íntimo con Dios y por eso he escrito como lo he hecho.

¿No es cierto que necesitamos una norma superior de santidad personal en este tiempo? ¿Dónde está nuestra paciencia? ¿Dónde está nuestro celo? ¿Dónde está nuestro amor? ¿Dónde están nuestras obras? ¿Dónde se puede ver el poder de la fe cristiana, como se vio en el pasado? ¿Dónde está aquel tono inconfundible que solía distinguir a los santos del pasado y que sacudía al mundo? Ciertamente nuestra plata se ha convertido en escoria, nuestro vino se ha mezclado con agua y nuestra sal tiene muy poco sabor. Todos estamos más que medios dormidos. La noche ha pasado y ya viene la mañana. Despertemos y dejemos de dormir. Abramos más nuestros ojos de lo que hemos hecho hasta ahora, "despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia", "limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios" (He. 12:1; 2 Co. 7:1). "Habiendo muerto Cristo", dice Owen, "¿vivirá el pecado? ¿Fue él crucificado en el mundo y serán nuestros sentimientos hacia el mundo entusiastas y vivaces? ¡Oh! ¿Dónde está el espíritu de aquel por quien el mundo ha sido crucificado para él y él para el mundo"? (Gá. 6:14).

III. Consejos para todos los que anhelan ser santos

Por último, quiero ofrecer una *palabra de consejo a todos los que anhelan ser santos*. ¿Quiere usted ser santo? ¿Quiere ser una nueva criatura? Entonces tiene que *comenzar con Cristo.*

Usted no hará nada y no progresará nada hasta que sienta su pecado y debilidad y acuda a él. Él es la raíz y el comienzo de toda santidad; y el camino para ser santo es venir a él por fe y estar unido a él. Cristo no sólo es sabiduría para su pueblo, sino santificación también. Algunas veces, los hombres quieren tratan de alcanzar la santidad por ellos mismos, con un resultado lastimoso. Se esfuerzan y trabajan, quieren empezar una página nueva en sus vidas y cambiar mucho; pero, como la mujer con el flujo de sangre, antes de venir a Cristo, "nada había aprovechado, antes le iba peor" (Mr. 5:26). Corren en vano y trabajan en vano; esto no es de sorprender porque están empezando por el final. Construyen un muro de arena, sus obras van desapareciendo como el agua en una vasija agujereada. Nadie puede poner otro fundamento para la "santidad" que el que ya está puesto, o sea Cristo Jesús, quien dijo: "Separados de mí nada podéis hacer" (Jn. 15:5). Traill dijo unas palabras fuertes, pero muy ciertas: "La sabiduría que no es de Cristo es una necedad que lleva a la condenación; la santificación fuera de Jesús es suciedad y pecado; la redención fuera de Cristo es esclavitud".

¿Quiere usted lograr santidad? ¿Siente este día un anhelo fuerte de ser santo?

¿Quiere ser partícipe de la naturaleza divina? Entonces *acuda a Cristo.* No busque ninguna razón. No espere a nadie. No piense en prepararse. Acuda a él y dígale, en las palabras de aquel hermoso himno…

> *"Nada traigo para Ti, Mas tu cruz es mi sostén; Desprovisto y en escasez, Hallo en Ti la paz y el bien". (Augustus Toplady, 1776)*

No hay ni un ladrillo ni una roca para edificar la obra de nuestra santificación hasta que acudimos a Cristo. La santidad es su don especial para su pueblo creyente. Santidad es la obra que lleva a cabo en sus corazones, por el Espíritu que coloca dentro de ellos.

Es asignado "Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados". "Más a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Hch. 5:31; Jn. 1:12).

La santidad viene…

- No de la sangre, los padres no se la pueden pasar a sus hijos.
- Tampoco de la voluntad de la carne, el hombre por él mismo no la puede producir.
- Ni de voluntad de hombre, los pastores no la pueden dar con el bautismo.

La santidad procede de Cristo. Es el resultado de la unión vital con él. Es el fruto de ser una rama viviente de la Vid verdadera. Acuda entonces a Cristo y diga: "Señor, no sólo sálvame de la culpa del pecado y de su poder. También envíame el Espíritu que has prometido. Hazme santo. Enséñame a hacer tu voluntad".

¿Quiere seguir siendo santo? Entonces *permanezca en Cristo*. Él mismo dice: "Permaneced en mí, y yo en vosotros… el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto" (Jn. 15:4-5). Le plugo al Padre que en él morara toda plenitud, la satisfacción total para todas las necesidades del creyente. Él es el Médico a quien tiene que acudir cada día, él lo mantendrá sano. Él es Maná que debe comer cada día y la Roca de la cual debe beber cada día. Su brazo es el brazo sobre el cual tiene que apoyarse cada día al salir del desierto de este mundo. Usted, no sólo tiene que echar raíces, también tiene que *edificarse* en él. Pablo fue ciertamente un hombre de Dios, un hombre santo, un creyente que crecía y prosperaba. ¿Y cuál era su secreto? Era alguien para quien Cristo era "todo en todo". Tenía siempre "puestos los ojos en Jesús". El

Apóstol decía: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”. “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios” (He. 12:2; Fil. 4:13; Gá. 2:20). Vayamos y hagamos lo mismo.

Dios quiera que todos los que leen estas páginas, conozcan estas cosas por experiencia y no únicamente por haberlas oído. ¡Que todos sintamos la importancia de la santidad mucho más de lo que la hemos sentido hasta ahora!
¡Que nuestros años sean *años santos* para nuestras almas; si lo son, serán años felices! ¡Si vivimos, vivamos para el Señor, o si morimos, muramos para el Señor; si viene por nosotros, que nos encuentre en paz, sin mancha ni culpa!

4. La batalla

"Pelea la buena batalla de la fe". 1 Timoteo 6:12

Es un hecho curioso que no haya otro tema en el que tanta gente se interese tanto como el de riñas o "peleas". Tanto jóvenes como señoritas, ancianos y niños, encumbrados y humildes, ricos y pobres, letrados e iletrados, tienen un profundo interés por las guerras, pleitos, riñas, batallas y luchas.

Es la simple realidad, no importa cómo la tratemos de explicar. Llamaríamos insulso al inglés que no se interesara nada en la historia de Waterloo, o Inkermann, o Balaclava o Lucknow. Creeríamos que es frío y torpe el corazón que no se conmueve y emociona por las luchas en Sedan y Estrasburgo, Metz y Pans durante la guerra entre Francia y Alemania.

Hay una guerra espiritual

Pero hay otra guerra de mucha mayor importancia que ninguna contienda que el hombre haya librado jamás. Es una guerra que concierne, no sólo a dos o tres naciones, sino a cada cristiano que haya nacido en el mundo. A lo que me refiero es a la *guerra espiritual*. Es la batalla que todo el que quiere ser salvo tiene que encarar con respecto a su alma.

Sé que esta guerra es una de la cual muchos no saben nada. Háblelesde ella y lo tildan de loco, fanático o iluso. Y sin embargo, es tan real y verdadera como cualquier combate que se haya librado en la tierra. Tiene conflictos cuerpo a cuerpo y sus consecuentes heridas. Tiene el velar y el cansancio. Tiene asedios y

asaltos. Tiene sus victorias y sus fracasos. Sobre todo, tiene *consecuencias* que son terribles, tremendas y muy peculiares. En las guerras terrenales hay consecuencias que, a menudo, son temporales y remediables.

En la guerra espiritual las cosas son muy diferentes. En esta guerra, cuando termina la lucha, las consecuencias son eternas, no se pueden cambiar.

Fue ésta la guerra de la que Pablo le hablaba a Timoteo cuando escribió aquellas ardientes palabras: "Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna". Es a esta guerra que propongo referirme en este capítulo. Considero que el tema tiene una relación cercana con el de santificación y santidad. Todo el que entienda la naturaleza de la verdadera santidad, sabrá que el cristiano es un "guerrero". Si queremos ser santos tenemos que luchar.

I. El cristianismo verdadero es una batalla

Lo primero que tengo que decir es esto: *El cristianismo verdadero es una batalla.*

¡Cristianismo verdadero! Enfoquemos la palabra "verdadero". Hay una gran cantidad de religiones en el mundo que no son cristianismo verdadero, auténtico. Son tolerables, satisfacen las conciencias adormecidas, pero son falsas. No son lo verdadero, lo que hace mil ochocientos años se llamaba cristianismo. Hay miles de hombres y mujeres que van a las iglesias todos los domingos y se llaman cristianos. Sus nombres están en el registro de bautismos. Mientras están vivos, se los considera cristianos. Se han casado por la Iglesia. Piensan ser sepultados como cristianos cuando mueran. ¡Pero nunca se ve nada de "lucha" en su vida espiritual! No saben, literalmente, nada de lucha espiritual, esfuerzo, conflicto, ni de negarse a sí mismos, ni de estar vigilantes y, mucho menos, de batallar. Tal cristianismo puede satisfacer al hombre y los que se

atreven a decir algo en contra son considerados duros e incomprensivos; pero, de hecho, no es el cristianismo de la Biblia. No es la fe cristiana que fundó el Señor Jesús y que sus discípulos predicaban. No es la fe bíblica que produce verdadera santidad. El verdadero cristianismo es “una batalla”.

El verdadero cristiano es llamado a ser un soldado y debe comportarse como tal desde el día de su conversión hasta el día de su muerte. No es la intención que viva una vida a sus anchas, indolente y segura. No debe imaginarse nunca, ni por un momento, que puede hacer su trayectoria al cielo dormido o medio dormido, como si estuviera viajando en un carruaje muy cómodo. Si adopta sus normas del cristianismo de los hijos de este mundo, quizá se contente con estas nociones, pero no encontrará en la Palabra de Dios nada que las justifique. Si la Biblia es su regla de fe y práctica, tiene que encontrar su camino bien marcado con respecto a este asunto, Tiene que “luchar”.

¿Con quiénes tiene que luchar el soldado cristiano? No con otros cristianos.

¡Miserable es la idea que tienen algunos hombres de que la fe cristiana consiste en controversias perpetuas! El que nunca está satisfecho, a menos que esté en medio de un conflicto entre iglesia e iglesia, congregación y congregación, secta y secta, facción y facción, partido y partido, nada sabe de lo que debiera saber. Sin duda, puede suceder que, a veces, sea absolutamente necesario recurrir a los tribunales de justicia para asegurar la interpretación correcta de los Artículos de la iglesia, de rúbricas[1] y formularios[2]. Pero por regla general, nunca es mejor servida la causa del pecado que cuando los cristianos malgastan sus energías en pelear unos contra otros y pierden el tiempo en discusiones insignificantes.

La batalla principal del cristiano: La carne, el mundo y el diablo

¡Por cierto que aquello no es la verdadera fe cristiana! La lucha

principal del cristiano es con el mundo, la carne y el pecado. Estos son sus eternos enemigos. Estos son los tres enemigos principales contra quienes tiene que ir a la guerra. A menos que obtenga la victoria sobre estos tres, todas las demás victorias son inútiles y vanas.

Si tuviera una naturaleza como la de un ángel y no fuera una criatura caída, la guerra no sería tan esencial. Pero con un corazón corrupto, un diablo activo y las trampas del mundo, la consigna es: "Lucha" o estás perdido.

Tiene que luchar contra ***la carne***. Aun después de su conversión, el creyente lleva en su interior una naturaleza propensa al mal y un corazón débil e inestable como el agua. Ese corazón nunca estará libre de imperfecciones en este mundo y es un desvarío miserable esperarlo. Para prevenir que el corazón se desvíe, el Señor Jesús nos insta: "Velad y orad". El espíritu puede estar dispuesto, pero la carne es débil. Hay necesidad de luchar diariamente y batallar diariamente en oración. "Golpeo mi cuerpo", clama Pablo, "y lo pongo bajo servidumbre". "Veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo". "Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos". "Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros". (Mr. 14:38; 1 Co. 9:27; Ro. 7:23, 24; Gá. 5:24; Col. 3:5.)

Tiene que luchar contra ***el mundo***. La influencia sutil de ese poderoso enemigo tiene que ser resistida todos los días y si no se pelea todos los días, nunca se puede vencerla. El amor por las cosas buenas de la vida, el temor a las burlas o acusaciones del mundo, el anhelo secreto de mantenerse en el mundo, el deseo secreto de hacer lo mismo que hacen los demás en el mundo y no sufrir las consecuencias, todos estos, son enemigos que atacan continuamente al cristiano en su camino al cielo y deben ser conquistados. "¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se

constituye enemigo de Dios". (Stg. 4:4).

---

[1] Rúbricas—Una regla o instrucción que tiene autoridad.
[2] Formularios—Colección de oraciones y procedimientos religiosos.

"Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él". "El mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo". "Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo". "No os conforméis a este siglo". (1 Jn. 2:15; Gá. 6:14; 1 Jn. 5:4; Ro. 12:2.)

Tiene que luchar contra ***el diablo***. El viejo enemigo de la humanidad no está muerto. Desde la caída de Adán y Eva no deja "de rodear la tierra y de andar por ella" tratando de lograr un gran fin: La ruina del alma del hombre. Nunca descansa y nunca duerme, siempre anda como "león rugiente… buscando a quien devorar". Es un enemigo invisible, siempre está cerca de nosotros, en nuestra senda y en nuestra cama, espiando todo lo que hacemos. Este enemigo "es mentiroso, y padre de mentira"; desde el principio, trabaja noche y día para arrojarnos al infierno. Algunas veces conduciendo al hombre a las supersticiones, otras veces sugiriendo infidelidad, en ocasiones por medio de un tipo de tácticas y, a veces, por otro; está permanentemente en campaña contra nuestras almas. "Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo". Este poderoso adversario tiene que ser resistido diariamente si queremos ser salvos. "Pero este género no sale sino con oración y ayuno". Podemos vencerlo, orando, luchando y poniéndonos toda la armadura de Dios. Nunca podremos quitar de nuestro corazón al hombre fuertemente armado sin librar una batalla diaria. (Job 1:7; 1 P. 5:8; Jn. 8:44; Lc. 22:31; Ef. 6:11; Mt. 17:21).

La seriedad de la batalla del cristiano

Algunos pueden pensar que estas afirmaciones son demasiado fuertes. A ustedes les puede parecer que estoy exagerando y que me

estoy excediendo con lo que digo. Se dice por allí que los hombres y las mujeres, de hecho, podrán llegar al cielo sin todas estas dificultades, guerras y luchas. Préstenme atención por unos minutos y les mostraré lo que tengo que decir en nombre de Dios.

Recuerden la máxima del general más sabio que jamás hubo en Inglaterra: "En tiempo de guerra el peor error es subestimar al enemigo, y tratar de librar una guerra pequeña". La guerra cristiana no es algo de poca importancia. Denme su atención y consideren lo que digo.

¿Qué dicen las Escrituras? (1) "Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna". (2) "Sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo". (3) "Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes". (4) "Esforzaos a entrar por la puerta angosta". (5) "Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece". (6) "No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada". (7) "El que no tiene espada, venda su capa y compre una". (8) "Velad, estad firmes en la fe; portaos varonilmente, y esforzaos". (9). "Te encargo que… milites por ellas la buena milicia, manteniendo la fe y buena conciencia". (1 Ti. 6:12; 2 Ti. 2:3; Ef. 6:11-13; Lc. 13:24; Jn. 6:27; Mt.
10:34; Lc. 22:36; 1 Co. 16:13; 1 Ti. 1:18, 19.)

Palabras como éstas me parecen muy claras, sencillas e inequívocas. Todas enseñan una y la misma gran lección, siempre y cuando estemos dispuestos a aprenderla. Esa lección es que el verdadero cristianismo es una lucha, una pelea y una guerra. Me

parece a mí que el que pretenda condenar la "guerra espiritual" y enseñe que hemos de estar quietos y "someternos a Dios", entiende mal su Biblia y comete un grave error.

¿Qué dice el Servicio Bautismal de la Iglesia Anglicana? Aunque a ese servicio le falta inspiración y que, al igual que cualquier composición que no es inspirada, tiene sus defectos;

para los millones de miembros de la Iglesia Anglicana alrededor del mundo se usan las siguientes palabras: "Te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo", "Marco a este niño con la señal de la cruz, como una muestra de que de aquí en adelante no se avergonzará de confesar la fe de Cristo crucificado; y *peleará* varonilmente bajo su estandarte contra el pecado, el mundo y el diablo y que seguirá siendo un soldado y siervo fiel de Cristo hasta el final de su vida".

Por supuesto que todos sabemos que en incontables casos el bautismo no es más que una formalidad y que los padres de familia traen a sus hijos a la fuente bautismal sin tener fe, ni orar ni reflexionar. El que suponga que el bautismo en estos casos actúa *mecánicamente*, como un medicamento, y que tanto progenitores piadosos como impíos, que oran o no oran, obtienen el mismo beneficio para sus hijos deben estar en un extraño estado mental. Pero de cualquier manera, una cosa es muy cierta. Cada miembro de la Iglesia bautizado, es a partir de su profesión de fe, un "soldado de Jesucristo" y asume el compromiso de pelear "bajo su estandarte contra el pecado, el mundo y el diablo". El que lo duda, que tome su Libro de Oraciones, lo lea, lo subraye y aprenda su contenido. Lo peor de todo es que muchos miembros muy celosos de la Iglesia Anglicana ignoran totalmente lo que contiene su propio Libro de Oraciones.

La importancia de la batalla cristiana

Seamos miembros de la iglesia o no, una cosa es cierta, esta guerra cristiana es una enorme realidad y un tema de suma importancia.

No es un tema como el gobierno y las ceremonias de la iglesia, en que los hombres pueden discrepar y, aun así, al final llegar al cielo. La necesidad se nos impone. No hay promesas en las Epístolas del Señor Jesucristo a las Siete Iglesias, excepto a aquellas que "venzan". Donde hay gracia habrá conflicto. El creyente es un soldado. No hay santidad sin batalla.

Las almas salvadas siempre serán los que han peleado una batalla.

(1) Es una batalla ***absolutamente necesaria***. No creamos que en esta guerra podemos permanecer neutrales y mantenernos pasivos. En los conflictos entre naciones puede ser posible, pero es totalmente imposible en el conflicto que concierne al alma. La presumida política de no intervención, la "inactividad magistral" que agrada a tantos políticos, el plan de no hacer nada y dejar las cosas como están, nunca dará resultado en la guerra cristiana. Aquí nadie puede escapar alegando ser "un hombre de paz". Estar en paz con el mundo, la carne y el diablo es estar enemistado con Dios y transitar por el camino ancho que lleva a la destrucción. No tenemos una alternativa ni una opción. Tenemos que luchar o estamos perdidos.

(2) Es una batalla ***universalmente necesaria***. Ningún rango, ni clase ni edad tiene excusa para dejar de pelear. Pastores y laicos, predicadores y oyentes, ancianos y jóvenes, altos y bajos, ricos y pobres, encumbrados y humildes, reyes y súbditos, terratenientes e inquilinos, letrados e iletrados, todos deben portar armas e ir a la guerra. Todos tienen por naturaleza un *corazón* lleno de orgullo, incredulidad, pereza, mundanalidad y pecado. Todos vivimos en un *mundo* lleno de trampas, engaños y escollos para el alma. Todos tenemos cerca a un diablo ocupado, inquieto y malicioso. Todos, desde el rey en su palacio hasta el mendigo más pobre, todos debemos luchar si hemos de ser salvos.

(3) Es una batalla ***perpetuamente necesaria***. No admite ni respiro, ni armisticio ni tregua. En los días entre semana, al igual

que los domingos, en privado, al igual que en público, en la intimidad del hogar, al igual que en la calle, en las cosas pequeñas como cuidar la lengua y el carácter, al igual que los grandes en el gobierno de los países, la guerra del cristiano debe seguir obligadamente sin detenerse. El enemigo con quien contendemos no festeja días feriados, nunca descansa y nunca duerme.

Mientras nos quede un hálito de aliento, tenemos que vestir nuestra armadura y recordar que estamos en campo enemigo. “Aun en la orilla del Jordán”, dijo un santo moribundo, “encuentro a Satanás mordiéndome los talones”. Tenemos que luchar hasta morir.

Consideremos bien estas propuestas. Cuidemos que nuestra propia fe personal sea real, auténtica y verdadera. El síntoma más triste de muchos supuestos cristianos es la ausencia absoluta de todo lo que se parezca a un conflicto o una lucha en su vida cristiana. Comen, beben. Se visten, se entretienen, ganan dinero, gastan dinero, asisten a una escasa rueda de cultos religiosos formales una o dos veces por semana. Pero de la gran guerra espiritual, de velar y orar, de sus agonías y ansiedades, sus batallas y luchas, no parecen saber absolutamente nada. Cuidémonos de que éste no sea nuestro caso. El peor estado del alma es “cuando el hombre fuerte armado guarda su palacio, en paz está lo que posee” y cuando lleva a hombres y mujeres “cautivos a voluntad de él” sin que estos ofrezcan resistencia. Las peores cadenas son las que el prisionero no siente ni ve (Lc. 11:21; 2 Ti. 2:26).

Podemos *consolarnos* en cuanto a nuestras almas si sabemos algo de batallas y conflictos interiores. Son los compañeros invariables de la santidad cristiana auténtica. Sé que no es todo, pero es parte. ¿Notamos en el fondo de nuestros corazones una lucha espiritual? ¿Sentimos algo de la carne luchando contra el espíritu y al espíritu contra la carne de modo que no podemos hacer las cosas que debiéramos (Gá. 5:17)? ¿Tenemos conciencia de dos principios que luchan dentro de nosotros por dominarnos? ¿Sentimos algo de lucha

en nuestro hombre interior?
¡Demos gracias a Dios por esto! Es una buena señal. Es muy probable que sea evidencia de la gran obra de santificación. Todos los santos auténticos son soldados. Cualquier cosa es mejor que la apatía, el estancamiento, la vaciedad y la indiferencia. Estamos en mejor estado que muchos.

Es evidente que no somos amigos de Satanás. Como los reyes de este mundo, él no batalla contra sus propios súbditos. El mero hecho de que nos asalta, debiera llenarnos de esperanza. Lo repito, animémonos. El hijo de Dios lleva dos grandes señales y de estas dos, aquí tenemos una. Lo podemos identificar por su *guerra interior,* al igual que por su *paz interior*.

II. El verdadero cristianismo es la batalla de la fe

Paso a lo segundo que quiero decir al tratar mi tema: *El verdadero cristianismo es la batalla de la fe*.

En este sentido la guerra cristiana es totalmente diferente de los conflictos de este mundo. No depende del brazo fuerte, del ojo avizor ni de los pies rápidos. No se libra con armas carnales, sino con las espirituales. La fe es el engranaje con la cual gira la victoria. El éxito depende enteramente de la fe.

(1) Fe en la verdad de la Palabra escrita de Dios

Una fe general en la verdad de la Palabra escrita de Dios es el primer fundamento del carácter del soldado cristiano. Es lo que es, hace lo que hace, piensa lo que piensa, actúa como actúa, tiene la esperanza que tiene y se comporta como se comporta por una sencilla razón: Cree en ciertas premisas reveladas y explicadas en las Sagradas Escrituras. “Es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (He. 11:6).

Una religión sin doctrina o dogma es algo de lo que a muchos les

gusta hablar en la actualidad. Al principio parece bien. Se ve muy lindo a la distancia. Pero en el momento en que nos sentamos para examinarla una y otra vez, encontramos que es sencillamente imposible que tenga sustentabilidad. Es igual que hablar de un cuerpo sin huesos ni nervios. Nadie puede ser o hacer algo en la religión si no cree en algo.

Aun los que profesan los miserables e incómodos conceptos de los deístas[3] tienen que confesar que creen *algo*. Con todas sus burlas amargas contra la teología dogmática y la credulidad cristiana, como ellos la llaman, ellos mismos tienen algún tipo de fe.

En cuanto al verdadero cristiano, la fe es la columna vertebral de su existencia espiritual. Nadie lucha nunca con seriedad contra el mundo, la carne y el diablo, a menos que haya grabado en su corazón ciertos grandes principios en los que cree. Quizá casi ni sabe de qué se tratan y, de hecho, no podría dar una definición ni escribirlas. Pero allí están y, consciente o inconscientemente, forman las raíces de su fe cristiana. Dondequiera que veamos a un hombre, rico o pobre, letrado o iletrado, batallando virilmente con el pecado y tratando de vencerlo, podemos estar seguros de que hay ciertos principios en los que ese hombre cree. El poeta que escribió las famosas líneas:

> *"De los muchos y distintos aspectos de la fe dejad que discutan los fanáticos errados, pues los que con su vida muestran estar en lo correcto no pueden estar equivocados",*

fue un hombre sagaz, pero mal teólogo. No hay tal cosa como estar en lo correcto, viviendo sin fe y sin algo en que creer.

---

[3] Los deístas creen en el Deísmo, una posición en la cual, Dios, el cual es sin principio o fin, creó el mundo, lo puso en movimiento pero no está involucrado en el mismo. Los

deístas les gusta decir que su religión es natural, no revelada. En otras palabras, ellos derivan sus creencias de la moral, de Dios, de la verdad, y del propósito no a través de alguna revelación directa de Dios (por ejemplo, la Biblia) sino sólo a través de la observación de la naturaleza y el uso de la razón. Esto negaría la idea de que la Biblia es inspirada por Dios y negaría de plano la encarnación, la muerte, sepultura y resurrección de Dios en la persona de Jesús.

(2) Fe en la Persona, Obra y Oficio del Señor Jesucristo

Una fe especial en la persona, obra y el oficio de nuestro Señor Jesucristo es la vida, el corazón y el móvil del carácter cristiano.

Una persona ve por fe a un Salvador invisible quien lo ama, dio su vida por él, pagó sus deudas, cargó con sus pecados, llevó sus transgresiones, resucitó por él y aparece en el cielo para él como su Abogado sentado a la diestra de Dios. Ve a Jesús y se aferra a él. Viendo a este Salvador y confiando en él, siente paz y esperanza, y con gusto batalla contra los enemigos de su alma.

Ve sus muchos pecados, su corazón débil, un mundo tentador, un diablo activo y, si mirara sólo a estos, se desesperaría. Pero ve también a un Salvador poderoso, un Salvador intercesor, un Salvador comprensivo —su sangre, su justicia, su sacerdocio eterno— y cree que todo esto es para él. Ve a Jesús y pone sobre él todo su peso. Viéndolo a él sigue luchando alegremente, con la confianza de que los que creemos en él "somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó" (Ro. 8:37).

(3) Fe en la presencia de Cristo y su pronta disposición para ayudar

Una fe viva habitual en la presencia de Cristo y su pronta disposición para ayudar es el secreto de la lucha victoriosa del soldado cristiano.

Nunca olvidemos que hay grados de fe. No todos los hombres creen igual y aun, una misma persona, tiene altibajos de fe y cree con más convicción en un momento que en otro. Según el grado de su fe, el cristiano pelea bien o mal, gana victorias o sufre reveses ocasionales, termina triunfante o pierde una batalla. El que tiene más

fe siempre será el soldado más feliz y el que se sentirá más seguro. Nada le quita mejor al soldado las ansiedades de la guerra que la seguridad del amor y la protección continua de Cristo. Nada lo capacita para aguantar el cansancio de velar, luchar y contender contra el pecado como la confianza interior de que Cristo está de su lado y, por ende, el éxito es seguro.

Es el "escudo de la fe" el que apaga todos los dardos de fuego del maligno. El hombre que puede decir: "Yo sé en quien he creído", es el que puede decir en el momento de sufrimiento: "No me avergüenzo".

El que escribió: "No desmayemos" y "porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria", es el que escribió con la misma pluma: "No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas". Es el hombre que dijo: "Vivo en la fe del Hijo de Dios" y dijo en la misma epístola: "El mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo". Es el hombre que dijo: "He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación" y en la misma epístola: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece".

¡Cuanto más grande es la fe, más contundente es la victoria! ¡Cuánto mayor es la fe, más enriquecedora es la paz interior! (Ef. 6:16; 2 Ti. 1:12; 2 Co. 4:17, 18; Gá.
2:20; 6:14; Fil. 1:21; 4:11, 13.)

Las victorias de los soldados cristianos fieles

Creo que es imposible sobreestimar el valor y la importancia de la fe. Bien pudo llamarla el Apóstol Pedro "preciosa" (2 P. 1:1). No me alcanzaría el tiempo si tratara de mencionar una centésima parte de las victorias que los soldados cristianos han obtenido por fe.

Tomemos nuestra Biblia y leamos con atención el capítulo once de la *Epístola a los Hebreos.* Subrayemos la larga lista de nombres

de los hombres de fe que allí se registran, desde Abel hasta Moisés, aun antes de que naciera Cristo de la virgen María, trayendo la plenitud de vida y la inmortalidad a la luz por el evangelio. Notemos bien las batallas que ganaron contra el mundo, la carne y el diablo. Y luego recordemos que *creer* fue lo que lo hizo todo. Estos hombres esperaban con anticipación al Mesías prometido.

Vieron a Aquel que es invisible. "Por ella [la fe] alcanzaron buen testimonio los antiguos" (He. 11:2, 27).

Demos vuelta las páginas a *la historia primitiva de la iglesia*. Veamos cómo los cristianos primitivos se aferraban a su fe aun hasta la muerte y no flaqueaban ante las más feroces persecuciones de los emperadores paganos. Durante siglos no faltaron hombres como Policarpo e Ignacio, prontos a morir en lugar de negar a Cristo. Multas y cárceles, torturas, hogueras y espadas no podían quebrantar el espíritu del noble ejército de mártires. ¡Ni todo el poder del imperio romano, el amante del mundo, pudo erradicar la fe cristiana que comenzó con unos pocos pescadores y publicanos en Palestina! Entonces, recordemos que creer en un Jesús invisible era la fuerza de la Iglesia. Ganaron su victoria por fe.

Examinemos la historia de la *Reforma Protestante.* Estudiemos la vida de sus principales campeones: Wycliffe, Huss, Lutero, Ridley, Latimer y Hooper. Notemos cómo estos soldados valientes de Cristo se mantuvieron firmes contra un ejército de adversarios y estuvieron prontos para morir por sus principios.
¡Qué batallas libraron! ¡Cuántas controversias enfrentaron! ¡Cuántas contradicciones soportaron! ¡Qué tenacidad tuvieron contra un mundo en armas! Y luego, recordemos que *creer* en un Jesús invisible fue el secreto de su fortaleza. Vencieron por fe.

Consideremos a los hombres que dejaron las marcas más grandes en los *avivamientos del siglo XVIII en Inglaterra y Norteamérica*. Observemos de qué modo hombres como Wesley, Whitefield, Venn y Romaine, lucharon solos en su época y generación,

y avivaron la fe cristiana auténtica, a pesar de la oposición de hombres con posiciones elevadas y frente a calumnias, burlas y persecuciones de nueve de cada diez que profesaban ser cristianos en nuestro país. Observemos cómo hombres como William Wilberforce y Havelock y Hedley Vicars han testificado de Cristo en situaciones extremadamente difíciles y mantenido en alto el

estandarte de Cristo en los regimientos y en la Cámara Baja. Notemos cómo estos testigos nobles no vacilaron y se mantuvieron firmes hasta el fin, ganándose el respeto, aun de sus peores adversarios. Por lo tanto, recordemos que *creer* en un Cristo invisible es la clave de la conducta de todos ellos. Por fe vivieron, anduvieron, se mantuvieron firmes y vencieron.

¿Quiere alguno vivir la vida del soldado cristiano? Entonces ore con fe. Es el don de Dios y un don que aquellos que lo piden nunca lo piden en vano. Hay que creer antes de pedirlo. Si los hombres no hacen nada religioso, es porque no creen. La fe es el primer paso hacia el cielo.

¿Quiere alguno pelear la batalla del soldado cristiano exitosa y prósperamente? Ore pidiendo un continuo aumento de fe. Permanezca en Cristo, acérquese más a Cristo y aférrese más a Cristo cada día de su vida. Ore cotidianamente como oraban sus discípulos: “Señor, auméntanos la fe” (Lc. 17:5). Vigile celosamente su fe, si es que la tiene. Éste es el baluarte del carácter cristiano de la cual depende la seguridad de toda la fortaleza. Es el punto que a Satanás le encanta asaltar. Todo queda a los pies del enemigo si no hay fe. En esto, si amamos la vida, tenemos que mantenernos en guardia de una manera especial.

III. El verdadero cristianismo es una buena batalla

Lo último que tengo que decir es esto: *El verdadero cristianismo es una buena batalla*.

“Buena” es un adjetivo inapropiado para calificar cualquier

guerra. Toda guerra del mundo es mala en mayor o menor grado. Sin duda que, en algunos casos, la guerra es una necesidad absoluta —lograr la libertad de las naciones, impedir que el débil sea arrasado por el fuerte—, pero aun así, es mala. Conlleva mucho derramamiento de sangre y sufrimiento.

Apresura a la eternidad miríadas de gentes que no están preparadas en absoluto para el cambio. Suscita las peores pasiones del hombre. Causa enormes pérdidas y la destrucción de propiedades. Llena a hogares pacíficos de viudas y huérfanos. Extiende por doquier la pobreza, las cargas y el sufrimiento nacional. Altera todo el orden en la sociedad. Interrumpe la obra del evangelio y el crecimiento de la obra misionera cristiana. En suma, las guerras son un mal inmenso e incalculable, y todo el que ora debiera clamar noche y día: "Danos paz en nuestro tiempo". Pero hay una guerra que es enfáticamente "buena", una batalla en la que no hay ningún mal. Esa guerra es la guerra cristiana. Esa batalla es la batalla del alma.

Ahora bien, ¿por qué razones es la lucha cristiana una "buena batalla"? Examinemos este tema y hagámoslo en orden. No me atrevo a pasar por alto este tema e ignorarlo. No quiero que nadie comience la vida del soldado cristiano sin calcular el costo. No dejaría de decirle a nadie que quiere ser santo y ver al Señor, que tiene que luchar y que la lucha cristiana, aunque es espiritual, es real e inexorable. Requiere valentía, audacia y perseverancia. Pero quiero que mis lectores sepan que hay aliento abundante, con tal de que comiencen la batalla. Las Escrituras no llaman a la lucha cristiana "una buena batalla" sin razón y causa. Trataré de mostrar lo que quiero significar.

(a) La batalla del cristiano es buena ***porque se libra bajo el mejor de los generales***. El Líder y Comandante de todos los creyentes es nuestro divino Salvador, el Señor Jesucristo, un

Salvador que tiene sabiduría perfecta, amor infinito y omnipotencia. El Capitán de nuestra salvación nunca falla en llevar a sus soldados a la victoria. En ningún momento usa estrategias inútiles, nunca se equivoca en sus criterios y jamás comete un error. Sus ojos están sobre todos sus seguidores, desde el más grande hasta el más pequeño.

No olvida al más humilde siervo en su ejército. Cuida, recuerda y guarda para salvación al más débil. Las almas que ha comprado y redimido con su propia sangre son demasiado preciosas para ser malgastadas y descartadas. ¡Esto sí que es bueno!

(b) La batalla del cristiano es buena ***porque se libra con la mejor de las ayudas***. Por más débil que sea el creyente, el Espíritu Santo mora en él y su cuerpo es el templo del Espíritu Santo. Escogido por Dios el Padre, lavado en la sangre del Hijo, renovado por el Espíritu, no va a la batalla bajo su propia responsabilidad y nunca está solo. Dios el Espíritu Santo le enseña, dirige, guía y conduce cada día. Dios el Padre lo guarda con su poder divino. Dios el Hijo intercede por él a cada momento, como Moisés en el monte, mientras estaba peleando en el valle. ¡Una cuerda triple como esta nunca puede romperse! Sus provisiones y pertrechos diarios nunca fallan. Su comisariado nunca es defectuoso. Su pan y su agua son cosas seguras. ¡Por más débil que parezca y aunque se considere a sí mismo como un gusano, es fuerte en el Señor para hacer grandes cosas! ¡Esto sí que es bueno!

(c) La batalla del cristiano es buena ***porque se libra con la mejor de las promesas***. Cada creyente cuenta con grandísimas y preciosas promesas —todas Sí y Amén en Cristo—, promesas que serán cumplidas indefectiblemente porque el que prometió no puede mentir y tiene el poder, al igual que la voluntad, de cumplir su palabra. “El pecado no se enseñoreará de vosotros”. “Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies”. “El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de

Jesucristo". "Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán". "No perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano". "Al que a mí viene, no le echo fuera". "No te desampararé, ni te dejaré". "Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida,… ni lo presente, ni lo por venir,… nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 6:14; 16:20;

Fil. 1:6; Is. 43:2; Jn. 10:28; 6:37; He. 13:5;
Ro. 8:38-39). ¡Palabras como éstas valen su peso en oro! ¿Quién no sabe que la promesa de que vendrían refuerzos alegró a los defensores de ciudades sitiadas, como Lucknow, y dio fuerzas más allá de las normales? ¿Acaso no hemos oído que la promesa de "refuerzos antes del anochecer" tuvo mucho que ver con la poderosa victoria de Waterloo? No obstante, promesas como éstas no son nada comparadas con el rico tesoro del creyente: Las promesas eternas de Dios. ¡Esto sí que es bueno!

(d) La batalla del cristiano es buena ***porque se libra con el mejor de los desenlaces y resultados***. Es, indudablemente, una guerra en la que hay tremendas batallas y angustiosos conflictos, heridas, moretones, desvelos, ayunos y fatigas. Aun así, todos los creyentes, sin excepción, pueden decir: "Somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó" (Ro. 8:37). Ningún soldado cristiano jamás se pierde, desaparece ni es dejado por muerto en el campo de batalla. No habrá que llorar por él, ni se derramará nunca una sola lágrima por el soldado raso ni por un oficial del ejército de Cristo. Cuando llegue la noche, el mismo llamado a presentar armas será exactamente igual al que se hizo en la mañana. Las fuerzas inglesas marcharon desde Londres a la campaña de Crimea como un cuerpo magnífico de hombres; pero muchos valientes perdieron su vida y nunca volvieron a ver la ciudad de Londres. Muy distinta será la llegada del ejército cristiano a "la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios" (He. 11:10). No faltará ni uno. Las palabras de

nuestro gran Capitán darán prueba de ser ciertas: "De los que me diste, no perdí ninguno" (Jn. 18:9). ¡Esto sí que es bueno!

(e) La batalla del cristiano es buena ***porque le hace bien al alma del que la libra***. Todas las demás guerras tienen una tendencia mala, degradante y desmoralizadora. Exteriorizan las peores pasiones de la mente humana. Endurecen la conciencia y carcomen los fundamentos de la fe cristiana y la moralidad.

Sólo la guerra cristiana tiende a recurrir a las mejores características que le quedan al hombre. Promueve humildad y caridad, reduce el egoísmo y la mundanalidad e induce a los hombres a poner sus afectos en las cosas de arriba. Nunca se ha oído de ancianos, enfermos y moribundos que se arrepintieran de librar las batallas de Cristo contra el pecado, el mundo y el diablo. Sólo se lamentan de no haber empezado a servir a Cristo mucho antes. La experiencia de aquel destacado santo, Philip Henry, no es la única. En sus últimos días le dijo a su familia: "Quiero que todos ustedes hagan constar que la vida vivida al servicio de Cristo es la vida más feliz que el hombre puede tener en el mundo". ¡Esto sí que es bueno!

(f) La batalla del cristiano es buena ***porque le hace bien al mundo***. El resto de las guerras tienen efectos devastadores, son horrorosas y perjudiciales. La marcha de un ejército por un país es un flagelo terrible para los habitantes. Dondequiera que va empobrece, debilita y causa daño. La acompañan invariablemente daños a personas, propiedades, sentimientos y a los valores morales. Muy distintos son los efectos producidos por la batalla de soldados cristianos. Dondequiera que ellos vivan son de bendición. Elevan el nivel de la fe cristiana y la moralidad. Invariablemente mantienen bajo control al alcoholismo, la falta de respeto al Día del Señor, el libertinaje y la deshonestidad. Aun sus enemigos se ven obligados a respetarlos. Dondequiera que uno vaya, raramente verá que los cuarteles y acantonamientos militares le hacen bien al vecindario. Pero dondequiera que sea, ¡encontrará que la presencia de algunos pocos

cristianos es una bendición! ¡Esto sí que es bueno!

(g) Por último, la batalla del cristiano es buena ***porque termina en una recompensa gloriosa para todos los que la libran***. ¿Quién puede decir cuánto pagará Cristo a todo su pueblo fiel? ¿Quién puede calcular las cosas buenas que nuestro Capitán divino tiene reservadas para aquellos que lo confiesan ante los hombres? Una nación agradecida puede darle a sus guerreros victoriosos medallas,

pensiones, reconocimientos, honores y títulos. Pero no puede darles nada que dure para siempre, nada que puedan llevar más allá de la tumba. Aun los más excelsos palacios pueden ser disfrutados sólo por algunos años. Los generales y soldados más valientes tendrán que descender un día para presentarse ante el rey de los terrores. Mejor, mucho mejor es la posición del que pelea bajo el estandarte de Cristo contra el pecado, el mundo y el diablo. Puede ser que no reciba elogios en vida y quizá algunos pocos al ser sepultado, pero tendrá algo que es mucho mejor, mucho más durable. Tendrá "la corona incorruptible de gloria" (1 P. 5:4).
¡Esto sí que es bueno!

Grabemos en nuestra mente que la batalla cristiana es una lucha buena, verdaderamente buena, totalmente buena y enfáticamente buena. Ahora la vemos sólo en parte. Vemos batallas, pero no el final; vemos la campaña, pero no la recompensa; vemos la cruz, pero no la corona. Vemos unos pocos humildes, quebrantados de corazón y penitentes soportando sufrimientos y despreciados por el mundo, pero no vemos la mano de Dios sobre ellos, el rostro de Dios sonriéndoles, el reino de gloria preparado para ellos. Estas cosas todavía tienen que ser reveladas. No juzguemos por las apariencias. Hay muchas más cosas buenas como resultado de la guerra cristiana que las que podemos ver.

Aplicación práctica

Ahora concluyo todo mi tema con unas pocas palabras de aplicación práctica. Nos toca vivir en una época cuando el mundo

parece estar pensando solamente en batallas y en pelear.

La guerra entre humanos está entrando en el alma de más de una nación y, consecuentemente, la alegría ha desaparecido de muchas regiones. En tiempos como estos, el pastor puede, con conocimiento de causa, llamar a los creyentes a recordar su guerra espiritual. Agregaré unas pocas palabras finales acerca de la gran batalla del alma.

(1) Puede ser que usted ***esté luchando duro por recibir las recompensas de este mundo***.

Quizá esté dando todas sus fuerzas a obtener dinero, o una posición, o poder o placer. Si ese es su caso, tenga cuidado. Su siembra dará como fruto una cosecha de amarga desilusión. A menos que preste atención a lo que está haciendo, le pasará lo que dice el profeta: "en dolor seréis sepultados" (Is. 50:11).

Miles de personas han andado por la misma senda en la que está andando usted y han despertado demasiado tarde a la realidad de que su final era una ruina lamentable y eterna. Han luchado duro para obtener riquezas, honra, una posición y alguna promoción, y le han dado la espalda a Dios, a Cristo y al cielo en el mundo venidero. ¿Y cuál ha sido su final? Con frecuencia, de hecho con demasiada frecuencia, han descubierto que toda su vida fue un gran error. Han aprendido por amarga experiencia los sentimientos del estadista moribundo que exclamó en sus últimas horas: "La batalla ha sido librada: La batalla ha sido librada: Pero no se ha conquistado la victoria".

Para su propia felicidad, decida hoy ponerse del lado del Señor. Líbrese de su indiferencia e incredulidad del pasado. Deje los caminos de un mundo insensato e irracional. Tome la cruz y conviértase en un buen soldado de Cristo. "Pelee la buena batalla de la fe" para poder ser feliz, además de vivir seguro.

Piense lo que los hijos de este mundo hacen a menudo para tener libertad, aun sin ningún principio religioso. Recuerde cómo los

griegos, romanos, suizos y tiroleses prefirieron perder todo, aun la vida misma, en lugar de someterse a un yugo extranjero. Sea este ejemplo de inspiración para imitarlos. Si los hombres pueden hacer tanto por una corona corruptible, ¡cuánto más debiéramos hacer nosotros por una incorruptible! Despertemos a un sentido de la desgracia de ser esclavo. Levantémonos y luchemos para tener vida, felicidad y libertad.

No tema empezar y ponerse bajo el estandarte de Cristo. El gran Capitán de nuestra salvación no rechaza a nadie que viene a él. Como David en la cueva de Adulán, él está listo para recibir a todos los que acudan a él, no importa lo indigno que se sientan. Nadie, si se arrepiente y cree, es demasiado malo para ser rechazado en el ejército de Cristo. Todos los que acuden a él por fe son aceptados, vestidos, armados, capacitados y, por último, conducidos a una victoria total. No tema empezar hoy mismo. Todavía hay lugar para usted.

No tenga miedo de luchar, una vez que se recluta. Cuanto más entregado y sincero de corazón sea como soldado, más tranquilo peleará en su guerra espiritual. Sin duda, tendrá problemas, cansancios y duras luchas antes de terminar su guerra. Pero no deje que ninguna de estas cosas lo sacudan. Más grande es el que está de su lado que los que están en su contra. La libertad eterna o cautividad eterna son las alternativas que tiene. Escoja la libertad y luche hasta el fin.

(2) ***Puede ser que ya sepa usted algo de la guerra cristiana*** y ya haya dado pruebas de ser un soldado. Si éste es su caso, acepte una palabra de consejo y aliento de un soldado hermano. Me hablaré a mí mismo tanto como a usted.

(a) Recordemos que si queremos pelear exitosamente tenemos que ponernos toda la armadura de Dios y no quitárnosla hasta morir. No podemos prescindir ni siquiera de una pieza de ella. El cinto de la verdad, la coraza de justicia, el escudo de la fe, el yelmo de la

salvación, la espada del Espíritu, todos estos pertrechos son absolutamente necesarios (Ef. 6:10-18). No podemos quitarnos ninguna parte de la armadura ni siquiera un día. Dijo bien aquel veterano del ejército de Cristo que murió hace 200 años: "Apareceremos en el cielo, no con nuestra armadura puesta, sino vestidos con mantos de gloria. Pero mientras estemos aquí tenemos que usar nuestras armas día y noche.

Tenemos que caminar, trabajar y dormir en ellas, si no, no somos verdaderos soldados de Cristo" (*Christian Armour* [Armadura cristiana], por Gurnall).

(b) Recordemos las palabras de un guerrero inspirado que fue a su descanso hace 1.800 años: "Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado" (2 Ti. 2:4). ¡No olvidemos nunca sus palabras!

(c) Recordemos que algunos parecían buenos soldados por un corto tiempo y hablaban mucho de lo que harían, pero se han retirado vergonzosamente en el día de batalla.

(d) Nunca olvidemos a Balaam, Judas, Demas y la esposa de Lot. Sea lo que seamos y por débiles que estemos, seamos reales, auténticos, verdaderos y sinceros.

(e) Recordemos que la mirada de nuestro amante Salvador está sobre nosotros de mañana, al mediodía y en la noche. Nunca nos dejará ser tentados más de lo que podamos resistir. Él puede sentir lo que sentimos en nuestras debilidades, pues él mismo fue tentado. Sabe cuáles son nuestras batallas y conflictos porque él mismo fue atacado por el Príncipe de este mundo. Teniendo semejante Sumo Sacerdote, Jesús, el Hijo de Dios, mantengámonos firmes en nuestra profesión (He. 4:14).

(f) Recordemos que miles de soldados ya han peleado la misma batalla que estamos peleando nosotros y que fueron victoriosos por medio de Aquel que los amó, vencieron por la sangre del Cordero, y nosotros también podemos hacerlo. El brazo de Cristo es tan fuerte

como siempre. El que salvó a hombres y mujeres que vivieron antes que nosotros, es el que nunca cambia. “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios”. Entonces, librémonos de nuestras dudas y temores. Seamos “imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas” y sumémonos a ellos (He. 7:25; 6:12).

(g) Por último, recordemos que el tiempo es corto y se acerca la venida del Señor. Unas cuantas batallas más, sonará la trompeta y el Príncipe vendrá para reinar en una tierra transformada. Unas pocas batallas y luchas más, y nos despediremos eternamente de la guerra, del pecado, del dolor y de la muerte. Luchemos hasta el fin y nunca nos demos por vencidos. Esto dice el Capitán de nuestra salvación: “El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo” (Ap. 21:7).

Concluiré con las palabras de John Bunyan en una de las partes más hermosas de *El progreso del peregrino* (*Segunda parte*). Está describiendo el final de unos de los mejores y más santos de los peregrinos:

“Luego se extendió el rumor de que Valiente-por-la-verdad había recibido un llamamiento por el mismo correo, y prenda de que el aviso era verdad, su cántaro se quebró junto a la fuente (Ec. 12:6). Comprendiendo esto, participólo a sus amigos. ‘Ahora, dijo ‘voy a casa de mi Padre, y aunque con mucha dificultad he llegado hasta aquí, ya no son los trabajos y molestias que el viaje me ha ocasionado. Dejo mi espada a aquel que me sucediere en la peregrinación, y mi valor y pericia a quien pueda lograrlos. Llevaré conmigo mis huellas y cicatrices para dar testimonio de que he peleado la batalla de Aquel que será ahora mi galardón’.

El día de su partida muchos le acompañaron a la ribera. Entrando en el río, exclamó: ‘¡Oh muerte! ¿Dónde está tu aguijón?’. Y luego, sumergiéndose en las aguas: ‘¡Oh sepulcro! ¿Dónde está tu

victoria? Con estos acentos de triunfo alcanzó la otra orilla, y fue recibido a son de trompeta".

¡Sea nuestro final este mismo! ¡No olvidemos nunca que sin luchar no puede haber santidad mientras vivamos, ni corona de gloria cuando muramos!

5. El costo

> *"¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo* que necesita para acabarla?". *Lucas 14:28*

Este versículo es de gran importancia. Son pocas las personas que no se sienten obligadas a preguntarse a menudo: "¿Cuánto cuesta?".

Al comprar una propiedad, construir un edificio, amueblar los cuartos, trazar planes, cambiar de casa, educar a los hijos, es sabio y prudente anticipar su costo. Muchos se ahorrarían gran dolor y sufrimiento si se acordaran de hacerse la pregunta: "¿Cuánto cuesta?".

Y hay una cuestión donde tiene especial importancia "calcular cuánto cuesta". Esa cuestión es la salvación de nuestras almas. ¿Qué cuesta ser un verdadero cristiano? ¿Qué cuesta ser realmente un hombre santo? Ésta, al fin y al cabo, es la gran pregunta. Por no darle ninguna consideración a esto, miles de personas, después de que parece que han empezado bien, se vuelven del camino al cielo y se pierden para siempre en el infierno. Compartiré algunas palabras que pueden arrojar luz sobre el asunto.

I. Mostraré, en primer lugar, *lo que cuesta* ser un verdadero cristiano.

II. En segundo lugar, explicaré *por qué es tan importante* calcular el costo.

III. Por último, daré *algunas pautas* que pueden ayudar a calcular el costo correctamente.

Vivimos en tiempos extraños. Los sucesos van pasando con singular rapidez. Nunca sabemos lo que nos depara un nuevo día; ¡mucho menos sabemos lo que puede suceder dentro de un año!

Vivimos en una época en la que hay mucha religiosidad. Centenares de cristianos activos en todas partes están expresando un anhelo por más santidad y una vida espiritual más elevada. No obstante, es más común ver a la gente recibir la Palabra con gozo y después de dos o tres años apartarse y volver a sus pecados. No consideraron "lo que cuesta" ser realmente un creyente congruente y un cristiano santo. Sin duda, estos son tiempos cuando deberíamos sentarnos con frecuencia a "calcular el costo" y considerar el estado de nuestras almas. Tiene que importarnos lo que somos. Si *anhelamos* ser realmente santos, es buena señal. Podemos dar gracias a Dios por poner ese anhelo en nuestros corazones. Pero aun así, *hay que calcular el costo.* No hay duda de que el camino de Cristo a la vida eterna, lleva a la felicidad. Pero es una necedad ignorar el hecho de que el camino de Cristo es angosto y que la cruz viene antes que la corona.

I. Lo que cuesta ser un verdadero cristiano

Primero, tengo que mostrar *lo que cuesta ser un verdadero cristiano*. No nos equivoquemos en el significado de lo que estoy diciendo. No estoy examinando el costo de salvar el alma de un cristiano. Sé muy bien que costó, nada menos que la sangre del Hijo de Dios, expiar los pecados y redimir al hombre del infierno. El precio pagado por nuestra redención fue demasiado alto: La muerte de Jesucristo en el Calvario. Hemos sido "comprados por precio"; Jesús "se dio a sí mismo en rescate por todos" (1 Co. 6:20;

1 Ti. 2:6). Pero nada de esto tiene que ver con la pregunta inicial. El punto que quiero considerar es otro completamente diferente. Se trata de a lo que el hombre tiene que estar *dispuesto a renunciar* si quiere ser salvo. Es la cantidad de sacrificio que el hombre tiene que hacer si su intención es servir a Cristo. Es en este sentido que hago la pregunta: "¿Cuánto cuesta?". Y creo firmemente que es una cuestión muy importante.

Admito sin problema que cuesta poco ser meramente un cristiano en lo exterior. Uno no tiene más que asistir a una iglesia dos veces los domingos y ser tolerablemente moral durante la semana para ser todo lo religioso que son miles de personas a su alrededor. Todo esto es barato y no requiere gran esfuerzo: No requiere nada de negarse a sí mismo ni sacrificarse. Si éste es el cristianismo salvador que nos llevará al cielo cuando muramos, tenemos que cambiar la descripción que hace la Biblia del camino de la vida y escribir: "¡Ancha es la puerta y amplio el camino que lleva al cielo!".

Pero de hecho, algo le cuesta al verdadero cristiano, según las normas de la Biblia. Hay enemigos que vencer, batallas que librar, sacrificios que hacer, un Egipto que dejar atrás, un desierto que cruzar, una cruz que cargar y una carrera que correr. La conversión no se trata de poner al convertido en un cómodo sillón y llevarlo sentado al cielo. Es el comienzo de una tremenda batalla, en la cual cuesta mucho obtener la victoria. De allí, la enorme importancia de "calcular el costo".

Trataré de mostrar, precisa y particularmente, lo que cuesta ser un verdadero cristiano. Supongamos que alguien tiene la disposición de servir a Cristo, se siente atraído por él y tiene una inclinación a seguirle. Supongamos que alguna enfermedad, una muerte súbita o un sermón ha conmovido su conciencia haciéndole sentir el valor de su alma y el deseo de ser un verdadero cristiano. Sin lugar a

dudas, hay múltiples motivos que animarían a ese alguien a ser un verdadero cristiano. Sus pecados pueden ser gratuitamente perdonados, sin importar cuántos sean o lo grandes que sean. Su corazón puede haber cambiado completamente, no importa lo frío y duro que era. Cristo y el Espíritu Santo, la misericordia y la gracia de Dios están listos para recibirlo. Pero aun así, debiera calcular el costo. Veamos detalladamente, una por una, las cosas que le costará.

(1) Para empezar, le costará su ***pretendida superioridad moral***. Tiene que despojarse de todo orgullo y soberbia, y de creerse bueno. Tiene que contentarse con ir al cielo como un pobre pecador salvo solo por gracia, dándole el mérito y la justicia a otro. Al decir las palabras del Libro de Oraciones, tiene que sentir que ha "errado y se ha apartado como una oveja perdida" y que ha "dejado sin hacer las cosas que debiera haber hecho y hace las cosas que no debiera haber hecho". Tiene que estar dispuesto a renunciar a la confianza que tiene en su propia moralidad y respetabilidad, a sus oraciones, lecturas bíblicas, su asistencia a la iglesia, a recibir los sacramentos y confiar exclusivamente en Jesucristo.

Esto puede parecerles difícil a algunos. No me sorprendería. "Señor", le dijo el piadoso labriego al conocido James Hervey de Weston Favelle: "Es más difícil renunciar al yo orgulloso que al yo pecaminoso. Pero es absolutamente necesario hacerlo". Pongamos este costo como el primero y más importante. Para ser un verdadero cristiano, al hombre le costará crucificar su pretendida superioridad moral.

(2) En segundo lugar, le costará al hombre ***sus pecados.*** Tiene que estar dispuesto a renunciar a cada hábito y práctica que es desagradable a los ojos de Dios. Tiene que darle la espalda al pecado, discutir con él, romper con él, luchar contra él, crucificarlo y esforzarse para vencerlo, no importa lo que diga o piense el mundo. Tiene que hacerlo sincera y totalmente. No puede hacer

las paces por separado con ningún pecado especial que ama. Tiene que considerar a *todos* sus pecados como sus enemigos mortales y aborrecer cada mal camino. Sean pequeñas o grandes, sean públicas o secretas, tiene que renunciar totalmente a todas sus transgresiones. Significará una batalla diaria y, a veces, casi lograrán enseñorearse sobre él. Pero nunca debe ceder. Tiene que mantener una guerra perpetua contra sus pecados. Escrito está: "Echad de vosotros todas vuestras transgresiones";

"tus pecados redime con justicia, y tus iniquidades"; "dejad de hacer lo malo" (Ez. 18:31; Dn. 4:27; Is. 1:16).

Esto suena difícil. No me extraña. A menudo queremos tanto a nuestros pecados como si fueran nuestros hijos: Los amamos, los abrazamos, nos aferramos a ellos y nos deleitamos en ellos. Separarnos de ellos es tan difícil como amputarse la mano derecha o sacarse el ojo derecho. Pero hay que hacerlo. Hay que despedirse de ellos. Aunque la maldad "endulzó en su boca, si lo ocultaba debajo de su lengua, si le parecía bien, y no lo dejaba, sino que lo detenía en su paladar", hay que renunciar a ellos (nuestros pecados), si queremos ser salvos (Job 20:12-13). El hombre y su pecado tienen que enemistarse si él y Dios han de ser amigos. Cristo está dispuesto a recibir a cualquier pecador. Pero no lo recibe si éste se aferra a sus pecados. Anotemos este segundo precio a nuestra cuenta. Ser cristiano le costará al hombre sus pecados.

(3) Además, le costará al hombre su ***amor por lo que resulta fácil***. Tiene que experimentar dolor y luchar si quiere desarrollar una carrera victoriosa al cielo. Tiene que velar y mantenerse en guardia cada día, como el soldado en el campo enemigo. Tiene que cuidar su comportamiento cada hora del día, con cada compañía y en cada lugar, en público, al igual que en privado, entre extraños, al igual que con los de casa. Tiene que vigilar su tiempo, su lengua, su carácter, sus pensamientos, su imaginación, sus motivaciones y su conducta en cada relación de su vida. Tiene que ser diligente en

orar, leer la Biblia, en lo que hace los domingos, con todos sus medios de gracia. Al prestar atención a estas cosas puede distar de alcanzar la perfección, pero no puede descuidar ninguna. "El alma del perezoso desea, y nada alcanza; mas el alma de los diligentes será prosperada" (Pr. 13:4).

Esto también suena duro. No haya nada que por naturaleza nos desagrade tanto como tener "problemas" relacionados con nuestra religión. Nos desagradan los conflictos.

Deseamos secretamente tener un cristianismo "vicario", lograr todo por medio del esfuerzo de terceros que hicieran todo en nuestro lugar. Cualquier cosa que requiera esfuerzo y trabajo, es contraria a nuestra naturaleza. Pero para el alma "no hay ganancias sin sacrificios". Anotemos este tercer costo a nuestra cuenta. Ser cristiano le costará al hombre su amor por lo que resulta fácil.

(4) Por último, le costará al hombre ***la amistad con el mundo.*** Si quiere agradar a Dios tiene que estar contento, aunque los demás piensen mal de él. No debe extrañarse que se burlen de él, que lo ridiculicen, lo calumnien, lo persigan y, aun, lo aborrezcan. No tiene que sorprenderse de encontrar que sus opiniones y sus prácticas religiosas son despreciadas y motivo de burlas. Tiene que aceptar que muchos lo crean tonto, exagerado y fanático —que perviertan sus palabras y malinterpreten sus acciones—. De hecho, no tiene que sorprenderse si algunos lo llaman loco. El Maestro dijo: "Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra" (Jn. 15:20).

Me atrevo a decir que esto también suena difícil. Por naturaleza nos desagradan los tratos injustos y las acusaciones falsas, y nos es muy difícil ser acusados sin causa. No seríamos de carne y hueso si no deseáramos que nuestros prójimos tuvieran una buena opinión de nosotros. Es siempre desagradable que hablen en nuestra contra y nos abandonen, que mientan acerca de nosotros y que tengamos

que estar solos. Pero esto no se puede evitar. La copa que nuestro Maestro bebió tiene que ser bebida por sus discípulos. Tienen que ser "despreciado y desechado entre los hombres" (Is. 53:3). Anotemos este cuarto costo a nuestra cuenta. Ser cristiano le costará al hombre la amistad con el mundo.

Todo eso es lo que cuesta ser un verdadero cristiano. Admito que la lista es pesada. ¿Dónde hay un elemento de los anteriores que puede ser quitado?

Audaz es el hombre que se atreve a decir que podemos conservar nuestra pretendida superioridad, nuestros pecados, nuestra pereza y nuestro amor por el mundo, ¡y, aun así, ser salvos!

Admito que cuesta mucho ser un verdadero cristiano. ¿Pero quién en sus cabales puede dudar de que cualquier costo vale la pena para salvar su alma? Cuando un barco está en peligro de hundirse, a los tripulantes no les importa tirar por la borda su valioso cargamento. Cuando un brazo o una pierna está infectada, el hombre se somete a una cirugía y, aun, a una amputación si hacerlo significa salvarle la vida. Igualmente, el cristiano debe estar dispuesto a renunciar a lo que sea que se interpone entre él y el cielo. ¡La vida espiritual que nada cuesta, nada vale! Un cristianismo barato, sin una cruz, probará ser al final, un cristianismo inútil, sin ninguna corona.

II. La importancia de "calcular el costo"

Quiero ahora, en segundo lugar, explicar *por qué "calcular el costo" es de tanta importancia para el alma del hombre*. Podría fácilmente resolver esta cuestión enunciando el principio de que ningún deber ordenado por Cristo puede alguna vez ser descuidado sin sufrir algún daño. Podría mostrar cuántos cierran los ojos durante toda la vida a la naturaleza de la fe que salva y se niegan a considerar lo que realmente cuesta ser cristiano. Podría describir esas escenas en las que, al final, cuando ya se les está escapando la vida,

despiertan y hacen unos pocos esfuerzos espasmódicos por volver a Dios. Podría decir cuántos, para su sorpresa, descubren que el arrepentimiento y la conversión no son asuntos tan fáciles como suponían, y que cuesta "una gran suma" ser un verdadero cristiano. ¡Descubren que el hábito del orgullo, la indulgencia pecaminosa, el amor por lo que resulta fácil y la mundanalidad no son tan fáciles de abandonar como habían imaginado! ¡Y entonces, después de un esfuerzo débil, se dan por vencidos y parten del mundo sin esperanza, sin la gracia y sin ser aptos para encontrarse con Dios!

Viven engañados toda la vida pensando que la fe cristiana sería algo fácil cuando se decidieran a tomarla en serio. Pero se les abren los ojos demasiado tarde y descubren, por primera vez, que están arruinados porque nunca "calcularon el costo".

Los que necesitan ser exhortados a "calcular el costo"

Pero existe una clase de personas en especial, a la que quiero hablar sobre esta parte de mi tema. Es una clase numerosa, que va en aumento y que en estos días está en inminente peligro. Diré algunas palabras para tratar de describirla. Merece nuestra cuidadosa atención.

Las personas a las que me refiero no son indiferentes a la religión: Piensan mucho en ella. No son ignorantes en cuanto a la religión, la conocen bastante bien. Pero su gran defecto es que no están "arraigados y afirmados" en su fe. Sucede con demasiada frecuencia que han adquirido su conocimiento de segunda mano, ya sea de sus familiares o porque les enseñaron religión, pero nunca se han ocupado de su propia experiencia interior. Sucede con demasiada frecuencia que han hecho una profesión de fe presionados por las circunstancias, por la emoción de sus sentimientos, por un entusiasmo animal o por un deseo fortuito de hacer lo mismo que hacen los demás, sin que haya una obra fehaciente de la gracia en sus corazones. Las personas así se encuentran en una posición inmensamente peligrosa. Son precisamente ellas, si es que valen de

algo los ejemplos bíblicos, las que necesitan la exhortación a "calcular el costo".

Por no "calcular el costo", *incontables hijos de Israel* murieron miserablemente en el desierto entre Egipto y Canaán. Dejaron Egipto llenos de entusiasmo y fervor, como si nada pudiera detenerlos. Sin embargo, cuando encontraron peligros y dificultades en el camino, su aparente valentía pronto desapareció. Nunca se detuvieron a pensar en las dificultades. Pensaron que llegarían a la tierra prometida en unos pocos días.

Pero cuando los enemigos, las privaciones, el hambre y la sed empezaron a probarlos, murmuraron contra Moisés, contra Dios y hubieran preferido volver a Egipto. En una palabra, no habían "calculado el costo" por lo que perdieron todo y murieron en sus pecados.

Por no "calcular el costo", *muchos de los oyentes de nuestro Señor Jesucristo* después de un tiempo se apartaron y "ya no andaban con él" (Jn. 6:66). Cuando al principio veían sus milagros y escuchaban su predicación, pensaban que "el reino de Dios aparecería inmediatamente". Se sumaron a sus apóstoles y lo siguieron sin pensar en las consecuencias. Pero cuando descubrieron que había doctrinas difíciles que creer, trabajo difícil que hacer y persecuciones que sufrir, su aparente fe desapareció inmediatamente y quedó en la nada. En una palabra, no habían "calculado el costo" y, consecuentemente, "naufragaron en cuanto a la fe algunos" (1 Ti. 1:19).

Por no "calcular el costo", el *Rey Herodes* volvió a sus antiguos pecados y destruyó su alma. Le gustaba oír predicar a Juan el Bautista. Lo "observaba" y honraba como un hombre justo y santo. Hasta hacía "muchas cosas" que eran correctas y buenas. Pero cuando se vio obligado a enfrentar el hecho de tener que renunciar a su querida Herodías, apostató de la fe. No había contado con esto. No había "calculado el costo" (Mr. 6:20).

Por no "calcular el costo", *Demas* dejó a Pablo, dejó el evangelio, dejó a Cristo y renunció al cielo. Por mucho tiempo viajó con el gran apóstol de los gentiles y, de hecho, fue su "colaborador". Pero cuando descubrió que no podía ser amigo de este mundo y al mismo tiempo ser amigo de Dios, renunció a su cristianismo y se dio al mundo. "Demas me ha desamparado", dijo Pablo, "amando este mundo" (2 Ti. 4:10). Obviamente, no había "calculado el costo".

Por no "calcular el costo", los que escuchan a *poderosos predicadores evangélicos,* a menudo sufren un final desventurado.

Se conmueven y emocionan tanto que profesan lo que realmente no experimentan. Reciben la Palabra "gozosos" con tanta extravagancia que casi asustan a los viejos cristianos. Trabajan por un tiempo con tanta consagración y fervor que parece que van a sobrepasar a los demás. Hablan y trabajan con objetivos espirituales con tanto entusiasmo que hasta pueden avergonzar a los cristianos que ya tienen más tiempo en la iglesia. Pero cuando la novedad y la frescura de sus sentimientos han pasado, cambian totalmente. Dan prueba de haber sido terreno pedregoso. Son exactamente lo que describe el gran Maestro en la Parábola del Sembrador. "Al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza" (Mt. 13:21). Poco a poco su efímera consagración se esfuma y su amor se enfría. Tarde o temprano los asientos que ocupaban en los cultos están vacíos y, ni siquiera, son mencionados entre los cristianos. ¿Por qué? Porque nunca "calcularon el costo".

Por no "calcular el costo", *centenares de personas que han hecho profesión de fe* como fruto de "avivamientos religiosos", vuelven al mundo después de un tiempo y hacen quedar mal a la fe cristiana. Comienzan con una noción lamentablemente equivocada de lo que es el verdadero cristianismo. Se imaginan que no consiste de otra cosa más que levantar la mano cuando el predicador hace la invitación a "venir a Cristo" y sentir profundamente gozo y paz interior. Y entonces, después de un tiempo, cuando se enteran de que existe

una cruz que hay cargar, que nuestros corazones son engañosos y que hay un diablo ocupado siempre cerca de nosotros, se enfrían disgustados y vuelven a sus pecados de antes.

¿Y por qué? Porque nunca supieron realmente de qué se trataba el verdadero cristianismo. Nunca aprendieron que tenemos que "calcular el costo"[1].

[1] Lamentaría mucho si el lenguaje que acabo de usar acerca de los avivamientos se malentendiera.

Para prevenirlo presentaré algunos comentarios para aclarar lo que quiero decir.

Nadie puede estar más profundamente agradecido que yo por los avivamientos auténticos en la fe cristiana. Dondequiera que sucedan y por los medios que sean les deseo de toco corazón que Dios los bendiga. "Si Cristo es predicado", me regocijo, cualesquiera que sean los predicadores. Si las almas son salvadas, me regocijo, cualquiera que sea la denominación de la iglesia donde se presenta la Palabra de vida.

Pero es una triste realidad que en un mundo como éste, no se puede tener lo bueno sin lo malo. No vacilo en decir que una de las consecuencias del movimiento de avivamiento ha sido la aparición de un sistema teológico que me siento obligado a llamar defectuoso y malicioso, en extremo.

La característica principal del sistema teológico al que me refiero, es éste: Una exageración extravagante y desproporcionada de tres puntos de la religión, a saber: La conversión instantánea, la invitación a pecadores inconversos a venir a Cristo y la posesión de un gozo y paz interior como prueba de la conversión. Repito que estos tres grandes puntos (pues grandes son), incesantemente alcanzan algún público, exclusivamente en algunos sectores, donde causa grandes perjuicios.

La conversión instantánea, sin duda, debe ser algo para insistirle a la gente. Pero las personas no deben ser llevadas a suponer que no hay otra manera de convertirse y que, a menos que Dios las convierta súbita y poderosamente, no están convertidas.

El *deber de venir inmediatamente a Cristo,* "tal como somos", es algo que hay que insistirles a todos los oyentes. Es la piedra fundamental de la predicación del evangelio. Pero, de hecho, no se les debe decir que se arrepientan, al igual que crean. Hay que decirles por qué deben venir a Cristo, para qué venir y de dónde surge su necesidad de hacerlo.

La *proximidad de paz y consuelo en Cristo* debe ser proclamada a los hombres. Pero, de hecho, se les debe enseñar también que tener grandes manifestaciones de gozo y entusiasmo exagerado no es esencial en la justificación y que puede haber fe y paz auténtica sin sentimientos tan eufóricos. El gozo solo no es evidencia segura de la gracia.

Los defectos del sistema teológico que tengo en mente son estos: (1) La obra del Espíritu Santo en la conversión de pecadores se confina demasiado a un solo método. No todos los conversos verdaderos se convierten instantáneamente como Saulo y el carcelero de Filipo. (2) No se instruye suficientemente a los pecadores acerca de la santidad de la ley de Dios, la

profundidad de sus pecados y la verdadera culpabilidad del pecado. Estar diciéndole incesantemente al pecador que "venga a Cristo" es de poco provecho, a menos que se le diga por qué necesita venir y se le muestren claramente sus pecados. (3) No se explica suficientemente qué es la fe. En algunos casos se les enseña que fe es solo sentir. ¡A otros se les enseña que si creen que Cristo murió por los pecadores tienen fe! ¡Decir eso es decir que también los demonios son creyentes! (4) Poseer gozo y

seguridad interior es predicado como esencial. No obstante, la seguridad no es la esencia de una fe salvadora. Puede haber fe cuando no hay seguridad. Insistir que todos los creyentes se "regocijen" en cuanto creen, es sumamente peligroso. Estoy seguro de que algunos se regocijarán sin creer, mientras que otros que creen no podrán regocijarse inmediatamente. (5) Por último, pero no por eso menos importante, demasiadas veces se pasa por alto la soberanía de Dios en salvar a pecadores y la absoluta necesidad de una gracia ordenada de antemano. Muchos hablan como si las conversiones se pudieran fabricar cuando el hombre quiere y como si no hubiera una prueba como ésta: "Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" (Ro. 9:16).

Estoy convencido de que es muy grande el daño que hace este sistema teológico al cual me refiero. Por una parte, a muchos cristianos humildes se les presiona tanto que los acobardan.

Por no "calcular el costo", los *hijos de padres cristianos,* a menudo terminan mal y avergüenzan al cristianismo. Familiarizados desde sus primeros años con la forma y la teoría del evangelio, enseñados desde la infancia a decir de memoria los textos principales, acostumbrados a recibir enseñanzas acerca del evangelio o a enseñar a otros en la Escuela Dominical, se crían profesando una religión sin saber por qué y sin haber pensado seriamente en ella. Y entonces, cuando la realidad de la vida adulta empieza a presionarlos, a menudo sorprenden a todos cuando abandonan toda su fe evangélica y se pierden en el mundo. ¿Y por qué? Nunca comprendieron totalmente los sacrificios que implica ser cristiano. Nunca les enseñaron a "calcular el costo".

Creen que no son objeto de gracia porque no pueden alcanzar los niveles y sentimientos superiores que tanto se les insiste que alcancen. Por otro lado, muchas personas, que no son objeto de la gracia, porque les hacen pensar equivocadamente que están "convertidos" y por la presión de una emoción carnal y sentimientos temporales, son conducidos a profesarse cristianos. Y, mientras tanto, los insensatos e impíos observan con desprecio y encuentran nuevas razones para hacerle caso omiso a la fe evangélica.

Los antídotos para este estado de cosas son simples y pocos. (1) "Sean enseñados todos los consejos de Dios". Esa es la proporción bíblica: No dejando que dos o tres doctrinas preciosas del evangelio le hagan sombra a todas las demás verdades. (2) El arrepentimiento sea enseñado en su totalidad, al igual que la fe, y no confiar en los antecedentes. El Señor Jesucristo y San Pablo siempre enseñaban ambos. (3) Sea enunciada y admitida la variedad de las obras del Espíritu Santo y, aunque se les recalque a los hombres la conversión instantánea, que no se enseñe como una necesidad. (4) Sean advertidos claramente los que profesan haber encontrado una paz incuestionable, que se pongan a prueba y que recuerden que sentimiento no es fe. El Señor Jesús dijo: "Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos". Esa es la gran prueba de la fe auténtica (Jn. 8:31). (5) Sea el gran deber de "calcular el costo", algo que se les insista constantemente a los que se disponen a hacer una profesión de fe y que se les diga, sincera y claramente, que hay guerra, al igual que paz, una cruz, al igual que una corona en la obra del Señor. Estoy seguro de que lo que más hay que temer en la religión es esa emoción malsana porque, a menudo, termina en una reacción fatal que arruina el alma y resulta en una absoluta falta de vida.
Y cuando las multitudes caen súbitamente bajo el poder de sensaciones religiosas, es casi seguro que a esto le sigue una excitación malsana.

No tengo mucha confianza en la validez de conversiones que suceden en masa y al por mayor. No me parece que esté en armonía con los tratos generales de Dios en esta dispensación. Me parece que el plan común de Dios es llamar a los individuos uno por uno. Por eso, cuando escucho que se han convertido gran número de personas, súbitamente y todos de una vez, lo tomo con menos esperanza que algunos. Los éxitos más sanos y más permanentes en los campos misioneros no han sido aquellos en que los naturales del lugar se "hacen cristianos" en masa. La obra más satisfactoria y firme aquí no siempre me parece ser la obra realizada en "campañas de evangelización".

Hay dos pasajes en las Escrituras que me gustaría ver que los que predican el evangelio y, especialmente los que tienen algo que ver con reuniones de evangelización, explicaran con frecuencia y exhaustivamente. Uno es el pasaje de la parábola de sembrador. Esa parábola no aparece tres veces sin buena razón y significado profundo. El otro pasaje es la enseñanza de nuestro Señor acerca de "calcular el costo" y las palabras que dijo a las "grandes multitudes" cuando lo seguían. No, Él veía lo que ellos necesitaban. Les dijo que estuvieran quietos y "calcularan el costo" (Lc. 14:25, etc.). No estoy seguro de que algunos predicadores modernos hayan tomado este curso de acción.

Éstas son verdades serias y dolorosas. Pero al fin de cuentas, son

verdad. Todas ayudan a mostrar la importancia inmensa del tema que estoy considerando. Todas destacan la necesidad absoluta de insistir sobre este tema a todos los que anhelan santidad y de exclamar en todas las iglesias: *"¡Calculen el costo!"*.

Me atrevo a decir que sería bueno que se enseñara con más frecuencia de lo que se enseña, la obligación de "calcular el costo" de seguir a Cristo. Actuar con apuro e impaciencia es la orden del día para muchos que pretenden ser religiosos. Las conversiones instantáneas y una paz razonable inmediata parecen ser los únicos resultados que quieren obtener del evangelio. Comparados con estos, todo lo demás queda a la sombra. Obtenerlas es, aparentemente, el gran fin y objetivo de sus obras. Digo sin vacilar que este modo intrascendente y parcial de enseñar el cristianismo es extremadamente malicioso.

Nadie se equivoque sobre lo que digo. Apruebo totalmente que se ofrezca a los hombres una salvación en Cristo total, inmediata, presente y gratuita. Apruebo totalmente que se le insista al hombre sobre la posibilidad y el deber de una conversión inmediata y al instante. No cuestiono a nadie con respecto a esto. Pero lo que sí digo es que estas verdades no deben ser presentadas sin esencia, aisladas y como únicas. Tienen que presentarse diciendo sinceramente lo que están aceptando, si profesan el deseo de salir del mundo y servir a Cristo. Las personas no deben ser presionadas a sumarse a las filas de las huestes de Cristo sin haberles dicho lo que implica la guerra. En una palabra, se les debe decir sinceramente que *"calculen el costo"*.

La práctica de "calcular el costo"

¿Se pregunta alguno cuál fue la práctica de Jesús en este asunto? Lea esta descripción de Lucas. Nos dice que en cierta ocasión: "Grandes multitudes iban con él; y volviéndose, les dijo: Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos,

y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede

ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo" (Lc. 14:25-27). Me es necesario decir directamente que no puedo reconciliar este pasaje con los procedimientos de muchos maestros religiosos modernos. Y esto, a pesar de que la doctrina referente a esta cuestión es clara como el sol en su cenit. Nos muestra que no debemos apurar a los hombres para que profesen ser discípulos, sin advertirles claramente que "*calculen el costo"*.

¿Se pregunta alguno cuál ha sido la práctica de los mejores y más insignes predicadores del evangelio en el pasado? Me atrevo a decir que todos, a una, dan testimonio de la sabiduría con que el Señor trató con las multitudes a las cuales me acabo de referir. Lutero, Latimer, Baxter, Wesley, Whitefield, Berridge y Rowland Hill estaban profundamente conscientes de lo engañoso que es el corazón del hombre. Sabían perfectamente que no todo lo que brilla es oro, que convicción no es conversión, que emoción no es fe, que sentimiento no es gracia y que todo lo que florece no llega a ser fruto. "No seáis engañados", era el clamor constante de los predicadores de antaño. (Dt. 11:16; Lc. 21:8). "Considera bien lo que haces. No corras antes de que seas llamado. *Calcula el costo"*.

Si queremos hacer las cosas bien, nunca nos avergoncemos de seguir los pasos de nuestro Señor Jesucristo. Trabajemos intensamente en pro de las almas de otros, si queremos y si tenemos la oportunidad. Instémosles a considerar sus caminos. Constriñámosles con santa intensidad a venir, a dejar sus armas y a entregarse a Dios (Mt. 11:12). Ofrezcámosles salvación, una salvación inmediata, lista, gratuita y plena. Mostrémosles a Cristo y todos los beneficios que tendrán cuando lo acepten. Pero en todo lo que hagamos, digamos la verdad y toda la verdad. No nos rebajemos a usar los ardides vulgares de un sargento recluta. No hablemos sólo del uniforme, la paga y la gloria; hablemos también de los enemigos, la batalla, la armadura, la necesidad de velar,

las marchas y las prácticas. No presentemos sólo un lado del cristianismo. No dejemos de hablar de "la cruz", en la que murió Cristo por nuestra redención. Incluyamos la importancia de negarse a sí mismo; cuando hablemos de la cruz expliquemos todo lo que implica el cristianismo. Instemos a los hombres a que se arrepientan y acudan a Cristo; pidámosles, a la vez, que "calculen el costo".

III. Cómo "calcular el costo" correctamente

Lo tercero y último que me propongo hacer es *dar algunas pautas que pueden ayudar a "calcular el costo" correctamente*. Por cierto que me lamentaría si no dijera algo de este aspecto de mi tema. No tengo ningún deseo de desalentar ni desanimar a nadie con respecto al servicio para Cristo. Es el deseo de mi corazón animar a todos a marchar adelante y tomar su cruz. "Calculemos el costo", todo el costo y calculemos con cuidado. Recordemos que si calculamos correctamente y entendemos todo lo que involucra, no habrá nada que nos asuste.

Existen algunas cosas que las personas siempre deben incluir al calcular lo que cuesta el verdadero cristianismo. Determine sincera y ecuánimemente lo que tendrá que dejar atrás y por lo que debe pasar para llegar a ser un discípulo de Cristo. No deje nada afuera. Anótelo todo. Pero luego, anote a su lado las siguientes sumas que le voy a dar. Hágalo, limpia y correctamente, y no tendrá que temer del resultado.

(a) Cuente y compare, para empezar, ***las ganancias y las pérdidas***, si quiere llegar a ser un cristiano santo y auténtico. Es posible que pierda algo en este mundo, pero ganará la salvación de su alma inmortal. Está escrito: "¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?" (Mr. 8:36).

(b) Cuente y compare, además, ***las alabanzas y las acusaciones***, si quiere ser un cristiano santo y auténtico.

Es muy posible que los hombres lo acusen, pero tendrá la alabanza de Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. Las acusaciones vendrán de algunos hombres y mujeres falibles, ciegos y errados. Las alabanzas vendrán del Rey de reyes, y Juez de toda la tierra. Aquellos a quienes él bendice, son realmente bendecidos. Está escrito "Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos" (Mt. 5:11,12).

(c) Cuente y compare también los ***amigos y los enemigos***, si quiere ser un cristiano santo y auténtico. Por un lado, tiene la enemistad del diablo y de los impíos. Por el otro, tiene el favor y la amistad del Señor Jesucristo. Sus enemigos, en el peor de los casos, sólo pueden herir su calcañar. Pueden enfurecerse e ir por mar y tierra para causar su ruina, pero no lo pueden destruir. Su Amigo puede salvar perpetuamente a los que vienen a Dios por medio de Cristo. Nadie jamás le quitará de sus manos a una de sus ovejas. Escrito está: "Mas os digo, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer. Pero os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed" (Lc. 12:4, 5).

(d) Cuente y compare ***la vida presente y la vida venidera***, si quiere ser un cristiano santo y auténtico. No hay duda que el tiempo presente no es precisamente fácil. Es un tiempo de velar y orar, luchar y batallar, creer y trabajar. Pero dura sólo unos pocos años. El tiempo futuro será de descanso y refrigerio. El pecado será echado fuera. Satanás será amarrado. Y lo mejor de todo es que será de descanso eterno. Está escrito: "Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales,

pero las que no se ven son eternas" (2 Co. 4:17, 18).

(e) Cuente y compare los ***placeres del pecado y la felicidad de servir a Dios***, si quiere ser un cristiano santo y auténtico. Los placeres que el hombre mundano obtiene por lo que hace, son vacíos, irreales e insatisfactorios. Son como el estrépito de los espinos en el fuego: Chisporroteos excitantes por unos minutos, que luego se apagan para siempre. La felicidad que Cristo da a su pueblo es algo sólido, duradero y sustancial. No depende de la salud ni de las circunstancias. Nunca abandona al hombre, ni siquiera en la muerte. Termina en una corona de gloria que no se desvanece. Está escrito: "Que la alegría de los malos es breve". "La risa del necio es como el estrépito de los espinos debajo de la olla" (Job 20:5; Ec. 7:6). Pero también está escrito: "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo" (Jn. 14:27).

(f) Cuente y compare ***las aflicciones que incluye el verdadero cristianismo y las aflicciones que les espera a los malos más allá del sepulcro***. Admitamos por un momento que la lectura bíblica, la oración, el arrepentimiento, creer y vivir una vida santa requieren sacrificios y negarse a sí mismo. Esto no es nada comparado con la "ira que vendrá" reservada para el impenitente y el incrédulo. Un solo día en el infierno es peor que una vida entera llevando la cruz. "El gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga" (Is. 66:24; Mr. 9:44-48), son cosas que sobrepasan a lo que el hombre puede concebir o describir totalmente. Está escrito: "Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado" (Lc. 16:25).

(g) Cuente y compare, en último lugar, ***el número de los que se apartan del pecado y el mundo y sirven a Cristo, y el número de los que dejan a Cristo y vuelven al mundo***. De los primeros encontrará miles y de los segundos ninguno.

Cada año hay multitudes de personas que dejan el camino ancho y toman el angosto. Nadie que realmente toma el camino angosto se cansa de él y vuelve al camino ancho. A menudo se ven pisadas en el camino hacia abajo que dan media vuelta. Las pisadas en el camino al cielo siempre van hacia adelante. Está escrito: "El camino de los impíos es como la oscuridad… el camino de los transgresores es duro" (Pr. 4:19; 13:15). Pero también está escrito: "Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto" (Pr. 4:18).

Sumas como éstas, sin duda, a menudo se hacen incorrectamente. Sé muy bien que muchos siempre están "vacilando entre dos opiniones". No pueden determinar si vale la pena servir a Cristo. Las pérdidas y las ganancias, las ventajas y desventajas, los sufrimientos y los gozos, las ayudas y los obstáculos les parecen tan similares que no se pueden decidir a favor de Dios. No pueden hacer correctamente esta gran suma. No pueden hacerla tan clara como debiera ser. No cuentan bien.

Pero, ¿en qué radican sus errores? En la falta de fe. Para llegar a una conclusión acertada acerca de sus almas necesitan tener algo de aquel poderoso principio que San Pablo describe en el capítulo 11 de su *Epístola a los Hebreos*. Intentaré mostrar cómo funciona ese principio en la gran tarea de *"calcular el costo"*.

La importancia de la fe al "calcular el costo"

¿Cómo fue que Noé perseveró en construir el arca? Estaba solo en medio de un mundo de pecadores. Tuvo que soportar que lo menospreciaran, lo ridiculizaran y se burlaran de él. ¿Qué fue lo que mantuvo firme su brazo y lo hizo seguir trabajando con paciencia a pesar de todo eso? Fue la *fe*. Creía en la ira que vendría. Creía que no existía ninguna otra seguridad, excepto en el arca que estaba preparando. Le creyó a Dios y no les hizo caso a las opiniones del mundo.

"Calculó el costo" por fe y no dudó que construir el arca era ganancia.

¿Cómo fue que Moisés renunció a los placeres de la casa de Faraón y se negó a ser llamado hijo de la hija de Faraón? ¿Cómo fue que prefirió compartir el destino de un pueblo despreciado como el hebreo y arriesgar todo en su mundo para realizar la gran obra de librar a los suyos de la esclavitud? Visto desde un punto de vista humano, estaba perdiendo todo sin ganar nada. ¿Qué fue lo que lo motivó? Fue la *fe*. Creía que había Uno muy superior a Faraón que le llevaría seguro a lo largo de su misión. Creía que "la recompensa de recibir un galardón" era mucho mejor que todos los honores de Egipto. *"Calculó el costo"* por fe, "como viendo al invisible" y estaba convencido de que renunciar a Egipto y marchar al desierto era ganancia.

¿Cómo fue que el fariseo Saulo pudo decidirse a ser cristiano? El costo y los sacrificios que significaban el cambio eran tremendos. Renunció a su futuro brillante entre su propio pueblo. En lugar de recibir el favor del hombre se hizo acreedor al odio del hombre, a la enemistad del hombre y a la persecución humana, aun hasta la muerte. ¿Qué fue lo que le dio las fuerzas para enfrentar todo eso? Fue la *fe*. Creía que Jesús, quien lo encontró en el camino a Damasco, podía darle cien veces más de lo que renunciaba en este mundo; creyó por fe que en el mundo venidero tendría vida eterna. Por fe, *"calculó el costo"* y vio claramente de qué lado se inclinaba la balanza. Creía firmemente que llevar la cruz de Cristo era ganancia.

Subrayemos bien estas cosas. La fe que llevó a Noé, a Moisés y a Pablo a hacer lo que hicieron es el gran secreto para llegar a una conclusión perfecta con respecto a nuestras almas. Esa misma fe tiene que ser nuestro ayudante y tesorero cuando nos sentamos para calcular el costo de ser un verdadero cristiano. Esa fe está a nuestra disposición, no tenemos más que pedirla. "Él da mayor gracia" (Stg. 4:6).

Armados con esa fe, no agregaremos nada a la cruz ni restaremos nada a la corona. Todas nuestras conclusiones serán correctas. Nuestra suma total no tendrá ni un error.

Aplicaciones prácticas

(1) En conclusión, piense seriamente cada lector ***si su vida espiritual le está costando algo en el presente.*** Es muy probable que no le esté costando nada. Es muy posible que no le cueste problemas, ni tiempo, ni reflexiones, ni preocupaciones, ni sufrimientos, ni lectura, ni oraciones, ni negarse a sí mismo, ni conflictos, ni trabajo, ni esfuerzo de ninguna clase. Ahora preste atención a lo que le voy a decir. Una vida espiritual como esa nunca salvará su alma. Nunca le dará paz mientras viva, ni esperanza cuando llegue la muerte. No le dará fuerzas el día de la aflicción, ni lo consolará el día de su muerte. Una vida espiritual que nada cuesta, nada vale. Despierte y conviértase. Despierte y crea. Despierte y ore. No descanse hasta dar una respuesta satisfactoria a mi pregunta: "¿Cuánto cuesta?".

(2) Piense, si quiere motivos conmovedores para servir a Dios, ***cuánto cuesta proveerle una salvación a su alma***. Piense cómo el Hijo de Dios dejó el cielo y se hizo hombre, sufrió en la cruz y yació en el sepulcro, a fin de pagar su deuda con Dios y obrar para usted una redención completa. Piense en todo esto y aprenda que no es cosa superficial tener un alma inmortal. Vale la pena invertir algo por su alma.

Ay, perezoso, ¿ha llegado realmente a esto, a perderse el cielo por no incomodarse? ¿Está realmente decidido a naufragar para siempre, simplemente porque no le gusta hacer un esfuerzo? ¡Afuera con este pensamiento cobarde e indigno! ¡Levántese, compórtese y actúe con determinación! Dígase a sí mismo: "Cueste lo que cueste, me esforzaré para entrar por la puerta estrecha". Ponga sus ojos en la cruz de Cristo y tome nuevas fuerzas.

Espere con anticipación la muerte, el juicio y la eternidad, y tómelo en serio. Puede costarle mucho ser cristiano, pero puede estar seguro de que vale la pena.

(3) Si algún lector siente que realmente ya ha calculado el costo y tomado la cruz, le insto a que ***persevere y siga adelante***. Me atrevo a decir que, a menudo, se ha de sentir desalentado y tentado a darse por vencido. Sus enemigos parecen ser muchos, los pecados que lo acosan son muy fuertes, sus amigos son pocos, el camino es tan empinado y angosto que no sabe qué hacer. Pero aun así, le insto a perseverar y seguir adelante.

El tiempo es muy breve. Unos cuantos años de velar y orar, unos cuantos zarandeos del mar de este mundo, unos pocos fallecimientos y cambios más, unos pocos inviernos y veranos más, y todo habrá pasado. Habremos peleado nuestra última batalla y no tendremos que pelear ninguna otra.

La presencia y compañía de Cristo compensarán todo lo que sufrimos aquí. Cuando nos veamos como el Señor nos ve y miremos hacia atrás el peregrinaje que fue nuestra vida, nos preguntaremos por qué habremos sido tan débiles. Nos maravillaremos de haberle dado tanta importancia a nuestra cruz y tan poca a nuestra corona. Nos asombraremos de que cuando "calculábamos el costo" alguna vez, dudamos de qué lado de la balanza estaba la ganancia. Seamos valientes. No estamos lejos del hogar. *Puede costar mucho* ser un verdadero cristiano y un creyente consecuente, *pero vale la pena*.

6. Crecimiento

> *"Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo".* 2 Pedro 3:18

El tema del texto que encabeza esta página es uno que no puedo omitir de este libro sobre Santidad. Es un asunto que debiera resultar sumamente interesante para todo cristiano verdadero. Como es natural, plantea las preguntas: ¿Crecemos en la gracia? ¿Avanzamos en nuestra religión? ¿Progresamos?

No puedo esperar que la pregunta le interese a un cristiano que lo es solo de nombre. Al hombre que no tiene más que una religión de domingo, cuyo cristianismo es como su ropa dominguera, para ponerse una vez por semana y luego dejarla a un lado, por supuesto que no le puede interesar "crecer en la gracia". Nada sabe de cosas así; "para él son locura" (1 Co. 2:14). Pero a todo el que toma su alma realmente en serio y tiene hambre y sed en su vida espiritual, la pregunta tiene que tocarle poderosamente el corazón. ¿Progresamos en nuestra religión? ¿Estamos creciendo?

Estas preguntas siempre resultan provechosas, pero especialmente en ciertas temporadas. Un sábado por la noche, un domingo que participamos de la Cena del Señor, la llegada de un cumpleaños, un fin de año—todas estas son temporadas que debieran hacernos pensar y darnos una mirada introspectiva. El tiempo vuela. La vida se nos va como el viento. Cada día se va acercando más la hora cuando la realidad de nuestro cristianismo será puesta a prueba, y el resultado dirá si hemos edificado "sobre la roca" o sobre "la arena". Nos conviene, entonces, examinarnos de vez en cuando y ver cómo anda nuestra alma. ¿Avanzamos en las cosas espirituales? ¿Estamos creciendo?

La pregunta es de especial importancia en la actualidad.

Flotan en las mentes de los hombres opiniones burdas y extrañas con respecto a algunos puntos doctrinales y, entre ellas, la cuestión de "crecer en la gracia" como una parte esencial de la verdadera santidad. Algunos la rechazan totalmente. Otros la explican tan superficialmente que le quitan toda su esencia. Miles de personas la entienden mal, y en consecuencia la descuidan. En una época como esta, es provechoso mirar de frente y de una manera integral, el tema del crecimiento cristiano.

Al considerar este tema, hay tres cosas que quiero presentar y establecer:

I. *La realidad del crecimiento religioso*. El "crecimiento en la gracia" es algo que realmente existe.

II. *Las señales del crecimiento religioso*. Hay señales por las cuales se puede ver el "crecimiento en la gracia".

III. *Los medios que determinan el crecimiento religioso*. Estos son medios que tienen que usar aquellos que anhelan experimentar "crecimiento en la gracia".

No sé quién es usted, en qué manos cayó este escrito. Pero sea quien sea quiero que le dé toda su atención a su contenido. Créame, el tema no es solo un asunto de especulación y controversia. Si en la religión hay temas eminentemente prácticos, este es uno de ellos. Está estrecha e inseparablemente conectado con todo el tema de la "santificación". El crecimiento es una señal principal de los verdaderos santos. La salud y prosperidad espiritual, la felicidad y paz espiritual de cada cristiano sincero y santo, están estrechamente ligados con el tema del crecimiento espiritual.

I. La realidad del crecimiento en la gracia

El primer punto que me propongo establecer es este: *El crecimiento en la gracia es algo que realmente existe.*

El que algún cristiano niegue esta proposición es a primera vista

extraño y lamentable.

Pero conviene recordar que la comprensión del hombre ha caído tanto como su voluntad. Los desacuerdos sobre *doctrinas* son a menudo nada más que desacuerdos sobre el significado de palabras. Espero que así sea en este caso. Estoy consciente de que cuando hablo de "crecimiento en la gracia" y defiendo mi postura, habrá quienes estén en desacuerdo conmigo y hablen del mismo tema pero con un significado muy distinto. Por lo tanto, despejaré el camino explicando lo que quiero significar.

Definición de "crecer en la gracia"

(a) Cuando hablo de "crecer en la gracia", ***no quiero decir de ninguna manera que el interés del creyente en Cristo puede crecer.*** No quiero decir que pueda crecer en su certeza, aceptación de Dios ni seguridad. No quiero decir que pueda ser más justificado, más perdonado, que esté en más en paz con Dios que en el primer momento cuando creyó. Mantengo firmemente que la justificación del creyente es una obra terminada, perfecta y completa; y que aun el santo más débil, aunque quizá no lo sepa o perciba, ha sido justificado tan completamente como el más fuerte. Creo firmemente que nuestra elección, llamado y posición en Cristo no incluye grados, incrementos ni reducciones. Si alguien se imagina que al decir "crecer en gracia" quiero significar crecer en *justificación* está totalmente equivocado en cuanto al punto que estoy considerando.Iría a la hoguera, con la ayuda de Dios, por defender la verdad gloriosa de que en la cuestión de la justificación ante Dios todoslos creyentes están "completos en él" (Col. 2:10). Desde el momento que cree, nada puede quitársele a sujustificación ni tampoco se le puede agregar.

(b) Cuando hablo de "crecer en la gracia" ***solo me refiero al grado, tamaño, fuerza, vigor y poder de las gracias que el Espíritu Santo planta en el corazón del creyente.*** Sostengo que cada una de esas gracias incluye crecimiento, progreso e incremento.

Mantengo que arrepentimiento, fe, esperanza, amor, humildad, celo, valentía y cosas parecidas, pueden ser pequeñas o grandes, fuertes o débiles, vigorosas o endebles y pueden variar mucho en una misma persona en diferentes periodos de su vida. Cuando hablo de que alguien "crezca en la gracia", quiero decir sencillamente esto: Que su sentido del pecado se está profundizando, su fe fortaleciendo, su esperanza haciendo más brillante, su amor más extenso, su espiritualidad más marcada. Siente más el poder de la piedad en su propio corazón. Manifiesta más de ella en su vida. Va de fuerza en fuerza, de fe en fe y de gracia en gracia. Dejo que otros describan esta condición con las palabras que prefieran. En cuanto a mí, creo que la mejor definición de esta condición del hombre es esta: Está "creciendo en la gracia".

Fundamento sobre el cual construir

(1) Un fundamento principal sobre el cual edificar esta doctrina de "crecer en gracia", es el ***lenguaje claro de las Escrituras.*** Si es que las palabras de la Biblia algo significan, el "crecimiento" existe y los creyentes tienen que recibir la exhortación de "crecer". ¿Qué dice Pablo? "vuestra fe va creciendo" (2Ts. 1:3). "Rogamos, hermanos, que abundéis en ello más y más" (1 Ts. 4:10). "Creciendo en el conocimiento de Dios" (Col. 1:10). "Esperamos que conforme crezca vuestra fe seremos muy engrandecidos" (2 Co. 10:15). "Y el Señor os haga crecer" (1 Ts. 3:12). "Crezcamos en todo en aquel que es la cabeza" (Ef. 4:15). "Vuestro amor abunde aun más y más" (Fil. 1:9). "Y el Señor os haga crecer" (1 Ts. 4:1). ¿Qué dice Pedro? "Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis" (1 P. 2:2). "Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 P. 3:18). No sé lo que otros piensen de textos como estos. A mi entender, establecen la doctrina que estoy defendiendo y hacen imposible cualquier otra explicación. La Biblia enseña el crecimiento en la

gracia. Podría terminar aquí y no decir más.

(2) No obstante, el otro fundamento sobre el cual construir la doctrina de "crecer en la gracia", es el fundamento de la ***realidad y la experiencia***. Le pregunto al lector sincero del Nuevo Testamento si acaso no puede ver, tan claro como el sol del medio día, los distintos grados de gracia en los santos cuyas historias relata el Nuevo Testamento. Le pregunto si acaso no puede ver en las mismísimas personas una diferencia tan grande entre su fe y su conocimiento en distintas etapas, igual como se vela diferencia de la fuerza de una persona cuando era niño y cuando es adulto. Le pregunto si acaso las Escrituras no reconocen esto claramente en el lenguaje que usa cuando habla de "débiles" en la fe y "fuertes" en la fe, de cristianos como "recién nacidos", "infantes", "jóvenes" y "padres" (1 P. 2:2; 1 Jn. 2:12-14). Le pregunto, sobre todo, si su propia observación de los creyentes en la actualidad no lo lleva a la misma conclusión.

¿Qué cristiano verdadero no confesaría que hay mucha diferencia entre su propia fe y conocimiento cuando recién se había convertido y sus logros actuales, como entre un árbol joven y uno maduro? En principio, sus gracias son las mismas, pero han crecido. No sé cómo les caerá esto a otros, pero a mí me resulta indiscutible el hecho de que el "crecimiento en la gracia" es real.

Casi me da vergüenza dedicarle tanto espacio a esta parte del tema. De hecho, si alguno dice que la fe, la esperanza, el conocimiento y la santidad del recién convertido son tan fuertes como la de un creyente maduro, y no necesita crecer, sería una pérdida de tiempo seguir discutiendo. No hay duda de que son reales, pero no tan fuertes—reales, pero no tan vigorosos—como las semillas que planta el Espíritu, que aún no llevan fruto. Y si alguien me pregunta cómo llegar a ser más fuerte, le digo que tiene que ser por el mismo proceso por el cual todas las cosas que tienen vida lo logran. Tiene que crecer. Y eso es lo que quiero significar cuando

digo"crecer en la gracia"[1].

"Crecer en la gracia" es evidencia de…

Pasemos de las cosas que he estado diciendo a un aspecto más práctico del gran tema que nos ocupa. Quiero que todos consideren "crecer en la gracia" como algo de importancia infinita para el alma. A pesar de lo que otros puedan pensar, nos es de mucho beneficio asegurarnos de que tenemos la respuesta correcta a la pregunta: ¿Estamos creciendo?

(a) Sepamos, entonces que el "crecimiento en la gracia" es la mejor evidencia de ***salud espiritual*** y prosperidad. En el caso de un niño, una flor o un árbol sabemos bien que cuando no hay crecimiento algo anda mal. La buena salud de un animal o un vegetal se muestra porque prospera y crece. Sucede lo mismo con nuestras almas. Siprosperan y andan bien, crecen[2].

(b) Sepamos, además, que "crecer en la gracia" es una manera de ser ***felices en nuestra religión***. Dios ha entrelazado sabiamente nuestra tranquilidad y nuestro aumento de santidad. En su gracia, ha hecho que seguir adelante y aspirar a logros mayores como cristianos sea para nuestro bien. Hay una gran diferencia entre la cantidad de placer que un creyente disfruta en su religión comparado con lo que disfruta otro. Pero puede estar seguro de que el hombre común que siente más "gozo y paz en el creer" (Ro. 15:13) y tiene el testimonio más claro del Espíritu en su corazón, es el hombre que crece.

(c) Sepamos también que "crecer en la gracia" es un secreto de nuestra ***utilidad para otros***.

---

[1] "La gracia auténtica es progresiva, de una naturaleza que se esparce, crece. Sucede con la gracia lo mismo que con la luz: Primero, está el amanecer, luego va aumentando hasta la plenitud del mediodía. Las Escrituras comparan a los santos, no sólo con estrellas por su luz, sino con los árboles por su crecimiento (Is. 61:3; Os. 14:5). El buen cristiano no es como el sol de Ezequías que retrocedía, ni como el de Josué que se detuvo, siempre está avanzando en santidad, creciendo en su conocimiento de Dios". —*Body of Divinity* (Cuerpo de divinidad), por Thomas Watson, Pastor de St. Stephen's Walbrook, 1660.

Nuestra influencia para bien de otros depende grandemente de lo que ven en nosotros. Los hijos del mundo miden el cristianismo tanto por sus ojos como por sus oídos. El cristiano que siempre está visiblemente estancado con las mismas faltas pequeñas, debilidades, acuciantes pecados y defectos intrascendentes, rara vez hace algún bien. El hombre que sacude y agita las mentes y pone el mundo a pensar, es el creyente que continuamente mejora y avanza. Los hombres piensan que hay vida y realidad cuando ven crecimiento[3].

(d) Sepamos asimismo que "crecer en la gracia" ***agrada a Dios***. Es maravilloso pensar que haya algo que puedan hacer criaturas como nosotros que agrade al Dios Altísimo. Las Escrituras hablan de caminar para "agradar a Dios". Dice también que hay sacrificios de los cuales "se agrada Dios" (1 Ts. 4:1; He. 13:16). Al agricultor le encanta ver florecer y llevar fruto a las plantas a las cuales dedicó tanto trabajo. Lo desanima y entristece verlas de pie todavía, pero con un grave retraso en su crecimiento**.** ¿Y qué dice el mismo Señor? "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador";

---

[2] "El crecimiento de la gracia es la mejor evidencia de la autenticidad de la gracia. Las cosas que no tienen vida no crecen. Un cuadro no crece. El poste de una verja no crece. Pero la planta que tiene vida crece. El crecimiento de la gracia muestra que está viva en el alma". —Thomas Watson, 1660.

[3] "Cristiano, si quiere despertar en otros el anhelo de exaltar al Dios de gracia, ocúpese de ejercitar y mejorar sus propias gracias. Cuando un pobre sirviente vive con una familia y ve la fe, el amor, la sabiduría, la paciencia y la humildad de un amo brillando como las estrellas en el cielo, le incita a dar gracias al Señor porque pudo venir a vivir con esta familia. Cuando las gracias dadas a los hombres resplandecen como resplandeció el rostro de Moisés, cuando su vida es puro cielo como la vida de José, brillando con virtudes como muchas estrellas brillantes, cuántos otros se sienten impulsados a glorificar a Dios y exclamar: '¡Ciertamente estos son cristianos! ¡Estos son un honor para su Dios, una corona

para su Cristo y un orgullo para su evangelio! ¡Oh, si todos fueran así, nosotros también seríamos cristianos!'". —*Unsearchable Riches* (Riquezas inescrutables), por T. Brooks 1661.

"En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos" (Jn. 15:1, 8). El Señor se agrada de todo su pueblo, pero especialmente de los que crecen.

(e) Sepamos, sobre todo, que "crecer en la gracia" no es solo algo que es *posible*, sino algo de lo cual los creyentes ***son responsables***. Decirle a un inconverso muerto en pecado que "crezca en la gracia" sería absurdo. Decirle a un creyente despierto y vivo en Dios, que crezca, no es más que convocarlo a que cumpla un deber claramente bíblico. Tiene dentro de él un principio nuevo, y es su deber solemne no dejar que se apague. Descuidar su crecimiento lo despoja de sus privilegios, contrista al Espíritu y hace que las ruedas del carruaje de su alma giren con dificultad. Me gustaría saber de quién es la culpa, si un creyente no crece en la gracia. La culpa, de seguro, no la tiene Dios. Él "da gracia" y se deleita en ello; "ama la paz de su siervo" (Stg. 4:6; Sal. 35:27). La falta, sin duda, es nuestra. Nadie más que nosotros tiene la culpa si no crecemos.

II. Marcas del "crecimiento en la gracia"

El segundo punto que me propongo establecer es este: *Hay marcas por las cuales se puede conocer el crecimiento en la gracia*.

Doy por sentado que no cuestionamos la realidad del crecimiento en la gracia y su inmensa importancia. Hasta aquí, bien. ¿Le gustaría saber ahora cómo alguien podría comprobar que está creciendo en la gracia o no? En primer lugar, contesto esta pregunta haciendo la observación de que somos paupérrimos jueces de nuestra propia condición y que los que están a nuestro alrededor nos conocen mejor de lo que nos conocemos nosotros mismos. Pero respondo también que hay indudablemente ciertas marcas y señales del crecimiento en la gracia, y que dondequiera que se muestren estas marcas veremos un alma "creciendo". A continuación enunciaré en orden algunas de estas señales.

(a) Una marca del "crecimiento en la gracia" es un incremento de ***humildad***.

El hombre cuya alma está "creciendo", cada año siente más lo pecaminoso e indigno que es. Dice con Job: "He aquí que yo soy vil"; con Abraham: Soy "polvo y ceniza"; con Jacob: "Menor soy que todas las misericordias"; con Isaías: Soy "hombre inmundo de labios"; con David: "Yo soy gusano"; con Pedro: "Soy hombre pecador" (Job 40:4; Gn. 18:27; 32:10; Sal. 22:6; Is. 6:5; Lc. 5:8). Más se acerca a Dios, más ve la santidad y perfección de Dios y más sensible es a sus propias innumerables imperfecciones. Más avanza en su camino al cielo, mejor comprende lo que San Pablo significa cuando dice: "Ni que ya sea perfecto", "no soy digno de ser llamado apóstol", "soy menos que el más pequeño de todos los santos"; "de los cuales [pecadores] yo soy el primero" (Fil. 3:12; 1Co. 15:9; Ef. 3:8; 1Ti. 1:15).

Entre más madurez alcanza para la gloria, más, como el maíz maduro, inclina la cabeza. Cuanto más brillante y más clara es su luz, más se notan las deficiencias y debilidades de su propio corazón. Le diría que cuando recién se había convertido veía muy poco, comparado con lo que ve ahora. ¿Quiere alguien saber si está creciendo en la gracia? Entonces mire su interior con creciente humildad[4].

(b) Otra marca del "crecimiento en la gracia" es un aumento de ***fe y amor por nuestro Señor Jesucristo.*** El hombre cuya alma está "creciendo"encuentra cada año más de Cristo sobre lo cual descansar, y se regocija más de que tiene tal Salvador. Es indudable que vio mucho de él en el momento en que creyó. Su fe se apropió de la expiación de Cristo que le dio esperanza.

Pero a medida que crece en la gracia ve miles de cosas en Cristo que al principio nunca hubiera soñado.

Su amor y poder, su corazón y sus intenciones, sus oficios como Sustituto, Intercesor, Sacerdote, Abogado, Médico, Pastor y Amigo se van mostrando de un modo indescriptible al alma que va creciendo.

En suma, descubre en Cristo una satisfacción a las necesidades de su alma, que antes ni siquiera veía a medias. ¿Quiere alguien saber si está creciendo en la gracia? Entonces mire su interior para encontrar un mayor conocimiento de Cristo.

(c) Otra marca del "crecimiento en la gracia" es un aumento de ***santidad en su vida y conversación***. El hombre cuya alma está "creciendo" logra cada año más dominio sobre el pecado, el mundo y el diablo. Cuida mejor su temperamento, sus palabras y sus acciones. Vigila mejor su conducta en cada relación de su vida. Se esfuerza por conformarse a la imagen de Cristo en todas las cosas, en seguirlo como su ejemplo, al igual que confiar en él como su Salvador. No se contenta con logros y gracia ya obtenidos. Se olvida las cosas pasadas y se extiende hacia adelante, haciendo de las palabras "prosigo", "superior", "¡hacia arriba!" "¡adelante!" su lema continuo (Fil. 3:13). En la tierra ansía y anhela tener una voluntad más acorde con la voluntad de Dios. Lo principal que espera del cielo, además de la presencia de Cristo, es una separación completa de todo pecado. ¿Quiere alguien saber si está creciendo en la gracia? Entonces mire en su interior para encontrar una santidad creciente[5].

---

[4] "La manera correcta de crecer es decrecer a los ojos de uno mismo: 'Mas yo soy gusano, y no hombre; oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo' (Sal. 22:6). Ver corrupción e ignorancia causa que el cristiano desarrolle una aversión por sí mismo. Se convierte en nada a sus propios ojos. Job decía de sí mismo: 'Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza' (Job 42:6). Quitarse el engreimiento es bueno". —T. Watson, 1660.

[5] "Sentirse cada vez más indiferente al pecado es señal de no estar creciendo en la gracia. Hubo un tiempo cuando nos entristecía aun el más pequeño de los pecados (así como una basurita hace lagrimear al ojo), pero ahora podemos

digerir el pecado sin que nos dé remordimiento. Hubo un tiempo cuando al cristiano le entristecía si descuidaba sus oraciones privadas, pero ahora puede hasta omitir la

oración familiar. Hubo un tiempo cuando le molestaban los pensamientos vanos, ahora no le molestan ni las prácticas libertinas. Hay una lamentable declinación en el cristianismo y la gracia dista tanto de crecer que casi ni se le siente el pulso". —T. Watson, 1660.

Otra marca del "crecimiento en la gracia" es un aumento de ***espiritualidad en sus gustos y su mente***. El hombre cuya alma está "creciendo" se interesa cada año más en las cosas espirituales. No descuida sus obligaciones en el mundo. Cumple fiel, diligente y consecuentemente cada relación de su vida, sea en su hogar o fuera de él. Pero lo que más ama son las cosas espirituales. Las costumbres, las modas, las diversiones y las distracciones del mundo ocupan cada vez menos lugar en su corazón. No las condena como sumamente pecaminosas, ni dice que los que tienen algo que ver con ellas se van al infierno. Simple y sencillamente siente que cada vez le interesan menos, y poco a poco le parecen menos importantes y más triviales. Los amigos espirituales, las ocupaciones espirituales, las conversaciones espirituales parecen ser cada vez de más valor para él. ¿Quiere alguien saber si está creciendo en la gracia? Entonces mire su interior para encontrar un aumento de espiritualidad en sus gustos[6].

[6] "Si anhela ser rico en las gracias, tenga cuidado por dónde camina. No es rica el alma que sabe mucho o que habla mucho, sino la que es obediente, la que camina cerca de Dios. Otros pueden ser ricos en ideas, pero ninguno tan rico en experiencias espirituales y en todas las gracias santas y celestiales como el cristiano que camina cerca del Señor". —T. Brooks, 1661.

"Es señal de no estar creciendo en la gracia, cuando nos estamos haciendo más mundanos. Quizá, alguna vez, nuestros corazones miraban las cosas de arriba y hablábamos el idioma de Canaán. Pero ahora, nuestras mentes ya no piensan en el cielo, sacamos nuestros placeres de esas minas bajo la tierra y andamos por el mundo con Satanás. Es señal de que estamos retrocediendo y nuestra gracia sufre de tuberculosis. Se puede ver cuando la naturaleza se va desintegrando y es como cuando las personas están cerca de la muerte, se encorvan más hacia la tierra y casi ni pueden traer a su mente un pensamiento celestial; si la gracia no ha muerto, está a punto de morir". —T. Watson, 1660.

(d) Otra marca del "crecimiento en la gracia" es el aumento de ***amor***. El hombre cuya alma está "creciendo" está más lleno de amor

cada año, de amor por todos, pero especialmente por los hermanos. Demostrará su amor activamente por una creciente disposición de ser más bondadoso, interesarse por los demás, tener buena disposición hacia todo, ser generoso, afable, comprensivo, tierno y considerado. Lo demostrará pasivamente por una creciente disposición de ser humilde y paciente con todos, de tolerar las provocaciones y no exigir sus derechos, de soportar y abstenerse en lugar de disputar.

El alma que crece tratará de pensar lo mejor acerca de la conducta de otras personas, de creer todas las cosas y esperar todas las cosas incluso hasta el fin. No hay marca más segura de la reincidencia y la caída de la gracia, que una creciente tendencia a recalcar las faltas, encontrar fallas y ver los puntos débiles de los demás.

¿Quiere alguien saber si está creciendo en la gracia? Entonces mire su interior para encontrar un incremento en su amor.

(e) Una marca más de "crecimiento en la gracia" es el aumento de ***celo y diligencia en tratar de hacerle bien a las almas***. El hombre cuya alma realmente está "creciendo" se interesará más cada año por la salvación de los pecadores.

La obra misionera cercana y la lejana, los esfuerzos por dar más luz y reducir la oscuridad en el ámbito religioso son cosas que ocuparán más de su atención cada año. No se "cansará de hacer el bien" aunque vea que no todos sus esfuerzos son exitosos. No se interesará menos por el avance de la causa de Cristo sobre la tierra a medida que va envejeciendo, aunque aprenderá a esperar menos. Sencillamente seguirá trabajando sean cuales fueren los resultados, (dando, orando, predicando, hablando, visitando, según su posición) y considerará su trabajo como su propia recompensa.

Una de las señales más seguras de una declinación espiritual es un interés decreciente en las almas de otros y en el crecimiento del

reino de Cristo. ¿Quiere alguien saber si está creciendo en la gracia? Entonces mire su interior para encontrar una creciente preocupación por la salvación de las almas.

Tales son las marcas más dignas de confianza del crecimiento en la gracia. Examinémoslas con cuidado, y reflexionemos sobre lo que sabemos de ellas. Creo que quizá no sean del gusto de algunos cristianos profesantes en la actualidad.

Esos religiosos de alto vuelo cuya única noción del cristianismo es la de un estado de gozo y éxtasis perpetuos, que dicen que han superado por mucho la etapa de conflictos y humillación de sus almas, seguramente considerarán "legalistas", "carnales" y "signos de esclavitud" a estas marcas que he presentado. No puedo evitarlo. No me considero un gran maestro en estas cosas. Solo quiero que mis afirmaciones sean pesadas en la balanza con las Escrituras. Y creo firmemente que he dicho no solo lo que es bíblico sino también lo que coincide con la experiencia de la mayoría de los santos insignes de todas las épocas. Muéstreme un hombre en el cual podemos encontrar las seis marcas mencionadas. Él es el que podría responder satisfactoriamente a la pregunta:
¿ESTAMOS CRECIENDO?

III. Los medios para crecer en la gracia

Lo tercero y último que me propongo a considerar es esto: *Los medios que deben usar los que anhelan crecer en la gracia*. Nunca olvidemos las palabras de Santiago: "Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces" (Stg. 1:17). Esto, sin duda, es cierto en cuanto al crecimiento en la gracia así como lo es en cuanto a todo lo demás. Es un "don de Dios". Pero aun así siempre hemos de recordar que Dios se complace en obrar con los medios. Dios ha ordenado los medios al igual que su finalidad.

El que quiere crecer en la gracia tiene que usar los medios para

lograr crecimiento[7].

Me temo que este es un punto demasiado olvidado por muchos creyentes. Muchos admiran el crecimiento de la gracia en otros, y desearían ser como ellos. Pero parece que suponen que los que crecen lo hacen por algún don o favor de Dios, y que ese don no les ha sido dado a ellos así que tienen que contentarse tal como están. Esto es una fantasía contra la cual testificaré con todas mis fuerzas. Quiero que se entienda claramente que el crecimiento en la gracia está conectado estrechamente con los usos al alcance de todo creyente y que, por lo general, las almas que crecen lo hacen porque se valen de estos medios.

Pido especial atención de mis lectores mientras trato de presentar en orden los medios para lograr crecer en la gracia. Desechen para siempre la idea vana de que si un creyente no crece en la gracia no es por su culpa. Determine que el creyente, el hombre avivado por el Espíritu no es meramente una criatura muerta, sino un ser con capacidades y responsabilidades enormes. Grabe en su corazón las palabras de Salomón: "El alma del perezoso desea, y nada alcanza; Mas el alma de los diligentes será prosperada" (Pr. 13:4).

[7] "La experiencia le enseña a cada cristiano que cuánto más estricta, estrecha y constantemente camina con Dios, más fuerte se hace en el cumplimiento de sus deberes. Los hábitos infundidos mejoran con el ejercicio. El fuego del altar de los sacrificios descendía inicialmente del cielo para hacer arder la leña, pero luego se mantenía vivo por el cuidado y labor de los sacerdotes. Así, los hábitos de gracia espiritual son infundidos inicialmente por Dios, pero tienen que ser avivados por influencias cotidianas que provienen de Él. Pero también nuestros esfuerzos, ejercitándonos en la piedad, dependiendo del Señor mantienen vivo ese fuego santo. Entre más se ejercita el cristiano, más fuerte será". —Collinges sobre la providencia, 1678.

(a) Un elemento esencial en el crecimiento en la gracia es la ***diligencia en usar los medios de gracia privados***. Con esto

quiero decir los medios que el hombre debe usar él mismo a solas, y que nadie puede usar en su lugar. Incluyo bajo este encabezamiento la oración en privado, la lectura de las Escrituras en privado y la meditación y auto examen en privado. El que no se esfuerza por ocuparse de estas tres cosas no puede esperar crecimiento. Estas son las raíces del verdadero cristianismo. ¡Equivocarse en *esto*, es equivocarse en todo! Aquí está la razón por la cual parece que muchos cristianos nunca progresan. Son descuidados y negligentes en lo que respecta a sus oraciones en privado. Leen muy poco su Biblia y con muy poco entusiasmo. No se dan tiempo para analizarse y reflexionar en silencio acerca del estado de sus almas.

Es inútil tratar de ignorar que la época en que vivimos está llena de peligros específicos. Es una época de gran actividad, mucho apuro, afán y entusiasmo en la religión. Muchos, indiscutiblemente "muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará" (Dn. 12:4). Muchos aceptan de buena gana ir a reuniones públicas, escuchar sermones o cualquier otra cosa que apele a las "sensaciones". Pocos parecen recordar la necesidad absoluta de tomarse el tiempo para hacer lo que dijo el salmista: "Meditad en vuestro corazón" (Sal. 4:4). Pero sin esto rara vez hay prosperidad espiritual profunda. Sospecho que los cristianos ingleses de hace doscientos años leían mucho más sus Biblias y estaban con más frecuencia a solas con Dios, que lo que están los actuales. ¡Recordemos este punto! La religión en privado tiene que recibir nuestra mayor atención si queremos que nuestra alma crezca.

(b) Otro elemento esencial para crecer en la gracia es el ***cuidado en usar los medios públicos de la gracia***. Por esto, me refiero a los medios que uno tiene a mano como miembro de la iglesia visible de Cristo.

Bajo este encabezamiento incluyo las ordenanzas del culto regular del domingo, la unión del pueblo de Dios en oración y alabanza, la

predicación de la Palabra y la celebración de la Cena del Señor. Creo firmemente que el *modo* como se usan estos medios públicos de gracia habla mucho de la prosperidad o falta de ella en el alma del creyente. Es fácil usarlos de una manera fría e indiferente. Su misma familiaridad tiende a que les restemos importancia. El retorno regular de la misma voz, el mismo tipo de palabras y las mismas ceremonias tienden a adormecernos, endurecernos y hacernos insensibles.

Esta es una trampa en la que caen demasiados hombres que profesan ser cristianos. Si queremos crecer tenemos que mantenernos en guardia en cuanto a esto. Este es un asunto que a menudo contrista al Espíritu y perjudica en gran manera a los santos. Procuremos elevar las oraciones antiguas, cantar los himnos de antaño, ponernos de rodillas ante el altar, escuchar la predicación de las antiguas verdades con la misma frescura y las mismas ansias que cuando por primera vez creímos. Es señal de mala salud cuando alguien pierde el apetito, y es señal de declinación espiritual cuando perdemos nuestro apetito por los medios de gracia. Sea lo que haga en cuanto a los medios públicos, hágalo siempre "según [sus] fuerzas" (Ec. 9:10). ¡Esta es la manera de crecer!

(c) Otro elemento esencial para crecer en la gracia es ***cuidar nuestra conducta en las cosas pequeñas del diario vivir***. Nuestro temperamento, nuestra lengua, el manejo de nuestras diversas relaciones en la vida, el empleo de nuestro tiempo, entre otras cosas, son aspectos que tenemos que vigilar atentamente si queremos que nuestras almas progresen. La vida se compone de días, y los días de horas, y las cosas pequeñas de cada hora nunca son tan pequeñas que no merezcan la atención del cristiano. Cuando comienza a podrirse la raíz o el corazón de un árbol,

se nota primero en las puntas de las ramas pequeñas. "El que desprecia las cosas pequeñas", dice un escritor secular, "caerá poco

a poco". Eso es cierto. Dejemos que otros nos desprecien, si quieren, y nos llamen meticulosos y demasiado cuidadosos. Mantengámonos pacientemente en nuestro camino, recordando que "servimos a un Dios a quien lo caracteriza la precisión", que hemos de seguir el ejemplo de nuestro Señor en lo más pequeño al igual que en lo más grande y que tenemos que "tomar nuestra cruz cada día" y cada hora para no pecar. Tenemos que aspirar a tener un cristianismo que, como la savia del árbol, corre por cada ramita y hoja de nuestro carácter y lo santifica todo. ¡Es esta una manera de crecer!

(d) Otro elemento esencial para crecer en la gracia es ***tener cautela en cuanto a las compañías que frecuentamos y las amistades que formamos.*** Quizá no haya nada que afecte más el carácter del hombre que las compañías que frecuenta. Nos contagiamos de las costumbres y tendencias de aquellos con quienes vivimos y con quienes conversamos; y desafortunadamente recibimos mucho más mal que bien. La enfermedad puede ser contagiosa, pero la buena salud no. Si un cristiano profesante escoge deliberadamente intimar con los que no son amigos de Dios y se aferran al mundo, es seguro que su alma se perjudicará. Ya de por sí es difícil servir a Cristo bajo cualquier circunstancia en un mundo como este. Pero es más difícil hacerlo si somos amigos de los indiferentes e impíos. Cometer errores en la elección de amigos o de cónyuge es la razón por la cual muchos han dejado totalmente de crecer. "Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres." "la amistad del mundo es enemistad contra Dios" (1 Co. 15:33; Stg. 4:4). Busquemos amigos que nos motiven a ocuparnos de la oración, la lectura bíblica, el uso de nuestro tiempo, de nuestra salvación y de los asuntos del mundo venidero. ¿Quién es capaz de medir el bien que puede hacer la palabra de un amigo dicha en el momento adecuado, o el daño que puede impedir?

Es esta una manera de crecer[8].

(e) Existe un elemento más que es absolutamente necesario para crecer en la gracia, y este es ***tener una comunión regular y habitual con el Señor Jesús***. Nadie suponga que al decir esto estoy hablando de la Cena del Señor. No, nada parecido. Estoy hablando de ese hábito diario de una conversación entre el creyente y su Salvador, que solo puede suceder con fe, oración y meditación. Me temo que es un hábito del cual muchos creyentes saben poco. Una persona puede ser creyente y tener sus pies sobre la roca, y aun así, privarse de sus privilegios.Es posible tener una "unión" con Cristo y aun así, tener poca o nada de "comunión" con él. Pero, aunque parezca mentira, tal cosa sucede.

Me parecen a mí que los nombres y oficios de Cristo, según los estipulan las Escrituras, demuestran sin temor a dudas que esta "comunión" entre el santo y su Salvador no es mera fantasía, sino algo realmente cierto. Entre el "Novio" y su esposa, entre la "Cabeza" y sus miembros, entre el "Médico" y sus pacientes, entre el "Abogado" defensor y sus clientes, entre el "Pastor" y sus ovejas, entre el "Maestro" y sus discípulos, está evidentemente implícito el hábito de una comunión cercana, de un pedido diario de las que cosas que necesitamos, de un abrir totalmente nuestros corazones y mentes y echar sobre el Señor nuestras cargas. Este hábito de relacionarnos con Cristo de este modo se trata claramente de algo más que una confianza general y vaga en la obra que Cristo hizo por los pecadores.

---

[8] "Sean sus mejores amigos los que han hecho de Cristo su mejor amigo. No se fije tanto en el exterior de los hombres como en su interior; mire sobre todo su valor interior. Muchas personas se fijan en el exterior del profesante de la fe. Muéstreme un cristiano que considera el valor interior de las personas, que convierte en sus amigos principales y preferidos a los que están llenos de la plenitud de Dios". —T. Brooks, 1661.

Se trata de *acercarnos* a él y aferrarnos a él con confianza, como un Amigo cariñoso y personal. Esto es lo que quiero decir por

"comunión".

Ahora bien, creo que nadie puede jamás crecer en la gracia si no ha experimentado "comunión" habitual con Cristo. No tenemos que contentarnos con un conocimiento general ortodoxo de que la justificación es por fe y no por obras y que tenemos que poner nuestra confianza en Cristo. Tenemos que ir más allá. Debemos procurar tener una intimidad personal con el Señor Jesús, y tratar con él como el que trata con un amigo querido. Tenemos que comprender lo que es recurrir a él primero ante cada necesidad, hablar con él acerca de cada dificultad, consultar con él a cada paso, contarle a él todos nuestros sufrimientos, incluirlo en todas nuestras alegrías, hacer todo como si nos estuviera viendo y vivir cada día apoyándonos y confiando en él.

Esta es la manera como vivió Pablo. Él decía: "Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios", "para mí el vivir es Cristo" (Gá. 2:20; Fil. 1:21). Es la ignorancia de esta manera de vivir por la cual tantos no ven ninguna belleza en el libro de *Cantar de los Cantares*. Pero es el hombre que vive de esta manera el que mantiene una comunión constante con Cristo. Este es el hombre, digo enfáticamente, cuya alma crecerá.

Aplicación práctica

Dejo aquí el tema de crecer en la gracia. Podría decir mucho más, si el tiempo lo permitiera. Pero espero haber dicho lo suficiente como para convencer a mis lectores de que el tema es uno de suma importancia. Iré terminando con algunas aplicaciones prácticas.

(1) Este libro puede caer en las manos de algunos que ***nada saben acerca de crecer en la gracia***. Se preocupan poco o nada de la religión. Un poco de asistencia apropiada a la iglesia los domingos constituye la suma y la sustancia de su cristianismo. Carecen de vida espiritual, y por ende mientras así sea no pueden crecer. ¿Es usted uno de ellos? Si lo es, se encuentra en una condición lamentable.

Los años pasan en un abrir y cerrar de ojos y el tiempo vuela. Los

cementerios se están llenando y las familias son cada vez más pequeñas. La muerte y el juicio se nos están acercando a todos. ¡Y no obstante usted vive inconsciente de su alma!
¡Qué locura! ¡Qué insensatez! ¿Qué suicidio puede ser peor que este?

Despierte antes de que sea demasiado tarde, despierte y levántese de entre los muertos y viva para Dios. Vuélvase al que está sentado a la diestra de Dios para ser su Salvador y Amigo. Vuélvase a Cristo, y clame a él por su alma con todas sus fuerzas. ¡Todavía hay esperanza! Aquel que llamó del sepulcro a Lázaro no ha cambiado. Aquel que mandó al hijo de la viuda de Naín que se levantara de su ataúd puede hacer milagros aun con su alma. Búsquelo sin dilación: Búsquelo ahora mismo. Busque a Cristo si no quiere estar perdido para siempre. No se quede allí, hablando de hacerlo, queriendo hacerlo, con el propósito, la intención, el deseo y la esperanza de hacerlo. Busque a Cristo para poder vivir, y para que, teniendo vida, pueda crecer.

(2) Este libro puede caer en las manos de algunos que ***algo debieran saber de crecer en la gracia***, pero que en este momento no saben nada. Han progresado poco, si acaso han progresado algo desde que se convirtieron. Parece que "reposan tranquilos" (Sof. 1:12). Pasan año tras año satisfechos con su gracia de antes, experiencia de antes, conocimiento de antes, fe de antes, logros de antes, expresiones religiosas y frases de antes. Al igual que los gabaonitas, su pan siempre está enmohecido y su calzado siempre remendado y pesado. Parece que nunca avanzan. ¿Es usted como uno de ellos? Si lo es, está viviendo sin aprovechar sus privilegios y dejando de cumplir sus obligaciones. Ya es tiempo de que se examine a sí mismo.

Si tiene razones para creer que es un verdadero creyente pero no crece en la gracia, tiene que haber alguna falta, y alguna falta grave

en alguna parte. No puede ser la voluntad de Dios que su alma permanezca inerte. "Dios…da gracia a los humildes" y "ama la paz de su siervo" (Stg. 4:6; Sal. 35:27). No puede ser para bien de su propia felicidad ni provechoso para usted que su alma permanezca inerte. Sin crecimiento nunca se regocijará en el Señor (Fil. 4:4). Sin crecimiento no puede hacerle bien a nadie. ¡Esta falta de crecimiento es cosa seria! Tendría que provocar mucha inquietud en su corazón. Puede estar pasando con usted como con los hijos de Israel que "hicieron secretamente cosas no rectas" (2 R. 17:9). Tiene que haber alguna razón.

Siga el consejo que le doy. Resuelva este mismo día que encontrará la razón de su inercia. Palpe con mano fiel y segura cada rincón de su alma. Busque de un extremo al otro de su campamento hasta encontrar al Acán que está debilitando sus manos. Comience con un pedido al Señor Jesucristo, el gran Médico de las almas; pídale que cure el mal secreto en su interior, sea cual sea. Comience como si nunca le hubiera pedido nada, y pídale gracia para amputarse la mano derecha o arrancarse el ojo derecho. Pero nunca, nunca se quede tranquilo si su alma no crece. Por su propia paz, por su propia utilidad, por la honra de la causa de su Hacedor, decídase a encontrar el porqué.

(3) Este libro puede caer en manos de algunos que ***realmente están creciendo en la gracia***, pero que no son conscientes de ello y no lo reconocen. ¡Su propio crecimiento es la razón por la cual no ven su propio crecimiento! Su aumento continuo de humildad no les deja sentir que están progresando[9]. Sus rostros resplandecen como el de Moisés cuando bajó del monte después de haber hablado con Dios. La Biblia dice que, "no sabía Moisés que la piel de su rostro resplandecía después que hubo hablado con Dios" (Ex. 34:29). Tales cristianos, lo admito, no son comunes.

Pero se los puede encontrar aquí y allá. Como las visitas de los ángeles, son pocos. ¡Feliz el barrio donde viven estos cristianos

que crecen! Conocerlos, verlos y estar en su compañía es como encontrar y ver un poquito del "cielo en la tierra".

¿Qué les diré a estas personas? ¿Qué puedo decirles? ¿Qué debiera decirles?

¿Decirles que despierten y tengan conciencia de su crecimiento y estén contentos por ello? De ninguna manera.¿Les diré que se alardeen de sus propios logros y que se sientan superiores a otros? ¡Dios no lo permita! De ninguna manera. Decirles semejantes cosas no les haría ningún bien.

---

[9] "El cristiano puede estar creciendo, aun cuando no cree que está creciendo. 'Hay quienes pretenden ser ricos, y no tienen nada; y hay quienes pretenden ser pobres, y tienen muchas riquezas' (Pr. 13:7). La percepción que el cristiano tiene de sus propios defectos en relación con la gracia y su sed por tener mucha más gracia, le hace pensar que no crece. El que anhela tener grandes propiedades, por el hecho de no tener tanto como quisiera, se cree pobre". —T. Watson, 1660

"Las almas pueden abundar en la gracia, pero no saberlo, no percibirlo. El niño puede ser heredero de una corona o una propiedad de gran valor, pero no saberlo. El rostro de Moisés resplandecía, los demás lo veían, pero él no. Muchas almas preciosas son ricas en la gracia, otros lo ven, lo saben y bendicen a Dios por ello y, aun así, ellos mismos no lo perciben. A veces, esto surge del anhelo intenso del alma por tener riquezas espirituales. La intensidad del anhelo del alma por tener riquezas espirituales con frecuencia quita el propio sentido de que ya se está enriqueciendo. Por el deseo de riquezas de muchos codiciosos y el estar esforzándose tanto por lograrlas, algunos no pueden percibir que, de hecho, ya se están enriqueciendo, no lo pueden creer. Sucede lo mismo con muchos cristianos preciosos: Sus anhelos de obtener riquezas espirituales son tan intensos que anulan el sentido de que ya están enriqueciéndose espiritualmente. Muchos cristianos valen mucho interiormente, pero no lo notan. Fue un hombre bueno el que dijo: 'Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía'. Además, a veces esto sucede porque los hombres no revisan bien sus cuentas. Prosperan y se hacen ricos, pero por no revisar su balance no saben si están yendo para adelante o para atrás. Lo mismo sucede con muchas almas preciosas. Por otro lado, esto sucede, a veces, porque el alma revisa su contabilidad con demasiada frecuencia. Si revisa sus cuentas una vez por semana o una vez por mes, es posible que no discierna que se está enriqueciendo cuando de hecho sí lo esté.

Pero si compara su estado de cuentas anualmente, puede percibir claramente que se está haciendo más rico. De manera semejante puede suceder esto en el ámbito espiritual por los errores que el alma comete al revisar sus cuentas. El alma comete errores muchas veces; anda apurada y, entonces, anota diez, en lugar de cien y cien, en lugar de mil. Así como el hipócrita cuenta el cobre como si fuera oro, un centavo como si fuera un peso y siempre se valora muy por encima de su valor real, la persona sincera, con frecuencia,

anota sus pesos como si fueran centavos, sus miles como cientos y se valora muy por debajo de su valor real". —Thomas Brooks, *Unsearchable Riches*, 1661.

Sobre todo, decirles tales cosas sería una pérdida de tiempo. Si existe una característica que distingue al creyente que crece, es el profundo sentir de que es indigno. Nunca ve en sí mismo nada que elogiar. Solo siente que es un siervo indigno y el peor de los pecadores.

Es el justo, en el día del juicio el que dirá: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos" (Mt. 25 :37). Los extremos son a veces extrañamente iguales. El pecador con conciencia endurecida y el santo insigne son singularmente iguales en un aspecto. Ninguno de los dos tiene plena conciencia de su propia condición. ¡Uno no ve su propio pecado y el otro no ve su propia gracia!

Entonces, ¿No les diré nada a los cristianos que están creciendo? ¿No tengo ningún consejo para darles? La suma y sustancia de todo lo que puedo decirles se encuentran en dos frases: "¡Sigan adelante!" "¡Vayan adelante!"

Nunca podemos tener demasiada humildad, demasiada fe en Cristo, demasiada santidad, demasiada espiritualidad en nuestros pensamientos, demasiado amor, demasiado celo en hacer el bien. Entonces olvidemos continuamente las cosas pasadas y sigamos extendiéndonos a las cosas que están delante (Fil. 3:13). El mejor de los cristianos en estas cosas está infinitamente por debajo de la perfección de su Señor. Diga lo que diga el mundo, no hay ningún peligro de que alguno nosotros llegue a ser "demasiado bueno".

Consideraciones finales

Echemos fuera viento como inútil la noción común de que es posible irnos a los "extremos" o "**llegar demasiado lejos**" en lo que a religión se refiere. Esta es una mentira favorita del diablo y la hace circular a los cuatro vientos. No cabe duda que existen los

exaltados y fanáticos que hacen quedar mal al cristianismo con sus extravagancias y sus locuras. Pero si lo que uno quiere decir es que el hombre mortal puede ser demasiado humilde, demasiado caritativo, demasiado santo o demasiado diligente en hacer el bien, tiene que ser o un indigno o un necio. Es fácil ir demasiado lejos en servir a los placeres y al dinero. Pero no hay extremos en seguir todo lo que conforma la verdadera religión y servir a Cristo.

Nunca comparemos nuestra religión con la de otros, ni pensemos que estamos haciendo suficiente si hemos ayudado a otros más allá de nuestros vecinos. Esta es otra trampa del diablo. Atengámonos a lo nuestro. "¿Qué a ti?" dijo nuestro Maestro en cierta ocasión: "Sígueme tú" (Jn. 21:22). Sigamos adelante, teniendo como meta la perfección. Sigamos adelante, haciendo la vida y el carácter de Cristo nuestro único modelo y ejemplo. Sigamos adelante, recordando todos los días que, aun en el mejor de los casos, no somos más que miserables pecadores. Sigamos adelante, sin olvidar nunca que no tiene ninguna importancia si somos mejores que los demás o no. En el mejor de los casos, somos peor de lo que deberíamos ser. Siempre tendremos lugar para mejorar. Hasta el final seremos deudores de la misericordia y la gracia de Cristo. Entonces dejemos de mirar a otros y de compararnos con ellos. Ya tendremos bastante para hacer si miramos dentro de nuestro propio corazón.

En último lugar, pero no por eso menos importante, si algo sabemos de crecimiento y de la gracia y anhelamos saber más, *no nos sorprenda que tengamos que pasar por muchas pruebas* y aflicciones en este mundo.

Creo firmemente que esta es la experiencia de casi todos los santos más insignes. Les sucedió igual que a su bendito Maestro que fue "despreciado y desechado entre los hombres" y tuvo que "perfeccionase por aflicciones" (Is. 53:3; He. 2:10). Es impactante lo que dijo de nuestro Señor cuando declaró: "Todo aquel que lleva

fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto" (Jn. 15:2). Es un hecho lamentable que la prosperidad continua temporal, por regla general, obra en detrimento del alma del creyente. No podemos aguantarlo. Las enfermedades, pérdidas, cruces, ansiedades y desencantos parecen ser absolutamente necesarios para mantenernos humildes, en guardia y en un buen nivel espiritual. Aquellas aparentes calamidades son tan indispensables como el cuchillo para podar la vid y el fuego para refinar el oro. No son agradables, humanamente no nos gustan, y a menudo no podemos comprender el porqué. La Biblia dice que "ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados" (He. 12:11). Cuando lleguemos al cielo, encontraremos que todo obró para nuestro bien.

Permanezcan estos pensamientos en nuestras mentes si es que anhelamos crecer en la gracia. Cuando vengan los días oscuros, no nos resulte extraño. Más bien recordemos que las lecciones asimiladas en días oscuros nunca las hubiéramos aprendido en los días soleados. Digámonos: "Esto también es para mi provecho a fin de que pueda ser yo partícipe de la santidad de Dios. Me es enviado con amor. Estoy en la mejor escuela de Dios. Corrección es instrucción. Esto tiene el fin de hacerme crecer".

Dejo aquí el tema de crecimiento en la gracia. Espero haber dicho lo suficiente como para poner a pensar a algunos lectores. Todo se está avejentando: El mundo se está poniendo viejo, nosotros mismos nos estamos poniendo viejos, unos cuantos veranos más, unos cuantos inviernos más, algunas enfermedades más, algunas aflicciones más, algunos casamientos más, algunos funerales más,

algunas reuniones más y algunas partidas más, y después ¿qué? Bueno pues, ¡el pasto estará creciendo sobre nuestras tumbas!

Entonces, ¿no sería bueno que miráramos nuestro interior y les hiciéramos a nuestras almas una sencilla pregunta? En la religión, en

las cosas que conciernen a nuestra paz, en el grandioso tema de nuestra santidad personal, ¿estamos yendo adelante? *¿Estamos creciendo?*

7. Seguridad

"Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la

carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida".

2 Timoteo 4:6-8

Los tres puntos de vista del Apóstol Pablo

En las palabras de las Escrituras que encabezan esta página, notamos al Apóstol Pablo mirando en tres direcciones: Hacia abajo, hacia atrás y hacia adelante: Hacia abajo a la tumba, hacia atrás a su propio ministerio y hacia adelante a aquel gran día, ¡el *Día del juicio*!

Nos hará bien ponernos junto al Apóstol por unos minutos y tomar nota de las palabras que usa. ¡Feliz el alma que puede mirar hacia donde Pablo miró y hablar como él lo hizo!

(a) Mira ***hacia abajo*** a la tumba y lo hace sin temor. Escúchele decir:

"Yo ya estoy para ser sacrificado". Soy como un *animal* llevado al lugar del sacrificio y atado con cuerdas a los cuernos del altar. La ofrenda de bebida, que generalmente acompaña a la oblación, ya está siendo derramada. Ya se han realizado las últimas ceremonias. Ya se han hecho todos los preparativos. Sólo queda recibir el golpe mortal y entonces, todo habrá terminado.

"El tiempo de mi partida está cercano". Soy como un *barco* que está por zarpar al mar. Todos a bordo están listos. Sólo espero soltar amarras y levar anclas para zarpar y emprender mi viaje.

¡Éstas son palabras asombrosas que proceden de un hijo de Adán como nosotros! La muerte es algo solemne y nunca lo es más que cuando vemos que se acerca.

La tumba es un lugar frío y repulsivo, y es inútil que pretendamos que no es aterrador. Sin embargo, aquí está un mortal que puede mirar con calma ese sitio estrecho "destinado a todos los vivientes" y decir, estando al borde de él: "Lo veo todo, y no tengo temor".

(b) Escuchémosle otra vez. Mira ***hacia atrás*** a su vida de ministerio y lo hace sin remordimientos. Dice ahora:

"He peleado la buena batalla". Aquí habla como un *soldado*. He peleado la buena batalla con el mundo, la carne y el diablo, de la que tantos retroceden y tantos evitan.

"He acabado la carrera". Aquí habla alguien *que ha corrido para ganar un* premio. He corrido la carrera programada para mí. He cubierto el territorio que me fue asignado, sin importar lo duro y empinado que era. No he abandonado la carrera por las dificultades que conlleva, ni me desanimé por lo larga que era. Por fin tengo la meta a la vista.

"He guardado la fe". Aquí habla como un *mayordomo*. Me he mantenido fiel al glorioso evangelio que me fue encomendado. No lo he mezclado con tradiciones humanas, no he arruinado su sencillez agregando mis propias invenciones, ni he dejado que otros la adulteraran, aun viéndome obligado a enfrentarlos cara a cara. "Como un soldado, un corredor y un mayordomo", parece decir: "No me avergüenzo".

Feliz el cristiano que al partir del mundo, puede dejar el legado de un testimonio como éste. Una conciencia limpia no salva a nadie, no quita el pecado, no lleva ni un milímetro más cerca del cielo. No obstante, una conciencia limpia será una compañera agradable junto a nuestro lecho a la hora de morir. Hay un hermoso pasaje en *El Progreso del Peregrino* que describe la travesía de Integridad a la casa de su Padre:

Integridad les llamó a sus amigos y les dijo: Muero, pero no haré testamento. Mi integridad irá conmigo; que lo sepan los que vinieren después.

Llegado el día señalado, se apercibió para hacer la travesía. El río, en aquel entonces, se había desbordado en algunas partes; pero Integridad, que en vida había apalabrado a un tal Buena-Conciencia para que le auxiliase, lo encontró allí, y dándole la mano, le ayudó

a través de las aguas.

Podemos estar seguros de que hay algo de cierto en ese pasaje.

(c) Escuchemos una vez más al Apóstol. Mira ***hacia adelante*** al gran día cuando tendrá que rendir cuentas y lo hace sin dudar. Note sus palabras:

"Me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida".

"Una recompensa gloriosa", parece decir, "está preparada y reservada para mí, una corona que sólo reciben los justos. En el gran Día del juicio, el Señor me dará a mí esta corona y la dará a todos los que lo han amado como un Salvador invisible y han anhelado verle cara a cara. Mi obra en la tierra ha terminado. Me queda sólo esto para esperar, esto y nada más".

Observemos que el Apóstol habla *sin ninguna vacilación* y sin desconfianza. Considera la corona como cosa segura, como si ya fuera suya. Declara con una confianza inquebrantable y seguridad absoluta que el Juez justo le dará esa corona. El gran trono blanco, todos los pueblos reunidos, los libros abiertos, la revelación de todos los secretos, los ángeles que escuchan y la sentencia imponente, eran cosas que Pablo conocía muy bien. Pero ninguna de éstas lo impresionaba. Su fe fuerte las sobrepasaba a todas y veía a Jesús únicamente, a su Abogado vencedor absoluto, la sangre de la aspersión y el pecado limpiado. "Me está guardada", dice, "la corona". "El Señor me dará a mí esa corona". Habla como si hubiera visto todo esto con sus propios ojos.

Éstas son las cosas principales que estos versículos contienen.

No me enfocaré en todo el pasaje porque quiero limitarme al tema especial de este capítulo. Trataré de considerar el tema de la inquebrantable "esperanza segura", con la que el Apóstol mira en perspectiva el día del juicio.

Lo haré enseguida, por la gran importancia que le da el Apóstol al tema de la seguridad y la gran negligencia que, humildemente admito, ha sufrido a menudo en la actualidad.

Pero a la vez lo hago con temor y temblor. Siento que estoy pisando un terreno difícil y que es fácil hablar de esto sin reflexionar y de un modo no bíblico. El camino entre la verdad y el error, en este caso, es un laberinto angosto y estaré muy agradecido si puedo hacerle bien a algunos sin perjudicar a otros.

Hay cuatro componentes que quiero presentar al hablar sobre el tema de la seguridad y pueden despejar nuestro camino a medida que los voy nombrando.

I. Primero, entonces, procuraré mostrar que una esperanza segura, como la que Pablo expresa, es *algo cierto y bíblico*.

II. En segundo lugar, haré esta amplia afirmación: *El que nunca llega a tener esta esperanza segura puede, aun así, ser salvo.*

III. En tercer lugar, daré *algunas razones por las cuales una esperanza segura es sumamente deseable.*

IV. Por último, trataré de destacar *algunas causas por las cuales, rara vez, se llega a tener una esperanza segura.*

Pido la atención de todo el que le interesa el gran tema de este capítulo. Si no me equivoco, hay una relación muy estrecha entre la verdadera santidad y la seguridad. Antes de terminar esta exposición, espero haber mostrado a mis lectores la naturaleza de esa relación. Por ahora, me contento con decir que donde hay más santidad, por lo general, hay también más esperanza.

I. Una esperanza segura es algo cierto y bíblico

Primero, entonces, procuraré mostrar que *una esperanza segura es algo cierto y bíblico*. La seguridad, como lo que expresa Pablo en los versículos que encabezan este capítulo, no es mera fantasía ni

un simple sentimiento. No es el resultado de una reacción animal intensa, ni la percepción de una persona con temperamento sanguíneo. Es un don positivo del Espíritu Santo, otorgado sin relación alguna con el físico, un don que *cada creyente* en Cristo debiera anhelar y buscar.

En temas como estos, la primera pregunta es ésta:

(a) ***¿Qué dicen las Escrituras?*** Contesto la pregunta sin ninguna vacilación. Me parece a mí que la Palabra de Dios enseña claramente que *el creyente puede llegar a tener una confianza segura* con respecto a su propia salvación.

Afirmo plena y ampliamente como verdad de Dios, que el verdadero cristiano, el hombre convertido, puede llegar a un grado de fe en Cristo tan segura que, en general, se siente con una confianza total en cuanto al perdón y la seguridad de su alma; rara vez tendrá dudas, rara vez lo distraerán los temores, rara vez lo molestarán ansiosos cuestionamientos y, en suma, aunque muchas veces se sentirá desconcertado por los muchos conflictos interiores con el pecado, esperará con anticipación la muerte sin temblar y el juicio sin consternación[1]. Esto, afirmo yo, es la doctrina de la Biblia.

Tal es mi posición sobre la seguridad. Les pido a mis lectores que la tengan muy en cuenta. No digo ni menos ni más de lo que ya he presentado.

---

[1] "La plena seguridad de que Dios ha librado a Pablo de condenación, sí, tan plenamente y real que produce agradecimiento y triunfos en Cristo, puede confundirse y, de hecho, se entremezcla con las quejas y lamentos de una condición desdichada porque permanecía en el Apóstol el cuerpo de pecado".
—*Triumph of Faith* (Triunfo de la fe) por Rutherford, 1645.

Una afirmación como ésta es, a menudo, disputada y negada. Muchos no ven nada de verdad en ella.

La Iglesia Católica Romana denuncia la garantía de la seguridad en términos contundentes.

El Concilio de Trento declara sin tapujos que "la seguridad del creyente en el perdón de sus pecados es una seguridad vana e impía" y el cardenal Bellarmine, reconocido campeón del catolicismo romano, llama a la seguridad "un error capital de los herejes".

(b) La ***gran mayoría de los cristianos mundanos e irreflexivos entre nosotros se oponen*** a la doctrina de la seguridad del creyente. Les ofende e irrita oír de ella. No les gusta que otros se sientan tranquilos y seguros porque ellos mismos no se sienten así. ¡Pregúnteles si sus pecados han sido perdonados y, probablemente, le dirán que no saben! Entonces, no nos extrañe que no puedan aceptar la doctrina de la seguridad.

(c) Pero hay también algunos ***creyentes auténticos que rechazan*** la seguridad o que la evitan como una doctrina llena de peligros. Consideran que es casi una presunción. Parecen creer que es una muestra de humildad no sentirse nunca seguros, nunca confiar totalmente y vivir con cierto grado de duda y suspenso con respecto a sus almas. Esto es de lamentar y perjudica en gran manera.

(d) Admito sinceramente que hay ***personas presuntuosas*** que profesan sentir una confianza que no tiene una garantía bíblica: Siempre hay algunos que piensan bien de sí mismos cuando Dios piensa lo contrario; también hay algunos que piensan mal de sí mismos cuando Dios piensa bien de ellos. Siempre habrá gente así. Nunca ha existido una verdad bíblica que no sufra abusos y sea falsificada. La elección de Dios, la impotencia del hombre y la salvación por gracia sufren abusos por igual.

Los fanáticos y exaltados existirán mientras exista el mundo. A pesar de todo esto,

la seguridad es una realidad y una cosa verdadera y los hijos de Dios no deben dejar que quienes abusan de ella los aparten de esa verdad[2].

Mi respuesta a todos los que niegan la existencia de una seguridad

real y bien fundamentada es sencillamente ésta: *¿Qué dicen las Escrituras?* Si no la encontráramos allí, no diría ni una palabra más.

Pero, ¿acaso no dice Job: "Yo *sé* que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios" (Job 19:25, 26)?

¿Acaso no dice David: "Aunque ande en valle de sombra de muerte, *no temeré mal alguno*, porque tú estarás conmigo" (Sal. 23:4)?

---

[2] "No vindicamos a todo el que pretende vanamente tener 'el testimonio del espíritu'. Ni tampoco recomendamos a aquellos de cuya profesión de fe, no vemos más que su atrevimiento y confianza. Pero no rechacemos ninguna doctrina de revelación por un temor demasiado ansioso de las consecuencias". —*Christian System* (Sistema cristiano) por Robinson.

"La seguridad auténtica se edifica sobre un fundamento bíblico. La presunción no tiene ningún pasaje bíblico sobre el cual basarse; es como un testamento sin sello ni testigo, que es nulo e inválido ante la ley. A la presunción le falta tanto el testigo de la Palabra como el sello del Espíritu. La seguridad siempre mantiene al alma en una postura humilde, pero la presunción en el orgullo. Las plumas vuelan para arriba, pero el oro desciende; aquel que tiene esta seguridad de oro, tiene un corazón que desciende en humildad". —*Body of Divinity* por Watson, 1650.

"La presunción incluye una vida disoluta; la convicción, una conciencia tierna; la primera se atreve a pecar porque se cree segura, la segunda no se atreve a hacerlo por temor a perder su seguridad. La convicción no peca porque le costó muy caro a su Salvador; la presunción peca porque la gracia abunda. La humildad es el camino al cielo. Los que están orgullosamente seguros de ir al cielo no pasan al frente con tanta frecuencia porque temen irse al infierno". —Adams sobre la Segunda Epístola de Pedro, 1633.

¿Acaso no dice Isaías: "Tú guardarás en *completa paz* a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado" (Is. 26:3)? Y también: "Y el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y *seguridad* para siempre" (Is. 32:17).

¿Acaso no dice Pablo en Romanos: "Por lo cual estoy *seguro* de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni

potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 8:38, 39)?

¿Acaso no le dice a los corintios: "Porque *sabemos* que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos" (2 Co. 5:1)?

Y otra vez: "Así que vivimos *confiados* siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor" (2 Co. 5:6).

¿Acaso no le dice a Timoteo: "Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo *sé* a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día" (2 Ti. 1:12)?

¿Y acaso no les habla a las colosenses de "alcanzar todas las riquezas de pleno *entendimiento*" (Col. 2:2) y a los Hebreos de la "plena *certeza* de la esperanza" y la "plena certidumbre de fe" (He. 6:11; 10:22)?

¿No dice Pedro expresamente: "Procurad hacer *firme* vuestra vocación y elección" (2 P. 1:10)?

¿Acaso no dice Juan: "*Sabemos* que hemos pasado de muerte a vida" (1 Jn. 3:14)?

Y también: "Para que *sepáis* que tenéis vida eterna"(1Jn.5:13).

Y otra vez: "*Sabemos* que somos de Dios" (1Jn. 5:19).

¿Qué diremos a todo esto? Anhelo hablar con toda humildad sobre cualquier punto controversial. Siento que soy sólo un pobre hijo falible de Adán. Pero tengo que decir que en los pasajes que he citado veo algo muy superior a meras "esperanzas" y "confianzas" con las cuales muchos creyentes parecen contentarse en la actualidad. Veo un lenguaje de convicción, confianza,

conocimiento y, casi diría, de certidumbre. Y siento por mi parte, que puedo considerar estos pasajes y ver clara y evidentemente que enseñan: *Que la doctrina de la seguridad del creyente es cierta.*

Respuestas a las Escrituras

(a) Pero mi respuesta, además, a todos los que no les gusta la doctrina de la seguridad del creyente porque la consideran casi como una presunción, es ésta: No puede ser presunción ***seguir los pasos*** de Pedro, Pablo, Job y Juan. Todos fueron hombres con una mentalidad eminentemente humilde, si es que alguna vez hubo alguno; y, no obstante, todos estos hablan de su propio estado con una esperanza segura. Esto indudablemente nos enseña que una humildad profunda y una seguridad sólida son perfectamente compatibles y que no hay ninguna relación aquí entre la confianza espiritual y el orgullo[3].

(b) Pero mi respuesta, además, es que ***muchos han alcanzado*** una esperanza segura tal como nuestro texto expresa, aun, en los tiempos modernos. No puedo aceptar ni por un momento que éste fue un privilegio singular limitado a la época apostólica. Han habido en nuestro país, muchos creyentes que parecen haber andado en una comunión casi ininterrumpida con el Padre y el Hijo, que parecen haber disfrutado constantemente de un sentido cada vez mayor de la luz del rostro de Dios brillando sobre ellos y han dejado registrada su experiencia. Podría mencionar nombres muy conocidos, si el espacio lo permitiera. Lo cierto es que esto ha sido, es y eso basta.

(c) Por último, mi respuesta es: No puede ser errado sentirse seguro de un asunto del que Dios ***habla incondicionalmente***, creer decididamente cuando Dios promete resueltamente y estar convencido de tener el perdón y la paz cuando descansamos en la palabra y la promesa de Aquel que nunca cambia. Es error craso suponer que el creyente que se siente seguro descansa en algo que él

mismo ve. Sencillamente, se apoya en el Mediador del Nuevo Pacto y las Escrituras de la verdad. Cree que el Señor Jesús quiere decir lo que dice y *toma como ciertas sus palabras*. La seguridad es, después de todo, nada más que una *fe que ha llegado a su plenitud*, una fe fuerte que toma la promesa de Dios con ambas manos y una fe que argumenta como el buen centurión: "Solamente di la palabra, y mi criado sanará" (Mt. 8:8). ¿Cómo, entonces, podría yo dudar?[4]

---

[3] "Están muy equivocados los que piensan que la fe y la humildad no concuerdan; no sólo concuerdan muy bien, sino que no pueden ser separadas". —Traill.

[4] "Estar seguros de nuestra salvación", dice Agustín, "no es terca arrogancia, es nuestra fe. No es arrogancia, es devoción. No es presunción, es la promesa de Dios". —*Defense of Apology* (Defensa de la apología) por el Obispo Jewell, 1570.

"Si la base de nuestra seguridad fuéramos nosotros mismos, se podría llamar presunción con razón; pero como su base es el Señor y el poder de su fuerza, los que consideran que una confianza segura es presunción, o no saben lo que es la fuerza de su poder o poco la valoran". —*Whole Armour of God* (Toda la armadura de Dios) por Gouge, 1647.

"¿En qué se basa esta certidumbre de culpabilidad? Seguramente nada que haya en nosotros. Nuestra seguridad para perseverar se basa toda en Dios. Si nos miramos a nosotros mismos, vemos razón para temer y dudar, pero si miramos a Dios, encontraremos razón para estar seguros". —Hildersam sobre 1 Juan 4, 1632.

"Nuestra esperanza no cuelga de un hilo débil como: 'Me imagino que', ni 'quizá sea', sino de un cable, la soga fuerte amarrada a un ancla, es el pacto y la promesa de aquel que es verdad eterna. Nuestra salvación está amarrada a la mano misma de Dios y a la fuerza misma de Cristo, a los indestructibles lazos de la naturaleza inmutable de Dios". —*Letters* (Cartas*)* por Rutherford, 1637.

La seguridad de Pablo basada en Cristo

Podemos estar seguros de que Pablo sería el último ser sobre la tierra que basaría su seguridad en una experiencia personal. Aquel que dijo: "Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero" (1 Ti. 1:15), tenía un sentido profundo de su culpabilidad y corrupción. Pero también tenía un sentido, aún más profundo, de la longitud y la amplitud de la justicia de Cristo

que le fue imputada. Él que podía clamar: "¡Miserable de mí!" (Ro. 7:24), tenía una visión clara de la fuente de impiedad en su propio corazón. Pero tenía un sentido aún más claro de esa otra Fuente que puede quitar "todo pecado e impureza" (Lv. 16:16). Él, que sentía ser "menos que el más pequeño de todos los santos" (Ef. 3:8), tenía un vivo y permanente sentido de su propia debilidad. Pero tenía una convicción aún más viva de que Cristo no podía faltar a su promesa de que sus ovejas "no perecerán jamás" (Jn. 10:28). Pablo sabía, (si es que algún hombre pudiera saber), que era una pobre y frágil embarcación flotando en un mar tempestuoso. Veía (si es que alguien pudiera ver), las olas enormes y la rugiente tempestad que lo rodeaban. Pero luego apartaba la mirada de sí mismo, la fijaba en Jesús y dejaba de tener temor. Recordaba aquel ancla detrás del velo que es "segura y firme" (He. 6:19). Recordaba las palabras, la obra y la intercesión constante de Aquel que lo amaba y se había entregado por él. Y era esto y nada más que esto por lo que pudo decir con audacia: "Por lo demás, me está guardada la corona de justicia" (2 Ti. 4:8) y concluir con tanta firmeza: "Y el Señor me librará de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial" (2 Ti. 4:18)[5].

[5] "En su viaje al cielo nunca se ha muerto o ahogado un creyente en Jesucristo. Cada uno se encontrará sano y salvo con el Cordero en el Monte Sion. Cristo no pierde ni a uno de ellos, sí, a ninguno (Jn. 6:39). Ni un solo hueso de ningún creyente yacerá en el campo de batalla. Todos son más que vencedores por medio de aquel que los amó (Ro. 8:37)". —Robert Traill.

Ya dejaré esta parte del tema. Creo que podemos admitir que he establecido un buen fundamento para la afirmación que hice: Una esperanza segura es algo cierto y bíblico.

II. Puede ser que un creyente nunca llegue a sentir esta esperanza segura.

Paso al segundo punto que mencioné. Dije: *El creyente que*

nunca llega a tener esta esperanza segura, que Pablo expresa puede, aun así, ser salvo.

Reconozco esto sin problema. No lo disputo ni por un momento. No quiero contristar a algún corazón que Dios no haya entristecido, ni desalentar a un hijo débil de Dios, ni dejar la impresión de que alguien no puede ser salvo en Cristo a menos que se sienta seguro.

Una persona puede tener una fe salvadora en Cristo y, aun así, nunca disfrutar de una esperanza segura, como la que disfrutó el Apóstol Pablo. Creer y tener un rayo de esperanza de haber sido aceptado es una cosa; otra muy distinta es tener "gozo y paz" en nuestra fe y abundar en esperanza. Todos los hijos de Dios tienen fe, no todos sienten seguridad. Creo que nunca hay que olvidar esto.

Sé que algunos hombres que considero importantes y buenos tienen una opinión distinta. Creo que muchos ministros del evangelio excelentes, a cuyos pies con gusto me sentaría, no aceptan la diferencia que he mencionado. Pero no quiero llamar maestro a nadie. Detesto tanto como cualquiera, la idea de curar apenas un poco las heridas de la conciencia, pero me parece que, cualquier otro concepto distinto al que he enunciado, constituye un evangelio muy incómodo para predicar y uno que, muy posiblemente, mantendría a las almas alejadas por mucho tiempo de la puerta a la vida[6].

No dudo en decir que por gracia, alguien puede tener suficiente fe para acudir a Cristo, suficiente fe para realmente aferrarse a él, realmente confiar en él, realmente ser hijo de Dios y realmente ser salvo, y, aun así, hasta el fin de sus días, no poder librarse de mucha ansiedad, duda y temor. Dice un antiguo escritor: "Se puede escribir una carta, que no se sella; de la misma manera la gracia puede estar escrita en el corazón pero, aun así, no contar con el sello de la seguridad". Un niño puede nacer heredero de una gran fortuna y,

aun así, nunca saber de sus riquezas, vivir como niño y morir como niño sin haber sabido nunca la grandeza de sus posesiones. De la misma manera, alguien puede ser un infante en la familia de Cristo, pensar como un infante, hablar como un infante y, aunque salvo, nunca disfrutar de una esperanza viva, ni conocer los verdaderos privilegios de su herencia.

La diferencia entre fe y seguridad

Nadie me malentienda cuando hablo con firmeza sobre la realidad, el privilegio y la importancia de la seguridad. Nadie me haga la injusticia de decir que enseño que ninguno es salvo a menos que pueda decir con Pablo: "Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día" (2 Ti. 4:8). Eso no es lo que digo. No enseño nada que se le parezca.

(a) ***Es indispensable que el hombre tenga fe en el Señor Jesucristo***, si ha de ser salvo. No conozco otro modo de acceso al Padre. No veo ningún indicio de misericordia, excepto a través de Cristo. El hombre *tiene que* sentir sus pecados y su condición perdida, *tiene que* acudir a Jesús para obtener perdón y salvación, y

[6] Referimos al lector que quiera saber más acerca de este tema, al Apéndice, al final de este capítulo, en el que encontrará fragmentos de escritos de varios teólogos ingleses reconocidos que apoyan la posición de este capítulo sobre la seguridad. Los fragmentos son demasiado largos para insertar en esta página.

tiene que poner toda su esperanza en él y sólo en él. Pero aunque sólo tiene fe para hacer esto, por más débil y endeble que sea esa fe, afirmo que no se perderá el cielo; las Escrituras lo garantizan.

Nunca, nunca restrinjamos la libertad del evangelio glorioso, ni limitemos sus verdaderas proporciones. Nunca hagamos más estrecha la puerta y el camino más angosto de lo que el orgullo y amor al pecado lo han hecho ya. El Señor Jesús es muy compasivo y misericordioso. No tiene en cuenta la *cantidad* de fe, sino la

calidad; no mide su graduación, sino su veracidad. No romperá ninguna caña cascada, ni apagará ningún pábilo que humea. Nunca permitirá que se diga que alguien pereció para siempre a los pies de la cruz. Dice: "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera" (Jn. 6:37)[7].

¡Sí! Aunque la fe de alguien puede no ser más grande que un grano de mostaza, si lo trae a Cristo y hace posible que toque la punta de su manto, será salvo tanto como lo es el santo más antiguo en el paraíso, salvo tan completa y eternamente como Pedro, Juan o Pablo. Hay grados en nuestra santificación. No así en nuestra justificación. Lo que está escrito, escrito está, y nunca fallará: "Todo aquel que en él creyere", no el que tiene una fe fuerte y poderosa, "todo aquel que en él *creyere*, no será avergonzado" (Ro. 10:11).

(b) Pero en medio de todo esto, recordemos que ***puede ser que la pobre alma del creyente no tenga una seguridad completa*** de haber sido perdonado y aceptado por Dios. Puede sufrir temor tras temor y duda tras duda. Puede tener en su interior muchas preguntas, mucha ansiedad, muchas luchas y muchas incertidumbres (nubarrones y oscuridad, tormentas y tempestades) hasta el final.

---

[7] "Aquel que cree en Jesús nunca será confundido. Ninguno lo ha sido en el pasado ni lo será usted, si cree. La siguiente fue una gran declaración de fe de un hombre a punto de morir de una manera peculiar, entre su condenación y su ejecución. Sus últimas palabras fueron éstas, dichas a viva voz: 'Nunca hombre alguno murió con su rostro hacia Cristo Jesús'". —Robert Traill (1642-1716).

Afirmo, lo repito, que una fe simple y sencilla en Cristo salva al hombre, aunque nunca logre sentirse seguro, pero no digo que lo llevará al cielo con consolaciones fuertes y abundantes. Afirmo que lo llevará a puerto seguro, pero no que entrará a todo vapor, seguro y con regocijo. No me sorprendería que llegara azotado por los elementos y sacudido por las tempestades, casi sin darse cuenta de que está seguro, hasta que abre sus ojos en la gloria.

Creo que es de suma importancia tener en mente esta diferencia entre fe y seguridad. Explica cosas que el que se pregunta acerca de la religión, a veces, encuentra difícil de entender.

Recordemos que la fe es la raíz y la seguridad es la flor. Nunca se puede tener una flor sin una raíz, pero no es menos cierto que se puede tener la raíz y no la flor.

Fe es aquella pobre mujer que se acercó temblorosamente a Jesús y tocó la punta de su manto (Mr. 5:25ss). Seguridad es Esteban parado con calma en medio de sus asesinos diciendo: "He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios" (Hch. 7:56).

Fe es el ladrón penitente exclamando: "Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino" (Lc. 23:42). Seguridad es Job, sentado entre las cenizas, cubierto de llagas diciendo "Yo sé que mi Redentor vive" (Job 19:25) y "aunque él me matare, en él esperaré" (Job 13:15).

Fe es la exclamación de Pedro, cuando empezaba a hundirse en el agua: "¡Señor, sálvame!" (Mt. 14:30). Seguridad es ese mismo Pedro declarando tiempo después ante el Concilio: "Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hch. 4:11, 12).

Fe es la voz ansiosa y temblorosa: "Creo; ayuda mi incredulidad" (Mr. 9:24). Seguridad es el desafío dicho con convicción: "¿Quién acusará a los escogidos de Dios?...

¿Quién es el que condenará?" (Ro. 8:33, 34). Fe es Saulo orando en la casa de Judas en Damasco, triste, ciego y solo (Hch. 9:11). Seguridad es Pablo, el prisionero anciano, contemplando tranquilo a la tumba y diciendo: "Yo sé a quién he creído". "Por lo demás, me está guardada la corona de justicia" (2 Ti. 1:12; 4:8).

Fe es *vida*. ¡Qué bendición tan grande! ¿Quién puede describir o entender el abismo entre la vida y la muerte? "Mejor es perro vivo

que león muerto" (Ec. 9:4). No obstante, la vida puede ser débil, enfermiza, enclenque, dolorosa, trabajosa, ansiosa, cansada, pesada, sin gozo ni sonrisas hasta el final. Seguridad es *más que vida*. Es buena salud, fortaleza, poder, vigor, actividad, energía, virilidad y hermosura.

No es la cuestión "salvo o no salvo" la que tenemos delante, sino "con privilegios o sin privilegios". No es cuestión de paz o no paz, sino de mucha paz o poca paz. No es una cuestión entre peregrinos de este mundo y la escuela de Cristo. Es una que pertenece sólo a la escuela de Cristo; es la diferencia entre el comienzo de la primera clase en la escuela y la terminación de la última.

Aquel que tiene fe anda *bien*. Yo sería feliz si pensara que todos los lectores de este libro la tienen. ¡Benditos, tres veces benditos son los que creen! Están seguros. Están limpios. Están justificados. Están fuera del alcance del poder del infierno. Satanás, con toda su malicia, nunca los arrebatará de la mano de Cristo. Pero el que tiene seguridad anda *mucho mejor*; ve más, siente más, sabe más, disfruta más y tiene más días como los que se mencionan en Deuteronomio, a saber, "como los días de los cielos sobre la tierra" (Dt. 11:21)[8].

[8] "El bien más grande que podemos desear, después de la gloria de Dios, es nuestra propia salvación; y el bien más dulce que podemos desear es la seguridad de nuestra salvación. En esta vida no hay bien mayor que estar seguros de lo que disfrutaremos en la vida venidera. Todos los santos disfrutan del cielo cuando parten de esta tierra, algunos santos disfrutan un cielo mientras están aquí en la tierra". —Joseph Caryl, 1653.

III. Razones por las cuales una esperanza segura es sumamente deseable

Paso al tercer tema al cual me referí al principio. Daré *algunas razones por las cuales una esperanza segura es sumamente deseable*.

Pido la atención especial de mis lectores al tratar este punto. Anhelo de corazón que la seguridad sea más buscada de lo que es.

Muchos entre los que creen, empiezan a dudar y siguen dudando, viven dudando y mueren dudando, y van al cielo en una especie de bruma.

Sería lamentable si yo hablara livianamente acerca de "esperanzas" y "seguridades". Pero me temo que muchos de nosotros nos contentamos con ellas y hasta allí llegamos. Me gustaría ver menos creyentes "vacilantes" en la familia del Señor y más que pudieran decir: "Yo sé y estoy convencido". ¡Oh, que todos los creyentes anhelaran los dones mejores y no se contentaran con menos! Muchos se pierden la bendición completa que el evangelio tiene la finalidad de dar. Muchos se mantienen en una condición pobre y hambrienta del alma, mientras que su Señor está diciendo: "Comed, amigos; bebed en abundancia, oh amados"; "pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido" (Cnt. 5:1; Jn. 16:24).

(1) Para empezar, recordemos que la seguridad es algo deseable, por la ***tranquilidad y paz que da en el presente***.

Las dudas y temores tienen el poder de arruinar mucha de la felicidad del verdadero creyente en Cristo. La incertidumbre y el suspenso son malos en todo sentido: En nuestra salud, nuestras pertenencias, nuestras familias, nuestros afectos y nuestras vocaciones terrenales, pero nunca tan malos como en los asuntos que conciernen a nuestras almas. Y mientras un creyente no puede llegar más allá de "esperar que" y "confiar que"

se hace evidente que percibe cierto grado de incertidumbre acerca de su estado espiritual. Las palabras mismas lo implican. Dice: "Espero que" porque no se atreve a decir: "Yo sé que…".

Ahora bien, la seguridad hace mucho para liberar al hijo de Dios de este tipo de dolorosa esclavitud y, por tanto, tiene una gran influencia sobre su tranquilidad. Le hace posible sentir que la gran cuestión de la vida, es una cuestión resuelta, la gran deuda es una

deuda pagada, la grave enfermedad es una enfermedad curada y la gran obra proyectada es una obra terminada. Entonces todas las demás cuestiones, como enfermedades, deudas y obras son pequeñas en comparación. De este modo, la seguridad lo hace paciente en la tribulación, apacible ante la pérdida de un ser querido, impasible en los sufrimientos, sin temor de malas noticias, contento sea cual fuere su condición, porque la da *firmeza* al corazón. Endulza sus copas amargas, aliviana la carga de sus cruces, alisa los lugares ásperos por dónde camina e ilumina el valle de sombra de muerte. Le hace sentir que siempre tiene algo sólido bajo sus pies y algo firme en sus manos, un amigo seguro en el camino y un hogar seguro al final del camino[9].

La seguridad ayuda a soportar la pobreza y las pérdidas. Le enseña a decir: "Con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación". "¿Has de poner tus ojos en las riquezas, siendo ningunas? Porque se harán alas como alas de águila, y volarán al cielo" (Hab. 3:17, 18; Pr. 23:5).

La seguridad mantiene en pie al hijo de Dios bajo las peores pérdidas de seres queridos y le ayuda a sentir: "Todo está bien". El alma segura puede decir: "Aunque seres queridos me han sido arrebatados, sin embargo, Jesús es el mismo y está vivo para siempre. Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. No es así mi casa para con Dios; sin embargo, él ha hecho conmigo pacto perpetuo, ordenado en todas las cosas, y será guardado" (2 R. 4:26; He. 13:8; Ro. 6:9; 2 S. 23:5).

La seguridad hace posible que el hombre alabe a Dios y sea agradecido con él, aun estando en la cárcel, como Pablo y Silas en Filipo. Puede darle cantos al creyente, aun en la noche más oscura, y gozo cuando todo está en su contra[10] (Job 35:10; Sal. 42:8).

La seguridad hace posible que el hombre duerma tranquilo, aun con la perspectiva de morir al día siguiente, como Pedro en el

calabozo de Herodes. Le enseña a decir: "En paz me acostaré, y asimismo dormiré; Porque solo tú, Jehová, me haces vivir confiado" (Sal. 4:8).

La seguridad hace posible que el hombre se regocije de padecer afrentas a causa de Cristo, como lo hicieron los apóstoles cuando los pusieron en la cárcel en Jerusalén (Hch. 5:41). Le recuerda que puede experimentar lo que enseña Jesús en el Sermón del Monte:

---

[9] "El Obispo Latimer le decía a Ridley: 'Cuando vivo con una seguridad decidida y firme sobre el estado del alma, me parece ser valiente como un león. Puedo reírme de todos los problemas, no hay aflicción que me acobarde. Pero cuando estoy eclipsado en mis comodidades, tengo tanto temor espiritual que quisiera correr y meterme en una ratonera'". —Citado por Christopher Love, 1653.

"La seguridad nos ayuda con todo deber y nos arma contra toda tentación, responde a toda objeción, nos sostiene en todas las condiciones en que nos podemos encontrar en los momentos más tristes de la vida. 'Si Dios con nosotros, ¿quién contra nosotros?'". —Obispo Reynolds sobre Oseas 14, 1642.

"Nada puede andarle mal al que tiene seguridad. Dios es de él. ¿Ha perdido un amigo? Su Padre vive.

¿Ha perdido un hijo único? Dios le ha dado a su único Hijo. ¿Le falta pan? Dios le ha dado el mejor, el pan de vida. ¿Ha perdido todos sus consuelos? Él tiene un Consolador. ¿Pasa por tormentas? Sabe dónde ir a puerto seguro. Dios es su Porción y el cielo es su remanso de paz". — Thomas Watson, 1661.

[10] Éstas fueron las palabras de John Bradford en prisión poco antes de su ejecución: "No tengo ningún pedido. Si la reina me otorga la vida, le daré las gracias; si me la quita, le daré las gracias; si me quema en la hoguera, le daré las gracias; si me da condena perpetua, le daré las gracias". Ésta fue la experiencia de Rutherford cuando fue exilado a Aberdeen: "Qué ciegos son mis adversarios que me enviaron a una sala de banquetes y no a una prisión ni a un lugar de exilio". "Mi prisión es un palacio para mí y la sala de banquetes de Cristo". —*Letters.*

"Gozaos y alegraos" (Mt. 5:12) y que hay en el cielo un excelente peso de gloria que compensará todo lo demás (2 Co. 4:17).

La seguridad hace posible que el creyente enfrente una muerte violenta y dolorosa sin temor, como lo hizo Esteban en los primeros tiempos de la iglesia de Cristo y como Cranner, Ridley, Hooper, Latimer, Rogers y Taylor en sus respectivos países. Le trae a la mente los textos "No temáis a los que matan el cuerpo, y después

nada más pueden hacer" (Lc. 12:4). "Señor Jesús, recibe mi espíritu" (Hch. 7:59)[11].

La seguridad fortalece al hombre en sus dolores y enfermedades, le tiende la cama y alisa su almohada en su lecho de muerte. Le hace posible decir: "Si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio" (2 Co. 5:1). "Teniendo deseo de partir y estar con Cristo" (Fil. 1:23). "Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre" (Sal. 73:26)[12].

El fortísimo consuelo que la seguridad puede dar en la hora de la muerte es un punto de gran importancia.

---

[11] Éstas fueron las últimas palabras de Hugh Mckail en el cadalso en Edimburgo en 1666: "Ahora comienzo mi relación con Dios, que nunca será quebrantada. Adiós, madre y padre, amigos y parientes; adiós mundo y todas sus delicias; adiós comidas y bebidas; adiós sol, luna y estrellas. Bienvenido Dios y Padre; bienvenido dulce Señor Jesús, Mediador del nuevo pacto; bienvenido bendito Espíritu de gracia y Dios de toda consolación; bienvenida gloria; bienvenida vida eterna; bienvenida muerte. ¡Oh Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu, pues tú has redimido mi alma, oh Señor Dios de la verdad!".

[12] Éstas fueron las palabras de Rutherford en su lecho de muerte: "¡Oh que todos mis hermanos supieran a qué Señor he servido y qué paz tengo este día! Dormiré en Cristo y cuando despierte estaré satisfecho con ver su rostro" (1661). Éstas fueron las palabras de Baxter en su lecho de muerte: "Bendigo a Dios porque tengo una seguridad absoluta de mi felicidad eterna y mucha paz y consolación en mi interior". Cuando casi llegaba a su final, le preguntaron que cómo estaba. La respuesta fue: "Casi bien". (1691).

Podemos depender de esto, nunca nos será tan preciada la seguridad como cuando nos llega el turno para morir. Son pocos los creyentes que en esa hora atroz no descubren el valor y privilegio de una "esperanza segura", lo hayan pensado o no durante su vida. Las "esperanzas" y "confianzas", en general, son muy buenas mientras brilla el sol y el cuerpo está fuerte; pero cuando estamos por morir, queremos poder decir "Yo *sé que*…" y "Yo *siento que*…". El río de la muerte contiene una corriente fría y

tenemos que cruzarla solos. Ningún amigo terrenal nos puede ayudar. El postrer enemigo, el rey de terrores, es un oponente fuerte. Cuando nuestras almas están partiendo, no hay mejor bebida que el vino fuerte de la seguridad.

En el Libro de Oraciones hay expresiones hermosas en el servicio diseñado para la visita a los enfermos: "El Señor todopoderoso que es torre fuerte para todos aquellos que ponen su confianza en él, sea ahora eternamente tu defensa, y te haga *saber* y *sentir* que no hay otro nombre debajo del cielo, por medio del cual puedes recibir salud y salvación, que el nombre de nuestro Señor Jesucristo". Los compiladores de ese servicio mostraron aquí gran sabiduría. Vieron que cuando los ojos se oscurecen, el corazón se debilita y el espíritu está a punto de partir tiene que haber el *saber* y el *sentir* lo que Cristo ha hecho por nosotros, de otra manera, no puede haber paz perfecta[13].

(2) Recordemos, también, que la seguridad es deseable porque ***tiende a hacer del cristiano un obrero que trabaja activamente.***

Nadie, hablando en general, hace tanto para Cristo en la tierra como los que disfrutan de la confianza más plena de la entrada gratuita al cielo y no ponen su confianza en sus propias obras, sino en la obra consumada de Cristo. Esto puede parecer demasiado maravilloso para ser verdad, pero me atrevo a decir que es cierto.

El creyente que no tiene una esperanza segura, pasará mucho de su tiempo escudriñando el interior de su corazón,

analizando su estado. Al igual que la persona nerviosa e hipocondríaca, estará obsesionado por sus propios problemas, sus dudas y cuestionamientos, sus propios conflictos y corrupciones. En suma, a menudo se encontrará con que está tan trastornado por sus batallas internas que tiene poco tiempo libre para otras cosas y poco tiempo para trabajar para Dios.

En cambio, el creyente que, como Pablo, tiene una esperanza segura, se encuentra libre de estas distracciones que hostigan al

creyente. No desconcierta a su alma con dudas sobre su propio perdón y aceptación. Mira el pacto eterno sellado con sangre, la obra consumada y la palabra inquebrantable de su Señor y Salvador que nunca ha fallado y, por lo tanto, considera su salvación como *cosa segura*. Y es así que puede dar toda su atención a la obra del Señor y, por ende, a la larga, hacerla[14].

Para ilustrar esto, tomemos dos emigrantes ingleses y supongamos que se asientan lado a lado en Nueva Zelanda o Australia. Les dan a ambos un terreno para desmontar y cultivar. Los dos terrenos miden lo mismo y son de la misma calidad.

---

[13] "La medida más pequeña de fe, quita el aguijón de la muerte porque elimina la culpa; pero la seguridad absoluta de la fe, rompe los dientes y la quijada de la muerte misma porque anula el temor y terror a ella". —*Sermon in the Morning Exercises* (Sermón en los matinales) por Fairclough.

[14] "La seguridad nos hace más activos y entusiastas en el servicio de Dios, nos incita a orar y a ser obedientes. La fe nos hace caminar, pero la seguridad nos hace correr. Pensamos que nunca podríamos hacer bastante para Dios. La seguridad es como las alas para el pájaro y el péndulo para el reloj, pone en marcha las ruedas de la obediencia". —Thomas Watson.

"La seguridad causa que el hombre sea ferviente, constante y abundante en la obra del Señor. Cuando el cristiano seguro ha terminado un trabajo, pide otro. '¿Qué tengo que hacer ahora, Señor?', dice el alma segura, '¿qué tengo que hacer ahora?'. El cristiano seguro hará cualquier trabajo que sea, pondrá su cerviz en cualquier yugo por Cristo, nunca piensa que ha hecho bastante, siempre piensa que ha hecho muy poco y cuando ha hecho todo lo que ha podido, toma asiento diciendo 'Siervo inútil soy'". —Thomas Brooks.

Les entregan los títulos oficiales como propietarios, estipulando claramente que es propiedad de ellos y sus descendientes para siempre. Finalmente, registran esos títulos de propiedad con las autoridades correspondientes y de todas las demás maneras ingeniadas por el hombre.

Supongamos que uno de ellos se pone a trabajar para desmontar su tierra y cultivarla, y trabaja en esto día tras día sin parar. Supongamos que, mientras tanto, el otro interrumpe

constantemente su trabajo y acude repetidamente a la oficina del registro público de la propiedad para preguntar si la tierra es realmente de él, si no hay algún error, si, después de todo, los instrumentos legales que le fueron dados no tienen alguna falla.

El primero nunca duda de tener el título de su propiedad, sino que simplemente sigue trabajando. El otro nunca se siente seguro de su título y se pasa la mitad del tiempo en la oficina de catastro, haciendo preguntas innecesarias.

¿Cuál de estos dos hombres habrá progresado más en el lapso de un año? ¿Cuál de ellos habrá hecho más con su propiedad, habrá trillado más tierra, tendrá las mejores cosechas para mostrar y será el más próspero, en general?

Cualquiera, con un poco de sentido común, puede contestar esa pregunta. No tengo que dárselas yo. Sólo puede haber una respuesta. El que dedique total atención a sus tierras obtendrá siempre más éxito.

Sucede algo similar con la cuestión de nuestro título en las "mansiones celestiales". Nadie hará más por el Señor que lo compró como el creyente que ve su título con claridad y no se distrae con incredulidades, dudas, cuestionamientos y vacilaciones. El gozo del Señor será la fortaleza de aquel hombre. Dice David: "Vuélveme el gozo de tu salvación… *Entonces* enseñaré a los transgresores tus caminos" (Sal. 51:12, 13).

Nunca han existido obreros cristianos como los apóstoles. Realmente, la obra de Cristo era su comida y su bebida. No contaban su propia vida como algo a qué aferrarse. Pusieron su libertad, salud y comodidad mundana al pie de la cruz. Y una gran razón de esto, creo, fue su esperanza segura. Eran hombres que podían decir: "*Sabemos* que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno" (1 Jn. 5:19).

(3) Recordemos también que hemos de anhelar la seguridad

porque ***tiende hacer de un cristiano un cristiano decidido.***

La indecisión y las dudas sobre nuestro propio estado son, a los ojos de Dios, un mal gravoso y la madre de todos los males. A menudo producen que el creyente siga con vacilación e incertidumbre al Señor. La seguridad ayuda a desatar muchos nudos, aclara y esclarece la senda del deber cristiano.

Muchos, que esperamos sean hijos de Dios y que tengan gracia verdadera, aunque sea débil, se sienten continuamente atacados por dudas sobre cuestiones prácticas. "¿Está bien que hagamos tales o cuales cosas, que renunciemos a esta costumbre familiar? ¿Hemos de andar con esas compañías? ¿A dónde ponemos los límites a las visitas? ¿Cómo conviene vestirnos y cuáles serán nuestras distracciones? ¿No debemos nunca, bajo ninguna circunstancia, bailar ni jugar a las cartas, ni asistir a fiestas?". Ésta es la clase de preguntas que parece causarles constantes problemas. Y con frecuencia, mucha frecuencia, la raíz sencilla de su perplejidad es que no se sienten seguros de ser hijos de Dios. Todavía no han determinado este punto, de qué lado de la puerta están. No saben si están dentro o fuera del arca.

De que un hijo de Dios debiera comportarse de cierta manera, están seguros, pero la pregunta importante es: "¿Son ellos mismos hijos de Dios?". Si sólo sintieran que lo son, marcharían adelante en línea recta. Pero no estando seguros, sus conciencias están siempre vacilando y en un punto muerto.

El diablo susurra: "Quizá al final de cuenta no eres más que un hipócrita: ¿Qué derecho tienes tú de tomar un camino decidido? Espera a ser realmente cristiano". ¡Y este susurro demasiadas veces hace inclinar la balanza y los lleva a transigir miserablemente con el mundo o desgraciadamente a conformarse a él!

Creo que aquí tenemos una de las razones principales por la cual tantos creyentes en esta época demuestran una conducta inconstante, superficial, insatisfactoria y desganada con el mundo.

Se niegan a despojarse de todo lo relacionado con el viejo hombre porque no están bien seguros de haberse vestido del nuevo. En suma, no tengo ninguna duda de que una causa secreta de "vacilar entre dos opiniones" es la falta de seguridad. Cuando alguien puede afirmar decididamente: "¡Jehová es el Dios, Jehová es el Dios!", su camino se hace muy claro. (1 R. 18:39).

(4) Recordemos, por último, que la seguridad es deseable porque ***tiende a formar cristianos más santos***.

Esto también suena increíble y extraño y, no obstante, es cierto. Es una de las paradojas del evangelio. A primera vista, es contraria a la razón y al sentido común, pero, aun así, es una realidad. Pocas veces distó tanto de la verdad el cardenal Bellarmine como cuando dijo: "La seguridad tiende a producir indiferencia y pereza". Aquel que es perdonado gratuitamente por Cristo siempre hará mucho para la gloria de Cristo y aquel que disfruta al máximo la seguridad de haber sido perdonado mantendrá su andar más íntimo con Dios. Es palabra fiel y digna de ser recordada por todos los creyentes: "Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro" (1 Jn. 3:3). Una esperanza que no purifica al creyente es una burla, una fantasía y una trampa[15].

Nadie tiene mejor posibilidad de vigilar de cerca a sus propios corazones y vidas que aquellos que conocen la tranquilidad de vivir en estrecha comunión con Dios.

El que va de viaje con poco dinero no tiene cuidado del peligro que pueda haber en su itinerario y no le importa lo tarde que viaje. Por el contrario, el que lleva oro y joyas es un viajero cauteloso. Considera bien sus caminos, su hospedaje y sus compañías, y no se expone a ningún riesgo.

---

[15] "La verdadera seguridad de salvación que el Espíritu de Dios haya puesto en cualquier corazón tiene la fuerza de impedir que viva una vida libertina y entreteje en su corazón

amor y obediencia a Dios, como no puede hacerlo ninguna otra cosa en el mundo. La verdadera causa de todo el libertinaje que reina en el mundo es la falta de fe y seguridad o una seguridad falsa y carnal en el amor de Dios". —*Salmo 51*, Hildersam.

"Nadie camina tan armoniosamente con Dios como los que están seguros del amor de Dios. La fe es la madre de la obediencia y la confianza segura da paso a la rectitud en la vida. Cuando los hombres se sueltan de Cristo, se sueltan de sus deberes y su creencia fluctúa; se nota pronto por su inconstancia e irregularidad al caminar. No nos sumamos con presteza a una empresa de cuyo éxito dudamos; de manera semejante, cuando no sabemos si Dios nos aceptará o no, cuando somos inconstantes, así como confiamos y desconfiamos con respecto a las cosas de esta vida, también somos inconstantes en servir a Dios. Es calumnia del mundo decir que la seguridad es una doctrina inútil." —*Exposition of James* (Exposición sobre Santiago) por Manton, 1660.

"¿Quién siente más convicción de que debe cumplir sus obligaciones? ¿El hijo que es consciente de su relación cercana y sabe que su padre lo ama o el sirviente que tiene razones poderosas para dudarlo? El temor es un principio débil e impotente en comparación con el amor. Los terrores pueden despertar, el amor aviva. Los terrores pueden 'casi persuadir', el amor convence sobreabundantemente. Estoy seguro que el hecho de que el creyente sepa que su Amado es de él y él de su Amado (Cnt. 4:3), se ve por la experiencia de que pone sobre él, las obligaciones más fuertes y contundentes de ser leal y fiel al Señor Jesucristo. Hay quien cree que Cristo es precioso (1 P. 2:7), pero también hay el que sabe que Cristo es mucho más precioso, aun 'uno entre diez mil'" (Cnt. 5:10). —*Sermon in Morning Exercises* (Sermón en los matinales) por Fairclough, 1660.

"¿Acaso es necesario que a los hombres se les mantenga con miedo a la condenación, a fin de que sean circunspectos y presten atención a sus obligaciones? ¿Acaso no es la expectativa segura del cielo mucho más eficaz? El amor es el principio más noble y fuerte de la obediencia; y no podemos dudar de que un sentido del amor de Dios por nosotros aumentará el deseo de complacerle". —*Christian System* por Robinson.

Sienten que son privilegiados y temen perder su privilegio. Tiemblan ante la posibilidad de perder su posición y arruinar su tranquilidad por colocar nubarrones entre ellos y Cristo. Un antiguo refrán, aunque muy poco científico, dice que las estrellas fijas son las que más tiemblan. El hombre que disfruta más plenamente de la luz del rostro reconciliado de Dios, será el hombre que tiembla por el solo miedo a perder sus benditas consolaciones y temeroso de hacer algo que contriste al Espíritu Santo.

Encomiendo estos cuatro puntos a la consideración seria de todo cristiano profesante. ¿Quisiera usted sentir los Brazos Eternos abrazándolo y oír todos los días la voz de Jesús acercándose a su

alma y diciendo "Soy tu salvación"? ¿Le gustaría ser un obrero útil en la viña del Señor en su época y generación?
¿Quisiera ser conocido por todos los hombres como un seguidor de Cristo valiente, firme, decidido, fiel e inconmovible? ¿Quisiera tener una mente particularmente espiritual y santa? No dudo que algunos lectores dirán: "Éstas son las cosas que precisamente nuestros corazones anhelan. Las ansiamos, pero parecen estar distantes".

La poca fe puede ser la causa de los fracasos

Ahora bien, ¿se le ha ocurrido alguna vez que haber descuidado la *seguridad* sea posiblemente la razón principal de sus fracasos; que la poca fe que satisface, puede ser la poca paz que siente? ¿Le resulta extraño que las gracias en usted desmayan y languidecen, mientras deja que la fe, que es la raíz y madre de todas ellas, se mantenga enclenque y débil?

Siga hoy mi consejo. Procure aumentar su fe. Procure tener una esperanza segura de su salvación como la del apóstol Pablo. Procure obtener una confianza sencilla en las promesas de Dios como la de un niño. Procure poder decir con Pablo: "Yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día" (2 Ti. 1:12).

Es muy probable que haya intentado otros modos y métodos, y haya fracasado completamente. Cambie su plan. Adopte otra táctica. Empiece por confiar implícitamente. Eche fuera su retraso falto de fe y crea lo que dice el Señor. Venga y humíllese con su alma y sus pecados a los pies de su Salvador. Comience simplemente creyendo y, pronto, todo lo demás le será agregado[16].

IV. Causas por las cuales, rara vez, se logra una esperanza segura

Llego ahora al último tema que mencioné. Prometí explicar *algunas causas por las cuales rara vez se llega a tener una esperanza*

segura. Lo haré brevemente.

Ésta es una cuestión muy seria que debería motivarnos a todos a escudriñar profundamente nuestro corazón. Ciertamente, pocos entre el pueblo de Cristo, parecen alcanzar este bendito espíritu de seguridad. Muchos creen relativamente, pero pocos están convencidos. Muchos, comparativamente, tienen una fe salvadora, pero pocos aquella confianza gloriosa que brilla en el lenguaje de San Pablo. Creo que tenemos que reconocer que éste es el caso.

---

[16] "Lo que provoca tanta perplejidad es que invirtamos el orden de Dios. Algunos dicen 'Si yo supiera que la promesa es para mí y que Cristo fue un Salvador para mí, podría creer'; es decir, primero quiero ver y después creeré. Pero el método correcto es justo al revés. Dijo David: 'Creí; por tanto hablé' (Sal. 116:10). Primero creyó y después vio". —Cardenal Leighton.

"Es un pensamiento débil e ignorante, pero común entre los cristianos, pensar que no debieran buscar el cielo, ni confiar en Cristo para gloria eterna hasta haber progresado mucho en santidad y en su aptitud para confiar. Pero tal como la primera santificación de nuestra naturaleza fluye de nuestra *fe y confianza* en que Cristo nos acepta, también nuestra santificación posterior y aptitud para la gloria fluye del ejercicio renovado y repetido de *fe en él*". —Traill.

Ahora bien, ¿por qué es esto así? ¿Por qué lo que dos apóstoles recomendaron tan encarecidamente que buscáramos, es algo que pocos creyentes conocen por experiencia en estos días?

¿Por qué la esperanza segura es algo que rara vez se ve?

Quiero ofrecer humildemente varias sugerencias sobre el por qué. Sé que muchos, a cuyos pies me sentaría gustosamente, tanto en la tierra como en el cielo, nunca han alcanzado la seguridad. *Quizá* el Señor ve algo en el temperamento natural de algunos de sus hijos que no es idóneo para que ellos se sientan seguros. *Quizá*, a fin de mantener su salud espiritual, necesitan permanecer en esa condición. Sólo Dios lo sabe. No obstante, después de mucha

especulación, me temo que hay muchos creyentes sin una esperanza segura, cuyos casos, muy a menudo, se deben a causas como las siguientes.

(1) Sospecho que una de las causas más comunes es ***un concepto defectuoso de la doctrina de la justificación***.

Me inclino a pensar que existe una confusión en la mente de muchos creyentes acerca de la justificación y la santificación. Reciben la verdad del evangelio: Algo tiene que suceder *dentro de nosotros*, al igual que algo tiene que ser hecho *para nosotros,* si hemos de ser auténticos miembros de Cristo y hasta allí tienen razón. Pero luego, sin ser conscientes de ello, tal vez, parecen asimilar la idea de que su justificación es, en cierta medida, afectada por algo dentro de ellos mismos. No ven con claridad la obra de Cristo en ellos, ni su propia obra, ni en su totalidad ni en parte, ni directa o indirectamente, que es la base de la aceptación de Dios. Ignoran que la justificación es algo que realiza él sin nuestra intervención, por lo cual no requiere nada de nuestra parte, excepto sencillamente fe; y que el más débil pecador es justificado total y completamente tal como lo es el más fuerte[17].

Muchos parecen olvidar que somos salvos y justificados siendo pecadores y, únicamente pecadores, y que nunca podemos serlo más de lo que ya somos, aunque lleguemos a la edad de Matusalén. Somos indudablemente pecadores *redimidos*, pecadores *justificados* y pecadores *renovados,* pero pecadores, pecadores y pecadores seremos siempre hasta el fin. No parecen comprender que hay una gran diferencia entre nuestra justificación y nuestra santificación. Nuestra justificación es una obra terminada y perfecta, no admite grados. En cambio, nuestra santificación es imperfecta e incompleta, y lo será hasta la última hora de nuestra vida. Parece que estos creyentes esperan que el creyente pueda, en algún periodo de su vida, ser libre de corrupción y lograr una

especie de perfección interior. Y al no encontrar en sus corazones este estado angelical, llegan enseguida a la conclusión de que su estado no es bueno. Entonces siguen lamentándose todos los días, dominados por el temor de no tener arte ni parte con Cristo, y negándose a recibir consuelo.

Demos nuestra atención a este punto. Si algún alma creyente anhela seguridad y no la tiene, pregúntese, ante todo, si está bien seguro de que su fe es legítima, si sabe distinguir entre las cosas que son diferentes y si es totalmente claro en cuanto al tema de la justificación. Tiene que saber lo que es sencillamente *creer* y ser justificado por fe, antes de poder sentirse seguro.

---

[17] La Confesión de Fe de Westminster da una descripción admirable de la justificación: "A los que Dios llama de una manera eficaz, también justifica gratuitamente, no infundiendo justicia en ellos, sino perdonándoles sus pecados y, contando y aceptando sus personas como justas; no por algo en ellos o hecho por ellos, sino solamente por causa de Cristo; no por imputarles la fe misma, ni el acto de creer, ni alguna otra obediencia evangélica como su justicia, sino imputándoles la obediencia y satisfacción de Cristo; y ellos por la fe, le reciben y descansan en él y en su justicia. Esta fe no la tienen de ellos mismos. Es un don de Dios".

En esta cuestión, como en muchas otras, la antigua herejía gálata (el error de creer que la salvación podía ganarse por medio de alguna fórmula legalista) es el origen más fértil del error, tanto en doctrina como en práctica. La gente debería buscar conceptos más claros de Cristo y de lo que Cristo ha hecho por ellos. Feliz el hombre que realmente comprende "la justificación por fe sin la obras de la ley".

(2) Otra causa común de la falta de seguridad es la ***falta de ganas de crecer en la gracia***.

Sospecho que muchos creyentes auténticos tienen conceptos peligrosos y no bíblicos sobre esto; es claro que no digo que lo hagan a propósito, pero de hecho, los tienen. Muchos parecen pensar que, una vez convertidos, no se tienen que ocupar de otra cosa y que el

estado de salvación es una especie de cómodo sillón donde simplemente se tienen que sentar, descansar y ser felices. Parecen creer que la gracia es algo que les ha sido dada para que la disfruten y olvidan que es dada como un talento, para ser usado, aprovechado y mejorado. Estas personas olvidan las muchas exhortaciones a "aumentar, crecer, abundar más y más y agregar a su fe" y cosas parecidas; y en su estado pasivo, sentados tranquilamente, no me extraña que se pierdan la seguridad.

Creo que debe ser nuestra meta continua y nuestro anhelo constante marchar hacia adelante, y nuestro lema en cada cumpleaños, en cada comienzo de año debe ser: "Más y más" (1 Ts. 4:1): Más conocimiento, más fe, más obediencia y más amor. Si hemos cosechado a treinta por uno, tenemos que procurar cosechar al sesenta y si hemos cosechado sesenta, debemos esforzarnos por cosechar a ciento por uno. La voluntad del Señor es nuestra santificación y debe ser nuestra voluntad también (Mt. 13:23; 1 Ts. 4:3). Una cosa de la cual siempre podemos depender es que hay una conexión inseparable entre la diligencia y la seguridad. Dice Pedro: "Procurad" (2 P. 1:10).

"Deseamos", dice Pablo "que cada uno de vosotros muestre la misma *solicitud* para plena certeza de la esperanza" (He. 6:11). "El alma de los *diligentes*", dice Salomón, "será prosperada" (Pr. 13:4). Contiene mucha verdad la antigua máxima puritana que dice: "La fe de la adhesión viene por el *oír*, pero la fe de la seguridad no viene sin el *hacer"*.

¿Es alguno de mis lectores uno de aquellos que anhela la seguridad, pero no la tiene? Preste atención a mis palabras. Nunca la obtendrá sin diligencia, no importa lo mucho que la anhele. No hay ganancia sin dolor en las cosas espirituales, así como no la hay en las temporales. "El alma del perezoso desea, y nada alcanza" (Pr. 13:4)[18].

(3) Otra causa común de la falta de seguridad es ***un andar inconsistente en la vida***.

Con tristeza y dolor me siento constreñido a decir que me temo que la inconsistencia con frecuencia impide que las personas obtengan una esperanza segura.

---

[18] "¿De quién es la culpa si usted deja de cuestionar su parte con Cristo? Si los cristianos se ocuparan más de examinarse a sí mismos, de caminar más cerca de Dios; si tuvieran una comunión más estrecha con Dios y actuaran con más fe, esta oscuridad y dudas vergonzosas pronto desparecerían". —Robert Traill.

"Al cristiano perezoso siempre le faltarán cuatro cosas: Consuelo, contentamiento, confianza y seguridad. Dios ha hecho una separación entre el gozo y la indolencia. Entre la seguridad y la pereza y, por lo tanto, es imposible juntar estas cosas que Dios ha separado tanto". —Thomas Brooks.

"¿Se encuentra hundido y con dudas, tambaleando e incierto, sin saber cuál es su condición ni si tiene parte en el perdón que viene de Dios? ¿Está fluctuando entre esperanzas, temores, falta de paz, consolación y seguridad? ¿Por qué se queda sin hacer nada? Levántese, vele, ore, ayune, medite, batalle contra sus lascivias y corrupciones, no tema ni se asuste ante los ruegos de estas obras de la carne pidiéndole que no las abandone, marche adelante al trono de gracia con oraciones, súplicas inoportunas, pedidos sin descanso; ésta es la manera de apropiarse del reino de Dios. Estas cosas no constituyen paz, ni seguridad, pero son parte de los medios que Dios ha determinado para alcanzarlas". —Owen sobre el Salmo 23.

El flujo de cristianos profesantes en la actualidad es mucho más amplio de lo que era antes y me temo que tengo que reconocer que, a la misma vez, ese cristianismo es más superficial.

La incongruencia en la vida es totalmente destructiva para la paz de la conciencia. Las dos cosas son incompatibles. No pueden darse ambas en una misma persona. Si usted tiene pecados que lo dominan y no puede decidirse a renunciar a ellos, si no puede amputarse la mano derecha ni arrancarse el ojo derecho cuando la ocasión lo requiere, le asevero que no tendrá ninguna seguridad.

Un andar vacilante, una reticencia a emprender, audaz y decididamente un camino, una disposición inmediata a conformarse al mundo, un testimonio vacilante para Cristo, una religión indecisa, una resistencia a adoptar una norma elevada de

santidad y vida espiritual, son una fórmula infalible para malograr el jardín de su alma.

Es inútil suponer que podrá sentirse seguro y convencido de que ha sido perdonado y aceptado por Dios, a menos que considere que *todos* los mandamientos de Dios acerca de *todas* las cosas son correctos y que Dios aborrece todo pecado, sea grande o pequeño (Sal. 119:128). Un solo Acán que permita entrar en el campamento de su corazón debilitará sus manos y arrasará con sus consolaciones. Usted tiene que estar cultivando diariamente su vida en el Espíritu, si va a cosechar el testimonio del Espíritu. (Gá. 5:25). No encontrará ni sentirá que todos los caminos del Señor son caminos placenteros, a menos que trabaje en todo para agradar el Señor[19]. Bendigo a Dios porque nuestra salvación no depende en absoluto de nuestras propias obras. Somos salvos por gracia, no por obras de justicia, por fe, sin las obras de la ley. Pero no quisiera nunca que algún creyente olvidara por un momento que nuestro ***sentido*** de ser salvos depende de nuestra manera de vivir. La inconsistencia empañará su vista y pondrá nubes entre usted y el sol.

El sol es el mismo detrás de las nubes, pero usted no podrá ver su resplandor y disfrutar de su calor, y su alma estará sombría y fría. Es en la senda del bien hacer, en donde lo visitará la fuente de luz y brillará en su corazón.

"La comunión íntima de Jehová", dice David, "es con los que le temen, y a ellos hará conocer su pacto" (Sal. 25:14).

"Y al que ordenare su camino, le mostraré la salvación de Dios" (Sal. 50:23). "Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo" (Sal.119:165).

"Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros" (1 Jn. 1:7).

"No amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad.

Y en esto *conocemos* que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él" (1 Jn. 3:18, 19).

"Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos" (1 Jn. 2:3).

---

[19] "¿Quiere tener una esperanza fuerte? Entonces mantenga pura su conciencia. No se puede corromper una sin debilitar la otra. La persona piadosa que es negligente e indiferente en su andar santo se encontrará pronto conque su esperanza languidece. Todo pecado lleva al alma que anda en él a temblar de miedo y sacudir su corazón". —Gurnall.
"Una causa grande y demasiado común que causa aflicción es algún pecado secreto; apaga la luz del alma, la disipa y causa estupor, de modo que no puede ver ni sentir su propia condición. Pero sobre todo provoca que Dios se aparte, que retire sus consolaciones y la ayuda de su Espíritu". —*Saints' Rest* (Descanso de los santos) por Baxter.
"Las estrellas que tienen trayectorias más cortas son las que están más cerca del polo y los hombres cuyas vidas están menos enredadas con el mundo, siempre son las que están más cerca de Dios y de la seguridad de su favor. Recuerde esto, cristiano mundano: Usted y el mundo deben separarse, de otra manera la seguridad y su alma nunca se encontrarán". —Thomas Brooks.

Pablo era un hombre que se esforzaba por tener una conciencia sin ninguna ofensa a Dios ni al hombre (Hch. 24:16). Podía decir con audacia: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe". No me extraña, entonces, que Dios lo capacitó de modo que pudo agregar confiadamente: "Me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día" (2 Ti. 4:7, 8).

Si algún creyente del Señor Jesús anhela seguridad y no la tiene, que reflexione también en este punto. Mire su propio corazón, mire su propia conciencia, mire su propia vida, mire sus propias costumbres y mire su propio hogar. Y quizá cuando lo haya hecho, podrá decir: "Con *razón* no tengo una esperanza segura".

Dejo estos temas que acabo de mencionar a la consideración personal de cada lector de este escrito. Estoy seguro de que vale la pena examinarlos. Examinémoslos sinceramente. Y quiera el Señor

darnos entendimiento en todas las cosas.

Aplicaciones prácticas

(1) Para el no creyente

Y ahora, para terminar este importante estudio, quiero dirigirme primero al lector que todavía no se ha entregado al Señor, que todavía no se ha alejado del mundo, que aún no ha escogido la mejor parte y no ha comenzado a seguir a Cristo.

Le pido entonces que aprenda, de este tema, cuáles son los ***privilegios y consolaciones del verdadero cristiano***.

No quiero que juzgue al Señor Jesucristo por su pueblo. El mejor de los siervos puede dar apenas un vislumbre de ese glorioso Maestro. Tampoco quiero que juzgue los privilegios de su reino por la medida de confort que logran muchos de los suyos. ¡Ay, la mayoría somos unas pobres criaturas! Tenemos pocas, muy pocas de las bendiciones que podríamos disfrutar.

Pero tenga por seguro que hay cosas seguras en la ciudad de nuestro Dios que aquellos que tienen una esperanza segura ya pueden palpar, aun en esta vida. Hay allí tal abundancia de paz que el corazón no puede concebir. En la casa de nuestro Padre hay tanto pan que hasta sobra, aunque muchos de nosotros comemos muy poco de él y, por ende, seguimos siendo débiles. Pero no culpemos al Maestro: La culpa es toda nuestra.

Y, al final de cuentas, el hijo más débil de Dios cuenta con una mina de consolaciones en su interior, de las cuales usted no puede saber nada. Usted ve los conflictos y los zarandeos de la superficie de su corazón, pero no las perlas de gran precio escondidas en el fondo. El miembro más frágil de Cristo no cambiaría su lugar con usted. El creyente que posee la menor seguridad está mucho mejor que usted. Tiene esperanza, aunque débil, en cambio usted no tiene ninguna. Tiene una porción que nunca le será quitada, un

Redentor que nunca le será quitado, un Salvador que nunca lo abandonará, un tesoro que nunca se desvanece a causa de su insuficiente comprensión en el presente. Pero, en cuanto a usted, si muere tal como está, también morirán todas sus expectaciones. ¡Oh, que fuera usted sabio, que comprendiera estas cosas! ¡Oh, que considerara su destino final!

Siento más lástima por usted que nunca en estos últimos días en los que el mundo está llegando a su final. Siento mucha pena por aquellos cuyo todo tesoro está en la tierra y cuyas esperanzas están en este lado de la tumba. ¡Sí!...

- cuando veo antiguos reinos y dinastías temblando hasta sus cimientos,
- cuando veo, como vimos todos hace unos años, a reyes y príncipes, a ricos y grandes hombres huyendo para salvar sus vidas sin saber dónde esconderse,

- cuando veo propiedades que dependen de la confianza pública derritiéndose como la nieve en la primavera, y las acciones de la bolsa de valores y fondos del gobierno perdiendo su valor.

Cuando veo estas cosas, me dan mucha lástima los que no tienen una porción mejor que la que este mundo les puede dar, ni un lugar en el reino que no puede ser arrebatado[20].

Recurra a un ministro de Cristo este mismo día. Busque las riquezas que perduran, un tesoro que nadie le puede quitar, una ciudad con cimientos duraderos. Haga lo que hizo el Apóstol. Entréguese al Señor Jesucristo y busque aquella corona incorruptible que está preparado para otorgarle. Tome el yugo de Cristo y aprenda de él. Apártese del mundo que nunca lo satisfará y del pecado que le morderá como una serpiente si se aferra a él hasta el final. Venga al Señor Jesús como un humilde pecador y Él lo

recibirá, perdonará y le dará su Espíritu renovador, y le llenará de paz. Esto le dará más consolación que la que jamás le ha dado el mundo. Hay un vacío en su vida que nadie, sino la paz de Cristo puede llenar. Venga y comparta nuestros privilegios. Venga con nosotros y siéntese a nuestro lado.

(2) *Para el creyente*

En último lugar, quiero dirigirme a todo creyente que lee estas páginas y decirle algunas palabras de consejo fraternal.

(a) Lo principal que le insto a hacer es esto: ***Si no cuenta usted con una esperanza segura de haber sido aceptado por Cristo, resuelva este día buscarla***. Ocúpese de esto. Esfuércese por lograrla. Pídala en oración. No le dé descanso al Señor hasta "saber en quién ha creído".

---

[20] "Son doblemente desafortunados los que no tienen asegurado el cielo ni la tierra, ni lo temporal ni lo eterno". —Thomas Brooks.

Realmente siento que la poca seguridad actual entre los que se consideran hijos de Dios, es una vergüenza y un reproche. "Es para lamentar profundamente", dice el anciano Traill, "el que tantos cristianos hayan vivido veinte o treinta años desde que Jesús los llamara por su gracia y aún sigan *dudando"*. Recordemos el "anhelo" sincero que expresa Pablo: "Cada uno" de los hebreos sea *solícito* en lograr plena certeza (He. 6:11) para que evite que se les reproche por su falta de seguridad.

Lector creyente, ¿quiere realmente decir que no tiene ningún deseo de intercambiar su esperanza por confianza, su anhelo por convicción, su incertidumbre por conocimiento? Porque una fe débil lo salva, ¿se contentará con eso? Porque la seguridad no es esencial para su entrada al cielo, ¿se conformará sin ella en la tierra? ¡Ay, ésta no es una condición sana del alma en la cual permanecer, no es la manera de pensar de la era apostólica! Levántese ya y marche

hacia adelante. No se quede pegado a los cimientos de la religión; avance hasta la perfección. No se contente con un día de pequeñeces. Nunca desprecie esto en los demás, pero nunca se contente con esto en usted mismo.

Créame, vale la pena buscar la seguridad. Renuncia usted a sus privilegios cuando se contenta sin ella. Las cosas que digo son para su propia paz. Si es bueno sentirse seguro con respecto a las cosas de este mundo, ¡mucho mejor es estarlo sobre las cosas celestiales! Su salvación es una cosa resuelta y cierta. Dios lo sabe. ¿Por qué no habría de procurar usted saberlo también? No hay nada en esto que no sea bíblico. Pablo nunca vio el Libro de la Vida, no obstante, dijo: "Estoy convencido".

Sea, pues, su oración diaria que su fe aumente. Según el tamaño de su fe, será su paz. Cultive más esa raíz bendita y, tarde o temprano, por la bendición de Dios, puede esperar tener una flor. Quizá no logre una seguridad total de una sola vez. A veces es bueno que tenga que esperar:

No valoramos las cosas que podemos obtener sin esfuerzo. Pero aunque se demore, espérela. Busque y crea que la va a encontrar.

(b) No obstante, hay una cosa que no quiero que ignore: ***No se sorprenda si ocasionalmente tiene dudas***, una vez que ha obtenido seguridad. No debe olvidar que está en la tierra y no en el cielo. Está todavía en el cuerpo y tiene pecado que mora en usted; la carne lucha contra el espíritu hasta el final. La lepra no se puede quitar de las paredes de la vieja casa hasta que la muerte la quita. Y también hay un diablo y un diablo fuerte: Un diablo que tentó al Señor Jesús e hizo caer a Pedro y se asegurará que usted lo sepa. Siempre habrá algunas dudas. El que nunca duda, no tiene nada que perder. El que nunca teme, no posee nada realmente valioso. El que nunca siente celos, poco sabe del amor profundo. No se desanime; usted será más que vencedor por medio de aquel que le amó. [21]

(c) Por último, no olvide que la seguridad es algo que ***puede***

perderse por un tiempo, le puede suceder aun a los cristianos más brillantes, a menos que tengan cuidado.

La seguridad es una planta muy delicada. Necesita que cada día y cada hora se la vigile, riegue, cuide y valore. Así que vele y ore aún más cuando la tiene. Como dijo Rutherford: "Dele importancia a la seguridad". Manténgase siempre en guardia. En *El Progreso del Peregrino*, cuando Cristiano se durmió en la arboleda perdió su certificado. Recuerde esto.

David perdió su seguridad durante muchos meses al caer en pecado. Pedro la perdió cuando negó a su Señor. Es cierto que ambos la volvieron a tener, pero no antes de haber derramado lágrimas amargas.

---

[21] "Nadie siente seguridad en todo momento. Así como el sendero tiene la sombra de los árboles, con tramos de sol y sombra; y así como algunos lugares son oscuros y otros claros, así es usualmente la vida de los cristianos más seguros". —Obispo Hopkins."Es de sospechar que una persona sea hipócrita cuando muestra siempre el mismo talante, pretendiendo ser invariablemente recto". —Traill.

La oscuridad espiritual viene montada a caballo, pero se retira caminando. Nos ataca antes de que nos demos cuenta que allí viene. Se retira lenta y gradualmente, y sólo después de muchos días. Es fácil descender por una ladera corriendo, pero es difícil escalarla. Así que recuerde mi advertencia: Cuando tiene el gozo del Señor, vele y ore.

(d) Sobre todo, ***no contriste al Espíritu***. No apague el Espíritu. No irrite al Espíritu. No lo distancie, jugando con malos hábitos pequeños y pecados pequeños. Las pequeñas discusiones entre cónyuges resultan en hogares infelices y las pequeñas faltas, conocidas y permitidas, causarán contrariedad, entre usted y el Espíritu.

Preste atención a la conclusión de todo el asunto: El hombre que camina más cercano con Dios en Cristo, por lo general, gozará de mayor paz. El creyente que sigue al Señor más plenamente y

apunta a la medida más alta de santidad ordinariamente, disfrutará de la mayor esperanza y tendrá una convicción más clara de su propia salvación.

Apéndice

La diferencia entre fe y seguridad

Los siguientes son fragmentos de teólogos ingleses, que demuestran…

- que existe una diferencia entre la fe y la seguridad,
- que el creyente puede ser justificado y aceptado por Dios y no disfrutar de un conocimiento adecuado de su propia seguridad y
- que la fe más débil en Cristo, si es genuina, salva al hombre tan ciertamente como lo hace con la más fuerte.

(1) "La misericordia de Dios es mayor que todos los pecados en el mundo.

Pero, a veces, estamos en un estado en que pensamos que no tenemos nada de fe o si acaso la tenemos, es muy floja y débil. Y, por lo tanto, son dos cosas distintas tener fe y sentir la fe. Algunos sienten fe, pero no la pueden obtener, no obstante, no deben desesperarse, sino seguir clamando a Dios y tarde o temprano vendrá: Dios abrirá sus corazones y dejará sentir su bondad".

— *Sermones del obispo Latimer, 1552.*

(2) "El hombre de fe débil puede fallar en la aplicación o en la asimilación y la apropiación de los beneficios de Cristo a su vida. Esto se nota en la experiencia ordinaria. Hay muchos hombres de corazón humilde y contrito que sirven a Dios en espíritu y en verdad, pero aun así, no pueden decir sin tener muchas dudas e inseguridad: Sé y estoy completamente seguro que mis pecados han sido perdonados. ¿Diremos, entonces, que los tales no tienen fe? Ni Dios lo quiera. Esta débil fe será merecedora del cumplimiento de las promesas misericordiosas de Dios para perdón del pecado, tanto

como lo es una fe fuerte, aunque no tan contundentemente. El hombre con una mano seca puede extenderla para recibir un regalo de mano de un rey, tanto como el que tiene una mano normal, aunque quizá no con tanta firmeza y seguridad".

— Exposition of the Creed (Exposición del credo), por William Perkins, Ministro de Cristo en la Universidad de Cambridge, 1612.

(3) "Esta certidumbre de nuestra salvación de la cual habla Pablo, repetida por Pedro y mencionada por David (Sal. 4:7), es ese fruto especial de la fe, que respira gozo espiritual y paz interior, que sobrepasa todo entendimiento. Es cierto que no todos los hijos de Dios la tienen. Una cosa es el árbol y otra es el fruto del árbol: Una cosa es la fe y otro el fruto de la fe. Y ese remanente de los escogidos de Dios que siente la falta de esta fe, de cualquier manera, la tienen".

— Sermón por Richard Greenham, ministro y predicador de la Palabra de Dios, 1612.

(4) "Algunos piensan que no tienen nada de fe porque no tienen una seguridad certera. Pero aun el fuego más endeble que pueda haber, tendrá humo".

— The Bruised Reed (La caña cascada) por Richard Sibbes, Profesor en Catherine Hall, Cambridge, y predicador en Gray's Inn, Londres, 1630.

(5) "El acto de fe se trata de aplicar a Cristo al alma y esto lo puede hacer, tanto la fe más débil como la más fuerte, si es auténtica. Un niño puede sostener una vara tan bien como un hombre, aunque no con tanta fuerza. El prisionero ve el sol a través de un agujero, aunque no tan perfectamente como los que están al aire libre. Los israelitas miraron la serpiente de bronce a la distancia y, aun así, fueron sanados. La fe más pequeña es tan preciada al alma del creyente como la fe de Pedro y Pablo lo era para ellos porque se apropia de Cristo y trae salvación eterna".

— An Exposition of the Second Epistle General of Peter (Una exposición de la segunda epístola general de Pedro) por el Rev. Thomas Adams, Rector de St. Gregory, Londres, 1633.

(6) "Una fe débil es fe auténtica, es preciosa, aunque no tan grande como una fe fuerte; el Espíritu Santo es el mismo (el autor), el evangelio es el mismo (el instrumento). Aunque nunca llegue a ser fuerte, la fe débil salva porque por ella nos interesamos en Cristo y hace que él y todos sus beneficios sean nuestros. Porque no es la fuerza de nuestra fe lo que salva, sino la autenticidad de nuestra fe, no es la debilidad de nuestra fe lo que condena, sino la falta de fe porque aun la fe más débil se apropia de Cristo y, por tanto, nos salva. Ni tampoco somos salvos por la calidad o cantidad de nuestra fe, sino por Cristo, quien salva por la fe, sea esta fuerte o débil. Una mano débil puede llevarse comida a la boca y esa comida alimenta y nutre al cuerpo tal como si hubiera sido llevada a la boca por una mano fuerte; dado que el cuerpo no se nutre por la fuerza de la mano, sino por las bondades de la carne".

— The Doctrine of Faith (La doctrina de la fe), por John Rogers, Predicador de la Palabra de Dios, en Dedham, Essex, 1634.

(7) "Una cosa es tener algo con seguridad, otra saber con seguridad que la tenemos. Buscamos muchas cosas que ya tenemos en las manos y tenemos muchas cosas que creemos haber perdido. Del mismo modo, un creyente puede tener una fe segura, aunque no siempre sepa que la tiene. La fe es necesaria para la salvación; pero una seguridad plena de que cree no es indispensable".

— Ball on Faith (Ball sobre la fe), 1637.

(8) "Hay una fe débil, que aun así, es auténtica; y aunque es débil, porque es auténtica no será rechazada por Cristo. La fe no es creada perfecta al principio, como lo fue la de Adán; sino que es como un hombre en el curso de la naturaleza, que es primero un instrumento, luego un niño, luego un joven y luego un hombre. Algunos rechazan totalmente a los débiles y llaman hipocresía a toda debilidad en la fe. Estos son, por cierto, hombres orgullosos y crueles. Algunos consuelan y confirman a los que son débiles

diciendo: 'No seas demasiado justo, ni seas sabio con exceso; ¿por qué habrás de destruirte?' (Ec. 7:16). Estos son cojines blandos, pero no seguros; son aduladores lisonjeros, no amigos fieles. Algunos consuelan y exhortan diciendo: 'Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios' (He. 6:1). Éste es el curso más seguro y el mejor".

—*Questions, Observations, etc., upon the Gospel According to St. Matthew (Preguntas, observaciones, etc. sobre el Evangelio según San Mateo) por Richard Ward, en alguna ocasión alumno en Cambridge y predicador del evangelio en Londres, 1640.*

(9) "Un hombre puede contar con el favor de Dios, estar en un estado de gracia, ser justificado delante de Dios y, aun así, carecer de una seguridad fehaciente de su salvación y de contar con el favor de Dios en Cristo. Un hombre puede tener dentro de sí una fe salvadora y, no obstante, no percibirla; un hombre puede tener una verdadera fe justificadora,

> pero no tener el uso o la operación de ella como para darle una seguridad tranquila de su reconciliación con Dios. Diré más: Un hombre puede estar en el estado de gracia y tener en él una verdadera fe que justifica, aunque le parezca lo contrario. Éste fue ciertamente el caso de Job quien clamó a Dios: '¿Por qué escondes tu rostro, y me cuentas por tu enemigo?' (Job 13:24). Aun la fe más débil justifica. Si usted no puede recibir a Cristo y descansar en él, aunque sea con una fe débil, tarde o temprano se dará cuenta de su error. Tenga cuidado de no pensar que es la fuerza de su fe lo que lo justifica. No, no: Es Cristo y su justicia perfecta lo que su fe recibe y sobre lo cual descansa, lo que salva. El que tiene la mano más endeble y débil puede recibir una limosna y aplicar una cataplasma a su herida, tal como puede hacerlo la más fuerte y recibir el mismo beneficio".

—*Lectures upon the 51th Psalm (Discursos sobre el Salmo 51), predicado en Ashby-de-la-Zouch, por Arthur Hildersam, ministro de Jesucristo, 1642.*

(10) "Aunque su gracia sea la más débil, si es auténtica, usted tiene una porción tan grande en la justicia de Cristo como la de un cristiano fuerte. Tiene tanto de la justicia de Cristo imputada a usted como cualquier otro".

— *Sermones por William Bridge, ex profesor de Emmanuel College, Cambridge y pastor de la Iglesia de Cristo en Great Yarmouth, 1648.*

(11) "Hay algunos que son creyentes auténticos y aun así son débiles en la fe. De hecho, reciben a Cristo y su gracia, pero lo hacen con una mano temblorosa; tienen, como dicen los teólogos, la fe de adhesión; se pegarán a Cristo, como suyos, pero les falta la fe de la evidencia, no se ven como suyos. Son creyentes, pero de poca fe; confían que Cristo no los echará fuera, pero no están seguros de que los aceptará".

— *Sips of Sweetness, or Consolation for Weak Believers (Sorbos de dulzura o consuelo para creyentes débiles), por John Durant, predicador en la Catedral de Canterbury, 1649.*

(12) "Sé que usted dice que Jesucristo vino al mundo para salvar los pecadores y 'para que todo aquel que en él cree, no se pierda,

mas tenga vida eterna' (Jn. 3:15). No puedo saber más que eso; que teniendo un sentido de mi propia condición pecaminosa, me entrego en alguna medida a mi Salvador y me apropio de su redención totalmente suficiente. Pero, ¡ay, mis percepciones de él son tan débiles que no pueden darle un consuelo firme a mi alma! Sea valiente, hijo mío. Si es que usted confía en ser justificado y salvo por el poder del acto mismo de su fe, tiene razón para estar desanimado porque tiene conciencia de lo débil que es. Pero si la verdad y eficacia de esta feliz obra es en el objeto del cual usted se apropió, a saber los méritos y las misericordias infinitas de Dios el Salvador, que no pueden ser anuladas por ser usted débil, tiene razón para animarse y esperar alegremente su salvación. Comprenda que su causa es buena. Tenemos aquí una mano doble que nos ayuda a marchar al cielo. Nuestra mano de fe se toma de nuestro Salvador, la mano misericordiosa y redentora de nuestro salvador se toma de

nosotros. Nuestro asirnos a él es débil y resulta fácil soltarnos, pero cuando su mano nos sujeta es fuerte e irresistible. Si dependiéramos de nuestras obras, necesitaríamos tener una mano fuerte; pero aquí se requiere sólo tomar y recibir un regalo precioso ¿y por qué no habría de poder hacerlo una mano débil tanto como una fuerte? Y bueno, aunque no sea con tanta fuerza".

– *Balm of Gilead (Bálsamo de Galaad) por el Obispo Hall. 1650.*

(13)"No encuentro que la salvación dependa de la fuerza de la fe, sino de la verdad de la fe, no en su grado más brillante, sino en cualquiera que sea su medida. La Biblia no dice: Si tienes tal o cual grado de fe serás justificado y salvo, sino que sencillamente se requiere creer. El menor grado de fe verdadera da resultado, como dice Romanos 10:9, 'que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo'. El ladrón en la cruz que no había obtenido tanta medida de fe; por un solo acto de fe débil, fue justificado y salvo (Lc. 23:42)".

– *Exposition of the Prophet Ezekiel (Exposición sobre el profeta Ezequiel), por William Greenhill, Rector de Stepney, Londres, y Capellán de los duques de York y Gloucester, 1650.*

(14)"El hombre puede tener gracia auténtica aunque no tenga la seguridad del amor y el favor de Dios, ni de la remisión de sus pecados y de la salvación de su alma. El hombre puede ser de Dios y, aun así, no saberlo; su estado puede ser bueno, pero aun así, no lo ve; puede estar a salvo a pesar de que no está en una posición tranquila. Todo puede estar bien con él en el tribunal de la gloria, pero daría mil mundos por sentirse bien en el tribunal de su conciencia. La seguridad es un requisito para el bienestar del cristiano, pero no precisamente para ser cristiano; es un requisito para la consolación del cristiano, pero no para la salvación del cristiano; es un requisito para el bienestar de la gracia, pero no para estar precisamente en la gracia. Aunque un hombre no puede

ser salvo sin fe, puede ser salvo sin seguridad. En muchos lugares de las Escrituras, Dios ha declarado que sin fe no hay salvación, pero no ha declarado en ningún lugar de las Escrituras que sin seguridad no hay salvación".

—Heaven on Earth (Cielo en la tierra), por Thomas Brooks, predicador del evangelio, en St. Margaret's, Fish Street Hill, Londres, 1654.

(15) "Usted, que puede determinar claramente que tiene fe, aunque sea débil, no se desanime, no se desaliente. Considere que aun la medida más pequeña de fe, es fe salvadora como lo es la más grande. Una chispa de fuego es tan fuego como cualquier otro componente del mismo. Una gota de agua es tan agua como lo es la de un océano.

Así que, el granito más pequeño de fe es una fe tan real y tan salvadora, como la fe más grande del mundo. El brote más pequeño toma savia de la raíz, tanto como lo hace la rama más grande. Así que, la medida más débil de fe lo injerta realmente en Cristo y, con eso, toma vida en él, al igual como lo hace la medida de fe más fuerte. La fe más débil tiene comunión con los méritos y la sangre de Cristo, al igual que la más fuerte.

La fe más débil une al alma con Cristo. La fe más débil cuenta con la misma medida del amor de Dios que la más fuerte. Somos amados en Cristo y la medida más pequeña de fe nos hace miembros de Cristo. La menor fe tiene el mismo derecho a las promesas que la mayor. Y, por lo tanto, no se desanimen nuestras almas por la debilidad".

—Nature and Royalties of Faith (Naturaleza y derechos de la fe), por Samuel Bolton, D.D., de Christ's College, Cambridge, 1657.

(16) "Algunos sienten temor de que no tienen fe en absoluto, porque no tienen el más alto grado de fe, que es la plena seguridad, o porque quieren la comodidad que otros han alcanzado, incluso gozo inefable y glorioso. Pero para quitar esta piedra del camino, hay que recordar que hay varios grados de fe. Es posible que usted tenga fe, aunque no en el más alto grado, ni con gozo en el Espíritu. Es

más bien un punto acerca de la fe que la fe misma. De hecho, es más bien una vida basada en los sentidos que una vida por fe; como cuando alguien toma licor constantemente. Se requiere una fe más fuerte para vivir sin el consuelo de Dios, que cuando Dios brilla en nuestro espíritu con abundante alegría."
– Matthew Lawrence, Predicador en Ipswich, hablando de la fe, 1657.

(17)"Si alguien por allí ha pensado que la esencia de la fe es una convicción especial y plena del perdón de nuestros pecados, que ese alguien responda por lo que cree. Nuestros teólogos en este país, por lo general, tienen otra opinión. El Obispo Devemant, el Obispo Prideaug y otros, han demostrado la enorme diferencia entre creencia y seguridad, y todos consideran a la seguridad, hija o fruto y consecuencia de la fe. Y el que fuera el erudito Arrowsmith, nos dice que, rara vez, Dios otorga seguridad a los creyentes hasta que hayan crecido en la gracia porque, dice él, que hay la misma diferencia entre la fe de posición y la fe de garantía, al igual que entre la razón y el aprendizaje. La razón es la base del aprendizaje; así que, como no puede haber aprendizaje si falta la razón (como en el caso de las bestias), de igual manera, no puede haber ninguna garantía de que no hay fe de adhesión.

Entonces, como el razonamiento bien utilizado en el estudio de las artes y las ciencias produce aprendizaje, de igual manera, la fe bien utilizada en su objeto correcto y por sus frutos correctos, produce seguridad. Además, así como por negligencia, inasistencia o alguna enfermedad, se puede perder lo aprendido, el razonamiento permanece; por la tentación o negligencia espiritual es posible perder la seguridad, mientras que la fe salvadora permanece. Por último, como todos los hombres tienen raciocinio, pero no todos son letrados, así también todas las personas regeneradas tienen fe para cumplir con el método evangélico de la salvación, pero no todos los creyentes verdaderos tienen seguridad".
– Sermón por A. Fairclough, Adjunto de Immanuel College, Cambridge, en los Morning Exercises (Matinales), predicado en Southwark, 1660.

(18) "Tenemos que hacer una distinción entre la debilidad y la nulidad en la fe. Una fe débil es auténtica. La caña cascada es débil, pero no por eso Cristo la quebrará. Aunque su fe sea débil, no se desanime. Una fe débil puede recibir a un Cristo fuerte, una mano débil puede atar fuertemente los lazos del matrimonio al igual que una fuerte, un ojo débil puede divisar una serpiente peligrosa. La promesa no fue hecha a la fe fuerte, sino a la fe auténtica. La promesa no dice: 'Todo aquel que tenga una fe gigantesca que puede mover montañas, que puede cerrar la boca de los leones, será salvo', sino: 'Todo aquel que cree, será salvo' aunque su fe sea poca. El agua del Espíritu puede ser derramada sobre usted en santificación, aunque no el óleo del gozo en la seguridad. Puede haber fe de adherencia, pero no evidencia; puede haber vida en la raíz donde no hay fruto en las ramas, y fe en el corazón donde no hay fruto de seguridad".

– A Body of Divinity (Un cuerpo de divinidad), por Thomas Watson, ex Ministro de St. Stephen's Walbrook, Londres, 1660.

(19) "Muchos de los hijos amados de Dios pueden permanecer mucho tiempo inseguros de su condición presente y eterna, no sabiendo qué pensar acerca de si serán condenados o salvos. Hay creyentes de varias edades en la Iglesia de Dios: Padres, jóvenes, niños e infantes. Como en la mayoría de las familias, hay más infantes y niños que adultos, de igual modo, en la Iglesia de Dios hay más cristianos débiles que dudan, que los fuertes que han madurado hasta saberse totalmente seguros. El infante puede nacer, pero no saberlo; de la misma manera un hombre puede nacer de nuevo y no estar seguro de ello. Hacemos una diferencia entre fe salvadora, como tal, y una o convicción total del corazón. Algunos que han de ser salvos pueden no estar seguros de que serán salvos, porque la promesa es de la gracia de la salvación, no la evidencia de

ella; es sólo de la fe y no de que la fe será fuerte. Pueden estar seguros de los cielos y, sin embargo, no estar seguros del cielo".

– Sermón por Thomas Doolittle, de Pembroke Hall, Cambridge, y a veces rector de St. Alphege, Londres en Morning Exercises (matinales), en Cripplegate, 1661.

(20) "¿Es necesario para ser justificado estar seguro de que mis pecados han sido perdonados y que, efectivamente, he sido justificado? No, no hay un acto de fe que justifique, sino que es un efecto y fruto que sigue a la justificación. Una cosa es que la salvación de un hombre sea segura, otra que esté seguro de que es segura. Es como un hombre que ha caído en un río, está a punto de ahogarse al ser llevado por la corriente y divisa la rama de un árbol caída sobre el río, de la cual se agarra y se aferra con todas sus fuerzas para que lo salve; sin ver otra posibilidad de salir con bien, le confía a ella su vida. Este hombre, en cuanto se ha tomado de esta rama, está a salvo, aunque no se ha librado de su ansiedad, temor y terror hasta haber reaccionado y ver que está fuera de peligro. Es entonces que está seguro de estar a salvo; pero estaba a salvo antes de estar seguro. Sucede lo mismo con el creyente. La fe es ver a Cristo como el único medio para salvarse y extender la mano con todo el corazón para tomarse de él. Dios habló e hizo la promesa de que por medio de su Hijo justificaría al hombre.

Por eso es necesario decir: Creo que Cristo es mi único Salvador y entrego mi alma a él para ser salvo por su mediación. En cuanto el alma puede hacer esto, Dios le imputa la justicia de su Hijo y es, de hecho, justificado en el tribunal del cielo, aunque en el presente, todavía no se haya aquietado y pacificado en el tribunal de su conciencia. Eso sucede después, algunos antes y otros más tarde, por los frutos y efectos de la justificación".

– Body of Divinity (Falta traducción), del arzobispo Usher, 1670.

(21) "Hay aquellos que dudan y, por dudar, multiplican su desconfianza, llegando a la conclusión de que no tienen fe porque encuentran tantas y tan frecuentes dudas dentro de sí mismos. Pero esto es un gran error. Puede haber algunas dudas, aun donde hay

mucha fe; y puede haber poca fe donde hay muchas dudas. Nuestro Salvador requiere y se deleita con los que tienen una fe fuerte y firme en él, pero no rechaza a los menos y más débiles".

– Lectures on the first nine chapters of St. Matthew *(Discursos sobre los primeros nueve capítulos del Evangelio de Marcos), por el arzobispo Leighton, 1670.*

(22) "En el pasado, muchos hombres de gran renombre y eminencia han colocado a la fe verdadera en un grado no menor que la seguridad o la confianza segura del perdón de los pecados, la aceptación de sus personas y su salvación futura. Pero esto es muy triste e intranquilizador para muchas almas vacilantes y solitarias, que llegan a la conclusión de que los que no sienten seguridad, no son objeto de la gracia, lo cual les ha dado a los papistas una gran ventaja. Fe no es seguridad. Pero esta última, a veces, corona y recompensa a una fe fuerte, vigorosa y heroica; el Espíritu de Dios irrumpiendo en el alma con una luz como evidencia y arrasando con toda esa oscuridad, esas dudas y esos temores que antes la abrumaba".

– *Obispo Hopkins escribiendo sobre los Pactos, 1680.*

(23) "Falta de seguridad no es incredulidad. Los espíritus desalentados pueden ser creyentes. Hay una diferencia manifiesta entre la fe en Cristo y la consolación de esa fe, entre creer para vida eterna y saber que tenemos vida eterna. Hay una diferencia entre el hecho de que un niño tenga derecho a una propiedad y su conocimiento total del título que lo acredita con tal derecho. El carácter de la fe puede estar escrito en el corazón, como letras grabadas en un sello, pero lleno de tanto polvo que éstas no se pueden distinguir. El polvo impide la lectura de las letras, pero no las borra".

– Discourses *(Discursos) por Stephen Charnock, de Emmanuel College, Cambridge, 1680.*

(24) "Algunos roban su propia tranquilidad, colocando a la fe salvadora en la seguridad total. Fe, y seguridad de fe, son dos privilegios diferentes y separados. Usted realmente puede haber recibido a Cristo sin el conocimiento ni la seguridad de haberlo

recibido. Algunos dicen: 'Tú eres mi Dios', cuando Dios nunca les ha dicho: 'Tú eres mi pueblo'. Estos no tienen derecho a ser llamados hijos de Dios; hay otros, de quienes Dios dice: 'Este es mi pueblo', pero ellos no se atreven a llamarlo 'su Dios'; estos tienen derecho de ser llamados de Dios, pero no lo saben. Han recibido a Cristo, esa es, de hecho, su seguridad, pero no han recibido el conocimiento y seguridad de ello, ese es su problema… El padre reconoce a su hijo en la cuna, pero el bebé todavía no sabe que es su padre".

– Method of Grace (El método de la gracia), por John Flavel, Ministro del evangelio en Dartmouth, Devon, 1680.

(25) "El que confiesa una fe débil tiene mucha paz con Dios, por medio de Cristo, pero no tanta paz como aquel que tiene mucha fe. La fe débil ciertamente llevará al cristiano al cielo, tanto como la fe fuerte, porque es imposible que la medida más pequeña de verdadera gracia perezca, siendo toda semilla incorruptible; pero no es probable que el cristiano débil que duda, tenga un viaje placentero como otro que tiene mucha fe. Aunque todos en la embarcación llegan a puerto seguro, el que sufrió mareos todo el trayecto no habrá tenido un viaje tan agradable como el que es fuerte y saludable".

– The Complete Christian Armour (La armadura completa del cristiano), por William Gurnall,
en algún momento rector de Lavenbam, Suffolk, 1680.

(26) "No se desanime si no le parece que el Padre lo entregó a usted al Hijo. Puede ser que usted no lo note. Muchos que le son dados no se dan cuenta durante mucho tiempo. Sí, no veo ningún peligro en decir que muchos de los dados al Hijo quizá estén en oscuridad, que tengan dudas y temores en cuanto a esto, hasta que el último y más brillante día lo declare y hasta que haya sido dictada la última sentencia. Por lo tanto, si alguno de ustedes no sabe de su propia elección, no se desanime: Puede haber sido elegido, aunque no lo sepa".

– Sermons on the Lord's Prayer (Sermones sobre el Padrenuestro), por Robert Traill,

ministro del evangelio en Londres y a veces en Cranbrook, Kent, 1690.

(27) "La seguridad no es esencial para la salvación. Es una fe fuerte, pero leemos igualmente de una fe débil, de poca fe… como un grano de mostaza. La verdadera fe salvadora en Cristo se distingue únicamente por sus diferentes grados, pero en cada etapa y en cada persona es universalmente de la misma clase".

– Sermones, por el Rev. John Newton, en un tiempo párroco de Olney y Rector de St. Mary, Woolnorth, Londres, 1767.

(28) "No hay razón alguna para que los creyentes débiles lleguen a una conclusión negativa sobre sí mismos. La fe débil une a Cristo tan fehacientemente como una fe fuerte, así como el brote más pequeño de la vid toma savia y vida de la raíz, igual como lo hace la rama más fuerte. Por lo tanto, los creyentes débiles tienen abundantes razones para estar agradecidos y, mientras siguen adelante creciendo en la gracia, no tienen que ignorar lo que ya han recibido".

– Una carta del Rev. Henry Venn, 1784.

(29) "La fe necesaria y suficiente para nuestra salvación no es seguridad. Su tendencia es, sin duda, producir una expectativa entusiasta del favor divino que avanzará hacia una confianza total.

Pero la confianza en sí misma no es la fe de la que estamos hablando, ni se incluye necesariamente en ella. No, es algo totalmente distinto. La seguridad, por lo general, va acompañada de una gran medida de fe. Pero hay personas sinceras que tienen poca fe o en quienes el ejercicio de esa gracia puede estar muy obstruido. Cuando prevalecen tales defectos y obstáculos, es de esperar que surjan muchos temores y aflicciones".

– The Christian System (El sistema cristiano), por el Rev. Thomas Robinson, párroco de St. Mary, Leicester, 1795.

(30) "La salvación y el gozo de la salvación, no siempre son simultáneos. Este último no siempre acompaña al primero en su experiencia presente. Un enfermo puede estar en proceso de recuperación, pero aun así tener dudas en cuanto a su salud. El

dolor y la debilidad pueden causar que vacile. Un niño puede ser heredero de su propiedad o reino y, no obstante, no derivar ningún gozo ante la perspectiva de su futura herencia. Puede ser incapaz de trazar su genealogía o leer sus títulos de propiedad y el testamento de su padre o, teniendo capacidad para leerlos, puede ser que no comprenda su significado y, quizá, su guardián o albacea considere mejor mantenerlo en la ignorancia por un tiempo. Pero su ignorancia no afecta la validez del título de sus propiedades. Sentir la seguridad personal de ser salvo no se relaciona necesariamente con la fe. No son esencialmente lo mismo. Todo creyente de hecho puede inferir, por el efecto producido en su propio corazón, su propia seguridad y sus privilegios; pero muchos que realmente creen, desconocen la palabra de justicia y no podrían llegar, valiéndose de premisas bíblicas, a la conclusión de que estarían justificados".

—Lectures on the 51st Psalm (Discursos sobre el Salmo 51), por el Rev. Thomas Biddulph, ministro de St. James, Bristol, 1830.

8. Moisés: Un ejemplo

"Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón".

Hebreos 11:24-26

El carácter de la mayoría de los santos insignes de Dios, según consigna y describe la Biblia, constituyen una parte muy provechosa de las Sagradas Escrituras. Las doctrinas, los

principios y preceptos abstractos, son todos muy valiosos a su manera; pero, al final de cuentas, nada es más útil que un modelo o ejemplo. ¿Queremos saber qué es santidad práctica? Tomemos asiento y estudiemos la figura de un personaje eminentemente santo. Me propongo presentar en este capítulo la historia de un hombre que vivió por fe, dejándonos un modelo de lo que puede hacer la fe para promover la santidad del carácter. A todos los que quieren saber lo que significa "vivir por fe", les ofrezco a Moisés como ejemplo.

El capítulo once de la *Epístola a los Hebreos* de donde tomé mi texto, es un gran capítulo: Merece ser impreso en letras de oro. Me es fácil creer que tiene que haber sido alentador y reconfortante para los judíos convertidos. Me imagino que ningún miembro de la iglesia primitiva habrá tenido tanta dificultad en la profesión del cristianismo como los hebreos. El camino era angosto para todos, pero principalmente para ellos. La cruz era pesada para todos, pero seguramente ellos tenían que llevar un peso doble. Y este capítulo tiene que haberlos reanimado como una bebida refrescante; como "sidra al desfallecido". Sus palabras deben haber sido "panal de miel, … suavidad al alma y medicina para los huesos" (Pr. 31:6; 16:24).

Los tres versículos que me dispongo a explicar distan de ser los menos interesantes del capítulo. En realidad, pienso que ninguno, si acaso alguno, reclama con tanta fuerza nuestra atención. Y explicaré por qué lo digo.

Me parece a mí que la obra de la fe descrita en la historia de Moisés se aplica de un modo especial a nuestro propio caso. Los hombres de Dios mencionados en la parte anterior del capítulo son todos, ejemplos indudables. No podemos hacer literalmente lo que la mayoría de ellos hacía, pero podemos beber de su espíritu. No somos llamados a ofrecer literalmente un sacrificio como Abel, ni construir literalmente un arca como Noé, ni literalmente dejar nuestro país y vivir en carpas, ni ofrecer literalmente en sacrificio a

nuestro Isaac como Abraham. Pero la fe de Moisés se aplica más a nosotros. Parece operar de una manera que es más parecida a nuestra experiencia. Le hizo tomar una línea de conducta como tenemos que hacerlo a veces nosotros en la actualidad, cada uno en nuestro propio peregrinar, si queremos ser cristianos congruentes. Y por esta razón, creo que estos tres versículos merecen una consideración especial.

Ahora bien, no tengo más que las cosas más sencillas para decir acerca de ellos. Sólo trataré de mostrar la grandeza de lo que hizo Moisés y el principio en el cual las basó. Y entonces, quizá, estemos mejor preparados para recibir la enseñanza práctica que estos versículos parecen contener para todo aquel que quiera recibirla.

I. Cosas a las que renunció Moisés

Primero, entonces, hablaré de *a lo que Moisés renunció y lo que rechazó.*

Moisés dejó atrás tres cosas por el bien de su alma. Sentía que su alma no sería salva si no las dejaba, así que renunció a ellas. Y al hacerlo, afirmo que hizo tres de los sacrificios más grandes que el corazón del hombre puede hacer. Veamos.

(a) Renunció a su ***jerarquía y grandeza***

"Rehusó llamarse hijo de la hija de faraón". Todos conocemos su historia. La hija de faraón había preservado su vida cuando él era un infante. E hizo más: Lo adoptó y educó como si hubiera sido su propio hijo.

Según los historiadores, ella era la única hija de faraón. ¡Algunos van más allá y dicen que por lógica, Moisés algún día sería Rey de Egipto[1]! Esto puede o no, ser cierto; no podemos saberlo. Baste decir que, por su relación con la hija de faraón, Moisés pudiera haber sido, si hubiera querido, un gran hombre según los parámetros humanos. Si se hubiera contentado con la posición en que se encontraba en la corte egipcia, fácilmente hubiera estado entre los

principales (o ser el principal) en la tierra de Egipto.

Pensemos un momento en lo grande que era esta tentación.

Era un hombre con pasiones similares a las nuestras. Pudiera haber tenido toda la grandeza que el mundo puede ofrecer. Tenía por delante y a su alcance: Jerarquía, poder, posición, honor, títulos y categoría. Éstas son cosas por las que muchas personas están luchando continuamente. Estos son los premios por los que el mundo corre sin cesar para obtener. Ser alguien, ser admirado, subir de posición en la sociedad, tener un título antes de su nombre, son cosas por las cuales muchos sacrifican su tiempo, sus pensamientos, su salud y su vida misma. Pero Moisés no los aceptó como regalos. Les dio la espalda. Los rechazó.
¡Renunció a ellos!

(a) Y más que esto, rechazó los ***placeres***. Sin duda que tenía a sus pies todo tipo de placeres, si los hubiera querido (placeres sensuales, placeres intelectuales, placeres sociales).

---

[1] En los países orientales se aprovecha la libertad de adoptar hijos que no son de la misma sangre y otorgarles los privilegios de los hijos que sí tienen consanguinidad. Esta libertad se practica extensamente.

Egipto era un país de artistas, una residencia de hombres eruditos, un lugar para todo el que tenía alguna habilidad o conocimiento científico de cualquier clase.

No había nada que pudiera alimentar "los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida" que alguien, en el lugar de Moisés, hubiera podido hacer suyos (1 Jn. 2:16).

Pensemos también en lo grande que era esta tentación.

Recordemos que los placeres para los que viven millones de personas difieren, quizá, en su concepto de lo que constituye el verdadero placer, pero todos coinciden en tratar de obtenerlo por sobre todas las cosas. El placer y la diversión de los días festivos es lo más grande que anticipa el niño que va a la escuela. El placer y la satisfacción de independizarse es la meta en que fija su mente el

joven. El placer y el descanso al jubilarse con una fortuna es el blanco al que apunta el hombre de negocios. El placer y confort corporal en su propio hogar es la suma de los deseos del hombre pobre. El placer y las constantes emociones en la política, en las diversiones, en las compañías, en los libros, constituyen la meta por la cual se desvela el hombre rico. El placer es como una sombra que busca atrapar a todos por igual, tanto encumbrados como relegados, ricos y pobres, ancianos y jóvenes, unos con otros, cada uno, quizá, pretendiendo despreciar a su prójimo en aras de cazar esa sombra. Cada uno preguntándose cómo obtener el placer para él mismo, cada uno preguntándose secretamente por qué no lo encuentra, pero cada uno, firmemente convencido de que en alguna parte lo encontrará. Ésta era la copa que Moisés tenía ante sus labios. Podía haber bebido de los placeres terrenales todo lo que hubiera querido, pero no quiso saber nada de ellos. Les dio la espada. Los rechazó. ¡Renunció a ellos!

(b) Y más que esto, rechazó las ***riquezas***.

"Los tesoros de Egipto" es una expresión que parece indicar la riqueza sin límites que pudo haber disfrutado Moisés si se hubiera conformado con quedarse a la sombra de la hija del faraón. Bien podemos suponer que estos "tesoros" podían haber sido una fortuna inmensa. En Egipto queda suficiente evidencia como para darnos una pequeña idea del dinero a disposición de su monarca. Las pirámides, los obeliscos, templos y estatuas todavía permanecen como testigos. Las ruinas de Carnac, Luxor, Dendera y muchos otros lugares todavía son los edificios más grandiosos del mundo. Testifican hasta el día de hoy que el hombre que renunció a la fortuna egipcia, renunció a un valor que, aun a las mentes modernas, les resultaría difícil calcular.

Pensemos una vez más en lo grande que era esta tentación.

Consideremos por un momento el poder del dinero: La influencia inmensa que "el amor al dinero" tiene sobre la mente de los

hombres. Miremos a nuestro alrededor y observemos cómo los hombres lo codician y los asombrosos sacrificios y dificultades que están dispuestos a enfrentar por conseguirlo.

Díganles de una isla a muchas millas de distancia, donde quizá se pueda encontrar un producto que daría ganancias si se importara y, sin dilación, enviarían una flota de barcos para traerlo. Muéstreles cómo ganar un centavo más de interés en su dinero y lo contarán entre los hombres más sabios. Casi se pondrán de rodillas para adorarlo. Poseer dinero parece esconder los defectos, cubrir las faltas y adjudicar al hombre muchas virtudes. La gente puede cerrar los ojos ante muchas de sus fallas, ¡siempre que usted sea rico! Pero aquí tenemos a un hombre que hubiera podido ser inmensamente rico, pero no quiso serlo. No quiso los tesoros egipcios. Les dio la espalda. Los rechazó. ¡Renunció a ellos!

Esas fueron las cosas que Moisés rechazó: Jerarquía, placeres y riquezas, las tres de una sola vez.

Agreguemos a todo esto que lo hizo *deliberadamente*. No rechazó estas cosas impulsivamente como si fuera un jovencito. Tenía cuarenta años.

Estaba en el apogeo de su vida. Sabía lo que estaba haciendo. Era un hombre que había recibido una educación superior. La Biblia dice: "Y fue enseñado Moisés en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso en sus palabras y obras" (Hch. 7:22). Podía analizar deliberadamente ambos lados de la cuestión.

Agreguemos a esto que no las rechazó *porque se viera obligado a ello*. No era como el hombre moribundo que dice "que ya no le atrae nada en este mundo"; ¿y por qué? Porque se está yendo del mundo y no puede retener sus riquezas. No era como el mendigo que adjudica mérito el hecho de no tener nada y dice que "no quiere riquezas"; ¿y por qué? Porque no las puede conseguir. No era como el anciano que se alardea de que "ha renunciado a todos los placeres terrenales"; ¿y por qué? Porque está agotado y no los puede

disfrutar. ¡No! Moisés rechazó lo que habría podido disfrutar. Jerarquía, placeres y riquezas. No lo dejaron a él, sino que él *a ellos*.

Y entonces, juzgue si tengo razón o no en decir que él era el que más había sacrificado entre los mortales. Otros han rechazado mucho, pero ninguno, creo, tanto como Moisés. Otros sí se han sacrificado y negado a sí mismos, pero él los sobrepasa a todos.

II. Lo que Moisés escogió

Y ahora paso al segundo tema que quiero considerar. Quiero hablar de *lo que Moisés escogió*.

Pienso que lo que escogió es tan maravilloso como lo que rechazó. Escogió estas tres cosas para el bien de su alma. El camino de la salvación las incluía, y él lo siguió, y al hacerlo escogió lo que nadie estaría dispuesto a elegir.

(1) Para empezar, escogió ***sufrimiento y aflicción.***

Dejó la vida tranquila y cómoda de la corte de faraón y se identificó abiertamente con el pueblo de Israel. Era un pueblo esclavizado y perseguido, objeto de desconfianza, sospechas y odio;

y cualquiera que se hermanaba con él, de seguro probaba algo de la copa amarga que bebía el pueblo diariamente.

Por lógica, no parecía haber ninguna posibilidad de ser liberados de la esclavitud egipcia sin una larga lucha con dudosos resultados. Tener un hogar y un país en que pudieran asentarse y ser libres, les debe haber parecido algo que nunca podrían obtener, por más que lo anhelaran. De hecho, si alguna vez alguien ha escogido dolor, pruebas, pobreza, carencias, aflicciones, ansiedad y, quizá aún, la muerte, con los ojos abiertos, ese fue Moisés.

Reflexionemos en lo maravillosa que fue esta elección.

La carne y la sangre, por naturaleza, evitan el dolor. Es algo que todos tenemos en común. Ante un peligro damos un paso atrás instintivamente para no sufrir y evitarlo si podemos. Si se nos

presentan dos cursos de acción y los dos parecen correctos, por lo general, optamos por el que es menos desagradable para la carne y la sangre. Pasamos nuestros días con temor y ansiedad cuando pensamos que se nos está acercando alguna aflicción y nos valemos de todos los medios para tratar de evitarla. Y si llega, a menudo nos inquietamos y quejamos, y nos parece una gran hazaña si logramos tolerarla con paciencia.

¡Pero fíjese aquí! ¡Aquí tenemos un hombre con pasiones como las nuestras que, a sabiendas, escoge la aflicción! Moisés vio de antemano la copa de sufrimiento que tendría por delante si dejaba la corte de faraón y escogió esa copa, la prefirió y la tomó.

(2) Pero hizo más que esto, escogió ***la compañía de un pueblo despreciado***.

Dejó la sociedad de los grandes y sabios, entre los cuales había sido criado, y se sumó a los hijos de Israel. Había vivido desde su infancia entre jerarquías, riquezas y lujos, pero decidió echar su suerte con los obreros pobres en los hornos de ladrillo: Esclavos, siervos, ilotas[2], marginados, oprimidos, destituidos, afligidos y atormentados.

Una vez más: ¡Qué maravillosa fue esta elección!

Hablando en términos generales, nos parece que ya es bastante tener que tolerar nuestras propias aflicciones. Podemos sentir tristeza por aquellos cuya suerte es lastimosa. Quizá hasta podemos tratar de ayudarlos. Podemos donar dinero para mejorar su condición. Podemos hablar con aquellos de quienes dependen; pero solamente llegamos hasta allí.

Pero aquí tenemos a un hombre que hace mucho más. No sólo siente tristeza por los israelitas despreciados, sino que realmente se rebaja a acercarse a ellos, se convierte en parte de la sociedad de ellos y vive entre ellos. Nos preguntamos si algún encumbrado renunciaría a su casa, su fortuna y su posición social para irse a vivir entre los humildes con el solo fin de hacer el bien. No obstante, esto da una

idea muy ligera y muy débil del tipo de acción que tomó Moisés. Vio a un pueblo despreciado y escogió la compañía de ellos, prefiriéndola a la de los más nobles del reino. Llegó a ser uno de ellos, su hermano, su compañero en las tribulaciones, su aliado, su camarada y su amigo.

(3) Pero hizo más que esto, escogió el ***oprobio y las burlas***.

¡Quién puede concebir el torrente de burlas que habrá tenido que aguantar Moisés al separarse de la corte de faraón para unirse a Israel! ¡Los hombres le habrán dicho que estaba loco, tonto, débil, necio y que había perdido la razón! Perdería su influencia, renunciaría al favor y la buena opinión de aquellos entre quienes había vivido. Pero nada de esto le hizo cambiar de idea. ¡Abandonó la corte y se unió a los esclavos!

¡Qué elección fue ésta! Reflexionemos nuevamente en ella.
Hay pocas cosas peores que la burla y el que lo ridiculicen a uno. Puede hacer esto mucho más que crear enemistad y persecución abierta.

---

[2] Ilotas – Esclavos de los lacedemonios espartanos de la antigüedad, originarios de la ciudad de Helos. Se dice de los desposeídos de los privilegios y derechos de ciudadano.

Muchos que no tendrían reparos en colocarse ante la boca de un cañón, de aferrarse a una vana esperanza o tomar por asalto una brecha, han descubierto que les era imposible enfrentar las burlas de unos pocos compañeros y se han estremecido ante la posibilidad de evitarlo. ¡Ser motivo de risa! ¡Hacer el ridículo! ¡Ser víctima de burlas y desprecios! ¡Ser considerado débil y estúpido! ¡Ser juzgado un imbécil!
¡No hay nada agradable en todo esto y muchos, desafortunadamente, no pueden enfrentar la perspectiva de sufrirlo!

Pero aquí tenemos a un hombre que tomó su decisión y no se acobardó por las pruebas. Moisés vio los reproches y las burlas que le esperaban, pero los escogió y aceptó como su porción.

Esto fue lo que Moisés escogió: Aflicción, la compañía de un

pueblo despreciado y burlas.

Agreguemos a todo esto que Moisés no era un hombre débil e ignorante que no sabía lo que estaba haciendo. La Biblia destaca que era "poderoso en sus palabras y obras" (Hch. 7:22).

Reflexionemos también en las circunstancias de su decisión. No se vio obligado a escoger lo que escogió. Nadie le impuso que tomara este camino. Las cosas que hizo no las hizo por tener que hacerlas por la fuerza o contra su voluntad. Fue decisión de él, no una imposición. Todo lo que hizo, lo hizo por su propia voluntad y porque él quiso.

Y luego, juzguemos si es cierto que lo que escogió fue tan maravilloso como lo que rechazó. Es posible que desde la fundación del mundo, nadie hubiera tomado una decisión como la que nuestro texto destaca que tomó Moisés.

III. El principio que motivó a Moisés

Ahora pasemos al tercer tema: *Quiero referirme al principio que motivó a Moisés*, que lo impulsó a hacer lo que hizo.

¿Cómo se puede explicar esta conducta?

¿Qué razón posible se puede dar? Rechazar aquello que generalmente se considera bueno, escoger lo que comúnmente se juzga malo no es normal para la carne y la sangre. Esto no es cosa de hombre; esto requiere alguna explicación. ¿Cuál será la explicación?

Tenemos la respuesta en el texto. No sé si lo más admirable es su grandeza o su sencillez. Todo radica en una palabrita y esa palabrita es "***Fe***".

Moisés tenía fe. La fe fue el origen de su conducta increíble. La fe lo llevó a hacer lo que hizo, escoger lo que escogió y rechazar lo que rechazó. Todo lo hizo porque *creyó*.

Dios le puso en la mente su propia voluntad y propósito. Dios le reveló que un Salvador nacería de los hijos de Israel, que había

promesas aún por cumplirse entre los descendientes de Abraham, que el tiempo del cumplimiento de parte de estas promesas había llegado. Moisés confió en esto y creyó. Y podemos trazar cada paso en su maravillosa carrera, cada acción en su peregrinaje por la vida después de dejar la corte de faraón (su decisión de parecer malo, su rechazo de parecer bueno) a esta fuente; veremos que todo descansa sobre este fundamento. Dios le había hablado y él tenía fe en la palabra de Dios.

Creyó que Dios ***cumpliría sus promesas***, que lo que dijo que iba a hacer, indudablemente lo haría y lo que pactó realizar, indudablemente lo cumpliría.

Creyó que con Dios ***nada es imposible***. La razón y el sentido común dirían que la liberación de Israel era una imposibilidad, que los obstáculos eran demasiados y las dificultades muy grandes. Pero la fe le decía a Moisés que Dios era suficiente para todo. Dios había emprendido la obra y ésta se realizaría.

Creyó que Dios era ***omnisciente***. La razón y el sentido común le podían decir que su curso de acción era absurdo; que estaba desechando influencias provechosas y destruyendo toda posibilidad

de beneficiar a su pueblo al romper con la hija de faraón. Pero la fe le decía a Moisés que si Dios decía: “Ven por este camino”, seguramente era el mejor.

Creyó que Dios era ***todo misericordia.*** La razón y el sentido común podían sugerir que sería posible encontrar una manera más agradable de liberar al pueblo, que habría que ceder en algunas cosas y que se podrían evitar muchas dificultades. Pero la fe le decía a Moisés que Dios es amor y que no le daría ni una gota más de amargura de la que fuera absolutamente necesaria.

La fe era un telescopio para Moisés. Le hacía ver la buena tierra a gran distancia: Descanso, paz y victoria. La razón miope sólo podía ver pruebas y desiertos, tormentas y tempestades, cansancio y dolor.

La fe era un intérprete para Moisés. Le hacía encontrar un significado reconfortante en los aparentemente oscuros mandatos escritos por Dios; mientras que el sentido común en su ignorancia, no podía ver más que misterio y necedad.

La fe le decía a Moisés que todas estas jerarquías y grandezas eran de la tierra, de este mundo, pobres, vanas, vacías, frágiles, fugaces y temporales; y que no había verdadera grandeza como la de servir a Dios. Él era el Rey, Moisés era el noble que pertenecía a la familia de Dios. Era mejor ser el último en el cielo que el primero en el infierno.

La fe le decía a Moisés que los placeres terrenales eran "placeres del pecado". Estaban entremezclados con el pecado, contenían pecado, eran una ruina para el alma y desagradables a Dios. Sería de poco consuelo gozar de un placer, mientras Dios estaba en su contra. Era mejor sufrir y obedecer a Dios, que sentirse bien y pecar.

La fe le decía a Moisés que, al final de cuentas, estos placeres eran sólo "por un tiempo". No podían durar, todos eran breves, pronto lo cansarían y tendría que dejarlos con el correr del tiempo.

La fe le decía a Moisés que en el cielo había una recompensa para el creyente mucho más rica que los tesoros de Egipto, riquezas duraderas, donde el moho no corrompe, ni ladrones entran y hurtan. Allí, la corona sería incorruptible; el peso de gloria sería enorme y eterno; y la fe le pedía que mirara a lo lejos, a un cielo invisible si sus ojos estaban deslumbrados por el oro egipcio.

La fe le decía a Moisés que la aflicción y el sufrimiento no eran realmente malos. Eran la escuela de Dios, en la que capacita a los hijos de su gracia para la gloria; los remedios necesarios para purificar nuestra voluntad corrupta, el horno en el cual quemar nuestra escoria, el bisturí que tiene que cortar los lazos que nos unen al mundo.

La fe le decía a Moisés que los israelitas despreciados eran el

pueblo escogido por Dios. Creía que la adopción, el pacto, las promesas y la gloria les pertenecían; que de ellos, un día la semilla de la mujer germinaría y heriría la cabeza de la serpiente; que disfrutaban de la bendición especial de Dios, que eran hermosos y bellos a sus ojos, y que era mejor ser el portero del pueblo de Dios que reinar en palacios de maldad.

La fe le decía a Moisés que todos los reproches y las burlas dirigidos a él eran "reproches a Cristo", que era un honor recibir burlas y desprecios en nombre de Cristo, que quien quiera que persigue al pueblo de Cristo persigue a Cristo mismo, y que llegará el día cuando sus enemigos se inclinen ante él y laman el polvo.

Todo esto y mucho más, que me es imposible mencionar en detalle, vio Moisés por fe. Estas eran las cosas que creía y, creyendo, hizo lo que hizo. Estaba convencido de ellas y las hizo suyas…

- las consideró como certidumbres,
- las tuvo como verdades sustanciales,
- las contó tan seguras como si las viera con sus propios ojos,
- actuó en consecuencia porque eran realidades,

y esto lo convirtió en el hombre que era. Tenía fe. Creía.

No nos sorprendamos por qué rechazó grandezas, riquezas y placeres. Él miraba hacia el futuro. Veía con los ojos de la fe a reinos desmoronarse en el polvo, las riquezas tomando alas y remontando el vuelo, los placeres llevando a la muerte y a Cristo, únicamente, y a su pequeña manada subsistiendo para siempre. No nos asombremos de que escogió las aflicciones, a un pueblo despreciado y a los reproches. Veía las cosas debajo de la superficie. Veía con los ojos de la fe que
las aflicciones duraban sólo por un momento, los reproches deambulaban hasta desaparecer y terminando en una honra eterna, veía al pueblo despreciado de Dios reinando como reyes con Cristo en gloria.

¿Y acaso no tenía razón? ¿No nos habla a nosotros, aunque

muerto, hasta el día de hoy? El nombre de la hija del faraón se ha olvidado o, por lo menos, es extremadamente dudoso cómo se llamaría. La ciudad donde reinaba faraón es desconocida. Las riquezas de Egipto han desaparecido. Pero el nombre de Moisés se conoce dondequiera que se lee la Biblia y permanece en pie como testimonio de que "feliz es aquel que vive por la fe".

IV. Lecciones prácticas de Moisés

Ahora, iré terminando, tratando de poner en orden *algunas lecciones prácticas que me parecen ser legítimas consecuencias* de esta historia de Moisés.

¿Qué tiene todo esto que ver con nosotros? Algunos dirán: No vivimos en Egipto. No hemos visto milagros. No somos israelitas. Estamos cansados del tema.

Espere un poquito, si esto es lo que piensa, y con la ayuda de Dios le demostraré lo que todos podemos aprender y en lo que todos podemos instruirnos. Todo aquel que anhela vivir una vida cristiana y ser realmente santo, aprenda la historia de Moisés y obtenga sabiduría.

(a) Para empezar, ***si quiere ser salvo, tiene que tomar la decisión que Moisés tomó: Tiene que escoger a Dios antes que al mundo.***

Recuerde bien lo que digo. No lo pase por alto, aunque olvide todo lo demás. No digo que el estadista tiene que renunciar a su trabajo ni que el hombre rico tiene que renunciar a sus propiedades. No se le ocurra a nadie que eso es lo que estoy diciendo. En cambio, digo que el que quiere ser salvo, sea cual fuere su posición en la vida, tiene que estar preparado para las tribulaciones. Tiene que decidirse a escoger lo que parece malo y dejar y rechazar mucho de lo que puede parecer bueno.

Me atrevo a decir que esto les parecerá raro a algunos que lean

estas páginas. Comprendo muy bien que uno puede tener cierta forma de religión, que no le causará ningún problema. Hay un tipo de cristianismo común que muchos pueden tener en la actualidad, pensando que están bien, un cristianismo barato que no ofende a nadie y no vale nada. No estoy hablando de una religión de este tipo.

Si realmente se toma usted en serio su alma y si su fe es algo más que un traje o vestido a la moda que se pone los domingos, si está decidido a vivir de acuerdo con la Biblia, si está resuelto a ser un cristiano según el Nuevo Testamento, entonces, repito, pronto descubrirá que tiene que llevar una cruz. Tiene que soportar cosas difíciles, tiene que sufrir por el bien de su alma como lo hizo Moisés o, de otro modo, no puede ser salvo.

En este siglo, el mundo es lo que siempre ha sido. Los corazones de los hombres siguen siendo iguales. Las ofensas a la cruz no han cesado. El verdadero pueblo de Dios todavía es una manada pequeña despreciada. La auténtica fe evangélica todavía incluye reproches y menosprecios. Un verdadero siervo de Dios seguirá siendo considerado por muchos un simple débil y necio exaltado**.**

Pero el asunto es éste. ¿Anhela usted la salvación de su alma? Entonces, recuerde: Tiene que elegir a quién servir.

No puede servir a Dios y al dinero. No puede estar en los dos bandos a la vez. No puede ser amigo de Cristo y amigo del mundo al mismo tiempo. Tiene que apartarse de los hijos de este mundo y permanecer aparte. Tiene que aguantar muchas mofas, problemas y oposiciones, de otra manera, estará perdido para siempre. Tiene que estar dispuesto a hacer cosas que el mundo considera tontas y tener opiniones que sólo pocos tienen. Le costará algo, la corriente es fuerte, y usted tiene que vencerla. El camino es angosto y empinado; es inútil decir que no lo es. Pero téngalo por seguro: No puede haber una religión salvadora sin sacrificio y la negación de uno mismo.

Ahora bien, ¿está usted haciendo algún sacrificio? Su fe, ¿le cuesta algo? Apelo a su conciencia con afecto y ternura. ¿Está usted, como Moisés, prefiriendo a Dios antes que al mundo o no? Le ruego que no se esconda bajo el peligroso pronombre "nosotros": "Nosotros deberíamos", "nosotros esperamos que", "lo que nosotros queremos decir" y frases similares. Le pregunto directamente: ¿Qué está haciendo *usted mismo*? ¿Está dispuesto a renunciar, sea lo que sea que lo mantiene alejado de Dios? ¿O se está aferrando al Egipto del mundo y diciendo: "Tengo que tenerlo, tengo que tenerlo. No puedo dejarlo"? ¿Hay alguna cruz en su cristianismo? ¿Hay algunas puntas filosas en su fe, algo discordante y chocante con la mentalidad terrenal a su alrededor? ¿O está cómodamente adaptado a las costumbres y la moda? ¿Sabe algo de las aflicciones del evangelio? ¿Son alguna vez, su fe y práctica, objeto de burlas y menosprecios? ¿Alguien lo cree loco en razón de su alma? ¿Ha renunciado a la hija de faraón, sumándose de todo corazón al pueblo de Dios? ¿Le está confiando todo a Cristo? Busque y vea.

Estos son interrogantes difíciles y preguntas delicadas. No puedo impedirlo. Creo que están fundadas en las verdades de la Escrituras. Recuerdo que está escrito: "Grandes multitudes iban con él; y volviéndose, les dijo:

Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo" (Lc. 14:25-27). Me temo que muchos quisieran la gloria, pero no la gracia. Les gustaría recibir el sueldo, pero no tener que trabajar, la cosecha, pero no el esfuerzo de tener que cosechar, la mies, pero no tener que sembrar, la recompensa, pero no la batalla. Pero esto no puede ser. Como dice Bunyan: "Tiene que haber lo amargo antes de lo dulce". Si no hay cruz, no habrá corona.

(b) Lo segundo que digo es esto, ***nada, excepto la fe, puede hacer***

posible que escoja a Dios antes que el mundo.

Ninguna otra cosa puede hacerlo. No lo puede hacer el conocimiento, tampoco alguna emoción, ni el cumplimiento regular de prácticas externas ni los buenos amigos. Todo esto ayuda algo, pero el fruto que producen no tiene el poder de continuar; no dura. La religión que surge de estas fuentes sólo durará mientras no haya "la tribulación de la persecución debido a la Palabra", pero en cuanto la hay, se seca. Es un reloj sin la cuerda principal, su carátula se ve muy hermosa, uno puede hacer girar sus manecillas con la mano, pero sin la cuerda no funcionará. La religión que perdurará, tendrá que contar con un fundamento vivo y no hay otro, sino la fe.

Tiene que haber una creencia profunda de que las promesas de Dios son seguras y que se puede depender de ellas; una creencia real de que todo lo que Dios dice en la Biblia es cierto y que toda doctrina contraria a esto es falsa, no importa lo que alguien diga. Tiene que haber una creencia real de que las palabras de Dios han de ser recibidas, no importa lo difícil y desagradable que sea para la carne y la sangre, y que su camino es el correcto y todos los demás están equivocados. Tiene que haber esto, de lo contrario, nunca dejará el mundo, tomará su cruz, seguirá a Cristo ni será salvo.

Usted debe aprender a confiar en las promesas, más que en los bienes terrenales, en las cosas invisibles más que en las visibles, en las cosas celestiales fuera de la vista, que las cosas en la tierra delante de sus ojos; alabar al Dios *invisible* más que alabar al hombre *visible*. Entonces, y solo entonces, preferirá escoger a Dios y no al mundo, siguiendo el ejemplo de Moisés.

Ahora pregunto a cada lector, ¿tiene usted fe? Si la tiene, le será posible rechazar algo que parezca bueno y escoger algo que parezca malo. No le dará ninguna importancia a las pérdidas de hoy, con la esperanza de las ganancias de mañana. Seguirá a Cristo en la oscuridad y permanecerá a su lado hasta lo último. Si no tiene fe, le

advierto, nunca librará una buena batalla ni "correrá para obtener" su corona. Muy pronto se desanimará y se volverá al mundo.

Sobre todo esto, tiene que haber una fe permanente y real en el Señor Jesucristo. La vida en la carne tiene que vivirse por fe en el Hijo de Dios.

Depender de Jesús, confiar en Jesús, valernos de Jesús y usarlo como el maná de nuestra alma constantemente, tiene que ser un hábito establecido. Tiene usted que esforzarse por poder decir: "Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia". "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Fil. 1:21; 4:13).

Ésta era la fe por la cual los santos de antaño obtuvieron éxito. Ésta fue el arma con la cual vencieron al mundo. Esto les hizo ser lo que fueron.

Ésta fue la fe que hizo que…

- Noé construyera su arca mientras el mundo se burlaba,
- Abraham le diera la mejor tierra a Lot y morara pacíficamente en sus tiendas,
- Rut se aferrara a Noemí y dejara a su pueblo y a sus dioses,
- Daniel siguiera orando, aunque sabía que el foso de los leones estaba preparado,
- los tres jóvenes se negaran adorar a los ídolos, aunque sabían que los esperaba un horno ardiente y que
- Moisés renunciara a Egipto, sin temor a la ira de faraón.

Todos estos actuaron como lo hicieron porque creían. Veían las dificultades y los problemas de este camino. Pero también veían a Jesús por fe venciéndolos a todos y seguían adelante. Bien pudo hablar el Apóstol Pedro de la fe como "igualmente preciosa" (2 P. 1:1).

(c) Lo tercero que quiero decir es que ***la verdadera razón por la que tantas personas son tan mundanas e impías es que no***

tienen fe.

Debemos tener conciencia de que hay multitudes de cristianos profesantes que no pensarían ni por un segundo hacer lo que hizo Moisés. Es inútil tratar de suavizar las cosas e ignorar esta realidad. Debe ser ciego el que no ve a miles de personas a su alrededor que prefieren al mundo antes que a Dios, las cosas temporales antes que las eternas y las cosas del cuerpo antes que las del alma. Puede ser que no nos guste admitir esto y tratamos de ignorarlo. Pero así es.

¿Y por qué son así estos que profesan ser cristianos? Sin duda que nos darán razones y excusas. Algunos hablarán de las trampas del mundo, algunos de la falta de tiempo, algunos de dificultades singulares respecto a su posición, algunos de los cuidados y ansiedades de la vida, algunos del poder de las pasiones y algunos sobre los efectos de las malas compañías. ¿Qué tenemos en resumen? Hay una explicación mucho más breve que explica el estado de sus almas: *No creen*. Una frase simple, como la vara de Aarón, destruirá todas sus excusas: *No tienen fe.*

No creen realmente que lo que Dios dice es cierto. Se excusan secretamente con la idea: "De seguro no se cumplirá, de seguro tiene que haber otro camino al cielo además del que hablan los pastores,

seguramente no hay tanto peligro de perderse". En suma, no confían implícitamente en las palabras que Dios ha escrito y dicho y, por ello, no actúan en consecuencia.

No creen completamente…

- en el infierno, por lo que no huyen de él,
- ni en el cielo, por lo que no lo buscan,
- ni en la culpa del pecado, por lo que no se apartan de él,
- en la santidad de Dios, por lo que no le temen,
- ni en su necesidad de Cristo, por lo que no confían en él ni lo aman.

No sienten confianza en Dios, así que no arriesgan nada por él. Igual que Pasión, el joven en *El Progreso del Peregrino*, tienen que disfrutar de las cosas buenas ahora. No confían en Dios y, por eso, no pueden esperar.

Ahora bien, ¿en qué condición estamos? ¿Creemos toda la Biblia? Hagámonos esta pregunta. Podemos estar seguros de que es algo mucho más importante creer todo lo que dice la Biblia que lo que muchos suponen. Feliz el hombre que se puede poner la mano en el corazón y decir: "Soy *creyente*".

A veces hablamos de los incrédulos como si fueran una rareza en el mundo. Y admito con alegría que la infidelidad confesa, no es común ahora. Pero hay una gran cantidad de infidelidad práctica a nuestro alrededor que, al final de cuentas, es tan peligrosa como los principios de Voltaire y Paine. Hay muchos que domingo tras domingo recitan el credo y se aseguran de declarar su fe en todo lo que la Sede Apostólica y las formas de Nicea contienen.

Y no obstante, estas mismas personas viven toda la semana como si Cristo nunca hubiera muerto, como si no fuera a haber un juicio, ninguna resurrección de los muertos y ninguna vida eterna. Cuando les hablamos de cosas eternas y el valor de sus almas, hay muchos que dicen: "Oh, eso ya la sé".

Y no obstante, sus vidas muestran claramente que no saben nada de lo que debieran saber, ¡y lo más triste es que creen que sí saben!

Es una verdad espantosa, digna de profunda reflexión, que el conocimiento que no lleva a actuar en consecuencia, es inútil e inservible a los ojos de Dios. Y es mucho peor que eso. Agregará a nuestra condenación y aumentará nuestra culpa en el Día del juicio. Una fe que no influye sobre las acciones del hombre, no merece llamarse fe. Hay sólo dos clases de gentes en la iglesia de Cristo: Los que creen y los que no creen. La diferencia entre el cristiano auténtico y el que meramente profesa serlo, radica en una frase: El

cristiano auténtico es como Moisés: "Tiene fe"; el que sólo dice serlo, no la tiene. El cristiano auténtico cree y, por lo tanto, vive como vive; el que meramente profesa serlo, no cree y, por lo tanto, es lo que es. Oh, ¿dónde está nuestra fe? No seamos incrédulos, sino creyentes.

(d) Lo último que diré es que ***el verdadero secreto de hacer grandes cosas para Dios es tener una fe grande***.

Creo que todos podemos equivocarnos en este punto. Pensamos y hablamos demasiado sobre gracias, dones y logros, y no recordamos tanto como debemos, que la *fe* es la raíz y madre de todos estos. En su andar con Dios, el hombre llegará sólo hasta donde cree y no más. Su vida será siempre proporcional a su fe. Su paz, su paciencia, su valentía, su celo, sus obras serán todas de acuerdo con su fe.

Leemos las biografías de cristianos insignes como Wesley, Whitefield, Venn, Martyn, Bickerstech, Simeon y M'Cheyne, que nos impulsan a decir: "¡Qué dones y gracias maravillosos tenían estos hombres!" Respondo: "Deberíamos más bien honrar la gracia madre, la más importante de todas las gracias que Dios presenta en el capítulo once de la *Epístola a los Hebreos*: Deberíamos honrar su *fe*. Tengamos por seguro que la fe es la razón principal del carácter que tenía cada uno de los mencionados".

Me imagino que alguien puede decir: "Eran hombres de oración; eso fue lo que los hizo lo que eran". Respondo: "¿Por qué oraban mucho? Sencillamente porque tenían mucha fe. ¿Qué es la oración, sino la fe hablando con Dios?".

Otro puede decir: "Eran muy diligentes y trabajadores, eso explica su éxito". Respondo: "¿Por qué eran tan diligentes? Simplemente porque tenían fe. ¿Qué es la diligencia cristiana, sino la fe en acción?".

Otro puede opinar: "Eran muy valientes, eso los hacía útiles". Respondo: "¿Por qué eran tan valientes? Simplemente porque tenían

mucha fe. ¿Qué es la valentía cristiana, sino la fe cumpliendo su deber con seriedad?".

Otro puede exclamar: "Era su santidad y espiritualidad lo que les daba envergadura". Por última vez respondo: "¿Qué los hacía santos? Nada más que un espíritu de fe vivo y fehaciente. ¿Qué es la santidad, sino fe visible y fe encarnada?".

Entonces siga el consejo que le doy este día, vaya y clame al Señor Jesucristo como lo hicieron los discípulos: "Señor: Auméntanos la fe" (Lc. 17:5). Fe es la raíz del carácter del creyente verdadero. Asegúrese de que su raíz es la correcta y pronto abundará su fruto. Su prosperidad espiritual siempre será según su fe. Aquel que cree, no sólo será salvo, sino que nunca tendrá sed, vencerá y será establecido, caminará firmemente sobre las aguas de este mundo y hará grandes obras.

Lector, si usted cree las cosas que contiene este capítulo y anhela ser un hombre santo a conciencia, *comience a poner en práctica su fe*. Tome a Moisés como su ejemplo. Siga sus pasos. *Vaya y haga usted lo mismo.*

9. Lot: Una luz de advertencia

"Deteniéndose él…". Génesis 19:16

Las Sagradas Escrituras, que fueron escritas para nuestra instrucción, contienen luces de advertencia, al igual que modelos a imitar. Nos muestran ejemplos de lo que debemos evitar, al igual que ejemplos que debemos seguir. El hombre, cuyo nombre encabeza esta página, ha sido puesto como una luz de advertencia para toda la iglesia de Cristo. Nos presenta su carácter en dos breves palabras:

"Deteniéndose él". Se detuvo. Tomemos asiento y observemos esta luz de advertencia por unos minutos. Consideremos a Lot.

¿Quién es este hombre que se detuvo? Es el sobrino del fiel Abraham. ¿Y cuándo fue que se detuvo? La misma mañana en que Sodoma iba a ser destruida.

¿Y dónde se detuvo? Dentro de las paredes de Sodoma misma. ¿Y ante quién se detuvo? Ante la vista de dos ángeles enviados para sacarlo de la ciudad. ¡Incluso en ese momento se detuvo!

Las palabras son solemnes y llenas de elementos que nos hacen pensar. Debieran sonar como una trompeta en los oídos de todos los que profesan alguna religión. Espero que hagan pensar a cada lector de estas páginas. ¿Quién sabe si no son justo las palabras que su alma requiere? La voz del Señor Jesucristo le manda: "Acordaos de la mujer de Lot" (Lc. 17:32). Las palabras de uno de sus siervos le invitan hoy a recordar a Lot.

Trataré de mostrar:

I. *Lo que Lot era* en sí mismo.

II. Lo que el texto ya citado dice de *su comportamiento*.

III. Las *razones* por las que quizá se detuvo.

IV. Qué *clase de fruto* dio el hecho que se detuvo.

Pido la atención de todos los que tienen razón para creer que son verdaderos cristianos y anhelan vivir vidas santas.

Establezcamos este principio en nuestras mentes: si seguimos la santidad, no debemos "detenernos".

I. ¿Qué era Lot?

Lo digo una vez más: *Lot es una* luz de advertencia.

Éste es un punto muy importante. Si no me aseguro de que usted lo note, podría perderme la clase de cristianos profesantes a quienes quiero beneficiar de un modo especial. Si no lo presento con claridad, muchos quizá digan después de leer este capítulo: "¡Ay! ¡Lot era un hombre malo, un pobre ser, malvado y oscuro: Un hombre

inconverso, un hijo de este mundo! Con razón se detuvo".

Pero ahora preste mucha atención a lo que digo. Lot distó mucho de ser algo así. Lot era un creyente verdadero, un convertido, un auténtico hijo de Dios, un alma justificada, un hombre justo.

¿Tiene alguno de mis lectores gracia en su corazón? Lot también la tenía.

¿Tiene alguno de mis lectores esperanza de salvación? Lot también la tenía. ¿Es alguno de mis lectores un viajero en el camino angosto que conduce a la vida? Lot también lo fue.

Nadie piense que esto es sólo mi opinión particular, una mera fantasía mía, una noción que no tiene fundamento bíblico. Nadie suponga que quiero que lo crea sólo porque yo lo digo. El Espíritu Santo ha colocado el asunto, libre de posibles controversias, llamándolo "justo" y "recto" (2 P. 2:7-8) y nos ha dado evidencias de que la gracia moraba en él.

Una evidencia es que vivía entre hombres impíos "viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos" y la maldad a su alrededor (2 P. 2:8) y, aun así, él mismo no era impío. Ahora bien, para ser un Daniel en Babilonia, un Abdías en la casa de Acab, un Ahías en la familia de Jeroboam, un santo en la corte de Nerón y un "hombre justo" en Sodoma, uno tiene que tener la gracia de Dios.

Sin su gracia sería imposible ser como alguno de estos hombres.

Una segunda evidencia es que "veía a los prevaricadores" y se contrariaba por lo que veía a su alrededor (2 P. 2:7, 8). Se sentía herido, triste, dolorido y lastimado ante la presencia del pecado. Esto era sentirse como el santo David, quien dice: "Veía a los prevaricadores, y me disgustaba, Porque no guardaban tus palabras", "Ríos de agua descendieron de mis ojos, porque no guardaban tu ley" (Sal. 119: 158, 136). Esto era sentirse como San Pablo, quien dice: "Tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón,… por amor a mis hermanos" (Ro. 9:2, 3). Nada puede ser la razón de

esto, sino la gracia de Dios.

Un tercera evidencia es que “afligía cada día su alma justa” (2 P. 2:8). No sucedió que se hizo indiferente o que se entibió ante el pecado, como sucede con muchos. La familiaridad y el hábito no le quitaron el filo a sus sentimientos, como sucede con demasiada frecuencia. Para muchos es un shock y un susto ver por primera vez una iniquidad, pero al final se acostumbran tanto que la ven con bastante apatía. Esto es así, especialmente con los que viven en grandes ciudades, o con ingleses que viajan en el continente. Estos, a menudo, terminan siendo totalmente indiferentes al hecho de que no se observa el Día del Señor y a muchas formas de pecados. Pero no fue así con Lot. Y también esto es una gran señal de la realidad de su gracia.

Así era Lot: Un hombre justo y recto, un hombre sellado como heredero al cielo por el Espíritu Santo mismo.

Antes de seguir adelante, recordemos que un cristiano auténtico puede tener muchas manchas, muchos defectos y muchas debilidades y, aun así, ser un cristiano auténtico. No despreciamos al oro porque esté mezclado con mucha escoria. No le quitemos valor a la gracia porque está acompañada de mucha corrupción. Siga leyendo y verá que Lot pagó caro por “detenerse”. Pero no se olvide, al ir leyendo, que Lot era un hijo de Dios.

II. El comportamiento de Lot

Sigamos con el segundo punto que he mencionado. *¿Qué nos dice el texto ya citado sobre el comportamiento de Lot?*

Las palabras son increíbles y asombrosas: “Deteniéndose él”. Cuanto más consideremos las circunstancias, más increíbles nos parecerán.

Lot conocía la condición aterradora de la ciudad en que se encontraba. “El clamor” de sus abominaciones había “subido de punto delante de Jehová” (Gn. 19:13). Sin embargo, se detuvo.

Lot conocía el juicio horroroso que estaba a punto de sobrevenir a todos los que moraban dentro de los confines de sus muros. Los ángeles habían dicho claramente: "Por tanto, Jehová nos ha enviado para destruirlo" (Gn. 19:13). Sin embargo, se detuvo.

Lot sabía que Dios era un Dios que siempre cumplía sus promesas y, si decía que iba a hacer algo, era seguro que lo haría. No podía ser sobrino de Abraham, vivir mucho tiempo con él y no tener conciencia de esto. Sin embargo, se detuvo.

Lot creía que había peligro porque fue donde estaban sus yernos y les advirtió que huyeran. "Levantaos", les dijo, "salid de este lugar; porque Jehová va a destruir esta ciudad" (Gn. 19:14). Sin embargo, se detuvo.

Lot vio a los ángeles de Dios esperando que él y su familia partieran. Oyó la voz de esos ministros de ira retumbándole en los oídos para apurarlos: "Levántate, toma tu mujer, y tus dos hijas que se hallan aquí, para que no perezcas en el castigo de la ciudad" (Gn. 19:15). Sin embargo, se detuvo.

Lot fue…

- lento cuando debió ser rápido,
- atrasado cuando debió ser adelantado,
- demorado cuando debió estar apurándose,

- perdiendo el tiempo cuando debió estar aprovechándolo y
- frío cuando debió ser ferviente.

¡Es más que extraño! ¡Parece casi increíble! ¡Aparenta ser demasiado fantástico para ser verdad! Pero el Espíritu lo escribe para nuestra instrucción. Y así fue.

Y aun así, por increíble que parezca a primera vista, me temo que hay muchos entre el pueblo del Señor Jesucristo muy parecidos a Lot.

Pido a cada lector que se grabe muy bien lo que digo. Repito que es imposible que haya algún error en cuanto a su significado. He

demostrado que Lot "se detuvo". Afirmo que hay muchos hombres cristianos y mujeres cristianas hoy que son muy parecidos a Lot.

Hay muchos verdaderos hijos de Dios que parecen saber más de lo que llevan a la práctica, ven mucho más de lo que ponen por obra y se mantienen en este estado por muchos años. ¡Increíble que van la distancia que van y, después, se quedan allí!

Reconocen a la Cabeza que es Cristo y aman la verdad. Les gusta la predicación profunda y coinciden con cada artículo de la doctrina cristiana cuando lo oyen. Pero aun así, hay *algo* imposible de describir que no es satisfactorio en ellos. Están haciendo constantemente cosas que desilusionan a sus pastores y amigos cristianos más consagrados. ¡Es asombroso que piensen como piensan y, aun así, que se queden frenados donde están, *se detienen*!

Creen en el cielo y, sin embargo, poco parecen anhelarlo.

También creen en el infierno y, sin embargo, poco parecen temerlo. Aman al Señor Jesús y, sin embargo, el trabajo que hacen para él es poco.

Aborrecen al diablo, pero a menudo parecen tentarlo para que se acerque a ellos.

Saben que el tiempo es breve y, sin embargo, viven como si fuera extenso. Saben que tienen una batalla que librar y, sin embargo, aparentan tener paz.

Saben que tienen una carrera que correr, y sin embargo, parecen quedarse sentados.

Saben que el juez está a la puerta y que hay una ira venidera, y, sin embargo, parecen estar adormecidos.

¡Es sorprendente que sean lo que son y, sin embargo, no pueden llegar a ser nada más!

¿Y qué diremos de estas personas? A menudo dejan pasmados a sus

amigos y familiares consagrados. Con frecuencia causan gran ansiedad. Repetidamente generan grandes dudas y análisis introspectivos. No obstante, pueden ser clasificados bajo una descripción contundente: Todos son hermanos y hermanas de Lot. *Se detienen*.

¡Estos son aquellos a quienes se les ocurre que es imposible que todos los creyentes sean muy santos y muy espirituales! Admiten que una santidad insigne es maravillosa. Les gusta leer acerca de ella en los libros, inclusive a veces, les inspira verlo en los demás. Pero no piensan que la intención es que todos deben aspirar a una norma tan elevada. Sea como fuera, parece que decidirse está fuera de su alcance.

Estos son aquellos a quienes se les mete en la cabeza ideas falsas sobre el amor, como le llaman ellos. Tienen un temor mórbido de ser intolerantes y cerrados, y están siempre volando al extremo opuesto. Anhelan complacer a todos y estar de acuerdo con todos. Pero se olvidan que primero deben estar seguros de que complacen a Dios.

Estos son aquellos a quienes les da pavor tener que sacrificarse y rehúyen tener que negarse a sí mismos. Parece que nunca pueden aplicar el mandato de nuestro Señor de "tomar la cruz" y "cortar su mano derecha" (Lc. 9:23; Mt. 5:29, 30).

No pueden negar que nuestro Señor usó estas expresiones, pero nunca les encuentran un lugar en su propia religión. Se pasan la vida tratando de hacer más ancha la puerta y más liviana la cruz. Pero nunca tienen éxito.

Estos son los que siempre están tratando de andar al ritmo del mundo.

Estos son ingeniosos en descubrir razones para no separarse contundentemente del mundo y en dar excusas convincentes para participar de diversiones cuestionables y para frecuentar amistades objetables. Un día le cuentan a uno que asistieron a un

estudio bíblico y el día siguiente quizá le cuentan que fueron a un baile. Un día ayunan o participan de la Cena del Señor y otro día van al hipódromo durante la mañana y en la noche a la ópera. Un día su entusiasmo por el sermón predicado por un predicador impresionante casi los lleva a la histeria y otro día están llorando al leer una novela. Están constantemente esforzándose por convencerse a sí mismos de que mezclarse un *poquito* con la gente mundana en su entorno, hace bien. No obstante, en su caso, resulta muy claro que no les hace nada de bien, sino sólo daño.

Estos son los que no tienen el valor de luchar contra sus pecados, ya sea pereza, indolencia, mal carácter, orgullo, egoísmo, impaciencia o lo que sea. Permiten que estos sean un inquilino tolerablemente quieto y tranquilo de sus corazones. Dicen que es por su "salud, su temperamento, sus pruebas o su manera de ser. Su padre, su madre o su abuela eran iguales, por lo que están seguros de que no lo pueden remediar". ¡Y cuando uno los vuelve a ver después de más o menos un año, usted escuchará la misma historia!

Pero todo, todo, sí todo puede resumirse en una sola oración, son hermanos y hermanas de Lot. Se estancan, *se detienen*.

¡Ay, si es usted un alma que se mantiene detenida, no es feliz!

Usted sabe que no lo es. Sería raro que lo fuera. El detenerse es la destrucción segura del cristianismo feliz. La conciencia del que se detiene le prohíbe disfrutar de paz interior.

Quizá en algún momento todo marchaba bien. Pero ha dejado su primer amor y, desde entonces, nunca ha sentido la misma tranquilidad y no volverá a sentirla hasta que vuelva a sus "primeras obras" (Ap. 2:5). Como Pedro, cuando prendieron al Señor Jesús, lo están siguiendo de lejos y como en el caso del Apóstol, su camino no es agradable, sino difícil.

Venga y observe a Lot. Venga y tome nota de la historia de Lot.

Venga, considere el "detenerse" de Lot y sea sabio.

III. Razones por las cuales Lot se detuvo

Consideremos ahora *las razones que pueden haber contribuido a que Lot se detuviera.*

Ésta es una cuestión muy importante y le pido que le dé su más seria atención. Saber el origen de una enfermedad es un paso hacia su remedio**.** Aquel a quien le advierten, de antemano lo arman.

¿Quién entre mis lectores se siente seguro y no teme detenerse? Venga y escuche mientras le cuento algunos pasajes de la historia de Lot. Si actúa como lo hizo él, será un milagro si al final su alma no esté en el mismo estado que la de él.

(1) Una cosa que observo en Lot es que ***tomó una decisión equivocada siendo muy joven***.

Hubo un tiempo cuando Abraham y Lot vivían juntos. Ambos eran ricos y ya no podían seguir viviendo juntos. Abraham, el mayor de los dos, con verdadera humildad y cortesía, le dio a Lot el privilegio de escoger las tierras que prefería cuando resolvieron separarse. Le dijo: "Si fueres a la mano izquierda, yo iré a la derecha; y si tú a la derecha, yo iré a la izquierda" (Gn. 13:9).

¿Y qué hizo Lot? Nos dice la Biblia que vio que los valles del Jordán, cerca de Sodoma, eran ricos,

fértiles y recibían abundante lluvia. Eran tierras buenas para pastar el ganado. Él tenía muchos rebaños y ganados, y los campos eran precisamente los que estos requerían. Y estas tierras fueron las que escogió sencillamente porque eran "de riego" (Gn. 13:10).

¡Estaba cerca de la ciudad de Sodoma! No le importaba. ¡Los hombres de Sodoma, que serían sus vecinos, eran impíos! No le interesaba. ¡Eran extremadamente pecadores ante Dios! No le incumbía. La llanura era rica. Las tierras eran buenas. Quería una región así para sus rebaños y sus ganados. Y ante este argumento, todos sus escrúpulos y dudas, si es que los tenía, desaparecieron.

a) Escogió por vista, no por fe.

b) No le pidió consejo a Dios, para que lo preservara de los errores.

c) Consideró las cosas temporales, no las eternas.

d) Pensó en sus ganancias mundanas y no las de su alma.

e) Tuvo en cuenta sólo lo que le beneficiaría en esta vida y olvidó la seria cuestión de la vida venidera.

Éste fue un mal comienzo.

(2) Pero observo también que ***Lot se mezcló con pecadores cuando no tenía ninguna razón para hacerlo.***

Al principio mismo, Lot "fue poniendo sus tiendas hasta Sodoma" (Gn. 13:12).

Ya he demostrado que esto fue un gran error.

Pero la próxima vez que es mencionado, nos encontramos con que está viviendo en la misma Sodoma. El Espíritu dice expresamente: "Moraba en Sodoma" (Gn. 14:12). Dejó sus tiendas. Renunció a sus tierras. Ocupó una casa en las calles mismas de la impía ciudad.

El texto no nos dice la razón de este cambio. No sabemos de ninguna situación que lo hubiera causado. Estamos seguros de que no puede haber sido por mandato de Dios. Quizá a la esposa le gustaba la ciudad mejor que el campo, a fin de poder formar parte de la sociedad. Se nota a ojos vista que carecía de gracia.

Quizá convenció a Lot que era necesario para beneficio de sus hijas, para que pudieran casarse y tener una vida tranquila. Quizá las hijas lo instaron a vivir en la ciudad para poder tener amistades divertidas. Es evidente que eran chicas con una mentalidad ligera. Quizá a Lot mismo le gustaba la idea, a fin de ganar más con sus rebaños y ganados. Al hombre nunca la faltan razones para confirmar su voluntad. Pero una cosa es segura: Lot vivió en medio de Sodoma sin una razón válida.

Cuando el hijo de Dios hace estas dos cosas que he mencionado, nunca debe sorprendemos si, a la larga, recibimos malas noticias

de su alma. No nos debe sorprender si hace oídos sordos a la voz de advertencia acerca de aflicciones futuras, como las tuvo Lot (Gn. 14:12), y termina *deteniéndose* en el día de tribulaciones y peligros, como lo hizo Lot.

Tome una decisión equivocada en la vida, una decisión no bíblica, asiéntese innecesariamente en medio de un pueblo mundano y estará en la condición más segura para perjudicar su propia espiritualidad y de retrasarse en lo que a su eternidad se refiere. Éste es el modo de hacer que el pulso de su alma lata débil y lánguidamente. Es la manera de embotar e insensibilizar sus sentimientos sobre el pecado. Es la forma de apagar los ojos de su discernimiento espiritual hasta que apenas puede ver la diferencia entre el bien y el mal, y de caminar a los tropezones. Éste es el modo de causarle parálisis moral a sus pies y demás miembros, y lo hacen andar a tambaleante y temeroso por el camino a Sion como si el saltamontes fuera una carga. Es la manera de franquearle la puerta a su peor enemigo, para darle al diablo terreno ventajoso en la batalla, de amarrar sus brazos en la lucha, de encadenar las piernas al correr, secar la fuente de su fuerza, de quitarle su energía, de cortarse el cabello, como Sansón, y entregarse a los filisteos, arrancarse sus propios ojos, girar el molino en la prisión y ser un esclavo.

Ruego a todo lector de este libro que preste mucha atención a lo que estoy diciendo. Grabe estas cosas en su mente. No las olvide. Recuérdelas al amanecer. Tráigalas a su mente al anochecer. Deje que penetren profundamente en su corazón. Si alguna vez va estar a salvo de "detenerse", no se mezcle innecesariamente con gente mundana. ¡Cuídese de no tomar una decisión como la de Lot! Si usted no quiere que el estado de su alma sea seco, torpe, embotado, perezoso, estéril, pesado, carnal, estúpido y obtuso, ¡*cuídese de no tomar una decisión como la de Lot*!

(a) Recuerde esto ***cuando va a escoger un lugar donde vivir o***

residir. No basta con que la casa sea cómoda, bien ubicada, donde se respira aire puro, el vecindario es agradable, el alquiler o el precio bajo, y el costo de vida bajo también. Hay también otros factores para tener en cuenta. Debe pensar en su alma inmortal. El entorno de la casa en la cual usted está pensando ¿lo ayudará a ir al cielo o al infierno? ¿Se predica el evangelio en las cercanías? ¿Está al alcance de su puerta el Cristo crucificado? ¿Tiene cerca a un verdadero siervo de Dios que vele por su alma? Le insto encarecidamente que si ama la vida, no pase por alto esas condiciones tan importantes. *Cuídese de no tomar una decisión como la de Lot*.

(b) Recuerde esto ***al escoger un llamado, una posición o una profesión en la vida***. No basta que el sueldo sea alto, bueno el jornal, fácil el trabajo, numerosos los beneficios y muy favorables las perspectivas de ser ascendido. Piense en su alma, su alma inmortal. ¿Prosperará o se retrasará? ¿Tendrá libre los domingos y podrá contar con un día por semana para sus asuntos espirituales? Le ruego, por la misericordia de Dios, que tenga cuidado con lo que hace. No tome decisiones impulsivas. Considere al lugar desde todos los puntos de vista; el de Dios, al igual que el del mundo. El oro se puede pagar demasiado caro. *Cuídese de no tomar una decisión como la de Lot*.

(c) Si es usted soltero o soltera, recuerde esto ***al escoger esposo o esposa***. No basta con que le agrade su aspecto, que tengan los mismos gustos, que congenien en lo que piensan, que haya afecto y cariño y que luchen juntos por tener un hogar cómodo para toda la vida. Se necesita algo más que esto. Hay una vida venidera. Piense en su alma, su alma inmortal. ¿Será impulsada hacia arriba o arrastrada hacia abajo por la unión que está planeando? ¿Será un matrimonio más celestial o más terrenal, vivido más cerca de Cristo o del mundo? ¿Su fe será cada vez más fuerte o más débil? Le ruego, por todas sus esperanzas de gloria, que incluya esto en sus

cálculos. Decía el anciano Baxter: "Piense, piense y vuelva a pensar" antes de comprometerse. "No os unáis en yugo desigual con los incrédulos" (2 Co. 6:14). El matrimonio no se menciona en ninguna parte como un medio de conversión. *Cuídese de no tomar una decisión como la de Lot*.

(d) Recuerde esto ***si alguna vez le ofrecen un trabajo en el ferrocarril.*** No basta recibir un buen sueldo y tener un empleo fijo, la confianza de los directores y la posibilidad de que le den un ascenso. Por supuesto, estas cosas son muy buenas, pero no lo son todo. ¿Cómo le irá a su alma si trabaja en una compañía ferroviaria que corre los trenes los domingos? ¿De qué día dispondrá para dedicarle a Dios y a los asuntos de la eternidad? ¿Qué oportunidades tendrá para oír la predicación del evangelio? Le advierto con toda seriedad que piense en esto. De nada le valdrá llenar su bolsa si su alma pasa hambre y se empobrece. ¡Cuidado con vender su Día del Señor para tener una buena posición! Recuerde el plato de lentejas de Esaú. *¡Cuídese de no tomar una decisión como la de Lot!*

Algún lector puede pensar: "El creyente no tiene nada que temer; es una oveja de Cristo, nunca perecerá, no puede sufrir mucho daño. No puede ser que tales pequeñeces sean tan importantes".

Bueno, puede pensar eso, pero le advierto que si descuida estos asuntos, su alma nunca prosperará.

Es cierto que el verdadero creyente no será echado fuera aunque se detenga. Pero si lo hace, es inútil suponer que su fe prosperará. La gracia es una planta tierna. A menos que la valore y cuide bien, pronto se debilitará en este mundo impío. El oro más brillante pronto pierde su brillo cuando se lo expone a un ambiente húmedo. El hierro más caliente pronto se enfría. Se requiere esfuerzo y trabajo para lograr que llegue a estar al rojo vivo, pero no requiere más que dejarlo estar o un poco de agua fría para que se ponga negro y duro.

Puede usted ser ahora un cristiano ferviente y celoso. Puede que

se sienta como David en su prosperidad: "No seré jamás conmovido" (Sal. 30:6). Pero no se engañe. No tiene que seguir las pisadas de Lot y tomar las decisiones que Lot tomó para llegar pronto al estado del alma de Lot. Haga lo que él hizo, actúe como actuó él, y tenga por seguro que pronto descubrirá que se ha convertido en un rezagado infeliz como él. Descubrirá, como Sansón, que ya no cuenta con la presencia del Señor. Probará, para su propia vergüenza, que es un hombre indeciso y vacilante en el día de la prueba. A su fe le atacará un cáncer que arrasará con su vitalidad sin que usted se dé cuenta. Su fortaleza espiritual se debilitará lentamente como si tuviera tuberculosis. Y a la larga, despertará para encontrarse con que sus manos apenas sí pueden realizar la obra del Señor, sus pies apenas lo pueden arrastrar por el camino del Señor y su fe no es más grande que un grano de mostaza; y esto, quizá suceda en un momento decisivo de su vida, en un momento cuando el enemigo viene, como una inundación, precisamente cuando su necesidad es más dolorosa. (Ver Sal. 106:15).

¡Ay, si no quiere detenerse en su fe, considere estas cosas! *¡Cuídese de no tomar una decisión como la de Lot!*

IV. El fruto de la vida de Lot

Veamos ahora *qué tipo de fruto* produjo al final de cuentas el espíritu rezagado de Lot.

No quiero pasar por alto este punto por muchas razones y, especialmente, en la actualidad. No son pocos los que dirían: "Después de todo, Lot era salvo, fue justificado, llegó al cielo. Esto es todo lo que yo pretendo. Si llego al cielo, con esto me contento". Si esto es lo que piensa en su corazón, haga una pausa y lea un poquito más. Le mostraré algunas cosas en la historia de Lot que merecen atención y, quizá, lo motiven a cambiar de idea.

Creo que es de gran importancia dar nuestra atención a este tema. Siempre afirmaré que una santidad prominente y una

utilidad insigne se relacionan estrechamente, que la felicidad y "seguir al Señor totalmente" van de la mano, y que si los creyentes se detienen no pueden esperar ser útiles en su día y generación, ni ser muy santos ni parecidos a Cristo, ni disfrutar de gran tranquilidad y paz simplemente porque creen.

(a) Destaquemos entonces, para empezar, que ***Lot no hizo ningún bien entre los habitantes de Sodoma.***

Es probable que Lot haya vivido muchos años en Sodoma. Sin duda, tuvo oportunidades preciosas de hablar de las cosas de Dios y de apartar del pecado a las almas. Pero parece que no hizo nada. No parece haber tenido ninguna influencia sobre la gente que vivía a su alrededor. No contaba para nada con el respeto y la reverencia que hasta los hombres del mundo, a menudo, muestran hacia un buen siervo de Dios.

No se pudo encontrar ni una persona justa en toda Sodoma fuera de las paredes de la casa de Lot. Ni uno de sus vecinos creía su testimonio. Ni uno de sus conocidos honraba al Señor que él adoraba. Ni uno de sus sirvientes servía al Dios de su amo. A nadie "de ninguna parte" le importada para nada su opinión cuando trató de contener su maldad. Dijeron: "Vino este extraño para habitar entre nosotros, ¿y habrá de erigirse en juez?" (Gn. 19:9). Su vida no tenía ninguna influencia, sus palabras no eran escuchadas ni su fe atrajo a nadie de modo que la siguiera.

¡Y de verdad que no me extraña! Por regla general, las almas inactivas no le hacen ningún bien al mundo ni traen mérito alguno a la causa de Dios. Su sal no tiene sabor suficiente para curar la corrupción a su alrededor. No son "cartas conocidas y leídas por todos" (2 Co. 3:2). No hay nada magnético, ni atractivo, ni nada que refleje a Cristo en su manera de ser. Recordémoslo.

(b) Destaquemos, en segundo lugar, que ***Lot no ayudó a su familia, ni a sus parientes ni a aquellos con los que se relacionó, a ir al cielo***.

No conocemos el tamaño de su familia. Pero sabemos que tenía una esposa y al menos dos hijas el día que fue llamado a partir de Sodoma, si es que no tenía más.

Pero independientemente que la familia de Lot haya sido grande o pequeña, una cosa es perfectamente clara: ¡No había ni uno entre ellos que temiera a Dios!

Cuando "habló a sus yernos, los que habían de tomar sus hijas" y les advirtió que huyeran del juicio que venía a Sodoma, dice la Biblia que les "pareció a sus yernos como que se burlaba" (Gn. 19:14). ¡Qué palabras terribles son éstas! Era como decir: "¿A quién le importa lo que dice *usted*?". Mientras dure el mundo, esto será prueba dolorosa del desprecio que se siente por el que está "detenido" en su fe.

¿Y qué de la esposa de Lot? Dejó la ciudad en su compañía, pero no llegó lejos. No tenía la suficiente fe como para ver la necesidad de una huida apresurada. Dejó su corazón en Sodoma cuando comenzó a huir. Mientras caminaban, a espaldas de su marido, miró hacia atrás a pesar del mandato explícito de no hacerlo (Gn. 19:17), convirtiéndose inmediatamente en una estatua de sal (Gn. 19:26).

¿Y qué de las dos hijas de Lot? Escaparon, por cierto, pero sólo para hacer la obra del diablo. Se convirtieron en las tentadoras que condujeron a su padre a cometer una iniquidad, a perpetrar el más inmundo de los pecados.

En suma, ¡Lot parece haber estado sólo, aun en su familia! ¡No fue usado como medio para conseguir que ni siquiera un alma se apartara de las puertas del infierno!

Y no me extraña. Las almas que se detienen se ven a través de sus propias familias y, cuando uno las ve de cerca, son despreciados. Si sus parientes más cercanos entienden sólo una cosa de la fe cristiana, ésta es la inconsecuencia. Seguramente esos parientes piensan: "Si creyera todo lo que profesa creer, no seguiría como sigue". Los padres de familia que se detienen, rara vez

tienen hijos consagrados. Los ojos del hijo absorben mucho más que los oídos. El niño siempre observará lo que hacemos, mucho más que lo que decimos. Recordemos esto.

(c) Destaquemos, en tercer lugar, que ***Lot no dejó evidencias cuando falleció.***

Poco sabemos de Lot después de que huyó de Sodoma y, lo poco que sabemos, es negativo.

Su ruego por ir a Zoar, porque era "pequeña", su partida de Zoar después y su conducta en la cueva, cuentan la misma historia. Demuestran la poca gracia en él y el estado degradante en el que había caído su alma.

No sabemos cuánto tiempo más vivió después de su huida. No sabemos dónde murió ni cuándo, tampoco si volvió a ver a Abraham, de qué murió ni lo que decía y pensaba. Todo esto es un misterio. La Biblia nos cuenta de los últimos días de Abraham, Isaac, Jacob, José y David, pero ni una sola palabra acerca de Lot. ¡Oh, que lecho de muerte tan sombrío debió haber sido el de Lot!

La Biblia parece correr un velo a su alrededor. Hay un silencio doloroso acerca de los últimos días de su vida y su final. Parece extinguirse como se extingue una lámpara dejando tras sí un legado amargo. Y si no fuera porque el Nuevo Testamento dice específicamente que Lot era "justo", creo que, de hecho, dudaríamos de que Lot hubiera sido un alma salvada.

Pero no me extraña su triste final. El creyente que se detiene, que se mantiene pasivo, por lo general, cosecha según lo que sembró. A menudo, la muerte lo sorprende cuando está detenido. El final lo encuentra con poca paz. Llega al cielo, es cierto; pero llega en malas condiciones, cansado, con los pies lastimados, con debilidad y lágrimas, en la oscuridad y la tormenta. Es "salvo, aunque así como por fuego" (1 Co. 3:15).

Le pido al lector de estas líneas que considere las tres cosas que acabo de mencionar. No me malentienda. ¡Es asombroso observar

qué pronto aprovecha la gente cualquier excusa para entender mal las cosas que conciernen a su alma!

No digo que todos los creyentes que *no* se "detienen", por no hacerlo, sean grandes instrumentos de provecho para el mundo. Noé predicó ciento veinte años, a pesar de que nadie le creía. El Señor Jesús no era estimado por su propio pueblo, el judío.

Ni digo que todos los creyentes que no se detienen, por no hacerlo, sean el medio para que sus familias y parientes se conviertan. Muchos de los hijos de David eran impíos. Al Señor Jesús no le creían ni sus propios hermanos.

Pero sí digo que, es casi imposible, no ver alguna relación entre la mala elección de Lot con el hecho que se detuvo, y entre el que Lot se detuviera y el hecho de que no fue de provecho alguno para su familia y el mundo. Creo que fue la intención del Espíritu que lo viéramos. Creo que el Espíritu tuvo la intención de que fuera una *luz de advertencia* para todos los cristianos profesantes. Y estoy seguro de que las lecciones que he tratado de sacar de toda esta historia merecen una reflexión seria.

Últimas palabras

Y ahora, deseo decir unas últimas palabras a todo el que lee este escrito y, especialmente, al que se considera creyente en Cristo.

No quiero entristecerlos.

No quiero darles una perspectiva sombría del peregrinaje cristiano. Mi único objetivo es darles cariñosas advertencias. Anhelo paz y tranquilidad para todos ustedes. Me encantaría verlos felices, al igual que seguros, gozosos, al igual que justificados. He hablado como lo he hecho por su bien.

Vivimos en una época cuando abunda la religión pasiva, que se detiene, como se detuvo Lot. En muchos lugares, la corriente de profesiones de fe es mucho más ancha de lo que una vez fue, pero mucho menos profunda. Podríamos decir que, casi está de moda,

cierto tipo de cristianismo que se define por…

- pertenecer a alguna facción de la Iglesia Anglicana, que muestra su celo por sus intereses,
- hablar de las principales controversias de la actualidad,
- comprar libros religiosos populares en cuanto se publican y colocarles en la mesa,
- asistir a reuniones, suscribirse a asociaciones, discutir los méritos de predicadores,
- entusiasmarse y emocionarse por cada nueva forma de religión sensacionalista que aparece…

todas éstas, son prácticas comunes y comparativamente fáciles. No hacen que una persona sea singular. Requiere pocos sacrificios o ninguno. *No implica una cruz.*

En cambio…

- caminar estrechamente con Dios,
- ser realmente espiritual,
- comportarse como extranjeros y peregrinos,
- ser diferentes del mundo en el empleo del tiempo, en la conversación, las diversiones y en el vestir,
- dejar un sabor de nuestro Maestro en todos los lugares de trabajo,
- orar, ser humilde, generoso, de buen carácter, callado, fácil de complacer, caritativo, paciente, sumiso,

- temer celosamente todo tipo de pecado y experimentar temor y temblor al estar consciente de nuestros peligros del mundo…

¡Éstas, éstas siguen siendo virtudes que pocas veces se ven! No son comunes entre los que se llaman verdaderos cristianos y, lo peor de todo es que, uno ni se da cuenta de que no las tiene, ni lo lamenta como debiera.

En una época como ésta me atrevo a ofrecer mis consejos a cada lector creyente. No los rechace. No se enoje conmigo porque hablo directamente. Le ruego que considere las palabras del apóstol Pedro:

"Procurad hacer firme vuestra vocación y elección" (2 P. 1:10). Le ruego que no sea indolente, no sea negligente, no se contente con una medida escasa de gracia ni tampoco con ser un poquito mejor que el mundo. Le advierto seriamente que no intente hacer algo que nunca puede hacerse, es decir, servir a Cristo y, a la vez, andar en el mundo. Le insto y le ruego que sea un cristiano de todo corazón, que procure una santidad insigne, que apunte a un grado superior de santificación, que viva una vida consagrada, que presente su cuerpo como "sacrificio vivo" a Dios, que ande "también por el Espíritu" (Ro. 12:1; Gá. 5:25). Le encargo y le exhorto, por todas sus esperanzas del cielo y anhelos de gloria, que si quiere ser feliz, si quiere ser útil, *no sea un alma que se detiene*.

¿Quiere saber lo que nuestros tiempos demandan? Sacudir a las naciones, desarraigar las cosas antiguas, desbaratar los reinos, agitar e inquietar la mente de los hombres ¿y qué dicen? Claman a gran voz: *¡Cristiano! ¡No se detenga!*

¿Quiere estar preparado para la segunda venida de Cristo, con sus lomos ceñidos, su lámpara encendida y, usted mismo, decidido y preparado para encontrase con él? *Entonces no se detenga.*

¿Quiere disfrutar de tranquilidad en su fe; sentir el testimonio del Espíritu en su interior, saber a quién ha creído y no ser un cristiano sombrío, quejoso, amargado, triste y melancólico? *¡Entonces no se detenga!*

¿Quiere disfrutar de una seguridad sólida de su propia salvación, en enfermedad y en su lecho de muerte? ¿Quiere ver con los ojos de la fe al cielo que se abre y a Jesús levantándose para recibirlo? *¡Entonces no se detenga!*

¿Quiere dejar el legado de grandes y amplias evidencias cuando parta? ¿Quiere que lo bajemos a la tumba con una esperanza tranquila y hablar sin ninguna duda de su estado después de muerto? *¡Entonces no se detenga!*

¿Quiere serle útil al mundo en su época y generación? ¿Quiere

apartar a los hombres del pecado y llevarlos a Cristo, adornar su doctrina y hacer que la causa de su Maestro les sea atractiva? *¡Entonces no se detenga!*

¿Quiere conducir a sus hijos y parientes hacia el cielo y lograr que digan: "Iremos contigo" e impedir que sean infieles y que desprecien la fe cristiana?
¡Entonces no se detenga!

¿Quiere tener una gran corona el día que Cristo aparezca y no ser la estrella más insignificante y pequeña en la gloria y no ser el último ni el menor en el reino de Dios? *¡Entonces no se detenga!*

¡Oh, que ninguno de nosotros se detenga! El tiempo no se detiene, la muerte no lo hace, el juicio no lo hace, el diablo no lo hace y el mundo no lo hace. Tampoco lo hagan los hijos de Dios.

¿Hay algún lector que se siente detenido? ¿Ha sentido un peso en su corazón y remordimientos de conciencia mientras ha estado leyendo estas páginas? ¿Hay algo en su interior que susurra: "¿Soy yo ese hombre?"? Entonces preste atención a lo que estoy diciendo. Su alma no está en paz. Despierte y trate de mejorar. Si usted es de los que se detienen, debe acudir a Cristo inmediatamente para ser sano. Tiene que usar el antiguo remedio, tiene que bañarse en la antigua fuente. Tiene que volverse nuevamente a Cristo para ser sano. La manera de hacer algo es simplemente hacerlo. *¡Hágalo ahora mismo!*

No crea, ni por instante, que su caso es irremediable. No piense que no hay esperanza de que se avive porque ha estado viviendo por largo tiempo en un estado de aridez y aletargamiento en su alma. ¿Acaso no es el Señor Jesucristo el Médico que cura todos los males espirituales? ¿Acaso no curaba todo tipo de enfermedades cuando estaba sobre la tierra? ¿Acaso no echaba fuera todo tipo de demonios? ¿Acaso no levantó al pobre Pedro y le puso un canto nuevo en la boca después de que hubo caído? ¡Oh, no dude, sino que crea fervientemente que, aún, avivará su obra en usted! Sólo vuelva a

andar, confiese su necedad y venga, venga ahora mismo a Cristo. Benditas son las palabras del profeta: “Reconoce, pues, tu maldad”. “Convertíos, hijos rebeldes, y sanaré vuestras rebeliones” (Jer. 3:13, 22).

Y recordemos las almas de los demás, no sólo las nuestras. Si en algún momento vemos detenido a un hermano o hermana, tratemos de despertarlo, tratemos de estimularlo y tratemos de avivarlo. “Exhortaos los unos a los otros”, según tengamos oportunidad, “para estimularnos al amor y a las buenas obras” (He. 3:13; 10:24). No tengamos temor de decirnos unos a otros: “Hermano, hermana, ¿ha olvidado a Lot? *¡Despierte y recuerde a Lot! Despierte y no se quede detenido ya más*”.

10. Una mujer para recordar

“Acordaos de la mujer de Lot”. Lucas 17:32

Hay pocas advertencias en las Escrituras más serias que la que encabeza esta página. El Señor Jesucristo nos dice: “Acordaos de la mujer de Lot”.

La mujer de Lot profesaba una religión; su esposo era un

hombre "justo" (2 P. 2:8). Partió con él de Sodoma el día que la ciudad fue destruida. Estando detrás de él, se dio vuelta para mirar la ciudad, desobedeciendo el mandato expreso de Dios; cayó muerta al instante y se convirtió en una estatua de sal. Y, sin embargo, el Señor Jesucristo la levanta como una luz de advertencia para su iglesia diciendo: "Acordaos de la mujer de Lot".

Es una advertencia seria cuando pensamos *en la persona que menciona Jesús*. No nos pide que recordemos a Abraham, Isaac, Sara, Ana o Rut. No, escoge una persona cuya alma se perdió para siempre. Nos ruega: "Acordaos de la mujer de Lot".

Es una advertencia seria cuando consideramos *de qué* está hablando. Está hablando de su segunda venida para juzgar al mundo; está escribiendo del estado terrible en que se encontrarán muchos por no estar preparados. Está pensando en el fin del mundo cuando dice: "Acordaos de la mujer de Lot".

Es una advertencia seria cuando pensamos en la persona a quien va dirigida. El Señor Jesús está lleno de amor, misericordia y compasión. Es el que no quebrará la caña cascada ni apagará el pabilo que humea. Pudo llorar sobre la Jerusalén incrédula y orar por los hombres que lo crucificaron; y también juzgó bueno, recordarnos a las almas perdidas. "Acordaos de la mujer de Lot".

Es una advertencia seria cuando pensamos en *quiénes fueron los destinatarios originales***.** El Señor Jesús estaba hablando con sus discípulos.

No se estaba dirigiendo a los escribas y fariseos que lo aborrecían, sino a Pedro, Santiago, Juan y muchos otros que lo amaban. Es a ellos a quienes le parece bien dar esta advertencia. A ellos les dice: "Acordaos de la mujer de Lot".

Es una advertencia seria cuando consideramos *la manera* cómo fue dada. No dice meramente: "Cuidado con seguir los pasos de la mujer de Lot, no vayan a imitarla, no sean como ella". Usa una palabra distinta: "Acordaos". Habla como si corriéramos el peligro

de olvidarlo, aviva un antiguo recuerdo, nos insta a que mantengamos vivo el incidente en nuestras mentes. Exclama: "Acordaos de la mujer de Lot".

Me propongo examinar las lecciones que la mujer de Lot nos quiere enseñar. Estoy seguro de que su historia está llena de instrucciones provechosas para las iglesias. Se acercan los últimos días, se aproxima la segunda venida del Señor Jesús, el peligro de la mundanalidad aumenta cada año en las iglesias. Armémonos de defensas y antídotos contra la dolencia a nuestro alrededor. Y, sobre todo, familiaricémonos con la historia de la mujer de Lot.

Consideraré tres aspectos de la vida de la mujer de Lot a fin de presentar los temas en orden.

I. Hablaré de los *privilegios espirituales* de los que gozaba la mujer de Lot.

II. Hablaré del *pecado* que cometió la mujer de Lot.

III. Hablaré del *juicio* que Dios le impuso.

I. Los privilegios espirituales que disfrutaba la mujer de Lot

Hablaré primero de los *privilegios espirituales* que disfrutaba la mujer de Lot. En la época de Abraham y Lot era escasa la fe salvadora sobre la tierra. No había Biblias, ni pastores, ni iglesias, ni tratados, ni misioneros. El conocimiento de Dios estaba confinado a unas pocas familias favorecidas. La mayor parte de los habitantes del mundo vivía en la oscuridad, ignorancia, superstición y pecado.

Ni uno en cien quizá, haya tenido un ejemplo tan bueno, una compañía tan espiritual, un conocimiento tan manifiesto ni una advertencia tan clara como la mujer de Lot. Comparada con millones de personas en su época, la esposa de Lot era una mujer favorecida.

Tenía como esposo a un hombre justo, tenía como tío político a Abraham, padre de los fieles. La fe, el conocimiento y las oraciones de estos dos hombres justos no pueden haber sido ningún secreto para ella. Era imposible que viviera en las tiendas con ellos por

algún tiempo, sin saber quiénes eran y a quién servían. Su fe no era para ellos un mero ritual, era el principio que regía sus vidas y una convicción dominante que determinaba sus acciones. La mujer de Lot debe haber visto y sabido todo esto. No eran privilegios insignificantes.

Cuando Abraham recibió las promesas de Dios, es probable que la mujer de Lot haya estado presente. Cuando construyó su altar junto a su tienda entre Hai y Betel, es probable que ella haya estado allí (Gn. 12:8). Cuando su esposo fue tomado cautivo por Quedorlaomer y librado por la intervención de Dios, allí estaba ella (Gn. 14). Cuando Melquisedec, rey de Salem, se acercó a Abraham con pan y vino, allí estaba ella (Gn. 14:18). Cuando los ángeles llegaron a Sodoma para advertir a su esposo que huyera, ella los vio; cuando lo tomaron de la mano y lo llevaron fuera de la ciudad, ella estaba entre los ángeles que les ayudaron a escapar (Gn. 19). Una vez más digo que estos no eran privilegios insignificantes.

No obstante, ¿qué efectos positivos tuvieron todos estos privilegios sobre el corazón de la mujer de Lot? Ninguno. A pesar de todas las oportunidades y los medios de gracia y, a pesar de todas las advertencias y los mensajes especiales del cielo, ella vivió y también murió sin la gracia, sin Dios, impenitente e incrédula. Los ojos de su entendimiento nunca se abrieron, su conciencia nunca le molestó ni se despertó, su voluntad nunca se sujetó para obedecer a Dios, realmente sus afectos nunca fueron por las cosas de arriba.

La forma de religión que practicaba era para ser como los demás, no porque ella la sintiera. Era una capa que usaba *para complacer a los que la rodeaban*, no porque tuviera *un sentido de su valor*. Hacía lo que hacían los demás en la casa de Lot, se adaptaba a las costumbres de su esposo, no se oponía a su fe, se dejaba llevar pasivamente, mientras su corazón andaba mal a los ojos de Dios. El mundo estaba en su corazón y su corazón estaba en el mundo. En este estado vivió y en este estado murió.

En todo esto hay mucho que aprender. Veo aquí una lección que es de suma importancia en la actualidad. Vivimos en una época en que hay mucha gente igual que la mujer de Lot, acérquese y preste atención a la lección que su caso tiene la intención de enseñarle.

Aprenda entonces, que ***el solo hecho de contar con privilegios espirituales, no salva el alma de nadie***. Puede ser que usted tenga ventajas espirituales de todo tipo, puede ser que viva en la luz plena de las mejores oportunidades y medios de gracia, puede ser que disfrute de la mejor predicación y la instrucción más excelente, puede vivir en medio de la luz, el conocimiento, la santidad y buena compañía. Todo esto puede ser parte de su vida y, aun así, seguir siendo un inconverso y, al final, estar perdido para siempre.

Me atrevo a decir que esta doctrina puede parecer difícil a algunos lectores. Sé que algunos no quieren nada más que los privilegios de la fe cristiana, pensando que estos los convertirán en cristianos decididos. Admiten que, en este momento, no son como deben ser, pero se excusan diciendo que su posición es difícil y que tienen muchas dificultades. Demandan que les den un esposo consagrado o una esposa consagrada, que les den amigos consagrados o un jefe consagrado, que quieren contar con la predicación del evangelio, que les den privilegios y, cuando tengan todo esto, andarán con Dios.

Esto es un error. Es pura fantasía. Se requiere de algo más que privilegios para salvar el alma.

Joab era capitán de David, Giezi era siervo de Eliseo, Demas era compañero de Pablo, Judas Iscariote era discípulo de Cristo y Lot tenía una esposa mundana e incrédula. Todos ellos murieron en sus pecados a pesar de su conocimiento, las advertencias y oportunidades, y nos enseñan que, no son sólo privilegios lo que necesitan los hombres. *Necesitan la gracia del Espíritu Santo.*

Valoremos los privilegios espirituales, pero no descansemos enteramente en ellos. Anhelemos tener sus beneficios en todos los

momentos de la vida, pero no los pongamos en el lugar de Cristo. Aprovechémoslos con agradecimiento, si Dios nos los concede, y asegurémonos de que produzcan algún fruto en nuestro corazón y nuestra vida. Si no son para bien, con frecuencia son para mal; endurecen la conciencia, aumentan la responsabilidad, empeoran la condenación. El mismo fuego que derrite la cera, endurece la arcilla; el mismo sol que hace crecer al árbol vivo, seca al árbol muerto y lo prepara para ser quemado. Nada endurece más el corazón del hombre como una familiaridad estéril con las cosas espirituales. Lo digo una vez más: No son solo los privilegios los que hacen cristiano al hombre, sino *la gracia del Espíritu Santo.* Sin esa gracia, ninguna persona será salva jamás.

Les pido a los miembros de las congregaciones evangélicas en la actualidad que tengan muy presente lo que estoy diciendo. Si usted asiste a la iglesia del Sr. A o el Sr. B porque lo considera un predicador excelente, disfruta de sus sermones, no puede escuchar a ningún otro con el mismo gusto, ha aprendido muchas cosas desde que participa de su ministerio ¡y considera un gran privilegio ser uno de sus oyentes! Esto es muy bueno. Es un privilegio. Yo estaría agradecido si se multiplicaran por mil los pastores como el suyo. Pero, al final de cuentas la cuestión es: ¿Qué tiene usted en su corazón? ¿Ha recibido al Espíritu Santo? Si no, *no está en mejores condiciones que la mujer de Lot*.

Les pido a los empleados domésticos de familias cristianas que tengan muy presente lo que estoy diciendo. Es un gran privilegio vivir en un hogar donde reina el temor de Dios. Es un privilegio escuchar las oraciones familiares en la mañana y en la noche, oír regularmente la exposición de la Palabra de Dios, tener un domingo tranquilo y poder ir siempre a la iglesia. Estas son las cosas a las cuales aspirar cuando busca un empleo, son las cosas que constituyen un ambiente realmente bueno. Un buen salario y poco

trabajo no compensan una constante mundanalidad, el no guardar el Día del Señor y la práctica del pecado. Pero cuídese de no contentarse con estas cosas. No crea que porque tiene todos estos beneficios espirituales irá camino al cielo. Tiene que haber gracia en su propio corazón, al igual que las extensas oraciones familiares. Si no, *no está en mejores condiciones que la mujer de Lot*.

Les pido a los hijos de padres cristianos que tengan muy presente lo que estoy diciendo. Es un gran privilegio ser hijo de padres consagrados y ser educados en medio de muchas oraciones. Es, ciertamente una bendición, que nos enseñen el evangelio desde nuestra primera infancia, escuchar acerca del pecado, Jesús, el Espíritu Santo, la santidad y el cielo, desde nuestros primeros recuerdos. Pero, oh, cuidado que esa semilla no caiga en terreno árido y sin fruto a la luz de todos estos privilegios, tenga cuidado de que su corazón no permanezca duro, impenitente y mundano, a pesar de los muchos beneficios que disfruta. Usted no puede entrar en el reino de Dios dependiendo de la fe de sus padres. Tiene que comer el pan de vida usted mismo y tener el testimonio de su Espíritu en su corazón. Tiene que tener arrepentimiento usted mismo, fe usted mismo y santificación usted mismo. Si no, *no está en mejores condiciones que la mujer de Lot*.

Ruego a Dios que todos los cristianos profesantes actuales tomen a pecho estas cosas. Nunca olviden que los privilegios solos, no pueden salvarlos.

La iluminación y el conocimiento, la predicación fiel, los medios abundantes de gracia y la compañía de gente santa, son grandes bendiciones y beneficios.
¡Dichosos los que los tienen! Pero, al final de cuentas, hay algo sin lo cual los privilegios son inútiles, ese algo es la gracia del Espíritu Santo. La mujer de Lot tenía muchos privilegios, pero no tenía la gracia.

II. El pecado que cometió la mujer de Lot

Ahora hablaré del *pecado que cometió la mujer de Lot*. La descripción de su pecado nos es dada por el Espíritu Santo en pocas palabras sencillas: "La mujer de Lot miró atrás, a espaldas de él, y se volvió estatua de sal". No nos dice más que esto. Hay una solemnidad manifiesta en esta historia. La suma y sustancia de su transgresión radica en estas dos palabras: "Miró atrás".

¿Le parece pequeño este pecado a alguno de mis lectores? ¿Le parece que la falta de la mujer de Lot fue insignificante como para merecer semejante castigo? Me atrevo a decir que algunos pueden pensar así. Deme su atención mientras razono con usted sobre este tema. Hubo mucho más en aquella mirada de lo que se nota a primera vista; implica mucho más de lo que expresa. Preste atención y lo comprobará.

(a) Aquella mirada retrospectiva fue cosa pequeña, pero ***reveló el verdadero carácter*** de la mujer de Lot. Las cosas pequeñas, a menudo, muestran mejor que las grandes lo que el hombre tiene en la mente y los síntomas pequeños son, a menudo, señales de enfermedades mortales e incurables. El fruto que comió Eva era una pequeñez, pero fue prueba de que perdió su inocencia y se convirtió en una pecadora. Una grieta en un edificio parece poca cosa, pero es prueba que el cimiento está cediendo y que toda la estructura es insegura. Un poco de tos por la mañana parece un mal sin importancia pero, a menudo, es evidencia de una salud quebrantada que lleva a la declinación, tuberculosis y a la muerte.

Una paja puede mostrar en qué dirección sopla el viento y una mirada puede mostrar la condición corrupta del corazón del pecador (Mt. 5:28).

(b) Aquella mirada fue cosa pequeña, pero ***dejó ver la desobediencia*** de la mujer de Lot. El mandato del ángel había sido claro y no dejaba lugar a dudas: "No mires tras ti" (Gn. 19:17). Fue un mandato que la mujer de Lot se negó a obedecer. Pero el Espíritu Santo dice: "Obedecer es mejor que los sacrificios" y que

"como pecado de adivinación es la rebelión" (1 S. 15:22, 23). Cuando Dios o sus mensajeros hablan claramente su Palabra, el deber del hombre es claro.

(c) Aquella mirada fue cosa pequeña, pero ***dejó ver la incredulidad orgullosa*** de la mujer de Lot. Parecía dudar que Dios realmente fuera a destruir a Sodoma; parecía no creer que hubiera algún peligro ni necesidad de una huida tan apresurada. "Pero sin fe es imposible agradar a Dios" (He. 11:6). En cuanto el hombre comienza a pensar que sabe más que Dios y que Dios no habla en serio cuando amenaza, su alma corre gran peligro. Cuando no podemos ver razón alguna en sus acciones, nuestro deber es quedarnos en paz y creer.

(d) Aquella mirada de la mujer de Lot fue cosa pequeña, pero ***mostraba amor por el mundo***. Su corazón estaba en Sodoma, aunque físicamente se encontraba fuera de ella. Giró para mirar el lugar donde estaba su tesoro, así como la aguja del compás gira hacia el norte. Y éste fue el punto principal de su pecado: "La amistad del mundo es enemistad contra Dios" (Stg. 4:4). "Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él" (1 Jn. 2:15).

Pido la atención especial de mis lectores a esta parte de nuestro tema. Creo que es la parte en la cual el Señor Jesús quiere que pongamos nuestra mente. Creo que quiere que observemos que el hecho de que la mujer de Lot mirara atrás, añorando lo que dejaba, indica que estaba perdida.

Su fe había sido, en un tiempo, aceptable y artificiosa, pero realmente nunca había dejado el mundo. Parecía que en un tiempo estaba en la senda segura, pero, aun entonces, los pensamientos más profundos de su corazón eran para el mundo. La gran lección que el Señor Jesús tiene la intención de que aprendamos es *el inmenso peligro de la mundanalidad*. ¡Oh, que todos tuviéramos ojos para ver y corazón para comprender!

Creo que nunca hubo un tiempo cuando las advertencias

contra la mundanalidad se necesitaron tanto en la iglesia de Cristo como en la actualidad. Se dice que cada época tiene su propia epidemia de alguna enfermedad en particular. La enfermedad, que es una epidemia a la cual son más susceptibles los creyentes de hoy, es el amor al mundo. Es una pestilencia que camina en la oscuridad y destruye al mediodía. "Porque a muchos ha hecho caer heridos, y aun los más fuertes han sido muertos por ella" (Pr. 7:26). Deseo levantar mi voz para advertir y tratar de despertar las conciencias aletargadas de todos los que hacen una profesión de fe. Deseo clamar a viva voz: "Acordaos de la mujer de Lot". No era homicida, no era adúltera, no era ladrona, sino que profesaba una religión tan superficial que le hizo *mirar atrás,* a pesar de las advertencias.

Hay miles de personas bautizadas en nuestras iglesias que son inmunes a la inmoralidad e infidelidad y, sin embargo, caen víctimas del amor al mundo. Hay miles que andan bien durante un tiempo y parece que seguramente arribarán al cielo, pero a la larga, abandonan la carrera y le dan totalmente la espalda a Cristo.
¿Y qué los detiene? ¿Han comprobado que la Biblia no es la verdad? ¿Han comprobado que el Señor Jesús no cumple su palabra? No, de ninguna manera. Pero se han contagiado de la enfermedad epidémica; están infectados del amor a este mundo. De corazón, apelo a cada pastor evangélico que lee este escrito que mire alrededor a toda su congregación. Apelo a cada cristiano maduro que mire alrededor del círculo de sus conocidos.

Estoy seguro de estar diciendo la verdad. Estoy seguro de que es hora de recordar el pecado de la mujer de Lot.

(a) ¡Cuántos ***hijos de familias cristianas*** empiezan bien y terminan mal! En su niñez parecen llenos de espiritualidad. Pueden recitar textos e himnos en abundancia, tienen sentimientos espirituales y convicciones de pecado, profesan amar al Señor Jesús y anhelan ir al cielo, les gusta ir a la iglesia y escuchar sermones, dicen cosas que los padres, que los quieren, atesoran porque indican que hay gracia, hacen cosas que llevan a aquellos con los que

se relacionan a decir: "¿Qué clase de niño será éste?" ¡Pero, ay, con frecuencia su bondad desaparece como la bruma y el rocío de la mañana! El muchacho se hace joven y ya no le importan otras cosas que no sean las diversiones, los deportes, los excesos y parrandear. La niña se convierte en señorita y sólo le importa la ropa, las amistades alegres, leer novelas y las emociones. ¿Dónde está la espiritualidad que parecía prometer tanto? Se fue, está enterrada, ha sido descartada por el amor al mundo. Siguen los pasos de la mujer de Lot. *Miran atrás*.

(b) ¡Cuántas ***personas casadas*** aparentemente andan por buen camino espiritual, hasta que sus hijos comienzan a crecer y, entonces, se apartan! En los primeros años de su matrimonio parecen seguir a Cristo con diligencia y ser sus buenos testigos. Asisten regularmente a la predicación del evangelio, dan fruto de buenas obras y nunca se los ve en malas compañías. Su fe práctica es sólida y caminan tomados de la mano. Pero, ay, cuántas veces una peste espiritual ataca al hogar cuando los hijos comienzan a crecer y es necesario hacerlos progresar en la vida. Empieza a aparecer una levadura en sus hábitos, su manera de vestir, sus diversiones y su empleo del tiempo. Ya no son estrictos en cuanto a los amigos que visitan y los lugares que frecuentan. ¿Dónde está la clara línea divisoria que antes respetaban? ¿Dónde está la abstinencia total de las diversiones mundanas que antes los caracterizaba?

Todo ha sido olvidado. Todo ha sido descartado, como un viejo almanaque. Han cambiado, el espíritu del mundo ha tomado posesión de sus corazones. Siguen los pasos de la mujer de Lot. *Miran atrás*.

(c) ¡Cuántas ***señoritas*** parecen amar decididamente la fe cristiana hasta que cumplen los veinte o veintiún años y, entonces, lo pierden todo! Hasta este momento de sus vidas su conducta relacionada con cuestiones de su fe, ha sido todo lo que debe ser. Mantienen su hábito de orar a solas, leen su Biblia con diligencia,

visitan a los pobres cuando se presenta la oportunidad, ministran a las necesidades temporales y espirituales de los pobres, les gusta tener amistades cristianas, les encanta hablar de temas espirituales, escriben cartas llenas de expresiones y experiencias espirituales. ¡Pero ay, muchas veces prueban ser inestables como el agua y el amor al mundo las arruina! Poco a poco se apartan y dejan su primer amor. Poco a poco las "cosas que se ven" van quitando de sus mentes las "cosas que no se ven" y, como plaga de langostas, se comen todo lo verde en sus almas. Paso a paso se apartan de la posición decidida que antes tenían. Dejan de ser celosas en cuanto a la doctrina y pretenden descubrir que es "ser dura" pensar que una persona tenga más espiritualidad que otra, descubren que es "ser exclusivista" intentar cualquier separación de las costumbres de la sociedad. Con el tiempo, dan su cariño a algún hombre que ni siquiera pretende seguir decididamente a Cristo. Por último, terminan por renunciar a los últimos resabios de su cristianismo y se convierten totalmente en hijas del mundo. Siguen los pasos de la mujer de Lot. *Miran atrás*.

(d) ¡Cuántos ***miembros de iglesias*** fueron durante un tiempo profesantes celosos y serios, y ahora son letárgicos, su religión es sólo de forma y, además, son fríos! Hubo un tiempo cuando nadie parecía más consagrado que ellos. Ninguno como ellos era tan diligente en asistir a los medios de gracia, nadie tan ansioso por promover la causa del evangelio y tan dispuesto para toda buena obra,

ninguno tan agradecido por recibir instrucción espiritual, ninguno, aparentemente, tan deseoso de crecer en la gracia.

¡Pero ahora, ay, todo parece haber cambiado! El "amor por otras cosas" se ha apoderado de sus corazones y ha asfixiado la buena semilla de la Palabra. El dinero del mundo, las recompensas del mundo, la literatura del mundo, los honores del mundo ocupan ahora el primer lugar en sus afectos. Hable con ellos y no encontrará ninguna reacción positiva a las cosas espirituales. Observe su

conducta diaria y no encontrará nada de celo por el reino de Dios. De hecho, tienen religión, pero ya no una fe viva. La fuente de su cristianismo de antes se ha secado y desaparecido, el fuego de la maquinaria se ha apagado y enfriado. El mundo ha extinguido la llama que una vez brillaba con esplendor. Andan en los pasos de la mujer de Lot. Han *mirado atrás*.

(e) ¡Cuántos ***pastores*** trabajan intensamente en su profesión durante años y, después, pierden su entusiasmo y se hacen indolentes por amor a este mundo! Al principio de su ministerio parecen dispuestos a consagrar todas sus fuerzas a la causa de Cristo, trabajan a tiempo y fuera de tiempo, su predicación es entusiasta y sus iglesias están llenas. Su delicia semanal es cuidar bien a sus congregaciones, tener reuniones caseras, reuniones de oración y visitar casa por casa. ¡Pero, ay, cuántas veces después de "comenzar en el Espíritu" terminan "en la carne" y, como a Sansón, les es quitada su fuerza en el regazo de esa Dalila que es el mundo! Prefieren vivir holgadamente, contraen matrimonio con una mujer mundana, se inflan de orgullo, descuidan el estudio y la oración. La primera helada congela los brotes espirituales que habían sido tan prometedores. Su predicación pierde su unción y poder, sus actividades durante la semana van disminuyendo cada vez más, son menos selectivos con las amistades que cultivan, el tono de su conversación se va haciendo más terrenal. Empieza a importarles lo que opinan los demás; les domina un miedo mórbido a los "puntos de vista extremos"

y se llenan de una ansiedad cautelosa cuidándose de no ofender alguien. Y, finalmente, el hombre que una vez parecía que llegaría a ser un verdadero sucesor de los apóstoles y un buen soldado de Cristo, acaba siendo un clérigo tipo jardinero, agricultor o, algo por el estilo, que no ofende a nadie y no lleva a nadie a la salvación. Su iglesia termina estando media vacía, su influencia va desapareciendo. El mundo lo ha atado de pies y manos. Ha seguido los pasos de la mujer de Lot. Ha *mirado atrás*[1].

Es triste escribir estas cosas, pero es mucho más triste verlas. Es triste observar cómo cristianos profesantes pueden enceguecer sus conciencias con argumentos artificiosos sobre este tema y pueden defender la mundanalidad hablando de "los deberes de su posición social", "la importancia de la cortesía en la vida" y la necesidad de tener una "religión jovial".

Es triste ver cómo muchos barcos gallardos emprenden el viaje de la vida con todas las perspectivas de lograr el éxito y, dejando filtrar el agua de la mundanalidad, naufragan con toda su carga muy cerca ya de arribar a puerto seguro. Es de lo más triste observar cómo muchos creen que todo anda bien con sus almas cuando, en realidad, todo anda mal en razón de que aman al mundo. Peinan canas aquí y allá, pero ni se dan cuenta. Empezaron como Jacob, David y Pedro y, lo más probable es que, terminen como Esaú, Saúl y Judas Iscariote.

Empezaron como Rut, Ana, María y Pérsida y, lo más posible es que, terminen como la esposa de Lot.

---

[1] "¡Recuerde al Dr. Dodd! Yo mismo le oí decir a su manada, con la cual estaba reunido en su propia casa, que se veía obligado a dejar ese método de ayudar a sus almas porque lo exponían a constantes reproches. De hecho dejó de usarlo y fue cayendo en una debilidad tras otra de su naturaleza corrupta ¡y bajo qué reproche murió!" [Murió en la horca por fraude]. —*Life and Letters* (Vida y Cartas) por Venn, p. 238, edición 1853.

Cuidado con una fe cristiana a medias. Cuidado con seguir a Cristo por una motivación secundaria: Para complacer a sus familiares y amigos, para mantener las costumbres del lugar o de la familia de la cual es parte o por querer parecer respetable y tener fama de ser espiritual. Siga a Cristo por quién es él, si es que lo va a seguir. Sea esmerado, sea auténtico, sea sincero, sea sólido y ponga todo su corazón en ser cristiano. Si va a tener una fe cristiana, que sea auténtica. Cuídese de no cometer el mismo *pecado de la mujer de Lot*.

Cuidado con pensar que puede avanzar mucho en su fe y, a la

vez, tratar de seguir la corriente del mundo. No quiero que ningún lector se convierta en un ermitaño, monje o monja. Mi anhelo es que cada uno cumpla su verdadero deber en ese lugar en la vida al que fue llamado. Pero sí quiero insistir en que cada cristiano profesante que quiere ser feliz, sepa la inmensa importancia de *no hacer ningún compromiso entre Dios y el mundo*. No trate de negociar, como si quisiera darle a Cristo lo menos posible de su corazón y conservar todo lo posible de las cosas de esta vida. Cuidado con no excederse y terminar perdiéndolo todo. Ame a Cristo con todo su corazón, su mente, alma y fuerzas. Busque primeramente el reino de Dios y estoy seguro de que, entonces, todas las demás cosas le serán añadidas. Cuidado con terminar siendo una copia del personaje que describe John Bunyan, el señor Dos-caras. Por su felicidad, por su provecho, por su seguridad y por su alma, cuídese del pecado de la mujer de Lot. Oh, es muy serio lo que dijo nuestro Señor Jesús: "Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios" (Lc. 9:62).

III. El castigo de la mujer de Lot

Hablaré ahora, en último lugar, sobre *el castigo que Dios le impuso a la mujer de Lot*. Las Escrituras describen su final en pocas y sencillas palabras. Está escrito que "la mujer de Lot miró atrás… y se volvió estatua de sal".

Dios realizó un milagro para ejecutar su juicio sobre esta mujer culpable. La misma mano todopoderosa que le había dado vida, se la quitó en un abrir y cerrar de ojos. De ser de carne y sangre viva se volvió estatua de sal.

¡Éste fue un ***final horroroso*** para cualquiera! Morir en cualquier momento es serio. Morir entre amigos y familiares, morir en calma y silencio en su propia cama, morir con las oraciones de hombres consagrados todavía retumbando en sus oídos, morir con esperanza por gracia con total seguridad de salvación, descansar en el Señor

Jesús, alentado por las promesas del evangelio, de por sí ya es serio. Pero morir de pronto e instantáneamente, en el acto mismo de pecar, morir con perfecta salud y fuerza, morir por la intervención directa de un Dios airado es realmente aterrador. Pero éste fue el final de la mujer de Lot. No se puede culpar a la letanía del Libro de Oraciones [anglicano] por conservar este pedido: "De una muerte súbita, buen Señor, líbranos".

¡Éste fue un ***final sin esperanza***! Hay casos cuando tenemos algo de esperanza para las almas de los que vemos descender a la tumba. Tratamos de convencernos de que nuestra pobre hermana o hermano fallecido se ha arrepentido para salvación en el último momento, y que se ha tomado de la punta del manto de Cristo a última hora. Hacemos memoria de las misericordias de Dios, recordamos el poder del Espíritu, pensamos en el caso del ladrón arrepentido, nos decimos que *puede* haber sucedido una obra de salvación que el moribundo no tuvo las fuerzas para decirlo en su lecho de muerte. Pero no hay tales esperanzas cuando una persona muere súbitamente en el acto mismo de pecar. La caridad no puede decir nada cuando el alma ha sido llevada en medio de una iniquidad, sin tiempo para pensar ni orar. Tal fue el final de la mujer de Lot. Fue un final sin esperanza. Se fue al infierno.

Es *bueno* que todos recordemos estas cosas.

Es bueno que nos recuerden que Dios puede castigar bruscamente a los que pecan a sabiendas y que el mal uso de los grandes privilegios produce gran ira sobre el alma.

Faraón vio todos los milagros que realizó Moisés. Coré, Datán y Abiram, habían oído hablar a Dios desde el Monte Sinaí. Ofni y Finees eran hijos del Sumo Sacerdote de Dios. Saúl vivía a plena luz del ministerio de Samuel. Acab recibía frecuentemente las advertencias del profeta Elías. Absalón disfrutaba del privilegio de ser uno de los hijos de David. Belsasar tenía al profeta Daniel a su

puerta. Ananías y Safira se sumaron a la iglesia en los días cuando los apóstoles obraban milagros. ¡Y Judas Iscariote fue escogido como compañero de nuestro Señor Jesucristo mismo! Pero todos estos pecaron a pesar de tener luz y conocimiento, y fueron destruidos súbitamente sin remedio. No tuvieron ni tiempo ni oportunidad para arrepentirse. Así como vivieron, así murieron; tal como eran, fueron llevados rápidamente a encontrarse con Dios. Partieron cargando todos sus pecados, sin perdón, sin renovación y totalmente ineptos para el cielo. Y aun muertos, hablan. Nos dicen, como la mujer de Lot, que es peligroso pecar contra la luz, que Dios aborrece el pecado y que existe un infierno.

Acerca del infierno

Me siento constreñido a hablar libremente a mis lectores sobre el tema del infierno. Permítanme usar la oportunidad que sugiere el final de la mujer de Lot. Creo que el tiempo ha llegado cuando es nuestro ineludible deber hablar claramente acerca de la realidad y la eternidad del infierno. Últimamente se ha desatado entre nosotros un diluvio de doctrinas falsas. Los hombres están empezando a decirnos "que Dios es demasiado misericordioso como para castigar a las almas para siempre. Que hay un amor de Dios más profundo, incluso que el infierno, y que toda la humanidad, a pesar de lo impíos e incrédulos que sean algunos, tarde o temprano serán salvos".

Nos invitan a dejar las sendas antiguas del cristianismo apostólico. Nos dicen que las creencias de nuestros mayores acerca del infierno, el diablo y el castigo, son obsoletas y anticuadas. Dicen que tenemos que adoptar lo que llaman una "teología más bondadosa" y tratar al infierno como una fábula pagana o como algo para asustar a los niños y los tontos. Protesto contra estas enseñanzas falsas. Por más dolorosa, lamentable y desesperante que sea la controversia, no tenemos que dudar ni negarnos a mirar de frente al tema. Por mi parte, estoy resuelto a

mantener la antigua posición y confirmar la realidad y eternidad del infierno.

Créame, ésta no es una cuestión simplemente para especular. No debe ser clasificada entre las diferencias sobre liturgias y gobierno eclesiástico. No debe ser catalogada como un problema misterioso, como lo es el significado del templo de Ezequiel o los símbolos del libro de *Apocalipsis*. Es una cuestión que es parte del fundamento mismo de todo el evangelio. Los atributos morales de Dios, su justicia, su santidad y su pureza son parte de esto. Está en juego la necesidad de una fe personal en Cristo y de santificación por el Espíritu. Una vez que se descarta la antigua doctrina del infierno, se desbarata, trastorna, altera y descompone todo el sistema del cristianismo.

Créame, la cuestión no es una que permite que adoptemos teorías e invenciones humanas. Las Escrituras han hablado clara y completamente sobre el tema del infierno. Mantengo que es imposible encarar sinceramente la Biblia y, al mismo tiempo, evitar las conclusiones a las que nos lleva en cuanto a este punto. Si algo significan las palabras, *existe* un lugar como el infierno. Si los textos han de ser interpretados fehacientemente, en aquel día muchos serán arrojados en el lago que arde con fuego y azufre. Si el lenguaje tiene algún sentido en cuanto a esto, el infierno es para siempre.

Creo que el hombre que encuentra argumentos para evadir las evidencias de la Biblia en cuanto a este asunto ha llegado a un estado mental en que es inútil razonar con él. Por mi parte, me parece que discutir que nosotros no existimos, es igual a discutir que la Biblia no enseña la realidad y eternidad del infierno.

(a) Determine con firmeza en su mente que la misma Biblia que enseña que Dios, en su misericordia y compasión envió a Cristo para morir por los pecadores, también enseña que ***Dios aborrece el pecado y, por su propia naturaleza, tiene que castigar*** a todos los

que se aferran al pecado o rechazan la salvación que él ha provisto. Justamente, el mismo capítulo que declara: "De tal manera amó Dios al mundo", declara también que "la ira de Dios está sobre" el incrédulo (Jn. 3:16, 36). El mismo evangelio lanzado a la tierra con nuevas benditas: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo", proclama a la vez que "el que no creyere, será condenado" (Mr. 16:16).

(b) Determine con firmeza en su mente que ***Dios nos ha dado prueba tras prueba en la Biblia que habrá de castigar*** a los endurecidos e incrédulos, que puede vengarse de sus enemigos, al igual que mostrar misericordia por el arrepentido. El arrasar con el viejo mundo con el diluvio, el fuego en Sodoma y Gomorra, la muerte de faraón y todas sus huestes en el Mar Rojo, el juicio de Coré, Datán y Abiram, y la destrucción de las siete naciones de Canaán nos enseñan la misma verdad aterradora. Todas estas pruebas nos han sido dadas como luces de precaución, señales y advertencias, a fin de que no provoquemos a Dios. Todas tienen la intención de levantar un rincón del velo que esconde las cosas por venir y para recordarnos que la ira de Dios es una realidad. Todas nos dicen claramente que "los malos serán trasladados al Seol" (Sal. 9:17).

(c) Determine con firmeza en su mente que ***el Señor Jesucristo mismo habló claramente acerca de la realidad y eternidad del infierno.*** La parábola del rico y Lázaro debiera hacer temblar a los hombres. Pero no sólo es esta parábola. Nadie ha usado tantas palabras para expresar lo terrible que es el infierno como Aquel que habló, como jamás hombre alguno lo ha hecho, y que dijo: "La palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió" (Jn. 14:24). El infierno, el fuego del infierno, la condenación del infierno, la condenación eterna, la resurrección de la condenación,

el fuego eterno, el lugar de tormentos, de destrucción, de total oscuridad, del gusano que nunca muere, del fuego que nunca se apaga, las lágrimas, los lamentos y el crujir de dientes y castigo eterno, son todos términos que el Señor Jesucristo mismo emplea. ¡Fuera con las miserables tonterías que dice la gente en la actualidad, que nos dicen que los ministros del evangelio nunca debieran hablar del infierno! No hacen más que mostrar su propia ignorancia o su propia falta de sinceridad cuando hablan de ese modo. Nadie puede leer sinceramente los cuatro Evangelios y no ver que el que quiere seguir el ejemplo de Cristo *tiene que* hablar del infierno.

(d) Por último, determine en su mente que ***las ideas reconfortantes que las Escrituras nos dan acerca del cielo dejan de ser en cuanto negamos la realidad y eternidad del infierno***. ¿No existe una futura morada separada para los que mueren impíos y sin Dios? ¿Será que todas las personas, después de la muerte, se entremezclan conformando una multitud confusa? Entonces pues, ¡el cielo no será para nada cielo! Es totalmente imposible que dos vivan felices juntos si no coinciden. ¿Habrá un tiempo cuando se acabe el infierno y el castigo? ¿Serán admitidos al cielo los impíos después de siglos de sufrimientos? Entonces pues, ¡la necesidad de la santificación del Espíritu queda descartada y eliminada. Leo que los hombres pueden ser santificados en la tierra haciéndolos aptos para el cielo, no leo nada de ninguna santificación en el infierno.

¡Fuera con estas teorías sin sentido y sin ninguna base bíblica! La eternidad del infierno, así como la eternidad del cielo, se presentan claramente en la Biblia.

Una vez que uno dice que el infierno no es eterno, puede muy bien decir que Dios y el cielo no son eternos. La misma palabra griega que se usa en la expresión “castigo eterno” es la que usa el Señor Jesús al decir “vida eterna” y San Pablo, al decir “Dios eterno” (Mt. 25:46; Ro. 16:26).

Sé que esto suena terrible a muchos oídos. No me extraña. Pero la única cuestión que tenemos que determinar es: ¿Es bíblico el tema del infierno? ¿Lo es? Mantengo firmemente que lo es y mantengo que hay que recordarles a los cristianos profesantes que pueden estar perdidos y camino al infierno.

Sé que es fácil rechazar la enseñanza clara sobre el infierno y hacerla antipática por el uso de palabras desagradables. He escuchado, a menudo, decir que son "conceptos intolerantes, nociones anticuadas, teología de fuego y azufre" y cosas parecidas. Se me ha dicho, a menudo, que, en la actualidad, se prefieren conceptos más "amplios". Mi anhelo es ser tan amplio como la Biblia, ni más ni menos. Afirmo que es teólogo intolerante aquel que recorta las partes de la Biblia que le disgustan al corazón natural y, por ende, rechaza alguna porción del Consejo de Dios.

Dios sabe que nunca hablo del infierno sin dolor y sufrimiento. Con gusto, le ofrezco la salvación del evangelio al peor de los pecadores. Yo estaría dispuesto a decirle al más vil y disoluto ser humano en su lecho de muerte: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo" (Hch. 16:31). Pero Dios quiera que nunca deje de decirle al mortal que las Escrituras revelan que hay un infierno así como hay un cielo, y que el evangelio enseña que hay hombres que pueden estar perdidos, al igual que hay otros que pueden ser salvos. El guardia que se mantiene en silencio cuando ve un incendio es culpable de negligencia,

el médico que nos dice que estamos mejorando cuando, en realidad nos estamos muriendo, es un amigo falso y el pastor que no alerta a su congregación acerca del infierno en sus sermones, no es un hombre fiel ni tiene amor.

¿Dónde está el amor cuando se mutila una porción tan importante de la verdad de Dios? Es mi amigo más comprensivo, el que me avisa de la vastedad del peligro que corro. ¿Qué sentido tiene esconder el futuro del impenitente y el impío? Es más bien

ayudar al diablo, si no le decimos a la gente claramente que "el alma que pecare, esa morirá" (Ez. 18:4, 20). ¿Quién sabe si la negligencia terrible de muchas personas bautizadas no viene de esto, de que nunca les han explicado claramente la realidad del infierno? ¿Quién sabe si muchos más se convertirían, si los pastores les instaran con más fidelidad a huir de la ira venidera? Por cierto que muchos somos culpables de esto; hay entre nosotros una ternura mórbida que no es la ternura de Cristo. Hemos hablado de misericordia, pero no de juicio, hemos predicado muchos sermones acerca del cielo, pero pocos acerca del infierno. Nos hemos dejado llevar por el desdichado temor de ser considerados "ordinarios, vulgares y fanáticos". Hemos olvidado que quien nos juzga es el Señor y que el hombre que enseña la misma doctrina que Cristo enseñó, no puede estar equivocado.

Para ser un cristiano bíblico saludable, le ruego que le ***dé al infierno un lugar en su teología***. Grábelo en su mente como un principio inamovible que Dios es un Dios de juicio, al igual que de misericordia, y que los mismos consejos eternos que pusieron el fundamento de la felicidad del cielo, también pusieron el fundamento del sufrimiento del infierno. Tenga bien claro en su mente que todos los que mueren sin haber sido perdonados y renovados, no son aptos para estar en la presencia de Dios y están perdidos para siempre. No tienen capacidad para disfrutar del cielo, no podrían ser felices allí.

Tienen que ir a su propio lugar y ese lugar es el infierno. ¡Oh, es una cosa grande en estos días de incredulidad creer toda la Biblia!

Para ser un cristiano bíblico saludable, le ruego que ***se cuide de cualquier ministerio que no enseña claramente la realidad y eternidad del infierno***. Tal ministerio puede ser muy tranquilizador y agradable, pero es más posible que lo ponga a dormir que llevarlo a Cristo o fortalecer su fe. Es imposible dejar fuera alguna porción de la verdad de Dios sin arruinar su totalidad. La predicación que se

centra exclusivamente en las alegrías del cielo y nunca presenta la ira del Señor y los sufrimientos del infierno puede ser popular, pero no es bíblica, puede agradar y complacer, pero no salvar. La predicación que no se guarda nada de lo que Dios haya revelado, puede ser llamada severa y dura, puede decirse que asustar a la gente con temas como el del infierno no les hace ningún bien. Pero usted olvida que el gran objetivo del evangelio es convencer a los hombres de que deben "huir de la ira venidera" (Lc. 3:7) y que es en vano esperar que huyan, a menos que estén atemorizados. ¡Bueno sería que muchos cristianos profesantes sintieran más temor por sus almas que lo que sienten ahora!

Si anhela ser un cristiano saludable, ***considere con frecuencia cuál será su propio final.*** ¿Será feliz o infeliz? ¿Será la muerte de un justo o una muerte sin esperanza, como la de la mujer de Lot? Usted no puede vivir para siempre, un día llegará su final. Un día escuchará su último sermón, elevará su última oración, leerá su último capítulo de la Biblia, (querer, desear, esperar, tener intenciones, resolver, dudar, vacilar) todo, finalmente, habrá pasado. Tendrá que dejar este mundo y comparecer ante un Dios santo. ¡Oh, sea usted sabio! ¡Oh, considere su final!

No puede estar perdiendo el tiempo para siempre; el tiempo vendrá cuando tendrá que actuar con seriedad. No puede posponer para siempre lo que concierne a su alma.

El día vendrá cuando tendrá que rendirle cuentas a Dios. No puede estar siempre cantando, bailando, comiendo, bebiendo; vistiéndose, leyendo, riendo, bromeando; tramando algo, planeando y ganando dinero. Los insectos de verano no pueden disfrutar del sol para siempre, vendrán las noches frías que darán fin a sus días soleados. Lo mismo sucederá con usted. Puede aplazar ahora su decisión de fe y rechazar los consejos de los ministros de Dios; pero se acerca el frío día cuando Dios ser acerque y le hable. ¿Y cuál será su

final? ¿Será uno sin esperanza, como el de la mujer de Lot?

Le ruego, por las misericordias de Dios, que encare esas preguntas de frente. Le suplico que no juegue con su conciencia con una esperanza incierta de la misericordia de Dios, mientras su corazón se aferra al mundo. Le imploro que no ahogue las convicciones con fantasías pueriles acerca del amor de Dios, mientras su comportamiento diario y sus hábitos muestran claramente que "el amor del Padre no está en" usted (1 Jn. 2:15). Hay una misericordia de Dios que es como un río, pero existe para el creyente arrepentido en Cristo Jesús. Hay un amor en Dios hacia los pecadores que es indescriptible e inexplicable, pero es para aquellos que "oyen" la voz de Cristo y le "siguen" (Jn. 10:27). Procure interesarse en ese amor. Rompa con todo pecado conocido, apártese valientemente del mundo, clame intensamente a Dios en oración, échese totalmente y sin reservas en los brazos del Señor Jesús para el tiempo y la eternidad, deje a un lado toda carga, no se aferre a nada, por mucho que lo ame, no practique nada que interfiera con la salvación de su alma, renuncie a todo, por preciado que sea, deje todo lo que se interpone entre usted y el cielo. El pobre mundo está naufragando, se está hundiendo a sus pies; lo único que usted necesita es un lugar en el bote salvavidas para llegar salvo a la orilla. Sea diligente en asegurar su llamado y elección. No importa lo que suceda con su casa y propiedad, usted asegúrese del cielo.

¡Oh, es un millón de veces mejor ser motivo de risas y ser visto como un extremista en este mundo, que descender al infierno, aun estando en medio de la congregación y terminar como la mujer de Lot!

Preguntas para su conciencia

Y ahora concluiré este escrito ofreciendo a cada lector algunas preguntas para grabar el tema en la conciencia de cada uno. Ha visto usted la historia de la mujer de Lot, sus privilegios, su pecado

y su final. Le he advertido de lo inútiles que resultan los privilegios sin el don del Espíritu Santo, del peligro de la mundanalidad y la realidad del infierno. Ahora, quiero ir terminando con algunos llamados directos a su propio corazón. En esta época de mucha iluminación, mucho conocimiento y profesiones de fe, anhelo levantar una luz de advertencia para salvar del naufragio a las almas. Deseo atar una boya en el canal de todo navegante espiritual y escribir en ella: "Acordaos de la mujer de Lot".

(a) ¿Es ***indiferente ante la segunda venida de Cristo***? ¡Ay, muchos lo son! Viven como los hombres en Sodoma y como los hombres y mujeres de la época de Noé. Comen, beben, siembran, edifican, contraen matrimonio, dan en matrimonio y se comportan como si Cristo nunca vendrá otra vez. Si usted es uno de estos, le digo este día: "Acordaos de la mujer de Lot".

(b) ¿***Como cristiano es tibio o frío***? ¡Ay, muchos lo son! Tratan de servir a dos señores, tratan de ser amigos, tanto de Dios como de Mamón. Se esfuerzan por ser una especie de murciélagos espirituales, no son una cosa, ni la otra: No totalmente cristianos, ni tampoco totalmente del mundo. Si usted es uno de estos, le digo este día: "Acordaos de la mujer de Lot".

(c) ¿Está ***vacilando entre dos opiniones*** y dispuesto a volver al mundo? ¡Ay, muchos lo están! Le tienen miedo a la cruz, secretamente, les disgusta el conflicto y reprochan una fe decidida.

Están cansados del desierto y el maná, y se volverían a Egipto, si pudieran. Si usted es uno de estos, le digo este día: "Acordaos de la mujer de Lot".

(d) ¿Está ***amando en secreto algún pecado persistente***? ¡Ay, muchos lo están! Avanzan mucho en la profesión de su fe, hacen muchas cosas que son correctas y muy similares al pueblo de Dios. Pero siempre atesoran un hábito malo del cual no pueden librarse. Una mundanalidad secreta, la codicia o lascivia se les pega como su propia piel. Están dispuestos a ver destruidos todos sus ídolos, menos

éste. Si usted es uno de estos, le digo este día: “Acordaos de la mujer de Lot”.

(e) ¿Está ***jugando con pecadillos***? ¡Ay, muchos lo están! Creen en las grandes doctrinas esenciales del evangelio. Se abstienen de un libertinaje burdo o de quebrantar abiertamente la ley de Dios, pero penosamente, no le dan importancia a las inconsistencias pequeñas y están dolorosamente preparados para excusarlas. “Es un poquito de impaciencia, o un poquito de frivolidad, o un poquito de desconsideración o un poquito de olvido”. Nos dicen: “Dios no tiene en cuenta cuestiones tan pequeñas. Nadie es perfecto, ni Dios lo requiere”. Si usted es uno de estos, le digo este día: “Acordaos de la mujer de Lot”.

(f) ¿Está ***confiando en privilegios espirituales***? ¡Ay, muchos lo están! Les encanta la oportunidad de escuchar regularmente la predicación del evangelio, participar de las ordenanzas, de los medios de gracia y vivir tranquilos. Parece que dicen: “Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad” (Ap. 3:17) mientras no tienen ni fe, ni gracia, ni espiritualidad ni están preparados para el cielo. Si usted es uno de estos, le digo este día: “Acordaos de la mujer de Lot”.

(g) ¿Está ***confiando en su conocimiento religioso***? ¡Ay, muchos lo están! No son ignorantes como otros, saben la diferencia entre la sana y la falsa doctrina.

Pueden discutir, pueden razonar, pueden argumentar, pueden citar textos bíblicos, pero no se han convertido y, por ende, están muertos en sus faltas y pecados. Si usted es uno de estos, le digo este día: “Acordaos de la mujer de Lot”.

(h) ¿Está ***profesando el cristianismo*** y, al mismo tiempo, aferrándose al mundo? ¡Ay, muchos lo están! Procuran que los crean cristianos. Quieren el mérito de ser personas que van a la iglesia, serias, consecuentes, correctas y disciplinadas. Mientras tanto, su manera de vestir, sus gustos, sus amigos y sus diversiones

muestran claramente que son del mundo. Si usted es uno de estos, le digo este día: "Acordaos de la mujer de Lot".

(i) ¿Está ***confiando que se arrepentirá en su lecho de muerte***? ¡Ay, muchos están confiando en eso! Saben que no son lo que deberían ser: no son nacidos de nuevo y no están listos para morir. Creen que cuando estén sufriendo su última enfermedad tendrán tiempo para arrepentirse, asirse de Cristo y dejar este mundo perdonados, santificados y preparados para el cielo. Olvidan que las personas, a menudo, mueren súbitamente y, así como viven, generalmente mueren. Si usted es uno de estos, le digo este día: "Acordaos de la mujer de Lot".

(j) ¿Es usted ***miembro de una congregación evangélica***? ¡Ay, muchos lo son y hasta allí llegan! Oyen la verdad del evangelio domingo tras domingo, pero siguen duros como una piedra. Un sermón tras otro llega a sus oídos. Mes tras mes reciben la invitación de arrepentirse, de creer, de venir a Cristo y de ser salvos. Pasan los años y no cambian. Reservan sus asientos para escuchar a su pastor favorito, pero también se reservan sus pecados favoritos. Si usted es uno de estos, le digo este día: "Acordaos de la mujer de Lot".

¡Oh, que estas solemnes palabras de nuestro Señor Jesucristo se graben profundamente en el corazón de todos! ¡Que nos despierten cuando nos sentimos con sueño,

que nos aviven cuando nos sentimos muertos, nos afilen cuando nos sentimos embotados y sean como una hoguera cuando nos sentimos fríos! ¡Que puedan ser el estímulo para hacernos reaccionar cuando nos estamos deteniendo y una brida para enderezarnos cuando nos estamos apartando! ¡Que sean un escudo para defendernos cuando Satanás pone una tentación en nuestro corazón, una espada con la cual luchar cuando nos dice con audacia: "¡Renuncia a Cristo, vuélvete al mundo y sígueme a mí!"! Oh, que en las horas de pruebas como esas digamos: "¡Alma, recuerda la

advertencia de tu Salvador! Alma mía, alma mía, ¿has olvidado sus palabras? ¡Alma mía, alma mía: '**Acordaos de la mujer de Lot**'"!

[La primera porción de este capítulo está a su disposición en Chapel Library en forma de folleto.]

11. El trofeo más grande de Cristo

"Y uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros. Respondiendo el otro, le reprendió, diciendo: ¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos;

> *mas éste ningún mal hizo. Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino.*
>
> *Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso".* Lucas 23:39-43

Pocos pasajes en el Nuevo Testamento son tan conocidos como el que encabeza este capítulo. Contiene la muy conocida historia del "ladrón arrepentido".

Y es apropiado y bueno que estos versículos sean bien conocidos. Han reconfortado a muchas mentes atribuladas, han dado paz a muchas conciencias intranquilas, han sido un bálsamo terapéutico que ha sanado a muchos corazones heridos, han sido medicina para muchas almas enfermas de pecado y han allanado las asperezas de muchos lechos de muerte. Dondequiera que se predique a Cristo, siempre serán honrados, amados y recordados.

Quiero comentar algunos puntos dignos de notar acerca de estos versículos. Trataré de presentar las principales lecciones que pretenden enseñar. No conozco la manera particular de pensar de las personas en cuyas manos pueda caer este escrito. Pero veo verdades en este pasaje que es imposible conocer demasiado bien. Aquí está el trofeo más grande que jamás se haya ganado Jesús.

I. El poder y disposición de Cristo de salvar al pecador

En primer lugar, su intención es que aprendamos de estos versículos acerca del *poder y la disposición de Cristo de salvar al pecador*.

Ésta es la doctrina principal para aprender de la historia del ladrón arrepentido. Nos enseña lo que debiera ser música para los oídos de todos los que la escuchan. Nos enseña que Jesucristo es "grande

para salvar" (Is. 63:1).

Le pido a cualquier lector que diga si conoce de algún caso que parecía tener menos esperanza y ser más desesperante que el del ladrón arrepentido.

Era un hombre *malvado*, un malhechor y un ladrón, si no es que un asesino. Lo sabemos porque sólo esta clase de delincuentes eran crucificados. Estaba sufriendo un castigo justo por haber quebrantado las leyes. Y así como había vivido malvadamente, parecía seguro que así moriría porque cuando fue crucificado, al principio injuriaba a Jesús.

Y era un hombre *al borde de la muerte.* Allí estaba, clavado en una cruz de la cual nunca bajaría con vida. Ya ni siquiera tenía fuerzas para mover las manos ni los pies. Sus horas estaban contadas, lo esperaba el sepulcro. Sólo había un paso entre él y la muerte.

Si hubo alguna vez un alma al borde del infierno, fue el alma de este ladrón. Si hubo alguna vez un caso que pareciera perdido, sin salida e irremediable, fue el de él. Si hubo alguna vez un hijo de Adán del que el diablo se aseguró de hacer suyo, fue este hombre.

Pero vea ahora qué pasó. Dejó de injuriar y blasfemar, comenzó a hablar de una manera completamente distinta. Se dirigió a nuestro bendito Señor en oración. Oró pidiendo a Jesús: "Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino". Le pidió que cuidara su alma,

que perdonara sus pecados y hasta pensó en un mundo diferente. ¡Verdaderamente éste fue un cambio maravilloso!

Y tome note de la clase de respuesta que recibió. Algunos habrían dicho que era demasiado malvado como para ser perdonado; pero no fue así. Otros pensarían que era demasiado tarde, la puerta estaba cerrada y ya no había lugar para la misericordia; pero vemos que no era demasiado tarde. El Señor Jesús le dio una respuesta inmediata, le habló con bondad, le

aseguró que ese mismo día estaría con él en el paraíso; lo perdonó completamente, lo limpió totalmente de sus pecados, lo recibió por su gracia, lo levantó de las puertas del infierno y le dio el derecho a la gloria. Entre toda la multitud de almas salvadas, ninguna ha recibido una confirmación tan gloriosa de su propia salvación como este ladrón arrepentido. Revise la lista completa, desde *Génesis* hasta *Apocalipsis*, y no encontrará a nadie a quien se le hayan dicho palabras como éstas: "Hoy estarás conmigo en el paraíso".

Creo que el Señor Jesús nunca dio una prueba tan completa de su poder y voluntad para salvar, como la dio en esta ocasión. En la hora cuando parecía más débil, mostró ser un Liberador poderoso. En el instante cuando su cuerpo sufría terrible dolor, mostró que podía sentir ternura por otros. En el momento cuando él mismo estaba muriendo, le dio vida eterna a un pecador.

Entonces, ¿no es cierto que esto me da el derecho de decir que Cristo "puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios" (He. 7:25)? Aquí tenemos la prueba. Si hubo alguna vez un pecador que estaba demasiado perdido como para ser salvo, fue este ladrón. No obstante, fue rescatado como "un tizón arrebatado del incendio" (Zac. 3:2).

¿Acaso no tengo el derecho de decir que Cristo recibe a cada pobre pecador que acude a él orando con fe y que no rechaza a nadie? He aquí la prueba de esto.

Si hubo alguna vez un pecador que parecía demasiado malo como para ser salvo, fue este hombre. No obstante, las puertas de misericordia se abrieron de par en par para él.

¿Acaso no me da el derecho a decir: "Porque por gracia sois salvos… no por obras… No temas; cree solamente"? (Ef. 6:8, 9; Mr. 5:36; Lc. 8:50). He aquí la prueba de esto. ¡Este ladrón nunca fue bautizado, no pertenecía a ninguna iglesia visible, nunca había participado de la Cena del Señor, nunca realizó ninguna obra para

Cristo y nunca dio dinero a la causa de Cristo! Pero tuvo fe y, entonces, fue salvo.

¿Acaso no me da derecho a decir que aun la fe más reciente puede salvar el alma del hombre, si es auténtica? He aquí la prueba de esto. La fe de este hombre tenía menos de un día, pero lo condujo a Cristo y lo salvó del infierno.

¿Por qué habría de desesperarse alguno cuando un pasaje como éste está en la Biblia? Jesús es el Médico que puede curar los casos de personas desahuciadas. Él puede dar vida a las almas muertas y llamar a las cosas que no son como si fuesen.

¡Que nadie se desespere nunca! Jesús sigue siendo el mismo hoy tal y como lo fue tantos siglos atrás. Las llaves de la muerte y del infierno están en su mano. Lo que él abre, nadie lo puede cerrar[1].

¿Qué si sus pecados son más numerosos que los cabellos de su cabeza? ¿Qué si sus hábitos impíos han crecido a medida que usted ha crecido y se han fortalecido a medida que usted se ha hecho más fuerte? ¿Qué si ha aborrecido lo bueno y amado lo malo todos los días de su vida? Estas cosas por cierto son tristes; pero hay esperanza, hasta para usted. Cristo lo puede sanar, Cristo lo puede sacar de su lamentable condición.

[1] "Oh Salvador, ¡qué proceder es este de tu gracia libre y poderosa! Cuando tú das, ¿qué indignidad puede prohibirnos tu misericordia? Cuando tú das, ¿puede el tiempo perjudicar nuestra vocación?

¿Quién puede dudar de tu bondad, cuando aquel que en la mañana iba dirección al infierno y en la noche ya está contigo en el Paraíso?". —Obispo Hall.

El cielo no se ha cerrado para usted. Cristo puede franquearle la entrada si pone humildemente su alma en sus manos.

¿Han sido perdonados sus pecados? Si no, le presento este día una salvación completa y gratuita.

Le invito a seguir los pasos del ladrón arrepentido: Venga a Cristo y viva. Le aseguro que Jesús es muy misericordioso y compasivo. Le aseguro que puede hacer por usted todo lo que su alma requiere. Aunque sus pecados fueren como la grana, como la

nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana (Is. 1:18). ¿Por qué no habría usted de ser salvo como cualquier otro? ¡Venga a Cristo y viva!

¿Es usted un creyente auténtico? Si lo es, debe gloriarse en Cristo. No se gloríe en su propia fe, sus propios sentimientos, su propio conocimiento, sus propias oraciones, sus propios recursos y su propia diligencia. Gloríese sólo en Cristo. ¡Ay! Aun el mejor de nosotros sabe apenas un poco del Salvador misericordioso y poderoso. No lo exaltamos ni nos gloriamos en él lo suficiente. Oremos pidiendo poder para ver más de la plenitud que hay en él.

¿Procura alguna vez hacerles un bien a otros? Si lo hace, no se olvide de hablarles acerca de Cristo. Cuéntele al joven, al menesteroso, al anciano, al ignorante, al enfermo y cuéntele al moribundo; cuénteles a todos acerca de Cristo. Cuénteles de su poder y de su amor; cuénteles de sus obras y de sus sentimientos, cuénteles del peor de los pecadores y lo que está dispuesto a hacer hasta el último día que le queda de vida; cuénteselos una y otra vez. No se canse nunca de hablar de Cristo. Dígales amplia y plenamente, libre e incondicionalmente, sin reservas y sin dudar: "Venga a Cristo como lo hizo el ladrón arrepentido: Venga a Cristo y será salvo".

II. Algunos son salvos en la hora de su muerte, otros no.

La segunda lección que este pasaje quiere enseñarnos es que *algunos son salvos en la hora de su muerte, otros no*.

Es esta una verdad que nunca debe ser pasada por alto, por eso me es imposible ignorarla. Es una verdad que se destaca claramente en el triste final del otro malhechor, con demasiada frecuencia olvidado. La gente olvida que había "dos ladrones".

¿Qué pasó con el otro ladrón que fue crucificado? ¿Por qué no se apartó de su pecado y clamó al Señor? ¿Por qué siguió endurecido e impenitente? ¿Por qué no fue salvo? Sería inútil intentar contestar estas preguntas. Contentémonos con la información que tenemos y veamos qué quiere enseñarnos.

No tenemos ningún derecho a decir que este ladrón era peor que su compañero, no hay nada que pruebe que lo fuera. Es evidente que ambos eran hombres malvados, ambos estaban recibiendo el merecido castigo por sus actos, ambos colgaban de una cruz a los dos lados del Señor Jesús, ambos lo escucharon orar por sus asesinos, ambos lo vieron sufrir con paciencia. Pero mientras uno se arrepintió, el otro siguió endurecido; mientas uno comenzó a orar el otro siguió injuriándole; mientras uno se convirtió al último momento, el otro murió contumaz en su maldad, tal como había vivido; mientras uno fue al paraíso, el otro fue a su lugar: Al lugar del diablo y sus ángeles.

Ahora bien, estas cosas fueron escritas para advertirnos. Hay una advertencia, al igual que un consuelo, en estos versículos y es, de hecho, una advertencia muy seria.

Me dicen y subrayan que aunque algunos se pueden arrepentir y convertirse en su lecho de muerte no significa que todos lo harán. El lecho de muerte no siempre es un tiempo de salvación.

Me dicen y subrayan que dos personas pueden tener las mismas oportunidades de hacerle bien a sus almas, pueden estar colocadas en la misma posición, ver las mismas cosas y oír los mismos sonidos y, no obstante, sólo una de las dos las aprovechan, se arrepienten, creen y son salvas.

Me dicen, sobre todo, que arrepentimiento y fe son dones de Dios y que están fuera del poder del hombre, y que el que se engaña pensando que puede arrepentirse cuando lo escoja, elegir el

momento cuando lo hará, buscar al Señor cuando le plazca y, como el ladrón arrepentido, ser salvo al último instante, tarde o temprano descubrirá que está muy equivocado.

Y es bueno y provechoso tener en cuenta esto. Hay en el mundo una inmensa cantidad de ideas engañosas precisamente acerca de este tema. Veo a muchos que dejan que la vida se les vaya de entre las manos, sin estar preparados para morir. Veo a muchos que admiten que debieran arrepentirse, pero siempre lo dejan para mañana. ¡Y creo que una de las razones principales es que la mayoría cree que puede acudir a Dios cuando quiera! Se basan en la parábola de los obreros de la viña que habla de la hora undécima y la usan en la forma que nunca tuvo la intención de ser usada. Se enfocan en la parte placentera de los versículos que ahora estamos considerando, pero olvidan el resto. Hablan del ladrón que se fue al paraíso y se olvidan del que murió como vivió, ¡y se perdió[2]!

---

[2] "Aquel que demora su arrepentimiento y no busca perdón hasta lo último por seguir este ejemplo, tienta a Dios y convierte en su veneno lo que Dios designaba para un fin mejor.
"Las misericordias de Dios nunca se registran en las Escrituras para el engreimiento del hombre, ni los fracasos del hombre para ser imitados". —Lightfoot, Sermón. 1684.
"Muy desagradecida y tonta es la conducta de los que reciben aliento por el ladrón arrepentido que se arrepintió en el momento que moría; muy desagradecida al pervertir la gracia de su Redentor haciéndola ocasión para continuar pecando y muy tonto imaginar que lo que nuestro Señor hizo en una situación tan particular, pueda tomarse como un precedente de lo que es normal". — Doddridge.

La ruego a cada uno que lee este escrito que use su sentido común y que tenga cuidado de no caer en el mismo error.

Considere la historia de los hombres en la Biblia y vea cuán a menudo las ideas de las que he estado hablando, se contradicen.

Recuerde bien cuántas pruebas hay de que dos hombres hayan recibido el ofrecimiento de la misma iluminación y sólo uno la aprovecha, y que nadie tiene derecho de tomarse libertades con la misericordia de Dios e imaginar que puede arrepentirse cuando a él le plazca.

Vea a Saúl y David. ¡Vivieron más o menos en la misma época, escalaron el mismo rango en la vida, fueron llamados a la misma posición en el mundo, disfrutaron del ministerio del mismo profeta, Samuel, y reinaron la misma cantidad de años! Sin embargo, uno fue salvo y el otro se perdió.

Vea a Sergio Paulo y a Galión. ¡Ambos eran gobernadores romanos, ambos eran hombres sabios y prudentes en su generación y ambos oyeron predicar a Pablo! Pero uno creyó y fue bautizado, el otro "no hacía caso de nada de esto" (Hch. 13:7; 18:17).

Observe el mundo a su alrededor. Fíjese lo que está sucediendo continuamente ante sus ojos. A menudo, dos hermanas asisten a la misma iglesia, oyen las mismas verdades y escuchan los mismos sermones y, sin embargo, sólo una se convierte, mientras que la otra permanece impávida. Puede ser que dos amigos lean el mismo libro cristiano; a uno le conmueve tanto que renuncia a todo para tener a Cristo, el otro no le ve nada de valor y sigue igual que antes. Centenares de personas han leído *The Rise and Progress of Religion in the Soul* (Auge y Progreso de la religión en el alma) por Doddrige, sin ningún beneficio, pero para Wilberforce significó el inicio de su vida espiritual. Miles han leído su libro *Practical View of Christianity* (Punto de vista práctico del cristianismo) y no les ha afectado para nada, pero cuando Leigh Richmond lo leyó, se convirtió en otro hombre. Nadie tiene el derecho de decir:

"La salvación es por mi propio poder".

No pretendo explicar estas cosas. Sólo se las presento como grandes hechos verídicos y le pido que las reflexione con seriedad.

No me malinterprete. No quiero desanimarlo. Le digo estas cosas con todo cariño para advertirle del peligro. No las digo para apartarlo del cielo. Al contrario, las digo para atraerlo más y llevarlo a Cristo mientras puede ser hallado.

Quiero que *se cuide de cualquier presunción*. No abuse de la misericordia y compasión de Dios. Le ruego que no siga pecando,

pensando que se puede arrepentir, creer y ser salvo cuando a usted le plazca, cuando quiera, cuando se le antoje. Siempre pondré delante de usted una puerta abierta. Siempre le diré: "Mientras hay vida hay esperanza". Pero si quiere ser sabio, no deje para después nada que concierna a su alma.

Quiero que *se cuide de dejar pasar los buenos pensamientos y las convicciones espirituales*. Valórelas y aliméntelas, no sea que los pierda para siempre. Aprovéchelas al máximo, no sea que saquen alas y huyan volando.

¿Siente usted el deseo de comenzar a orar? Empiece a hacerlo inmediatamente.

¿Está disfrutando de alguna iluminación espiritual? Asegúrese de vivir en consonancia con esa iluminación. No juegue con las oportunidades, no sea que llegue el día cuando las quiere aprovechar y no podrá. No se rezague, no sea que obtenga sabiduría demasiado tarde.

Quizá diga usted: "Nunca es demasiado tarde para arrepentirse". Respondo: "Es cierto, pero rara vez resulta así." Y digo más: "Si aplaza arrepentirse, no puede estar seguro de que alguna vez lo haga".

Quizá diga usted: "¿Por qué debiera tener miedo? El ladrón arrepentido fue salvo". Respondo: "¡Es cierto, pero vuelva a mirar el pasaje que le dice que el otro ladrón se *perdió*!".

III. El Espíritu siempre guía de la misma manera a cada alma salvada

La tercera lección que quiere enseñarnos este pasaje es que *el Espíritu siempre guía de la misma manera al alma salvada*.

Éste es un punto que merece atención especial y que, a menudo, es pasado por alto. Las personas se fijan en que el ladrón arrepentido fue salvo cuando ya moría y no van más allá.

No toman en cuenta las evidencias que este ladrón dejó tras de sí.

No observan las pruebas abundantes que dio de la obra del Espíritu en su corazón. Y estas pruebas son las que quiero destacar. Deseo mostrar que el Espíritu siempre obra de una misma manera y que, sea que convierta a una persona en una hora, como lo hizo con el ladrón arrepentido, o que lo haga gradualmente, como lo hace con otros, los pasos por medio de los cuales conduce las almas al cielo son siempre los mismos.

Procuraré hacerle claro esto a todo el que lee este escrito. Quiero ponerlo en guardia. Quiero que se quite la idea generalizada de que hay algún camino fácil y divino al cielo desde el lecho de muerte. Quiero que comprenda a conciencia que cada alma salvada pasa por la misma experiencia y que los principios principales de la fe del ladrón arrepentido son los mismos que los santos más ancianos que han existido.

(a) Veamos, en primer lugar, *cuan fuerte fue* la fe de este hombre.

Llamó "Señor" a Jesús. Declaró su creencia de que tendría un "reino". Creyó que podía darle vida eterna y gloria y, creyéndolo, le dirigió su oración. Declaró que Jesús era inocente de todos los cargos que le eran imputados. "Éste", dijo, "ningún mal hizo" (Lc. 23:41). Otros quizá *pensaron* que el Señor era inocente, pero este pobre hombre al borde de la muerte fue el único que lo *declaró abiertamente*.

¿Y cuándo sucedió todo esto? Sucedió…

- cuando toda la nación había rechazado a Cristo, gritando: "¡Crucifícale!
  ¡Crucifícale!... No tenemos más rey que César" (Jn. 19:6; 15),
- cuando los principales sacerdotes y fariseos lo habían condenado y declarado "digno de muerte" (Mr. 14:64),
- cuando sus propios discípulos lo habían abandonado y huido,
- cuando colgaba débil, sangrando y muriendo en la cruz,
- cuando fue contado entre los transgresores y considerado maldito.

¡Ésta fue la hora cuando el ladrón creyó en Cristo y le dirigió su

oración! Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que nunca se había visto una fe como ésta desde la creación del mundo[3].

---

[3] "No sé de otro ejemplo de fe tan notable e impresionante desde la creación del mundo. — *Commentary on the Gospels* (Comentario de los Evangelios) por Calvino.

"Una fe que puede ver el sol a través de una nube tan oscura, que puede descubrir a Cristo, a un Salvador, a través de un Jesús tan pobre, desechado, despreciado y crucificado y llamarlo Señor.

"Una gran fe que desde su cruz podía ver el reino de Cristo, el sepulcro y la muerte, cuando había tan pocas señales del reino, y orar pidiendo ser recordado en ese reino". — Lightofoot, Sermón. 1684.

"El ladrón arrepentido fue el primero en confesar el reino celestial de Cristo, el primer mártir que dio testimonio de la santidad de sus sufrimientos y el primer apologista de su inocencia". —Quesnel sobre el evangelio.

"Probablemente, hay pocos santos en gloria que hayan honrado a Cristo tan gloriosamente como este pecador moribundo". —Doddridge.

"¿Es ésta la voz de un ladrón o de un discípulo? Dame permiso, oh Salvador de usar tus propias palabras: 'Mateo 8:10'. Te vio colgado muriendo a tu lado, no obstante, te llama 'Señor'. Te vio muriendo y, no obstante, habla de tu reino. Se sintió morir él mismo y, no obstante, habla de que lo recuerdes en el futuro. ¡Oh fe, más fuerte que la muerte, que puede ver una corona más allá de la cruz; más allá de su expiración, una visión de vida y gloria! ¿Cuál de tus once discípulos te dijo alguna vez palabras tan llenas de gracia como estas en estos, tus últimos estertores?". —Obispo Hall.

Los discípulos habían visto señales y milagros poderosos. Habían visto la resurrección de un muerto mediante sólo tres palabras, a los leprosos curados mediante un toque, a los ciegos recibiendo su vista, a los mudos hablar y a los cojos caminar. Habían visto cómo miles de personas fueron alimentadas con unos cuantos panes y peces. Habían visto a su Maestro caminar sobre el agua como si fuera tierra seca. Lo habían oído hablar como nunca nadie antes había hablado y hacer promesas de cosas buenas por venir. Algunos de ellos habían tenido un anticipo de su gloria en el Monte de Transfiguración. Sin duda que la fe de ellos era "don de Dios", pero además de ese don, contaban con muchas ayudas para

fortalecerla.

El ladrón moribundo no había visto ninguna de las maravillas mencionadas. Lo único que él vio fue a nuestro Señor en agonía, débil, sufriendo y sobrellevando el dolor. Lo vio soportando un castigo ignominioso, abandonado, vilipendiado, objeto de burlas, aborrecido y blanco de blasfemias. Lo vio rechazado

por los más grandes, sabios y nobles de su propio pueblo, su vigor seco como un tiesto, su vida cercana al Seol (Sal. 22:15; 88:3). No vio ningún cetro, ninguna corona real, ningún dominio externo, ninguna gloria, ninguna majestad, ningún poder, ninguna señal de omnipotencia. Y aun así, el ladrón agonizante creyó y gozó viendo de antemano el reino de Cristo.

¿Quiere saber si tiene el Espíritu? Entonces preste atención a la pregunta que le hago ahora. ¿*Dónde está su fe en Cristo?*

(b) Note, en segundo lugar, *qué sentido correcto tenía del pecado*. Le dice a su compañero: Nosotros "recibimos lo que merecieron nuestros hechos". Reconoce su impiedad y la justicia de su castigo. No hace ningún intento por justificarse o hacer excusas por su iniquidad. Habla como un hombre humillado y degradado al recordar sus iniquidades del pasado. Esto es lo que sienten todos los hijos de Dios.

Están prontos para reconocer que son pobres pecadores que merecen el infierno. Pueden decir de corazón, al igual que con su boca: "Hemos dejado de hacer las cosas que deberíamos haber hecho, e hicimos las cosas que no deberíamos haber hecho, y no hay salud en nosotros" (ver Mt. 23:23).

¿Quiere saber si tiene el Espíritu? Entonces preste atención a la pregunta que ahora le hago: *¿Tiene conciencia de sus pecados?*

(c) Veamos, en tercer lugar, *el amor fraternal* que demostró el ladrón hacia su compañero. Procuró conseguir que dejara de injuriar y blasfemar, y que reaccionara. "¿Ni aun temes tú a Dios", le dice, "estando en la misma condenación?". ¡No hay mejor señal

de gracia que ésta! La gracia despoja al hombre de su egoísmo y lo lleva a identificarse con el alma de los demás. Cuando se convirtió la mujer samaritana, dejó su jarro y corrió a la ciudad diciendo: "Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo?" (Jn. 4:28-29). Cuando se convirtió Saulo, fue inmediatamente a la sinagoga en Damasco y testificó a sus hermanos israelitas que Jesús "era el Hijo de Dios" (Hch. 9:20).

¿Quiere saber si tiene el Espíritu? Entonces, *¿dónde está su caridad y amor por las almas*?

En suma, vemos en el ladrón arrepentido una obra *consumada* del Espíritu Santo. Podemos encontrar en el malhechor arrepentido cada parte del carácter del creyente. Con todo lo breve que fue su vida después de su conversión, usó el tiempo que le quedaba para dejar abundantes evidencias de que era hijo de Dios. Su fe, su oración, su humildad y su amor fraternal son testimonio indudable de la realidad de su arrepentimiento. No era un hombre arrepentido de palabra únicamente, sino de hecho y en verdad.

Nadie piense, entonces, que porque el ladrón arrepentido fue salvo, que una persona puede ser salva sin dejar ninguna evidencia de la obra del Espíritu. Analice bien cada uno las evidencias que dejó este hombre y tenga cuidado.

Evidencias al borde de la muerte

Es triste oír lo que la gente habla, a veces, de lo que llaman *evidencias en el lecho de muerte*. Es muy penoso observar con qué poco se satisfacen algunas personas y qué fácilmente se pueden convencer a sí mismos de que sus amigos se han ido al cielo.

Cuando su pariente ha muerto, comentan: "Dijo una oración tan hermosa un día, habló tan bien de que estaba arrepentido por sus viejas costumbres y su intención de vivir de una manera distinta en este mundo, o que le gustaba que alguien le leyera o que orara por él". Y como tienen esto para alegar, ¡parecen estar tranquilos teniendo la esperanza de que su ser querido fue salvo!

Probablemente el nombre de Cristo nunca fue mencionado, tal vez tampoco se mencionó en ningún momento el camino de salvación. ¡Pero esto no les importa, si habló de algo aparentemente espiritual, con eso se contentan!

Ahora bien, no es mi deseo lastimar a nadie que lee este escrito, pero tengo que hablar claramente sobre este tema.

Quiero decir, de una vez por todas que, por regla general, no hay nada más *in*satisfactorio que las evidencias en el lecho de muerte. Se puede depender muy poco de los sentimientos que el hombre expresa cuando está enfermo y asustado. Con frecuencia, demasiada frecuencia, son el resultado del temor y no surgen de una convicción del corazón. Con frecuencia, demasiada frecuencia, son cosas dichas de memoria, habiéndolas escuchado de boca de pastores y de amigos preocupados, no porque él mismo las sienta. Y no hay prueba más fuerte de esto que el hecho bien sabido de que muchas de las personas que prometen reformarse cuando están enfermas y, por primera vez, hablan de algo espiritual, si se recuperan, vuelven a su pecado y al mundo. Cuando alguien ha vivido una vida irreflexiva e insensata, quiero algo más que unas lindas palabras y buenos augurios cuando está en su lecho de muerte como para convencerme acerca de la condición de su alma.

No me basta con que me deje leerle la Biblia y orar junto a su cama o que diga que “no había pensado tanto como debiera acerca del evangelio y que le parece que va a ser un hombre distinto si se mejora”. Nada de esto me contenta, no me hace sentir tranquilo en cuanto a su estado. Está bien en lo que cabe, pero no es una conversión. Está bien en un sentido, pero no es fe en Cristo. No puedo ni me atrevo a sentirme satisfecho. Otros pueden sentirse tranquilos, si quieren, y decir que esperan que su amigo fallecido esté en el cielo. Por mi parte, preferiría quedarme callado. Estaría satisfecho con la medida más pequeña de arrepentimiento y fe del moribundo, aunque no fuera más grande que un grano de mostaza. Pero contentarme con cualquier cosa menor que

arrepentimiento y fe, me parece casi una infidelidad.

¿Qué clase de evidencias piensa dejar usted acerca del estado de su alma? Siga el ejemplo del ladrón arrepentido y le irá bien.

Cuando lo pongan en su ataúd ¿será que tendrán que buscar palabras sin sentido y sobras de espiritualidad a fin de alegar que fue un verdadero creyente? No tengan que comentar vacilantes: "Espero que esté feliz. Un día habló tan lindo y, en otra ocasión, parecía tan complacido con aquel capítulo de la Biblia y decía que le gustaba tal o cual persona que es buena gente". Ojalá podamos hablar con seguridad acerca de la condición de usted. Ojalá tengamos alguna prueba segura de su arrepentimiento, su fe y su santidad, de modo que nadie, en ningún momento, pueda cuestionar su condición. Tenga por seguro que sin esto, los que deja atrás no podrán tener un consuelo fehaciente acerca de su alma. Podemos valernos de una forma de religión en su funeral y expresar esperanzas benévolas. Podemos encontrarnos con usted a la entrada del cementerio y decir: "Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor" (Ap. 14:13). ¡Pero esto no alterará su condición! Si muere sin convertirse a Dios, sin arrepentimiento y sin fe,

su funeral no será más que las exequias de un alma perdida y mejor sería que *nunca hubiera nacido*.

IV. El creyente en Cristo está con el Señor cuando muere

Además, la intención de estos versículos es que aprendamos que *el creyente en Cristo está con el Señor cuando muere*.

Podemos llegar a esta conclusión por las palabras del Señor al ladrón arrepentido: "Hoy estarás conmigo en el paraíso". Y tenemos una expresión muy similar en la *Epístola a los Filipenses*, donde Pablo dice que su anhelo es "partir y estar con Cristo" (Fil. 1:23).

Diré poco sobre este tema. Se lo presento sencillamente para sus propios momentos de meditación en privado. Para mí, está

lleno de consuelo y paz. Después de la muerte, el creyente está "con Cristo". Eso contesta muchas preguntas difíciles que, de otra manera, intriga la mente curiosa e intranquila del hombre. La morada de los santos fallecidos, sus alegrías, sus sentimientos y su felicidad reciben respuestas en una sencilla expresión: Están "con Cristo".

No puedo entrar a explicar completamente el estado separado de los creyentes que han partido. Es un tema elevado y profundo, tanto que la mente del hombre no puede ni abarcarlo ni imaginarlo. Sé que su felicidad se queda corta comparada con lo que será cuando sus cuerpos se levanten de nuevo, en la resurrección en el último día, y Jesús regrese a la tierra. Pero sé también que disfruta de un descanso bendito, un descanso de sus labores, un descanso de sus aflicciones, un descanso del dolor y un descanso del pecado. No puedo explicar estas cosas, pero estoy convencido de que serán mucho más felices de lo que jamás lo fueron en la tierra. Veo su felicidad en este mismo pasaje: "Están con Cristo" y cuando veo esto, he visto todo lo que necesito ver. Si las ovejas están con su Pastor, si los miembros están con la Cabeza y si los hijos de la familia de Cristo están con él,

quien los amó y los sostuvo todo el trayecto de su peregrinaje en esta tierra, todo tiene que estar bien, todo tiene que estar perfecto.

No puedo describir qué clase de lugar es el paraíso porque no puedo entender la condición de un alma separada del cuerpo, pero no pido una visión más resplandeciente del paraíso que ésta: Que allí está Cristo[4]. Todo lo demás que podamos imaginarnos de lo que será ese estado entre la muerte y la resurrección no son nada en comparación con esto. Cómo está él allí y de qué manera lo está, no lo sé. Sólo ver a Cristo en el paraíso cuando mis ojos se cierren en la hora de la muerte, me basta. Bien dice el salmista: "En tu presencia hay plenitud de gozo" (Sal. 16:11). Fue cierto lo que dijo una niña a punto de morir cuando su madre trató de consolarla

describiéndole cómo sería el paraíso. "Allí", le decía, "no habrá dolor ni enfermedades, allí verás a tus hermanitos y hermanitas que han ido antes que tú y siempre serás feliz". "¡Ah, madre!" fue la respuesta de la niña, "pero hay algo mejor que todo y es que allí estará Cristo".

Puede ser que usted no piense mucho acerca de su alma. Puede ser que usted sepa poco de Cristo como su Salvador y que nunca ha probado, por experiencia, que es precioso. Y a pesar de ello, quizá tiene la esperanza de ir al cielo cuando muera. Éste es seguramente un pasaje que debiera hacerle pensar. El paraíso es un lugar donde está Cristo. ¿Sería entonces un lugar del que disfrutaría usted?

Puede ser que sea creyente y, no obstante, tiembla ante el pensamiento del sepulcro. Parece frío y lóbrego. Siente que todo lo que tiene por delante es oscuro y sombrío. No tema, ¡anímese con este pasaje! Va camino al paraíso y allí estará Cristo.

---

[4] "No entremos en argumentos curiosos y sutiles acerca del lugar del paraíso. Estemos satisfechos con saber que los que están injertados en el cuerpo de Cristo por fe, son partícipes de la vida, y que allí disfrutarán después de la muerte un descanso bendito y gozoso hasta cuando la gloria perfecta de la vida celestial se manifieste plenamente en la venida de Cristo". —*Commentary on the Gospels* (Comentario de los Evangelios) por Calvino.

V. La parte eterna del alma de cada ser humano está cerca de él

Lo último que se supone que debemos aprender de estos versículos es lo siguiente: *La parte eterna del alma de cada ser humano está cerca de Cristo.*

"Hoy", le dice nuestro Señor al ladrón arrepentido, "hoy estarás conmigo en el paraíso". No menciona ningún periodo distante. No habla de entrar a un estado de felicidad como algo "lejano". Habla de hoy, "este día mismo que estás colgado en la cruz".

¡Qué cercano parece eso! ¡Qué extremadamente cerca nos traen esas palabras a nuestra morada eterna! Felicidad o sufrimiento,

dolor o gozo, la presencia de Cristo o la compañía de los demonios, están todos cerca de nosotros. “Hay un paso”, dice David, “entre mí y la muerte” (1 S. 20:3). Podemos decir que hay sólo un paso entre nosotros y el paraíso o el infierno.

Ninguno de nosotros entiende esto lo bien que debiera. Ha llegado el momento de quitarnos las ideas sobre este tema que son producto de nuestra imaginación. Tenemos la tendencia de hablar y pensar, aun refiriéndonos a creyentes, como si la muerte fuera un largo viaje y como si el santo que ha muerto se ha embarcado en una larga travesía. ¡Esto es un error, un puro error! Su puerto seguro y su patria celestial están cerca y ya han entrado en él.

Algunos sabemos, por amarga experiencia, qué largo se nos hace el tiempo entre la muerte de un ser querido y la hora cuando lo sepultamos fuera de nuestra vista. Esas horas son las más lentas, tristes y pesadas de nuestras vidas. Pero, bendito sea Dios, las almas de los santos que han partido están libres desde el instante mismo cuando dieron su último aliento. Mientras nosotros lloramos, se está preparando el ataúd, se tiene el velorio y se llevan a cabo los últimos arreglos, el espíritu de nuestro ser querido está disfrutando de la presencia de Cristo.

Se encuentra libre para siempre de la carga de la carne. Está donde “los impíos dejan de perturbar, y allí descansan los de agotadas fuerzas” (Job 3:17).

En el preciso momento en que el creyente muere, está en el paraíso. Su batalla ha acabado, sus luchas han terminado. Ha pasado por el valle sombrío que un día tendremos que pasar nosotros, ha cruzado el río tenebroso que un día tendremos que cruzar nosotros. Ha bebido la última copa amarga que el pecado le preparó, ha llegado al lugar donde ya no hay aflicciones y lamentos. ¡No debemos desear que regrese de donde está! No debemos llorar por él, sino por nosotros mismos.

Nosotros todavía estamos batallando, en cambio él está en paz. Nosotros estamos trabajando, en cambio él está descansando. Nosotros estamos velando, en cambio él está descansando. Nosotros estamos vistiendo nuestra armadura espiritual, en cambio él se la ha quitado para siempre. Nosotros todavía estamos de viaje, en cambio él está en puerto seguro. Nosotros tenemos lágrimas, en cambio él tiene gozo. Nosotros somos extranjeros y peregrinos, en cambio él está en su hogar permanente. ¡No hay duda de que los muertos en Cristo están mejor que los vivos! ¡No hay duda de que desde el preciso instante en que el santo muere, está inmediatamente en una posición mucho más elevada y más feliz que el más feliz sobre la faz de tierra![5]

Me temo que abundan fantasías sobre esta realidad. Me temo que muchos que no son católicos romanos y profesan no creer en el purgatorio, no obstante, tienen ideas extrañas sobre las consecuencias inmediatas de la muerte.

Me temo también que muchas personas tienen una especie de noción indefinida de un intervalo o espacio de tiempo entre la muerte y su estado eterno. Se imaginan que estarán pasando por algún proceso purificador y que, aunque mueren ineptos para el cielo, ¡al final serán encontrados idóneos para él!

Pero esto es totalmente equivocado. No sucede ningún cambio después de la muerte, no hay ninguna conversión en la tumba, no hay un nuevo corazón después del último suspiro. El mismo día en que partimos, lo hacemos para siempre, el día que partimos de este mundo, comenzamos una condición eterna. Desde ese día no hay ninguna alteración del alma, ningún cambio espiritual. Así como morimos, así recibiremos nuestra parte después de la muerte; “en el lugar que el árbol cayere, allí quedará” (Ec. 11:3).

Si usted no es cristiano, esto debiera hacerlo pensar. ¿Sabe que está cerca del infierno? Puede morir este mismo día y, si no muere en Cristo, abrirá inmediatamente sus ojos en el infierno y en medio

de tormentos.

Si es usted un cristiano auténtico, está mucho más cerca del cielo de lo que cree. Si el Señor se lo llevara este mismo día, se encontraría en el paraíso. La tierra prometida está muy cerca de usted. Si cerrara sus ojos en medio de debilidad y dolor, se abrirían inmediatamente en medio de un descanso glorioso imposible de describir.

Conclusión

Diré ahora unas pocas palabras a manera de conclusión.

(a) Este escrito puede caer en las manos de un *pecador humilde y contrito*.

¿Es usted uno de ellos? Entonces aquí le tengo palabras de aliento. Tome nota de lo que hizo el ladrón arrepentido y haga usted lo mismo.

[5] "Te damos gracias porque te ha placido librar a éste, tu hermano, de los sufrimientos de este mundo pecador". —*Burial Service* (Servicio fúnebre) de la Iglesia Anglicana.

"Tengo buenas nuevas para dar. Un ser querido tuyo ha terminado su batalla, ha recibido respuesta a sus oraciones y sobre un gozo eterno descansa su sien. Mi esposa querida, el origen de mis mejores momentos terrenales durante veinte años, partió el martes". — Carta de Venn a Stillingfleet, anunciando el fallecimiento de su esposa.

Tome nota de cómo oró, cómo llamó a Jesucristo; tome nota de la *respuesta de paz* que obtuvo. Hermano o hermana, ¿por qué no hace usted lo mismo? ¿Por qué no habría de ser salvo usted también?

(b) Este escrito puede caer en manos de un *soberbio y presumido mundano*.

¿Es usted uno de ellos? Entonces preste atención a mi advertencia. Tome nota de que el ladrón impenitente murió tal como había vivido y tenga cuidado de no llegar a un final igual. Oh, hermana o hermano errado, ¡no esté tan confiado, no sea que muera en sus pecados! *Busque al Señor* mientras puede ser hallado. Vuélvase al Señor, ¿por qué habría de morir sin él?

(c) Este escrito puede caer en manos de un *creyente que profesa a*

Cristo. ¿Es usted uno de ellos? Entonces tome la fe del ladrón arrepentido como criterio para medir su propia fe. Asegúrese de saber lo que es el verdadero arrepentimiento y la fe salvadora, la humildad auténtica y el amor ferviente. Hermano o hermana, *no se satisfaga* con la norma del mundo acerca del cristianismo. Piense como el ladrón arrepentido, eso es ser sabio.

(d) Este escrito puede caer en manos de alguien que *está llorando por creyentes que han partido*. ¿Es usted uno de ellos? Entonces reciba consuelo de este pasaje. Note cómo sus seres queridos están en las mejores manos. No pueden estar mejor. Nunca estuvieron tan bien en su vida como lo están ahora. Están con Jesús, a quien sus almas amaban sobre la tierra. ¡Oh, ya basta de sus lamentos egoístas! *Regocíjese* porque están libres de aflicciones y han entrado en su descanso.

(e) Y este escrito puede caer en las manos de algún *siervo de Cristo entrado en años*. ¿Es usted uno de ellos? Entonces vea por medio de estos versículos cuán cerca está de su patria celestial. Su salvación está más próxima que cuando recién creyó. Unos pocos días más de trabajo y aflicción, y el Rey de reyes mandará a buscarlo y, en un instante, su batalla habrá terminado y estará en completa paz.

12. El Señor de las olas

"Se levantó una gran tempestad de viento, y echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba. Y él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal; y le despertaron, y le dijeron:

> *Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos? Y levan- tándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza. Y les dijo: ¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?".* Marcos 4:37-40

Qué bueno sería que los cristianos profesantes de la época

moderna estudiaran los cuatro *Evangelios* más de lo que lo hacen. Sin duda que toda la Biblia es provechosa. No es sabio exaltar una parte de ella a expensas de las demás. Pero opino que sería bueno que algunos que están muy familiarizados con las *epístolas* supieran más acerca de *Mateo, Marcos, Lucas y Juan*.

¿Por qué digo esto? Quiero que los cristianos profesantes sepan más acerca de Jesús. Es bueno conocer todas las doctrinas y los principios del cristianismo. Pero es mucho mejor todavía conocer a Cristo mismo. Es bueno estar familiarizado con la fe, la gracia, la justificación y la santificación. Estos son asuntos "relacionados con el Rey". Pero es mucho mejor estar familiarizado con Jesús mismo, ver al Rey cara a cara y contemplar su hermosura. Éste es el secreto de una santidad innegable. El que anhela conformarse a la imagen de Cristo y parecerse más a Cristo, tiene que estudiar constantemente a Cristo mismo.

Los *Evangelios* fueron escritos precisamente para que conociéramos a Cristo. El Espíritu Santo nos ha contado cuatro veces la historia de su vida y su muerte, lo que dijo y lo que hizo. Cuatro manos diferentes e inspiradas nos han dibujado al Salvador.

Sus métodos, sus costumbres, sus sentimientos, su sabiduría, su gracia, su paciencia, su amor y su poder son narrados por gracia, a través de la pluma de cuatro testigos diferentes. ¿Acaso no deben las ovejas estar familiarizadas con el Pastor? ¿No debe el paciente estar familiarizado con el Médico? ¿No debe la novia estar familiarizada con el Novio? ¿No debe el pecador estar familiarizado con el Salvador? No cabe duda que sí. Los *Evangelios* fueron escritos para familiarizar a todos con Cristo y es por eso que quisiera que todos estudiaran los *Evangelios*.

¿Sobre quién debemos edificar nuestras almas si queremos ser aceptados por Dios? Tenemos que ser edificados sobre la *Roca*, Cristo. ¿De quién hemos de obtener la gracia del Espíritu si vamos

a dar fruto? Tenemos que nutrirnos de Cristo, la *Vid*. ¿A quién hemos de recurrir para ser consolados cuando nos fallan o perdemos a nuestros amigos terrenales? Tenemos que recurrir a *Cristo,* nuestro *Hermano* mayor. ¿A quién debemos elevar nuestras oraciones para ser oídos en lo Alto? Tienen que ser elevadas a Cristo, nuestro *Abogado*. ¿Con quién esperamos pasar los mil años de gloria y luego la eternidad? Con Cristo, el *Rey de reyes*. ¡No cabe la menor duda que nunca nos sería posible conocer a este Cristo demasiado bien! No cabe duda que no hay una palabra, ni una obra, ni un día, ni un paso, ni un pensamiento en el registro de su vida, que no nos debe ser preciado. Tenemos que esforzarnos por familiarizarnos con cada línea escrita acerca de Jesús.

Acérquese y estudiemos una página en la historia de nuestro Maestro. Reflexionemos en lo que podemos aprender de los versículos de las Escrituras que encabezan este capítulo. Vemos allí a Jesús cruzando el mar de Galilea en una embarcación con sus discípulos. Vemos que mientras él duerme, de pronto se levanta una tormenta. Las olas embisten la barca y la llenan. La muerte parece inminente. Los asustados discípulos despiertan a su Maestro y claman a él. Él se levanta, reprende al viento y a las olas e, inmediatamente, reina la calma.

Luego procede a reprobar el temor de sus compañeros por falta de fe y, después, todo ha pasado. Ésta es la escena. Está repleta de profunda instrucción. Pues bien, examinemos ahora lo que tiene la intención de que aprendamos.

I. Seguir a Cristo no previene las aflicciones terrenales

Aprendamos, en primer lugar, que *seguir a Cristo no previene nuestras aflicciones y angustias terrenales.*

Aquí están los discípulos escogidos por el Señor Jesús sintiéndose muy angustiados. El Pastor dejó que se angustiara la manada pequeña que creyó en él cuando los sacerdotes, escribas y

fariseos no lo hicieron. El miedo a la muerte irrumpe sobre ellos como un hombre armado. Parece muy posible que las aguas profundas aneguen sus almas. Pedro, Santiago y Juan, columnas de la Iglesia a punto de ser levantadas en el mundo, están muy afligidos.

Quizá ellos no contaban con encontrarse en esta situación. Tal vez habían pensado que servir a Cristo los iba a proteger de las pruebas terrenales. Probablemente habían supuesto que Aquel que podía resucitar a los muertos, sanar a los enfermos, dar de comer a una multitud con unos pocos panecillos y ahuyentar a los demonios con una palabra, no dejaría que sus siervos sufrieran en la tierra. Puede ser que supusieron que siempre les concedería un peregrinaje tranquilo, buen clima, una trayectoria fácil y libertad de las pruebas y preocupaciones.

Si eso pensaban los discípulos, se equivocaban por mucho. El Señor Jesús les enseñó que alguien puede ser uno de sus siervos escogidos y, no obstante, pasar por muchas ansiedades y soportar muchos dolores.

Es provechoso comprender esto con claridad. Es provechoso comprender que servir a Cristo nunca eximió a nadie de los males que la carne hereda, ni tampoco eximirá de ellos a nadie.

Si usted es creyente tiene que saber que mientras esté en el cuerpo tendrá su porción de enfermedades y dolores, de sufrimientos y lágrimas, de pérdidas y cruces, de muertes y pesares, de despedidas y separaciones y de disgustos y desencantos. Cristo nunca se comprometió a que usted llegue al cielo sin esto. Se encarga de que todo aquel que venga a él tendrá todas las cosas relacionadas con la vida y la santidad, pero nunca se responsabilizó de darle prosperidad, ni riqueza, ni buena salud ni de eximir a su familia de la muerte y la aflicción.

Tengo el privilegio de ser uno de los embajadores de Cristo. En su nombre puedo ofrecer vida eterna a cualquier hombre, mujer o

niño que esté dispuesto a aceptarla. En su nombre ofrezco perdón, paz, gracia y gloria a cualquier hijo o hija de Adán que lee estas líneas. Pero no me atrevería a ofrecer a nadie prosperidad en este mundo como parte del paquete del evangelio. No me atrevería a prometer mayores ingresos ni libertad del dolor. No me atrevería a ofrecerle al que toma su cruz y sigue a Cristo que, por seguirle, nunca tendrá que pasar por una tormenta.

Sé que a muchos no les gustan estas condiciones. Preferirían tener a Cristo y buena salud, a Cristo y mucho dinero, a Cristo y ningún fallecimiento en su familia, a Cristo y ningún problema agotador, a Cristo y una mañana perpetua sin nubarrones. Pero no les gusta tener a Cristo y la cruz, a Cristo y las tribulaciones, a Cristo y los conflictos, a Cristo y los vientos huracanados, a Cristo y las tempestades.

¿Es éste el pensamiento secreto de alguno que lee este escrito? Créame que si lo es, está muy equivocado. Preste atención y procuraré mostrarle que tiene mucho que aprender.

¿Cómo podríamos saber quiénes son verdaderos cristianos, si seguir a Cristo fuera no tener ningún problema? ¿Cómo discerniríamos entre el trigo y la cizaña, si no fuera por el discernimiento que dan las pruebas?

¿Cómo sabríamos si los hombres sirven a Cristo *por su bondad o por motivos egoístas*, si servirle diera automáticamente salud y riquezas? Los vientos del invierno nos muestran cuáles árboles son siempre verdes y cuáles no. Las tempestades de aflicciones y preocupaciones son provechosas de esa misma manera. Muestran al hombre cuya fe es real y a aquel que sólo es de nombre.

¿Cómo podría marchar adelante la gran obra de santificación, si el hombre no tuviera pruebas? Las penas son, a menudo, el único fuego que puede quemar la escoria que se aferra a nuestros corazones. Las pruebas son la herramienta podadora que el gran Agricultor emplea a fin de que seamos fértiles en buenas obras.

Los plantíos del campo del Señor, rara vez, maduran únicamente con sol; tienen que pasar por días de viento, lluvia y tormentas.

Si usted anhela servir a Cristo y ser salvo, le ruego que lo acepte en sus propios términos. Decídase a cargar su porción de cruces y aflicciones, y entonces, no lo tomarán de sorpresa. Por no comprender esto, muchos al parecer andan bien por un tiempo y luego se apartan disgustados y son echados fuera.

Si usted profesa ser hijo de Dios, deje que el Señor Jesús lo santifique a su manera. Quédese tranquilo sabiendo que él nunca comete errores. Tenga por seguro que él hace bien todas las cosas. Puede que los ventarrones bramen a su alrededor y las aguas parezcan anegarle. Pero no tema, él lo guiará a usted como lo hizo con su pueblo: "Los dirigió por camino derecho, para que viniesen a ciudad habitable" (Sal. 107:7).

II. El Señor Jesús es realmente un ser humano

Aprendamos, en segundo lugar, que el *Señor Jesús es real y verdaderamente un hombre, un ser humano.*

Esta breve anécdota contiene palabras que, como en muchos otros pasajes de este *Evangelio,* presentan esta verdad de una manera impresionante.

Nos dice que cuando el viento comenzaba a echar las olas en la barca, Jesús estaba en la popa "durmiendo sobre un cabezal". Estaba cansado, y cuando leemos el cuarto capítulo de *Marcos,* entendemos el porqué de su fatiga. ¡De seguro que si el sueño de un obrero es dulce, mucho más dulce debe haber sido el sueño de nuestro bendito Señor!

Fijemos en nuestra mente la gran verdad de que Jesucristo era realmente hombre. Era igual al Padre en todas las cosas y Dios eterno. Pero también era de carne y hueso, y fue hecho como nosotros en todas las cosas, con la excepción de que no pecó. Como nosotros, nació de mujer. Como nosotros, creció y aumentó

en estatura. Como nosotros, a menudo tenía hambre y sed, y se sentía débil y cansado. Como nosotros, comía y bebía, descansaba y dormía. Como nosotros, se ponía triste, lloraba y expresaba todos los demás sentimientos. Todo esto se antoja increíble, pero así es. ¡Aquel que hizo los cielos, andaba como un pobre y cansado ser humano! El que gobernaba sobre principados y potestades en lugares celestiales tomó sobre sí un cuerpo frágil como el nuestro. Aquel que podía haber morado eternamente en la gloria que compartía con el Padre, bajó a la tierra y vivió como hombre entre hombres pecadores. No hay duda de que este hecho en sí es un maravilloso milagro de condescendencia, gracia, compasión y amor.

Encuentro gran consuelo al pensar que Jesús es perfectamente humano tal como es perfectamente Dios. Aquel en quien las Escrituras me aconsejan confiar, no es simplemente un Sumo Sacerdote, sino un Sumo Sacerdote revestido de emociones. No sólo es un Salvador poderoso, también es un Salvador comprensivo. No sólo es el único Hijo de Dios, poderoso para salvar, sino el Hijo del hombre, capaz de sentir.

¿Quién no sabe que la comprensión es uno de los sentimientos más dulces para nosotros en este mundo pecaminoso? Encontrar a una persona que se identifica con nuestros problemas y nos

acompaña en nuestras ansiedades, alguien que puede llorar cuando lloramos y regocijarse cuando nos regocijamos es una de las experiencias más radiantes en nuestro tenebroso peregrinaje aquí en la tierra.

La comprensión es mejor que el dinero, pero mucho más escasa. Muchos pueden dar, pero no saben lo que es sentir. La comprensión tiene el gran poder de atraernos y abrir nuestros corazones. Un consejo frío, a menudo nos hace callar, amilanarnos y retraernos en los días de angustia. Pero una comprensión auténtica en un día así, apela a nuestros mejores sentimientos, si es que los tenemos, y nos influencian de una manera como ninguna otra cosa puede

hacerlo. Deme al amigo que, aunque pobre de oro y plata, siempre tiene un corazón comprensivo.

Nuestro Dios sabe muy bien todo esto. Conoce los secretos más íntimos del corazón del hombre. Él conoce las formas en que ese corazón se aborda con mayor facilidad y las emociones que conmueven ese corazón más fácilmente. Determinó sabiamente que el Salvador de los Evangelios sintiera emociones, al igual que poder. Nos ha dado a Aquel que, no sólo tiene una mano fuerte para arrancarnos como brasas del fuego, sino también un corazón comprensivo en el cual los trabajados y cargados pueden encontrar descanso.

Veo una enorme prueba de amor y sabiduría en la unión de las dos naturalezas en la persona de Cristo. Fue el amor maravilloso de nuestro Salvador lo que lo hizo condescender y pasar por la debilidad y la humillación por nuestro bien; por nosotros que somos tan rebeldes e inicuos. Fue su sabiduría maravillosa la que le hizo adaptarse para ser el mejor Amigo entre amigos. No sólo era capaz de salvar al hombre, sino que podía encontrarse con él en su propia condición. Preséntеme a alguien que pueda realizar todas las cosas necesarias para redimir mi alma. Jesús puede hacerlo porque es el Hijo eterno de Dios.

Quiero contar con alguien que pueda comprender mis debilidades y que trate con ternura a mi alma mientras estoy atado a un cuerpo de muerte. Jesús también puede hacer esto porque es el Hijo del hombre y fue de carne y hueso como nosotros. Si mi Salvador hubiera sido únicamente Dios, es posible que hubiera *confiado* en él, pero nunca me hubiera acercado a él sin temor. Si mi Salvador hubiera sido Hombre únicamente, lo hubiera *amado*, pero nunca hubiera estado seguro de que podía perdonar mis pecados. Pero, bendito sea Dios, mi Salvador es Dios, al igual que Hombre, y Hombre, al igual que Dios. Es Dios con poder para liberarme; también es Hombre y, por lo tanto, capaz de sentir

lo que yo siento. La omnipotencia y la comprensión más profunda se unen en una persona gloriosa: Jesucristo, mi Señor. Es indudable que el creyente en Cristo tiene una fuerte consolación. Puede confiar seguro y no tener miedo.

Si algún lector sabe lo que es ir al trono de gracia en busca de misericordia y perdón, nunca olvide que el Mediador por quien llega a Dios es el Hombre Cristo Jesús.

Los asuntos que conciernen a su alma están en las manos del Sumo Sacerdote quien puede conmoverse ante sus debilidades. Usted no tiene que tratar con un ser tan sublime y glorioso cuya naturaleza hace imposible que su mente lo pueda comprender. Tiene que vérsela con Jesús, quien tenía un cuerpo como el suyo, y fue un Hombre sobre la tierra como lo es usted. Él conoce muy bien el mundo en el que usted está luchando porque vivió en él durante treinta y tres años. Conoce muy bien la "contradicción de pecadores" que con tanta frecuencia lo desanima, él mismo tuvo que soportarlo (He. 12:3). Conoce bien los engaños y las artimañas de su enemigo espiritual, el diablo, porque luchó con él en el desierto. Es indudable que con semejante abogado usted puede armarse de valor.

Si sabe lo que es apelar al Señor Jesús para que le dé consuelo espiritual en las pruebas terrenales, recuerde bien los días cuando él estuvo en la carne, o sea, su naturaleza humana.

Usted está apelando al que conoce sus sentimientos por experiencia y ha bebido profundamente de la copa amarga, porque fue "varón de dolores, experimentado en quebranto" (Is. 53:3). Jesús conoce el corazón del hombre, sus dolores físicos y sus dificultades porque él mismo fue hombre de carne y hueso sobre la tierra. Se sentó cansado junto al pozo en Sicar. Lloró sobre el sepulcro de su amigo Lázaro en Betania. Sudó gotas de sangre en Getsemaní. Gimió de angustia en el Calvario.

Conoce la naturaleza humana

No desconoce nuestras emociones. Conoce por experiencia todo lo que se relaciona con la naturaleza humana, exceptuando solamente el pecado.

(a) ¿Es usted pobre y necesitado? Jesús también lo era. Las zorras tienen sus cuevas y las aves sus nidos, pero el Hijo del hombre no tuvo un lugar dónde reclinar su cabeza. Procedía de una ciudad despreciable. Los hombres decían: "¿De Nazaret puede salir algo de bueno?" (Jn. 1:46). Era visto como el hijo de un carpintero. Predicaba desde una barca prestada, hizo su entrada a Jerusalén montado en una asna prestada y fue sepultado en una tumba prestada.

(b) ¿Está usted solo en el mundo y es abandonado por aquellos que se supone debieran amarlo? A Jesús le pasaba lo mismo. "A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron" (Jn. 1:11). Vino con el fin de ser un Mesías para las ovejas perdidas de la casa de Israel, pero lo rechazaron. Los príncipes de este mundo no lo aceptaban. Los pocos que lo seguían eran publicanos y pescadores. Y aun estos últimos, lo abandonaron al final y fueron esparcidos cada uno a su propio lugar.

(c) ¿Es usted incomprendido, sus palabras son tergiversadas, lo calumnian y persiguen? A Jesús le pasaba lo mismo. Lo llamaron glotón y bebedor de vino, amigo de publicanos, samaritano, loco y hasta se atrevieron a llamarlo demonio. Lo calumniaban. Le hacían acusaciones falsas. Le dictaron una sentencia injusta y; aunque era inocente, fue condenado como malhechor y como tal murió en la cruz.

(d) ¿Lo tienta a usted Satanás y pone horribles sugerencias en su mente? Jesús fue tentado de la misma manera. Satanás lo incitó a que desconfiara de la providencia paternal de Dios. "Di que estas piedras se conviertan en pan". Le propuso que tentara a Dios

exponiéndose a un peligro innecesario. "Échate abajo" desde el pináculo del templo. Le sugirió que podía hacer suyos los reinos del mundo por el pequeño acto de someterse a él. "Todo esto te daré, si postrado me adorares" (Mt. 4:1-10).

(e) ¿Siente alguna vez gran agonía y algún conflicto en su mente? ¿Se siente en tinieblas como si Dios lo hubiera abandonado? Jesús se sintió de la misma manera. ¿Quién puede describir la medida real de sus sufrimientos mentales en Getsemaní? ¿Quién puede medir la profundidad del dolor de su alma cuando exclamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mt. 27:46)?

Es imposible concebir un Salvador más adecuado a las necesidades del corazón del hombre que nuestro Señor Jesucristo; adecuado, no sólo por su poder, sino también por su compasión; adecuado, no sólo por su divinidad, sino también por su humanidad. Esfuércese, le ruego que grabe bien en su mente que Cristo, el refugio de las almas, es Hombre y Dios. Hónrelo como Rey de reyes y Señor de señores; pero mientras lo hace, no olvide nunca que tuvo un cuerpo y fue un Hombre. Aférrese a esta verdad y nunca la suelte. El unitario descontento se equivoca por mucho cuando dice que Cristo era Hombre únicamente y no Dios.

Pero no permita que ese error le haga olvidar que mientras Cristo era plenamente Dios, era también completamente Hombre.

No haga caso al argumento infundado del católico romano que afirma que la virgen María y los santos son más comprensivos que Cristo. Contéstele que ese argumento surge de ignorar las Escrituras y la verdadera naturaleza de Cristo. Contéstele que no ha aprendido lo suficiente de Cristo como para considerarlo más que un Juez austero y un Ser al cual temer. Contéstele que los cuatro *Evangelios* le han enseñado a considerarlo como el Amigo más cariñoso y comprensivo, al igual que el Salvador más poderoso y fuerte. Contéstele que usted no quiere ningún consuelo de los

santos ni de los ángeles, ni de la virgen María ni de Gabriel, porque usted puede reposar su alma cansada en el ***Hombre Cristo Jesús***.

III. Aun el cristiano auténtico puede mostrar mucha debilidad

Aprendamos, en tercer lugar, que *aun el cristiano auténtico puede mostrar mucha debilidad*.

Aquí se consigna una prueba impresionante de esto en la conducta de sus discípulos que despertaron a Jesús, *apurados*. Le dijeron, llenos de temor y ansiedad: "¡Señor, sálvanos, que perecemos!".

Hubo *impaciencia*. Podían haber esperado hasta que su Señor considerara oportuno responder. Hubo *incredulidad*. Hablaron como si dudaran de que su Señor se interesara o le importara su seguridad y bienestar. "¿No tienes cuidado que perecemos?" (Mr. 4:38).

¡Pobres hombres sin fe! ¿Qué motivo tenían para temer? Habían visto prueba tras prueba que todo andaría bien mientras el Esposo estuviera con ellos. Habían sido testigos de numerosos ejemplos de su amor y bondad hacia ellos, tantos como para convencerse de que él nunca dejaría que les aconteciera algo realmente malo. Pero lo olvidaron todo ante un peligro inminente.

El sentido de una desgracia inmediata, a menudo, causa que el hombre pierda la memoria. Muchas veces, el temor le impide al hombre razonar basándose en experiencias del pasado. Oyeron el viento. Vieron las olas. Sintieron el agua fría que los golpeaba. Se imaginaban que estaban muy cerca de la muerte. No aguantaban más el suspenso. "¿No tienes cuidado", dijeron ellos, "que perecemos?".

Pero, en definitiva, comprendamos que ésta no es más que una escena de lo que pasa constantemente entre creyentes de todas las épocas. Sospecho que hay demasiados discípulos este mismo día, que actúan igual que los que estamos describiendo.

Muchos de los hijos de Dios se las arreglan muy bien mientras no tienen problemas. Siguen a Cristo bastante bien mientras brilla el sol. Creen estar confiando plenamente en Cristo. Se engañan pensando que han echado sobre él todas sus cargas. Tienen la reputación de ser muy buenos cristianos.

Pero de pronto, les sobreviene una prueba inesperada. Pierden sus bienes. Les diagnostican una enfermedad. La muerte hace su entrada en su hogar. Surgen tribulaciones o persecuciones debido a la Palabra. Y ahora, ¿dónde está su fe?

¿Dónde está la confianza segura que creían tener? ¿Dónde está su paz, su esperanza y su resignación? Ay, las buscan y no las encuentran. Ay, son pesados en balanza y son hallados faltos (Dn. 5:27). El temor, la duda, la desesperación y la ansiedad irrumpen sobre ellos como un diluvio y no saben qué hacer. Sé que ésta es una descripción triste. Apelo a la conciencia de todo cristiano verdadero para que me diga si lo que digo no es correcto y la verdad.

La verdad lisa y llana es que no existe la perfección literal y absoluta entre los cristianos verdaderos mientras están en el cuerpo. El mejor y más brillante de los santos de Dios no es más que un *pobre ser confundido*. Por más convertido, renovado y santificado que sea, sigue sujeto a debilidades y enfermedades.

No existe ni un justo sobre la tierra que haga siempre lo bueno y que no peque. Si ofendemos en una sola cosa, ofendemos en todo. Alguien puede tener una fe auténticamente salvadora, sin embargo, no siempre tenerla a la mano, lista para ser usada (Ec. 7:20; Stg. 3:2).

Abraham fue el padre de los fieles. Por fe, dejó su tierra y su parentela, y salió obedeciendo el mandato de Dios a una tierra que nunca había visto. Por fe se contentó con vivir en la tierra como un extranjero, creyendo que Dios se la daría como herencia. Y aun así, éste fue el Abraham, quien dominado por la incredulidad, hizo pasar a su esposa como su hermana, por temor a un hombre. Aquí

hubo gran flaqueza. No obstante, han existido pocos santos más grandes que Abraham.

David era un hombre conforme al corazón de Dios; siendo sólo un muchacho tuvo fe para salir y enfrentar al gigante Goliat. Declaró públicamente su creencia de que el Señor, habiéndolo librado de las garras del león y del oso, lo libraría también de este filisteo. Tuvo fe para creer la promesa de Dios de que un día sería rey de Israel, aunque tenía pocos seguidores y a pesar de que Saúl lo persiguió como a una codorniz en las montañas y, a menudo, parecía haber sólo un paso entre él y la muerte. Y aun así, a pesar de haber sido librado, este mismo David en cierta ocasión, fue dominado por el temor y la incredulidad al punto de decir: "Al fin seré muerto algún día por la mano de Saúl" (1 S. 27:1). Se olvidó de las muchas y maravillosas veces cuando la mano de Dios lo había liberado. Pensó en el peligro que corría en ese momento y se refugió entre los filisteos impíos. Aquí demostró gran debilidad. No obstante, han existido pocos creyentes más fuertes que David.

Sé que sería fácil comentar: "Todo esto es muy cierto, pero no justifica el temor de los discípulos. Contaban con la presencia física de Jesús. ¡Cómo podían tener miedo! ¡Yo nunca hubiera sido tan cobarde y escéptico como lo fueron ellos!".

Le digo que el que piensa esto, conoce muy poco su propio corazón. Le digo que nadie conoce la longitud y amplitud de sus propias debilidades si no ha sido tentado. Nadie puede saber cuánta debilidad afloraría en su ser si se encontrara en circunstancias que la provocaran.

¿Piensa alguno de mis lectores que cree en Cristo? ¿Siente usted tanto amor y confianza en él que no puede pensar en la posibilidad de ser sacudido por algo que le pudiera suceder? Qué bueno. Me alegra saberlo. Pero, ¿ha sido probada esa fe?
¿Ha sido puesta a prueba esa confianza? Si no, tenga cuidado de no apurarse en juzgar a estos discípulos. No sea soberbio, en cambio

tenga temor. No piense que porque su corazón está contento ahora, esto durará para siempre. No diga, porque sus sentimientos son cálidos y fervientes hoy: "Mañana será como hoy y mucho más abundante". No diga que porque su corazón está seguro en este momento teniendo un sentido sólido de la misericordia de Cristo: "Mientras tenga vida, no me olvidaré de él". Oh, procure aplacar un poco esta estimación halagadora de sí mismo. Usted no se conoce del todo. Hay más cosas en su hombre interior de las que tiene conciencia en este momento. El Señor puede actuar como lo hizo con Ezequías para mostrarle lo que hay en su corazón (2 Cr. 32:31). Bienaventurado el que se reviste "de humildad". "Bienaventurado el hombre que siempre teme a Dios". "Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga" (1 P. 5:5; Pr. 28:14; 1 Co. 10:12).

¿Por qué recalco esto? ¿Quiero ofrecer disculpas por las corrupciones de los cristianos profesantes y excusar sus pecados? ¡Ni lo mande Dios! ¿Quiero rebajar la norma de la santificación y tolerar al soldado haragán e indolente de Cristo?
¡Dios no lo quiera! ¿Quiero borrar la línea que marca la diferencia entre el convertido y el inconverso, y disimular sus contradicciones? Una vez más exclamo:

¡Dios no lo quiera! Creo firmemente que existe una diferencia enorme entre el cristiano verdadero y el falso, entre los hijos de Dios y los hijos del mundo. Creo firmemente que esta diferencia no es sólo de fe, sino también de estilo de vida, no sólo de labios para fuera, sino también de práctica cotidiana. Creo firmemente que el comportamiento del creyente debe ser tan diferente al del inconverso como lo es lo amargo de lo dulce, la luz de la oscuridad y el calor del frío.

Pero sí quiero que los *nuevos cristianos* comprendan lo que deben esperar encontrar en sí mismos. Quiero prevenirles para que no tropiecen ni se confundan cuando descubran sus propias debilidades. Quiero que comprendan que pueden tener auténtica fe

y gracia, a pesar de que el diablo les susurre lo contrario y aunque sientan dudas y temores. Quiero que noten que Pedro, Santiago, Juan y sus hermanos eran verdaderos discípulos y, no obstante, aunque eran muy espirituales, también se atemorizaban. No les digo que usen la falta de fe de los discípulos para justificarse ni excusarse ellos mismos. Pero sí les digo que esa falta de fe de los discípulos muestra claramente, que mientras están en el cuerpo, no deben esperar que su fe esté por encima del temor.

Sobre todo, quiero que todos los cristianos comprendan lo que pueden *esperar de otros cristianos*. No debemos apresurarnos a concluir que alguien no tiene la gracia, sólo porque le vemos algún signo de corrupción. El sol tiene manchas y no obstante brilla en todo su esplendor y alumbra a todo el mundo. El oro de Australia viene mezclado con cuarzo y escoria y, aun así, ¿quién piensa que por eso el oro no vale nada? Algunos de los diamantes más valiosos del mundo tienen sus defectos, pero no por eso dejan de tener un gran valor. ¡Fuera con estos reparos mórbidos por los que muchos excomulgarían a alguien por el hecho de tener faltas! ¡Seamos más diligentes para ver la gracia y más lentos para ver las imperfecciones! Comprendamos que si no admitimos que hay gracia donde hay corrupción, no encontraremos gracia en el mundo.

Todavía estamos en el cuerpo. El diablo no ha muerto. Aún no somos como ángeles. Aún no ha comenzado el cielo. Las paredes del leprosorio no se verán libres de la lepra por más que las limpiemos y raspemos. Nunca se quitarán los residuos de la lepra hasta que se tire abajo el edificio.

Ciertamente nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, pero no es un templo perfecto hasta que hayamos resucitado o cambiado. La gracia es, por cierto, un tesoro, pero un tesoro en vasija de barro. Es posible que el hombre renuncie a todo por el nombre de Cristo y, sin embargo, ser asaltado, a veces, por dudas y temores.

Ruego a cada lector que recuerde esto. Es una lección que merece su atención. Los apóstoles creían en Cristo, amaban a Cristo y renunciaron a todo para seguir a Cristo. Y sin embargo, vemos que en esta tormenta, los apóstoles tenían miedo. Aprendamos a ser comprensivos cuando juzgamos a otros. Aprendamos a ser moderados en las expectaciones de nuestro propio corazón. Contendamos defendiendo hasta la muerte, la verdad de que nadie es un cristiano verdadero si no se ha convertido y es un hombre santo. Pero reconozcamos que el hombre puede ser convertido, tener un nuevo corazón, ser un hombre santo y, aun así, ser débil, tener dudas y temores.

IV. El poder del Señor Jesucristo

Aprendamos, en cuarto lugar, acerca *del poder del Señor Jesucristo*.

Tenemos un ejemplo impresionante de su poder en la historia que estamos enfocando. Las olas azotaban la barca en la que estaba Jesús. Los aterrados discípulos lo despertaron y clamaron a él. "Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza". Éste fue un milagro maravilloso. Nadie que no fuera todopoderoso hubiera podido hacerlo.

¡Hacer cesar el viento con sólo dos palabras! Hay un dicho común que describe algo que es imposible: "¡Es como hablarle al viento!". Pero Jesús reprende al viento y se calma al instante. Esto es poder.

¡Calmar las olas con su voz! ¿Qué estudiante de la historia no sabe de aquel poderoso rey de Inglaterra que trató, en vano, de detener una creciente ola que subía del mar? Pero aquí tenemos al que le dice a las olas embravecidas en una tempestad: "Calla, enmudece" y se hizo la calma. Eso es poder.

Es bueno que todos los hombres tengan una visión clara del poder del Señor Jesucristo. Sepa el pecador que el Salvador misericordioso al cual es invitado a acudir y confiar en él, es nada

menos que el Todopoderoso que tiene potestad sobre toda carne para dar vida eterna a todos los que en él creen (Ap. 1:8; Jn. 17:2). Comprenda el simpatizante ansioso, que si confía en Jesús y toma su cruz, está confiando en Aquel que tiene todo poder en el cielo y en la tierra (Mt. 28:18). Recuerde el creyente en su peregrinaje por el desierto que, a través de su Mediador, Abogado, Médico, Pastor y Redentor, el Señor de señores y Rey de reyes, todas las cosas son posibles (Ap. 17:14; Fil. 4:13). Estudiemos el tema, porque merece ser estudiado.

(a) Estudiémoslo en sus obras de *creación*. "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Jn. 1:3). Los cielos y todas las gloriosas huestes de habitantes, la tierra y todo lo que contiene, el mar y todo lo que en él hay, sí, toda la creación, desde el sol en las alturas hasta el gusano más pequeño debajo de la tierra, fueron obras de Cristo. Él habló y fueron creados. Lo ordenó y comenzaron a existir. Ese mismo Jesús, quien nació de una pobre mujer en Belén y vivió en la casa de un carpintero en Nazaret, fue el que formó todas las cosas. ¿No fue esto poder?

(b) Estudiémoslo en las obras de su *providencia* y la continuación ordenada de todas las cosas en el mundo. "Todas las cosas en él subsisten" (Col. 1:17).

El sol, la luna y las estrellas giran dentro de un sistema perfecto. Primavera, verano, otoño e invierno ocurren en un orden sucesivo perfecto. Ese orden sigue hasta este día y no falla, por orden de Aquel que murió en el Calvario (Sal. 119:91). Los reinos de este mundo se levantan, llegan a su apogeo, declinan y desaparecen. Los gobernantes de este mundo trazan planes, confabulan, dictan y cambian leyes, guerrean, vencen a unos y levantan a otros. Pero no tienen en cuenta que gobiernan únicamente por la voluntad de Jesús y que nada sucede sin el permiso del Cordero de Dios. ¿No saben que ellos y sus súbditos son como una gota de agua en la mano del Crucificado y que es él quien prospera a las

naciones y las reduce a la nada según su beneplácito?

(c) Estudiemos el tema enfocando *los milagros* realizados por nuestro Señor Jesucristo durante sus tres años de ministerio aquí en la tierra. Conozcamos por las obras portentosas que realizó, que las cosas imposibles para el hombre son posibles para Cristo. Consideremos cada uno de sus milagros como un emblema y representación de cosas espirituales. Vemos en ellos una representación hermosa de lo que puede hacer por nuestras almas. Aquel que pudo levantar a los muertos con una palabra de su boca puede con la misma facilidad levantar al hombre muerto en pecado. Aquel que pudo dar vista al ciego, abrir los oídos del sordo y darle voz al mudo, puede hacer que el pecador vea el reino de Dios, oiga el sonido gozoso del evangelio y proclame alabanzas por el amor redentor. Aquel que pudo sanar al leproso con un toque de su mano, puede curar cualquier enfermedad del corazón. El que puede echar fuera demonios puede ordenar a cada pecado arraigado que ceda a su gracia. ¡Oh, comencemos a leer los milagros de Cristo viéndolos desde esta perspectiva! Por más inicuos, malos y corruptos que nos sintamos, animémonos sabiendo que sanar está dentro del poder de Cristo. Recordemos que en Cristo no sólo hay plenitud de misericordia, sino también plenitud de poder.

(d) Estudiemos el tema en particular *tal como se aplica a nosotros este día*. Me atrevo a asegurar que, a veces, su corazón ha sido zarandeado de acá para allá como las olas en una tempestad. Se ha sentido usted agitado como las aguas en un mar embravecido cuando no se puede calmar. Venga y preste atención este día a Aquel que le puede dar descanso. Sea lo que sea que lo altera, Jesús le puede decir a su corazón: “¡Calla, enmudece!”.

¿Qué, si su conciencia está abrumada por el recuerdo de incontables transgresiones y despedazada por cada ráfaga de tentación? ¿Qué, si la carga del recuerdo de algún aberrante

libertinaje le parece grave y es intolerable? ¿Qué, si su corazón parece estar lleno de perversidad y el pecado parece arrastrarlo por donde quiere como si fuera su esclavo? ¿Qué, si la maldad se pasea por su alma como un conquistador diciéndole que es inútil resistirla, que no hay esperanza para usted? Le aseguro que está Aquel que le puede dar perdón y paz. Mi Señor y Maestro Jesucristo puede reprender los ataques del diablo, calmar los sufrimientos de su alma y decirle: "¡Calla, enmudece!". Él puede hacer desvanecer esa nube de culpa que ahora lo agobia. Puede ordenar a la desesperación que se retire. Puede espantar al temor. Puede quitar el espíritu de esclavitud y llenarlo con el espíritu de adopción. Satanás puede tener presa a su alma como si fuera un hombre fuertemente armado, pero Jesús es más fuerte que él y cuando él ordena, los prisioneros tienen que recobrar su libertad. ¡Oh, si algún lector atribulado quiere calma interior, acuda hoy mismo a Jesucristo y todo comenzará a ir bien!

Pero ¿qué, si su corazón está bien con Dios, pero aun así está presionado con la carga de aflicciones terrenales? ¿Qué, si el temor a la pobreza lo está zarandeando de un lado a otro y parece que lo va a vencer? ¿Qué, si día tras día lo abruma algún dolor físico? ¿Qué, si súbitamente se ve obligado a dejar de trabajar y debido a alguna enfermedad tiene que estar inactivo y no hacer nada?

¿Qué, si la muerte ha visitado su hogar y se ha llevado a su Raquel, su José o Benjamín y se ha quedado solo, agobiado por el dolor? ¿Qué, si le ha sucedido algo de esto? En Cristo sigue habiendo consolación. Él puede dar paz a los corazones lastimados con la misma facilidad con que calmó al mar embravecido. Puede reprender a las voluntades rebeldes con el mismo poder con que reprendió al viento huracanado. Puede calmar las tempestades de la aflicción y silenciar las pasiones tumultuosas, igual como lo hizo con la tormenta galilea. Puede decirle a la peor ansiedad: "¡Calla, enmudece!". La avalancha de preocupaciones y tribulaciones puede

ser arrasadora, pero Jesús se posa victorioso sobre las aguas y es más poderoso que las olas del mar (Sal. 93:4). Los vientos de los problemas pueden rugir a su alrededor, pero Jesús los tiene en sus manos y los puede acallar cuando él quiera. Oh, si algún lector de este escrito tiene el corazón destrozado, está agobiado por los problemas o triste, acuda a Jesucristo, clame a él y se calmará. "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mt. 11:28).

Invito a todos los que profesan ser cristianos que reflexionen seriamente en el poder de Cristo. Dude de lo que quiera, pero no dude del poder de Cristo. Aunque no ame usted secretamente al pecado, quizá tenga sus dudas. Aunque no se esté aferrando en la intimidad al mundo, quizá tenga sus dudas. Aunque el orgullo de su naturaleza no se esté rebelando a la idea de ser salvo por gracia como un pobre pecador, quizá tenga sus dudas. Pero no dude de una certidumbre y esa es que Cristo "puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios" y le salvará si acude a él (He. 7:25).

V. El Señor Jesús trata tiernamente al creyente débil

Aprendamos, en último lugar, *con cuánta ternura y paciencia trata el Señor Jesús al creyente débil*.

Vemos esta verdad en las palabras que dirigió a sus discípulos cuando el viento se había calmado y todo estaba tranquilo.

Podía haberlos reprendido con fuerza. Podía haberles recordado todas las maravillas que había realizado para ellos, y reconvenirles por su cobardía y desconfianza. En cambio, no hay enojo en las palabras del Señor. Sencillamente les pregunta: "¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?" (Mr. 4:40).

Todo el comportamiento de nuestro Señor para con sus discípulos en la tierra, merece mucha atención. Arroja una esplendorosa luz sobre su compasión y paciencia. Nunca hubo un maestro con alumnos tan lentos como los apóstoles para aprender sus lecciones.

Tampoco hubo alumnos con un maestro tan paciente y compasivo como Cristo. Reúna todas las evidencias que hay acerca de esto a través de los *Evangelios* y verá que tengo razón. Durante el ministerio de nuestro Señor, en ningún momento, los discípulos evidencian haber comprendido plenamente la razón de su venida al mundo. La humillación, la expiación y la crucifixión eran cosas desconocidas para ellos. No habían captado las palabras tan sencillas y las advertencias tan claras de su Maestro acerca de lo que le iba a suceder. No entendieron. No percibieron. Sus ojos no lo captaron. En cierta ocasión, Pedro hasta trató de disuadir a nuestro Señor de pasar por el sufrimiento. "Señor, ten compasión de ti", le dijo, "en ninguna manera esto te acontezca" (Mt. 16:22; Lc. 9:45). A menudo observamos cosas en el espíritu y la actitud de ellos que no son dignas de emular. Nos dice la Palabra que un día discutían entre ellos quién sería el mayor (Mr. 9:34). Otro día ni tuvieron en cuenta sus milagros y sus corazones se endurecieron (Mr. 6:52). En un ocasión dos de ellos desearon que cayera fuego del cielo sobre una aldea porque no los habían recibido (Lc. 9:54). En el Getsemaní los tres discípulos más destacados se durmieron cuando el Señor les había pedido que velaran y oraran. Cuando Judas lo entregó, los demás lo abandonaron y huyeron. Y lo peor de todo fue que Pedro, el más decidido de los doce, negó bajo juramento tres veces a su Maestro.

Incluso, aun después de su resurrección, vemos en ellos la misma incredulidad y dureza de corazón. Aunque vieron a su Señor con sus propios ojos y lo tocaron con sus manos, aun así, algunos dudaban. ¡Así de débil era su fe! Por eso el Señor mismo les reprendió diciendo: "¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!" (Lc. 24:25). Así de tardos eran para entender el significado de las palabras, las acciones, la vida y la muerte de nuestro Señor.

En cambio, ¿qué vemos en el comportamiento de nuestro Señor

hacia estos discípulos a lo largo de su ministerio? No vemos más que compasión, bondad, ternura, paciencia, resignación y amor. No los echa fuera por su estupidez. No los rechaza por su incredulidad. No los impugna para siempre por cobardes. Les enseña todo lo que tienen la capacidad de entender. Los conduce paso a paso, como una niñera lo hace con el infante que recién empieza a caminar. En cuanto resucitó de los muertos, les envió mensajes amables. "Id", le dijo a las mujeres, "dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán" (Mt. 28:10). Los reúne alrededor de él una vez más. Restaura a Pedro a su posición anterior y le pide: "Apacienta mis ovejas" (Jn. 21:17). Condesciende a acompañarlos durante cuarenta días antes de ascender finalmente al cielo. Los comisiona para que vayan como sus mensajeros y para que prediquen el evangelio a los gentiles. Los bendice al partir y los alienta con esta promesa llena de su gracia: "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mt. 28:20). Ciertamente, éste es un amor que sobrepasa todo entendimiento. Esto no es cosa de humanos.

Sepa todo el mundo que el Señor Jesús es muy compasivo y tiernamente misericordioso. No quebrará la caña cascada ni apagará el pábilo que humea. Como un padre se compadece de sus hijos, se compadece él de los que le temen. Como consuela una madre a sus hijos, consuela él a su pueblo (Stg. 5:11; Mt. 12:20; Sal.

103:13; Is. 66:13). Él cuida a los corderitos de su manada, al igual que a sus ovejas mayores. Cuida a los enfermos y débiles de su rebaño, al igual que a los fuertes. Está escrito que los llevará en su seno y que no perderá a ninguno de ellos (Is. 40:11). Cuida a los miembros más insignificantes de su cuerpo, al igual que a los más importantes. Ama a los infantes de su familia, al igual que a los adultos. Cuida las plantitas más tiernas en su jardín, al igual que al cedro del Líbano. Todos están en su libro de la vida y todos están bajo su cuidado. Todos le fueron dados a él en un pacto perpetuo y se ha

hecho cargo, a pesar de todas las debilidades, de llevar a cada uno seguro a su patria celestial. Aprópiese el pecador de Cristo por fe y, entonces, por débil que sea, Cristo le promete: "No te desampararé, ni te dejaré" (He. 13:5). Es posible que, por amor, algunas veces lo corrija con gentileza; pero nunca, nunca, lo abandonará. El diablo nunca lo arrancará de las manos de Cristo.

Sepa el mundo que el Señor Jesús nunca echará fuera a su pueblo creyente por sus faltas y debilidades. El marido no echa fuera a su esposa porque encuentra defectos en ella. La madre no abandona a su infante porque sea débil, flojo e ignorante. Y el Señor Cristo no echa fuera a los pobres pecadores que han puesto su alma en sus manos por ver en ellos manchas e imperfecciones. ¡Oh, no! Es su gloria pasar por alto las faltas de su pueblo y sanar sus caídas, complacerse en sus débiles gracias y perdonar sus muchas faltas. El capítulo once de *Hebreos* es maravilloso. Es sobrecogedor observar cómo el Espíritu Santo habla de los dignos, cuyos nombres están escritos en ese capítulo. En este caso, destaca la fe del pueblo de Dios para que la recordemos. Pero las faltas de muchos de estos, a las que podía haber hecho alusión y haber recordado, quedan fuera y ni siquiera se mencionan.

¿Quién de entre los lectores de este escrito anhela ser salvo, pero teme decidirse por temor de apartarse del camino tarde o temprano? Considere, le ruego, la ternura y paciencia del Señor Jesús y no vuelva a temer.

Ese mismo Señor y Salvador que fue paciente con los discípulos está pronto y dispuesto a ser paciente con usted. Si tropieza, él lo levantará. Si se desvía, él lo traerá de vuelta con gentileza. Si desmaya, él lo reavivará. No lo ha sacado de Egipto para dejarlo morir en el desierto. Lo guiará seguro a la tierra prometida. Usted sólo entréguese a él y siga su camino y él lo llevará seguro a su patria celestial. Sólo escuche su voz y sígale; y nunca perecerá.

¿Quién entre los que leen este escrito se ha convertido y anhela

hacer la voluntad de su Señor? Siga hoy el ejemplo de ternura y paciencia de su Maestro y aprenda a ser tierno y gentil con los demás. Trate con gentileza a los *jóvenes que están dando sus primeros pasos*. No espere que sepan todo y comprendan todo lo relativo a la salvación de una sola vez. Tómelos de la mano. Guíelos y aliéntelos. Crea todas las cosas y espere todas las cosas, en lugar de entristecer el corazón que el Señor no quiere entristecer.

Trate con gentileza a los *caídos*. No les dé la espalda como si fueran casos perdidos. Use todos los medios lícitos, para restaurarlos. Piense en usted mismo y en sus frecuentes debilidades, y haga con las fallas de los demás lo que le gustaría que hicieran ellos con las suyas. Lamentablemente, hay una ausencia dolorosa de la mente del Maestro entre muchos de sus discípulos. Me temo que en la actualidad, pocas iglesias estarían dispuestas a restaurar a Pedro en su comunión. Tendrían que pasar muchos años después de que negó a su Señor para recibirlo de nuevo en su seno. Son pocos los creyentes prestos a hacer la obra de Bernabé, de tomar al recién convertido de la mano y animarle en sus primeros pasos. Queremos un derramamiento del Espíritu sobre los creyentes, casi tanto como lo deseamos sobre el mundo.

Aplicaciones prácticas

Ahora, sólo me falta pedirles a mis lectores que lleven a la práctica las lecciones que les he presentado.

Recién han leído cinco cosas…

Primero, que servir a Cristo no es garantía de que no tendrán problemas. Los santos más ilustres los tienen.

Segundo, que Cristo es tanto Hombre como Dios.

Tercero, que los creyentes pueden tener muchas debilidades y trastornos y, aun así, ser creyentes auténticos.

Cuarto, que Cristo tiene todo poder y

Quinto, que Cristo es sumamente paciente y bondadoso para con su pueblo. Recuerde estas cinco lecciones y andará bien.

Présteme atención un ratito más, mientras digo unas pocas palabras para grabar más profundamente en su corazón las verdades que ha estado leyendo.

(a) Es muy probable que este escrito lo estén leyendo *algunos que no saben nada de Cristo mismo o que no conocen su obra por experiencia*.

Son demasiados los que no tienen interés alguno en los temas de los cuales he estado escribiendo. Su tesoro está aquí en la tierra. Todo su interés está en las cosas del mundo. No les importa en absoluto los conflictos, luchas, problemas, dudas y temores del creyente.

Les importa poco si Cristo hizo milagros o no. Para ellos, todo esto es cuestión de palabras, nombres y procedimientos que no les conciernen. Están sin Dios en este mundo.

Si acaso es usted uno de estos, sólo puedo advertirle seriamente que su trayectoria actual no puede durar. No vivirá para siempre. Habrá un final. Las canas, la vejez, les enfermedades, la declinación y la muerte son partes de la vida que un día todos tendremos que enfrentar. ¿Qué hará usted cuando le llegue ese día?

Recuerde mis palabras hoy. No tendrá consolación cuando enfrente la enfermedad y la muerte, a menos que Jesucristo sea su amigo.

Descubrirá, para su tristeza y confusión, que no importa cuánto digan y se enaltezcan los hombres, no pueden arreglárselas sin Cristo cuando están en su lecho de muerte. Pueden mandar a buscar al ministro de Dios y pedirle que les lea oraciones y les den la eucaristía, o buscar al sacerdote para que les lean oraciones y les den la extrema unción. Puede usted participar de cada rito y ceremonia religiosa. Pero si insiste en seguir viviendo una vida mundana y despreocupada, despreciando a Cristo en la mañana de

su vida, no se sorprenda si Cristo no está con usted en sus últimos momentos. ¡Ay! Éstas son palabras solemnes y, con frecuencia, tristemente ciertas: "También yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis" (Pr. 1:26).

Venga pues hoy y reciba el consejo de alguien que ama su alma. Deje de hacer el mal. Aprenda a hacer lo bueno. Apártese de las cosas intrascendentes y tome el sendero del entendimiento. Eche fuera ese orgullo en su corazón y busque al Señor Jesús mientras puede ser hallado. Eche fuera la indolencia que ha paralizado su alma y decídase a tomar en serio su Biblia, sus oraciones y sus domingos. Apártese de un mundo que nunca lo satisfará y busque ese tesoro único que es verdaderamente incorruptible. ¡Oh, quiera el Señor que sus palabras conmuevan su corazón! "¿Hasta cuándo, oh simples, amaréis la simpleza, y los burladores desearán el burlar, y los insensatos aborrecerán la ciencia? Volveos a mi reprensión; he aquí yo derramaré mi espíritu sobre vosotros" (Pr. 1:22, 23). Creo que el peor pecado de Judas Iscariote fue que no buscó perdón y no se volvió a su Señor. Tenga cuidado de no cometer el mismo error.

(b) Este escrito quizá caiga en las manos de *algunos que aman al Señor Jesús y creen en él*, pero quieren amarlo más. Si usted es uno de ellos, acepte esta exhortación y aplíquela a su corazón.

Para empezar, tenga siempre presente como verdad sempiterna que *el Señor Jesús es realmente una Persona viva* y trátelo como tal.

Es lamentable ver que, en la actualidad, muchos que profesan ser creyentes no tienen una idea cabal de la personalidad de nuestro Señor. Hablan más de salvación que del Salvador, de redención más que del Redentor y más de la obra de Cristo que de la persona de Cristo. Esto es un gran error y eso explica el carácter desabrido y trivial de muchos que profesan el cristianismo.

Si anhela crecer en la gracia y tener gozo y paz en sus creencias, tenga cuidado de no caer en este error. Deje de considerar al

evangelio sólo como una colección de doctrinas prohibicionistas. En cambio, considérelo como la revelación de un *ser* poderoso y viviente bajo cuya mirada amorosa usted vive todos los días. Deje de considerarlo sólo como una serie de proposiciones abstractas y reglas y principios obtusos. En cambio, haga de cuenta que le presentaron a Jesús como un *Amigo* glorioso y personal. Ésta es la clase de evangelio que predicaban los apóstoles. No iban por el mundo de aquí para allá hablando a la gente abstractamente del amor, la misericordia y el perdón. El tema principal de todos sus mensajes era el amor de *un Cristo real y vivo*. Ésta es la clase de evangelio que promueve la santificación y la idoneidad para la gloria. No hay nada que nos prepare mejor para ese cielo que gozar de comunión con Cristo como una Persona real y viviente aquí en la tierra. Si gozamos de esa comunión desde ahora, estaremos preparados para estar donde la presencia personal de Cristo lo será todo y en esa gloria donde veremos a Cristo cara a cara. Hay una diferencia fundamental entre una *idea* y una *persona*.

Además, procure recordar siempre como una verdad permanente que el Señor Jesús *no cambia*.

El Salvador en quien usted confía es el mismo ayer, hoy y por los siglos. En él "no hay mudanza, ni sombra de variación" (Stg. 1:17). Aunque está sentado a la diestra de Dios en las alturas, tiene el mismo corazón que tenía hace casi 2000 años aquí en la tierra. Recuerde esto y andará bien.

Trace todos los viajes de Jesús por Palestina. Tome nota de cómo recibía a todos y no rechazaba a nadie. Subraye cómo él prestaba oído a todas las historias de dolor, extendía una mano para ayudar a todos los angustiados y cómo su corazón se conmovía ante todo el que necesitaba compasión. Dibuje un cuadro de este Jesús en su mente y dígase: "Este mismo Jesús es mi Señor y Salvador. El lugar y el tiempo no lo han cambiado en absolutamente nada. Lo que era, hoy es, y lo será siempre".

Quiera Dios que este pensamiento dé vida y realidad a la práctica cotidiana de su fe. Quiera Dios que este pensamiento dé sustancia y forma a su expectativa de lo bueno por venir. Quiera el Señor que el hecho de haber leído acerca de Aquel que anduvo treinta y tres años sobre la tierra y cuya vida es relatada en los *Evangelios*, provoque en usted una gozosa reflexión. Él es el mismo Salvador en cuya presencia pasaremos la eternidad.

Las últimas palabras de este capítulo serán igual que las primeras. Quiero que las personas lean los *Evangelios* más de lo que lo hacen. Quiero que sepan más de Cristo. Quiero que el inconverso conozca a Jesús para que, por él, tenga vida eterna. Quiero que los creyentes conozcan mejor a Jesús para que sean más felices, más santos y más dignos de recibir la herencia de los santos. El más santo de los hombres es el que puede decir con Pablo: "Para mí el vivir es Cristo" (Fil. 1:21).

[Este capítulo está a su disposición de Chapel Library en forma de folleto.]

13. La Iglesia que Cristo edifica

> *"Sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella"*. Mateo 16:18

¿Pertenecemos a la Iglesia edificada sobre una roca? ¿Somos miembros de la única Iglesia verdadera en la cual nuestras almas

pueden ser salvas? Éstas son preguntas serias. Merecen una reflexiva consideración. Pido la atención de todos los que leen este escrito mientras procuro mostrar a la única Iglesia[1] auténtica, santa y católica [universal] y guiar a todos al único redil seguro. "¿Qué es esta
Iglesia? ¿Cómo es? ¿Cuáles son sus características? ¿A dónde podemos
encontrarla?". Tengo respuestas para estas preguntas. Analizaré las palabras de nuestro Señor Jesucristo que encabezan este capítulo. El mismo Jesús declara: "Sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella".

Hay cinco factores en este pasaje que demandan nuestra atención:

I. *Un edificio*: "Mi Iglesia".

II. *Un Arquitecto.* Cristo dice: "Edificaré mí Iglesia".

III. *Un fundamento*: "Sobre esta roca edificaré mi Iglesia".

IV. *Peligro implícito*: "Las puertas del Hades".

V. *Seguridad confirmada*: "Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella".

---

[1] [Nota del editor: "Iglesia" va en mayúscula cuando se refiere a la verdadera Iglesia de Dios universal, la Iglesia universal compuesta de todos los creyentes auténticos de Jesucristo. Se distingue de la iglesia visible compuesta por todos los que profesan ser miembros de una iglesia y relacionado con edificios e instituciones religiosas. Esta "iglesia" exterior visible también va en mayúscula cuando se usa como nombre propio, por ejemplo: Iglesia Anglicana].

La totalidad del tema requiere especial atención en la actualidad. La santidad,
no olvidemos, es la característica destacada de todo aquel que pertenece a la
Iglesia verdadera.

I. El edificio

En primer lugar tenemos que el texto menciona un *edificio*. El

Señor Jesucristo dice: "Mi iglesia".

Ahora bien, ¿qué es esta iglesia? Hay pocas preguntas más importantes que ésta. Por no darle la debida importancia, han surgido muchos y grandes errores en el mundo.

La Iglesia de nuestro texto no es un edificio material. No es un templo hecho de madera, ni ladrillo, ni piedra ni mármol. Es un conjunto de *hombres* y *mujeres* con características especiales. No es una iglesia particularmente visible en la tierra. No es la Iglesia Oriental ni la Iglesia Occidental. No es la Iglesia Anglicana ni la Escocesa. Sobre todo, no es la Iglesia de Roma. La Iglesia de nuestro texto tiene mucho menos impacto que cualquier iglesia visible a los ojos del hombre, pero es de mucha más importancia a los ojos de Dios.

La Iglesia de nuestro texto está conformada por *todos los verdaderos creyentes* en el Señor Jesucristo, todos los que son realmente santos y convertidos. Incluye a todo el que se ha arrepentido de pecado y acudido a Cristo por fe y, por ende, es nueva criatura en él. Consta de todos los escogidos de Dios, de todos los que han recibido la gracia de Dios, de todos los que han sido lavados en la sangre de Cristo, de todos los que se han vestido de la justicia de Cristo, de todos los que han nacido de nuevo y han sido santificados por el Espíritu de Cristo. Tal clase de personas de toda raza, rango, nación, pueblo y lengua componen la Iglesia de nuestro texto. Éste es el cuerpo de Cristo. Éste es el rebaño de Cristo. Es la novia. Es la esposa del Cordero.

Ésta es la "Santa Iglesia Católica y Apostólica" de la cual hablan el Credo de los Apóstoles y el Credo de Nicea. Ésta es "***la Iglesia sobre la roca***".

No todos los miembros de esta iglesia adoran al Señor de la misma manera, ni se rigen por la misma forma de gobierno eclesiástico. Algunas son gobernadas por obispos y otras por ancianos. Algunas usan un libro de oraciones cuando se reúnen para el culto

público y otras no. El artículo trigésimo cuarto de la Iglesia Anglicana declara sabiamente: "No es necesario que las ceremonias sean iguales en todas partes". No obstante, todos los miembros de esta Iglesia se presentan ante un mismo Trono de Gracia. Todos adoran con un mismo corazón. Todos son guiados por un mismo Espíritu. Todos son real y verdaderamente *santos*. Todos pueden decir "Aleluya" y todos pueden responder "Amén".

Ésta es aquella Iglesia **a** la cual todas las iglesias visibles sobre la tierra sirven. Ya sean episcopales, independientes o presbiterianas, todas sirven a los intereses de la misma Iglesia verdadera. Son el andamiaje usado para ir levantando el edificio. Son la cáscara dentro de la cual crece el grano. Tienen diversos grados de utilidad. La mejor y más digna es la que capacita a mayor cantidad de personas para que lleguen a ser miembros de la Iglesia verdadera de Cristo. Pero ninguna iglesia visible tiene derecho a decir: "Nosotros somos la única iglesia verdadera. Nosotros somos el pueblo, y la sabiduría morirá con nosotros" (vea Job 12:2). Ninguna iglesia visible debe atreverse a decir: "Vamos a permanecer para siempre. Las puertas del infierno nunca prevalecerán contra nosotros".

Hablamos de aquella Iglesia a quien el Señor hizo las promesas de preservar, continuar, proteger y dar gloria final por su gracia. Dice Hooker: "Lo que leemos en las Escrituras con respecto al amor sin fin y la misericordia salvadora que Dios demuestra a sus iglesias, se refiere a esta Iglesia, que correctamente llamamos el cuerpo místico de Cristo".

Por más pequeña y desdeñable que sea la Iglesia verdadera en este mundo, es preciosa y honorable a los ojos de Dios. El templo de Salomón con toda su gloria era poca cosa y despreciable en comparación con la iglesia edificada sobre una roca.

Confío en que lo que acabo de decir penetre en la mente de cada uno de mis lectores. Asegúrese usted de que ésta sea su doctrina sobre "la Iglesia". Un concepto equivocado puede llevar a errores

peligrosos que arruinan el alma. La Iglesia que está formada por verdaderos creyentes es la Iglesia a la que los pastores han sido especialmente llamados a predicar. La Iglesia que incluye a todos los que se arrepienten y creen en el evangelio es la Iglesia a la cual anhelamos pertenecer. La obra no está terminada hasta que el corazón de los pastores esté convencido de que usted es una nueva criatura y miembro de la única Iglesia verdadera. Fuera de la Iglesia "edificada sobre la roca" ***no puede haber salvación***.

II. El Arquitecto

Paso al segundo punto, al cual le invito a prestar atención. Nuestro texto contiene no sólo un edificio, sino también un *Arquitecto*. El Señor Jesucristo declara: "Edificaré ***mi*** iglesia".

La verdadera Iglesia de Cristo es cuidada tiernamente por las tres Personas de la Santísima Trinidad. En el plan de salvación revelado en la Biblia, es indudable que Dios el Padre escoge, Dios el Hijo redime y Dios el Espíritu santifica a cada miembro del cuerpo místico de Cristo. Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo, tres Personas en un Dios colaboran para efectuar la redención de cada alma salvada. Ésta es una verdad que nunca debe ser olvidada. Pero, por otro lado, hay un sentido especial en que el Señor Jesucristo esté encargado de ayudar a la Iglesia. Él es especial y preeminentemente el Redentor y Salvador de la Iglesia. Por eso es que lo encontramos diciendo en nuestro texto: "Edificaré ***mi***…

La obra de edificar es ***mi*** tarea específica".

Es Cristo quien llama a los miembros de la Iglesia en el tiempo preciso. San Pablo escribe a los Romanos diciéndoles que ellos son "llamados a ser de Jesucristo" (Ro. 1:6). Es Cristo quien les da vida. "Así también el Hijo a los que quiere da vida" (Jn. 5:21). Es Cristo quien los limpia de sus pecados. "Nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre" (Ap. 1:5). Es Cristo quien les da paz. "La paz

os dejo, mi paz os doy" (Jn. 14:27) Es Cristo quien les da vida eterna. "Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás" (Jn. 10:28). Es Cristo quien les otorga arrepentimiento. "A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento" (Hch. 5:31). Es Cristo quien los capacita para ser hijos de Dios. "A los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Jn. 1:12). Es Cristo quien lleva adelante la obra dentro de ellos cuando la ha comenzado. "Porque yo vivo, vosotros también viviréis" (Jn. 14:19). En suma, "por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud" (Col. 1:19). Él es el autor de la fe. Él es la vida. Él es la cabeza. De él se nutre cada coyuntura y miembro del cuerpo místico formado por cristianos. A través de él reciben fuerza para no caer. Él los preservará hasta el final y con gran gozo los presentará sin mancha ante el trono del Padre. Él es todas las cosas en todos los creyentes.

El poderoso agente por medio de quien el Señor Jesucristo realiza esta obra en los miembros de su Iglesia es, sin duda, el Espíritu Santo. Él es quien constantemente renueva, da vida, conduce a la cruz, transforma, saca del mundo piedra tras piedra y la agrega al edificio místico. Pero el gran y poderoso Arquitecto que se ha tomado la responsabilidad de llevar a cabo la gran obra de redención y consumarla es el Hijo de Dios, el "Verbo [quien] fue hecho carne" (Jn. 1:14). Es Jesucristo el que "edifica".

Para edificar su Iglesia verdadera, el Señor Jesús se digna usar muchos instrumentos subordinados a él.

El ministerio del evangelio, la distribución de las Escrituras, la exhortación amorosa, la palabra dicha a tiempo y la influencia de las aflicciones, son medios por medio de los cuales se vale para llevar a cabo su obra.

Y luego el Espíritu da vida a las almas. Pero Cristo es el gran Arquitecto Supervisor, ordenando, guiando, dirigiendo todo lo que se realiza. Pablo puede plantar y Apolo regar, pero Dios es quien da el

crecimiento (1 Co. 3:6). Los pastores pueden predicar, los escritores pueden escribir, pero sólo el Señor Jesucristo puede edificar. Y, a menos que él lo haga, la obra se detiene.

¡Grande es la ***sabiduría*** con la que el Señor Jesucristo edifica su Iglesia! Todo lo hace en el momento preciso y de la manera correcta. Pone cada roca según su turno justo en el lugar donde corresponde. A veces escoge grandes rocas y, a veces, pequeñas piedras. A veces la obra avanza con rapidez y, a veces, con lentitud. El hombre, a menudo, se impacienta y piensa que no está haciendo nada. Pero el tiempo del hombre no es el tiempo de Dios. Mil años son para él apenas un día. El gran Arquitecto no comete errores. Sabe lo que está haciendo. Ve el final desde el principio. Obra de acuerdo con un plan perfecto, inalterable y seguro. Las ideas más geniales de arquitectos como Miguel Ángel y Wren no son más que insignificancias y juegos de niños en comparación con los consejos sabios de Cristo concernientes a su Iglesia.

¡Grande es la ***condescendencia y misericordia*** que exhibe Cristo en la edificación de su Iglesia! Con frecuencia, escoge las rocas más insólitas y ásperas, y las acomoda en una obra excelente. No desprecia ni rechaza a nadie por sus pecados y transgresiones del pasado. A menudo, toma a ex fariseos y publicanos, y los convierte en columnas fundamentales de su casa.

Le encanta mostrar misericordia. Con frecuencia, toma a los insensatos e impíos, y los transforma en capiteles labrados de su templo espiritual.

¡Grande es el ***poder*** que Cristo demuestra en la edificación de su Iglesia! Realiza su obra, a pesar de la oposición del mundo, la carne y el diablo. En las tormentas, en las tempestades, en tiempos difíciles, silenciosamente y en quietud, sin ruido, sin revuelo y sin excitación la edificación sigue adelante, como con el templo de Salomón: “Lo que hago yo”, dijo el Señor, “¿quién lo estorbará?” (Is. 43:13).

Los hijos de este mundo tienen poco o ningún interés en la edificación de esta Iglesia. No les importa en absoluto la conversión de las almas. ¿Qué son para ellos los corazones contritos y arrepentidos? ¿Qué es para ellos la convicción de pecado y la fe en el Señor Jesús? Para ellos, es todo "locura". Pero mientras los hijos de este mundo permanecen indiferentes, "hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente" (Lc. 15:10). Para preservar a la Iglesia verdadera, muchas veces tienen que ser suspendidas las leyes de la naturaleza. Para el bien de esa Iglesia, Dios organiza y pone en orden todos sus tratos providenciales en este mundo. Para bien de los escogidos, hace cesar las guerras y da paz a las naciones. Los estadistas, gobernantes, emperadores, reyes, presidentes y jefes de estado tienen sus designios y planes, y creen que son de suma importancia. Pero se está realizando otra obra de mucha mayor importancia, de modo que los planes de los hombres no son más que "hachas y sierras" delante de Dios (Is. 10:15). Esa obra es la edificación del templo espiritual de Cristo, la reunión de rocas vivas formando la única Iglesia verdadera.

Tenemos que estar profundamente agradecidos de que la edificación de la Iglesia verdadera está a cargo de Aquel que es portentoso. Si la obra dependiera del hombre quedaría paralizada. Pero, ¡bendito sea Dios, la obra está en las manos de un Arquitecto que nunca deja de cumplir lo que diseñó para su iglesia! Cristo es el Arquitecto todopoderoso. Realizará su obra, aunque las naciones y las iglesias visibles no conozcan sus obligaciones.

Cristo nunca fallará. Lo que comenzó a hacer, lo "perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (*Fil. 1:6*).

III. El Fundamento

Paso al tercer punto que me propongo considerar: *El Fundamento* sobre el cual se edifica su Iglesia. El Señor Jesucristo nos dice: "Sobre esta roca edificaré mi iglesia".

¿Qué quiso decir cuando habló de este fundamento? ¿Se refería al apóstol Pedro con quien estaba hablando? Estoy seguro que no. No veo ninguna razón por qué, si se refería a Pedro, no dijo "sobre ti" edificaré mi Iglesia. Si se hubiera referido a Pedro, hubiera dicho "Sobre ti edificaré mi Iglesia" con la misma claridad que dijo: "Y a ti te daré las llaves". ¡No, no se trataba de la persona del apóstol Pedro, sino de la confesión correcta que el Apóstol acababa de hacer! No era sobre Pedro, el hombre que fallaba y era inestable, sino la verdad portentosa que el Padre le había revelado a Pedro. Era sobre la verdad de que Jesucristo mismo es la roca. Era sobre Cristo como Mediador y Mesías. Era sobre la verdad bendita de que Jesús era el Salvador prometido, la Seguridad auténtica, el verdadero Intercesor entre Dios y el hombre. Ésta era la Roca y éste el fundamento sobre el cual la Iglesia de Cristo se construiría.

El fundamento de la Iglesia verdadera se colocó a un costo enorme. Fue preciso que el Hijo de Dios tomara sobre sí nuestra naturaleza y, en esta naturaleza, vivir, sufrir y morir, no por sus propios pecados, sino por los nuestros. Era necesario que en esa naturaleza fuera al sepulcro y resucitara. Era necesario que en esa naturaleza de Cristo, ascendiera al cielo para sentarse a la diestra de Dios, habiendo obtenido redención eterna para todo su pueblo. Ningún otro fundamento podría haber satisfecho las necesidades de pecadores perdidos, culpables, corruptos, débiles e indefensos.

Ese fundamento, una vez colocado, es muy fuerte. Puede aguantar el peso de los pecados de todo el mundo.

Ha cargado con el peso de todos los pecados de todas las piedras vivas que se han ido sobreedificando en el fundamento (1 P. 2:5). Los pecados de pensamiento, pecados de la imaginación, pecados del corazón, pecados de la mente, pecados que todos han visto y pecados que nadie ha visto, pecados contra Dios y pecados contra el hombre, pecados de toda clase y descripción, todos son pecados cuyo peso puede soportar la Roca portentosa sin desmoronarse.

El oficio mediador de Cristo es el remedio suficiente para todos los pecados de todo el mundo.

Cada miembro de la Iglesia verdadera está fijado a este fundamento. Los creyentes no están unidos y no concuerdan en muchas cosas, pero en cuanto al fundamento de su alma, todos coinciden. Ya sean episcopales o presbiterianos, bautistas o metodistas, todos los creyentes piensan lo mismo en esto. Todos están edificados sobre la Roca. Si les preguntamos de dónde viene la paz, esperanza y gozosa expectativa de las cosas que vendrán, nos dirán que todas proceden de una misma fuente poderosa: Cristo el Mediador entre Dios y el hombre, y del oficio de Cristo como Sumo Sacerdote y Garantía de los pecadores.

Revise usted su fundamento si desea saber si es o no miembro de la única Iglesia verdadera. Sólo usted conoce la respuesta. Podemos verlo presente en el culto de adoración, pero no podemos ver si está personalmente edificado sobre la Roca. Podemos ver que participa de la Cena del Señor, pero no podemos ver si está unido a Cristo, si es uno con Cristo y Cristo uno con usted. Asegúrese de no equivocarse en cuanto a su propia salvación. Cerciórese de que su alma está cimentada sobre la Roca. Sin esto, lo demás no vale nada. Sin esto, usted no saldrá victorioso en el día del juicio. ¡Mil veces mejor ser encontrado en aquel día en una choza humilde edificada “sobre la Roca”, que en un palacio construido sobre la arena!

IV. Peligro implícito para la Iglesia

En cuarto lugar, enfoquemos el *peligro implícito* para la Iglesia, al cual se refiere nuestro texto. Menciona “las puertas del Hades”. Por esta expresión, entendemos que se refiere al príncipe del infierno, el diablo. (Compare con Sal. 9:13; 107:18; Is. 38:10.)

La historia de la Iglesia verdadera de Cristo siempre ha sido una de

conflictos y guerras. Ha sido atacada constantemente por Satanás, enemigo mortal y príncipe de este mundo. El diablo detesta la Iglesia verdadera de Cristo con un aborrecimiento que no da tregua. Siempre está provocando oposición contra todos sus miembros. Continuamente incita a los hijos de este mundo a hacer su voluntad y a perjudicar y acosar al pueblo de Dios. Si no puede herir a la cabeza, puede herir el calcañar. Si no puede robarles el cielo a los creyentes, les dificultará el camino.

La lucha contra los poderes del infierno ha sido la experiencia de todo el cuerpo de Cristo desde hace seis mil años. Siempre ha sido una zarza ardiente que no se consume, una mujer que huye al desierto, pero no es devorada (Éx. 3:2; Ap. 12:6, 16). Las iglesias visibles tienen sus tiempos de prosperidad y temporadas de paz, pero para la Iglesia verdadera nunca ha existido una época de paz. Sus conflictos son perpetuos, sus luchas nunca cesan.

La lucha con los poderes del infierno es la experiencia de cada miembro individual de la Iglesia verdadera. Cada uno tiene que luchar. ¿Qué son las vidas de todos los santos, sino historias de batallas? ¿Qué fueron hombres como Pablo, Santiago, Pedro, Juan, Policarpo, Crisóstomo, Agustín, Lutero, Calvino, Latimer y Baxter, sino soldados en constante lucha? A veces, la persona de los santos ha sido hostigada, otras veces, lo han sido sus bienes. A veces, han sido acosados con calumnias y mentiras y, a veces, con abierta persecución. De una forma u otra, el diablo ha estado siempre combatiendo contra la Iglesia. Las “puertas del Hades” o infierno han estado atacando sin cesar al pueblo de Cristo.

Los que predicamos el evangelio, podemos ofrecer “preciosas y grandísimas promesas” a todos los que vienen a Cristo (2 P. 1:4). Le podemos ofrecer a usted sin reparos, en el nombre de nuestro Señor, la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento. La Palabra ofrece misericordia, gracia y salvación total a todo el que acude a Cristo y cree en él. Pero no podemos prometer que tendrá paz con el

mundo ni con el diablo. Al contrario, le advierto que *tiene que haber* lucha mientras está en el cuerpo. No quiero desalentarlo, ni desviarlo de servir a Cristo. Pero tiene usted que "calcular el costo" y comprender cabalmente lo que implica servir a Cristo. (Lc. 14:28).

(a) ***No se sorprenda*** por la enemistad de las puertas del infierno. "Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo" (Jn. 15:19). Mientras que el mundo y el diablo existan habrá luchas; por lo tanto, los creyentes en Cristo tienen que ser soldados. El mundo aborrecía a Cristo y el mundo aborrecerá a los cristianos auténticos mientras la tierra exista. Como dijo el gran reformador Lutero: "Caín seguirá matando a Abel mientras la Iglesia exista sobre la tierra".

(b) ***Esté preparado*** para la enemistad de las puertas del infierno. Póngase toda la armadura de Dios (Ef. 6). De la torre de David colgaban mil escudos (Cnt. 4:4), listos para el uso del pueblo de Dios. Las armas de nuestra guerra son espirituales y han sido usadas por millones de pobres pecadores como nosotros, y nunca han fallado.

(c) ***Tenga paciencia*** **ante** la enemistad de las puertas del infierno. Todo está obrando para el bien de usted (Ro. 8:28-29). La lucha tiende a santificar. Lo mantendrá despierto. Lo mantendrá humilde. Lo impulsará a acercarse más al Señor Jesucristo. Lo quitará del mundo. Le ayudará a orar más. Sobre todo, hará que ansíe más el cielo. Le ensañará a decir con su corazón, al igual que con sus labios: "¡Ven, Señor Jesús! Venga tu reino" (Ap. 22:20; Mt. 6:10).

(d) ***No se desanime*** por la enemistad del infierno. La lucha del auténtico hijo de Dios es, tanto una señal de la gracia como de la paz interior que él disfruta.

¡Sin cruz no hay corona! ¡Sin conflictos no hay cristianismo salvador! "Bienaventurados sois", dijo el Señor Jesucristo, "cuando

por mi causa os vituperen y os persigan". Si usted nunca ha sido perseguido en razón de su fe y todos hablan bien de usted, bien puede dudar si pertenece a "la Iglesia fundada sobre la Roca" (Mt. 5:11; Lc. 6:26).

V. La seguridad de la verdadera Iglesia de Cristo es confirmada.

Queda una cosa más para considerar y ésta es la *seguridad* de que goza la Iglesia verdadera de Cristo. El Arquitecto hace una promesa gloriosa: "Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella".

Aquel que no puede mentir, ha empeñado su palabra de que ni todos los poderes del infierno destruirán a su Iglesia. Ésta continuará y permanecerá firme ante todos los ataques. Nunca será vencida. Todas las otras cosas creadas mueren y pasan, pero no la Iglesia edificada sobre la Roca.

Imperios se han levantado y han caído en rápida sucesión. Egipto, Asiria, Babilonia, Persia, Tiro, Cartago, Grecia, Roma y Venecia. ¿Dónde están ahora? Todos tuvieron fundamentos humanos y han pasado. Pero la Iglesia verdadera de Cristo permanece.

Las ciudades más poderosas han pasado a ser montones de escombros. Las grandes murallas de Babilonia se han hundido en el suelo. Los palacios de Nínive están cubiertos por capas de tierra. El centenar de puertas de Tebas, son sólo tema de la historia. Tiro es un lugar donde los pescadores cuelgan sus redes. Cartago es pura desolación. Pero durante todo este tiempo, la Iglesia verdadera ha permanecido.

Las puertas del infierno nunca han prevalecido ni prevalecerán contra ella.

En muchos casos, las primeras iglesias visibles han decaído y perecido. ¿Dónde está la iglesia de Éfeso y la de Antioquía? ¿Dónde están las iglesias de Alejandría y la de Constantinopla? ¿Dónde la

Corinto, la de Filipo y la de Tesalónica? Sí, ¿dónde están? Se apartaron de la Palabra de Dios. Esas iglesias se gloriaban de sus obispos, sus sínodos, sus ceremonias, su erudición y su antigüedad. No se gloriaban en la cruz de Cristo. No se mantuvieron aferradas al evangelio. No le concedieron al Señor Jesús el lugar que le correspondía. Están ahora entre las cosas del pasado. Su candelero les ha sido quitado de su lugar. No obstante, a través de los siglos, la Iglesia verdadera ha permanecido.

¿Ha sido oprimida la Iglesia verdadera en un país? Simple y sencillamente ha huido a otro. ¿Ha sido pisoteada en un territorio? Se ha arraigado y prosperado en otro**.** Ni fuego, espada, prisiones, sanciones, ni penalidades han podido destruir su vitalidad. Sus perseguidores han muerto e ido a su propio lugar, pero la Palabra de Dios ha vivido, crecido y multiplicado. Por más débil que parezca esta Iglesia verdadera a los ojos del hombre, es un yunque que ha roto a muchos martillos en el pasado y quizá rompa muchos más antes del fin, "porque el que os toca, toca a la niña de su ojo" (Zac. 2:8).

La promesa de nuestro texto se aplica a ***todo el cuerpo*** de la Iglesia verdadera. Cristo nunca carecerá de testimonio en el mundo. Ha mantenido a su pueblo en las peores épocas. Tenía siete mil en Israel, aun en la época de Acab. Hay algunos ahora, si no me equivoco, en lugares oscuros de las iglesias romanas y griegas, que están sirviendo a Cristo. El diablo puede rugir con ferocidad. La Iglesia en algunos países puede ser muy débil. Pero las puertas del infierno nunca "prevalecerán" totalmente. La promesa de nuestro texto se aplica a ***cada miembro individual*** de la Iglesia.

Algunos del pueblo de Dios han sido abatidos y se han inquietado tanto que han perdido la esperanza de su seguridad. Algunos lamentablemente han caído, como lo hicieron David y Pedro. Algunos se han apartado de la fe por un tiempo, como Cranmer y Jewell. Muchos han sido probados con crueles dudas y

temores. Pero finalmente todos, desde los más jóvenes a los más ancianos, los más débiles, al igual que los más fuertes, arribaron seguros a su patria celestial. Y así será hasta el final de los tiempos. ¿Podemos impedir que mañana salga el sol? ¿Podemos impedir que suban y bajen las mareas del mar? ¿Podemos impedir que los planetas sigan su curso en sus respectivas órbitas? Cuando todo eso sea posible entonces, y solo entonces, alguien podrá impedir la salvación de un creyente. Por más débil que sea, toda "piedra viva" en la Iglesia verdadera está edificada sobre la Roca. Por más pequeña e insignificante que pueda parecer una piedra, estar sobreedificada en la Piedra angular le da la seguridad definitiva de su salvación.

La Iglesia verdadera es el cuerpo de Cristo. Ni un hueso en ese cuerpo místico será jamás quebrado. La Iglesia verdadera es la esposa de Cristo. Los que Dios ha unido en un pacto eterno, nunca serán separados. La Iglesia verdadera es el rebaño de Cristo. Cuando vino el león y tomó uno de los corderos de la manada de David, David se levantó y lo liberó, sacándolo de la boca misma de la fiera. Cristo hará lo mismo. Él es el más grande de los descendientes de David. Ni un cordero enfermo de la manada de Cristo perecerá. Él le dirá al Padre en el día final: "De los que me diste, no perdí ninguno" (Jn. 18:9). La Iglesia verdadera es el trigo de la tierra. Puede ser cernido, aventado y zarandeado de acá para allá. La cizaña y la paja serán quemadas, pero el trigo será recogido en el granero. La Iglesia verdadera es el ejército de Cristo. El Capitán de nuestra salvación no pierde a ninguno de sus soldados. Sus planes nunca contemplan la derrota de su Iglesia. Sus provisiones nunca fallan. Cuando pase lista al final, el resultado será como al principio.

¡De los hombres que marcharon valientemente fuera de Inglaterra hace muchos años a la guerra de Crimea, muchos jamás regresaron! Los regimientos que, al son de la banda militar y con estandartes flameando en la brisa, marcharon fuertes y entusiastas a pelear, dejaron sus huesos en una tierra extraña y nunca regresaron a su patria. Pero no sucede así con el ejército de Cristo. Ni uno de

sus soldados faltará al final. Él mismo declara: “No perecerán jamás” (Jn. 10:28).

El diablo puede encarcelar a los miembros de la Iglesia verdadera. Puede matarlos, quemarlos en la hoguera, torturarlos y lincharlos. Pero después de matar el cuerpo, nada más puede hacer. No puede tocar el alma. Años atrás cuando las tropas francesas tomaron a Roma, encontraron en las paredes de una celda en una cárcel de la Inquisición, las palabras de un preso. No sabemos quién era, pero sus palabras merecen ser recordadas, (“aunque muerto, todavía habla”). Este prisionero escribió en las paredes, posiblemente después de un juicio injusto y una excomulgación más injusta aun: “Jesús bendito, no pueden echarme fuera de tu Iglesia verdadera”. ¡Lo que escribió es muy cierto! Ni todo el poder de Satanás puede echar fuera de la Iglesia verdadera de Cristo ni a un solo creyente.

Confío en que ninguno de mis lectores permita jamás que el temor le impida empezar a servir a Cristo. Aquel a quien le entrega su alma tiene todo poder en el cielo y en la tierra y lo mantendrá seguro. Nunca dejará que sea echado fuera. Su familia puede oponerse, los vecinos se pueden burlar. El mundo lo puede calumniar, ridiculizar, tomarlo a broma y despreciarlo. ¡No tema! Los poderes del infierno nunca prevalecerán contra su alma. Mayor es el que lo está al cuidando a usted, que todos los que están en su contra. No tema por la Iglesia de Cristo cuando mueren los pastores y los santos son llevados a su morada eterna. Cristo puede mantener su propia causa siempre. Levantará mejores siervos y estrellas más luminosas.

Tiene a las estrellas de la Iglesia en la palma de su mano (Ap. 1:20). Quítese los pensamientos ansiosos sobre el futuro. Ya no esté deprimido por las medidas que toman los estadistas o por los ardides de zorros vestidos de ovejas. Cristo siempre satisfará las necesidades de su propia Iglesia. Cristo se asegurará de que “las

puertas del Hades" no prevalezcan contra ella. Todo va bien, aunque nuestros ojos no lo vean. Los reinos del mundo, aún pueden convertirse en reinos de nuestro Dios y de su Cristo.

Aplicaciones prácticas

Ahora concluiré este capítulo con unas palabras de aplicación prácticas.

(a) Las primeras serán en forma de ***una pregunta***. ¿Cuál será esa pregunta?

¿Qué preguntaré? Regresaré al punto con el que comencé. Iré a la primera frase de este capítulo, personalizándola. Pregunto: ¿Es usted miembro de la única Iglesia verdadera de Cristo? ¿Es usted, en el mejor sentido, un "hombre de iglesia" a los ojos de Dios? Ahora ya sabe lo que quiero decir. Miro mucho más allá de la Iglesia Anglicana. No estoy hablando de una denominación o grupo en particular. Hablo de "la Iglesia edificada sobre la Roca". Le pregunto con toda seriedad: ¿Es usted miembro de esa Iglesia? ¿Está usted unido al gran Fundamento? ¿Está cimentado sobre la Roca? ¿Ha recibido al Espíritu Santo? ¿Testifica el Espíritu a su espíritu de que usted es uno con Cristo y Cristo con usted? Le ruego, en el nombre de Dios, que tome a pecho estas preguntas y reflexione bien sobre ellas. Si no se ha convertido, no pertenece todavía a "la Iglesia sobre la Roca".

Si no puede dar una respuesta satisfactoria a mis preguntas, tome en cuenta cada uno de mis lectores su propia condición. Tenga cuidado, tenga cuidado de no arruinar su alma para toda la eternidad.

Tenga cuidado, no sea que al final de cuentas las puertas del infierno prevalezcan contra usted, que el diablo declare que usted le pertenece y sea echado fuera para siempre. Tenga cuidado de no ser arrojado al abismo desde la tierra donde hay tantas Biblias, que le hubieran podido ayudar a evitar su derrota, y a la vista del

evangelio de Cristo que lo hubiera podido salvar. Tenga cuidado que no vaya a estar a la izquierda de Cristo en el día final, un episcopal perdido o un presbiteriano perdido o un bautista perdido o un metodista perdido, perdido debido a que por su celo por su propia denominación y su propia Cena del Señor, nunca se hizo miembro de la única Iglesia verdadera.

(b) Mis segundas palabras de aplicación serán ***una invitación***. Se las dirijo a todo el que todavía no es un verdadero creyente: Venga y súmese sin dilación a la única Iglesia verdadera. Venga y únase al Señor Jesucristo en un pacto eterno que nunca será olvidado.

Considere bien lo que digo. Le encargo con toda seriedad que no malentienda el significado de mi invitación. No le pido que deje la iglesia visible a la cual pertenece. Aborrezco toda idolatría a los formulismos y partidismos. Detesto al espíritu proselitista. Pero sí le pido que acuda a Cristo y sea salvo. El día de decisión, tarde o temprano, tiene que llegar. ¿Por qué no hoy mismo, en este mismo momento? ¿Por qué no este día mientras el día dura? ¿Por qué no esta misma noche, antes de que claree la mañana? Venga a él, quien murió por los pecados en la cruz e invita a todos los pecadores que vengan a él por fe para ser salvos. Venga a mi Señor Jesucristo.

Venga, le ruego, porque ya todo está preparado. La misericordia lo está. El cielo lo está. Los ángeles lo esperan para regocijarse por usted. Cristo lo recibirá con gozo y la dará la bienvenida entre sus hijos. Venga al arca. El diluvio de la ira de Dios se desatará pronto sobre la tierra, venga al arca y sea salvo.

Entre en el bote salvavidas de la única Iglesia verdadera.

¡Este viejo mundo pronto se hará pedazos! ¿Oye usted sus temblores? El mundo no es más que un barco encallado en un banco de arena. La noche ya está avanzada y las olas comienzan a subir, el viento comienza a soplar y la tormenta pronto destruirá el viejo barco naufragado. Pero el bote salvavidas ha sido echado al agua

y nosotros, los ministros del evangelio, le rogamos que entre en el bote y sea salvo. Le rogamos que se levante ya y venga a Cristo.

Se pregunta usted: "¿Cómo puedo venir? Mis pecados son demasiados. Todavía soy muy impío. No me animo a venir". ¡Fuera con ese pensamiento! Es Satanás que lo tienta. Venga a Cristo como un pecador. Venga tal como está. Reflexione en las palabras de aquel himno tan hermoso:

"Tal como soy, de pecador,
sin más confianza que tu amor,
ya que me llamas, acudí,
Cordero de Dios, heme aquí".

Ésta es la manera de venir a Cristo. No se quede esperando nada ni se demore por ninguna razón. Venga como un pecador hambriento que busca satisfacer su apetito, un pecador pobre para enriquecerse, un pecador sin méritos para vestirse de justicia. Si viene, Cristo lo recibe. Cristo dice: "Al que a mí viene, no le echo fuera". ¡Oh! Venga, venga a Jesucristo. Venga a la "Iglesia verdadera" por fe y sea salvo.

(c) Por último, quiero dar una palabra de ***exhortación*** a todo creyente auténtico que tiene este escrito en sus manos.

Procure vivir una vida ***santa***. Ande como es digno de la Iglesia a la cual pertenece. Viva como un ciudadano del cielo. Haga que su luz brille delante de los hombres para que el mundo se beneficie por su conducta. Hágales saber a quién pertenece y a quién sirve. Sea una epístola de Cristo, conocida y leía por todos, escrita con letras tan claras que nadie pueda decir de usted: "No sé si este hombre es un miembro de Cristo o no".

El que nada sabe de santidad real y práctica no es miembro de "la Iglesia sobre la Roca".

Procure vivir una vida ***valiente***. Confiese a Cristo delante de los hombres. Sea cual sea su posición, en esa posición confiese a Cristo. ¿Por qué habría usted de avergonzarse de él? Él no se

avergonzó de usted en la cruz. Él está listo para confesarlo a usted ante su Padre en el cielo. ¿Por qué habría usted de avergonzarse de él en la tierra? Sea valiente. Sea muy valiente. El buen soldado no se avergüenza de su uniforme. El verdadero cristiano nunca debiera avergonzarse de Cristo.

Procure vivir una vida ***gozosa***. Viva como alguien que tiene esta bendita esperanza: La segunda venida de Jesucristo. Éste es el acontecimiento que todos debemos esperar con expectación. No es tanto la idea de ir al cielo, sino que el cielo venga a nosotros lo que debiera llenar nuestra mente. "Vienen buenos tiempos" para todo el pueblo de Dios, buenos tiempos para toda la Iglesia de Cristo, buenos tiempos para todos los creyentes; malos tiempos para el impenitente y el incrédulo, pero buenos tiempos para el cristiano auténtico. Esperemos, velemos y oremos por esos buenos tiempos.

El andamiaje pronto será quitado. La última piedra pronto será colocada. La piedra final será instalada sobre el edificio. Un poco más de tiempo y la belleza total de la Iglesia que Cristo está edificando será vista claramente.

El gran Maestro Constructor pronto vendrá. El edificio sin ninguna imperfección será exhibido ante los mundos reunidos. El Salvador y los salvos se regocijarán juntos. Todo el universo reconocerá que en la edificación de la Iglesia de Cristo todo se hizo a la perfección. "Bienaventurados" se dirá en aquel día, si nunca fue dicho antes: "¡***Bienaventurados todos los que pertenecen a la Iglesia sobre la roca***!".

14. Advertencias a las iglesias visibles

"El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias". Apocalipsis 3:22

Me supongo que puedo contar con que cada uno de mis lectores pertenece a alguna iglesia visible de Cristo. No le pregunto si es usted episcopal, presbiteriano o independiente. Lo único que supongo es que no le gustaría que lo llamaran ateo
o incrédulo. También supongo que asiste al culto público de un cuerpo visible, particular o nacional de cristianos que profesan serlo exteriormente.

Ahora bien, sea cual fuere el nombre de su iglesia, le invito a prestar especial atención al versículo bíblico que tiene ante sus ojos. Le encargo que tenga en mente que las palabras de ese versículo le conciernen a usted. Fueron escritas para su conocimiento y para todos los que se consideran cristianos. "El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias".

En el segundo y tercer capítulo del libro de *Apocalipsis*, este versículo se repite siete veces. En estos capítulos, el Señor envía, por la mano de Juan, una carta a cada una de las siete iglesias de Asia. Siete veces termina sus cartas diciendo las mismas palabras solemnes. "El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias".

Todo lo que el Señor Dios hace es perfecto. No hace nada por casualidad. No causó que ninguna parte de las Escrituras se escribiera por casualidad. En todos sus tratos, podemos encontrar un designio, propósito y plan. Hubo un diseño en el tamaño y órbita de cada planeta. Hay un designio en la forma y estructura del ala de la mosca más diminuta. Hay una intención en cada versículo de la Biblia. Hay un objetivo en cada repetición de un versículo, sea donde sea que aparezca.

Hay un propósito en las siete repeticiones del versículo que estamos enfocando. Significa algo y la intención es que le demos nuestra atención.

Estos versículos piden la atención especial de todos los cristianos auténticos de las siete "cartas, a las iglesias". Estoy convencido de

que su intención es hacer que los creyentes tomen nota, en particular, de los asuntos que estas siete epístolas tratan.

Procuraré señalar ciertas verdades principales que me parece que estas siete epístolas enseñan. Son verdades para nuestra época, verdades que nunca se pueden conocer demasiado bien y que nos beneficia conocerlas y percibirlas mucho mejor de lo que lo hacemos.

I. Cuestiones relacionadas con doctrinas, prácticas, advertencias y promesas

En primer lugar, les pido a mis lectores que noten que, en las siete epístolas, el Señor Jesús no *habla más que de doctrinas, prácticas, advertencias y promesas.* Les pido que lean estas siete epístolas en silencio y a su propio ritmo; cuando lo hagan, comprenderán lo que quiero decir.

Observarán que, a veces, el Señor Jesús habla de falsas doctrinas, personas impías y prácticas erradas, y las reprende con vehemencia. También notarán que, a veces, elogia altamente la fe, paciencia, obra, labor y perseverancia. Lo verán, otras veces, rogando que se arrepientan, corrijan, regresen a su primer amor, que renueven su fe en él y cosas así.

También quiero que noten que, en ninguna de las epístolas, el Señor habla del gobierno ni las ceremonias de la iglesia. No dice nada de sacramentos ni de ordenanzas. No menciona liturgias ni procedimientos o formas. No le indica a Juan que escriba ni una palabra sobre el bautismo, la Cena del Señor ni de una sucesión apostólica.

En suma, los principios principales de lo podríamos llamar “el sistema sacramental”, no aparece en ninguna de las siete epístolas.

¿Por qué señalo esto? Lo hago porque muchos profesantes cristianos, en la actualidad, quieren hacernos creer que estas cosas son de primera, primordial y capital importancia. Son muchos los

que opinan que no puede haber una iglesia sin un obispo, ni piedad sin liturgia. Parece que creen que enseñar el valor de los sacramentos es la primera obligación del pastor y que la continuidad de la iglesia local es la tarea de las personas.

Ahora bien, nadie me malinterprete cuando digo esto. Nadie se vaya con la idea de que no le doy ninguna importancia a los sacramentos. Al contrario, los considero de gran bendición para todos los que participan de ellos "correcta, dignamente y con fe". No crea que no le doy ningún valor al gobierno episcopal, la liturgia y al sistema parroquial. Al contrario, considero que una iglesia bien administrada que cuenta con estas tres cosas, además de un ministerio evangélico es una iglesia mucho más completa y provechosa que una en la que no se encuentran. Pero afirmo que los sacramentos, el gobierno de la iglesia, el uso de una liturgia, las ceremonias y procedimientos no son nada en comparación con la fe, el arrepentimiento y la santidad. Y mi autoridad para decir esto es todo el tenor de las palabras de nuestro Señor Jesucristo a las siete iglesias.

Me es imposible creer que si cierta forma de gobierno eclesiástico fuera tan importante como algunos afirman, la gran Cabeza de la Iglesia no la hubiera mencionado aquí. Encontraríamos algo sobre esto dirigido a Sardis y Laodicea. Pero no encuentro absolutamente nada. Creo que ese silencio es algo para tener muy en cuenta.

No puedo menos que mencionar que fue lo mismo con las palabras de despedida de Pablo a los ancianos efesios (Hch. 20:27-35).

Se estaba despidiendo para siempre. Estaba dando sus últimas instrucciones sobre la tierra, escribiendo como alguien que no volvería a ver los rostros de sus oyentes. No obstante, no hay ninguna instrucción sobre los sacramentos ni el gobierno de la iglesia. Si alguna vez hubo necesidad de hablar de estos, fue en esta ocasión.

Pero el Apóstol no dijo absolutamente nada y creo que su silencio fue intencional.

Y esa es la razón por la cual nosotros, los llamados (para bien o para mal) clero evangélico, no predicamos sobre obispos, el Libro de Oraciones y las ordenanzas más de lo que lo hacemos. No es porque no las valoremos en el lugar, la proporción y manera que les corresponde. Las valoramos tanto y verdaderamente como cualquiera, y damos gracias a Dios por ellos. No obstante, creemos que el arrepentimiento ante Dios, la fe en nuestro Señor Jesucristo y una conversación santa son temas mucho más importantes para el alma. Sin estos, nadie puede ser salvo. Estas son las cuestiones más importantes y de más peso y, por ello, éstas son las que enfatizamos.

Aquí tenemos una razón por la cual, a menudo, instamos a las personas que no se contenten con la parte externa de la religión. Usted habrá observado que le advertimos con frecuencia que no confíe en el hecho de ser *miembro de la iglesia* y *los privilegios de la iglesia*. Le advertimos que no se crea que todo anda bien porque usted asiste a la iglesia los domingos y participa de la Cena del Señor.

Con frecuencia, le instamos que recuerde que no es un cristiano el que lo es solo exteriormente, sino el que ha "nacido de nuevo", el que tiene una "fe que obra por amor" y es una "nueva creación" por el Espíritu en su corazón. Lo hacemos porque pensamos que es la mente de Cristo. Éste es el tipo de cosas que él enfatiza cuando escribe a las siete iglesias. Creemos que si lo imitamos a él no cometeremos errores graves.

Sé que nos acusan de tener "puntos de vista deficientes" sobre los temas a los cuales me he referido. Poco importa si alguien piensa que nuestros puntos de vista son considerados "deficientes" siempre y cuando nuestra conciencia nos diga que son *bíblicos*. Los pensamientos elevados, como los llaman, no siempre son terreno

seguro sobre el cual transitar. Nuestra respuesta debe ser lo que dijo Balaam: "Lo que hable Jehová, eso diré" (Nm. 24:13).

La verdad simple y llana es que hay dos sistemas cristianos diferentes y separados en Inglaterra hoy día. Es inútil negarlo. Su existencia es una gran realidad y eso hay que entenderlo claramente.

Según uno de los sistemas, la religión es sólo ***una cuestión corporativa***. Uno tiene que pertenecer a cierto grupo de personas. En virtud de ser miembro de este grupo o cuerpo, a uno le son conferidos vastos privilegios, tanto en el tiempo como en la eternidad. Poco importa lo que uno *es* y lo que *siente*. No tiene que ponerse a prueba en base a sus *sentimientos.* Si uno es miembro de una gran corporación eclesiástica, entonces cuenta con todas sus concesiones y privilegios.
¿Pertenece usted a una corporación visible auténtica? Éste es el *quid* de la cuestión.

Según el otro sistema, la religión es principalmente ***un asunto personal*** entre usted y Cristo. Ser miembro de algún cuerpo eclesiástico no le salvará el alma, no importa lo sano que sea ese cuerpo. El solo hecho de ser miembro no le limpiará ni un pecado ni le dará seguridad en el Día del Juicio. Tiene que haber una fe personal en Cristo, una relación personal entre usted y Dios, una comunión personal sentida entre su corazón y el Espíritu Santo. ¿Tiene usted esta fe personal? ¿Siente en su alma la obra del Espíritu Santo? Éste es el *quid* de la cuestión. Si su respuesta es negativa, usted está perdido.

Este último sistema es al que se aferran y enseñan los que se denominan pastores evangélicos. Lo hacen porque están seguros de que éste es el sistema que enseñan las Sagradas Escrituras. Lo hacen porque están convencidos de que cualquier otro sistema produce consecuencias muy peligrosas y tienen el fin de engañar

fatalmente a los hombres en cuanto a su verdadero estado. Lo hacen porque creen que es el único sistema que Dios ha de bendecir y que ninguna iglesia prosperará tanto como aquella en la que el arrepentimiento, la fe, la conversión y la obra del Espíritu son los temas primordiales de los sermones del pastor.

II. "Yo conozco tus obras"

Digo una vez más que repasemos con frecuencia las siete "epístolas a las iglesias". En segundo lugar, les pido a mis lectores que noten que en cada epístola el Señor Jesús dice: "***yo conozco tus obras***". Esta expresión que se repite una y otra vez es muy impresionante. Es por algo que leemos estas palabras siete veces.

A una iglesia el Señor Jesús dice "tu arduo *trabajo* y tu *paciencia*", a otra "*tu tribulación* y tu *pobreza*", a la tercera "tu *amor*, y *fe*, y *servicio*". En cambio, a todas les dice las palabras que ahora estamos enfocando: "Yo conozco tus obras". No dice: "Yo conozco la fe que profesas, tus anhelos, tus decisiones y tus anhelos", sino que dice ***obras***. Yo conozco tus ***obras***.

Las obras de un cristiano profesante son de gran importancia. No pueden salvar su alma. No pueden justificarlo. No pueden limpiarlo de sus pecados. No pueden librarlo de la ira de Dios. Pero porque no puedan salvarlo, no significa que no sean importantes. Tenga cuidado, no sea que se le ocurra creer esto. La persona que lo cree está terriblemente engañada. A menudo, pienso que con gusto moriría por defender la doctrina de la justificación por la fe sin las obras de la ley. Pero mantengo firmemente que, por lo general, las ***obras*** del hombre son evidencia de *su fe*.

Si se denomina usted cristiano, tiene de demostrarlo en su diario vivir y su comportamiento cotidiano. Recuerde que la fe de Abraham y la de Rahab se comprobó por sus obras (Stg. 2:21-26). Recuerde que no le sirve a usted ni me sirve a mí profesar que conozco a Dios, si nuestras obras lo desdicen (Tito 1:16). Recuerde las palabras de

nuestro Señor Jesús: "Porque cada árbol se conoce por su fruto" (Lc. 6:44).

Además, sean las que fueren las obras de un cristiano profesante, dice la Palabra**:** "Los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando a los malos y a los buenos" (Pr. 15:3). Nunca ha realizado usted una acción, por más privada que haya sido, que el Señor no viera. Nunca dijo una palabra, no, ni siquiera un susurro, que Jesús no oyera. Nunca escribió una carta, aun a su amigo más querido, que Jesús no haya leído. Nunca ha tenido un pensamiento, por más secreto que haya sido, que Jesús no sabía. Sus ojos son como fuego que arde. La oscuridad no es oscuridad para él. Todas las cosas le son manifiestas. Le dice a cada uno: "Yo conozco tus obras".

(a) El Señor Jesús conoce las obras de todas las almas impenitentes e incrédulas y, un día, las ***castigará***. No son olvidadas en el cielo, aunque se olviden en la tierra. Cuando el gran trono blanco esté preparado y los libros sean abiertos, los impíos muertos serán juzgados "según sus obras" (Ap. 20:12-13).

(b) El Señor conoce las obras de su propio pueblo y las ***pesa***. "A él le toca pesar las acciones" (1 S. 2:3). Él conoce el porqué y el para qué de las obras de todos los creyentes. Ve las motivaciones de cada paso que dan. Discierne cuánto se realiza en su nombre y cuánto para ser alabado. ¡Ay! Muchas cosas que hacen los creyentes nos parecen muy buenas a usted y a mí, pero Cristo las da una calificación muy baja.

(c) El Señor Jesús conoce las obras de todos los que pertenecen a su pueblo y, un día, las ***recompensará***.

Nunca pasa por alto una palabra cariñosa ni una buena obra realizada en su nombre. A él le pertenecen todos los frutos de la fe, aun los más pequeños; y los declarará ante el mundo el día de su venida. Si ama usted al Señor Jesús y le sigue, puede estar seguro de que sus obras para el Señor no serán en vano. Las obras de los que

mueren en el Señor "con ellos siguen" (Ap. 14:13). No irán antes que ellos, ni a su lado, sino que los siguen y serán los elementos para su balance el día de la venida de Cristo. La parábola de las minas se hará realidad (Lc. 19:12-27). "Cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor" (1 Co. 3:8). El mundo no lo conoce a usted porque no conoce a su Hacedor. Pero Jesús ve y sabe todo. "Yo conozco tus obras".

Reflexione acerca de la advertencia solemne que hay aquí para *todo el que profesa una religión mundana e hipócrita.* Lea, subraye y digiera estas palabras. Jesús le dice: "Yo conozco tus obras". Usted puede engañarme a mí y a otros pastores; es fácil hacerlo. Usted puede recibir de mis manos el pan y la copa y, no obstante, estar aferrándose a la iniquidad en su corazón. Puede asistir a la iglesia semana tras semana y escuchar con seriedad las palabras del predicador y, sin embargo, no creerlas. Pero recuerde que no puede engañar a Cristo. Aquel que descubrió lo muerta que estaba la iglesia en Sardis y lo tibia que era la de Laodicea, lo conoce a usted de pies a cabeza, y lo expondrá en el día final, a menos que se arrepienta.

Oh, créame, la hipocresía siempre pierde. Nunca da resultado parecer una cosa y ser otra, ni llamarse cristiano y no serlo. Puede estar seguro de que si le remuerde la conciencia en este sentido, puede estarlo también de que su pecado será descubierto. Los ojos que vieron a Acán robar un lingote de oro y esconderlo, están sobre usted. El libro que registró las obras de Giezi, Ananías y Safira, está registrando sus obras. Jesús, en su misericordia, le envía hoy una advertencia. Dice: "Yo conozco tus obras".

Por otro lado, piense en el aliento que hay aquí para cada *creyente sincero y auténtico*. También a usted le dice Jesús: "Yo conozco tus obras". Usted no ve nada especial en ninguna de sus acciones. Todo le parece imperfecto, manchado y deshonroso. A veces, se siente mal por sus propias faltas. A menudo, siente que toda

su vida es un gran error y que cada día es un espacio en blanco o un manchón. Pero sepa ahora que Jesús puede ver algo de hermosura en todo lo que hace con el anhelo consciente de complacerle. Sus ojos pueden discernir la excelencia, aun en lo más pequeño, que es fruto de su propio Espíritu. Él puede sacar las pepitas de oro de la escoria de sus acciones y separar la cizaña del trigo en todos sus quehaceres. Todas sus lágrimas van en su redoma (Sal. 56:8). Sus esfuerzos por ayudar a los demás, por más pequeños que sean, están escritos en su libro memorial. La copa más pequeña de agua, dada en su nombre, recibirá su recompensa. El Señor no olvida sus obras y trabajos de amor, aunque el mundo no los valore.

Parece demasiado maravilloso y sí, lo es. A Jesús le encanta honrar la obra de su Espíritu en su pueblo y de pasar por alto sus flaquezas. Toma en cuenta la fe de Rahab, pero no su mentira. Felicita a sus apóstoles por permanecer con él durante sus tentaciones y no tiene en cuenta su ignorancia y falta de fe (Lc. 12:28). "Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen" (Sal. 103:13). Y de la misma manera como un padre de familia se complace con las más pequeñas y dignas acciones de sus hijos, de las cuales los extraños nada saben, se complace el Señor con nuestros débiles esfuerzos por servirle.

Es todo muy maravilloso. Puedo comprender por qué los justos en el Día del Juicio dirán: "¿Cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti?" (Mt. 25:37- 39). ¡Les parecerá increíble e imposible haber hecho algo digno de mencionar en aquel gran día! No obstante, así es.

Cobren aliento por esto, todos los creyentes. El Señor dice: "Yo conozco todas tus obras". Esto debe hacerle humilde, pero no temeroso.

III. Una promesa al que venciere

Les pido a mis lectores que observen, en tercer y último lugar, que en cada epístola el Señor Jesús hace una promesa al que ***venciere***.

Siete veces Jesús promete a las iglesias cosas muy grandes y preciosas. Cada una es diferente y cada una está llena de consolación, pero cada una va dirigida al cristiano vencedor. Es siempre "al que venciere" o "el que venciere".

Cada cristiano es un soldado de Cristo. Por su bautismo está comprometido a librar la batalla de Cristo contra el pecado, el mundo y el diablo. El hombre que no lo hace está rompiendo su pacto. Es un moroso espiritual. No cumple los compromisos que le corresponden. El cristiano que rompe su compromiso, prácticamente, renuncia a su cristianismo. El hecho mismo de que pertenece a una iglesia, asiste a un lugar de adoración cristiano, es una declaración pública de que quiere ser contado como soldado de Cristo.

El Señor provee una armadura para la lucha, pero el cristiano tiene que usarla. "Tomad", dice Pablo a los efesios, "toda la armadura de Dios". "Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia". "Y tomad el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios". "Sobretodo, tomad el escudo de la fe" (Ef. 6:13-17).

Y no de menos importancia, el cristiano profesante tiene…

- el mejor de los líderes: Jesús, el Capitán de la salvación, por medio del cual es más que vencedor,
- las mejores provisiones: El pan de vida y el agua viva y
- la promesa del mejor pago: Un eterno peso de gloria.

Todas estas cosas no son nada nuevo. No me desviaré de mi tema a fin de explicarlas.

Un punto que quiero dejar en su alma ahora es que el creyente auténtico, no sólo es un soldado, sino un soldado *victorioso*. No sólo profesa luchar del lado de Cristo contra el pecado, el mundo y

el diablo, sino que realmente lucha y *vence*.

He aquí la gran característica que distingue al cristiano auténtico. A otros quizá, les guste solamente el hecho de ser contados en el ejército de Cristo. Otros pueden tener pocos deseos y anhelos lánguidos de lograr la corona de gloria. Pero es únicamente el cristiano auténtico, el que le hace frente a los enemigos de su alma, quien realmente lucha contra ellos y, en esa lucha, los vence.

Una gran lección que deseo que mis lectores aprendan de estas epístolas es que, si han de dar pruebas de haber nacido de nuevo y de que van en dirección al cielo, tienen que ser soldados victoriosos de Cristo. Si anhelan estar seguros de que tienen derecho a las promesas preciosas de Cristo, tienen que pelear la buena batalla en la causa de Cristo y salir airosos.

La *victoria* es la única evidencia satisfactoria de que tienen una fe salvadora. Quizá les guste escuchar buenos sermones. Respetan la Biblia y la leen ocasionalmente. Elevan a Dios sus oraciones en la noche y en la mañana. Tienen el culto familiar y ofrendan a la obra misionera. Doy gracias a Dios por esto. Pero,
¿cómo va la batalla? ¿Cómo pelean sus batallas durante el tiempo de lucha? ¿Están venciendo el amor al mundo y el temor al hombre? ¿Están venciendo las pasiones, el mal carácter y la lascivia de sus propios corazones? ¿Están resistiendo al diablo y obligándolo a huir? ¿Cómo va esto? Tienen que vencer o servir al pecado, al diablo y al mundo. No hay otra alternativa. Tienen que vencer o ser vencidos para perdición.

Sé muy bien y quiero que ustedes también sepan que es una batalla difícil la que tienen que pelear.

Deben pelear la buena batalla de la fe y soportar aflicciones para alcanzar la vida eterna. Tienen que decidirse a luchar diariamente si quieren llegar al cielo. Puede haber caminos breves al cielo inventados por el hombre, pero el cristianismo legado de la antigüedad es el camino de la cruz, el camino de conflictos. El

pecado, el mundo y el diablo tienen que ser realmente mortificados, resistidos y vencidos.

Éste es el camino que los santos de antaño tomaron dejando "su récord en lo más alto".

(a)Moisés rechazó los placeres pecaminosos en Egipto y escogió las aflicciones del pueblo de Dios. Esto fue vencer: Venció el ***amor a los placeres.***

(b) Micaías se negó a profetizar buen éxito al rey Acab, aunque sabía que profetizar la verdad significaría que sería perseguido. Esto fue vencer: Venció el ***amor a la comodidad.***

(c) Daniel se negó a dejar de orar, aunque sabía que había un foso de leones preparado para él, Esto fue vencer: Venció el ***temor a la muerte.***

(d) Mateo abandonó sus negocios cuando nuestro Señor le pidió que lo siguiera. Esto fue vencer. Venció el ***amor al dinero.***

(e) Pedro y Juan ante el concilio dijeron con valentía: "No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído". Esto fue vencer. Vencieron el ***temor al hombre***.

(f) Saulo, el fariseo, renunció a su fama entre los judíos y predicó a ese mismo Jesús que había perseguido. Esto fue vencer: Venció el ***amor a la alabanza del hombre***.

Nosotros tenemos que hacer el mismo tipo de acciones de estos hombres, si queremos ser salvos. Eran hombres con pasiones como las nuestras y las vencieron. Tenían tantas pruebas, como posiblemente tenemos nosotros, pero vencieron. Lucharon. Batallaron. Pelearon. Nosotros tenemos que hacer lo mismo.

¿Cuál fue el secreto de su victoria? Su *fe*.

Creyeron en Cristo y, creyendo, recibieron fuerzas. Creyeron en Cristo y, creyendo, fueron sostenidos. En todas sus batallas, tuvieron sus ojos puestos en Jesús y él nunca los dejó ni los abandonó. "Y ellos le han vencido [al acusador] por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos" y lo mismo

sea con nosotros (Ap. 12:11).

Les dejo estas palabras. Les pido que las tomen a pecho. Cada uno decida, por la gracia de Dios, ser un cristiano *vencedor*.

Me preocupan muchos *cristianos profesantes*. No veo en ellos ninguna señal de lucha y, menos aún, de victorias. Nunca abren la boca en defensa de Cristo. Están en paz con sus enemigos. No tienen problemas con el pecado. Le advierto que esto no es ser cristiano. Éste no es el camino al cielo.

A menudo, me preocupo mucho por los que escuchan el evangelio regularmente. Me preocupa que se acostumbren tanto a oír su doctrina, que se insensibilizan a su poder. Me temo que su fe se limite a una conversación incierta acerca de su propia flaqueza y corrupción, y algunas expresiones sentimentales acerca de Cristo, mientras ignoran totalmente la necesidad de luchar por Cristo de verdad y en la práctica. Cuídese de no caer en este mismo error. "Sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores". ¡Sin victoria no hay corona!
¡Luche y venza! (Stg. 1:22).

Jóvenes y señoritas y, especialmente los que se han criado en un hogar cristiano: Temo por ustedes. Temo que se acostumbren a ceder a las tentaciones. Temo que les dé miedo decirle "¡no!" al mundo y al diablo, y que cuando los pecadores los tientan, no tengan reparos en ceder. Tengan cuidado, les ruego que no cedan. Cada vez que lo hacen, se van debilitando. Salgan al mundo decididos a pelear la batalla de Cristo y a abrirse paso luchando.

Creyentes en el Señor Jesús, de todas las iglesias y posiciones en la vida: Me identifico mucho con ustedes.

Sé que su camino es difícil. Sé que la batalla que tienen que pelear es difícil. Sé que, a menudo, se sienten tentados a decir: "No vale la pena" y a bajar sus brazos.

Anímense queridos hermanos y hermanas. Les ruego que sean valientes. Vean el lado positivo de su posición. Cobren aliento para

seguir luchando. El tiempo es breve. El Señor viene pronto. La noche está avanzada. Millones de personas débiles como ustedes han peleado la misma batalla. Ni uno de todos esos millones ha terminado cautivo de Satanás. Sus enemigos son poderosos, pero el Capitán de su salvación es aún más poderoso. Su brazo, su gracia y su Espíritu lo mantendrán en pie. Alégrense. No se desanimen.

¿Qué si pierde una batalla o dos? No las perderá todas. ¿Qué si a veces desmaya? No será destruido. Guárdese del pecado y el pecado no tendrá poder sobre usted. Resista al diablo y él huirá de usted. Aléjese audazmente del mundo y el mundo se verá obligado a dejarlo ir. Al final será más que vencedor.

Aplicación práctica

Daré algunas palabras de aplicación de todo el tema y, con esto, habré terminado.

(a) Para empezar, ***advierto a todo el que está viviendo solo para el mundo, que piense bien lo que está haciendo.*** Aunque no lo sepa, usted es enemigo de Cristo. Él conoce sus caminos aunque le esté dando la espalda y se niegue a entregarle su corazón. Está observando su vivir cotidiano y notando lo que hace. Habrá una resurrección de todos sus pensamientos, palabras y acciones. Usted puede olvidarlas, pero Dios no las olvida. Puede ser que usted ni les dé importancia, pero están escritas con cuidado en el libro de memorias. ¡Oh, hombre mundano! ¡Piense en esto! Tiemble, tiemble y arrepiéntase.

(b) En segundo lugar, ***advierto a todo formalista y fariseo que mire bien que no sea engañado.***

Usted se imagina que irá al cielo porque asiste regularmente a la iglesia. Se queda tranquilo pensando que tiene vida eterna porque siempre participa de la Cena del Señor y su asistencia a los cultos es perfecta. Pero, ¿dónde está su arrepentimiento? ¿Dónde está su fe? ¿Dónde están las evidencias de un nuevo corazón? ¿Dónde están las

evidencias de regeneración? ¡Oh, cristiano de nombre solamente! ¡Piense en estas preguntas! ¡Tiemble, tiemble y arrepiéntase!

(c) En tercer lugar, ***advierto a todo miembro negligente de las iglesias que tengan cuidado, no sea que por su negligencia, su alma termine en el infierno.*** Usted vive año tras año como si no hubiera ninguna batalla que pelear con el pecado, el mundo y el diablo. Pasa por la vida sonriendo, riendo y portándose como un caballero o una dama, y actúa como si no hubiera un diablo, un cielo ni un infierno. Oh, miembro negligente de la iglesia, episcopal negligente, presbiteriano negligente, independiente negligente, bautista negligente:
¡Despierte para ver las realidades eternas en su verdadera perspectiva! ¡Despierte y póngase la armadura de Dios! ¡Despierte y luche duro por la vida! Tiemble, tiemble y arrepiéntase.

(d) En cuarto lugar, ***advierto a todo aquel que quiera ser salvo, que no se contente con las normas del mundo concernientes al cristianismo.*** Nadie que tiene los ojos abiertos puede dejar de ver que el cristianismo del Nuevo Testamento es muy superior y más profundo que el que profesa la mayoría de los cristianos. Esas prácticas ceremoniosas, fáciles y carentes de obras que la mayoría llama cristianismo, evidentemente, no es el *cristianismo* del Señor Jesús. Las virtudes que elogia en estas siete epístolas no son las que elogia el mundo. Las cosas que condena son cosas en las que el mundo no ve nada malo. ¡Oh, si su intención es seguir a Cristo, no se contente con el cristianismo *del mundo*! Tiemble, tiemble y arrepiéntase.

(e) En último lugar, ***advierto a todo el que profesa creer en el Señor Jesús, que no se contente con una medida escasa de él***.

De todas las cosas que se ven en la iglesia de Cristo, no hay ninguna más penosa que el cristiano que se contenta y está satisfecho con un *poquito de gracia*, un *poquito de arrepentimiento*,

un *poquito de fe*, un *poquito de conocimiento,* un *poquito de amor y* un *poquito de santidad*. Le ruego a cada uno que lee estas líneas que no sea ese tipo de cristiano. Si quiere ser útil, si desea promover la gloria de su Señor y si anhela paz interior, no se contente con solo un poquito de cristianismo.

En cambio, busquemos cada día de nuestra vida progresar espiritualmente cada vez más, crecer en la gracia y el conocimiento del Señor Jesús, ser más humildes y conocernos mejor, crecer en espiritualidad, pensando en el cielo y conformarnos, cada vez mejor, a la imagen de nuestro Señor.

Tengamos cuidado de no dejar nuestro primer amor como la iglesia en Éfeso, de ser tibios como la de Laodicea, de tolerar prácticas falsas como la de Pérgamo, de jugar con falsas doctrinas como la de Tiatira y de estar al borde de la muerte como la de Sardis.

En cambio, anhelemos los dones mejores. Sea nuestra meta *lograr una santidad excelente*. Procuremos ser como la iglesia de Esmirna y la de Filadelfia. Mantengamos, sin fluctuar, lo que ya tenemos y procuremos, continuamente, lograr más. Trabajemos para ser *incuestionablemente* cristianos. Que no seamos identificados como hombres de ciencia, ni escritores exitosos, ni hombres de mundo, ni gente divertida ni hombres de negocios, sino "hombres de Dios". Vivamos de modo que todos vean que lo más importante para nosotros es todo lo que se relaciona con Dios y que la gloria de Dios es nuestra primera prioridad, seguir a Cristo el gran objetivo del presente y estar con Cristo, el gran anhelo para la vida venidera.

Vivamos de esta manera y seremos felices. Vivamos de esta manera y le haremos bien al mundo. Vivamos de esta manera y dejaremos buena evidencia detrás de nosotros cuando muramos. Vivamos de esta manera y lo que el Espíritu dijo a las iglesias no habrá sido dicho en vano.

15.“¿Me amas?”

“¿Me amas?”. Juan 21:16

Cristo dirigió al apóstol Pedro, la pregunta que encabeza este capítulo. No existe una más importante. Han pasado más de diecinueve siglos desde que Jesús dijo estas palabras. Pero hasta la fecha la pregunta sigue siendo muy inquietante y provechosa.

La disposición de amar a alguien es uno de los sentimientos más comunes que Dios ha implantado en la naturaleza humana. Lamentablemente y con demasiada frecuencia, la gente consagra su amor a objetos que no lo merecen. Quiero ahora reclamar un lugar para él, el único que es digno de todos los mejores sentimientos de nuestro corazón. Quiero que todos le den parte de su amor a la Persona Divina que nos amó y se dio por nosotros. Entre todo lo que aman, les pido que no se olviden ***de amar a Cristo***.

Quiero que cada uno de mis lectores enfoque su atención en este tema tan portentoso. Este no es un tema sólo para los exaltados y fanáticos. Merece la consideración de cada creyente que cree la Biblia. Nuestra salvación misma depende de ello. La vida o la muerte, el cielo o el infierno dependen de nuestra aptitud de contestar una sencilla pregunta: "¿Ama usted a Cristo?".

Quiero destacar dos puntos al iniciar este tema.

I. El cristiano auténtico ama a Cristo

En primer lugar, *quiero mostrarle el sentimiento singular hacia Cristo del cristiano auténtico: Lo ama*.

Cristiano auténtico no es simplemente una mujer o un hombre bautizado. Es más. No es la persona que asiste, por costumbre, a la iglesia los domingos y vive el resto de la semana como si Dios no existiera. Costumbre no es cristianismo, adoración solamente de labios no es cristianismo.

Las Escrituras lo afirman expresamente: "No todos los que descienden de Israel son israelitas" (Ro. 9:6). La lección práctica de esas palabras es clara y sencilla. No todo el que es miembro de la iglesia visible de Cristo es, necesariamente, un cristiano auténtico.

Cristiano auténtico es aquel cuya fe en Cristo es de corazón y es su vida. La siente en su corazón. Es vista por los demás en su conducta y su vida. Siente que es pecaminoso, culpable e indigno. Y se arrepiente. Considera a Jesucristo un Salvador divino que su alma necesita y se entrega a él. Se despoja del viejo hombre con sus hábitos corruptos y carnales y se viste del nuevo hombre. Vive una vida nueva y santa, luchando habitualmente contra el mundo, la carne y el diablo. Cristo mismo es la piedra angular de su fe en Cristo. Pregúntele en qué confía para perdón de sus muchos pecados y le dirá que en la muerte de Cristo. Pregúntele en qué justicia espera ser declarado inocente el Día del Juicio y le dirá que en la justicia de Cristo. Pregúntele siguiendo qué ejemplo trata de vivir su vida y le dirá que siguiendo el ejemplo de Cristo.

Además de todo esto, hay una característica más que es singular del cristiano auténtico. Esa característica es que ***ama*** a Cristo. Conocimiento, fe, esperanza, reverencia y obediencia son todas características que distinguen al cristiano auténtico. Pero la descripción de él es imperfecta si omitimos su "amor" por su divino Maestro. No sólo conoce, confía y obedece. Va más allá: Ama.

Esta característica singular del cristiano auténtico se menciona varias veces en la Biblia. "Fe en el Señor Jesucristo", es una expresión con la cual muchos cristianos están familiarizados. Nunca olvidemos que el amor es mencionado por el Espíritu Santo en términos casi tan fuertes como la fe. Grande es el peligro del que "no cree"; pero el peligro del que "no ama" es igualmente grande. No creer y no amar son pasos hacia la perdición eterna.

Vea lo que les dice Pablo a los corintios: "El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema. El Señor viene" (1 Co. 16:22). Pablo no ofrece ninguna vía de escape al que no ama a Cristo. No le deja ninguna excusa o escapatoria. Uno puede carecer de conocimiento

intelectual y, no obstante, ser salvo. Puede caer tremendamente, como David y, no obstante, volver a levantarse. Pero si no ama a Cristo, no anda en el camino de la vida. Sigue siendo objeto de maldición. Anda en el camino ancho que lleva a la perdición.

Vea lo que Pablo le dice a los efesios: "La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable" (Ef. 6:24). Aquí, Pablo está enviando sus saludos y declarando su simpatía por todos los cristianos auténticos. A muchos de ellos, indudablemente, nunca los había visto. Muchos en la iglesia primitiva eran débiles en la fe, en conocimiento y fallaban en negarse a sí mismos.

¿Cómo, entonces, podía describirlos al enviarles su mensaje? ¿Qué palabras podía usar para no desanimar a los hermanos débiles? San Pablo escoge una expresión genérica que describe con exactitud a todos los cristianos auténticos. No todos habían alcanzado la misma madurez ni en la doctrina ni en la práctica. Pero todos *amaban a Cristo* con sinceridad.

Vea lo que nuestro Jesucristo mismo les dice a los judíos: "Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais" (Jn. 8:42). Vio a sus errados enemigos satisfechos con su condición espiritual por el hecho de ser todos descendientes de Abraham. Los vio, como sucede con muchos cristianos ignorantes de nuestra época, que se creen hijos de Dios nada más por haber sido circuncidados y pertenecer a la iglesia judía. Se establece el amplio principio de que nadie es hijo de Dios si no ama al hijo unigénito de Dios. Nadie que no ama a Cristo tiene el derecho de llamar "Padre" a Dios. Bueno sería si muchos cristianos recordaran que este principio portentoso se aplica a ellos tal como se aplica a los judíos.

¡Sin amor a Cristo nadie se puede llamar hijo de Dios!

Vea una vez más lo que nuestro Señor Jesucristo le preguntó al apóstol Pedro, después de haber resucitado: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?" (Jn. 21:15-17). La ocasión es digna de notar. Quiso

recordar gentilmente a su discípulo infiel sus tres caídas consecutivas. Quería que confesara nuevamente su fe antes de restaurarlo y volver a comisionarlo públicamente para que alimentara a su Iglesia.

¿Y cuál fue la pregunta que le hizo? Podría haber preguntado: "¿Crees? ¿Eres convertido? ¿Estás listo para confesarme? ¿Me obedecerás?". No usó ninguna de estas expresiones. Preguntó sencillamente: "¿Me amas?". Éste es el *quid* de la cuestión. Su deseo es que sepamos en qué se basa la fe cristiana. Es tan claro y fácil de entender, aun por el menos letrado, y, a la vez, contiene una realidad que pone a prueba hasta al apóstol más erudito. Si alguien ama realmente a Cristo, todo está bien, si no lo ama, todo está mal.

¿Desea conocer el secreto de este sentimiento singular hacia Cristo que distingue al cristiano auténtico? Lo tenemos en estas palabras de Juan: "Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero" (1 Jn. 4:19). Ese texto se aplica a Dios el Padre, en especial. Pero no es menos cierto de Dios el Hijo.

El cristiano auténtico ama a Cristo por todo lo que ***ha hecho*** por él. Sufrió por él y murió por él en la cruz. Con su sangre lo ha redimido de la culpa, el poder y las consecuencias del pecado. Lo ha llamado por medio de su Espíritu a conocerse a sí mismo, al arrepentimiento, a la fe, esperanza y santidad. Le ha perdonado y borrado sus muchos pecados. Lo ha librado de la esclavitud del pecado, la carne y el diablo. Lo ha rescatado del borde del infierno, lo ha puesto en el camino angosto y rumbo al cielo. Le ha dado luz donde había oscuridad, paz a su conciencia donde había intranquilidad, esperanza donde había incertidumbre y vida donde había muerte.

¿Puede asombrarnos que el cristiano auténtico ame a Cristo?

Y lo ama además, por todo lo que ***sigue haciendo***. Siente que todos los días le está limpiando sus muchas faltas y flaquezas, y defendiendo

la causa de su alma ante Dios. Satisface todos los días las necesidades de su alma y le brinda una provisión constante de misericordia y gracia. Día tras día lo va conduciendo por medio de su Espíritu hacia la ciudad que será su morada, cargándolo cuando es débil e ignorante, levantándole cuando tropieza y cae, protegiéndolo contra sus muchos enemigos y preparándole un hogar eterno en el cielo. ¿Puede asombrarnos que el cristiano auténtico ame a Cristo?

¿Acaso no ama el deudor encarcelado al amigo que, sorpresivamente y sin merecerlo, paga todas sus deudas, le da nuevo capital y lo hace su socio? ¿Y no ama el prisionero de guerra al hombre que arriesga su propia vida y, entrando en las líneas enemigas, lo rescata y lo pone en libertad? ¿No ama el marinero que se está ahogando al hombre que se tira al mar, se zambulle para tomarlo del cabello y con un esfuerzo casi sobrehumano lo salva de morir ahogado? Hasta un niño puede contestar preguntas como éstas. De la misma manera y, por las mismas premisas, el cristiano auténtico ama a Jesucristo.

(a) Este amor a Cristo es el *compañero inseparable* de la fe salvadora. Es posible tener fe como la de los demonios, una fe sólo intelectual. El amor no puede usurpar el lugar de la fe. No puede justificar. No une el alma a Cristo. No puede dar paz a la conciencia. Pero donde hay una fe real en Cristo que justifica, siempre hay amor a Cristo. La persona que realmente ama es la persona que ha sido perdonada (Lc. 7:47). Si uno no ama a Cristo, puede estar seguro de que tampoco tiene fe.

(b) Amar a Cristo es el *móvil de la obra* para Cristo. Poco se hace por su causa en el mundo por obligación o por saber lo que es correcto y adecuado.

El corazón tiene que interesarse antes de que las manos comiencen a moverse y lo sigan haciendo. El entusiasmo puede causar un movimiento frenético y espasmódico de las manos. Pero sin amor,

no habrá un seguimiento continuo y paciente de su obra misionera aquí y por todo el mundo. La enfermera en el hospital puede cumplir bien sus obligaciones, le puede dar al enfermo sus medicamentos a la hora que tiene que hacerlo, darle de comer y atender todas sus necesidades. Pero hay una gran diferencia entre esa enfermera y la esposa cuidando a su amado esposo que está enfermo o una madre cuidando a su hijo en su lecho de muerte. La primera actúa porque ese es su deber, la otra hace lo que hace por lo que siente en su corazón. Lo mismo sucede en el servicio de Cristo. Los grandes obreros de la iglesia, los hombres que han dirigido empresas arriesgadas entrando a nuevos campos de labor y los han revolucionado con el evangelio, han sido hombres que amaban a Cristo.

Examinemos el carácter de Own y Baxter, de Rutherford y George Herbert, de Leighton y Hervey, de Whitefield y Wesley, de Henry Martyn y Judson, de Bickersteth y Simeon, de Hewitson y M'Cheyne, de Stowell y M'Neile. Estos hombres han dejado una huella sobre el mundo. ¿Y cuál es la característica que tenían en común? Todos amaban a Cristo. No sólo tenían un credo. Amaban a una persona, amaban al Señor Jesucristo.

(c) El amor a Cristo es una enseñanza que debemos enfatizar de manera especial cuando *enseñamos el evangelio* a los niños. La elección, la justicia imputada, el pecado original y, aun, la fe misma son temas que, a veces, confunden al niño pequeño. En cambio, amar a Jesús parece ser algo que pueden comprender. Los amó hasta la muerte y ellos debieran devolver su amor; es una enseñanza que sus mentes pueden captar. ¡Cuán cierto es que "de la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza"! (Mt. 21:16) Hay una infinidad de cristianos que saben todos los artículos del Credo Apostólico,

el Credo de San Atanasio y el Credo Niceno, pero no obstante, saben menos del verdadero cristianismo que un pequeñito, que sólo sabe que ama a Cristo.

(d) El amor a Cristo es el *común denominador* de los creyentes en cada rama de la Iglesia de Cristo en el mundo. Ya sea episcopal o presbiteriano, bautista o independiente, calvinista o arminiano, metodista o moravo, luterano o reformado, establecido o libre, todos coinciden en esto. Con frecuencia, tienen amplias diferencias en cuanto a procedimientos y ceremonias, gobierno eclesiástico y modalidades del culto. Pero al menos, están unidos en un punto. Todos comparten el sentimiento hacia Aquel sobre quien edifican su esperanza de salvación: "La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable" (Ef. 6:24). Es posible que muchos de ellos no sepan nada de su teología sistemática y, débilmente, podrían defender su credo. Pero todos saben lo que sienten hacia Aquel que murió por sus pecados. "No puedo hablar mucho por Cristo, señor", dijo una anciana cristiana iletrada al Dr. Chalmers, "¡pero aunque no sé cómo hablar por él, puedo morir por él!".

(e) El amor a Cristo será la *característica que distinguirá* a todas las almas salvas en el cielo. La multitud imposible de contar será de un sentir. Todas las diferencias se fundirán en un solo sentir. Todas las peculiaridades doctrinales discutidas fieramente en la tierra, serán cubiertas por el sentimiento de ser deudores de Cristo. Lutero y Zwinglio ya no discutirán. Wesley y Toplady ya no perderán el tiempo en controversias. Conservadores y Disidentes ya no se morderán y devorarán los unos a los otros. Todos con un mismo sentir y a una voz se unirán en cantar este himno de alabanza: "Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos" (Ap. 1:5, 6). Las palabras que John Bunyan pone en boca del *Sr. Firme* son ciertas.

Dijo: "Este río ha sido un terror para muchos; sí, y pensar en él con frecuencia también me ha causado temor. Pero ahora creo que estoy firme; mis pies están seguros sobre lo que pisaron los pies de los sacerdotes que llevaron el Arca del pacto mientras Israel

cruzaba este Jordán. Las aguas, ciertamente, son amargas para el paladar y frías para el estómago; sin embargo, pensar en hacia dónde voy y lo que me espera al otro lado, está como un carbón resplandeciente en mi corazón.

Ahora me veo al final de mi viaje y mis días trabajosos han terminado. Voy a ver *esa* cabeza que estuvo coronada de espinas y *ese* rostro que recibió escupitajos por mí.

Antes vivía de oídas y por fe, pero ahora voy donde viviré por vista y estaré con Aquel en cuya compañía me deleito.

He amado el oír hablar de mi Señor y dondequiera que he visto la huella de su calzado en la tierra, allí he deseado poner también mi pie.

Su nombre ha sido para mí como un almizcle; sí, más dulce que todos los perfumes. Su voz ha sido para mí lo más dulce y su aspecto he deseado más que quienes han deseado más la luz del sol".

¡Felices son los que saben algo de esto por experiencia! El que quiere estar preparado para el cielo tiene que conocer algo del amor de Cristo. El que muere sin haber sentido ese amor, mejor habría sido que no hubiera nacido.

II. Cómo se revela el amor a Cristo

En segundo lugar, quiero mostrar las *características singulares por las que el amor a Cristo se da a conocer*.

El tema es de gran importancia. Si no hay salvación sin amor a Cristo y si el que no ama a Cristo está en peligro de la condenación eterna, nos conviene analizar lo que sabemos de esto. Cristo está en el cielo y nosotros en la tierra.

¿Cómo podemos reconocer a la persona que nos ama y amamos?

Felizmente es algo fácil de determinar. ¿Cómo sabemos si amamos a alguien aquí en la tierra? ¿De qué manera se demuestra el amor entre la gente en este mundo: Entre esposo y esposa,

entre padre e hijo, entre hermano y hermana, entre un amigo y otro? Estas preguntas son fáciles de contestar con sentido común y observación. Al contestar sinceramente estas preguntas, el nudo que tenemos delante se desata. ¿Cómo demostramos afecto entre nosotros?

(a) Si amamos a una persona ***nos gusta pensar en ella***. No necesitamos que alguien nos la recuerde. No olvidamos su nombre, su aspecto, su carácter, sus opiniones, sus gustos, su posición ni su ocupación. Nos viene a la mente varias veces al día. Aunque quizá esté lejos, a menudo está presente en nuestros pensamientos. Pues bien, ¡sucede lo mismo con el cristiano auténtico y Cristo! Cristo "habita en su corazón" y, por esto, piensa en él cada día (Ef. 3:17). No es necesario recordarle al cristiano auténtico que tiene un Señor que fue crucificado. Piensa en él con frecuencia. Nunca olvida que Jesús tiene un día, una causa y un pueblo, y que él forma parte de su pueblo. El afecto es el verdadero secreto de una buena memoria en nuestro vivir cristiano. El hombre mundano no puede pensar mucho en Cristo, a menos que alguien se lo haga notar, porque no siente ningún afecto por él. El cristiano auténtico piensa en Cristo cada día de su vida sencillamente porque lo ama.

(b) Si amamos a una persona ***nos gusta oír que nos hablen de ella***. Nos da alegría escuchar a los que hablan de ella. Tenemos interés en lo que otros comentan de ella. Somos todo oídos cuando otros describen su manera de ser, lo que dice, lo que hace y lo que planea. Algunos pueden oírlo mencionar con total indiferencia, pero nuestro propio corazón salta dentro de nosotros con el simple sonido de su nombre. Pues bien, ¡sucede lo mismo entre el cristiano auténtico y Cristo!

Al cristiano auténtico le encanta oír acerca de su Señor. Sus sermones favoritos son los que están llenos de Cristo. Disfruta de la compañía de la gente que conversa de las cosas de Cristo. He leído de una anciana galesa creyente que caminaba varias millas todos los

domingos para escuchar la predicación de un pastor británico, aunque no entendía una palabra de inglés. Cuando le preguntaron por qué lo hacía respondió que este pastor decía el nombre de Cristo con tanta frecuencia en sus sermones que a ella le hacían bien. Incluso, amaba el nombre de su Salvador.

(c) Si amamos a una persona ***nos gusta leer acerca de ella***. ¡Qué placer le da a una mujer una carta de su esposo ausente o a una madre la de un hijo que está lejos! Otros pueden verle muy poco valor a la carta. Ni siquiera les interesa leerla. Pero los que aman al escritor, ven algo en la carta que nadie más puede ver. La llevan consigo como un tesoro. La leen una y otra vez. Pues bien, ¡sucede lo mismo entre el cristiano auténtico y Cristo! Al cristiano auténtico le encanta leer las Escrituras porque le relatan acerca de su amado Salvador. No le resulta tedioso, leerlas. Rara vez hay que recordarle que lleve la Biblia cuando va de viaje. No puede ser feliz sin ella. ¿Y por qué es todo esto así? Es porque las Escrituras testifican de aquel que ama su alma: Cristo.

(d) Si amamos a una persona, ***nos gusta complacerle***. Nos gusta consultar sus gustos y opiniones, seguir sus consejos y hacer las cosas que ella aprueba. Hasta nos privamos de nuestros propios gustos para complacer sus deseos, nos abstenemos de cosas que sabemos que a ella le disgustan y aprendemos a hacer cosas que nos son difíciles porque pensamos que le van a gustar. Pues bien, ¡sucede lo mismo entre el cristiano auténtico y Cristo! El cristiano auténtico estudia para complacerle, siendo santo en el cuerpo y en el espíritu. Muéstrele algo en su comportamiento diario que Cristo aborrece y renunciará a ello. Muéstrele algo que lo deleita y buscará la manera de hacerlo.

No comenta que los requisitos de Cristo sean demasiado estrictos y severos, como lo hacen los hijos del mundo. Para él, los mandatos de Cristo no son gravosos y la carga de Cristo es liviana. ¿Y por qué es todo esto así? Sencillamente porque lo ama.

(e) Si amamos a una persona, ***nos gustan sus amigos***. Nos gustan, aun antes de conocerlos. Nos atraen porque compartimos el amor por la misma persona. Cuando los conocemos no nos resultan totalmente extraños. Hay algo que nos une. Ellos aman a la persona que nosotros amamos y eso es suficiente recomendación. Pues bien, ¡sucede lo mismo entre el cristiano auténtico y Cristo! El cristiano auténtico considera a todos los amigos de Cristo como sus propios amigos, miembros del mismo cuerpo, hijos de la misma familia, soldados del mismo ejército, viajeros a la misma patria celestial. Cuando los ve por primera vez, es como si siempre los hubiera conocido. Está más a gusto con ellos durante unos minutos que lo que está con mucha gente mundana, después de conocerla durante varios años. ¿Y cuál es el secreto de todo esto? Es, sencillamente, el afecto que sienten por el mismo Salvador y el amor que tienen por el mismo Señor.

(f) Si amamos a una persona, ***somos celosos de su nombre y honra***. No nos gusta oír que digan algo en su contra sin abrir la boca para defenderla. Nos sentimos comprometidos a defender sus intereses y su reputación. Reaccionamos al que la trata mal, casi con el mismo disgusto como si nos hubiera tratado mal a nosotros. Lo mismo sucede entre el cristiano auténtico y Cristo. El verdadero cristiano reacciona con un celo santo a todos los esfuerzos de los demás por menospreciar la palabra de su Señor, su nombre, su Iglesia o su día. Lo confesaría delante de príncipes, si fuera necesario, y es sensible a la más pequeña deshonra dirigida a él. No se queda callado ni soporta que se denigre la causa de su Señor sin levantar la voz para testificar a su favor. ¿Y por qué es todo esto así? Sencillamente porque lo ama.

(g) Si amamos a una persona, ***nos gusta hablar con ella***. Le confiamos todos nuestros pensamientos y le abrimos nuestro corazón. No nos cuesta trabajo encontrar temas de conversación. Por más reservados que seamos con los demás, nos resulta fácil

hablar con un amigo que queremos mucho. No importa la frecuencia con que nos encontremos, nunca nos falta tema para hablar. Siempre tenemos mucho que decir, mucho que preguntar, mucho que describir y mucho que comunicar. Pues bien, ¡lo mismo sucede entre el cristiano auténtico y Cristo! Al cristiano auténtico no le resulta nada difícil hablarle a su Salvador. Todos los días tiene algo para contarle y no está contento, a menos que lo haga. Habla con él en oración cada mañana y cada noche. Le cuenta sus necesidades y sus deseos, sus sentimientos y sus temores. Le pide consejo en las dificultades. Le pide consuelo cuando tiene aflicciones. No puede evitarlo. Tiene que conversar con su Salvador continuamente, de otra manera, desmayaría en el camino. ¿Y por qué es esto? Sencillamente porque lo ama.

(h) Por último, si amamos a una persona, ***nos gusta estar siempre con ella.***

Pensar en ella, escucharle, leer lo que nos escribe y conversar con ella es todo muy bueno. Pero cuando realmente amamos a alguien queremos algo más. Ansiamos estar siempre en su compañía. Deseamos estar continuamente con ella sin tener nunca que decirle adiós. Pues bien, ¡lo mismo sucede entre el cristiano auténtico y Cristo! El corazón del cristiano auténtico anhela aquel día cuando verá a su Señor cara a cara y para siempre. Anhela comenzar aquella vida sin fin cuando conocerá como es conocido y nunca más tendrá que ver con el pecado y el arrepentimiento. Le es dulce vivir por fe y siente que será más dulce, aun, vivir por vista. Le es placentero oír acerca de Cristo, hablar de Cristo y leer de Cristo. ¡Cuánto más placentero será ver a Cristo con sus propios ojos y nunca dejar de verlo! Siente que "más vale vista de ojos que deseo que pasa" (Ec. 6:9).

¿Y por qué es todo esto? Sencillamente porque lo ama.

Tales son las características por las que podemos descubrir el verdadero amor. Todas son claras, sencillas y fáciles de comprender. No hay en ellas nada oscuro, nada complejo ni misterioso. Úselas con

sinceridad, manéjelas apropiadamente y podrá comprender bien el tema de este capítulo.

Quizá ha tenido un hijo querido en el ejército en tiempo de guerra. Quizá le tocó pelear en esa guerra y estar en el fragor de las batallas. ¿Recuerda cuán fuertes y llenos de ansiedad fueron sus sentimientos hacia ese hijo? ¡Eso era amor! Quizá sabe lo que es tener a un esposo amado en la marina que, a menudo,
tiene que ausentarse por muchos meses y, aun, años. ¿Recuerda con qué intensidad lo extrañaba durante ese tiempo de separación? ¡Eso era amor!

Quizá tenga en este momento a un hermano querido en Londres, por primera vez en medio de las tentaciones de la gran ciudad, con el fin de abrirse camino en el mundo de los negocios. ¿Cómo resultará? ¿Qué tal le irá? ¿Volverá a verlo alguna vez? ¿Ve con cuánta frecuencia piensa en su hermano? ¡Eso es afecto!

Quizá está usted comprometido con una persona con quien congenia. Pero por prudencia aplaza el matrimonio por tiempo indefinido y su trabajo lo lleva lejos de su prometida. ¿No es cierto que ella está siempre en sus pensamientos? ¿No es cierto que le hace feliz saber de ella, recibir sus noticias y que anhela verla? ¡Eso es afecto!

Hablo de cosas que les son familiares a todos. No tengo que seguir hablando de ellas. Son cosas que todos conocen. En todo el mundo las entienden. No hay ninguna rama de la familia de Adán que no sepa algo del afecto y del amor entre las personas. Entonces, nunca se diga que no podemos saber si un cristiano ama realmente a Cristo. Se puede saber, se puede descubrir, las directrices ya están en sus manos. Las acaba de leer.

Amar al Señor Jesucristo no es algo escondido, secreto e impalpable. Es como el sonido, se oye. Es como el calor, se siente. Donde hay amor, el amor no puede ser escondido. Donde no se puede ver, dé por seguro que no existe.

Ha llegado el momento de ir terminando este capítulo. Pero no puedo hacerlo sin antes hacer un esfuerzo por grabar en su conciencia el tema que estamos enfocando. Lo hago con amor y afecto. Mi anhelo y oración a Dios, al escribir esto, es hacerle un bien a su alma.

(a) Para empezar, le pido una cosa: Que reflexione en la pregunta que Cristo le hizo a Pedro y ***trate de contestarla pensando que va dirigida a usted.*** Léala y recapacite. Examínela con cuidado. Contéstela con veracidad. Después de haber leído todo lo que he escrito sobre ella, *¿puede decir sinceramente que ama a Cristo?*

Responderme que cree las verdades del cristianismo y las doctrinas de la fe cristiana, no es una respuesta aceptable. Semejante fe nunca salvará su alma. En cierto modo, los demonios creen y tiemblan (Stg. 2:19). El cristianismo auténtico salvador no se trata de creer cierto conjunto de opiniones, ni de profesar una serie de nociones. Su esencia es conocer, confiar y amar a cierta Persona viviente que murió por nosotros: Amar a Cristo el Señor. Los cristianos primitivos como Febe, Pérsida, Trifosa, Gayo y Filemón, poco o nada sabían de teología dogmática. Pero todos compartían esta característica primordial: Amaban a Cristo.

No es una respuesta aceptable decirme que usted no aprueba una religión basada en sentimientos. Si quiere dar a entender que no le gusta la religión basada exclusivamente en los sentimientos, coincido totalmente con usted. Pero si se está refiriendo a una que descarta todo sentimiento, poco sabe del cristianismo.

La Biblia nos enseña claramente que alguien puede tener buenos sentimientos, sin tener nada de cristiano.

De igual modo, nos enseña que nadie puede ser un verdadero cristiano, si no siente algo por Cristo.

Es en vano tratar de ocultar que si no ama a Cristo, su alma corre mucho peligro. La suya no es una fe salvadora mientras vive.

No es usted apto para el cielo si muere. Aquel que vive sin amar a Cristo no puede ser sensible a ninguna obligación hacia él. El que muere sin amar a Cristo nunca podría ser feliz en ese cielo donde Cristo es todo en todo. Despierte ahora y comprenda el peligro de su posición. Abra los ojos. Considere sus caminos y sea sabio. Puedo advertirle sólo como un amigo. Pero lo hago de todo corazón y con toda mi alma. ¡Quiera Dios que esta advertencia no sea en vano!

(b) En segundo lugar, si no ama a Cristo, le diré directamente ***cuál es la razón***. Usted no tiene conciencia de que le debe algo a él. No siente ninguna obligación hacia él. No recuerda haber recibido nada de él. Si éste es el caso, es lógico que no lo ama.

Existe un solo *remedio* para su condición. Ese remedio es conocerse a sí mismo y la enseñanza del Espíritu Santo. Los ojos de su entendimiento tienen que abrirse. Tiene que analizar quién es por naturaleza. Tiene que descubrir ese gran secreto, su culpabilidad y vaciedad a la vista de Dios.

Quizá usted nunca lee su Biblia u, ocasionalmente, lee algún capítulo simplemente como un formulismo, sin interés, sin comprender y sin hacer una aplicación práctica a su vida. Siga hoy mi consejo y cambie su manera de ser. Comience a leer la Biblia reflexivamente y no descanse hasta familiarizarse con ella. Lea lo que la ley de Dios requiere, tal como lo explica el Señor Jesús en el capítulo cinco de *Mateo.* Lea cómo Pablo describe a la naturaleza humana en los dos primeros capítulos de su *Epístola a los Romanos*. Estudie pasajes como estos con espíritu de oración para recibir la enseñanza del Espíritu y luego diga si es un deudor a Dios o no. Pregúntese si es un gran deudor que necesita un Amigo como Cristo.

Quizá nunca ha sabido usted nada de la oración real y profunda. Está acostumbrado a tratar el cristianismo como asunto de las iglesias, congregaciones, prácticas, cultos y domingos, pero no como algo que requiere la atención seria y sentida del hombre interior.

Siga hoy mi consejo y cambie su manera de pensar. Comience el hábito de rogar a Dios por su alma con sinceridad y de todo corazón. Pídale que le dé luz, enseñanza y autoconocimiento. Suplíquele que le muestre lo que necesita saber para la salvación de su alma. Haga esto con todo su corazón y su alma, y no dudo que pronto sentirá que necesita a Cristo.

El consejo que le doy puede parecer simple y trillado. No lo rechace por esa razón. Es el sendero antiguo que millones han transitado ya y, felizmente, han encontrado paz para sus almas. No amar a Cristo es estar en peligro inminente de ruina eterna. Ver que necesita a Cristo y la asombrosa deuda que tiene con él es el primer paso para amarlo. Conocerse a sí mismo y comprender su verdadera condición ante Dios es la única manera de ver su necesidad. Escudriñar el Libro de Dios y pedirle luz en oración es el rumbo correcto para obtener un conocimiento salvador. No se crea demasiado superior, negándose a seguir el consejo que le doy. Sígalo y sea salvo.

(c) En último lugar, si quiere aprender algo acerca de amar a Cristo, acepte dos palabras de ***consolación y consejo***. Quiera Dios que le hagan bien.

Para empezar, si ama a Cristo, de hecho y en verdad, *regocíjese* pensando que tiene una buena evidencia con respecto al estado de su alma. El amor es una evidencia de la gracia. ¿Qué, si alguna vez siente dudas? ¿Qué, si le resulta difícil decir si su fe es genuina y su gracia auténtica? ¿Qué, si su vista está tan borrosa por las lágrimas que no puede distinguir claramente su llamado y elección de Dios? Aun así, hay razón para tener esperanza y fuerte consolación si su corazón puede testificar que ama a Cristo.

Donde hay verdadero amor, hay fe y gracia. No lo amaría usted si él no hubiera hecho algo por usted. Su amor es una muestra positiva.

En segundo lugar, si ama a Cristo no se *avergüence* de que los

demás lo vean y lo sepan. Hable en nombre de él. Testifique de él. Viva para él. Trabaje para él. Si él lo ha amado y limpiado de los pecados con su propia sangre, no se mantenga callado acerca de lo que siente, y devuelva su amor. "Dígame", le dijo un inglés insensato e incrédulo a un indio norteamericano convertido: "Dígame, ¿por qué le da tanto importancia a Cristo y por qué habla tanto de él? ¿Qué ha hecho este Cristo por usted para que lo alabe tanto?". El indio no le respondió con palabras. Juntó hojas y musgos secos y formó un círculo con ellos. Luego tomó un gusano y lo puso en el centro del círculo. Encendió un fósforo y prendió fuego a las hojas y el musgo. Pronto las llamas corrieron por todo el círculo y el gusano empezó e encogerse y retorcerse de dolor y, después de tratar en vano de encontrar una salida, se hizo un ovillo en el centro, como en agonía. En ese momento, el indio extendió la mano, levantó suavemente al gusano y lo puso en su regazo. "¿Ve este gusano?", le preguntó al inglés y siguió diciendo: "Yo era esa criatura a punto de perecer. Me estaba muriendo en mis pecados, sin esperanza, indefenso y al borde de un fuego eterno. Jesucristo fue quien extendió su brazo poderoso. Jesucristo fue quien me liberó con la mano de su gracia e impidió que ardiera en un fuego eterno. Jesucristo fue quien me guardó a mí, un pobre gusano pecador, cerca del corazón de su amor. Así que, señor, esa es la razón que tengo para hablar de Jesucristo y alabarle tanto. No me avergüenzo de él porque lo amo".

Si hemos de saber algo del amor de Cristo, ¡sepamos lo que sabía este indio!

¡Dios quiera que nunca pensamos que amamos a Cristo demasiado, que vivimos para él demasiado, que lo confesamos con demasiada valentía ni que nos entregamos a él con demasiada consagración! De todas las cosas que nos sorprenderán en el día de la resurrección,

creo que lo que más nos sorprenderá es que no amamos más a Cristo antes de morir.

16.“Sin Cristo”

“Estabais sin Cristo”. Efesios 2:12

El texto que encabeza este capítulo describe la condición de los efesios antes de llegar a ser cristianos. Pero eso no es todo. Describe el estado de cada hombre y mujer en el mundo que no se ha convertido a Dios. ¡No puedo imaginarme una condición peor! Ya es bastante malo no tener dinero, ni salud, ni casa, ni amigos. Pero es mucho peor estar "sin Cristo".

Examinemos el texto y veamos qué contiene. Quién sabe si puede ser un mensaje de Dios para algún lector de este libro.

I. Cuando un hombre está "sin Cristo"

Consideremos, en primer lugar, *cuándo se puede afirmar que el hombre está "sin Cristo"*. Yo no inventé la expresión "sin Cristo". Yo no acuñé las palabras, sino que fueron escritas bajo la inspiración del Espíritu Santo. San Pablo las usó cuando les estaba recordando a los cristianos de Éfeso cómo había sido su condición anterior, antes de que oyeran el evangelio y creyeran. Ignorantes y en tinieblas, habían estado inmersos en idolatría y paganismo, y eran adoradores de la diosa falsa Diana. Pero no menciona nada de esto. Parece pensar que esto describiría sólo parte de su condición. Entonces, traza un cuadro cuya primera característica es la expresión: "En aquel tiempo estabais sin Cristo" (Ef. 2:12). Ahora bien, ¿Qué quiere decir esta expresión?

(a) Uno está "sin Cristo" ***cuando no tiene ningún conocimiento intelectual de él***. Son millones los que se encuentran en esta condición. No saben quién es Cristo, ni lo que hizo, ni lo que enseñó, ni por qué fue crucificado, no saben dónde está ahora ni lo que él es para la humanidad. En suma, no saben nada de él.

Los paganos, por supuesto, que nunca han escuchado el evangelio, son los primeros que caben dentro de esta descripción. Pero, lamentablemente, no son los únicos.

Hay miles de personas en nuestro país, hoy mismo, que no

tienen ideas más claras sobre Cristo que los propios paganos. Pregúnteles qué saben acerca de Cristo y se sorprenderá de ver las tinieblas que ciegan sus mentes. Visítelos en su lecho de muerte y verá que no saben más de Cristo que de Mahoma. Hay miles así en el campo y miles en las ciudades. Ya sea en la ciudad o en el campo, todas esas personas tienen en común que están "sin Cristo".

Sé que algunos teólogos modernos no comparten mi opinión. Nos dicen que toda la humanidad tiene parte con Cristo, lo conozcan o no. ¡Afirman que todos los hombres y mujeres, por más ignorantes que sean en vida, serán llevados al cielo por la misericordia de Cristo cuando mueran! Creo firmemente que tales creencias no coinciden con la Palabra de Dios. Escrito está: "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Jn. 17:3). Una característica de los impíos, de quienes se vengará en el día final, es que "no conocieron a Dios" (2 Ts. 1:8). Un Cristo desconocido no es un Salvador. ¿Cuál será la condición de los paganos después de la muerte? ¿Cómo serán juzgados los que nunca han oído el evangelio? ¿De qué manera se conducirá Dios con los ignorantes e iletrados? Todas estas preguntas no son de nuestra incumbencia. Podemos estar seguros de lo que dice la Palabra: "El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?" (Gn. 18:25). Pero no contradigamos lo que dice la Biblia. Si las palabras de la Biblia algo significan, no saber de Cristo es estar "sin Cristo".

(b) Pero esto no es todo. Uno está "sin Cristo" ***cuando su corazón no confía en él*** como su Salvador. Es posible saber intelectualmente todo acerca de Cristo y, aun así, no confiar en él.

Hay multitudes que se saben de memoria todos los artículos del Credo y pueden recitar sin vacilar que "nació de la virgen María, sufrió bajo Poncio Pilatos, fue crucificado, murió y fue sepultado". Lo aprendieron en la escuela. Lo tienen grabado en su memoria. Pero

no aprovechan su conocimiento. Confían en algo que no es "Cristo". Esperan ir al cielo porque son de buena moralidad, excelente conducta, porque dicen sus oraciones y asisten a la iglesia, porque han sido bautizados y participan de la Cena del Señor. Pero no saben nada de una fe viva en la misericordia de Dios a través de Cristo; no tienen una confianza real e inteligente en la sangre, justicia e intercesión de Cristo. Acerca de tales personas puedo decir una cosa: Están "sin Cristo".

Sé que muchos no quieren reconocer la verdad de lo que acabo de expresar. Hay quienes dicen que todos los bautizados son miembros de Cristo en virtud de su bautismo. Otros dicen que donde hay conocimiento intelectual, no tenemos derecho a cuestionar la relación con Cristo. Tengo sólo una respuesta para estas maneras de pensar. La Biblia nos prohíbe afirmar que alguien esté unido a Cristo mientras no *cree*. El bautismo no es prueba de que estemos unidos a Cristo. Simón el Mago fue bautizado y, no obstante, le fue dicho claramente: "No tienes tú parte ni suerte en este asunto" (Hch. 8:21). Conocer a Cristo intelectualmente no es prueba de que estamos unidos a él. Los demonios conocían bien a Cristo, pero no tenían parte con él. Dios sabe desde toda la eternidad quiénes son de él. Pero el hombre no sabe nada de la justificación de nadie hasta que cree. La pregunta que importa es: "¿Cree usted?" Escrito está: "El que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él". "El que no creyere, será condenado" (Jn. 3:36; Mr. 16:16). Si algo significan las palabras bíblicas, entonces, no tener fe es estar "sin Cristo".

(c) Tengo una cosa más que decir. Uno está "sin Cristo" ***cuando no se ve la obra del Espíritu Santo en su vida***.

¿Quién puede evitar ver, si observa en su derredor, que hay miríadas de cristianos profesantes que no saben nada de la conversión interior del corazón? Estos le dirán que creen en la religión cristiana, van al culto con alguna regularidad, creen que es

correcto casarse y ser sepultado con todas las ceremonias de la iglesia y se ofenderían profundamente si alguien dudara de que sean cristianos. Pero, ¿dónde se puede ver el Espíritu Santo en sus vidas? ¿A qué dan su corazón y sus afectos? ¿Qué factores se destacan en sus gustos, sus hábitos y sus costumbres? ¡Ay, sólo puede haber una respuesta! No saben nada de la obra renovadora y santificadora del Espíritu Santo por experiencia. Siguen muertos para Dios. La condición de todos estos se resumen en tres palabras: Están "sin Cristo".

Sé también que hay pocos que lo admiten. La gran mayoría dirá que es extremista, una locura y exageración pedir tanto del cristiano y de exigir que tenga que haber una *conversión* en cada uno. Dirán que es imposible lograr la norma elevada a la cual acabo de referirme, estando todavía en el mundo, y que se puede ir al cielo sin ser tan santo. A todo esto sólo respondo: ¿Qué dicen las Escrituras? ¿Qué dice el Señor? Escrito está: "El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios". "Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos". "El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo". "Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él". (Jn. 3:3; Mt. 18:3; 1 Jn. 2:6; Ro. 8:9). Las Escrituras no se pueden quebrantar. Si algo significan las palabras bíblicas, entonces estar sin el Espíritu es estar "sin Cristo".

Dejo con usted las tres proposiciones que acabo de presentar para que las analice reflexivamente y con espíritu de oración. Fíjese bien en la conclusión de cada una. Examine bien todos sus aspectos. Es absolutamente necesario tener parte con Cristo para salvación y el conocimiento, la fe y la gracia del Espíritu Santo.

El que no los tiene está "sin Cristo". ¡Cuán tristemente *ignorantes* son muchos! No saben literalmente nada del cristianismo. Para ellos Cristo, el Espíritu Santo, la fe, la gracia, la conversión y santificación son sólo "palabras y nombres". No

podrían explicar bajo ningún concepto lo que significan. ¿Puede tal ignorancia llevar a alguien al cielo?
¡Imposible! ¡No tener conocimiento, es estar "sin Cristo"!

¡Qué lastimosamente *farisaicos* son muchos! Hablan muy satisfechos de sí mismos acerca de haber "cumplido su deber", de ser "buenos con todo el mundo", de ser "fieles a su iglesia" y de "nunca haber hecho nada realmente malo" como otros y que, por lo tanto, ¡están seguros de que irán al cielo! No parece tener ningún lugar en sus creencias el sentido profundo de pecado y la fe sencilla en la sangre y el sacrificio de Cristo. Todo lo que dicen se trata de *hacer* y nunca de *creer*. ¿Y llevará alguien al cielo este fariseísmo? ¡Nunca! ¡No tener fe, es estar "sin Cristo"!

¡Cuán tristemente *impíos* son muchos! Viven en un abandono habitual del Día del Señor, de la Biblia del Señor y de las ordenanzas del Señor. No les importa hacer las cosas que Dios ha prohibido terminantemente. Viven siempre contrariando los mandamientos de Dios. Entonces, ¿puede semejante impiedad terminar en salvación? ¡Imposible! ¡No tener al Espíritu Santo es estar "sin Cristo"!

Sé muy bien que, a primera vista, estas afirmaciones parecen duras, fuertes, ásperas y severas. Pero, al final de cuentas, ¿acaso no constituyen la verdad de Dios que nos ha sido revelada en las Escrituras? De ser así, ¿no hemos de darlas a conocer? Si algo sé de mi propio corazón, es que anhelo por sobre todas las cosas, magnificar las riquezas del amor de Dios por los pecadores. Ansío contarle a toda la humanidad acerca de la abundancia de misericordia y benevolencia en el corazón de Dios para todo aquel que las busque.

¡Pero no encuentro en ninguna parte, que diga que la persona ignorante, incrédula y no convertida tendrá parte con Cristo! Si me equivoco, agradeceré a cualquiera que pueda mostrarme un camino más excelente. Pero hasta que alguien lo haga, mantendré

firmemente las posiciones que ya he presentado. No me atrevería a apartarme de ellas, no suceda que sea hallado culpable de manejar engañosamente la Palabra de Dios. No me atrevería a quedarme en silencio en cuanto a ellas, no sea que alguno se perdiera por mi culpa. ¡La persona sin conocimiento, sin fe y sin el Espíritu Santo es una persona "sin Cristo"!

II. La verdadera condición del hombre "sin Cristo"

Ahora quiero considerar otro tema. *¿Cuál es la verdadera condición del hombre "sin Cristo"?*

Éste es un aspecto de nuestro tema que demanda una atención muy especial. Estaré muy agradecido si logro explicarlo en toda su dimensión. Me es fácil imaginar a algún lector diciendo para sus adentros: "Supongamos que estoy sin Cristo, ¿qué mal hay en eso? Espero que Dios sea misericordioso. No soy peor que otros. Confío en que al final todo saldrá bien". Escúcheme y, con la ayuda de Dios, trataré de hacerle ver que vive tristemente engañado. "Sin Cristo" nada saldrá bien, sino todo desesperadamente mal.

(a) En primer lugar, estar sin Cristo es estar ***sin Dios.*** Así se lo dijo directamente el apóstol a los efesios. Termina la famosa frase con la que comenzó: "Estabais sin Cristo", afirmando que estaban "sin Dios en el mundo". ¿Y a quién le puede sorprender esto? Al que tiene un concepto muy pobre de Dios, que no lo concibe como un Ser espiritual, glorioso y puro. Al que está tan ciego que no ve que la naturaleza humana es corrupta, pecaminosa y vil. Entonces, ¿cómo puede un gusano como el hombre acercarse a Dios con confianza? ¿Cómo puede levantar sus ojos a él con confianza y sin sentir temor? ¿Cómo puede hablarle, relacionarse con él?

¿Cómo puede tener expectativas de morar con él tranquilo y sin motivo para alarmarse? Es necesario que haya un Mediador entre Dios y el hombre y, únicamente uno, puede serlo. El único es Cristo.

¿Habla alguno de ustedes de la misericordia de Dios y el amor de Dios separada e independientemente de Cristo? Las Escrituras no registran un amor y una misericordia tal. Sepa cada uno que Dios, separadamente de Cristo, es un "fuego consumidor" (He. 12:29).

Incuestionablemente es misericordioso, rico en misericordia, abundante en misericordia. Pero su misericordia está conectada, inseparablemente, con la mediación de su Hijo amado, Jesucristo. Tiene que fluir a través de él, el canal escogido, o no fluye para nada. Escrito está: "El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió". "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí" (Jn. 5:23; 14:6). Estar "sin Cristo" es estar sin Dios.

(b) En segundo lugar, estar sin Cristo es estar ***sin paz***. Cada ser una humano tiene una conciencia en su interior que tiene que ser satisfecha antes de poder ser realmente feliz. Mientras que esta conciencia está dormida o casi muerta, le va bastante bien. Pero en cuanto despierta la conciencia del hombre y comienza a pensar en sus pecados pasados, sus fracasos del presente y el juicio en el futuro, descubre inmediatamente que necesita algo que le dé tranquilidad interior. Pero,
¿qué es lo que puede dársela? Puede probar arrepentirse, orar, leer la Biblia, asistir a la iglesia, participar de las ordenanzas y mortificar la carne, pero será en vano. Nada de esto, jamás, ha quitado la carga de la conciencia de nadie. ¡No obstante, la paz es posible! Sólo una cosa puede dar paz a la conciencia y ésta es la sangre de Jesucristo rociada sobre ella. Una comprensión clara de que la muerte de Cristo fue, *de hecho, la paga* de nuestra deuda con Dios y que se le adjudica el mérito de su muerte al hombre cuando cree, es el *gran secreto* de la paz interior.

Satisface cada ansiedad de la conciencia. Contesta cada acusación. Calma todo temor. Escrito está: "Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz". "Él es nuestra paz". "Justificados, pues, por

la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo". (Jn. 16:33; Ef. 2:14; Ro. 5:1). Tenemos paz por medio de la sangre de su cruz: Paz como una mina profunda, paz como un arroyuelo con una corriente eterna. Pero "sin Cristo" no hay paz.

(c) Además, estar sin Cristo es estar ***sin esperanza***. Casi todos tienen esperanza de un tipo u otro. Raramente encontraremos a alguien que afirme contundentemente que no tiene ninguna esperanza para su alma. ¡Pero cuán pocos son los que pueden dar "razón de la esperanza que hay en" ellos (1 P. 3:15)!
¡Cuán pocos pueden explicarla, describirla y mostrar en qué se basa! ¡Cuánta de la esperanza de muchos no es más que un sentimiento incierto y vacío, que en la enfermedad y en la hora de la muerte prueba ser completamente inútil para consolar o para salvar!

Existe sólo una esperanza que tiene raíces, vida, potencia y solidez, y esa es la esperanza edificada sobre la gran roca de la obra de Cristo y de su redención. "Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo" (1 Co. 3:11). Todo el que edifica sobre esta piedra angular, "no será avergonzado". Esta esperanza se basa en una realidad. Responde positivamente cuando se la examina y analiza. Tiene respuesta para cualquier pregunta. Sondéela de principio a fin y no encontrará en ella ni un defecto. Cualquier otra esperanza fuera de ésta, no tiene ningún valor. Como las fuentes de agua que se secan en el verano, fallan cuando el hombre más la necesita (1 R. 17:3-7). Son como barcos defectuosos que parecen buenos mientras están anclados en el puerto, pero cuando los vientos y las olas del mar empiezan a ponerlos a prueba, se descubre su mal estado y se hunden bajo el agua. No hay ninguna esperanza valedera sin Cristo, y estar "sin Cristo" es estar "sin esperanza" (Ef. 2:12).

(d) Por otra parte, estar sin Cristo es estar ***sin el cielo***. Al decir esto no quiero decir solamente que no hay entrada al cielo, sino que "sin Cristo" no podría haber ninguna felicidad al estar allí. El

hombre sin su Salvador y Redentor nunca se sentiría cómodo en el cielo. Sentiría que no tiene ningún derecho de estar allí; sería imposible que se sintiera valiente, confiado y tranquilo. En medio de la pureza y la santidad de los ángeles, bajo los ojos de un Dios puro y santo, no podría levantar la cabeza, se sentiría confundido y avergonzado. La esencia de todos los conceptos correctos del cielo es que allí está Cristo.

¿Hay alguno que sueña en un cielo en el que Cristo no tiene un lugar? Despierte de su locura. Sepa que en cada descripción del cielo que la Biblia contiene, la presencia de Cristo es esencial. "En medio del trono", dice Juan, "estaba en pie un Cordero como inmolado". El trono mismo de Dios es llamado "el trono de Dios y del Cordero". El Cordero es la luz del cielo y el templo de él. Los santos que moran en el cielo han de ser alimentados por el Cordero y él mismo "los guiará a fuentes de aguas de vida". A la reunión de los santos en el cielo se le llama "las bodas del Cordero" (Ap. 5:6; 22:3; 21:22-23; 7:17; 19:9). Un cielo sin Cristo no sería el cielo de la Biblia. Estar "sin Cristo" es estar "sin cielo".

Me sería fácil agregar otras cosas. Le diría que estar sin Cristo es no tener vida, no tener fortaleza, no tener seguridad, no tener un fundamento, no tener un amigo en el cielo y no tener justicia. ¡No hay nadie en peores condiciones que los que están sin Cristo!

El Señor Jesús tiene el propósito de ser para el alma del hombre lo que el arca fue para Noé, lo que el cordero pascual fue para Israel en Egipto, lo que el maná, la piedra golpeada, la serpiente de bronce, la columna de nube y fuego, el chivo expiatorio fueron para las tribus en el desierto. ¡No hay peores desamparados que los que están sin Cristo!

Lo que la raíz es para las ramas, lo que el aire es para nuestros pulmones, lo que el alimento y el agua son para nuestro cuerpo, lo que el sol es para la Creación, todo esto y mucho más tiene Cristo,

el propósito de ser para nosotros.
¡Nadie es tan indefenso, nadie es tan digno de lástima como el que está sin Cristo! Reconozco que si no existieran cosas como las enfermedades y la muerte, si los hombres y mujeres nunca envejecieran y vivieran sobre esta tierra para siempre, el tema de este capítulo no tendría ninguna importancia. Pero todos sabemos que
las enfermedades, la muerte y el sepulcro son tristes realidades.

Si esta vida fuera todo, si no hubiera un juicio, ni el cielo, ni el infierno, ni la eternidad, sería una pérdida de tiempo molestarse con preguntas como las de este capítulo. Pero usted tiene una conciencia. Sabe bien que viene el día más allá de la tumba cuando tendrá que rendir cuentas. Todavía hay un Día del Juicio por venir.

El tema de este capítulo no es un asunto superficial. No es poca cosa ni carece de valor. Demanda la atención de cada persona sensata. Es la raíz misma de aquella cuestión de primordial importancia que es la salvación de nuestras almas. Estar "sin Cristo" es ser el más miserable de los hombres.

III. ¿Está usted "sin Cristo"?

(a) Le pido ahora a todo el que ha leído este capítulo entero que ***se examine*** y determine exactamente su propia condición. ¿Está usted sin Cristo?

No deje que pase la vida sin pensar reflexivamente y auto examinarse. No puede seguir siempre en la condición en que se encuentra ahora. El día vendrá cuando comer, beber, dormir, vestirse, divertirse y gastar dinero acabará. Vendrá un día cuando su lugar estará vacío y se hablará de usted como alguien que partió para siempre.

¿Y dónde estará entonces, si ha vivido sin pensar en su alma, sin Dios y sin Cristo? ¡Oh, recuerde que es mil veces mejor estar sin dinero, salud, amigos, compañía y alegría que estar sin Cristo!

(b) Si ha vivido sin Cristo hasta ahora, le invito con todo cariño ***que cambie de dirección*** sin demora. Busque al Señor Jesús mientras puede ser hallado (Is. 55:6). Llámelo en tanto está cercano. Está sentado a la diestra de Dios y puede salvar a todo el que acude a él, no importa lo pecador e indiferente que puede haber sido. Está sentado a la diestra de Dios, dispuesto a escuchar la oración de todo el que siente que su vida pasada ha sido equivocada y quiere arreglar su situación. Busque a Cristo, busque a Cristo sin demora. Conózcalo. No le dé vergüenza recurrir a él. Sea usted este año amigo de Cristo y dirá que es el año más feliz de su vida.

(c) Si usted ya es un amigo de Cristo, lo exhorto ***a ser agradecido***. ¡Desarrolle un sentido más profundo de la misericordia infinita que es tener un Salvador todopoderoso, derecho al cielo, una patria celestial que es eterna y un Amigo que nunca muere! ¡Qué consuelo es pensar que tenemos en Cristo algo que nunca podemos perder!

Desarrolle un sentido más profundo de la condición lastimosa de los que están "sin Cristo". Muchas veces nos recuerdan a los que no tienen alimentos, ropa, escuelas o iglesias. Compadezcámonos de ellos y ayudémosles todo lo que podamos. Pero no olvidemos nunca que hay personas cuya condición es mucho peor. ¿Quiénes son? ¡Los que están "sin Cristo"! ¿Tenemos familiares "sin Cristo"? Sintamos compasión por ellos, oremos por ellos, hablemos con el Rey acerca de ellos y procuremos recomendarles el evangelio. No dejemos piedra sin mover en nuestros esfuerzos por llevarlos a Cristo. ¿Tenemos vecinos "sin Cristo"? Esforcémonos cada día para que sus almas sean salvas. La noche viene cuando nadie puede obrar.

Feliz aquel que vive con la permanente convicción de que estar "en Cristo" significa paz, seguridad y felicidad, y que estar "sin Cristo" es estar al borde de la destrucción.

17. Sed satisfecha

"En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la

voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva". Juan 7:37-38

El texto que encabeza este capítulo contiene uno de esos aforismos de Cristo que merecen ser impresos en letras de oro. Todas las estrellas en el cielo son brillantes y bellas, pero aun un niño puede ver que una estrella es más resplandeciente que otra. "Toda la Escritura es inspirada por Dios" (2 Ti. 3:16), pero frío e insensible es el corazón que no siente que algunos pasajes tienen una riqueza y plenitud única. Éste es uno de esos pasajes.

A fin de poder captar toda su fuerza y hermosura hemos de recordar el lugar, el día y la ocasión a que se refiere el pasaje.

El *lugar* era Jerusalén, la metrópolis del judaísmo y bastión de sacerdotes y escribas, de fariseos y saduceos. La *ocasión* era la Fiesta de los Tabernáculos, una de las grandes fiestas anuales del judaísmo. Si podía, todo buen judío, subía al templo de acuerdo con la ley para participar de esta fiesta. El *día* era "el último… de la fiesta" cuando iban terminando todas las ceremonias, cuando según la tradición, se había sacado agua del estanque de Siloé para echarla solemnemente sobre el altar y lo único que quedaba por hacer era que los adoradores regresaran a sus casas.

En este momento crítico, nuestro Señor Jesucristo se "puso de pie" en un lugar prominente y habló a la multitud reunida. No dudo que leía sus corazones. Los veía retirarse con conciencias afligidas y mentes insatisfechas, no habiendo aprendido nada de los fariseos y saduceos, sus maestros ciegos; sólo se llevaban el recuerdo de pomposas e insulsas ceremonias.

Los vio, tuvo compasión de ellos y alzó su voz como un heraldo diciendo: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba". Dudo que esto sea lo único que dijo en esa memorable ocasión. Sospecho que fue el

momento cumbre de su discurso. Pero ésta, me imagino, fue la primera frase que brotó de sus labios: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba". Si alguno quiere agua viva que satisface, venga a ***Mí***.

Recuerdo a mis lectores que nunca antes ningún profeta ni apóstol, usó un lenguaje como éste. "Ven con nosotros", le dijo Moisés a Hobab (Nm. 10:29), "Venid a las aguas", dijo Isaías (Is. 55:1). "He aquí el Cordero de Dios", dijo Juan el bautista (Jn. 1:29), "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo", dijo Pablo (Hch. 16:31). Pero nadie ha dicho jamás: "Venid a ***Mí***", excepto Jesús de Nazaret. Este hecho es muy significativo. Cuando dijo: "Venid a mí", sabía y sentía que era el Hijo eterno de Dios, el Mesías prometido, el Salvador del mundo.

Quiero enfocar la atención del lector en tres puntos que veo en esta expresión de nuestro Señor.

I. Tenemos un *caso supuesto*: "Si alguno tiene sed".

II. Tenemos un *remedio propuesto*: "Venga a mí, y beba".

III. Tenemos una *promesa ofrecida*: "El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva".

Cada uno de estos puntos se aplica a todo aquel en cuyas manos cae este escrito. Y de cada uno de ellos, tengo algo que exponer.

I. El problema

En primer lugar tenemos un *caso supuesto*. Dice el Señor: "Si alguno tiene sed".

La sed física es notoriamente la sensación más dolorosa que puede tener el hombre. Lea la historia de los que viven en la miseria en el pozo negro de Calcuta. Pregúntele a cualquiera que haya viajado por las llanuras del desierto bajo un sol tropical.

Escuche lo que cualquier viejo soldado le diría acerca de la peor necesidad de los heridos en batalla. Recuerde la sed que sufren los

tripulantes de barcos perdidos en el océano durante días en embarcaciones sin agua. Recuerde las tristes palabras del hombre rico de la parábola: "Envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama" (Lc. 16:24). El testimonio es invariable. No hay nada tan terrible y difícil como tener que aguantar la sed.

Pero si la sed física es tan dolorosa, ¡cuánto más lo es la sed del alma! El sufrimiento físico no es la peor parte del castigo eterno. Es poca cosa, aun en este mundo, comparado con el sufrimiento de la mente y el hombre interior. Conocer el valor de nuestras almas y enterarnos de que estamos en peligro de una ruina eterna, sentir la carga del pecado no perdonado, no saber a dónde recurrir para conseguir alivio, tener un conciencia enferma e intranquila y no saber cómo remediarlo; descubrir que nos estamos muriendo, muriendo cada día sin estar preparados para encontrarnos con Dios, ni tener un concepto claro de nuestra propia culpa e impiedad y, no obstante, no tener idea de una absolución, es el peor de los dolores. ¡Ese dolor se extiende por toda el alma y el espíritu y traspasa las coyunturas y la médula de los huesos! Ésta, sin duda, era la sed a la cual se está refiriendo el Señor. Es la sed de perdón, de absolución y de paz con Dios. Es la ansiedad de una conciencia realmente viva, anhelando satisfacción sin saber dónde encontrarla, caminando por lugares áridos y sin poder descansar.

Ésta es la sed que sentían los judíos cuando Pedro predicó el día de pentecostés. Está escrito que "se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?" (Hch. 2:37).

Ésta es la sed que sentía el carcelero de Filipo cuando despertó a la conciencia de su peligro espiritual y sintió el terremoto que hizo que se abrieran las puertas de la cárcel.

Está escrito que "temblando, se postró a los pies de Pablo y de Silas; y sacándolos, les dijo: Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?"(Hch.

16:29, 30).

Ésta es la sed que muchos de los siervos más grandes de Dios parecían tener cuando la luz iluminaba sus mentes. Agustín buscando descanso entre herejes maniqueos sin encontrarlo. Lutero buscando la verdad entre los monjes del monasterio en Érfurt. John Bunyan agonizando en medio de dudas y conflictos en su casita en Elstow, George Whitefield gimiendo bajo las austeridades que él mismo se impuso por falta de una enseñanza clara, cuando estudiaba en la Universidad de Oxford, han dejado registrada su experiencia. Creo que todos ellos sabían lo que nuestro Señor quiso decir cuando habló de "sed".

Y creo que no es demasiado decir que todos deberíamos saber *algo* de esta sed, aunque no tanto como Agustín, Lutero, Bunyan o Whitefield. Viviendo como vivimos en un mundo moribundo…

- sabiendo como sabemos, y lo admitimos, que hay un mundo después de la muerte, y que después de la muerte viene el Juicio,
- sintiendo como lo sentimos, aun en nuestros mejores momentos, que somos criaturas defectuosas, inestables, débiles y pobres, y no aptas para encontrarnos con Dios,
- conscientes en lo profundo de nuestro corazón que nuestro lugar en la eternidad depende del uso de nuestro tiempo…

Deberíamos sentir algo de "sed" por tener paz con el Dios viviente.

¡Pero, ay, nada prueba más contundentemente la naturaleza caída del hombre como la falta general y común de sed espiritual! La gran mayoría de las personas en este momento están sedientas de dinero, poder, placer, posición, honra y distinción. Perseguir esperanzas vanas, escarbar buscando oro, irrumpir en una peligrosa brecha, abrirse paso en el hielo para llegar al Polo Norte,

son empresas para las cuales no faltan aventureros y voluntarios. ¡La competencia es intensa e incesante para alcanzar esas coronas

corruptibles! En comparación, son pocos los que tienen sed de alcanzar la vida eterna. No asombra, entonces, que la Biblia llame al hombre natural "muerto", "dormido", ciego y sordo. No es de extrañar que diga que el hombre necesita un nuevo nacimiento y una nueva creación. No hay síntoma más seguro de la mortificación de la carne que la pérdida de todo sentimiento. No hay señal más dolorosa de un alma enferma que la ausencia total de sed espiritual. Ay del hombre de quien el Salvador puede decir: "Y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo" (Ap. 3:17).

Pero, ¿quién entre mis lectores siente la carga del pecado y ansía paz con Dios?

¿Quién realmente es sensible a la confesión en nuestro Libro de Oraciones cuando dice: "He errado y me he apartado como una oveja perdida, no hay nada sano en mí, soy un despreciable ofensor"? ¿Quién entre mis lectores participa de la Cena del Señor y puede decir sinceramente: "El recuerdo de mis pecados es doloroso, y su carga es intolerable"? Si es usted uno de estos últimos, usted es el hombre que debe dar gracias a Dios. Un sentido de pecado, culpa y pobreza del alma, es la primera piedra que coloca el Espíritu Santo cuando edifica un templo espiritual. Convence de pecado. La luz fue lo primero creado en el mundo material (Gn. 1:3). La luz en cuanto a nuestra propia condición es la primera obra en la nueva creación.

Alma sedienta, lo repito, usted es quien debiera dar gracias a Dios. El reino de Dios está cerca. No es cuando empezamos a sentirnos *bien,* sino cuando nos sentimos *mal*, que damos el primer paso hacia el cielo. ¿Quién le enseñó que estaba desnudo? ¿De dónde vino esa luz interior? ¿Quién le abrió los ojos y le hizo ver y sentir? Sepa este día que no fue ni la carne ni la sangre las que le han revelado estas cosas, sino nuestro Padre que está en los cielos.

Las universidades pueden conferir títulos y las escuelas pueden impartir conocimiento de todos los misterios, pero no pueden hacer

que los hombres sientan su pecado. Percibir nuestra necesidad espiritual y sentir verdadera sed espiritual es el A-B-C de la fe salvadora.

Fue muy acertado lo que dijo Eliú en el libro de Job: "Él mira sobre los hombres; y al que dijere: Pequé, y pervertí lo recto, y no me ha aprovechado, Dios redimirá su alma para que no pase al sepulcro, Y su vida se verá en luz" (Job 33:27, 28). No se avergüence el que sabe algo de la "sed" espiritual. Por el contrario, levante la cabeza y comience a tener esperanza. Pídale a Dios que siga haciendo la obra que ha comenzado en usted y le haga sentir más sed.

II. El remedio

Paso ahora del *caso supuesto* al *remedio propuesto*. "Si alguno tiene sed", dice nuestro bendito Señor Jesucristo, "venga a mí y beba".

Hay una sencillez maravillosa en esta breve frase que es imposible admirar demasiado. No tiene ni una palabra cuyo significado literal no sea claro hasta para un niño. No obstante, sencillo como parece, tiene un rico significado espiritual. Como el diamante Kohinoor que usted puede llevar entre el pulgar y el índice, es de un valor incalculable.

Venir y beber soluciona el gran problema que todos los filósofos de Grecia y Roma no pudieron resolver: "¿Cómo puede el hombre tener paz con Dios?". Guárdelo en su memoria junto con otras seis máximas de oro de nuestro Señor:

"Yo soy el pan de vida; el que a ***Mí*** viene, nunca tendrá hambre; y el que en ***Mí*** cree, no tendrá sed jamás" (Jn. 6:35).

"Yo soy la luz del mundo; el que ***Me*** sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (Jn. 8:12).

"Yo soy la puerta; el que por ***Mí*** entrare, será salvo" (Jn. 10:9).

"Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino

por ***Mí***" (Jn. 14:6).

"Venid a ***Mí*** todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mt. 11:28).

"Al que a ***Mí*** viene, no le echo fuera" (Jn. 6:37).

Agregue a estos seis textos el que hoy tiene delante de usted. Memorice los siete. Grábelos en su mente y nunca los olvide. Cuando sus pies toquen el frío río, la hora de su muerte, encontrará un valor incalculable en los versículos recién citados.

Porque, ¿cuál es la sustancia de estas sencillas palabras? Es ésta: Cristo es esa Fuente de agua viva que Dios, en su gracia, ha provisto para las almas sedientas. De él, como de la roca que golpeó Moisés, fluye una corriente abundante para todos los que peregrinan por el desierto de este mundo. En él, nuestro Redentor y Sustituto, crucificado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación, tenemos una provisión sin fin de todo lo que el hombre puede necesitar: Perdón, absolución, misericordia, gracia, paz, descanso, alivio, consuelo y esperanza.

Cristo compró esta provisión para nosotros pagándola con su propia sangre preciosa. Para abrir esta fuente maravillosa, sufrió por el pecado. El justo entre los injustos cargó nuestros pecados en su propio cuerpo en el madero. Fue hecho pecado por nosotros, a fin de que pudiéramos ser justicia de Dios en él (1 P. 2:24, 3:18; 2 Co. 5:21). Y ahora ha sido sellado y designado para ser el que da alivio a todos los trabajados y cargados y el Dador del agua viva para todos los sedientos. Su misión es recibir a los pecadores. Se complace en darles perdón, vida y paz. Y las palabras del texto son una invitación que hace a toda la humanidad: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba".

Advertencias y consejos

La eficacia de un remedio depende mayormente de la manera como

se usa. La mejor receta del mejor médico es inútil si no seguimos las instrucciones que la acompañan. Preste atención a la palabra de exhortación, mientras le doy advertencias y consejos acerca de la Fuente de agua viva.

(a) El que tiene sed y quiere apagarla tiene que acudir ***a Cristo mismo***. Él no se contentará con que asista a su iglesia y participe de sus ordenanzas o que se reúna con su pueblo para orar y alabarle.

No tiene que limitarse a participar de su Santa Cena ni quedarse satisfecho con abrirle privadamente su corazón a un pastor ordenado. ¡Oh, no! El que se contenta con solo beber estas aguas "volverá a tener sed" (Jn. 4:13). Debe ir más alto, hacer más, mucho más que esto. Tiene que tratar personalmente con Cristo mismo, todo el resto no vale nada sin él. El palacio del Rey, los siervos que le sirven, la sala de banquetes ricamente amoblada, el propio banquete, no son nada, a menos que hablemos con el Rey. Sólo su mano puede quitarnos la carga que llevamos a cuestas y hacernos sentir libres. La mano del hombre puede quitar la piedra del sepulcro y dejar que veamos al muerte, pero nadie más que Jesús puede decirle al muerto: "Ven fuera" (Jn. 11:41-43). Tenemos que comunicarnos directamente con Cristo.

(b) Además, el que tiene sed y quiere que Cristo le dé alivio ***tiene que acudir a él de hecho y en verdad***. No basta desear, hablar, tener la intención, resolver y tener esperanza. El infierno, esa realidad horrible, está empedrado de buenas intenciones. Miles de personas se pierden cada año por esta razón, perecen miserablemente estando ya a un solo paso del puerto seguro. Viven con buenas intenciones y con buenas intenciones mueren. ¡Oh, no! ¡Tenemos que "levantarnos y venir"! Si el hijo pródigo se hubiera contentado diciendo: "…

Espero volver a casa algún día", hubiera permanecido para siempre entre los cerdos. Cuando se *levantó y vino* a su padre fue que su

padre corrió para encontrarse con él y dijo: "Sacad el mejor vestido, y vestidle;… comamos y hagamos fiesta" (Lc. 15:20-23). Como él, tenemos que "volver en sí" y pensar, pero también tenemos que actuar. El hijo pródigo dijo: "Me levantaré e iré". Es necesario acudir al Sumo Sacerdote, a Cristo, de hecho y en verdad. Tenemos que acudir al Médico.

(c) También, el que tiene sed y quiere acudir a Cristo debe recordar que ***lo único que se requiere es una fe sencilla.*** Sí, es bueno acudir con arrepentimiento, con un corazón quebrantado y contrito, pero ni sueñe en confiar en esto para ser aceptado. La *fe* es la única mano que puede llevar el agua viva a nuestros labios. La *fe* es el engranaje por medio del cual todo funciona en el tema de nuestra justificación. Está escrito una y otra vez que "todo aquel que en él cree… no se pierde, sino que tiene vida eterna" (Jn. 3:15, 16). "Más al que no obra, si no *cree* en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia" (Ro. 4:5). Bienaventurado es el que puede hacer suyo el principio que contiene aquel himno sin igual:

"Tal como soy de pecador, sin
otra confianza que tu amor,
a tu llamado vengo a ti:
Cordero de Dios, heme aquí".

¡Qué simple parece este remedio para la sed! Pero, ¡oh, qué difícil es convencer a algunas personas de que lo reciban! Pídales que hagan algo grande, que mortifiquen su cuerpo o que participen en una peregrinación, que den todos sus bienes para dar de comer a los pobres con el fin de hacer méritos para ser salvos y, seguramente, procurarán hacerlo. Dígales que tiren por la borda toda idea de méritos y salvación por obras, que acudan a Cristo como pecadores vacíos, sin nada en sus manos y, como hizo Naamán, querrán dar media vuelta con desprecio (2 R. 5:12).

La naturaleza humana es siempre la misma en todas las épocas. Todavía hay algunas gentes que piensan como los judíos y otras como

los griegos. Para los judíos, Cristo crucificado sigue siendo una piedra de tropiezo y para los griegos locura. ¡Esa trágica sucesión nunca ha cesado! Nuestro Señor nunca dijo algo más cierto que cuando se refirió a los escribas soberbios en el Sanedrín: "Y no queréis venir a mí para que tengáis vida" (Jn. 5:40).

Pero, por más simple que parezca este remedio para la sed, es el único que cura la enfermedad espiritual del hombre y el único puente entre la tierra y el cielo. Reyes y súbditos, predicadores y oyentes, amos y siervos, encumbrados y proletarios, ricos y pobres, letrados e iletrados, todos por igual, tienen que beber de esta agua de vida y beberla de manera idéntica. Durante más de dieciocho siglos, los hombres se han esforzado por encontrar algún otro remedio para sus conciencias agotadas, pero se han esforzado en vano. Miles, después de ampollarse las manos, de envejecerse cavando cisternas rotas que no retienen agua (Jer. 2:13), se han visto obligados a volver a la Fuente de antaño y han confesado en sus últimos momentos que sólo en Cristo hay verdadera paz.

Y por más simple que parezca ser el viejo remedio para la sed, es la raíz de la vida interior de todos los más grandes siervos de Dios en todas las épocas. ¿Qué han sido los santos y mártires a lo largo de la historia de la Iglesia, sino hombres que han acudido cada día a Cristo por fe y han encontrado que su "carne es verdadera comida" y que su "sangre es verdadera bebida" (Jn. 6:55)? ¿Qué han sido, sino hombres que vivían la vida de fe en el Hijo de Dios y bebían cotidianamente de la plenitud que hay en él (Gá. 2:20)? Aquí, en todos los casos, los mejores y más auténticos cristianos que han dejado su huella en el mundo, han sido de un mismo sentir. Santos padres y reformadores, teólogos santos anglicanos e inconformistas, sus mejores momentos han dado testimonio uniforme del valor de la Fuente de vida.

Separatistas y polémicos, como a veces han sido durante sus vidas, al morir no han estado divididos. En su última lucha con el

rey de los terrores, simplemente se han aferrado a la cruz de Cristo, gloriándose únicamente en la "sangre preciosa" y la Fuente disponible para limpiar todo pecado e impureza.

¡Qué agradecidos debiéramos estar de que vivimos en un país donde el gran remedio para la sed espiritual es bien conocido, en un país de Biblias abiertas, donde se predica el evangelio y hay abundantes medios de gracia; un país donde aún se proclama la eficacia del sacrificio de Cristo en iglesias más o menos llenas y desde 20.000 púlpitos cada domingo! No apreciamos el valor de nuestros privilegios. Por la propia familiaridad del maná pensamos poco en ellos, así como Israel detestaba el "pan tan liviano" en el desierto (Nm. 21:5). Pero abra las páginas de algún filósofo pagano como el incomparable Platón y fíjese cómo andaba a tientas buscando luz como quien anda con los ojos vendados y se cansaba tratando de encontrar la puerta. El campesino más humilde que capta las cuatro "palabras de consuelo", en la liturgia de la Comunión en el Libro de Oraciones [Mt. 11:28; Jn. 3:16; 1 T. 1:15; 1 Jn. 2:1, 2], sabe más sobre la paz con Dios que el sabio ateniense. Lea los relatos de viajeros y misioneros fidedignos, sobre el estado de los paganos que nunca han oído el evangelio. Lea de los sacrificios humanos en África y las torturas voluntarias horribles de los devotos indostanos y recuerde que todo es resultado de una "sed" no aplacada y un anhelo ciego e insatisfecho de acercarse a Dios. Y entonces, aprenda a ser agradecido porque vive en un país como el suyo. ¡Ay, me temo que Dios tiene una contienda contra nosotros por nuestra ingratitud! Frío y muerto debe ser aquel corazón que puede estudiar las condiciones en África, China e Indostán y no agradecer a Dios porque vive en un país cristiano.

III. La promesa

En último lugar, enfoquemos la *promesa ofrecida a todo aquel que acude a Cristo*. "El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior *correrán ríos de agua viva*" (Jn. 7:38).

El tema de las promesas bíblicas es inmenso y sumamente interesante. Dudo que reciba la atención que merece en la actualidad. El libro *Scripture Promises* (Promesas bíblicas) por Clarke, es un viejo libro que se estudia mucho menos ahora que en la época de nuestros padres. Pocos cristianos conocen la cantidad, amplitud, anchura, profundidad, altura y variedad de promesas preciosas en la Biblia para el beneficio y aliento especial de todos los que quieren aprovecharlas.

No obstante, las *promesas* constituyen la base de casi todas las transacciones entre los hombres. La gran mayoría de los hijos de Adán en todo país civilizado actúa todos los días con fe en promesas. El obrero trabaja desde el lunes en la mañana hasta el sábado por la noche porque cree que al final de la semana recibirá el jornal prometido. El soldado se alista en el ejército y el marino se enrola en la marina, con la confianza total de que sus superiores le darán el sueldo prometido. La trabajadora doméstica más humilde en una casa de familia cumple día a día sus deberes creyendo que su patrona le pagará lo que le prometió. En el mundo de los negocios en las grandes ciudades, entre comerciantes, banqueros y vendedores, nada podría realizarse sin una fe continua en las respectivas promesas. Todo el mundo sabe que los cheques, las facturas y los pagarés son el único medio por el cual la inmensa mayoría del mundo comercial puede desarrollarse. Los hombres de negocios se ven obligados a actuar por fe y no por vista. Creen las promesas y esperan que los demás crean las de ellos. De hecho, las promesas y la fe en que se cumplirán y las acciones realizadas por fe en promesas,

son la espina dorsal de nueve de cada diez transacciones del

hombre con su homólogo en todo el mundo cristiano.

De la misma manera, las promesas en la Biblia, son una recurso grandioso que usa Dios para acercarse al alma del hombre. El estudioso serio de las Escrituras no puede dejar de observar que Dios continuamente apela al hombre que lo escuche, obedezca, sirva y realice grandes cosas, y que, escuchándolo, crea. En suma, como dice Pedro: "Nos ha dado preciosas y grandísimas promesas" (2 P. 1:4). Aquel que en su misericordia causó que se escribieran las Sagradas Escrituras para nuestro beneficio ha demostrado su conocimiento perfecto de la naturaleza humana al incluir, a través de todas sus páginas, una riqueza inconmensurable de promesas adecuadas para cada experiencia y cada circunstancia de la vida. Parece decir: "¿Quieres saber lo que pienso hacer para ti?
¿Te gustaría escuchar mis condiciones? Toma tu Biblia y lee".

Pero hay una gran diferencia entre las promesas de los hijos de Adán y las promesas de Dios, que nunca debemos olvidar. Las promesas del hombre *no necesariamente se cumplen*. Aun con las mejores intenciones, no siempre puede uno cumplir su palabra. Puede suceder una enfermedad o una muerte inesperada puede llevarse de este mundo al que prometió algo. Guerras, pestilencias, hambrunas, cosechas que fallan o huracanes pueden dejarlo a uno en la miseria imposibilitándolo para cumplir sus compromisos.

Por el contrario, las promesas de Dios *se cumplen sin fallar*. Él es todopoderoso, nada puede impedirle hacer lo que dijo que haría. Nunca cambia, "si él determina una cosa, ¿quién lo hará cambiar?" y con él no hay "mudanza, ni sombra de variación" (Job 23:13; Stg. 1:17). Siempre cumplirá su palabra. Hay una cosa que Dios no puede hacer, como le dijo cierta vez una niñita a su maestra: "Es imposible que Dios mienta" (He. 6:18). Aun las cosas más insólitas e improbables que Dios dijo que haría, siempre las ha hecho.

¿Quién hubiera imaginado eventos tan improbables como la destrucción del mundo por un diluvio y la preservación de Noé en el arca, el nacimiento de Isaac, la liberación de Israel de la esclavitud en Egipto, la entronización de David, el nacimiento milagroso de Cristo, la resurrección de Cristo, la dispersión de los judíos por todo el mundo y su continua preservación como un pueblo singular? No obstante, Dios dijo que todas estas cosas sucederían y a su tiempo sucedieron. En verdad, para Dios es *tan fácil hacer una cosa como lo es decirla*. Lo que promete, ciertamente hará.

En cuanto a la variedad y riqueza de las promesas bíblicas, hay mucho más que considerar de lo que se puede decir en una breve exposición como ésta. Son miles. El tema es casi inagotable. No hay ni una etapa en la vida humana, desde la niñez hasta la vejez, ninguna posición en que se puede encontrar una persona para la cual la Biblia no brinda aliento a todo el que quiera hacer lo correcto a los ojos de Dios. Hay promesas en el erario de Dios para cada condición. Las promesas que Dios hace por su misericordia y compasión infinita, incluyen su prontitud en recibir a todo el que se arrepiente y cree, su buena disposición de perdonar y absolver al peor de los pecadores. Sus promesas conllevan su poder de cambiar los corazones y transformar nuestra naturaleza corrupta, los incentivos para orar, escuchar el evangelio y acercarnos al trono de gracia y las fuerzas para cumplir nuestros deberes. Consuelan en las aflicciones, dan dirección en la perplejidad, ayuda en las enfermedades, consolación en la muerte, fortaleza cuando hemos perdido a un ser querido, felicidad más allá de la tumba y recompensa en la gloria. Para todo esto existe un suministro abundante de promesas en la Palabra. Nadie puede formarse una idea de su abundancia, a menos que analice con cuidado las Escrituras, manteniendo constantemente su atención en el tema. Si alguien lo duda, solo puedo decir: “Ven y ve.” Al igual que la reina de Saba en la corte de Salomón, no tardaría en decir:

"Yo no lo creía hasta que he venido y mis ojos han visto que ni aun se me dijo la mitad" (1 R. 10: 7).

La promesa de nuestro Señor Jesucristo, que encabeza este artículo, es un tanto peculiar. Es singularmente rica en estímulo a todos los que tienen sed espiritual y vienen a él para satisfacerla. Por lo tanto, merece que le demos especial atención.

La mayor parte de las promesas de nuestro Señor se refieren, especialmente, al beneficio de la persona a quien van dirigidas. La promesa que estamos considerando nos lleva a una gama mucho más amplia: Parece referirse a muchos otros fuera de aquellos a quien él habló en primera instancia. ¿Por qué dice él? "El que cree en mí, como dice la Escritura" y en todas partes enseña que "de su interior correrán ríos de agua viva". "Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él" (Jn. 7:39). Obviamente lo dijo en *sentido figurado,* al igual que las palabras anteriores: "Sed" y "beber". Pero todas las figuras de lenguaje usadas en las Escrituras contienen grandes verdades y respecto de la figura de los "ríos de agua viva" no son la excepción y voy a tratar de demostrarlo:

Sed espiritual

(1) Por un lado, entonces, creo que nuestro Señor quiso decir que el que se acerca a Dios por la fe, recibirá un suministro abundante de todo lo que pueda necesitar ***para satisfacer las necesidades de su alma***. El Espíritu le brindará un sentido permanente de perdón, paz y esperanza que será dentro de él como un manantial que nunca se seca. Se sentirá satisfecho con lo que dice la Palabra: "Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío y os lo hará saber" (Jn. 16:15). El Espíritu le mostrará que ya no tendrá ansiedad espiritual en cuanto a la muerte, el juicio y la eternidad. Puede tener sus rachas de oscuridad y duda por sus propias flaquezas o las tentaciones del diablo. Pero, hablando en general, en cuanto acude a Cristo con fe, encuentra en lo profundo de su corazón un manantial de consolación.

Esto, comprendamos, es lo primero que contiene la promesa que estamos enfocando. "Solo ven a Mí, pobre alma ansiosa", parece decir nuestro Señor. "Solo ven a Mí y tu ansiedad espiritual encontrará alivio. Pondré en tu corazón, por el poder del Espíritu Santo, tal sentido de perdón y paz, por Mi expiación e intercesión, que no volverás a tener sed. Podrás tener tus dudas, temores y conflictos mientras estás en la carne. Pero una vez que hayas acudido a Mí y, habiéndome aceptado como tu Salvador, nunca volverás a perder totalmente tu esperanza. La condición de tu hombre interior cambiará a fondo, de tal manera que sentirás como si dentro de ti hubiera un manantial del que fluye agua permanentemente".

¿Qué diremos de estas cosas? Declaro mi propia creencia de que cuando alguien realmente acude a Cristo por fe, encuentra que esta promesa se cumple. Quizá alguno puede ser débil en la gracia y tener cierto recelo sobre su propia condición. Quizá ni se atreva a decir que se ha convertido, que ha sido justificado, santificado y que es apto para recibir la herencia de los santos en luz. Pero, a pesar de todo eso, afirmo con plena seguridad que aun el creyente más humilde y débil tiene adentro algo de lo cual no se puede desprender, aunque todavía no lo comprenda del todo. ¿Y qué es ese "*algo*"? Es ese "río de agua viva" que comienza a correr en el corazón de cada hijo de Adán en cuanto viene a Cristo y bebe. En este sentido, creo que la maravillosa promesa de Cristo siempre se cumple.

(2) Pero, ¿es esto todo lo que contiene la promesa que estamos enfocando? De ninguna manera. Queda mucho más por decir. Creo que nuestro Señor quiso que comprendiéramos que el que acude a él con fe, no sólo tendrá una abundancia de todo lo que necesita para su propia alma, sino que también será ***una fuente de bendición para el alma de otros***. El Espíritu que mora en él lo convertirá en un manantial de bien para sus prójimos, de manera que en el día final se sabrá con toda certeza que de él fluían "ríos de agua viva".

Ésta es la parte más importante de la promesa de nuestro Señor y lleva a un tema que rara vez captan y comprenden muchos cristianos. Pero es uno de profundo interés y merece más atención de la que recibe. Creo que esto es una verdad de Dios. Creo que así como "ninguno de nosotros vive para sí" (Ro. 14:7), el hombre no se convierte solo para sí y que la conversión de un hombre o una mujer, siempre lleva a la conversión de otros, por la maravillosa providencia de Dios. No digo ni por un momento que todos los creyentes lo saben. Creo que es mucho más probable que hay muchos que viven y mueren en la fe, sin tener conciencia de haberle hecho un bien a algún alma. Creo que en la mañana de resurrección y el Día del Juicio, cuando sea revelada la historia secreta de todos los cristianos, habrá pruebas de que el significado completo de la promesa que estamos enfocando nunca ha fallado. Dudo que habrá algún creyente que no haya sido para alguien un "río de agua viva", un canal por medio del cual el Espíritu ha dado gracia salvadora. Aun el ladrón arrepentido, con lo breve que fue su tiempo después de arrepentirse, ¡ha sido motivo de bendición para miles de almas!

(a) Algunos creyentes son "ríos de agua viva" ***durante su vida.*** Sus palabras, su conversación, su predicación y su enseñanza, son medios por los cuales el agua viva ha fluido a los corazones de sus prójimos. Entre ellos tenemos a los apóstoles que no escribieron ninguna *epístola* y sólo predicaron la Palabra. Algunos como Lutero, Whitefiled, Wesley, Berridge, Rowlands y otros miles, vertieron "ríos de agua viva" durante su estancia en la tierra.

(b) Algunos creyentes son "ríos de agua viva" ***cuando mueren***. Su valentía al enfrentar al rey de los terrores, su firmeza en medio de sus peores sufrimientos, su fe inquebrantable en la verdad de Cristo aun mientras morían en la hoguera, la paz que manifestaban al borde del sepulcro han causado que miles reflexionen y centenares se arrepientan y crean en Cristo Jesús.

Tales, por ejemplo, fueron los primeros mártires, a quienes los emperadores romanos persiguieron. Tales fueron John Huss y Gerónimo de Praga. Otros como Cranmer, Ridley, Latimer, Hooper y el resto del noble ejército de mártires fueron como "ríos de agua viva" en el momento de expirar. La obra que hicieron en la hora de su muerte fue mucho más grande que lo que hicieron en vida, como pasó con Sansón.

(c) Algunos creyentes son "ríos de agua viva" ***mucho tiempo después de su muerte***. Lo son por sus libros y escritos que circulan en todas partes del mundo mucho tiempo después de que las manos que sostuvieron la pluma se convirtieran en polvo. Entre ellos tenemos a Bunyan, Baxter, Owen, George Herbert y Robert M'Cheyne. Estos siervos benditos de Dios, probablemente, son ahora de más bendición por sus libros de lo que lo fueron con las palabras que dijeron durante sus vidas. Podemos decir de su herencia literaria lo que dice la Escritura acerca de la ofrenda de Abel: "Y muerto, aún habla por ella" (He. 11:4).

(d) Por último, algunos creyentes son "ríos de agua viva" ***por el encanto de su comportamiento cotidiano***. Hay muchos cristianos consecuentes, callados y gentiles que sin decir mucho ni hacer tanto ruido, sin darse cuenta, ejercen una influencia profunda sobre todo su entorno para bien. Los que fueron bendecidos por su manera de ser, fueron "ganados sin palabra" (1 P. 3:1). Su cariño, su buen carácter, su dulzura y su generosidad, hablan silenciosamente en un amplio círculo y siembran en las mentes las semillas que conducen a la reflexión y el autoanálisis. Fue un tremendo testimonio el de una anciana que falleció llena de paz, quien decía que además de debérsela a Dios, le debía su salvación al Sr. Whitefield: "No fue por ningún sermón que predicó, no fue por nada que jamás me dijo. Fue por la hermosa constancia y dulzura de su vida diaria en la casa donde se estaba quedando cuando yo era apenas una niña.

Me dije a mí misma que si alguna vez buscara yo a Dios, el Dios del Sr. Whitefield sería mi Dios".

Haga suyo este aspecto que incluye la promesa de nuestro Señor y no lo olvide nunca. No piense ni por un momento que su propia alma es la única que será salva si usted acude a Cristo por fe y lo sigue. Piense en la bendición de ser un "río de agua viva" para los demás. ¡Quién sabe si usted no será el medio para traer a muchos otros a los pies de Cristo! Viva, actúe, hable, ore y obre teniendo esto siempre en mente. Conocí una familia, compuesta del padre, la madre y diez hijos en que el evangelio entró al hogar por una de las hijas; al principio ella era la única creyente y el resto de la familia estaba en el mundo. Y, no obstante, antes de morir, pudo ver a sus padres y a todos sus hermanos entregados al Señor; y todo comenzó, humanamente hablando, ¡por su influencia! En vista de esto, no dudemos de que el creyente puede ser para otros un "río de agua viva". Quizá las conversiones no sucedan durante su vida y puede morir antes de verlas. Pero nunca dude de que una conversión, generalmente, lleva a otras conversiones y que son pocos los que van solos al cielo. Cuando falleció Grimshaw de Haworth, el apóstol del norte, su hijo vivía sin fe y sin Dios. Al paso del tiempo, el hijo se convirtió. ¿Cuál fue el factor determinante en su conversión? Nunca olvidó los consejos y el ejemplo de su padre. Sus últimas palabras fueron: "¿Qué dirá mi anciano padre cuando me vea en el cielo?". Animémonos, sigamos teniendo esperanza y creyendo la promesa de Cristo.

Aplicaciones prácticas

(a) Y ahora, antes de terminar este capítulo, ***quiero hacerle una pregunta***.

¿Sabe usted algo de la sed espiritual? ¿Ha sentido alguna vez una profunda preocupación por su alma? Me temo que muchos no saben nada de eso.

He aprendido, por dolorosas experiencias durante un tercio de siglo, que la gente puede seguir asistiendo a la casa de Dios durante años sin ser consciente de sus pecados en ningún instante, ni tampoco el anhelo de ser salvos. Los cuidados de este mundo, el amor a los placeres y "los deseos de la carne" (Gá. 5:16), ahogan la buena semilla cada domingo y le impiden dar fruto. Van a la iglesia con corazones fríos como un adoquín de la calle por donde caminan. Se retiran tan impasibles e indiferentes como las viejas estatuas de mármol que los observan desde las paredes. Puede ser así, pero no pierdo la esperanza de que alguien se salve mientras vive. Ese viejo campanario de la Catedral de San Pablo en Londres que ha anunciado las horas durante tantos años, rara vez se escucha durante las agitadas horas del día. El ruido del tráfico en las calles tiene el extraño poder de amortiguar su sonido, impidiendo que se escuche.

Pero cuando el trajín del día ha terminado, cuando se les ha puesto llave a los escritorios, las puertas se han cerrado, se han guardado los libros y reina silencio en la gran ciudad, todo cambia. Cuando el viejo campanario anuncia las once, las doce, la una, las dos y las tres, miles de personas que no lo escuchan durante el día, a esas horas lo oyen con claridad. Espero que lo mismo suceda con muchos con respecto a sus almas. Ahora, en la plenitud de su salud y fuerzas, me temo que la voz de la conciencia, a menudo, queda ahogada y no se puede escuchar por el trajinar del diario vivir. Pero el día puede venir cuando, le guste o no, el gran campanario de la conciencia se hará oír. El tiempo vendrá cuando postrado y en el silencio, obligado a estar quieto por alguna enfermedad, se verá forzado a mirar su interior y a considerar las cuestiones de su alma. Y entonces, cuando el gran campanario de la conciencia avivada suene en sus oídos, espero que el que lee estas líneas tema la voz de Dios y se arrepienta, aprenda a tener sed y venga a Cristo para calmarla. Sí, ¡ruego a Dios que le enseñe a sentir antes de que sea demasiado tarde!

(b) Pero, ¿siente algo en este momento? ¿Está despierta y activa su conciencia?

¿Siente sed espiritual y anhela saciarla? Entonces ***preste atención a la invitación*** que le hago en el nombre de mi Señor: "Si alguno", no importa quien sea, de alta posición o sin posición, rico o pobre, letrado o iletrado, "si alguno tiene sed, acuda a Cristo y beba". Escuche y acepte esta invitación sin dilación. No se demore por nada. No se demore por nadie. ¿Quién sabe si por querer esperar "el momento adecuado" se le hará demasiado tarde? Ahora es cuando la mano del Redentor viviente se extiende desde el cielo, pero puede quitarla. Ahora es cuando la Fuente está abierta, pero pronto podría cerrarse para siempre. "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba" sin demora. Aunque usted haya sido un gran pecador y se haya resistido a las advertencias, los consejos y sermones, igual *venga*. Aunque haya pecado contra la luz y el conocimiento, contra los consejos de su padre y las lágrimas de su madre, aunque haya vivido años sin observar un Día del Señor y sin orar, igual *venga*. No diga que no sabe cómo venir, que no comprende lo que significa creer, que tiene que esperar hasta tener más luz. Alguien que está fatigado ¿va a decir que está demasiado cansado como para acostarse? ¿O alguien a punto de ahogarse, dirá que no sabe tomarse de la mano extendida para ayudarlo? ¿O el marinero naufragado, con un bote salvavidas al costado del barco encallado, dirá que no sabe cómo saltar al bote? ¡Oh, líbrese de estas excusas vanas! ¡Levántese, y *venga*! La puerta no está cerrada. El manantial no se ha secado todavía. El Señor Jesús lo invita. Basta con que usted sienta sed y anhele ser salvo. *Venga*, venga a Cristo sin demora. ¿Quién alguna vez vino al manantial y lo encontró seco? ¿Quién se ha retirado alguna vez insatisfecho?

(c) ¿Ha venido ya a Cristo y encontrado alivio? Entonces ***venga más cerca, acérquese más.*** Cuanto más cercana sea su comunión con Cristo, más tranquilidad sentirá.

Cuánto más cerca viva del Manantial más sentirá "una fuente de agua que salte para vida eterna" (Jn. 4:14). No sólo recibirá bendición usted, sino que será de bendición para otros.

Quizá en este mundo impío no siente usted toda la tranquilidad que desea. Pero recuerde que es imposible tener dos cielos. La felicidad perfecta está por venir. El diablo no ha sido atado (Ap. 20:2). Vienen buenos tiempos para todos los que son conscientes de sus pecados, vienen a Cristo y entregan sus almas sedientas a su cuidado. Cuando él vuelva, se sentirán completamente satisfechos. Recordarán todo el camino recorrido por donde los condujo el Señor y comprenderán el porqué de todas las cosas que les sucedieron. Sobre todo, se preguntarán cómo pudieron vivir tanto tiempo sin Cristo y cómo fue posible que vacilaran tanto en acudir a él.

Hay una cañada en las montañas de Escocia llamada Glen Croe, que brinda una magnífica ilustración de lo que será el cielo para las almas que vienen a Cristo. El camino que atraviesa Glen Croe lleva al viajero en un larga y empinada subida, con muchas vueltas y curvas cerradas. Pero al llegar a la cima de la cañada se encuentra una roca con estas sencillas palabras inscritas: "*Descanse y esté agradecido"*. Estas palabras describen los sentimientos de cada persona que acudió a Cristo sedienta. Cuando llegue al cielo descansará y estará agradecida. La cima del camino angosto, finalmente, será nuestra. Habremos terminado nuestra trayectoria agobiante y nos sentaremos en el reino de Dios. Miraremos hacia el pasado y contemplaremos toda nuestra vida con agradecimiento y veremos la sabiduría perfecta de cada paso en la empinada subida por donde fuimos conducidos. Olvidaremos el angustioso esfuerzo de nuestro peregrinaje hacia el descanso glorioso. Aquí en este mundo, nuestro sentido de descansar en Cristo es débil y parcial, aun en el mejor de los casos. A veces, pareciera que apenas si gustamos plenamente "el agua viva". Pero cuando venga aquello que es perfecto, entonces todo lo imperfecto pasará.

Podemos decir con el salmista: "Estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza" (Sal. 17:15). Beberemos "el agua viva", gozaremos los placeres del Señor y jamás volveremos a tener sed.

Nota

Hay un pasaje de una obra del que fuera el escritor puritano Robert Traill, que arroja mucha luz sobre algunos puntos mencionados en este capítulo y que me gustaría que el lector leyera de principio a fin. Fue tomado de una obra poco conocida y menos leída. A mí me ha hecho bien y creo que le puede hacer bien a otros.

> Cuando el hombre despierta a su condición espiritual y tiene que enfrentar la pregunta: "¿Qué debo hacer para ser salvo?" (Hch. 16:30, 31), tenemos la respuesta apostólica: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo". Esta respuesta es tan antigua que, a muchos, les parece anticuada. Pero sigue siendo y siempre será fresca, nueva, deliciosa y la única que resuelve este gran problema de la conciencia. Y lo seguirá resolviendo mientras duren la conciencia y el mundo. Ninguna sabiduría o conocimiento del hombre le encontrará nunca una grieta o falla; nadie podrá inventar otra respuesta mejor, ni ninguna otra puede curar completamente la herida de una conciencia avivada. Creer en el Señor Jesucristo es la respuesta.
>
> Aboquémonos a la tarea de ver la solución y el alivio que ofrecen algunos maestros de nuestra propia Israel a la pregunta del carcelero: ¿Qué debo hacer para ser salvo? Les corresponde decirle: "Arrepiéntete, llora por tus pecados, apártate de ellos, aborrécelos y Dios tendrá misericordia de ti". "¡Ay!" responde el pobre hombre: "Mi corazón es duro y no puedo arrepentirme. Así es, mi corazón está más duro y vil que cuando pecaba sin que me remordiera la conciencia".

Si uno le habla a este hombre de las calificaciones para recibir a Cristo, no entiende nada y si es sincero en cuanto a la obediencia, su respuesta es natural y pronta: "La obediencia es obra del hombre en vida y la sinceridad brota sólo del alma renovada". Por lo tanto, la obediencia sincera es tan imposible para un pecador muerto y no renovado como lo es la obediencia perfecta. ¿Por qué no darle la respuesta correcta al pecador avivado: "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo"? Cuéntele quién es Cristo, lo que ha hecho y sufrido para obtener redención eterna de todos los pecadores y esto, según la voluntad de su Padre Dios. Relátele directa y sencillamente el evangelio de salvación del Hijo de Dios, cuéntele lisa y llanamente la historia y el misterio del evangelio. Bien pudiera ser que por este intermedio el Espíritu Santo dé fe, tal como lo hizo con aquellos primeros frutos entre los gentiles (Hch. 10:44).

Si pregunta con qué garantía cuenta si cree en Jesucristo, dígale que es absolutamente indispensable que lo haga porque sin Cristo, perecerá eternamente. Dígale que Dios, en su gracia, le ofrece la redención por medio de la muerte de su Hijo. La promesa es que si acepta por la fe el remedio de Dios para el pecado, la salvación será suya. Dígale que tiene el mandato expreso de Dios de creer en el nombre de Cristo (1 Jn. 3:23) y que debe obedecerle conscientemente, al igual que cualquier otro mandato en la ley moral. Cuéntele de la aptitud y buena voluntad de Cristo para salvar; dígale que no rechaza jamás a ninguno que acude a él, que los casos desesperantes son los triunfos gloriosos de su poder para salvar. Dígale que no hay un punto medio, entre la fe y la incredulidad, que no hay ninguna excusa para descuidar la primera y seguir en la segunda,

que creer en el Señor Jesús para salvación agrada más a Dios que obedecer toda su ley; explíquele que la incredulidad es lo más desagradable para Dios y, entre todos los pecados del hombre, el más digno de condenación. Contra la magnitud de sus pecados, la maldición de la ley y la severidad de Dios como juez, hay un solo alivio para ofrecerle. Este alivio es la gracia libre e inconmensurable de Dios por los méritos de Cristo quien se sacrificó a sí mismo para cargar en "él el pecado de todos nosotros" (Is. 53:6).

Si responde: ¿Qué significa creer en Jesucristo?, debo decir que en la Biblia no aparece esta pregunta, pero que de una manera u otra muchos pasajes sugieren una respuesta. Están los que no creían en él, como los judíos (Jn. 6:28-30), los principales sacerdotes y los fariseos (Jn. 7:48); el ciego (Jn. 9:35). Cuando Cristo le preguntó al ciego: "¿Crees tú en el Hijo de Dios?", éste le respondió: "¿Quién es, Señor, para que crea en él?". Inmediatamente, cuando Cristo le contestó (versículo 37) no preguntó: "¿Qué significa creer en él?", sino que dijo: "Creo, Señor; y le adoró", por lo que demostró tener fe en él y actuó en consecuencia. Lo mismo sucedió con el padre del muchacho poseído por un espíritu inmundo (Mr. 9:23, 24) y el eunuco (Hch. 8:37). Tanto los enemigos como los discípulos de Cristo sabían que tener fe en él significaba creer que el Hombre Jesús de Nazaret era el Hijo de Dios, el Mesías y Salvador del mundo y que entonces, a él había que acudir para recibir y esperar salvación en su nombre (Hch. 4:12). Esto era anunciado por Cristo, sus apóstoles y sus discípulos y era del conocimiento de todos los que lo oían.

Si todavía pregunta qué es lo que debe creer, dígale que no es llamado a creer que está en Cristo, que sus pecados han sido perdonados y que ha sido justificado, sino que debe creer lo que dice Dios en cuanto a Cristo (1 Jn. 5:10-12).

Lo que dice Dios es que él nos da (es decir, nos ofrece) vida eterna a través de su Hijo Jesucristo y que todo aquel que de corazón lo cree y confía su alma a estas buenas nuevas, será salvo (Ro. 10:9-11). Y esto es lo que debe creer para poder ser justificado (Gá. 2:16).

Si sigue diciendo que es difícil creer esto, su duda es lógica, pero fácil de resolver. Esto nos habla de un hombre profundamente humillado. Cualquiera puede ver su propia imposibilidad de obedecer enteramente la ley de Dios, pero a pocos les resulta difícil creer. Para su alivio y resolución pregúntele qué es lo que se le hace difícil creer. ¿Es el hecho de que no está dispuesto a ser justificado y salvado? ¿Es porque no está dispuesto a ser salvo a través de Jesucristo para alabanza de la gracia de Dios en él y para dejar de vanagloriarse? Seguramente dirá que no. ¿Es la desconfianza en la verdad de lo que las Escrituras dicen del evangelio? Nunca lo admitirá. ¿Es dudar de la habilidad y buena voluntad de Cristo para salvar? Esto es contradecir el testimonio de Dios en los *Evangelios*. ¿Es porque duda tener suficiente

interés en Cristo y su redención? Contéstele que creer en Cristo reemplaza la falta de interés en él.

Si le dice que no puede creer en Jesucristo porque le resulta difícil actuar con fe y que necesita un poder divino para tener fe, y que no lo tiene, debe decirle que creer en Jesucristo no es una tarea que hay que realizar, sino descanso en Jesucristo. Tiene que decirle que pretender esto es tan irracional como si un hombre, cansado de un viaje y sin poder dar un paso más, dijera: “Estoy tan cansado que no me puedo acostar” cuando, en realidad, no puede seguir de pie ni seguir andando.

El pobre pecador cansado nunca podría creer en Jesucristo hasta darse cuenta de que no puede hacer nada por sí mismo y que en cuanto cree siempre se entrega a Cristo para salvación, como un hombre sin esperanza e indefenso. Y como resultado de estos razonamientos con él sobre el evangelio, el Señor otorgará, por creer (como lo ha hecho a menudo): Fe, gozo y paz.

– *Works* (Las obras) de Robert Traill, 1696, Tomo 1, pp. 266-269.

18.“Riquezas inescrutables”

“A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo”. Efesios 3:8

Si viéramos este versículo por primera vez, creo que todos consideraríamos que es extraordinario, aun si no supiéramos quién lo escribió. Es extraordinario por las figuras de lenguajes tan audaces e impresionantes que usa. “Menos que el más pequeño de todos los santos”, “inescrutables riquezas de Cristo”, estos son realmente “pensamientos que respiran y palabras que arden”.

Pero el versículo es doblemente extraordinario cuando consideramos quién lo escribió. El autor fue nada menos que el gran apóstol de los gentiles, San Pablo, el líder de aquel pequeño y noble ejército de Cristo que dejó una profunda huella en la humanidad. Nadie nacido de mujer, (excepto su Maestro inmaculado), ha dejado una huella tan profunda, la cual permanece hasta hoy. Semejante frase de la pluma de semejante hombre demanda especial atención.

Observemos atentamente este texto y notemos tres cosas:

I. Primero, lo que Pablo dice de *sí mismo*. Dice: “Soy menos que el más pequeño de todos los santos”.

II. Segundo, lo que Pablo dice *de su ministerio*. Dice: “Me fue dada esta gracia de anunciar [predicar]”.

III. Tercero, Pablo da a conocer el *gran tema de su predicación*. Lo llama “las inescrutables riquezas de Cristo”.

Confío que, algunos comentarios sobre cada uno de estos tres puntos, ayuden a grabar todo el texto en la memoria, conciencia, corazón y mente de mis lectores.

I. Lo que Pablo dice de sí mismo.

En primer lugar, notemos *lo que Pablo dice de sí mismo*. El lenguaje que utiliza es singularmente decisivo. El fundador de iglesias famosas, el escritor de catorce epístolas inspiradas, ¿cómo se describe? Veamos algunas de sus palabras: "En nada he sido menos que aquellos grandes apóstoles" (2 Co. 12:11). "En trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces" (2 Co. 11:23). "Estimo todas las cosas como pérdida". "Lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo" (Fil. 3:8). "Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia" (Fil. 1:21). Emplea un modo enfático, comparativo y superlativo. "Soy menos que el más pequeño de los santos". ¡Qué pobre criatura ha de ser el más pequeño de los santos! No obstante, Pablo dice: "Soy menos que esa criatura".

Sospecho que un lenguaje como éste es casi ininteligible para muchos que profesan ser cristianos. Tan ignorantes de la Biblia como de sus propios corazones, no pueden comprender lo que dice un santo cuando habla humildemente de sí mismo y de sus logros. "Es una forma de hablar" dicen, "no puede significar otra cosa que la época cuando Pablo daba sus primeros pasos en el evangelio y comenzaba a servir a Cristo". Es tan cierto que "el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios" (1 Co. 2:14). Las oraciones, alabanzas, los conflictos, temores, esperanzas, gozos y aflicciones del cristiano auténtico y toda la experiencia del capítulo siete de Romanos son "locura" para el hombre del mundo. Así como un ciego no puede juzgar un cuadro de un pintor famoso y un sordo no puede apreciar el Mesías de Handel, el inconverso no puede comprender totalmente la estimación humilde que tiene de sí mismo el apóstol.

Pero podemos estar seguros de que lo que Pablo *escribió*,

realmente lo *sintió* en su corazón. El lenguaje de nuestro texto no es único. Otros pasajes hasta lo exceden. A los filipenses les dice:

"No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo". A los corintios les afirma: "Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol". A Timoteo le asegura: "Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero". A los romanos les exclama: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Fil. 3:12; 1 Co. 15:9; 1 Ti. 1:15; Ro. 7:24). La realidad es que Pablo veía en lo más profundo de su corazón muchos más defectos y flaquezas de los que veía en ningún otro. Los ojos de su entendimiento estaban tan abiertos por el Espíritu Santo de Dios que detectaba un centenar de cosas malas en sí mismo. Otros hombres con marcada miopía, jamás verían lo que San Pablo sí podía ver. En suma, poseyendo gran luz espiritual, tenía una percepción enorme de su propia corrupción natural, tanto que estaba revestido de humildad de pies a cabeza (1 P. 5:5).

Ahora bien, comprendamos claramente que una humildad como la de Pablo no era una característica únicamente del gran apóstol de los gentiles. Al contrario, es una característica principal de todos los santos más eminentes de Dios en todas las épocas. Cuanto mayor es la gracia que los hombres tienen en sus corazones, más profunda es la percepción de su pecado. Más luz arroja el Espíritu Santo en sus almas, mejor disciernen sus propias flaquezas, corrupciones y tinieblas. El alma muerta no siente ni ve nada, con la vida viene una visión clara, una conciencia perceptiva y una sensibilidad espiritual. Observe las expresiones humildes que Abraham, Jacob, Job, David y Juan el Bautista usaban al referirse a ellos mismos. Estudie las biografías de santos modernos como Bradford, Hooker, George Herbert, Beveridge, Baxter y M'Cheyne. Note la característica que todos comparten, todos sentían profundamente sus pecados.

Los creyentes nuevos y todavía inmaduros, en el calor de su

primer amor, pueden hablar de *perfección* si quieren.

Los grandes santos en cada época de la historia eclesiástica, desde Pablo hasta hoy, siempre han estado "revestidos de humildad".

Si alguno entre mis lectores quiere ser salvo, sepa que los primeros pasos hacia el cielo son los de un profundo sentido del pecado y una opinión baja de sí mismos. Descarte esa débil y tonta tradición de que el comienzo de una vida cristiana se caracteriza por sentirse "bueno". En cambio, comprenda aquel gran principio bíblico de que tenemos que comenzar por sentirnos "malos" y que hasta cuando realmente nos sintamos "malos", nada sabremos de la bondad o la salvación cristiana. Bienaventurado el que ha aprendido a acercarse a Dios con la oración del publicano: "Dios, sé propicio a mí, pecador" (Lc. 18:13).

Procuremos ser humildes. No hay otra gracia que le quede mejor al creyente.

¿Qué somos que justifique que nos sintamos orgullosos? De todos los seres del mundo, ninguno es tan dependiente como el hijo de Adán. Hablando de su *físico*,

¿qué cuerpo, como el cuerpo del hombre, requiere tanto cuidado y atención, y es cada día tan deudor a la mitad de la creación por su comida y ropa? Hablando de su *mente*, ¡qué poco saben los más sabios de los hombres (y los hay pocos), cuan ignorante es la mayor parte de la humanidad y cuánto sufrimiento generan por su ignorancia! "Somos de ayer", dice el libro de Job, "y nada sabemos" (Job 8:9). Por cierto que no hay ninguna cosa creada sobre la tierra o en el cielo que debiera estar revestida de humildad como debiera estarlo el hombre.

Procuremos ser humildes. No hay gracia más apropiada para el cristiano. El Libro de Oraciones sin igual de la Iglesia Anglicana, de principio a fin, pone en la boca del que lo usa, el más humilde de los lenguajes. Las frases al principio de la oración matutina y la

vespertina, la Confesión General, la Letanía y el Servicio de Comunión están repletos de expresiones humildes.

Todos, a una voz, brindan a los fieles de la Iglesia Anglicana, una enseñanza clara con respecto a nuestra posición correcta a la vista de Dios.

Procuremos todos ser más humildes, podemos saber algo de esto ahora, pero cuanto más sepamos, más nos pareceremos a Cristo. Escrito está de nuestro bendito Señor (aunque él no tuvo pecado) que "siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil. 2:6-8). Recordemos también las palabras que preceden a este pasaje: "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús" (Fil. 2:5). Los hombres que más son atraídos hacia el cielo, más se revisten de humildad. En la hora de la muerte, con un pie en la tumba, con algo de la luz del cielo brillando sobre ellos, cientos de grandes santos y dignatarios eclesiásticos han tenido plena conciencia de ser pecadores. Hombres como Selden, el obispo Butler y el arzobispo Longley, han dejado registrada su confesión de que nunca hasta esa hora, habían visto sus pecados con tanta claridad, ni sentido con tanta profundidad su deuda de misericordia y gracia. Sólo el cielo nos habrá de enseñar plenamente lo humilde que debiéramos ser. Sólo entonces, cuando estemos dentro del velo y miremos todo el camino de la vida por donde fuimos conducidos, sólo entonces, comprenderemos completamente la necesidad de ser humildes y lo hermoso que es serlo. Las palabras de Pablo que hoy nos parecen tan duras, aquel día no lo parecerán tanto. ¡Claro que no! Arrojaremos nuestras coronas delante del trono y comprenderemos lo que el gran teólogo quiso decir cuando afirmó: El himno en el cielo será: "¡Lo que ha hecho Dios!" (Nm. 23:23).

II. El ministerio de Pablo

En segundo lugar, notemos *lo que dice Pablo acerca de su ministerio*. Las palabras del Apóstol son muy sencillas al referirse a él. Dice: "Me fue dada esta gracia de anunciar" o sea, predicar.

El significado de esta frase es claro: "Me fue dado el privilegio de ser un mensajero de las buenas nuevas. He sido comisionado para ser el heraldo de las nuevas de gran gozo". No podemos dudar de que el concepto paulino del oficio del pastor, incluía la administración de las ordenanzas y de hacer todas las demás cosas necesarias para la edificación del cuerpo de Cristo. Pero aquí, como en otros lugares, es evidente que la idea principal continuamente en su mente era la *responsabilidad principal* de un ministro del Nuevo Testamento. Esta responsabilidad es ser predicador, evangelista, embajador de Dios, mensajero de Dios y heraldo de las buenas nuevas a un mundo caído. Dice en otro lugar: "No me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio" (1 Co. 1:17).

No veo que Pablo haya apoyado alguna vez la teoría favorita de muchos, de que la intención era que fuera un *ministerio sacerdotal, un sacerdocio eucarístico- sacrificial* en la iglesia de Cristo[1]. No hay ni una palabra en el libro de los Hechos ni las epístolas a las iglesias que justifique semejante noción. No está escrito en ninguna parte que "Dios haya nombrado a algunos en la iglesia, primero apóstoles, luego [*sacerdotes*]" (1 Co. 12:28). Hay una ausencia notable de esta teoría en las *epístolas pastorales* a Timoteo y Tito, donde uno esperaría encontrarla, si es que pretendiera encontrar base para esas ideas.

Por el contrario, precisamente en estas *epístolas*, leemos expresiones como:

[1] Para aprehensión de muchos, los Cuáqueros y los Hermanos Libres parecen ignorar totalmente el oficio pastoral.

"Manifestó su palabra por medio de la predicación". "Yo fui constituido predicador". "Para que por mí fuese cumplida la predicación" (Tito 1:3; 1 Ti. 2:7; 2 Ti. 1:11; 2 Ti. 4:17).

Y, como broche de oro, una de sus últimas exhortaciones a su hijo espiritual Timoteo, cuando lo dejó a cargo de una iglesia organizada, es esta frase concisa y expresiva: "Que prediques la palabra" (2 Ti. 4:2). En suma, creo que Pablo quiso que comprendiéramos que, no importa lo variadas que sean las obras para las cuales el pastor es apartado, la primera, más importante y principal es ser predicador de la Palabra de Dios.

Pero, a pesar de que me niego aceptar que las Escrituras justifiquen la creencia en *un sacerdocio eucarístico-sacrificial*, no nos vayamos al otro extremo y quitemos valor al oficio del *siervo* de Cristo. Es peligroso ir en esa dirección. Aferrémonos a ciertos principios firmes sobre el ministerio cristiano y no importa cuánto nos disguste el sacerdocio y las enseñanzas católicas romanas, no dejemos que nada nos tiente a dejar que estos principios se nos vayan de las manos. Hay un término medio sólido entre una idolatría oprobiosa del "sacerdotalismo" [creencia que enfatiza el poder de los sacerdotes como mediadores esenciales entre Dios y los hombres], por un lado, y una anarquía desordenada por el otro. El hecho de que no seamos papistas en este aspecto del ministerio, no quiere decir que tenemos que ser Cuáqueros o Hermanos Libres[2]. Esto no era lo que Pablo tenía en mente.

En primer lugar, grabemos bien en nuestra mente que el ministerio cristiano es una ***institución bíblica***. No cansaré al lector dándole citas bíblicas para dar prueba de lo que digo. Le recomiendo que sencillamente lea las *Epístolas* a Timoteo y a Tito, y forme su propio criterio.

[2] [Editor: El *Sacerdotalismo* enfatiza la necesidad de un sacerdote para administrar la Cena del Señor y como mediador entre el creyente y Cristo].

A mi modo de ver, si estas *epístolas* no autorizan un ministerio, las palabras carecen de significado. Formemos un tribunal de las primeras personas sin prejuicios, inteligentes, sinceras y sin intereses creados, y sentémoslas con un Nuevo Testamento a la mano para que investiguen y analicen esta pregunta: "¿Es el ministerio cristiano algo bíblico o no?". No tengo ninguna duda de lo que sería su veredicto.

(a) En segundo lugar, grabemos bien en nuestra mente que el ministerio cristiano es ***una provisión sabia y útil de Dios***. Asegura el mantenimiento regular de las ordenanzas de Cristo y de los medios de gracia. Proporciona un mecanismo subyacente para promover el despertar de los pecadores y la edificación de los santos. La experiencia enseña que los asuntos de todos terminan siendo los asuntos de nadie; y si esto es cierto en otros aspectos, no lo es menos en asuntos relacionados con la vida cristiana. Nuestro Dios es un Dios de orden, obra a través de medios, y no tenemos razón alguna para esperar que su causa se mantenga por medio de intervenciones milagrosas constantes, mientras sus siervos no hacen nada. Para que haya predicación de la Palabra sin interrupción, además de la administración de las ordenanzas, no puede haber un plan mejor que la designación de una orden regular de hombres que se entregan totalmente a los negocios de Cristo.

(b) En tercer lugar, grabemos bien en nuestra mente que el ministerio cristiano es un ***privilegio honroso***. Es un honor ser embajador de un rey; la persona designada a tal cargo es respetado y le es concedida inmunidad diplomática. Antes de la invención del telégrafo era un honor y una distinción codiciada, anunciar noticias como la de la victoria en Trafalgar y Waterloo.

¡Cuánto más grande honor es ser embajador del Rey de reyes, y

proclamar la buena noticia de la victoria obtenida en el Calvario! (2 Co. 5:20).

Servir directamente a tal Señor, anunciar semejante mensaje sabiendo que los resultados de nuestra obra, si Dios la bendice, son eternos, es sin lugar a dudas un privilegio. Otros pueden trabajar por una corona corruptible, en cambio, el siervo de Cristo por una incorruptible.

Nunca un país está en peores condiciones como cuando los siervos de Cristo han causado que se ridiculice y desprecie su ministerio. Lo que dice Malaquías es tremendo: "Os he hecho viles y bajos ante todo el pueblo, así como vosotros no habéis guardado mis caminos" (Mal. 2:9). Pero, ya sea que los hombres escuchen o no, el puesto de una embajador fiel es honroso. Es digno de notar lo que dijo un anciano misionero a los noventa y seis años en su lecho de muerte: "Lo mejor de lo mejor que puede hacer el hombre es predicar el evangelio".

Concluyo esta parte de mi tema con el *pedido ferviente* de que todos los que oran no dejen de elevar sus súplicas y oraciones intercesoras por los siervos de Cristo. Que nunca falte una buena medida de ellas aquí y en el campo misionero, de modo que estos se mantengan fieles en el evangelio y santos en su diario vivir, y que tengan cuidado de sí mismos y de la doctrina (1 Ti. 4:16).

Ah, recordemos que mientras nuestro ministerio es honroso, útil y bíblico ¡es también uno de profunda y dolorosa responsabilidad! Atendemos a las almas "como quienes han de dar cuenta" de ellas (He. 13:17). Si las almas se pierden por nuestra infidelidad, su sangre será demandada de nuestra mano. Nuestra misión sería fácil si se tratara sólo de leer los servicios, administrar las ordenanzas, usar vestimentas especiales, conducir una serie de ceremonias, ejercicios, gestos y posturas. Pero aquello no es todo. Tenemos que entregar el mensaje de nuestro Señor, declarar todo el consejo de

Dios (Hch. 20:27) y no guardarnos nada que sea provechoso. Si a nuestras congregaciones no les anunciamos *toda* la verdad podemos arruinar para siempre sus almas inmortales.

La vida y la muerte están en poder de la boca del predicador. Con razón decía el Apóstol: "¡Ay de mí si no anunciare el evangelio!" (1 Co. 9:16).

Pido una vez más que ore por nosotros. ¿Quién es suficientemente apto para la tarea? Recuerde el viejo dicho de las Padres de la Iglesia: "Nadie está en peor peligro espiritual que los pastores". Es fácil que nos critiquen y nos encuentren defectos. Tenemos este tesoro en vasijas de barro. Somos hombres con las mismas pasiones que todos y no somos infalibles. Ore por nosotros en estos días de pruebas, tentaciones y controversias, pida que a nuestra iglesia nunca le falten obispos y diáconos firmes en la fe, audaces como leones, "prudentes como serpientes, y sencillos como palomas" (Mt. 10:16). El mismo que dijo: "Me fue dada esta gracia de anunciar", dijo también en otra ocasión: "Orad por nosotros, para que la palabra del Señor corra y sea glorificada así como lo fue entre vosotros, y para que seamos librados de hombres perversos y malos; porque no es de todos la fe" (2 Ts. 3:1, 2).

III. Cristo: El tema de la predicación de Pablo

Notemos, en último lugar, *lo que Pablo dice del gran tema de su predicación*. Lo llama "las inescrutables riquezas de Cristo".

Que el hombre de Tarso convertido predicara a *"Cristo*", es lo que hubiéramos esperado por sus antecedentes. Habiendo encontrado paz por medio de la sangre que Cristo derramó en la cruz, es indudable que querría contarle a otros lo que pasó en su encuentro con Jesús. Nunca perdía su valioso tiempo exaltando una mera moralidad sin raíces, en discutir abstracciones inciertas y expresiones vacías, como "lo cierto", "lo noble", "lo sincero, "lo hermoso", "los gérmenes de bondad en la naturaleza humana" y cosas parecidas. Siempre iba al

fondo de cada cuestión y les mostraba a los hombres la gran enfermedad humana, su estado desesperante como pecadores y al Gran Médico que necesita el mundo enfermo de pecado.

Además, el hecho de que predicara a Cristo entre "los gentiles", concuerda con todo lo que sabemos de su línea de acción en todo lugar y entre todas las gentes. Dondequiera que viajaba y se ponía de pie para predicar, en Antioquía, Listra, Filipo, Atenas, Corinto y Éfeso; entre griegos y romanos, letrados e iletrados, estoicos y epicúreos; ante ricos y pobres, bárbaros y escitas, libres y esclavos; Jesús y su muerte expiatoria, Jesús y su resurrección eran el tema central de sus sermones. Variaba sabiamente su método de presentarlo, según su auditorio, pero el tema y el corazón de su predicación era Cristo crucificado.

Observemos en el texto que estamos enfocando una expresión muy peculiar, una expresión que incuestionablemente es única en sus escritos: "*Las inescrutables riquezas de Cristo*". Es el lenguaje fuerte y ardiente con el que siempre recordaba su deuda con la misericordia y la gracia de Cristo. Le encantaba mostrar con sus palabras la intensidad que sentía. Pablo no era un hombre que decía las cosas a medias (*Quicquid fecit valde fecit*). Nunca olvidó el camino a Damasco, la casa de Judas, la calle llamada Derecha, la visita del buen Ananías, las escamas que cayeron de sus ojos, su propia experiencia maravillosa de pasar de muerte a vida. Estos hechos siempre estaban a flor de piel en su mente y, entonces, no se conformaba con decir: "Me fue dada esta gracia de anunciar". No, amplía su tema. Lo llama "las inescrutables riquezas de Cristo".

Pero, ¿qué quiso decir el Apóstol cuando se refirió a las "inescrutables riquezas"? Ésta es una pregunta difícil de contestar. Es indudable que veía en Cristo una inmensurable provisión para las necesidades del alma del hombre, así que no tenía otra frase para expresar la inmensidad de esta verdad. Desde cualquier punto de vista que observaba a Cristo, veía en él mucho más de lo que la mente

común podía concebir y expresar con palabras. Sólo podemos ofrecer conjeturas de lo que tuvo la intención de decir exactamente.

No obstante, puede ser provechoso determinar detalladamente algunas de las cosas que, con toda probabilidad, estaba pensando. Puede ser, tiene que ser, debiera ser provechoso. Después de todo recordemos que estas "*riquezas de Cristo*" son bendiciones que usted y yo necesitamos hoy, tanto como las necesitaba Pablo; y lo mejor de todo es que estas "*riquezas*" están reservadas en Cristo para usted y para mí, tanto como lo estuvieron hace más de 1900 años. Siguen allí. Todavía se ofrecen gratuitamente a todo aquel que esté dispuesto a aceptarlas. Siguen siendo la propiedad de cada uno que se arrepiente y crea. Demos una rápida mirada a algunas de ellas.

(a) En primer lugar y sobre todo, grabemos en nuestra mente que hay inescrutables riquezas en la ***persona de Cristo***. Esta unión del Hombre perfecto y el Dios perfecto en la persona de nuestro Señor Jesucristo es un gran misterio que ni siquiera podemos empezar a comprender. Es un hecho más allá de nuestra capacidad de captar. Pero, misteriosa como pueda ser esta unión, es una riqueza de paz y consolación de todo el que la acepta. El poder y la compasión infinitos se unen y combinan en nuestro Salvador. Si hubiera sido únicamente *Hombre* no nos hubiera podido salvar. Si hubiera sido únicamente *Dios* (lo digo con reverencia) no hubiera podido "compadecerse de nuestras debilidades" ni hubiera padecido "siendo tentado" (He. 2:18; 4:15). Siendo Dios, es poderoso para salvar y siendo Hombre, es totalmente apto para ser nuestra Cabeza, nuestro Representante y nuestro Amigo. Dejemos que los que nunca piensan seriamente nos provoquen, si quieren, discutiendo credos y teología dogmática. Pero nunca se avergüence el cristiano reflexivo de creer y aferrarse a la doctrina, casi olvidada, de la Encarnación y de la unión de dos naturalezas en nuestro Salvador. Es una verdad

rica y preciada el que nuestro Señor Jesucristo sea "Dios y Hombre".

(b) En segundo lugar, grabemos en nuestra mente que hay inescrutables riquezas en la ***obra que Cristo realizó por nosotros*** cuando vivió, murió y resucitó aquí en la tierra. De hecho y en verdad, él completó la obra que su Padre le había encomendado (Jn. 17:4), la obra de *expiación* por el pecado, la obra de *reconciliación*, la obra de *redención*, la obra de *satisfacción y* la obra de *sustitución* como "el justo por el injusto". Sé que algunos llaman a estas breves frases "términos teológicos inventados por el hombre, dogmas humanos" y cosas así. Pero les resultará muy difícil probar que cada una de estas frases que pueden parecer trilladas, no contienen fehacientemente la sustancia de textos claros de las Escrituras, los cuales por conveniencia, como la palabra Trinidad, los teólogos decidieron resumir en una sola palabra la realidad de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Cada expresión es muy rica.

(c) En tercer lugar, grabemos en nuestra mente que hay inescrutables riquezas en los ***oficios que Cristo realiza en este momento*** al vivir por nosotros a la diestra de Dios. Es nuestro Mediador, Abogado, Sacerdote, Intercesor, Pastor, Obispo, Médico, Capitán, Rey, Señor, Cabeza, Precursor, Hermano mayor y Esposo de nuestras almas. Es indudable que estos oficios no tienen ningún valor para los que no saben nada de Cristo. Pero para los que viven la vida de fe y buscan primeramente el reino de Dios, cada oficio es tan preciado como el oro.

(d) Grabemos también en nuestra mente que hay inescrutables riquezas en los ***nombres y títulos conferidos a Cristo*** en las Escrituras***.*** Son muchos, como bien lo sabe todo lector esmerado de la Biblia, pero por falta de espacio no haré más que seleccionar algunos. Pensemos por un momento en títulos como Cordero de Dios, el Pan de vida, la Fuente de agua viva, la Luz del mundo, la Puerta,

el Camino, la Vid, la Roca, la Piedra Angular, el Manto del cristiano y el Altar del cristiano. Reflexione sobre cada uno de estos nombres y considere cuánta riqueza contienen.

Para el hombre indiferente y mundano son solo "palabras" y nada más; pero para el cristiano auténtico, el análisis de cada título dará como resultado una riqueza de verdades benditas.

(e) Por último, grabemos en nuestra mente que hay inescrutables riquezas en las ***características, cualidades, atributos, disposiciones e intenciones de la mente de Cristo hacia el hombre***, que nos son reveladas en el Nuevo Testamento, En él hay…

- riquezas de misericordia, amor y compasión por los pecadores,
- riquezas de poder para limpiar, perdonar y salvar perpetuamente,
- riquezas de buena voluntad para recibir a todo el que viene a él arrepentido y creyendo,
- riquezas de habilidad para cambiar, por su Espíritu, al corazón más duro y el carácter más malo,
- riquezas de tierna paciencia para sostener al creyente más débil,
- riquezas de fortaleza para ayudar a su pueblo hasta el fin, a pesar de todo obstáculo exterior e interior,
- riquezas de compasión por todos los desalentados que le llevan a él sus problemas y, por último, pero no por eso menos importante,
- riquezas de gloria para otorgar recompensas cuando vuelva para resucitar a los muertos y reunir a su pueblo, a fin de que moren con él en su Reino.

¿Quién puede estimar el valor de estas riquezas? Los hijos de este mundo las pueden tomar con indiferencia o rechazarlas con desprecio, pero para los que se dan cuenta del valor de sus almas es muy distinto. Dirán a una voz: "No hay riquezas que se comparen a las que tiene Cristo para su pueblo".

Porque estas riquezas son ***inescrutables***, es difícil estimar correctamente su valor. Son una mina, que no importa cuánto se

trabaje, nunca se agota.

Son como un manantial que, no importa cuánta agua se saque de ella, nunca se seca. El sol en el cielo ha brillado durante miles de años y sigue dando luz, vida, calor y fertilidad a toda la superficie del globo. No existe un árbol ni una flor en Europa, Asia, África o América que no sea deudora al sol. Y el sol sigue brillando de generación en generación, una temporada tras otra, saliendo y poniéndose con una regularidad absoluta, dando a todos, sin tomar nada de nadie, siendo hoy la misma luz y el mismo calor que fue el día de la creación. El sol es sin duda alguna el gran benefactor de la humanidad. Lo mismo sucede con Cristo, si es que alguna ilustración puede acercarnos a la realidad. Él sigue siendo "el Sol de justicia" para toda la humanidad (Mal. 4:2). Millones de personas se han beneficiado de él en el pasado y con sus ojos puestos en él vivieron tranquilos y tranquilos murieron. Miríadas de personas en este mismo momento están tomando de él su dosis diaria de misericordia, gracia, paz, fortaleza y ayuda encontrando que en él mora "toda plenitud". No obstante, ¡estoy seguro de que desconocemos la mitad de las riquezas que él guarda! Muy apropiado fue que el Apóstol usara la frase "inescrutables riquezas de Cristo".

Aplicaciones prácticas

Concluyo este capítulo con tres aplicaciones prácticas. Para conveniencia de mis lectores, las pondré en forma de preguntas instando a cada uno a que las examine en silencio y luego dé una respuesta.

(a) Primero quiero preguntarle ***qué piensa usted de sí mismo.*** Ya hemos enfocado lo que Pablo pensaba de sí mismo. Ahora pues, ¿qué pensamientos le vienen a la mente cuando los enfoca en usted mismo? ¿Ha descubierto la gran verdad fundamental de que

es usted un pecador, un pecador culpable a los ojos de Dios?

Hay un clamor fuerte e incesante de que haya más escuelas que eduquen. Universalmente se deplora la ignorancia.

Pero dé por seguro que no hay una ignorancia tan común y dañina como el desconocimiento de nosotros mismos. Sí, los hombres pueden saber mucho de arte, ciencia, idiomas, economía, política y el arte de gobernar y, no obstante, ser tristemente ignorantes en cuanto al estado de su corazón y de su posición delante de Dios.

Tenga por seguro que ese autoconocimiento es el primer paso hacia el cielo. Conocer la perfección inconmensurable de Dios y nuestra inmensa imperfección, ver nuestras propias faltas e inconmensurable corrupción, es el A-B-C de una fe salvadora. Cuanta más luz real interior tengamos, más humildes seremos y mejor comprenderemos el valor del evangelio de Cristo que tantos desprecian. El que tiene la peor opinión de sí mismo y de sus propias acciones es quizá el mejor cristiano delante de Dios. Sería bueno si muchos pudieran orar noche y día esta sencilla oración: "Señor, ayúdame a verme a mí mismo".

(b) En segundo lugar, ***¿qué piensa usted de los siervos de Cristo?*** Por más extraña que parezca la pregunta, creo que el tipo de respuesta, si es sincera, a menudo es una prueba justa del estado de su corazón.

No le estoy preguntando acerca de algún clérigo perezoso, mundano e inconstante, un guardia dormido ni un pastor infiel ¡No! Le pregunto acerca del siervo fiel de Cristo, quien expone honestamente el pecado y hace que nos remuerda la conciencia. Tenga cuidado cómo contesta la pregunta. En la actualidad, a demasiadas personas les gustan los pastores que profetizan cosas buenas y se abstienen de hablar del pecado. Prefieren a los predicadores que alimentan su orgullo y complacen su gusto intelectual, les gusta oír a los que nunca hacen sonar una alarma ni les dicen nada de la ira que vendrá. Cuando Acab vio a Eliseo, le

dijo: "¿Me has hallado, enemigo mío?" (1 R. 21:20). Cuando a Acab le mencionaron al profeta Micaías, exclamó: "Le aborrezco, porque nunca me profetiza bien, sino solamente mal" (1 R. 22:8).

¡Ay, en este siglo existen muchos como Acab! Les gusta el ministerio de un pastor que no les hace sentir incómodos ni los manda inquietos a casa. ¿Cómo es usted? Créame, ¡el que más verdades le dice, mejor amigo es! Es una señal de impiedad en la Iglesia cuando los testigos de Cristo son silenciados o perseguidos y los hombres aborrecen a los que los reprenden (Is. 29:21). Fue un pronunciamiento solemne del profeta al rey Amazías cuando dijo: "Yo sé que Dios ha decretado destruirte, porque has hecho esto, y no obedeciste mi consejo" (2 Cr. 25:16).

(c) Por último, ***¿qué piensa de Cristo mismo?*** A sus ojos, ¿es grande o pequeño? ¿Ocupa el primer o segundo lugar en su estima? ¿Está él delante o detrás de su Iglesia, sus siervos y sus ordenanzas? ¿Dónde está en su corazón y en su mente?

Al final de cuentas, ¡ésta es la pregunta más importante que puede haber! El perdón, la paz, la conciencia tranquila, esperanza en la hora de la muerte y el cielo mismo, dependen de su respuesta. Saber de Cristo es vida eterna. Estar sin Cristo es estar sin Dios. "El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida" (1 Jn. 5:12). Los amigos de una educación netamente secular, los defensores entusiastas de la reforma y el progreso, los adoradores de la razón, el intelecto, la mente y la ciencia pueden decir lo que quieran y hacer todo lo que quieran para arreglar al mundo. Pero descubrirán que sus esfuerzos son en vano, si no tienen en cuenta la Caída del hombre y si no hay lugar para Cristo en sus planes. Existe una enfermedad grave en el corazón de la humanidad que echará por tierra todos sus esfuerzos y arrasará con todos sus planes. Esa enfermedad es el *pecado*. ¡Oh, si la gente al menos pudiera ver y reconocer la corrupción de la naturaleza humana y lo *inútil* que son los esfuerzos para mejorar al hombre que no se basan

en el sistema curativo del evangelio! Sí, la plaga del pecado está en el mundo y no hay agua que pueda curar esa plaga, excepto la que fluye de la fuente para todo pecado: El Cristo crucificado.

En suma, ¿de qué vale la vanagloria? Como dijo un gran teólogo en su lecho de muerte: "Todos estamos despiertos a medias". Hasta el mejor cristiano entre nosotros, sabe poco de su glorioso Salvador, aun después de haber aprendido a creer, "ahora [ve] por espejo, oscuramente" (1 Co. 13:12). No sabemos de las "riquezas inescrutables" que hay en él. Cuando despertemos a su imagen en el más allá, nos sorprenderemos de que lo veíamos tan imperfectamente y que lo amamos tan poco. Procuremos conocerlo mejor ahora y vivamos en una comunión más íntima con él. Viviendo así, no sentiremos necesidad de sacerdotes humanos y confesionarios terrenales. Podremos decir: "Tengo todo y en abundancia, no quiero más. ¡Me es suficiente que Cristo murió por mí en la cruz, que Cristo intercede siempre por mí a la diestra de Dios, que Cristo mora en mi corazón por fe, que Cristo pronto vuelve para recogerme a mí y al resto de su pueblo para no volver a partir! Sí, Cristo es suficiente para mí. Teniendo a Cristo, tengo 'inescrutables riquezas'".

Los bienes que tengo, vienen de su mano, y si hay algo malo, me ayuda a bien.

Si él es mi amigo, todo lo tengo; si no es mi amigo, estoy en pobreza. Si gano en la vida o pierdo también, lo único que importa es tenerlo a él.

Mientras viva en la tierra, no todo tendré, a medias lo conozco, a medias lo adoro, tan solo una parte de su amor percibo.

Más cuando en la gloria un día me encuentre,

completamente su gloria veré.
Diré con un canto inspirado en su amor:
"Estoy satisfecho, él es mío y yo soy de él".

19. Necesidades de nuestros tiempos

Hombres "entendidos en los tiempos". 1 Crónicas 12:32

Estas palabras se refieren a la tribu de Isacar, en los primeros tiempos del reinado de David sobre Israel. Parece que después de la triste muerte de Saúl, algunas de las tribus estaban indecisas sobre su futuro inmediato. "¿Bajo qué rey?" era la pregunta del día en Palestina. Algunos no sabían si debían ser leales a la familia de Saúl o aceptar a David como su rey. Titubeaban y no se decidían; otros, sin vacilar, se decidieron por David. Entre estos últimos, había muchos de los hijos de Isacar y el Espíritu Santo los elogia de una manera especial. Los llama "entendidos en los tiempos".

Sin duda esta frase, como cada una en las Escrituras, fue incluida para nuestra enseñanza. Estos hombres de Isacar nos son presentados como una modelo para imitar y un ejemplo para seguir porque es sumamente importante entender los *tiempos* en que vivimos y saber lo que estos tiempos requieren. Los sabios en la corte de Asuero "conocían los tiempos" (Est. 1:13). Nuestro Señor Jesucristo le reprocha a su pueblo diciéndole: "No conociste el tiempo de tu visitación". "Sabéis distinguir el aspecto del cielo, ¡más las señales de los tiempos no podéis!" (Lc. 19:44; Mt. 16:3). Tengamos cuidado y no cometamos el mismo pecado. El hombre que se contenta con sentarse tranquilo en su casa, absorbido por sus propios asuntos, y no tiene conciencia de lo que está sucediendo en la Iglesia y en el mundo, es un patriota lastimoso, y una pobre muestra de lo que debe ser un cristiano. Además de la Biblia y nuestros propios corazones, nuestro Señor quiere que conozcamos

nuestros tiempos, como lo hacían los sabios en la corte de Asuero.

En este capítulo, me propongo considerar lo que nuestros *propios tiempos* requieren de nosotros.

Cada época tiene sus peligros únicos para el cristiano profesante y, en consecuencia, demandan especial atención a los deberes propios de su situación particular. Pido a mi lector que me dé su atención durante unos minutos, mientras trato de mostrar lo que los tiempos requieren del cristiano y, particularmente, los de nuestro país. Son cinco los puntos que presentaré y lo haré claramente y sin reservas. "Y si la trompeta diere sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla?" (1 Co. 14:8).

I. La verdad del evangelio y la autoridad divina de la Biblia

En primer lugar y de importancia primordial, los tiempos requieren que conservemos valientemente y sin vacilar, toda la verdad del evangelio y la autoridad divina de la Biblia.

Nos toca vivir en una época de mucha incredulidad, escepticismo e infidelidad. Nunca, posiblemente, desde los tiempos de Celso, Porfirio y Julián, ha sido tan abiertamente atacada la verdad del evangelio revelado y nunca se han presentado los ataques de una manera tan engañosamente atractiva. Las palabras escritas por el Obispo Butler en 1736 son, curiosamente, aplicables a nuestros propios tiempos: "Muchas personas dan por sentado que el cristianismo ya no es materia de investigación y se sabe desde hace tiempo que es pura ficción. En consecuencia, lo tratan como si en la actualidad, éste fuera un punto en que coinciden todas las personas analíticas y que no merece más que hacerlo objeto de risa y burlas, como castigo por haber interrumpido por tanto tiempo los placeres del mundo" (*Analogy* [Analogía] por Butler, Introducción). A veces me pregunto qué habría dicho el buen obispo si hubiera vivido en estos días.

En comentarios, revistas, periódicos, conferencias, ensayos y, a veces, aun en los sermones, docenas de escritores inteligentes libran una batalla constante contra los fundamentos mismos del cristianismo.

La razón, ciencia, geología, antropología, los descubrimientos modernos y el libre pensamiento están de su lado. Por doquier, nos dicen constantemente que ninguna persona educada puede realmente creer en una religión sobrenatural, ni en la inspiración de cada palabra de la Biblia, ni en la posibilidad de que haya milagros. Las doctrinas tan antiguas como la de la Trinidad, la Deidad de Cristo, la personalidad del Espíritu Santo, la expiación, la obligación de guardar el Día del Señor, la necesidad y eficacia de la oración, la existencia del diablo y la realidad de un castigo futuro, son archivados en silencio o tirados por la borda como basura. Y todo esto se hace con tanta astucia y con tanta apariencia de candidez y liberalidad, y con tantos elogios a la capacidad y nobleza de la naturaleza humana, que millares de cristianos inestables han sido arrasados como por un torrente y fluctúan, si no es que su fe experimente un naufragio total.

La existencia de esta plaga de incredulidad no debiera sorprendernos ni por un momento. Se trata del mismo viejo enemigo con un nuevo vestido, una enfermedad antigua con síntomas nuevos. Desde el día en que cayeron Adán y Eva, el diablo nunca ha dejado de tentar al hombre para que no crea en Dios, diciendo directa o indirectamente: “No morirás aunque no creas”. Tenemos la advertencia en las Escrituras, especialmente para los últimos días, de que abundaría la incredulidad: “Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?”. “Los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor”. “En los postreros días vendrán burladores” (Lc. 18:8; 2 Ti. 3:13; 2 P. 3:3).

En Inglaterra, el escepticismo es esa reacción natural contra un semipapismo y superstición que muchos sabios han predicho y

esperado desde hace mucho tiempo. Es precisamente ese movimiento del péndulo lo que han buscado los estudiosos de la naturaleza humana y el momento ha llegado.

Pero, a la vez que le digo al lector que no se sorprenda ante el escepticismo generalizado de estos tiempos, le insto que no *permita que lo altere,* ni que deje de perseverar. No hay realmente causa para alarmarse. El arca de Dios no está en peligro, aunque parezca sacudirse un poco. El cristianismo ha sobrevivido los ataques de Hume, Hobbes y Tind, de Colling, Woolston, Bolingbroke y Chubb, de Voltaire, Payne y Holyoake. Estos hombres causaron gran alboroto en su tiempo y asustaron a los débiles, pero no tuvieron más efecto que las marcas que los viajeros ociosos producen al raspar sus nombres en la gran pirámide de Egipto. Esté seguro que de igual manera, el cristianismo sobrevivirá a los ataques de los astutos escritores de esta época. Por la sorprendente originalidad de muchas objeciones modernas a la revelación divina, sus argumentos y escritos parecen tener más peso del que en realidad tienen. Esto no quiere decir que no podemos desatar los nudos porque nuestros dedos no pueden hacerlo o que las formidables dificultades no tengan explicación porque no las entendemos. Cuando usted no puede responder al escéptico, conténtese con esperar más luz, pero nunca renuncie a un gran principio. En el cristianismo, al igual que en muchos interrogantes científicos, dijo Faraday: “La mejor filosofía es, a menudo, no apurarse a emitir juicios”. Aquel que cree, no se apurará, puede esperar.

Cuando los escépticos y los impíos han dicho todo lo que tienen para decir, no olvidemos tres grandes realidades que nunca han podido descartar con sus razonamientos, y estoy convencido de que nunca podrán hacerlo. Diré brevemente cuáles son. Son muy sencillas y cualquiera las puede entender.

(a) La primera realidad es ***Jesucristo mismo***. Si el cristianismo es

sólo una invención humana y la Biblia no viene de Dios, ¿cómo puede el impío explicar a Jesucristo? No puede negar su existencia en la historia. ¿Cómo puede ser que sin fuerzas ni chantajes, sin armas ni dinero dejó él una huella tan inmensamente profunda en el mundo, como evidentemente lo hizo?

¿Quién era? ¿Qué era? ¿De dónde salió? ¿Cómo es que nunca, ni antes ni después, hubo alguien como él, desde el principio de la historia? No pueden explicarlo. Nada lo puede explicar excepto el gran principio fundamental de la verdad revelada, que Jesucristo es Dios y su evangelio es totalmente cierto.

(b) La segunda realidad es ***la Biblia misma***. Si el cristianismo no es más que una invención humana y la Biblia no tiene más autoridad que cualquier otro libro no inspirado, ¿cómo es que ésta es lo que es? ¿Cómo es que puede tener vigencia y relevancia hoy un Libro escrito por unos cuantos judíos en un rincón remoto de la tierra, escrito en periodos distintos sin un acuerdo entre los escritores, escrito por ciudadanos de una nación, que comparados con los griegos y romanos, nada contribuyeron a la literatura? ¿Cómo es que este libro no tiene paralelos y no hay nada que ni siquiera se le asemeje en cuanto a sus conceptos de Dios, las perspectivas acertadas sobre el hombre, la solemnidad de sus pensamientos, la grandeza de su doctrina y la pureza de su moralidad? ¿Qué explicación puede dar el impío acerca de este Libro tan profundo, tan sencillo, tan sabio, tan libre de defectos? No puede explicar su existencia ni su naturaleza ni sus principios. Sólo podemos hacerlo los que afirmamos que el Libro es sobrenatural y que procede de Dios.

(c) La tercera realidad es ***el efecto que el cristianismo ha tenido sobre el mundo***. Si el cristianismo no es más que una invención humana y no una revelación sobrenatural y divina, ¿cómo es que ha producido un cambio tan completo en el estado moral de la humanidad? Cualquier persona preparada sabe que la diferencia moral entre la condición del mundo antes de que se

sembrara el cristianismo y después de que el cristianismo echara raíces, es tan diferente como la noche y el día, como el reino del cielo y el reino de Satanás. Ahora mismo, desafío al que quiera, que observe un *mapamundi* y compare los países donde la gente es cristiana con aquellos donde la gente no es cristiana, y niegue que estos países son tan distintos como la claridad y la oscuridad,

como el color blanco y el negro. ¿Cómo puede el impío explicar esto, basándose en sus principios? No puede hacerlo. Sólo podemos hacerlo los que creemos que el cristianismo procede de Dios y que es la única religión divina en el mundo.

Si alguna vez se siente usted tentado a alarmarse por el progreso de la impiedad, vuelva a estudiar las tres realidades que acabo de presentar y eche fuera sus temores. Tome su posición con valentía escudado por estas tres realidades y podrá hacerle frente a cualquier argumento de los escépticos modernos. Quizá le hagan cientos de preguntas que usted no puede contestar o presentarle dilemas ingeniosos sobre varias lecturas. Puede ser que le pregunten qué es inspiración, o geología, o acerca del origen del hombre o sobre cuándo sucedió la creación, asuntos sobre los cuales, tal vez usted no pueda contestar. Pueden desconcertarlo e irritarlo con locas especulaciones y teorías que en el momento no puede usted ofrecer prueba de su falacia, aunque sabe que lo es. Pero mantenga la calma y no tema. Recuerde las tres grandes realidades que he mencionado y desafíe audazmente a los escépticos a explicarlas. Las dificultades del cristianismo son indudablemente grandes, pero tenga por seguro que no se comparan con las *dificultades de la impiedad*.

II. La doctrina cristiana

En segundo lugar, estos tiempos requieren que tengamos *ideas distintivas e indubitables acerca de la doctrina cristiana*.

Tengo que admitir mi convicción de que la iglesia profesante de este siglo está tan perjudicada por la laxitud y vaguedad en cuestiones

doctrinales *dentro de ella*, como por los escépticos e incrédulos *fuera de ella*. Miríadas de cristianos en la actualidad, denotan ser absolutamente incapaces de distinguir entre las cosas que son diferentes de su profesión de fe.

Al igual que las personas que sufren de daltonismo que no distinguen la diferencia entre los colores, estos no disciernen entre lo que es verdad y lo que es mentira, entre lo que es verdadero y lo que no lo es. Si el predicador es original, elocuente y parece sincero, creen que todo lo que dice está bien, por más extraños y cuestionables que sean sus sermones. Aparentemente, carecen de sentido espiritual y no pueden detectar los errores. Les da lo mismo el papismo que el protestantismo, la expiación que ninguna expiación, un Espíritu Santo personal que ningún Espíritu Santo, un castigo futuro que ningún castigo futuro, una iglesia ritualista que una carente de ritual, una iglesia liberal que una conservadora. También les da lo mismo el trinitarismo, el arrianismo o el unitarismo; ¡se lo tragan todo, aun cuando ni siquiera lo puedan digerir! Se dejan llevar por una liberalidad y caridad imaginarias, piensan que todos tienen razón y que nadie está equivocado, todo clérigo es digno de confianza y ninguno no lo es, todos serán salvos y nadie se perderá. Su "religión" se compone de negativos ¡y lo único que tienen erradamente positivo es que no hacen *diferenciaciones* y creen que todos los conceptos extremos, indubitables y positivos son muy malos y equivocados!

Esta gente vive envuelta en una especie de bruma o neblina. No ven nada con claridad y no saben lo que creen. No tienen ninguna convicción acerca de las grandes verdades del evangelio y parecen contentarse con ser *miembros honorarios de todas las corrientes de pensamiento*. Por más que quisieran, no pueden decir lo que consideran como cierto acerca de la justificación, la regeneración,

la santificación, la Cena del Señor, el bautismo, la fe, la conversión, la inspiración divina ni lo que será el más allá. Le tienen un miedo mórbido a las *controversias* y sienten una aversión ignorante a lo que consideran un *espíritu sectario,* aunque ni siquiera pueden explicar lo que quieren decir con estas expresiones. ¡Lo único que se les puede detectar es que admiran la inteligencia,

el ingenio y la caridad, y no pueden creer que un hombre inteligente, ingenioso y caritativo se equivoque! Y, entonces, siguen viviendo indecisos y, con demasiada frecuencia, indecisos siguen hasta la muerte, sin consuelo en su fe, y me temo que, a menudo, sin esperanza.

No es difícil encontrar una explicación para esta condición débil, insensible e indecisa del alma. Para empezar, el corazón del hombre natural está espiritualmente en tinieblas (no tiene un sentido intuitivo acerca de la verdad) y, realmente, *necesita* instrucción e iluminación. Además, el corazón natural de la mayoría de la gente detesta todo esfuerzo espiritual y, cordialmente, detesta el estudio esforzado y perseverante de temas que tienen que ver con Cristo. Sobre todo, al corazón natural, por lo general, le gusta que lo elogien, evita enfrentar las diferencias de opiniones y le encanta que lo consideren caritativo y generoso. El resultado es que a la inmensa mayoría de la gente y, especialmente a los jóvenes, les cae muy bien una especie de "agnosticismo religioso". Se contentan con descartar como basura todos los motivos de discusión y si uno les dice que son indecisos, le contestan: "Yo no pretendo comprender esta controversia, así que me niego a examinar los puntos en discusión. Creo que, a la larga, no tiene ninguna importancia". Todos sabemos que abundan por todas partes personas que piensan así.

Le ruego a cada uno de mis lectores que evite ese estado mental

en cuanto a sus creencias. Es una pestilencia que anda en la oscuridad y que destruye en el día. Es una actitud perezosa y floja del alma que le ahorra el trabajo de pensar e investigar; pero la Biblia no justifica esa postura, ni lo hacen los artículos de la Iglesia Anglicana ni su Libro de Oraciones. Por el bien de su alma, determine puntualmente lo que cree y atrévase a tener conceptos positivos y distintivos sobre la verdad y el error.

Nunca, nunca tema tener opiniones doctrinales significativas y no permita que por algún miedo al hombre, ni por algún temor mórbido a que lo cataloguen de partidista, intolerante o controversial, lo lleven a contentarse con un cristianismo sin agallas, sin sabor, sin color, tibio y sin doctrina alguna.

Preste atención a lo que digo. Si quiere *hacer bien* en estos tiempos, tiene que echar fuera toda indecisión y apropiarse de una fe distintiva, incisiva y doctrinal. Si su fe es raquítica, aquellos a quienes trate de hacerle bien no creerán nada. Dondequiera que el cristianismo ha ganado victorias, lo ha hecho gracias a una teología doctrinal distintiva, informándole a la gente abiertamente acerca de la muerte y el sacrificio vicario de Cristo, enseñándole acerca de la justificación por la fe y pidiéndole que crea en un Salvador crucificado. Se posiciona bien la fe cristiana cuando se predica acerca de la ruina por el pecado, la redención por medio de Cristo y la regeneración a través del Espíritu, levantando la serpiente de bronce, pidiendo a los hombres que miren y vivan, que crean, se arrepientan y conviertan. Ésta es la única enseñanza a la que Dios ha honrado dándole la victoria durante más de diecinueve siglos y lo sigue haciendo en la actualidad aquí y en el todo el mundo. Reto a los astutos defensores de una teología no doctrinal y liberal, y a los predicadores de un evangelio sincero, pero carente de moralidad, a que me digan qué aldea, pueblo, ciudad o distrito ha sido evangelizado a base de principios, pero sin tener una "doctrina". No pueden hacerlo y nunca podrán.

Un cristianismo sin un cuerpo de doctrina distintiva carece de poder. A algunos les puede parecer atractiva una religión sin "doctrina", pero es estéril. Los hechos no se pueden negar. Es comparativamente poco el bien que ha realizado en el mundo. La impaciencia ignorante puede murmurar y clamar que el cristianismo ha fracasado porque reina la impiedad. Pero dé por seguro que si queremos "hacerle bien" al mundo y sacudirlo,

tenemos que luchar con las antiguas armas apostólicas y aferrarnos al "doctrina". ¡Sin doctrina, no hay frutos!
¡No hay una doctrina evangélica positiva, no hay evangelización!

Tome nota de lo que digo. *Los hombres que más han hecho por la iglesia* y han dejado las huellas más profundas en su época y generación, siempre han sido hombres con conceptos doctrinales decisivos y claros. Fueron hombres valientes, decididos y puntuales como Capel Molyneuz y el gran campeón protestante Hugh McNeile, los que hacen pensar a la gente y ponen al mundo "patas para arriba". Fue la "doctrina" en la era apostólica lo que vació los templos paganos y sacudió a Grecia y a Roma. Fue la "doctrina" que despertó al cristianismo de su letargo en la época de la Reforma y le quitó al papado un tercio de sus súbditos. Fue la "doctrina" lo que, más de 100 años atrás, avivó a la iglesia en los días de Whitefield, Wesley, Venn y Romaine, y prendió fuego a un cristianismo casi moribundo transformándolo en una llama flameante. Es la "doctrina" lo que en este momento da poder a cada misión exitosa aquí y alrededor del mundo. La doctrina clara y vibrante es como el sonido de las bocinas de cuernos usadas alrededor de Jericó, la que echa por tierra la oposición del diablo y del pecado. Aferrémonos a conceptos doctrinales indubitables, no importa lo que digan algunos, y nos haremos bien a nosotros mismos, a otros y a la Iglesia, al igual que a la causa de Cristo alrededor del mundo.

III. El carácter no bíblico del romanismo

En tercer lugar, estos tiempos requieren de nosotros que tengamos un sentido más claro y vivo del carácter del romanismo; que estemos convencidos de que dista mucho de ser bíblico y lleva el alma a la ruina. Éste es un tema doloroso, pero es imperativo atacarlo de frente.

(1) Las ***verdades*** del caso son muy sencillas.

Ningún observador inteligente puede dejar de ver que el tono del sentimiento público en Inglaterra en cuanto al romanismo ha cambiado muchísimo en los últimos años. El Padre Oakley, conocido y errado sacerdote, aliado del Cardenal Newman, asegura esto triunfalmente en una edición reciente de su libro *Contemporary Review* (Crítica contemporánea). Y lamento tener que admitir que, según mi opinión, dice la verdad. Ya no existe una aversión, animosidad ni desconfianza general hacia el papado, que una vez fue casi general en este país. Parece que ya no existe la claridad de antes en el sentimiento británico acerca del protestantismo. Algunos afirman estar cansados de toda la controversia religiosa y están dispuestos a sacrificar la verdad de Dios con tal de mantener la paz. Algunos consideran al romanismo, simplemente como una de las muchas expresiones religiosas inglesas, ni peor ni mejor que las demás. Algunos tratan de convencernos de que el romanismo ha cambiado y ya no es tan malo como lo era. Otros destacan audazmente las faltas de los protestantes y proclaman, a viva voz, que los romanistas son tan buenos como nosotros. Algunos opinan que está bien y es una muestra de liberalidad ser abierto, y argumentan que no tenemos derecho de creer que si una persona es sincera en cuanto a su credo, esté errada. No obstante, hay dos grandes verdades históricas:

(a) que la ignorancia, la inmoralidad y la superstición reinaban soberanamente en Inglaterra hace 400 años bajo el papado y

(b) que la Reforma fue la bendición más grande que Dios le dio a este país.

¡Éstas son verdades que sólo a los papistas se les ocurría disputar cincuenta años atrás, pero que ahora es conveniente y está de moda olvidar! En suma, al ritmo que vamos, no sorprendería si, repentinamente, cambiaran las leyes y se permitiera que un papista usara la corona de Inglaterra.

(2) Las ***causas*** de este lamentable cambio no son difíciles de descubrir.

(a) Surgen en parte por el celo constante de la Iglesia de Roma misma. Sus agentes nunca descansan ni duermen. Van por mar y tierra para ganar un prosélito. Se inmiscuyen en todas partes, desde los palacios hasta las fábricas, para promover su causa.

(b) Se ha extendido inmensamente por las medidas del partido ritualista de la Iglesia Anglicana. Ese cuerpo enérgico y activo ha estado vilipendiando a la Reforma y burlándose exitosamente del protestantismo durante muchos años. Ha corrompido, cegado y envenenado la mente de muchos fieles con sus incesantes interpretaciones erróneas. Ha familiarizado gradualmente al pueblo con cada doctrina y práctica del romanismo: La presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo en la eucaristía, la transubstanciación (creencia por la fe, no por los sentidos, de que el cuerpo y la sangre de Cristo están presentes en la eucaristía), la misa, la confesión auricular y absolución sacerdotal, el carácter sacerdotal del ministerio, el sistema monástico y un estilo histriónico, sensual y llamativo de su culto público. ¡La consecuencia natural es que mucha gente sencilla no ve nada perjudicial en el papismo!

(c) Por último, pero no menos importante, es cómo la liberalidad falsa del tiempo en que vivimos ayuda a una tendencia hacia el catolicismo romano. Está de moda decir ahora que todas las sectas debieran considerarse iguales, que el estado no debería tener nada

que ver con la religión, que todos los credos debieran ser considerados con el mismo respeto y que todas las religiones, en el fondo, comparten una verdad, ¡sea el budismo, islamismo o cristianismo! La consecuencia es que miríadas de gente ignorante comienzan a pensar que no hay nada realmente peligroso en los principios de los papistas, como no lo hay en los principios metodistas, independientes, presbiterianos o bautistas,

y que tenemos que dejar tranquilo al romanismo y nunca exponer su carácter anti bíblico que deshonra a Cristo.

(3) Las ***consecuencias*** de este cambio de actitud será muy desastroso y funesto, a menos que se lo detenga. Dejar que el papado se extienda en Inglaterra, significará el final de toda nuestra grandeza nacional. Dios nos abandonará y nos hundiremos al nivel de Portugal y España. Significará que se desalentará la lectura de la Biblia, se prohibirá tener un criterio personal, aparecerán obstáculos y obstrucciones en el camino hacia la cruz de Cristo, se volverá a establecer la función sacerdotal, la confesión auricular en cada parroquia, los monasterios cundirán por todo el país. Las mujeres en todas partes se arrodillarán como esclavas a los pies de los clérigos, los hombres perderán su fe y serán escépticos, las escuelas y universidades pasarán a ser seminarios de los jesuitas, el libre pensamiento será denunciado y declarado anatema. Y con todo esto, gradualmente irá desapareciendo la valentía e independencia del carácter británico. Creo con firmeza que todo esto sucederá, a menos que se avive el sentimiento del valor intrínseco del protestantismo.

(4) ***Advierto*** a todo el que lee este escrito y, en particular, advierto a mis hermanos creyentes, que estos tiempos requieren que despertemos y nos mantengamos en guardia. Cuidémonos del romanismo y de cualquier enseñanza religiosa que, queriendo o no, le abre a éste el camino. En nuestro país está desapareciendo gradualmente el protestantismo; le ruego que comprenda esta

dolorosa verdad. Y le ruego, como cristiano y patriota, que resista la creciente tendencia a olvidar las bendiciones de la Reforma Inglesa.

Por Cristo, por la iglesia, por nuestra patria, por nuestros hijos, no volvamos a la ignorancia, a la superstición, a los artificios sacerdotales y a la inmoralidad romana.

Nuestros antepasados probaron el papado durante siglos y, finalmente, se libraron de él con disgusto e indignación. No volvamos el reloj regresando a Egipto. No hagamos las paces con Roma hasta que Roma confiese sus errores y haga las paces con Cristo. Hasta que Roma haga *eso,* la reunificación de las iglesias occidentales, de la cual hablan algunos y nos la recomiendan, es un insulto al cristianismo.

Lea su Biblia y llene su mente de argumentos bíblicos. Un laicado que lee la Biblia es la manera más segura de defenderse contra el error. No temo por el protestantismo inglés si el laicado inglés cumple su deber. Lea sus treinta y un artículos en *Apology* (Apología) de Jewell y note cómo esos documentos prácticamente olvidados hablan de las doctrinas romanas. Lamentablemente, los clérigos somos a menudo los culpables. ¡No observamos el primer canon que manda predicar cuatro veces por año en contra de la supremacía del Papa! Con demasiada frecuencia, nos comportamos como si el "papa gigante" estuviera muerto y sepultado, y nunca lo mencionamos. Con demasiada frecuencia, por temor a ofender, no le mostramos a nuestra gente la naturaleza e impiedad real del papado.

Ruego a mi lector que, además de leer la Biblia y los Artículos, lea la historia y se entere de lo que Roma hizo en el pasado. Lea cómo pisoteó las libertades de nuestro país, saquearon los bienes de nuestros antepasados y mantuvieron a toda la nación en la ignorancia, la superstición y la inmoralidad. Lea cómo el

Arzobispo Laud arruinó a la iglesia y al estado, y causó que él y el Rey Carlos fueran ejecutados en la horca por su esfuerzo necio, obstinado y desagradable a Dios de erradicar el protestantismo de la Iglesia Anglicana. Lea cómo el último rey de Inglaterra papista, Jacobo Segundo, perdió su corona por su audaz intento de arrasar con el protestantismo y volver a introducir el papado. Y recuerde que Roma nunca cambia.

Es su gloria presumir que es infalible y que siempre lo será.

Lea también las condiciones alrededor del mundo en la actualidad. ¿Qué es lo que hizo de Italia y Sicilia lo que eran hasta hace poco? *El papado*. ¿Qué es lo que ha hecho de los estados sudamericanos lo que son? *El papado*. ¿Qué es lo que ha hecho de España y Portugal lo que son? *El papado.* ¿Qué es lo que ha hecho de Irlanda lo que es en Munster, Leinster y Connaught? *El papado*. ¿Qué es lo que hace que Escocia, los Estados Unidos y nuestra amada Inglaterra sean los países prósperos que son, y rogamos que lo sigan siendo? Respondo sin vacilar que es el protestantismo, la libertad de leer la Biblia y los principios de la Reforma. Por favor, ¡piénselo dos veces antes de descartar los principios de la Reforma! Piénselo dos veces antes de ceder a la tendencia prevaleciente de favorecer el papado y volver a Roma.

La Reforma…

- encontró a los ingleses sumidos en la ignorancia y los dejó poseyendo conocimiento,
- los encontró sin Biblias y puso una Biblia en cada parroquia,
- los encontró en las tinieblas y los dejó, comparativamente hablando, en la luz,
- los encontró sujetos a los sacerdotes y los dejó disfrutando la libertad que brinda Cristo,
- los encontró ignorantes en cuanto a la sangre de la expiación, la fe, la gracia y la verdadera santidad, y los dejó con la llave de estas bendiciones en las manos,

- los encontró ciegos y los dejó viendo,
- los encontró esclavos y los dejó *libres*.

¡Siempre demos gracias a Dios por la Reforma! ¡Encendió una luz que no debemos dejar que se apague nunca! ¡Digo bien cuando afirmo que estos tiempos requieren de nosotros un sentido renovado de las maldades del romanismo y del valor enorme de la Reforma Protestante!

IV. La santidad personal y la práctica cotidiana de nuestra fe.

En cuarto lugar, estos tiempos requieren de nosotros *una norma más elevada de santidad personal y más atención a la práctica cotidiana de nuestra fe*.

Sinceramente, estoy convencido de que desde los días de la Reforma, no ha habido nunca como ahora en Inglaterra tanta profesión de fe sin práctica, tanto hablar de Dios sin andar con él, tanto oír las palabras de Dios sin ponerlas en acción. ¡Nunca hubo tanto metal que resuena y címbalo que retiñe! Nunca tanta formalidad y tan poca realidad. Todo el tenor de la mente de los hombres con respecto a lo que constituye un cristianismo práctico parece estar en declinación. La antigua norma de oro de la conducta apropiada de la mujer y el hombre cristiano parece haberse corrompido y degenerado. Se ve una cantidad de (supuestos) cristianos haciendo continuamente cosas que en el pasado hubieran sido consideradas contradictorias a una fe vital. No ven nada malo en cosas como jugar a las cartas, ir al teatro, bailar, pasarse el día leyendo novelas y viajar los domingos, ¡no entienden en absoluto por qué usted las objeta! La antigua sensibilidad de conciencia acerca de estas cosas parece estar desapareciendo y en peligro de extinción como el *dodo* de las islas Mauricio. Cuando nos aventuramos a exhortar a los jóvenes que las practican, se nos quedan mirando, considerándonos anticuados, de mente cerrada, fosilizados, y preguntan “¿Qué tiene de malo?”. En suma, la laxitud de las ideas entre los jóvenes y la seguridad en sí mismos, además

de la frivolidad entre las señoritas, son características demasiado comunes de una nueva generación de profesantes cristianos.

No me equivoco al decir todo esto. Esté seguro que mi intención no es recomendar una práctica ascética. Los monasterios para monjes y para monjas, un retiro completo del mundo y negarnos a cumplir nuestras obligaciones en él, distan de ser bíblicos, según mi entender,

y no son más que errores en las prácticas que distraen del comportamiento cristiano bíblico. Tampoco creo que me toque instar a los hombres a vivir una norma ideal de *perfección* que no encuentro en la Palabra de Dios, una norma imposible de alcanzar en esta vida, y que pasa la administración de los asuntos de la sociedad al diablo y a los impíos. No, anhelo siempre promover una práctica cristiana amistosa, alegre y valiente que glorifica a Cristo y es apropiada en toda ocasión y en todo lugar.

El camino a una norma de santidad más elevada es muy sencilla, tan sencilla que me imagino a algún lector sonriendo con desdén. Pero, aun sencilla como es, es un camino tristemente descuidado y lleno de malezas, y ya es tiempo de llamar la atención a él.

(a) Necesitamos, pues, examinar más detenidamente nuestros viejos amigos, los *Diez Mandamientos*. Estudiados y apropiadamente desarrollados como lo fueron por el Obispo Andrews y los puritanos, las dos tablas de la ley de Dios son una mina perfecta de religión práctica. Creo que es una señal maligna de nuestros tiempos, el que muchos pastores no hacen colocar una placa con los diez mandamientos en sus templos nuevos o restaurados, y tranquilamente dicen: “¡Ya no se necesitan!” ¡Creo que nunca han sido tan necesarios como ahora!

(b) Tenemos que examinar con más cuidado, porciones de las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo como el *Sermón del Monte*. ¡Qué riqueza para reflexión contiene ese maravilloso discurso! Qué expresión impresionante es: “Si vuestra justicia no fuere mayor que la

de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (Mt. 5:20). ¡Ay, rara vez se usa ese texto!

(c) En último lugar, pero no por eso menos importante, tenemos que estudiar con cuidado la última parte, eminentemente práctica, de casi todas las *epístolas* de Pablo a las iglesias. Casi ni se las tiene en cuenta. Me temo que muchos lectores de la Biblia conocen bien los primeros once capítulos de la *Epístola a los Romanos,*

pero poco saben de los últimos cinco. Cuando Thomas Scott predicaba sobre la *Epístola a los Efesios* en la antigua Lock Chapel, hizo la observación de que ¡cuando llegó a la parte práctica del libro, la asistencia comenzó a bajar!

Vuelvo a decir que quizá usted piense que mis recomendaciones son demasiado sencillas. No vacilo en afirmar que darles su atención sería, con la bendición de Dios, muy provechoso para la causa de Cristo. Creo que elevaría la norma cristiana de mi lector a un nivel hasta ahora casi desconocido, en relación con temas como la fe en el hogar, el apartarse del mundo, diligencia en cumplir con las obligaciones diarias, generosidad, buen carácter y una mente espiritual.

En estos últimos tiempos, se escucha una queja común en cuanto a la falta de *poder* en el cristianismo moderno. Se dice que la verdadera iglesia de Cristo, el cuerpo del cual él es la Cabeza, no sacude al mundo actual como lo hacía en el pasado. ¿Quiere que le diga directamente cuál es la razón? Es *la escasa espiritualidad* que tristemente prevalece entre los cristianos profesantes. Es la falta de hombres y mujeres que caminan con Dios y ante Dios, como lo hacían Enoc y Abraham. Aunque ahora los fieles exceden por mucho a nuestros antepasados evangélicos, creo que somos muchos menos, los que estamos a la altura de ellos en cuanto a la práctica de nuestras creencias se refiere. ¿Dónde está el negarnos a nosotros mismos, la redención del tiempo, el desprecio a los lujos y a darnos gusto, la separación notoria de las cosas terrenales, el aspecto

manifiesto de estar siempre ocupados en los asuntos de nuestro Señor, la fidelidad, la sencillez de la vida hogareña, la conversación de altura en la sociedad, la paciencia, la humildad y la cortesía universal que caracterizó a tantos de nuestros antepasados hace setenta y ochenta años.

Sí, ¿dónde están todas estas virtudes? Hemos heredado sus principios y vestimos su armadura, pero me temo que no hemos heredado su *práctica*.

El Espíritu Santo lo ve y se contrista, el mundo lo ve y nos desprecia. El mundo lo ve y le importa poco nuestro testimonio. Es un estilo de vida, en imitación de la vida de Cristo, lo que influye sobre el mundo. Resolvamos, con la bendición de Dios, quitarnos este reproche. Despertemos para ver claramente lo que estos tiempos requieren de nosotros en este sentido. Apuntemos a una norma más elevada de la práctica de nuestra fe. Dejemos atrás el vivir una santidad a medias. En adelante, esforcémonos por caminar con Dios, ser íntegros e irrefutables en nuestra vida cotidiana y así, si no podemos convertir a un mundo burlón, por lo menos podremos silenciarlo.

V. Perseverancia en las sendas antiguas

En quinto y último lugar, estos tiempos requieren de nosotros una *perseverancia más regular y constante en andar en las sendas antiguas, a fin de recibir bendiciones para nuestras almas*.

Religiosidad pública

No creo que ninguna persona inteligente puede dejar de ver que ha habido en los últimos años un aumento tremendo de lo que tengo que llamar, por falta de una expresión mejor, una *religiosidad pública.* Se han multiplicado, extrañamente, los lugares para el culto público de todo tipo. Por lo menos diez veces más, iglesias han abierto sus puertas a la oración, predicación y administración

de la Cena del Señor, que hace cincuenta años. Los servicios religiosos en las naves de las catedrales, las reuniones en grandes salones públicos y cultos en misiones se llevan a cabo día tras día y noche tras noche. Todo esto se ha convertido en algo muy común. Son, de hecho, las instituciones establecidas de esta época y, a juzgar por el número de asistentes, son prueba fehaciente de que son populares. En suma, nos encontramos con el hecho incuestionable de que el último cuarto del siglo XIX es una época con una cantidad inmensa de *religiosidad pública*.

No pienso criticarlo. Que nadie lo suponga ni por un minuto. Al contrario, doy gracias a Dios por el avivamiento del plan apostólico de "agresividad" cristiana y el aumento evidente de un anhelo por imitar a San Pablo en cuanto a su celo por la evangelización: "A todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos" (1 Co. 9:22). Doy gracias por los cultos más breves, los grupos misioneros en casas de familia y los movimientos evangelizadores como los de Moody y Sankey. Cualquier cosa es mejor que el letargo, la apatía y la inercia. El mismo Apóstol decía: "Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún" (Fil. 1:18). Los predicadores y justos de Inglaterra en un tiempo anhelaban ver algo así, pero nunca lo pudieron ver. Si a Whitefield y Wesley les hubieran dicho que vendría una época cuando los arzobispos y obispos ingleses, no sólo aprobarían cultos en las misiones, sino que tomarían parte activa en ellos, no creo que lo hubieran creído. Pienso que dirían más bien, como el samaritano noble en la época de Eliseo: "Si Jehová hiciese ahora ventanas en el cielo, ¿sería esto así?" (2 R. 7:2).

Pero, aunque damos gracias por el aumento de *religiosidad pública*, no olvidemos nunca que, a menos que vaya acompañada por una fe personal, no tienen ningún valor y hasta puede tener efectos negativos. Correr incesantemente detrás de predicadores sensacionalistas en salones de reuniones calurosos y abarrotados, que se prolongan hasta altas horas de la noche, una ansiedad

constante por sentir nuevas emociones y ver métodos novedosos, terminan produciendo un estilo enfermizo de cristianismo, y me temo que, en muchos casos, significan la ruina total del alma. Porque desgraciadamente los que hacen de la *religiosidad pública* su todo, a menudo, por puras emociones temporales, después de algún gran despliegue de oratoria eclesiástica, profesan sentir más de lo que realmente sienten. Después de esto, los vemos en un nivel que imaginan haber alcanzado por una sucesión de excitaciones religiosas.

Pero tarde o temprano, como sucede con los que mastican opio y los que beben alcohol, llega un momento cuando sus dosis ya no hacen efecto y comienzan a sentirse agotados y descontentos. Me temo que, con demasiada frecuencia, la conclusión de toda la cuestión es que vuelven a caer en una falta de vitalidad e incredulidad total, y un regreso total al mundo. ¡Y todo esto no tiene nada que ver más que con el hecho de tener sólo una *religiosidad pública*! Oh, recuerde el pueblo que no fue el viento, ni el fuego, ni el terremoto, que le mostró a Elías la presencia de Dios, sino "un silbo apacible y delicado" (1 R. 19:12).

Religiosidad personal

En primer lugar, quiero advertir que no quiero ver que disminuya la religiosidad pública; en cambio, sí quiero promover un aumento de una espiritualidad basada en una fe auténtica que sea *privada,* privada entre cada persona y su Dios. La raíz de una planta o un árbol no se ve en la superficie de la tierra. Si escarbamos hasta encontrarla y la examinamos, descubrimos es una cosa fea, sucia y tosca que dista de ser hermosa a la vista, como lo es el fruto, la hoja o la flor. No obstante, esa raíz fea, es el verdadero origen de toda la vida, salud, vigor y fertilidad que los ojos ven y, sin ella, la planta o él árbol, pronto muere. Ahora bien, la *comunión privada* es la raíz de todo cristianismo vital. Sin ella, podemos aparentar mucho en las reuniones o en la plataforma, cantar

a viva voz, derramar muchas lágrimas y tener el nombre de estar vivos y la alabanza de la gente. Pero, sin una fe personal, no tenemos vestido de boda y estamos "muertos ante Dios". Los tiempos requieren de todos nosotros más atención a nuestra fe personal, nuestra adoración privada.

(a) ***Oremos con más fervor a solas*** y pongamos toda el alma en nuestras oraciones. Hay oraciones vivas y oraciones muertas, oraciones que no nos cuestan nada y oraciones que, a menudo, nos cuestan muchas lágrimas.

¿Cómo son las suyas? Cuando grandes profesantes resbalan en público y la iglesia se sorprende y queda pasmada, la verdad es que ya habían caído mucho antes en privado. Ya habían descuidado el trono de gracia.

(b) ***Leamos más nuestras Biblias a solas*** y con más sacrificio y diligencia. Ignorar las Escrituras es la raíz de todo error y nos mantiene indefensos ante las acechanzas del diablo. Sospecho que, en la actualidad, hay menos lectura bíblica en privado que cincuenta años atrás. No puedo creer que haya tantos hombres y mujeres ingleses que han sido "llevados por doquiera de todo viento de doctrina" (Ef. 4:14). Hay algunos cayendo en el escepticismo, otros en un fanatismo cerrado y exagerado y otros más, yéndose a la religión de Roma, y todo esto porque se habituaron a leer la Palabra de Dios con desgano, superficialidad, indiferencia y por costumbre. "Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios" (Mt. 22:29). La Biblia en el púlpito nunca debe reemplazar a la Biblia en el hogar.

(c) Tengamos el hábito de ***cultivar más la meditación y comunión con Cristo a solas.*** Resolvamos dedicar tiempo a estar a solas, ocasionalmente, para hablarles a nuestras propias almas como lo hizo David; para derramar nuestros corazones a nuestro Sumo Sacerdote, Abogado y Confesor a la diestra de Dios. Queremos más confesión auricular, pero no con el hombre. El confesionario que queremos no es un rincón de la sacristía, sino ante el trono de gracia. Veo que

algunos cristianos profesantes siempre andan de aquí para allá buscando alimento espiritual, siempre en público y siempre sin aliento y apurados. Nunca se toman el tiempo para sentarse tranquilamente, con el fin de considerar y analizar su condición espiritual. No es de sorprender, pues, ver que estos cristianos tienen una fe raquítica y atrofiada, y no crecen, y si, como las vacas flacas de Faraón, no se ven mejor, sino peor, es por sus banquetes de religiosidad pública.

Nuestra prosperidad espiritual depende muchísimo de nuestra fe personal y nuestra fe personal no puede prosperar, a menos que decidamos que, con la ayuda de Dios, cueste lo que cueste, nos haremos tiempo para reflexionar, orar, leer la Biblia y tener una comunión personal con Cristo. ¡Ay! Cómo se descuida aquel consejo de nuestro Señor: "Entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre" (Mt. 6:6). Nuestros antepasados evangélicos tenían mucho menos medios y oportunidades de los que tenemos nosotros. Desconocían lo que eran los salones de reunión completamente llenos, excepto, ocasionalmente, algún lugar donde predicaban hombres como Whitefield, Wesley o Rowlands. Los procedimientos que usaban no eran novedosos ni populares y, a menudo, les hacían más propensos a ser perseguidos y maltratados que a ser elogiados. Pero las armas que usaban, las usaban bien. Con menos ruido y aplausos de parte del hombre, dejaron una huella mucho más profunda para Dios en su generación de la que dejamos nosotros con nuestras conferencias, reuniones, misiones, salones y múltiples espectáculos religiosos. Sospecho que los convertidos de antaño, como las telas de lino, quedaban mejor, duraban más, desteñían menos, mantenían mejor su color, eran más estables y estaban más fuertemente arraigados que muchos de los infantes espirituales de esta época. ¿Y cuál era la razón? Creo que era porque daban más atención a su *fe*

personal, a su comunión privada, que la que, generalmente, damos nosotros. Andaban cerca del Señor y lo honraban en privado, y él los honraba en público. ¡Oh, sigamos a Cristo como lo seguían ellos! Vayamos y hagamos lo mismo.

Aplicaciones prácticas

Concluiremos con algunas aplicaciones prácticas.

(1) En primer lugar, ¿comprende qué requiere de usted este tiempo con ***referencia a su propia alma***? Preste atención y se lo diré. Usted vive en una época de peligros espirituales singulares.

> Posiblemente, nunca hubo en el pasado tantas trampas y obstáculos en el camino al cielo y, por cierto, nunca han existido trampas con señuelos tan habilidosos y obstáculos tan ingeniosos como en el presente. Mire bien quién es usted. Fíjese bien en sus acciones. Reflexione en los senderos por donde andan sus pies. Tenga cuidado de no causar la aflicción y ruina eterna de su propia alma. Tenga cuidado de no caer en la infidelidad práctica bajo el engañoso nombre del *libre pensamiento*. Cuidado de no caer indefenso en un estado de indecisión con referencia a las verdades doctrinales por no querer ser *partidista* y bajo la influencia perjudicial de la llamada liberalidad y caridad. Tenga cuidado de no malgastar su vida en deseos y la búsqueda de significado porque puede llegar el día de decisión cuando la puerta se cierre y usted sea entregado a una conciencia muerta y a una muerte sin esperanza. Despierte y sienta el peligro que corre. Levántese y sea diligente en asegurarse de que su llamado y elección sea segura, no importa que otras cosas deja inseguras. El reino de Dios está muy cerca. Cristo, el Salvador todopoderoso, Cristo el Amigo del pecador, Cristo y la vida eterna están listos para usted. Lo único que usted tiene que hacer es venir a Cristo. Levántese y deje a un lado todas las excusas, Cristo lo llama hoy mismo. No espere una compañía, si no la puede tener, no espere a nadie. Los tiempos, repito, son

desesperadamente peligrosos. Si son pocos los que toman el camino angosto de la vida, decida que con la ayuda de Dios, al menos usted estará entre esos pocos.

(2) En segundo lugar, ¿comprende usted lo que este tiempo requiere de todos los cristianos ***con referencia a las almas de los demás***? Preste atención y se lo diré. Usted vive en un tiempo de mucha libertad y abundantes oportunidades de hacer el bien. Nunca hubo tantas puertas abiertas para ser útiles, tantos campos blancos para la mies.

Ocúpese de usar esas puertas abiertas y procure cosechar esos campos. Trate de hacer un poco de bien antes de morir. Esfuércese por ser útil. Decida que, con la ayuda de Dios, dejará el mundo un poco mejor el día de su muerte que el día en que nació. Recuerde las almas de familiares, amigos y compañeros; recuerde que Dios, a menudo, obra por medio de instrumentos débiles, y trate con santo ingenio, de guiarles a Cristo. El tiempo es breve: La arena del reloj de este mundo ya casi ha descendido del todo; entonces, redima el tiempo y procure no irse al cielo solo. Es claro que usted no puede ordenar el éxito. *No* es seguro que sus esfuerzos de hacer el bien siempre resulten en el bien de otros; pero es muy seguro que siempre le hará bien a usted. El ejercicio es el gran secreto de una buena salud, tanto física como espiritual. "Y el que saciare, él también será saciado" (Pr. 11:25). Pocos entienden la siguiente afirmación profunda y sin igual del Señor: "Más bienaventurado es dar que recibir" (Hch. 20:35).

(3) En último lugar, ¿comprende usted lo que este tiempo requiere de usted ***con referencia a la Iglesia***? Deme su atención y se lo diré. Es indudable que vivimos en una época cuando nuestra iglesia, respetada por tantos años, se encuentra en una posición muy crítica, angustiante y peligrosa. Sus remeros la han llevado a aguas revueltas. Su existencia misma peligra debido a los papistas, infieles y liberales *de afuera* y a la conducta de traidores, falsos

amigos y líderes medrosos *de adentro*. No obstante, mientras la Iglesia se aferre firmemente a la Biblia, los Artículos y los principios de la Reforma Protestante, le aconsejo que se quede en la iglesia. Cuando los Artículos sean arrojados por la borda y se haya bajado la vieja bandera, entonces, y no hasta entonces, será tiempo de que usted y yo echemos los botes salvavidas al mar y abandonemos el barco para no naufragar. Pero por ahora, quedémonos en la vieja embarcación.

¿Por qué hemos de abandonarla ahora, cuando se encuentra en dificultades y cuesta trabajo mantener la verdad? ¿Cómo podemos mejorar nosotros mismos? ¿A quién podemos ir? ¿A dónde encontraremos mejores oraciones? ¿En qué congregación o comunidad encontraremos que se esté haciendo tanto bien, a pesar de la existencia de tanta maldad? Es indudable que hay mucho que lamentar, pero no hay en la actualidad ni una iglesia visible sobre la tierra que ande mejor. No hay ni una comunidad cristiana donde no haya nubarrones y reine la serenidad. "El mal está mezclado con lo bueno en todas partes". El trigo nunca crece sin cizaña. A pesar de todo, tenemos mucho de qué alegrarnos. Hay más predicación evangélica que nunca en el país, más obra aquí y en otras naciones. Si el que fuera William Romaine, de St. Anne's, Blackfriars, quien junto con media docena más eran los únicos en Londres el siglo pasado, hubiera vivido para ver lo que nuestros ojos ven, nos reprendería fuertemente por nuestro desaliento e ingratitud. ¡No! La batalla de la Iglesia reformada no está perdida, a pesar del semipapismo y el escepticismo, no importa lo que digan los observadores de afuera y los quejosos de adentro. Como dijo Napoleón a las cuatro de la tarde en la batalla de Marengo: "Todavía hay tiempo para ganar una victoria". Si los miembros realmente fieles de la Iglesia la apoyan con valentía, en lugar de mirarse fríamente los unos a los otros y, en vez, de negarse a trabajar en la misma máquina apagafuegos o en el mismo bote salvavidas, y si cesan

de pelear y discutir, dañándose a sí mismos, la Iglesia vivirá y no morirá, y será una bendición para los hijos de nuestros hijos. Por lo tanto, plantemos los pies en el suelo y permanezcamos firmes en nuestra posición. No nos apuremos a abandonar el barco por unas pocas fugas; en cambio, pongamos hombres a bombear y tratemos de mantener al buen barco a flote. Sigamos trabajando, sigamos luchando, sigamos orando y sigamos fieles a la Iglesia. Estoy convencido de que el creyente que haga esto, es el que "entiende los tiempos".

20."Cristo es el todo"

"Cristo es el todo". Colosenses 3:11

Las palabras de nuestro texto son pocas, breves y se dicen pronto; pero contienen grandes verdades. Al igual que aquellos versículos de oro: "Para mí el vivir es Cristo", "Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí" (Fil. 1:21; Gál. 2:20), las palabras a los colosenses son singularmente ricas y significativas.

Estas cuatro palabras son la esencia y la sustancia del cristianismo. Si nuestro corazón realmente puede estar de acuerdo con ellas, le hará bien a nuestra alma. Si no, seguramente, todavía tenemos mucho que aprender.

Voy a tratar de establecer en qué sentido "Cristo es el todo" y les pido que, a medida que vayan leyendo, juzguen con sinceridad, si acaso están seguros de que no pueden naufragar en el juicio final.

A propósito, termino este libro con un comentario sobre este notable texto. Cristo es la fuente principal, tanto del cristianismo doctrinal como del práctico. Un conocimiento adecuado de Cristo es esencial para entender correctamente las doctrinas de la santificación y la justificación. El que comienza el camino de la santidad, no hará ningún progreso, a menos que le dé a Cristo el

lugar que le corresponde. Empecé este libro con una afirmación clara acerca del pecado. Quiero terminarlo con una declaración, igualmente clara, acerca de la persona de Cristo.

I. "Cristo es el todo" respecto al hombre

Antes de cualquier otra cosa, entendamos que *Cristo es el todo en todos los consejos de Dios respecto al hombre.*

(a) Hubo un tiempo ***cuando esta tierra no existía***.

Sólidas como se ven las montañas, sin límites como aparenta ser el mar, altas como se ven las estrellas en el cielo, nada de eso existía. Y el hombre, con todos los altos conceptos que ahora tiene de sí mismo, era una criatura desconocida.

¿Y dónde estaba Cristo entonces? Las Escrituras nos ayudan a contestar esta pregunta: "El Verbo era con Dios" y era "igual a Dios" (Jn. 1:1; Fil. 2:6). Cristo ya era en aquel entonces el Hijo amado del Padre: "Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" (Jn. 17:5). "Me has amado desde antes de la fundación del mundo" (Jn. 17:24). "Eternamente tuve el principado, desde el principio, antes de la tierra" (Pr. 8:23). Incluso ya él era el Salvador "destinado desde antes de la fundación del mundo" (1 P. 1:20) y los creyentes fueron escogidos "en él antes de la fundación del mundo" (Ef. 1:4).

(b) Llegó un momento ***cuando esta tierra fue creada en su orden actual.*** El sol, la luna y las estrellas, el mar, la tierra y todos sus habitantes, fueron llamados a ser y hacer en medio del caos y la confusión. Y, por último, el hombre fue formado del polvo de la tierra.

¿Y dónde estaba Cristo entonces? Lo que dicen la Escrituras: "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Jn. 1: 3). "En él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra" (Col.

1:16). "Y: tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos" (He. 1:10).

"Cuando formaba los cielos, allí estaba yo; cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo; cuando afirmaba los cielos arriba, cuando afirmaba las fuentes del abismo; cuando ponía al mar su estatuto, para que las aguas no traspasasen su mandamiento; cuando establecía los fundamentos de la tierra, con él estaba yo ordenándolo todo, y era su delicia de día en día, teniendo solaz delante de él en todo tiempo" (Pr. 8:27-30).

¿Nos sorprende que el Señor Jesús, en su predicación, usara elementos que extraía del libro de la naturaleza? Cuando hablaba de las ovejas, los peces, los cuervos, el grano, los lirios, la higuera, la vid, se refería a las cosas que él mismo había creado.

(c) Llegó un día ***cuando el pecado entró en el mundo.*** Adán y Eva comieron del fruto prohibido y cayeron. Perdieron la naturaleza santa que tenían en el principio. Perdieron la amistad y el favor de Dios y se convirtieron en seres culpables, indefensos, corruptos y pecadores sin esperanza. El pecado fue desde entonces una barrera infranqueable entre ellos y su Padre santo en el cielo. Dios tuvo que tratar con ellos de acuerdo con su pecado. Ahora no había nada delante de Adán y Eva, sino la muerte, el infierno y la ruina eterna.

¿Y dónde estaba Cristo entonces? En ese preciso momento, a nuestros temblorosos padres, les fue revelada la única esperanza de salvación: Cristo Jesús. El mismo día en que desobedecieron, se les dijo refiriéndose a la simiente de la mujer: "Ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar". También se les comunicó que un Salvador nacido de mujer vencería al diablo y, de esa manera, ganaría una entrada a la vida eterna para el hombre pecador (Gn. 3: 15). Cristo fue presentado como la verdadera luz del mundo en el mismo día de la caída del hombre y, a partir de ese día, nunca se ha dado a conocer otro nombre por el cual las almas puedan ser salvas, más que el nombre Jesús (Hch. 4:12). Por él, todas las almas

salvadas han entrado en el cielo, desde Adán en adelante, y sin él, nadie puede escapar de las garras del infierno.

(d) Llegó un momento ***cuando el mundo estaba sumido y hundido en una profunda ignorancia de Dios.*** Después de 4.000 años, parece que las naciones de la tierra se han olvidado completamente del Dios que las creó. El imperio egipcio, el asirio, el persa, el griego y el romano no hicieron más que extender la superstición y la idolatría.

Los poetas, historiadores y filósofos habían demostrado que, aun con todas sus facultades intelectuales, no tenían un conocimiento correcto de Dios y que el hombre, abandonado a su suerte, era totalmente corrupto. "El mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría" (1 Co. 1:21). Excepto por unos cuantos judíos despreciados en un rincón de la tierra, el mundo entero estaba muerto en la ignorancia y sumido en el pecado.

¿Y qué hizo Cristo entonces? Dejó la gloria que había sido suya desde toda la eternidad con el Padre y descendió al mundo para ofrecer salvación. Él tomó nuestra naturaleza y nació como hombre. Como hombre, hizo la voluntad de Dios perfectamente, cosa que todos habíamos dejado de hacer; como hombre, sufrió en la cruz del Calvario la ira de Dios que nosotros debíamos haber sufrido. Ascendió a la gloria de Dios y se sentó a su diestra, en espera de que sus enemigos sean puestos al estrado de sus pies. Y desde allí, ofrece salvación a todo aquel que quiera venir a él. Intercede por todos los que creen en él y gestiona delante del Padre todo lo que tenga que ver con la salvación de las almas.

(e) Vendrá el tiempo ***cuando el pecado será echado fuera de este mundo***. La maldad no siempre florecerá en la impunidad, Satanás no reinará para siempre, la creación un día dejará de gemir sus dolores de parto. Habrá un momento cuando todas las cosas serán restauradas. Habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, donde morará

la justicia, y la tierra será llena del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar. (Ro. 8:22; Hch. 3:21; 2 P. 3:13; Is. 11:9).

¿Y dónde estará Cristo entonces? ¿Y qué hará? Cristo mismo será Rey. Regresará a esta tierra y hará nuevas todas las cosas. Descenderá en las nubes del cielo con poder y gran gloria, y los reinos del mundo se convertirán a él. Los paganos le serán dados por herencia y hasta el último rincón de la tierra por su posesión. Toda rodilla se doblará delante de él y toda lengua confesará que él es el Señor, para la gloria de Dios Padre.

Su dominio será eterno, nunca pasará, y su reino no será destruido. (Mt. 24:30; Ap. 11:15; Sal. 2: 8; Fil. 2:10, 11; Dn. 7:14).

(f) *Viene el día* ***cuando todos los hombres serán juzgados.*** El mar entregará a los muertos que estén en él y, lo mismo, harán la muerte y el infierno con sus muertos. Todos los que duermen en la tumba despertarán y saldrán, y todo será juzgado según sus obras, unos para vida eterna y otros para vergüenza y confusión perpetua. (Ap. 20:13; Dn. 12: 2)

¿Y dónde estará Cristo entonces? En el Día del Juicio, Cristo mismo será el Juez. "El Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo". "Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él ***todas*** las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos". "Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo" (Jn. 5:22; Mt. 25:31-32; 2 Co. 5:10).

Ahora bien, si usted que lee este escrito no le da importancia a Cristo, ¡le hago saber que difiere de Dios! Usted es de una mente y Dios es de otra. ¿Usted cree que es suficiente dar a Cristo un *poco* de honor, un *poco* de reverencia, un *poco* de respeto? Está equivocado

porque en todo el consejo eterno de Dios Padre, en la creación, en la redención, en la restitución y en el juicio, Cristo es "el todo".

Consideremos estas cosas. Obviamente fueron escritas para recordarnos que: "El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió" (Jn. 5:23).

II. "Cristo es el todo" en la Biblia

En segundo lugar, entendamos que *"Cristo es el todo" en los libros inspirados que componen la Biblia*.

Encontramos a Cristo en todas partes de ambos testamentos. Al principio lo vemos sutil e indistintamente. En el medio, lo encontramos más clara y llanamente. Y lo vemos total y completamente, al final. Cristo es el todo en toda la Biblia de una manera real y sustancial.

El sacrificio y muerte de Cristo por los pecadores, el reino de Cristo y su futura gloria, son la luz que tenemos que buscar en cualquier libro de las Escrituras que leamos. La cruz de Cristo y su corona son la clave a la que debemos aferrarnos si hemos de encontrar nuestro camino cuando enfrentamos alguna dificultad en nuestra lectura bíblica. Cristo es la única llave que abrirá muchos de los lugares, aparentemente oscuros, de la Palabra. Algunos se quejan de que no entienden la Biblia. Y la razón es muy simple: No utilizan la clave. Para esas personas, la Biblia es como los jeroglíficos en Egipto. Es un misterio y lo es, simplemente porque no conocen ni emplean la clave.

(a) Todo el sistema sacrificial del Antiguo Testamento estableció a Cristo crucificado. Cada animal ofrecido en un altar era una confesión práctica de que era necesario un Salvador que muriera por los pecadores, un Salvador que quitara el pecado del hombre, por su sufrimiento, como su Sustituto, es decir, que padeciera en su lugar (1 P. 3:18). ¡Es absurdo suponer que el sacrificio de animales inocentes, sin más objetivo que la sola muerte, podría

agradar al Dios eterno!

(b) Fue Cristo a quien Abel miró cuando ofreció un mejor sacrificio que Caín. No sólo era mejor el corazón de Abel que el de su hermano, sino que demostró su conocimiento del sacrificio vicario y su fe en la expiación. Ofreció los primogénitos de sus ovejas incluyendo su sangre y, al hacerlo, declaró, implícitamente, su convicción de que sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecado (He. 9:22; 11:4).

(c) Fue Cristo de quien profetizó Enoc en los días de extrema maldad antes de la inundación. "He aquí", dijo, "vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos" (Jud. 14, 15).

(d) Fue Cristo a quien vio Abraham cuando habitó en tiendas en la tierra prometida. Él creyó en la promesa de que por su simiente, por uno nacido de su familia, todas las naciones de la tierra serían bendecidas. Por la fe, vio el día de Cristo y se gozó (Jn. 8:56).

(e) Fue Cristo de quien habló Jacob a sus hijos mientras agonizaba. Aclaró, puntualmente, la tribu de la que nacería y predijo que "se congregarán todos los pueblos" en su presencia, lo cual aún está por cumplirse. "No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos" (Gn. 49:10).

(f) Fue Cristo quien constituía la sustancia de la ley ceremonial que Dios dio a Israel por medio de Moisés. El sacrificio de la mañana y de la tarde, el derramamiento continuo de sangre, el altar, el propiciatorio, el sumo sacerdote, la Pascua, el día de la expiación y el chivo expiatorio, eran imágenes, tipos y emblemas de Cristo y su obra. Dios tuvo compasión de la debilidad de su pueblo. Él les enseñó a "Cristo" paso a paso, línea por línea y, por medio símiles, tal como enseñamos a los niños pequeños. Fue en este sentido, especialmente, que "la ley ha sido nuestro ayo" para

guiar a los Judíos “a Cristo” (Gá. 3:24).

(g) Fue Cristo hacia quien Dios dirigió la atención de Israel con todos los milagros que diariamente se hacían frente a sus propios ojos en el desierto. La columna de fuego y la nube que los guió en el desierto, el maná del cielo que cada mañana les daba para comer, el agua de la roca golpeada y todos los demás milagros, cada uno era una figura de Cristo.

La serpiente de bronce, en aquella ocasión memorable en que Dios envió la plaga de serpientes ardientes sobre ellos, fue, sin lugar a dudas, un emblema de Cristo (1 Co. 10:4; Jn. 3:14.)

(h) Fue Cristo de quien eran un tipo todos los jueces. Josué, Gedeón, Jefté, Sansón y todos los demás a quienes Dios levantó para librar a Israel de su cautiverio, todos eran emblemas de Cristo. Débiles e inestables y tan deficientes como eran, fueron usados como un ejemplo de que vendrían cosas mejores en el futuro lejano. Todo tuvo la intención de recordar a las tribus que vendría un Libertador superior.

(i) Fue Cristo de quien el rey David era un tipo. Ungido y elegido cuando pocos lo honraban, cuando era despreciado y rechazado por Saúl y todas las tribus de Israel, cuando era perseguido y obligado a huir para salvar su vida. Fue un hombre que sufrió durante toda su vida y, sin embargo, fue un vencedor; en todas estas cosas, David representaba a Cristo.

(j) Fue Cristo de quien todos los profetas, desde Isaías hasta Malaquías hablaron. Ellos vieron a Cristo como a través de un espejo, oscuramente (1 Co. 13:12). Algunas veces anunciaron los sufrimientos de Cristo y, otras, las glorias que vendrían (1 P. 1:11). No siempre aclararon la diferencia entra la primera y la segunda venida de Cristo. Como dos velas en una línea recta, una detrás de la otra, a veces, vieron ambos eventos al mismo tiempo y hablaron de

ellos simultáneamente. A veces, fueron movidos por el Espíritu Santo para escribir de los tiempos del Cristo crucificado y, a veces, de su reino en los últimos días, pero lo cierto es que la muerte de Jesús o Jesús reinando, es el pensamiento trascendente que siempre encontraremos en sus mentes.

(k) Es Cristo, digo enfáticamente, de quien todo el Nuevo Testamento está saturado. Los *Evangelios* son Cristo viviendo, hablando y desplazándose entre los hombres. Los *Hechos* son Cristo predicado, publicado y proclamado.

Las *Epístolas* son Cristo escrito, explicado y exaltado. Subrayo de nuevo: Desde Mateo hasta Apocalipsis, hay un nombre por encima de todos los demás y es el nombre de Cristo.

Exhorto a cada lector de este escrito a preguntarse con frecuencia lo que la Biblia es para él. ¿Es un libro en el que ha encontrado nada más que buenos preceptos morales y buenos consejos? ¿O es una Biblia en la que usted ha encontrado a Cristo? ¿Es una Biblia en la que "Cristo es el todo?". Si no, se lo digo claramente: Hasta ahora, usted ha usado su Biblia con un propósito muy limitado. Es como un hombre que estudia el sistema solar y deja de lado un análisis de lo que es el sol que, al final de cuentas, es el centro de todo. ¡No es de extrañar si su Biblia le resulta aburrida!

III. "Cristo es el todo" de cada cristiano auténtico

En tercer lugar, entendamos que "Cristo es el todo*" de cada cristiano auténtico en la tierra*.

Al decir esto, tengo que asegurarme que no me malinterpreten. Todo ser humano tiene la absoluta necesidad de la elección de Dios el Padre y la santificación de Dios el Espíritu, a fin de que se efectúe la redención de todos los

que han de ser salvos. Sostengo que hay una perfecta armonía e

idéntica tonalidad en la acción de las tres Personas de la Trinidad, en llevar al hombre a la gloria. Afirmo también que los tres cooperan y obran conjuntamente en liberar al hombre del pecado y del infierno. Tal como es el Padre, es el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre es misericordioso, el Hijo es misericordioso, el Espíritu Santo es misericordioso. Los mismos tres que dijeron al principio: "Hagamos", también han dicho: "Redimamos y salvemos al hombre".

Sostengo que todo el que llega a los cielos tiene que atribuir toda la gloria de su salvación al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, tres personas en un solo Dios.

Pero, al mismo tiempo, veo una prueba clara en las Escrituras, que es el sentir de la Santísima Trinidad, que Cristo sea exaltado prominente y distintivamente en lo que a la salvación de las almas se refiere. Cristo es presentado como el "Verbo" mediante el cual Dios da a conocer su amor a los pecadores. La encarnación y la muerte expiatoria de Cristo en la cruz conforman la gran piedra angular sobre la cual se apoya todo el plan de salvación. Cristo es el camino y la puerta, medios por los cuales se tiene acceso a Dios. Cristo es la raíz en la que todos los pecadores elegidos deben ser injertados. Cristo es el único lugar de encuentro entre Dios y el hombre, entre el cielo y la tierra, entre la Santa Trinidad y los pobres pecadores hijos de Adán. Es Cristo a quien Dios el Padre ha "señalado" y asignado para que dé vida a un mundo muerto (Jn. 6:27). Es Cristo a quien el Padre le ha dado un pueblo para que lo lleve a la gloria. Es Cristo de quien el Espíritu da testimonio y a quien el Espíritu mismo guía a las almas para recibir perdón y paz. En definitiva, le "agradó al Padre que en él habitase toda plenitud" (Col. 1:19). Lo que el sol es en el vasto firmamento, Cristo es en el cristianismo auténtico.

Digo estas cosas a manera de explicación. Quiero que mis lectores entiendan claramente lo que digo. "Cristo es el todo". Con esto, *no*

pretendo echar por la borda la obra del Padre y del Espíritu Santo. Permítame, en cambio, mostrarle lo que quiero decir.

(a) Cristo es el todo ***en la justificación del pecador delante de Dios.***

Solamente a través de él podemos tener paz con un Dios Santo. Solamente por él podemos ser admitidos en la presencia del Altísimo y permanecer allí sin ningún temor. "Tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él". En Cristo y, solamente en él, Dios justifica al impío (Ef. 3:12; Ro. 3:26).

¿Bajo qué circunstancias puede un mortal presentarse delante de Dios? ¿Qué podemos argumentar en favor de la absolución delante de ese Ser glorioso, en cuyos ojos los mismos cielos no están limpios? ¿Podemos alegar que hemos cumplido con nuestro deber con Dios? ¿Diríamos que hemos cumplido con nuestro deber con nuestro prójimo? ¿Podríamos presentar nuestras oraciones, nuestra regularidad, nuestra moralidad y los cambios de conducta que hemos logrado? ¿Sería un buen argumento decir que asistimos fielmente a la iglesia?
¿Nos atreveríamos a pedir ser aceptados por alguno de esos "méritos"?

¿Cuál de estas cosas podría soportar el escrutinio de los ojos de Dios? ¿Cuál de todas esas cosas nos puede justificar realmente? ¿Cuál de ellas nos garantiza que después del juicio llegaremos a la gloria?

¡Ninguna, ninguna, ninguna! Tome cualquier mandamiento del Decálogo y examínese tomando como base ese mandamiento. Seguramente encontrará que lo ha quebrantado con frecuencia. No podemos presentar a Dios ni una cosa entre mil. Escoja a alguno, a cualquiera, y analice un poco sus caminos; sin duda, su veredicto será que no somos nada, sino simples pecadores, todos somos culpables, todos merecemos el infierno y todos debemos morir. ¿Con qué podemos presentarnos ante Dios?

Debemos presentarnos ante Dios en el nombre de Jesús, sin

ningún otro fundamento, sin esgrimir ningún argumento que éste: "Cristo murió en la cruz por los impíos y confío en él. Cristo murió por mí y yo creo en él".

La *prenda* de nuestro Hermano Mayor, la justicia de Cristo, es el único traje que puede cubrirnos y hacernos aptos para estar en la luz del cielo sin avergonzarnos.

El *nombre* de Jesús es el único nombre con el que tendremos la entrada directa a la gloria eterna. Si llegamos a la puerta y presentamos nuestros propios nombres, estamos perdidos, no seremos admitidos, vamos a llamar en vano.

Pero si llamamos en el nombre de Jesús, él es el pasaporte y la contraseña para poder entrar y vivir allí eternamente.

La *señal* de la sangre de Cristo es el único distintivo que puede salvarnos de la destrucción. Cuando los ángeles del cielo estén separando las ovejas de los cabritos en el día final, si no estamos marcados con la sangre de la expiación, más nos vale nunca haber nacido.

¡Oh, no olvidemos nunca que Cristo debe ser "el todo" de esa alma que quiere ser justificada! Debemos contentarnos con ir al cielo como mendigos, salvados por gracia, simplemente como creyentes en Jesús; de otra manera, nunca seremos salvos. ¿Hay entre mis lectores algún *alma mundana irreflexiva*? ¿Habrá quien piense que para alcanzar el cielo, podrá decir en su lecho de muerte: "Señor, ten misericordia de mí", sin antes haber conocido a Cristo? Amigo, usted mismo está sembrando la semilla de su sufrimiento y, a menos que se arrepienta, despertará a la perdición eterna.

¿Hay algún *alma orgullosa y soberbia* entre mis lectores? ¿Hay alguien pensando que por sus propios méritos y esfuerzo puede llegar a ser apto para el cielo y lo suficientemente bueno como para pasar el examen de sus acciones personales? Amigo, usted está construyendo una torre de Babel y nunca llegará al cielo si se

mantiene en su estado actual.

¿Hay entre mis lectores *quien sienta una carga* en su corazón respecto a su alma? ¿Hay alguien que quiera salvarse y se siente un vil pecador? Le invito pues: "Ven a Cristo y él te salvará. Ven a Cristo y echa la carga de tu alma sobre él. No temas; cree solamente".

¿Tiene temor de la ira venidera? Cristo puede liberarlo de ella. ¿Siente sobre usted la maldición por haber quebrantado la ley? Cristo puede redimirle de la maldición de la ley. ¿Se siente alejado de Dios? Cristo sufrió en la cruz para lograr acercarlo a Dios. ¿Se siente impuro?

La sangre de Cristo puede limpiarle de todo pecado. ¿Se siente imperfecto? Usted estará completo en Cristo. ¿Se siente como si no fuera nada? Cristo es "el todo" para su alma. Nunca, ningún santo alcanzó el cielo con cualquier argumento, sino diciendo: "He lavado y emblanquecido mis ropas en la sangre del Cordero" (Ap. 7:14).

(b) Pero, repito, Cristo no sólo es "el todo" en la justificación de un verdadero cristiano, ***sino también en su santificación.***

Espero que no haya nadie que me malinterprete. No quiero, ni por un momento, restarle importancia a la obra del Espíritu Santo. Pero sí digo que nunca, ningún hombre será santo hasta que venga a los pies de Cristo y se una a él. Hasta entonces, sus obras son obras muertas; carece totalmente de santidad. Lo primero que tiene que asegurarse es estar unido a Cristo y, luego, ser santo. El propio Jesús dice: "Porque separados de mí nada podéis hacer" (Jn. 15: 5).

Ninguno puede crecer en santidad, a menos que permanezca unido a Cristo. Cristo es la raíz de la que todo creyente debe recibir su fuerza para seguir adelante. El Espíritu es su regalo especial, regalo que fue comprado para su pueblo. Un creyente, no sólo debe haber "recibido al Señor Jesucristo", sino andar en él; siendo arraigado y edificado en él (Col. 2: 6, 7).

¿Anhela ser santo? Entonces, tiene que alimentarse diariamente

de Cristo que es el maná del cielo. Recuerde el maná que comía Israel en el desierto. ¿Quiere ser santo? Entonces Cristo debe ser la roca de la que usted debe beber diariamente el agua viva. ¿Busca ser santo? Entonces usted debe estar buscando siempre a Jesús. Debe mantener su vista en la cruz y buscar diariamente motivos para caminar más cerca de Dios, siguiendo su ejemplo y tomándolo a él como su ejemplo de vida. Poniendo sus ojos en Cristo, usted llegará a ser como él. Su rostro brillará sin que usted lo sepa. Si quita su vista de usted mismo y la pone en Cristo, encontrará que, aquellas penas que le aquejaban, se alejarán de usted y sus ojos brillarán más y más cada día (He. 12:2; 2 Co. 3:18).

El verdadero secreto para salir del desierto es llegar "recostándose en el Amado" (Cnt. 8:5). La manera válida de llegar a ser fuerte es reconocer nuestra debilidad y convencernos de que Cristo debe ser "el todo". La verdadera manera de crecer en la gracia es beber de Cristo como de una fuente inagotable que satisface las necesidades de cada momento. Debemos emplearlo como la viuda del profeta usaba el aceite; no sólo para pagar nuestras deudas, sino para seguir viviendo después de haberlas pagado (2 R. 4:7). Debemos esforzarnos por ser capaces de decir: "Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gá. 2:20).

¡Siento lástima por aquellos que pretenden ser santos sin Cristo! Sus esfuerzos son vanos. Es como poner su dinero en una bolsa con agujeros o como vaciar agua en un colador. Se asemeja al esfuerzo de rodar una enorme piedra redonda cuesta arriba o construir una pared con lodo demasiado mojado. Actuar así es comenzar en el punto equivocado. Usted debe venir a Cristo primero y él le dará su Espíritu santificador. Tiene que aprender a decir con Pablo: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Fil. 4:13).

(c) Además, Cristo no sólo es todo en la santificación del cristiano auténtico,

sino todo en su tranquilidad en el presente.

Un alma salvada tiene muchas aflicciones. Tiene un cuerpo como el de los demás seres humanos, débiles y frágiles. Tiene un corazón como los demás hombres y, muchas veces, su corazón es más sensible. Tiene sufrimientos y pérdidas como los demás y, con frecuencia, experimenta más pruebas que ellos. Tiene su cuota de duelos, muertes, decepciones y cruces. El alma salvada también tiene la oposición del mundo, un lugar en la vida que debe llenar en integridad, tiene familiares no convertidos con los que tiene que tratar con paciencia, persecuciones que soportar y una muerte que enfrentar. ¿Y quién es suficiente para estas cosas?

¿Qué es lo que capacita al creyente para encarar todo esto? Nada más que "la consolación que hay en Cristo" (Fil. 2: 1).

En realidad, Jesús es, de hecho, el Hermano que nos acompaña en la adversidad. Es un Amigo más unido que un hermano y sólo él puede consolarnos. Él es capaz de compadecerse de nuestras enfermedades porque él mismo "fue tentado en todo según nuestra semejanza" (He. 4:15). Él sabe lo que es el dolor porque fue varón de dolores, experimentado en quebrantos (Is. 53:3). Él sabe lo que es un cuerpo dolorido; cuando su cuerpo estaba atormentado por el dolor clamó: "He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron" (Sal. 22:14). Sabe lo que son la pobreza y el cansancio, pues a menudo, se fatigaba y no tenía dónde reclinar la cabeza. Sabe lo que es la incomprensión de la familia, pues incluso sus hermanos no le creyeron. No era honrado ni siquiera en su propia casa.

Y Jesús sabe exactamente cómo consolar la aflicción de su pueblo.

Sabe cómo derramar aceite y vino en las heridas del espíritu, conoce la forma de llenar los vacíos de los corazones, cómo pronunciar palabras que alivien el cansancio de los suyos, cómo curar el corazón partido, cómo atender al que está en el lecho del

dolor, cómo acercarse cuando le invocamos en nuestra debilidad y decir simplemente: "No temas", yo soy tu salvación (Lm. 3:57).

Hablamos de lo reconfortante es que alguien se conduela de nosotros. ¡No hay compasión como la de Cristo! En todas nuestras aflicciones, él está con nosotros. Él conoce nuestras penas. Cuando sufrimos dolor, él se duele, y como el buen médico, no escatima ni una gota de medicina para calmar nuestro dolor. David dijo cierta vez: "En la multitud de mis pensamientos dentro de mí, tus consolaciones alegraban mi alma" (Sal. 94:19). Estoy seguro de que más de un creyente podría decir lo mismo:

"A no haber estado Jehová por nosotros, hubieran entonces pasado sobre nuestra alma las aguas impetuosas" (Sal. 124:2, 5).

¡Es maravilloso cómo el creyente supera todas sus angustias! ¡Es impresionante cómo, cuando pasa a través del fuego de la prueba y la inundación de muchas aguas, recibe consolación! ¿Cómo es posible? Simple y sencillamente es posible porque Cristo, no sólo es *justificación* y *santificación*, sino también *consuelo*. "He visto sus caminos; pero le sanaré, y le pastorearé, y le daré consuelo a él y a sus enlutados" (Is. 57:18).

¡Oh, a usted que quiere gozar de tranquilidad constante, lo encomiendo a Cristo! Sólo en él no hay fracaso. Los ricos se decepcionan de sus bienes. Los sabios se decepcionan de sus libros. Los cónyuges se decepcionan de sus parejas. Los padres se decepcionan de sus hijos. Los estadistas se decepcionan, a pesar de que conquistan posición y poder después de mucho luchar. Al final de cuentas, descubren que tienen más problemas que placer. ¿Y qué produce la decepción, sino enojo, intranquilidad incesante, preocupación, vanidad y aflicción de espíritu? En cambio, para la gloria de Dios, nadie jamás ha sido decepcionado estando en Cristo.

(d) Cristo no sólo es todo consuelo para el cristiano auténtico en la

actualidad, Cristo es también "el todo" en ***su esperanza del tiempo por venir.***

Supongo que habrá pocos hombres y mujeres que no disfrutan de la vida porque no tienen esperanza de algún tipo relacionada con sus almas. Pero las esperanzas de la gran mayoría, no son más que vanas fantasías. No tienen ninguna base sólida para tener esperanza. Ningún ser humano, excepto el verdadero hijo de Dios, puede dar una explicación razonable de la esperanza que hay en él. Es triste encontrar gentes sin esperanza. Es bíblico afirmar que, si no tienen a Cristo, no tienen esperanza ni para el presente ni para el futuro.

El cristiano auténtico tiene una esperanza segura cuando mira hacia adelante; el hombre mundano no tiene ninguna. El cristiano auténtico ve la luz en la distancia; el hombre mundano no ve nada más que oscuridad. ¿Y cuál es la esperanza del cristiano auténtico? Es precisamente ésta: Que Jesucristo viene otra vez, viene triunfante, victorioso sobre el pecado, viene con todo su pueblo y, una vez aquí, enjugará toda lágrima de los ojos de los suyos, viene para levantar a sus santos de entre los muertos, viene para reunir a toda su familia, a fin de que estén para siempre con él. ¡Esa es una esperanza segura!

¿En qué radica la paciencia del creyente? En que contempla la venida del Señor.

Por eso puede soportar dificultades difíciles sin murmurar. Sabe que el tiempo es corto. Espera en silencio la venida del Rey.

¿Por qué enfrenta todas las cosas con calma? Porque espera el pronto regreso de su Señor. Su tesoro está en el cielo, sus bendiciones más ricas están por venir. El mundo no es su hogar, sino una simple posada; y estar en una posada no es estar en casa. Sabe que "el que ha de venir vendrá, y no tardará". Cristo viene y eso es suficiente (He. 10:37).

Ésta es, de hecho, una "esperanza bienaventurada" (Tito 2:13).

Ahora es el tiempo de aprendizaje, luego disfrutaremos de la fiesta eterna. Ahora es tiempo de sortear las olas de un mundo problemático, luego llegaremos a puerto seguro. Ahora es la dispersión, entonces será el reencuentro. Ahora es el tiempo de la siembra, luego la cosecha. Ahora es el momento de trabajar, después el de recibir el pago. Ahora es la cruz, luego la corona. La gente habla de sus "expectativas" y esperanzas en este mundo. Pero ninguno tiene expectativas tan sólidas como las del alma salvada. Ésta puede decir: "Alma mía, en Dios solamente reposa, porque de él es mi esperanza" (Sal. 62:5).

En todo cristianismo verdadero, Cristo es "el todo".

Todo en la justificación, todo en la paz y todo en la esperanza. Bienaventurado es el hijo de una madre que *sabe* estas verdades acerca de Cristo y mucho más bienaventurado es, si él mismo también lo *siente*. ¡Oh, que los hombres pudieran probarse a sí mismos y comprobar qué saben de todo esto por el bien de sus propias almas!

IV. Cristo será el todo en el cielo.

Añadiré una cosa más y con esto habré terminado. Reflexionemos para entender bien que *Cristo será el todo en el cielo.*

No me detendré mucho en este punto. Aun si tuviera espacio, no tendría la capacidad de hacerlo. Es imposible describir lo invisible y un mundo desconocido. Lo que sí puedo afirmar es que todos los hombres y mujeres que alcanzan el cielo encontrarán que, incluso allí, "Cristo es el todo".

Tal como lo era el altar en el templo de Salomón, el Cristo crucificado será el objeto más grandioso en el cielo. Aquel altar era lo primero que atraía la vista de todo el entraba por las puertas del templo. Era un gran altar de bronce, de veinte codos de largo y

veinte codos de ancho (2 Cr. 4:1). De la misma manera, Jesús atraerá la vista de todos los que entran en la gloria. En medio del trono y rodeado de ángeles y santos estará el "Cordero como inmolado" y el "Cordero [será] su lumbrera" (Ap. 5:6; 21:23).

La ***alabanza*** al Señor Jesús será la canción eterna de todos los moradores del cielo.

En medio del trono y rodeado de ángeles y santos le adorarán, exclamando a una voz: "El Cordero que fue inmolado es digno [...] Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos" (Ap. 5:12, 13).

El ***servicio*** al Señor Jesús será la ocupación eterna de todos los moradores del cielo: "Le sirven día y noche en su templo" (Ap. 7:15). Qué satisfacción da pensar que, por fin, podremos servir al Cordero sin distracciones y trabajar para él sin cansancio.

La ***presencia*** de Cristo mismo será de un gozo perpetuo para los moradores del cielo. Veremos "su rostro" y escucharemos su voz, hablaremos con él como se hablan los amigos (Ap. 22:4). Dulce es la idea de que, sin importar quién falte en la cena de las bodas del Cordero, el Señor mismo estará allí. Su presencia satisfará todas nuestras necesidades (Sal. 17:15).

¡Qué glorioso y dulce hogar será el cielo para todos los que han amado al Señor Jesucristo con sinceridad! Aquí vivimos por fe en él y encontramos paz, aunque a él no lo vemos. Allá nos veremos cara a cara y descubriremos que es lo más hermoso que puede haber. Ciertamente "más vale vista de ojos que deseo que pasa" (Ec. 6: 9). Pero, lamentablemente, muchos de los que hablan de "ir al cielo" cuando mueren, resultan no ser aptos para hacerlo porque no tienen fe salvadora ni ninguna relación real con Cristo. ¿Usted no honra a Cristo aquí? ¿Usted no tiene comunión con él? ¿Usted no lo ama? Entonces, ¿qué podría hacer en el cielo? No sería un

lugar para usted. El gozo de la gloria no sería gloria para usted. La felicidad de los salvos no sería una bendición que usted podría compartir. El servicio que los santos brindan a Cristo les sería tedioso y una carga para su corazón. ¡Oh, arrepiéntase y cambie antes de que sea demasiado tarde!

Confío en que he mostrado cuán profundos son los cimientos de esa pequeña expresión: "Cristo es el todo".

Otras formas en que "Cristo es el todo"

Podría fácilmente añadir otras cosas, si el espacio lo permitiera. El tema es inagotable. Apenas he tocado la superficie. Hay minas de verdades preciosas relacionadas con lo que he dejado sin decir.

Podría mostrar cómo Cristo debe ser el todo en toda ***iglesia visible***. Los espléndidos edificios, los numerosos servicios religiosos, las hermosas ceremonias y las multitudes de pastores ordenados, no son nada ante los ojos de Dios, si el Señor Jesús mismo no es honrado, magnificado y exaltado en todos sus oficios. La iglesia en que Cristo no "es el todo", no es más que un cuerpo muerto.

Podría mostrar cómo Cristo debe ser el todo ***en todo ministerio cristiano***. La gran obra que los pastores ordenados tienen la intención de hacer, es exaltar a Cristo. Debemos ser como el asta en que se colgó la serpiente de bronce en el desierto. Somos útiles en la medida en que exaltamos al gran objeto de nuestra fe y útiles en esa medida solamente. Debemos ser embajadores para llevar las buenas nuevas del Hijo del Rey a un mundo rebelde; pero si sólo les enseñamos a los hombres a pensar más en nosotros y nuestros oficios que acerca de él, no somos dignos de ocupar ese oficio. El Espíritu nunca honrará al ministerio que no da testimonio de Cristo, que no hace que Cristo sea "el todo".

Podría mostrar cómo el lenguaje usado en la Biblia, para describir los ***distintos oficios de Cristo*** parece no tener fin***.*** Podría describir cómo las figuras que se usan para referirse a la plenitud

de Cristo, tampoco parecen tener fin: El Sumo Sacerdote, el Mediador, el Redentor, el Salvador, el Abogado; el Pastor, el Médico, el Novio, la Cabeza, el Pan de Vida, la Luz del Mundo, el Camino, la Puerta, la Vid, la Roca, la Fuente, el Sol de Justicia, el Precursor, el Fiador, el Capitán, el Príncipe de la Vida, el Amén, el Todopoderoso, el Autor y Consumador de la fe, el Cordero de Dios, el Rey de los Santos, el Maravilloso, Dios fuerte, el Consolador, el Obispo de las almas, estos y muchos más, son nombres que la Biblia da a Cristo. Cada uno es una fuente de instrucción y consuelo para todos los que están dispuestos a beber de ella. Cada una de estas descripciones es importante para meditar con provecho.

Conclusiones prácticas

Confío en que he dicho lo suficiente como para arrojar luz sobre el punto que quiero dejar claro en la mente de todo el que lee estas líneas. Confío en que he dicho lo suficiente como para mostrar la inmensa importancia de las conclusiones prácticas con las que ahora termino el capítulo.

(1) Absoluta inutilidad de una religión sin Cristo

¿Es Cristo "el todo"? Entonces aprendamos acerca de la *absoluta inutilidad de una religión sin Cristo*. Hay demasiados hombres y mujeres bautizados que prácticamente no saben absolutamente nada acerca de Cristo. Su religión consiste en unas pocas nociones vagas y expresiones vacías. "Confían en que no son peores que otros. Ofrendan a su iglesia. Tratan de cumplir con su deber. No le hacen mal a nadie. Confían en que Dios será misericordioso con ellos. Tienen la esperanza de que el Todopoderoso perdonará sus pecados y los llevará al cielo cuando mueran".

¡En eso consiste la totalidad de su religión!

Pero, ¿qué saben estas personas acerca de Cristo en la práctica?

Nada, ¡nada en absoluto! ¿Qué conocimiento empírico tienen de sus oficios y su obra, su sangre, su justicia, su mediación, su sacerdocio o su intercesión? Ninguno, ¡ninguno en absoluto! Pregúnteles acerca de una fe salvadora, pregúnteles acerca de nacer de nuevo del Espíritu y pregúnteles acerca de ser santificados en Cristo Jesús. ¿Qué respuesta recibirá? Para ellos, usted es una persona cruel. Les ha hecho preguntas bíblicas simples. Pero ellos no saben más acerca de ellas, experimentalmente, que un budista o un mahometano. Y, sin embargo, ¡ésta es la religión de cientos y miles de personas en todo el mundo que se denominan cristianos!

Si algún lector de este trabajo cabe en esta descripción, le advierto claramente que tal cristianismo nunca lo llevará al cielo.

A simple vista, todo parece ir muy bien. Puede parecerlo en la sacristía, en el lugar de trabajo, en la Cámara de los Comunes o en las calles. Pero nunca consolará a nadie. Nunca satisfará su conciencia. Nunca salvará su alma.

Le advierto claramente que todos los conceptos y teorías acerca de la misericordia de Dios sin Cristo, son ilusiones sin fundamento y fantasías vacías. Tales teorías son puramente como ídolos inventados por el hombre, como los superhéroes de los cuentos infantiles. Son terrenales. Nunca tuvieron su origen en el cielo, son inventos humanos. El Dios del cielo ha señalado y nombrado a Cristo como el único Salvador y el único camino para ir al Padre. Dios mismo estipuló que todos los que han de ser salvos, deben serlo por medio de la fe en Cristo. No hay otro mediador entre Dios y los hombres.

Tome nota el lector de esta advertencia sobre su salvación: Una religión sin Cristo no salvará su alma.

(2) Cristo y la salvación

Lector, ¿es Cristo "el todo"? Entonces, sepa que *es una locura tremenda confiar para salvación en cualquiera que no sea Cristo*. Hay multitud de hombres y mujeres bautizados que profesan honrar a

Cristo, pero en realidad le hacen gran deshonra. Dan a Cristo un lugar determinado en sus creencias, pero no el que

Dios le asignó. Para esas personas, Cristo y él solamente, no es "el todo en todo" para sus almas. ¡No!

Más bien confían en Cristo y la iglesia, Cristo y los sacramentos, Cristo y sus pastores ordenados, Cristo y su arrepentimiento, Cristo y su propia bondad, Cristo y sus oraciones, Cristo y su sinceridad y caridad.

Si alguno de mis lectores es un cristiano de este tipo, le advierto claramente que su religión es una *ofensa a Dios*. Está cambiando el plan de salvación de Dios por un plan de su propia invención.

Está despojando a Cristo de su trono dándole a otro la gloria que sólo le corresponde a él.

No me importa quién es el que le enseña creencias como las mencionadas o en base a qué enseñanza usted edifica su fe. Aunque fuera un Papa o cardenal, arzobispo u obispo, decano o archidiácono, presbítero o diácono, episcopal o presbiteriano, bautista o independiente, metodista o hermano libre quien añade algo a la salvación, enseña mal. Cristo es "el todo" en la salvación.

No importa qué es lo que usted agrega a Cristo. Ya se trate de querer pertenecer a la Iglesia de Roma, o ser episcopal, independiente, o depender de la liturgia, o de la inmersión; si hace algo de esto, parte de su salvación, actúa fuera del plan de Dios.

Ponga atención a lo que digo. Tenga cuidado de no darle a los siervos de Cristo, el honor que sólo le corresponde a Cristo. Cuidado con dar a las ordenanzas del Señor, el honor debido al Señor. Tenga cuidado cuando confía el descanso de su alma a otra cosa que no es Cristo, confíe solamente en Cristo.

(3) Cristo como Señor y Salvador

Vuelvo a preguntar: ¿Es Cristo "el todo"? Entonces, *todos los que quieren ser salvos vengan directamente a Cristo*. Hay muchos que

sólo saben de Cristo lo que han oído y creen todo lo que se les dice acerca de él. Aceptan que no hay salvación, excepto en Cristo. Reconocen que sólo Jesús puede librarlos del infierno y presentarlos sin mancha delante de Dios.

Pero nunca parecen ir más allá de este conocimiento general. Nunca echan mano de Cristo para beneficio de sus almas. Permanecen en un estado de desear y querer, de sentir y tienen buenas intenciones, pero nunca van más allá. Comprenden lo que queremos decir y saben que es cierto. Tienen la esperanza de que un día obtendrán todos los beneficios de la verdad; pero en la actualidad, no reciben ningún beneficio. El mundo es su "todo". La política es su "todo". El placer es su "todo". Sus negocios son su "todo".

En cambio, Cristo no es "su todo".

Si alguno de mis lectores se identifica con este tipo de personas, le advierto claramente, que su alma está en mal estado. Usted está yendo derecho al infierno en su condición actual, como Judas Iscariote, Acab o Caín. Créame, tiene que haber fe verdadera en Cristo para salvación o, de lo contrario, Cristo murió en vano. No se trata de mirar el pan que alimenta al hombre hambriento, sino de realmente comerlo. No es contemplar el bote salvavidas, sino entrar en él. No basta con saber y creer que Cristo es un Salvador que puede salvar su alma, a menos que exista una relación auténtica entre usted y él. Tiene que ser capaz de decir: "Cristo es mi Salvador porque he acudido a él por fe y lo he aceptado como mi Salvador personal". "Gran parte de la fe cristiana", dijo Lutero, "consiste en la habilidad de utilizar pronombres posesivos. ¡Si tomas de mí la palabra 'mi', tomas de mí a Dios!".

Preste atención al siguiente consejo y actúe en consecuencia. Deténgase y deje de esperar sentimientos imaginarios que nunca llegarán. No dude, creyendo que debe obtener primero al Espíritu y luego acudir a Cristo. Levántese y venga a Cristo tal y como es. Él le espera y está dispuesto a salvarle. Él es el médico designado por

Dios para sanar las almas enfermas de pecado. Trate con él como lo haría con su médico acerca de la cura para una enfermedad física. Hable con él directamente y dígale todos sus anhelos. Decídase a hablar con él hoy mismo y clame pidiendo al Señor Jesús que le dé perdón y paz, como lo hizo al ladrón en la cruz. Dígale a Cristo: "Señor, acuérdate de mí" (Lc. 23:42). Dígale que usted ha oído que él recibe a los pecadores y que usted es uno de ellos. Dígale que quiere ser salvo y pídale que lo salve. No descanse hasta que, realmente, haya probado que el Señor es benigno. Haga esto y si usted actúa realmente en serio, encontrará, tarde o temprano, que "Cristo es el todo".

(4) Confíe en Cristo para recibir más bendiciones

Vuelvo a preguntar: ¿Es Cristo el todo? *Entonces trate con él creyendo realmente en él, apoyándose y confiando en él mucho más de lo que lo ha hecho hasta ahora*. Desafortunadamente, ¡hay muchos hijos de Dios que viven sin gozar de todos sus privilegios! Hay muchas almas cristianas auténticas que se privan de la paz que podrían disfrutar y se privan de sus misericordias. Hay muchos que tienen fe, la obra del Espíritu Santo en sus corazones o a Cristo, pero sin sentirlo, sin que sea parte de sus sentimientos y, por ello, no alcanzan la plenitud del evangelio de paz. Hay muchos que progresan poco en su búsqueda de la santidad y brillan con una luz muy tenue. ¿Y a qué se debe todo esto? Simplemente a que de cada veinte personas, diecinueve no dejan que Cristo sea el todo en todo.

Quiero hacer un llamamiento a cada creyente: Le ruego por su propio bien, que se asegure de que Cristo sea realmente su todo en todo. Renuncie a todo lo que tiene, a sus propias ideas, sus prejuicios, su egoísmo y todos los demás estorbos para que Cristo sea "el todo en todo" (ver Mt. 16:24, Lc. 14:33).

¿Tiene fe? Es una bendición inestimable. Bienaventurado el que está dispuesto y ansioso por confiar en Jesús. Pero, asegúrese de que su fe no ocupe el lugar de Cristo. No descanse en su propia fe, sino en Cristo.

¿Ha *obrado el Espíritu* en su alma? Gracias a Dios por ello. Es una obra que jamás puede ser desechada. Pero, ¡cuidado, no sea que, sin darse cuenta, esté haciendo un Cristo de la obra del Espíritu! No dependa de la obra del Espíritu para su salvación, sino de la obra de Cristo.

¿Tiene *sentimientos interiores* de fe y experiencia de la gracia? Gracias a Dios por ello. Hay miles de personas que no tienen más sentimiento espiritual que un gato o un perro.

Pero, ¡tenga cuidado, no sea que haga un Cristo de sus sentimientos y sensaciones! Estos no son cosas seguras porque dependen de nuestro estado de ánimo, nuestro entorno y nuestras circunstancias externas. Descanse sólo en Cristo.

Aprenda, le suplico, a parecerse cada vez más al gran *objeto de su fe*, Jesucristo, y a mantener sus ojos en él. Haciendo esto, descubrirá que va creciendo en la fe y todas las demás gracias, aunque el crecimiento puede ser imperceptible en el momento. El arquero habilidoso que quiere exhibir su destreza no mira la flecha, sino el blanco. ¡Me temo que, por desgracia, hay todavía una gran dosis de orgullo e incredulidad arraigada en el corazón de muchos creyentes! Pocos parecen darse cuenta de lo mucho que necesitan un Salvador. Al parecer, son pocos los que entienden cuánto le deben. Pocos parecen comprender cuánto lo necesitan cada día. Pocos son los que saben lo sencilla que es la fe de un niño y, por ende, no pueden confiarle sus almas. ¡Pocos parecen tener conciencia de cuánto les ama el Señor y lo dispuesto que está a ayudar a los pobres y a los débiles! Y pocos, consecuentemente, conocen la paz y la alegría, la fuerza y el poder para vivir la vida santa que se encuentra en Cristo.

Lector, si su conciencia le dice que es culpable, cambie de rumbo, cámbielo y aprenda a confiar más en Cristo. A los médicos les encanta ver a los pacientes que vienen a consultarlos; su consultorio es para recibir a los enfermos y, si es posible, sanarlos de su enfermedad. Al abogado defensor le encanta desempeñar su vocación. El esposo es feliz cuando su esposa confía en él y reconoce su papel como cabeza del hogar; se deleita en atenderla y promover su comodidad. Y a Cristo le encanta que su pueblo se apoye en él, que descanse en él, que recurra a él y que permanezca en él.

Aprendamos y esforcémonos por vivir cada vez más unidos a Cristo. Vivamos en Cristo. Vivamos a Cristo. Vivamos con Cristo.

Vivamos para Cristo. Solo así, demostraremos que tenemos plena consciencia de que "Cristo es el todo". Al hacerlo, sentiremos una gran paz, y alcanzaremos más de esa santidad, "*sin la cual nadie verá al Señor*". Hebreos 12:14

21. Fragmentos de autores antiguos

Los textos de Traill y Brooks que agrego sobre el tema de la santidad, me parecen de tanto valor, que he decidido incluirlos. Son el producto de una época cuando el cristianismo vivencial era estudiado más profundamente y comprendido mejor de lo que es ahora.

1. Reverendo Robert Traill

En un tiempo pastor en Cranbrook, Kent, 1696.

En cuanto a la santificación, hay tres cosas para considerar:

I. Qué *es* santificación.

II. En qué se *parece* a la justificación.

III. En qué *difiere* de la justificación.

I. ¿Qué es santificación?

Es mucho mejor sentirla que expresar qué es. La santificación es igual a la regeneración e igual a la renovación del hombre total. Santificación es la formación de la nueva criatura; es implantar y grabar la imagen de Cristo en la pobre alma. El Apóstol anhelaba:

"Que Cristo fuera formado en los gálatas" (Gá. 4:19); enseñaba y predicaba con denuedo, a fin de que los corintios pudieran llevar "la imagen del celestial" (1 Co. 15:49).

Hay solo dos hombres de los que todos los seres humanos se derivan y según como cuál de los dos sean, así les irá: Son como el primer Adán o como el segundo Adán. Cada persona es, por naturaleza, como el primer Adán y como el diablo porque el diablo y el primer Adán caído se asemejaban. "Vosotros sois de

vuestro padre el diablo", dice el Señor (Jn. 8:44) y ese padre fue un "homicida desde el principio". Todos los hijos del primer Adán son hijos del diablo, no hay diferencia en eso.

Y todos los hijos del otro se asemejan a Jesucristo, el segundo Adán; y cuando su imagen se perfeccione en ellos serán completamente felices. "Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial" (1 Co. 15:49). Le ruego que note que llevamos la imagen del terrenal por haber nacido en pecado y desdicha, llevamos la imagen del terrenal por vivir en pecado y sufrimiento, llevamos la imagen del terrenal por morir en pecado y sufrimiento, y llevamos la imagen del terrenal en la podredumbre del sepulcro. En cambio, llevamos la imagen del Adán celestial cuando somos santificados por su Espíritu. La imagen crece en nosotros, según crecemos en santificación, y seguiremos llevando la imagen perfecta del Adán celestial cuando seamos como Cristo Hombre, tanto en el alma como en el cuerpo. Seremos perfectamente felices y perfectamente santos cuando hayamos vencido a la muerte por gracia, así como él la venció por su propio poder. Nunca se sabrá justamente cómo serán los creyentes semejantes a Jesucristo hasta que todos hayan resucitado como pequeños soles brillando en gloria y esplendor. ¡Oh, cuánto se parecerán a Jesucristo, aunque seguirán teniendo su gloria personal transcendente por toda la eternidad!

II. ¿En qué son iguales la justificación y la santificación?

Respondo que en muchas cosas.

Primero. Son iguales en que tienen el mismo autor, el Dios que justifica es el Dios que también santifica. "¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica" (Ro. 8:33). "Yo soy Jehová que os santifico" es una expresión común en el Antiguo Testamento (Éx. 31:13; Lv. 20:8).

Segundo. Son iguales en que surgen de la misma gracia. La justificación es un acto de la gracia, así como la santificación. "Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo" (Tito 3:5). Ambos son de la gracia.

Tercero. Son iguales en que una misma persona tiene a ambos. Nunca es justificado un hombre sin ser también santificado, no hay santificado que no sea justificado; todos los escogidos de Dios, todos los redimidos, comparten estas dos bendiciones.

Cuarto. Son iguales en cuanto al tiempo, suceden al mismo tiempo. Nos es difícil hablar o pensar en términos de tiempo cuando se trata de las obras de Dios. Estas obras de él siempre son realizadas al mismo tiempo; el hombre no es justificado antes de ser santificado, aunque se puede concebir de este modo en el orden de la naturaleza; no obstante, ambas obran al mismo tiempo y por la misma gracia. "Y esto erais algunos", dice el Apóstol, "mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios" (1 Co. 6:11).

Quinto. Son iguales en que la operación de ellas es por el mismo medio, por la Palabra de Dios que nos destina a la vida eterna por la promesa y somos santificados también por el poder de la misma Palabra. "Ya vosotros estáis limpios", dice nuestro Señor, "por la palabra que os he hablado" (Jn. 15:3). "Para santificarla", dice el Apóstol refiriéndose a la Iglesia, "habiéndola purificado en el

lavamiento del agua por la palabra" (Ef. 5:26).

Sexto y último. Son iguales en que ambas son necesarias para la vida eterna. No lo digo en cuanto a su orden, sino a que son igualmente necesarias, es decir, está determinado que nadie que no haya sido justificado será salvo y, de igual manera, está determinado que nadie que no haya sido santificado será salvo. Ningún hombre no justificado puede ser salvo y ningún hombre no santificado puede ser salvo. Justificación y santificación son igualmente necesarias, a fin de poseer la vida eterna.

III. *¿En qué difieren la justificación y la santificación?*

En lo que difieren es un asunto muy importante que tiene que ver con la práctica y el ejercicio diario de las dos.

Coinciden en muchas cosas, como acabamos de explicar, pero también difieren ampliamente.

Primero. La justificación es un acto de Dios relativo al *estado* del hombre como persona, en cambio la santificación es la obra de Dios en la *naturaleza* del hombre. Y estas dos son muy diferentes como lo ilustraré por medio de un símil. La justificación es un acto de Dios, así como el de un juez que absuelve a un delincuente de una sentencia de muerte. En cambio, la santificación es un acto de Dios para nosotros como un médico que nos cura de una enfermedad mortal. Digamos que hay un criminal que se presenta ante el tribunal acusado de traición al estado, el mismo criminal sufre de una enfermedad mortal; puede morir, aunque ningún juez lo haya sentenciado a muerte por su crimen. Es un acto de gracia lo que absuelve al hombre de la sentencia según la ley, el hecho que no morirá por su traición, *eso* salva la vida del hombre. Pero a pesar de esto, si no puede curarse de su enfermedad, pronto morirá,

a pesar del perdón que le otorgó el juez. Por lo tanto, la justificación es un acto de Dios como un Juez bondadoso, la santificación es la obra de Dios como un Médico misericordioso. David los pone lado a lado: "Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias" (Sal. 103:3). Tenemos una promesa: "No os será la iniquidad causa de ruina" (Ez. 18:30). No hay ruina por ser *culpables*: Esto es justificación. Y no será su ruina, por el poder de ella: Esto es santificación.

Segundo. La justificación es un acto de la gracia de Dios basado en la justicia de otro, pero santificación es una obra de Dios, infundiendo justicia dentro de nosotros. Hay una gran diferencia entre estos porque una es por imputación y la otra por infusión.

En la justificación, la sentencia de Dios procede de esta manera:

La justicia que Cristo logró por su vida, su muerte y su obediencia a la ley de Dios le es contada al pecador para su absolución; de manera que cuando un pecador comparece ante el tribunal de Dios y alguien pregunta: ¿No ha quebrantado este hombre la ley de Dios? Sí, responde Dios. Sí, dice la conciencia del pobre hombre, la he quebrantado de muchas maneras. ¿Y acaso no lo condena la ley a morir por su transgresión? Sí, dice el hombre. Sí, dice la ley de Dios. La ley no sabe más que esto: "El alma que pecare, esa morirá" (Ez. 18:4). Entonces, pues, ¿no hay ninguna esperanza en este caso? Sí, y la gracia del evangelio revela esta esperanza. Hubo Uno que tomó sobre sí el pecado, que murió por los pecados, su justicia le es imputada al pobre pecador y, de esta manera, es absuelto. Somos absueltos habiendo sido justificados por Dios poniendo en nuestra cuenta, por nosotros y para nuestro

provecho lo que Cristo hizo y sufrió por nosotros.

En la santificación, el Espíritu de Dios infunde santidad en nuestra alma. No digo que infunde una justicia porque quiero marcar más diferencia entre las dos que la que generalmente se marca. La justicia y la santificación en este caso deben ser mantenidas bien separadas. Nuestra justicia es de afuera, nuestra santidad es de adentro, es la nuestra propia. El Apóstol marca claramente la diferencia: "No teniendo mi propia justicia" (Fil. 3:9). Es nuestra, no originalmente, sino nuestra, inherentemente. No es nuestra por algo que nosotros mismos hayamos hecho, sino que es nuestra porque mora en nosotros.

En cambio, nuestra justicia no es nuestra originalmente ni inherentemente; no la obramos nosotros, sino que es obra de Jesucristo y mora eternamente en él, y sólo la puede obtener la pobre criatura, si la pide por fe. Nuestra santidad, aunque no es nuestra originalmente, es nuestra inherentemente y mora en nosotros. Tenemos la distinción que hace el Apóstol: "Ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe" (Fil. 3:9).

Tercero. La justificación es perfecta, mientras que la santificación es imperfecta; ésta es una gran diferencia entre ambas. La justificación, repito, es perfecta. No tiene niveles: Nunca se malogra, nunca se toma intervalos y nunca se interrumpe. En cambio, la santificación puede tener estos niveles. Cuando digo que la justificación es perfecta, quiero decir que toda persona justificada, lo es de la misma manera y a la perfección. El creyente más débil, en la actualidad, es tan justificado como lo era el apóstol Pablo; y todo creyente auténtico es tan justificado ahora como lo será dentro de mil años. La justificación es perfecta en todos los justificados ahora y para la eternidad. Y no tiene niveles,

sencillamente por la siguiente razón: Se basa en la justicia perfecta de Jesús y tenemos derecho a ella por un acto de Dios, el juez bondadoso, y ese acto es válido para siempre. Y si "Dios es el que justifica", "¿quién acusará a los escogidos de Dios?" (Ro. 8:33). En cambio, la santificación es cambiante, incompleta e imperfecta. Un creyente puede estar más santificado que otros. Me inclino a pensar que el apóstol Pablo estaba más santificado la primera hora de su conversión de lo que pueda estarlo alguno en la actualidad.

La santificación difiere mucho en las distintas personas santificadas. Y difiere también mucho en la propia persona porque un creyente auténtico, verdaderamente santificado, puede ser más santo y santificado en una ocasión que en otra.

Perfeccionarnos en *santidad* en el temor de Dios (2 Co. 7:1) requiere esfuerzo de nuestra parte. En cambio, en ningún lugar se nos requiere perfeccionarnos en *justicia* a los ojos de Dios, porque Dios obró una justicia perfecta en la que confiamos; entonces, tengamos cuidado y seamos diligentes en perfeccionar nuestra santidad en el temor de Dios. El santo en gloria es más santificado que nunca porque lo es a la perfección, mientras que no es más justificado de lo que lo era en la tierra. La única diferencia es que la percibe mejor y la gloria de aquella luz en la cual la ve, se manifiesta con más brillo y claridad.

Tomado de *Sermons*, acerca de 1 Pedro 1:1-3, tomo 4, p. 71. Edición Edinburgo de Traill's *Works* (Obras de Traill), 1810.

2. Reverendo Thomas Brooks

Rector de St. Margaret, Fish Street Hill, Londres, 1662.

Consideremos la necesidad de la santidad. Es imposible que alguno sea feliz, a menos que sea santo. Nada de santidad aquí, nada de santidad en el más allá. Las Escrituras mencionan tres habitantes

corporales del cielo: Enoc, antes de la ley; Elías, bajo la ley; y Jesucristo, bajo el evangelio, los tres, eminentes en santidad para enseñarnos que normalmente nadie va al cielo sin santidad. Hay muchos miles de miles ahora en el cielo, pero entre ellos no hay ni un impío, no hay ni un pecador entre todos esos santos, ni una cabra entre todas esas ovejas, ni una mala hierba entre todas esas flores, ni una espina entre todas esas rosas, ni una piedrecita entre todos los diamantes resplandecientes. No hay en el cielo ni un Caín entre todos esos Abel, ni un Ismael entre todos esos Isaac, ni un Esaú entre todos esos Jacob. No hay ningún Cam entre todos los patriarcas (Gén. 9:18), ni un Saúl entre todos los profetas, ni un Judas entre todos los apóstoles, ni un Demas entre todos los predicadores, ni un Simón el Mago entre todos los fieles.

El cielo es sólo para el santo y el santo es sólo para el cielo; el cielo es un manto de gloria apto sólo para el santo. Dios, quien es la verdad en sí mismo, no puede mentir y lo ha dicho: Sin santidad nadie verá al Señor. Tome nota de esa palabra 'nadie'. Sin santidad el rico no verá al Señor, sin santidad el obrero no verá el Señor; sin santidad el noble no verá al Señor, sin santidad el humilde no verá al Señor; sin santidad el príncipe no verá al Señor, sin santidad el campesino no verá al Señor; sin santidad el gobernante no verá al Señor, sin santidad el súbdito no verá al Señor; sin santidad el letrado no verá al Señor, sin santidad el iletrado no verá al Señor; sin santidad el esposo no verá al Señor, sin santidad la esposa no verá al Señor; sin santidad el padre de familia no verá al Señor, sin santidad el hijo no verá al Señor; sin santidad el patrón no verá al Señor, sin santidad el sirviente no verá al Señor. Porque fiel y fuerte es el Señor de señores, quien lo ha dicho (Jos. 23:14).

En la actualidad, algunos pregonan una forma de culto, otros otra; algunos pregonan una "iglesia del estado", otros otra. Algunos pregonan un camino al cielo, otros otro; pero lo cierto es que las sendas de santidad son las sendas antiguas (Jer. 6:16); el

Camino del Rey de reyes es el camino al cielo y la felicidad: "Y habrá allí calzada y camino, y será llamado Camino de Santidad; no pasará inmundo por él, sino que él mismo estará con ellos; el que anduviere en este camino, por torpe que sea, no se extraviará" (Is. 35:8). Algunos dicen: "He aquí, éste es el camino", otros dicen: "He aquí, aquel es el camino", pero lo cierto es que el camino de santidad es el más seguro, el más fácil, el más noble y el más corto a la felicidad.

Entre los paganos, nadie puede entrar en el templo de honor sin antes entrar en el templo de virtud. No hay entrada al templo de felicidad sin antes entrar al templo de santidad. Usted primero tiene que entrar en la santidad, antes de que pueda entrar en la morada de Dios.

Tal como Sansón clamó "¿moriré yo ahora de sed?" o como clamó Raquel "dame hijos, o si no, me muero", deben clamar las almas no santificadas: "Señor, dame santidad, si no, moriré eternamente". Si los ángeles, esos príncipes de gloria, caen una vez de su santidad, son excluidos de la felicidad y bendición eterna. Si Adán en el paraíso, cae una vez perdiendo su pureza, será prontamente echado fuera de la presencia de la gloria divina. Agustín ya no quiso ser malvado ni impío porque no sabía si moriría esa misma hora y, si moría en ese estado impío, sabía que estaría separado para siempre de la presencia del Señor y la gloria de su poder.

Oh, querido lector, no engañe a su propia alma; la santidad es absolutamente necesaria, sin ella "nadie verá al Señor" (He. 12:14). No es absolutamente necesario que sea usted rico en este mundo, pero es absolutamente necesario que sea santo. No es absolutamente necesario que tenga buena salud, fuerzas, amigos, libertad y vida, pero es absolutamente necesario que sea santo. Podemos ver al Señor sin tener prosperidad mundana, pero nunca podremos ver al Señor, excepto que seamos santos. Podremos ir al cielo sin honra o gloria del mundo, pero nunca podremos llegar al cielo sin

santidad. Sin santidad aquí, no hay cielo en el más allá: “No entrará en ella ninguna cosa inmunda” (Ap. 21:27). En el día final, Dios cerrará las puertas a la gloria dejando fuera a toda persona que no es pura de corazón.

La santidad es una flor que no crece en el jardín de la naturaleza. El ser humano no nace con santidad en su corazón, como nace con una lengua en la boca. La santidad es de origen divino, es una perla de gran precio que no se encuentra en cualquier naturaleza, sino en una naturaleza renovada. No hay ningún rayo ni chispa de santidad en nadie revestido de naturaleza terrenal. “Todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Gn. 6:5). “¿Y cómo será limpio el que nace de mujer?” (Job 25:4).

La pregunta tiene una connotación fuertemente negativa: “¿Cómo puede ser limpio el hombre?”, es decir, el hombre que nace de mujer no puede ser limpio; el hombre nacido de mujer nace en pecado y nace bajo la ira y la maldición. “¿Quién hará limpio a lo inmundo?”. “Todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia” (Job 14:4; Is. 64:6). “No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios” (Ro. 3:10, 11). Todo hombre es por naturaleza un extraño, sí, un enemigo de la santidad (Ro. 8:7). Cada uno que nace en este mundo, lo hace con su rostro hacia el pecado y el infierno y su espalda hacia Dios y la santidad.

Nuestra naturaleza es tan corrupta que no tiene en ella ningún bien divino, es como el fuego y el agua, como leña mojada y leña ardiendo. En cambio, en cuanto al mal, es como fuego con paja, es como el sátiro necio que se apuró a besar el fuego cuando lo vio por primera vez, es como el material que los naturalistas dicen que atrae el fuego, que luego lo consume. Todos nacemos pecadores y no hay nada, fuera de un poder divino, que pueda transformarnos en santos. Todos podemos ser felices, pero por

naturaleza, detestamos la idea de serlo. Por esto, vemos que, así como el alimento es indispensable para la vida natural, la santidad lo es para la preservación y salvación del alma. Si tuviéramos la sabiduría de Salomón, la fuerza de Sansón, la valentía de Josué, el consejo de Ahitofel, los honores de Amán, el poder de Asuero y la elocuencia de Apolo, aun con todo, sin santidad no tendríamos salvación. Los tiempos en que vivimos exigen que tengamos santidad. Si los consideramos como tiempos bajo la gracia, ¿qué móvil ha tenido un pueblo, tan fuerte como el que Dios nos ha dado a nosotros que gozamos de tantos medios, maneras y ayudas para que seamos santos? ¡Oh, el sacrificio, el cuidado, el costo, la empresa en que ha estado y está ocupado Dios todos los días, para hacernos santos!

¿Acaso no nos envía todavía a sus mensajeros que se levantan temprano y se acuestan tarde, y todo para instarnos a ser santos? Muchos de ellos, ¿acaso no han dado su tiempo, su fuerza, su espíritu y sus vidas para hacernos santos?

Oh amigos, ¿de qué valen las ordenanzas sagradas sin corazones santos y sin vidas santas? ¿De qué valen los días de luz, si no andamos en la luz y nos despojamos de las obras de las tinieblas? ¿Cuál es el mensaje de todos los medios de gracia, sino éste: Oh, esfuérzate para ser objeto de la gracia? ¿Y qué es la voz del Espíritu santo, sino ésta: ¡Oh, esfuérzate por ser santo!? ¿Y qué dice la voz de todos los milagros de misericordia que Dios ha realizado en medio nuestro, sino: “Sed santos, sed santos”? ¡Oh!, ¿qué podría realizar Dios que no haya realizado ya para hacernos santos? ¿Acaso no nos ha dado ya todas las ayudas santas del cielo?

¿No nos ha seguido muy de cerca hasta ahora con ofrecimientos santos, ruegos santos, consejos santos, palabras de aliento santas y todo para hacernos santos? Y con todo esto, ¿seguiremos siendo indiferentes, orgullosos, mundanos, maliciosos, envidiosos,

contenciosos e impíos?

¡Oh!, ¿qué es esto, sino provocar a Dios para que apague todas las luces del cielo, deje a un lado nuestros maestros, quite nuestros candeleros que han sido débiles, y dé todos estos favores a un pueblo que los valore más, los ame más, los defienda con más firmeza y que los ponga en práctica con más consagración de lo que lo hemos hecho nosotros hasta hoy? (Ap. 2:4,5; Is. 42:25). Creo que no hay nada más evidente que el hecho de que los tiempos en que vivimos claman pidiendo que cada uno *procure santidad* y *se esfuerce por tener más santidad*. Nunca nos quejemos del tiempo en que vivimos, en cambio, dejemos de hacer el mal, esforcémonos por hacer lo bueno y todo estará bien.

Tengamos corazones mejores, vidas mejores y pronto veremos tiempos mejores (Is. 1:16-19).

Tomado de *Crown and Glory of Christianity, or Holiness: The only way to happiness* (Corona y gloria del cristianismo, o Santidad: El único camino a la felicidad). Brook's *Works* (Obras de Brooks), tomo 4, pp. 151-153, 187-188, edición de Grosart, 1866.

¿Es usted nacido de nuevo?

J. C. Ryle

Ésta es una de las preguntas más importantes de la vida. Dijo Jesucristo: “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Jn. 3:3). No basta contestar a la pregunta diciendo: “Soy miembro de la iglesia, así que seguramente

soy cristiano”. Miles de cristianos nominales no tienen ninguna de las características del que ha nacido de nuevo, muchas de las cuales consigna la Primera Epístola de Juan.

No pecar habitualmente

En *primer* lugar, Juan escribió: “Aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado” (1 Jn. 3:9). “Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado” (5:18).

La persona que ha nacido de nuevo, no peca habitualmente. Y no peca con todo su corazón y su voluntad ni con una inclinación completa por hacerlo. Hubo posiblemente un tiempo cuando ni se preocupaba de que sus acciones fueran pecaminosas o no, y no siempre se sentía triste después de cometer un mal. No había enemistad entre él y el pecado, eran amigos. En cambio, el cristiano auténtico aborrece el pecado, huye de él, lucha con él, lo considera su peor desgracia, resiente la carga de su presencia, se lamenta cuando cae bajo su influencia y ansía ser librado totalmente de él. El pecado ya no le da satisfacción, se ha convertido en algo terrible que aborrece. No obstante, no puede librarse de él en su interior.

Si dijera usted que no tiene pecado, estaría mintiendo (1 Jn. 1:8). Pero sí puede decir que aborrece el pecado y que el gran anhelo de su alma es no cometer ninguno más.

No puede impedir que surjan pensamientos malos en su mente, ni que haya faltas en su vida, omisiones y defectos en sus palabras y sus acciones. Sabe que "todos ofendemos muchas veces" (Stg. 3:2). Pero puede decir, sinceramente ante Dios, que estas cosas le causan aflicción y dolor, y nada en su naturaleza las consiente.

¿Qué diría el Apóstol acerca de usted? *¿Ha nacido de nuevo?*

Creer en Cristo

En *segundo* lugar, Juan escribió: "Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios" (1 Jn. 5:1). El hombre nacido de nuevo, o sea regenerado, cree que Jesucristo es el único Salvador que puede perdonar a su alma, que él es la persona divina designada por Dios el Padre para cumplir precisamente este propósito y que no hay otro Salvador fuera de él. Se considera totalmente indigno, pero tiene completa confianza en Cristo, confía en él y cree que todos sus pecados han sido perdonados. Cree que, por fe

en la obra consumada de Cristo y su muerte en la cruz, es considerado justo ante Dios y puede esperar a la muerte y el juicio sin alarmarse.

Puede tener temores y dudas. A veces, puede sentirse que no tiene fe alguna. Pero pregúntele si está dispuesto a confiar en otra cosa que no sea Cristo y vea lo que dice. Pregúntele si pondría su esperanza de vida eterna en su propia bondad, sus propias obras, sus oraciones, su pastor o su iglesia, y escuche su respuesta.

¿Qué diría el Apóstol acerca de usted? *¿Ha nacido de nuevo?*

Practicar justicia

En *tercer* lugar, Juan escribió: "Todo el que hace justicia es nacido de él" (1 Jn. 2:29). El hombre nacido de nuevo, o regenerado, es un hombre santo.

Se esfuerza por vivir según la voluntad de Dios, hacer las cosas que agradan a Dios y evitar hacer las que aborrece. Desea poner sus ojos continuamente en Cristo como su ejemplo, como su Salvador, y ser amigo de Cristo cumpliendo sus mandatos. Sabe que no es perfecto. Percibe con dolor la corrupción que mora en él. Nota un principio de maldad dentro de él que lucha constantemente contra la gracia y quiere apartarlo de Dios. Pero no lo consiente, aunque no puede impedir su presencia.

Aunque a veces se sienta tan mal que cuestiona si es o no cristiano, podrá decir con John Newton: "No soy lo que debo ser, no soy lo que quiero ser, no soy lo que espero ser en el más allá, pero no soy lo que antes fui y, por la gracia de Dios, soy lo que soy".

¿Qué diría el Apóstol acerca de usted? *¿Ha nacido de nuevo?*

Amar a otros cristianos

En *cuarto* lugar, escribió Juan: "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos" (1 Jn. 3:14).

El que es nacido de nuevo tiene un amor especial por los discípulos auténticos de Cristo. Igual como su Padre en el cielo, ama a todos con un gran amor general, pero tiene un amor especial por los que comparten su fe en Cristo. Al igual que su Señor y Salvador, ama al peor de los pecadores y siente dolor por ellos, pero tiene un amor especial por los que son creyentes. Nunca se siente tan en familia como cuando está en compañía de ellos.

Siente que todos son miembros de la misma familia. Son sus compañeros de lucha, luchando contra el mismo enemigo. Son sus compañeros de viaje, andando por el mismo camino. Los comprende y ellos lo comprenden a él. Pueden ser muy diferentes a él en muchos sentidos: En categoría, posición y riquezas.

Pero eso no importa, son hijos e hijas de su Padre y no puede menos que amarlos. ¿Qué diría el Apóstol acerca de usted? *¿Ha nacido de nuevo?*

Vencer al mundo

En *quinto* lugar, Juan escribió: "Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo" (1 Jn. 5:4). El que es nacido de nuevo no basa su convicción de lo bueno y lo malo según la opinión del mundo. No le importa estar opuesto a las prácticas, ideas y costumbres del mundo. Lo que piensan y dicen los demás ya no le afecta. No encuentra placer en las cosas que parecen dar felicidad a la mayoría de la gente. A él le parecen insensatas e indignas de un ser inmortal.

Prefiere la alabanza de Dios más que la alabanza del hombre. Teme ofender a Dios más que ofender al hombre. Le da lo mismo que lo culpen o alaben; su meta principal es complacer a Dios. ¿Qué diría

el Apóstol acerca de usted? *¿Ha nacido de nuevo?*

Mantenerse puro

En *sexto* lugar, Juan escribió: "Aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado" (1 Jn. 5:18).

El que es nacido de nuevo cuida su propia alma. Procura, no sólo evitar el pecado, sino también todo lo que pueda llevarlo a pecar. Tiene cuidado de las compañías que frecuenta. Sabe que las malas conversaciones corrompen el corazón y que el mal es más contagioso que el bien, tal como una enfermedad es más infecciosa que la salud. Cuida el uso de su tiempo, su mayor anhelo es usarlo para provecho. Anhela vivir como un soldado en territorio enemigo, tener puesta siempre su armadura y estar siempre preparado para encarar las tentaciones. Es diligente en ser una persona que siempre está en guardia, es humilde y fiel en la oración. ¿Qué diría el Apóstol acerca de usted? *¿Ha nacido de nuevo?*

La comprobación

Esas son las seis grandes características del cristiano que verdaderamente ha nacido de nuevo.

Existe una diferencia inmensa en cuanto a la profundidad y manifestación de estas características en distintas personas. En algunos pueden ser débiles y casi invisibles. En otros, pueden ser destacadas, claras e indubitables, de manera que cualquiera las puede ver. Algunas de estas características son más visibles que otras en cada individuo. Rara vez se manifiestan en forma idéntica en una misma persona.

Pero aún con todo, encontramos aquí dibujadas con trazos vigorosos, las seis características de haber nacido de Dios.

¿Cómo hemos de reaccionar a ellas? Por lógica, podemos llegar a una sola conclusión: Sólo los que son nacidos de nuevo cuentan con estas seis características y los que no las tienen, no son

nacidos de nuevo. Ésta parece ser la conclusión a la que quiso llegar el Apóstol. ¿Tiene usted estas características? *¿Ha nacido de nuevo?*